

SHANNON MCKENNA

*El arma
definitiva*

Manderley

Annotation

Entra en un mundo de excitante suspense donde el amor es el juego más arriesgado.

Val Janos se dedica a operaciones encubiertas. Es misterioso, siniestro... y letalmente atractivo. Solo Tamara comprende el extraño impulso que le lleva a tratar de ganar siempre a toda costa. Y solo ella puede estar a su altura.

Val tiene un único punto débil: Imre, el hombre que lo protegió cuando era un niño asustado y hambriento abandonado por las calles de Budapest. Pero su peor enemigo ha descubierto la existencia de Imre y está decidido a aprovecharse de la situación para exigir la entrega de Tamara a cambio de que siga vivo.

Cuando los lazos entre Tam y Val se estrechan demasiado, estalla entre ellos una ardiente pasión. Los dos tienen mucho que temer, mucho que ocultar, y ahora, por primera vez en sus vidas, mucho que perder...

SHANNON MCKENNA

El arma defin

Connor & Cia N°6

Traducción de María José Losada

Manderley

Sinopsis

Entra en un mundo de excitante suspense donde el amor es el juego más arriesgado.

Val Janos se dedica a operaciones encubiertas. Es misterioso, siniestro... y letalmente atractivo. Solo Tamara comprende el extraño impulso que le lleva a tratar de ganar siempre a toda costa. Y solo ella puede estar a su altura.

Val tiene un único punto débil: Imre, el hombre que lo protegió cuando era un niño asustado y hambriento abandonado por las calles de Budapest. Pero su peor enemigo ha descubierto la existencia de Imre y está decidido a aprovecharse de la situación para exigir la entrega de Tamara a cambio de que siga vivo.

Cuando los lazos entre Tam y Val se estrechan demasiado, estalla entre ellos una ardiente pasión. Los dos tienen mucho que temer, mucho que ocultar, y ahora, por primera vez en sus vidas, mucho que perder...

Traductor: Losada, María José

Autor: McKenna, Shannon

©2008, Manderley

ISBN: 9788483656549

Generado con: QualityEbook v0.73

El arma definitiva

Shannon McKenna

Serie Connor & Cia. 06

Índice

Portadilla

Índice

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Sobre la autora
Créditos
Grupo Santillana

Este libro está dedicado a mis dos magníficas compañeras de fatigas Elizabeth Jennings y Lisa Marie Rice.

¡Gracias por alimentar mi cerebro!

No podría haberlo conseguido sin vosotras.



Busca el punto débil y luego explótalo».

Val repitió la brutal sentencia una y otra vez para sus adentros hasta que se convirtió en una inútil letanía. Entonces, apartó aquel murmullo sin importancia al fondo de su mente y puso en marcha la grabación que había realizado ese mismo día.

Observó a la mujer por vigésima vez; hacía descender del todoterreno a la escurridiza cría para dirigirse con ella al parque del paseo marítimo. Había memorizado cada uno de sus movimientos y el recorrido completo: los columpios, el tobogán, el tiovivo, las barras. A continuación, un paseo a caballito entre los árboles, con la niña sobre los hombros, hasta que llegaba el momento en el que alzaba a la criatura para que arrancara las hojas ya secas que colgaban de los árboles. Sí, se sabía de memoria cada gesto, cada sonrisa, cada abrazo.

Los vaqueros, las botas de montañismo y la sudadera sin forma que vestía aquella mujer no disimulaban en absoluto la felina elegancia de su cuerpo. Y mientras la niña se estiraba entre risas, cada vez más alto para intentar agarrar las hojas, observó que la mujer no se había maquillado y llevaba el cabello castaño recogido en una gruesa trenza floja.

Los críos se convertían siempre en un punto débil, uno que él todavía no había sido capaz de explotar. Odiaba encontrarse con que, de alguna manera, había un niño implicado en cualquiera de sus trabajos; era algo que le agobiaba y estresaba. Algo que destruía su legendaria frialdad profesional, que tanto le había costado conseguir, y que le convertía en un agente tan eficaz. Si hubiera sabido de la existencia de aquella niña, no hubiera aceptado la misión, hubiera dado igual lo mucho que protestara o amenazara Hegel. Lo peor que podían hacer era matarlo, ¿verdad? Pues que lo intentaran. Otros habían aspirado a hacerlo antes, lo habían intentado muchas veces. Estaba seguro de que, finalmente, alguien tendría éxito; pero después de que estuviera muerto no importaría nada quién hubiera logrado la hazaña.

En teoría el trabajo parecía muy sencillo cuando Hegel se lo propuso: debía localizar a una mujer que se ocultaba muy bien. Encontrar a gente era una de sus especialidades, sobre todo si añadía sus *dotes sociales* a lo bien que se le daba *hackear* datos. Una vez que consiguiera su objetivo, tenía que entregar a aquella mujer a Georg Luksch. Y mejor sería que ella se prestara a hacerlo, no importaba que fuera con falsos pretextos o no.

De no conseguirlo por las buenas, estaba autorizado para utilizar cualquier

medio a su alcance; desde intimidación a secuestro.

No le gustaba nada trabajar para Luksch ni quería tener tratos con la mafia rusa. Demasiados recuerdos amargos, demasiada historia pasada. Pero Hegel había impuesto su voluntad y movido todos los hilos. Finalmente se había convencido de que tampoco importaba, que podría llevar a cabo la misión sin perder la calma. Un error garrafal.

Lo primero que hizo fue rastrear todos sus contactos en busca de identidades falsas.

Tuvo que recurrir a una juiciosa combinación de amenazas y sobornos para obtener la lista de pasaportes que Steele había conseguido para ella y su hija. Algunas llamadas telefónicas y la utilización de sus habilidades informáticas para modificar las bases de datos gubernamentales le aseguraron que Steele jamás tendría la posibilidad de aprovechar aquellos documentos para viajar. Sin embargo, ahora deseaba no haber sido tan eficaz.

Quería que ella huyera y aquello resultaba muy poco profesional por su parte.

La habitación estaba oscura y fría aquel temprano anochecer de enero y él solo llevaba puestos unos pantalones flojos de chándal; sin embargo, se obligó a permanecer inmóvil en meditabunda actitud frente a la pantalla del ordenador, intentando tranquilizarse —sin conseguirlo— para poner en marcha su método personal para procesar aquellos datos.

Su técnica se basaba en la táctica que Imre le había enseñado para jugar al ajedrez cuando era un niño. Parecía simple, pero requería de una profunda concentración. Introducía toda la información recabada —no importaba lo irrelevante o superficial que pareciera— en una red flotante en el interior de su mente. Mantenía aquel ente transparente, que Imre denominaba «la matriz», suspendido de manera que podía rotarlo, girarlo a uno y otro lado, uniendo y separando datos, analizándolos y relacionándolos desde cada ángulo imaginable. Después dejaba todo aquello a un lado y, poniendo la mente en blanco, se dedicaba a observar con tranquilidad.

«Debes alejarte tres pasos y respirar», había indicado Imre.

Lograr aquella distancia era el elemento clave del proceso. Debía mantener la mente despejada, abierta y en calma, dejando sitio para que surgieran la intuición, las soluciones y la comprensión.

Pero aquella noche no parecía funcionar. Llevaba horas allí sentado, inmóvil, mientras la oscuridad se apoderaba de todo, hasta que notó calambres en los músculos. No habían aparecido soluciones razonables ni sabía cuál era

la mejor manera de proceder. No era capaz de retroceder aquellos tres pasos necesarios; estaba distraído. Le molestaba que hubiera una niña implicada y la furia entorpecía el proceso. Debía permanecer tranquilo o no lo conseguiría.

Y hasta Dios debía saber que observar durante días enteros a Tamara Steele no era la mejor manera de mantener la calma. Jamás había visto a una mujer más hermosa y vivaz. Su belleza parecía intensificarse por algo que ardía en su interior, una brillante luz que era la fuerza que la impulsaba. Ella se había colado en sus sueños y desestabilizaba sus pensamientos, alborotando al mismo tiempo todo su cuerpo. Todo aquello impedía por completo que pudiera concentrarse.

Imre le había explicado con entusiasmo que aquel proceso matricial también servía para resolver problemas éticos, pero aquel sermón había sido ignorado por un cínico y joven Vajda, que por entonces no era más que un cínico delincuente de mala muerte.

Mmm... Aquel era un pensamiento irrelevante. No tenía sentido ni servía para nada en ese momento. Lo descartó y lo alejó de su mente como si fuera un molesto mosquito.

Conocía todos los detalles de la agenda de Steele, y sabía que su vida giraba en torno a la niña. Visitas cada semana al pediatra y al psicólogo infantil; recorridos por el Museo de la Infancia, cuentacuentos en la biblioteca, clases de natación en Mi Mamá y Yo, juegos en el parque del paseo marítimo... No había variaciones dignas de ser tenidas en cuenta, salvo aquella imprevista visita a casa de Connor McCloud que le había proporcionado su oportunidad.

Steele había recibido el pedido del supermercado, hacía la compra a través de Internet. Y solo hablaba con los médicos de su hija; no visitaba a nadie y nunca acudía a cafeterías o restaurantes.

La comprendía. El itinerario que seguía a causa de la niña ya era suficientemente predecible y la exponía a demasiados peligros, como demostraba la ingente cantidad de datos que había logrado reunir sobre ella en las dos semanas transcurridas desde el momento en que, por fin, había localizado dónde vivía.

Había sido necesario pasarse varias semanas analizando datos, interminables horas de tediosa espera para que la vigilancia a la que había sometido a los McCloud hubiera dado sus frutos. De pronto, un día Steele había aparecido en el objetivo de la cámara que había instalado en un árbol del parque, frente a la residencia de Connor y Erin McCloud. Y, para su absoluto asombro, lo había hecho con una niña apoyada en la cadera.

El técnico que seguía el monitor en aquel momento se había puesto en contacto con él, que, de pura casualidad, estaba lo suficientemente cerca para instalar en el todoterreno de Steele un dispositivo GPS, mientras ella se relajaba en la terraza trasera de la casa de sus amigos, disfrutando de una barbacoa.

Todavía no había mencionado a la cría en los informes y no sabía por qué. Tampoco es que hubiera mantenido su existencia en secreto. Desde que el satélite clavó su fría mirada en la casa de la mujer, cualquier especialista técnico de PSS que tuviera interés en el asunto sabría que ella tenía a su cargo una niña. Podrían verla con sus propios ojos llevando a la criatura en el coche y jugando con ella en el parque.

Ahora que había dado con la casa de Steele en lo alto de la montaña, a las afueras del pequeño pueblo costero de Cray's Cove, se enfrentaba a otras dificultades. Habría sido mucho más fácil realizar la vigilancia amparándose en el bullicio de una ciudad, aunque hubiera necesitado de un equipo de apoyo. Sin embargo, observarla sin ser descubierto en un lugar tan apartado era mucho más complicado.

Suponía que esa era la razón por la que ella decidió ocultarse allí.

En cuanto puso en el todoterreno de Steele aquel dispositivo GPS, casi imposible de localizar, todo había discurrido sin contratiempos. Aquello le permitió analizar su itinerario para poder instalar pequeñas cámaras de vigilancia en cada uno de los puntos importantes de su recorrido. Sirviéndose de una serie de coches de alquiler que había aparcado en esos enclaves concretos, colocó receptores inalámbricos de señal, gracias a los cuales podía escucharla y observarla en tiempo real en su portátil e incluso en su Palm.

Ese fue el motivo por el que había renunciado a cualquier técnico de apoyo que el PSS pudiera proporcionarle. El equipo electrónico resultaba tan eficaz como un especialista y no quería sentir el aliento de nadie en la nuca en aquel trabajo concreto. No quería tener espectadores, sugerencias ni críticas. Prefería trabajar solo siempre que las circunstancias lo permitían.

De hecho, si podía elegir, lo hacía todo solo. Era mucho más fácil alejarse aquellos tres pasos cruciales si no se veía obligado a aguantar charlas y ruidos inútiles.

Lo más fácil fue vulnerar la seguridad de las consultas del psicólogo y del pediatra para obtener copias del historial clínico de la niña. A continuación recurrió a la base informática de la agencia que llevaba los procesos judiciales para adopciones, por lo que ahora conocía la dramática historia de

la criatura que pronto se convertiría en Rachel Steele. Y, gracias a los micrófonos ocultos que se activaban a distancia, dispuestos bajo los escritorios de aquellos profesionales, sabía más de lo que le interesaba sobre hábitos intestinales, alergias, erupciones cutáneas, malformaciones óseas en la cadera y el tobillo, problemas de vista, sinusitis o trastornos de sueño de la niña.

Y también era más consciente de lo que hubiera deseado de lo mucho que Steele se preocupaba por su hija adoptiva. Sin duda era información importante para «la matriz», pero él no quería conocerla; le perturbaba.

Sabía lo que Tamara Steele, su objetivo, había querido difundir al mundo sobre sí misma; apenas unos pocos datos que no eran ciertos. Para ello poseía múltiples identidades con las que avalar aquellas mentiras y que Val jamás habría cuestionado de no haber sabido que aquella mujer era una estafadora, ladrona y asesina. Experta en fraudes bancarios, estafas con inmuebles, blanqueo de dinero y toda clase de actos delictivos, además de una mentirosa compulsiva.

Así pues, ¿qué tenía de cierto todo aquello? No sería él quien la juzgara. Su propia vida era una red de mentiras tan densa y compleja que ya no sabía qué rasgos de su personalidad podía reclamar como propios. Su existencia era como un falso decorado de cartón piedra tras el que se ocultaba con una máscara de absoluta impasibilidad. Sí, papel y cartón.

Ignoró irritado aquel pensamiento. Aquel tipo de reflexiones le distraían, eran estúpidas e irrelevantes. No tenía tiempo que perder en inútiles divagaciones filosóficas.

Sin duda las medidas de seguridad del pediatra y el psicólogo eran deficientes, pero no podía decir lo mismo de las de la fortaleza de Steele. Solo conocía la distribución de la propiedad por las imágenes del satélite perteneciente a Prime Security Solutions, la empresa de seguridad privada para la que trabajaba como agente, aunque ni siquiera los de PSS habían logrado vulnerar la avanzada tecnología que el sistema de seguridad de Steele poseía.

Necesitaba un pretexto para entrar en contacto con esa mujer, pero dado lo huidiza y paranoica que era, resultaba imposible planificar un encuentro fortuito.

Se preguntó qué rayos había pasado por la mente de una criminal como Steele para decidir adoptar a una niña. Si era una tapadera, resultaba engorrosa e ineficaz, pese a que la mujer a la que ahora se conocía como

Tamara Steele había demostrado ser muy eficaz en el pasado.

Emitió un suspiro con el que reconocía su derrota y se puso en pie. Dobló las rodillas y dio patadas al aire con los pies desnudos para hacer que la sangre volviera a circular. Luego chasqueó los dedos bajo el detector de sonido para que se encendiera la luz de la suite del hotel. Caminó en silencio hasta la pequeña cocina y pulsó el botón del agua caliente de la máquina para llenar la taza y hacerse un humeante té Lapsang Souchong. Cuando introdujo la bolsita de té en el líquido, se fijó en que había comprado la misma marca que la semana anterior porque le había gustado el sabor. Ese detalle podía parecer insustancial, pero era ese tipo de errores los que podían acabar con la vida de un hombre.

Debía ser riguroso. Tendría que haber adquirido café, zumos, Red Bull... Cualquier otra cosa. No podía crear hábitos. Fue una de las primeras lecciones que aprendió cuando era agente; las costumbres adquiridas podían resultar letales, pues acababan convirtiéndose en necesidades. Un agente no podía tener necesidades... ni preferencias. Tenía que ser como una pizarra en blanco; estar dispuesto a ser cualquier persona, cualquier cosa. Luminoso y vacío; flexible como un gimnasta. Listo para saltar hacia cualquier dirección. El entrenamiento de Imre sin duda ayudaba.

Pero la intención de su mentor nunca fue que acabara convertido en un hombre de cartón piedra. Un individuo vacío sin vida propia.

Respiró el oloroso vapor y se sintió extrañamente rebelde. Se estaba volviendo un poco descuidado, pero nadie le espiaba. Era solo una mosca posada en una pared del culo del mundo, que se dedicaba a observar a Steele jugando con su hija y que, por alguna incomprensible razón, se sentía fascinado por ambas. De no ser porque ella podría, sin duda, acabar con su vida si supiera que la espiaba, y porque quizá tuviera que acabar secuestrándola —a ella o a la niña—, casi podría estar pasárselo bien.

Y eso era lo más alarmante.

«Reflexiona», se dijo a sí mismo. Aquella mujer era letalmente peligrosa. Algunos años antes Steele había estado liada con Kurt Novak, el hijo de Papá Novak y heredero de su imperio mafioso. Durante ese período, que acabó con la espectacular muerte de Kurt Novak, Georg Luksch, el lugarteniente de Kurt, desarrolló una ardiente obsesión por ella.

Steele no había correspondido a sus sentimientos; de hecho, se desvaneció como humo en el aire el día que ocurrieron los hechos y no había demostrado desde aquel momento ningún deseo de que la encontraran.

Él, sin embargo, había dado con ella; pero ahora deseaba no haberlo hecho. No quería entregársela a Luksch, quien, en el mejor de los casos, era solo un delincuente que se había enriquecido con el tráfico de drogas, de vidas humanas y muchas otras cosas, y en el peor, un psicópata. Pero los agentes de PSS no eran partidarios de criticar a clientes tan ricos.

Llevó la taza hasta el portátil, que parpadeaba en el suelo de madera, y se sentó frente a la pantalla. Tenía el torso desnudo y se le había puesto la piel de gallina, pero se calentaría con el té, ya que no quería distraerse yendo a buscar una camisa o encendiendo la calefacción.

Pulsó el botón para ver las imágenes que había grabado el día anterior. Correspondían a la clase de natación de la niña en Mi Mamá y Yo. Tomó un sorbo caliente de té amargo y pasó la filmación con rapidez hasta llegar a su parte favorita. Allí estaba de nuevo, permitiéndose tener favoritismos. Como con el té; otra inusual indulgencia.

Aquello podía derivar en una necesidad y esta en una obsesión. Siempre se había preguntado qué se sentiría al tener una obsesión; pues bien, parecía que no iba a tener que seguir cuestionándose.

La vio salir del vestuario femenino, silenciosa y elegante como una pantera de ojos almendrados entre una multitud de mujeres rellenitas y charlatanas con hijos chillones. La niña de enormes ojos y piernas tambaleantes iba cogida de su mano.

Su cuerpo cubierto por aquel traje de baño negro era impresionante. Por enésima vez estudió aquella escena; se había vuelto adicto a la deliciosa impresión que provocaba en su libido cada vez que la veía. Se saltó las imágenes de la clase, que ya había estudiado hasta la saciedad, y fue directamente al momento en que sacaba a la niña empapada fuera del agua y se subía al borde de la piscina. Sus movimientos estaban dotados del equilibrio perfecto de un depredador al acecho. Contempló las curvas y valles sombreados que la luz creaba sobre su cuerpo mojado; los pechos firmes y altos; la discreta forma de mandolina de sus caderas y trasero; las piernas interminables, largas, fuertes y bien torneadas.

Había seducido a muchas mujeres hermosas a lo largo de su carrera, pero nunca había reaccionado de esa manera ante ninguna con solo simples estímulos visuales. En realidad jamás había respondido a estímulos, ni visuales ni de ninguna otra índole. Le gustaba el sexo, pero era algo que practicaba tras retroceder los tres pasos habituales, en particular cuando estaba inmerso en un trabajo. Desde que comenzó su carrera en PSS, le

exigieron que utilizara su apariencia, su cuerpo, como medio para conseguir un objetivo, así que su técnica sexual era perfecta, pero siempre permanecía frío. Siempre.

Entonces, ¿por qué estaba sudando ahora? ¿Cuál era la razón por la que jadeaba como un adolescente poseído por las hormonas? No existía ninguna explicación lógica. Ninguna excusa.

Pensar que aquella mujer iba a acabar en manos de un imbécil como Georg Luksch le hacía cerrar los puños... Le oprimía el pecho. Aquello era una mala señal.

Oh, allí estaba la mejor parte de la grabación; el vestuario femenino. La noche que forzó la entrada a las instalaciones de la piscina, había encontrado un buen lugar para ocultar una cámara detrás del tubo fluorescente de la zona de duchas. No pudo resistirse a colocarla. Después de todo, una buena visión del cuerpo desnudo de su objetivo podría aportar datos útiles para su misión.

Sin duda era una lástima que no se le diera tan bien mentirse a sí mismo como hacerlo al resto del mundo.

Sin embargo, la grabación era increíble. Vio los pechos altos, el agua rebotando desde los exuberantes pezones rosados mientras ella se enjabonaba. La niña permanecía envuelta en una toalla después de la ducha y jugaba con una ranita de goma, sin ser consciente de que su madre estaba desnuda. Tamara se enjuagó la espuma, que fluyó hasta la diminuta sombra decorativa de vello púbico, sobre su depilada vulva, inundando los atractivos resquicios de su ingle.

Steele ignoraba a las demás mujeres del vestuario, que, boquiabiertas, lanzaban miradas de reojo a un cuerpo como los que solo se veían en las revistas masculinas de sus maridos.

En ese momento comenzó a sonar su móvil y se sintió irritado por la interrupción. Cogió el auricular de la cintura y se lo puso en la oreja.

—¿Diga? —preguntó de mala gana.

—¿Qué tienes? —Era Hegel, su superior inmediato en PSS, el hombre que lo había captado y entrenado. El tono de su voz le hizo rechinar los dientes, pero debía ser inflexible; el resentimiento era otra emoción que no podía permitirse.

—¿Qué tengo de qué? —repuso.

—Han pasado ya dos semanas desde que la localizaste. Ya me parece sentir el aliento de los peces gordos en la nuca. Deja de llevar este asunto con esa jodida actitud de cobardía. ¿Tienes ya a la niña? —Él tensó la mandíbula;

como sospechaba, no había hecho falta que mencionara a la cría en los informes.

—Esa no es la mejor manera de abordar el asunto.

—Es lo más rápido —aseguró Hegel—. Y necesitamos resultados inmediatos.

Él guardó silencio durante un momento.

—Todavía no estoy seguro de que a ella le importe lo suficiente esa niña como para que podamos utilizarla —adujo—. Antes prefiero intentar un acercamiento más sutil.

—¿Sutil...? Mmm —gruñó Hegel—. Mira, Janos, habiendo sido uno de los antiguos secuaces de Papá Novak, deberías ser mucho más profesional. Cuéntame, ¿en qué consiste ese brillante plan alternativo tuyo? ¿Darle un golpe en la cabeza y meterla en una caja? Me vale siempre y cuando lo hagas pronto. —Él apretó los dientes. «Retrocede tres pasos». A Hegel le gustaba regodearse en la vieja conexión que tenía con la organización de Novak, pero aquello solo podía molestarle si él lo permitía.

—Estoy trabajando en ello —concluyó.

—Pues trabaja con más ganas, Janos. Espero que no te dé por tener un ataque de escrúpulos con respecto a la niña. Algo parecido jodió tu última misión y se me está acabando la paciencia. ¡Joder! Tenía que haberme puesto en contacto con Henry para este asunto; ya habría acabado.

Él guardó un silencio glacial. A Hegel le gustaba sembrar cizaña; a su modo de ver, una situación precaria era más fácil de controlar. Sin embargo, por mucho que lo intentara, a él no podía controlarlo. Quizá pudiera matarlo —eso no lo ponía en duda—, pero no controlarlo.

Tampoco podía interferir en la unión que tenía con su más cercano amigo y compañero, Henry Berne. De hecho, era posible que Henry fuera su único amigo. El hombre conocido como Val Janos tenía algún amigo, pero ninguno de ellos sabía que era un agente. Solo lo sabían otros empleados de PSS y, de ellos, únicamente consideraba *amigo* a Henry.

Su único amigo en el mundo, a menos que tuviera en cuenta a Imre. Claro que Imre pertenecía a una categoría especial.

—Este trabajo es tu pasaje para el retiro—ladró Hegel—, así que no lo jodas, Janos. Estoy hasta las pelotas de esa actitud de superioridad tuya. Me muero por ver tu culo cada vez más lejos, porque la alternativa es demasiado estresante y sangrienta. Y es mi responsabilidad personal, dado que fui yo quien te reclutó. Piénsalo bien —concluyó Hegel, cortando la llamada.

Se sacó el auricular de la oreja y lo lanzó a través de la estancia contra la pared, antes de intentar siquiera recurrir a su escurridiza y objetiva calma otra vez.

¡Joder! Doce años sudando sangre y recibiendo impactos de bala para alcanzar los objetivos impuestos por esos capullos ingratos y todavía seguían amenazándole.

Los escrúpulos eran otra cosa que no podía permitirse. Los escrúpulos habían sido un problema durante casi toda su vida. Una ironía si consideraba la carrera que el destino le había reservado. Sin duda, influencia de Imre. Podía escuchar en el fondo de su mente lo que su viejo amigo tenía que decir al respecto, pero bloqueó el discurso antes de que comenzara a resonar en su cabeza. No tenía tiempo ni poseía energía para lidiar con la sensación de culpabilidad.

Le había asegurado a Hegel que no sabía si a Steele le importaba lo suficiente la niña como para utilizarla, pero era mentira. Ninguna mujer como ella dedicaría una hora de su vida a sufrir el tedio que suponían las clases de natación de Mi Mamá y Yo ni se pasaría horas lanzando una pelota por la hierba del parque si no fuera por amor. A Tamara Steele le importaba mucho esa niña.

Desde un punto de vista práctico, le resultaba muy difícil explicar por qué no hacía lo que Hegel le ordenaba: secuestrar a la cría y comenzar las negociaciones.

Pero le desagradaba hacer daño a los niños y, si la raptaba, esa cría sufriría. Cualquier criatura sufriría en una situación así.

En particular una tan pequeña y ya herida.

La vida de aquella niña había sido horrible. Conocía bien su historia, había visto los archivos y leído su historial clínico. No sería él quien le infligiera el siguiente golpe de una larga serie de ataques, por no hablar de la realidad logística de ocuparse de una cría con problemas físicos. Necesitaría apoyo, por lo que aquello se transformaría en una situación caótica, complicada y liosa. Un montón de circunstancias que él se empeñaba al máximo en evitar.

A lo largo de su carrera había intentado manejar con cierto tacto aquella animadversión a hacer daño a los niños, sin conseguirlo. Siempre había confiado en la suerte y en la inteligencia, pero la suerte se le acabó el pasado año en Bogotá.

El problema resultó entonces muy evidente para los que manejaban los hilos en PSS, lo que explicaba que le hubieran dado aquellas largas vacaciones, por

no hablar de todas las heridas de bala que recibió.

A partir de ese momento había caído en desgracia y sabía que lo menospreciarían como a un perro. De hecho, le había resultado bastante sorprendente ver que seguía vivo cada mañana. Al parecer no habían encontrado la manera de resolver tal circunstancia.

Al cabo de un tiempo comenzó a esperar que lo ignoraran durante el resto de su vida, pero tampoco tuvo esa suerte. Le llamaron para localizar a Steele y... ¡vaya chiripa la suya!, resultaba que ella tenía una hija. Una prueba en la que no podía permitirse el lujo de fallar.

Pulsó de manera automática en la escena en la ducha, pensando que podría distraerse con aquellos sinuosos movimientos de carne femenina; sin embargo, observarla con la niña no le ayudó; por el contrario, se retorció y comenzó a sudar. No podía pensar con claridad, no podía alejarse, no era capaz de retroceder los tres pasos acostumbrados. Jamás había escapado nada a su control de esa manera.

«Busca el punto débil y luego explótalo».

La máxima se repetía en el interior de su cabeza.

«*Vaffanculo*», la mandó a la mierda mentalmente en italiano, descartándola.

El busca que llevaba siempre consigo comenzó a pitar en el bolsillo de sus pantalones. Echó un vistazo y se le encogió el estómago. Era un código numérico enviado por el servicio que se ocupaba de la limpieza de la casa de Imre en Budapest. Debían informarle de cualquier cambio en la salud de su viejo amigo, de cualquier anomalía en su bienestar. Jamás se habían puesto en contacto con él.

El código informaba de que tenía un correo electrónico urgente en su ordenador. A Imre le había ocurrido algo.

Se le aceleró el corazón y notó que le temblaban los dedos cuando introdujo la contraseña. Al instante, pasó el ratón sobre el mensaje y lo abrió.

Unas cortas líneas le informaban de que la mujer a la que pagaba para que cocinara, limpiara e hiciera las compras de Imre se había encontrado la puerta forzada cuando llegó esa mañana; el apartamento estaba revuelto e Imre tendido en el suelo, víctima de una paliza. En esos momentos, su viejo amigo estaba en el hospital y su estado era grave.

Clavó los ojos en el texto de la pantalla durante tres segundos antes de ponerse en pie de un salto, volcando de paso la taza de té. Buscó el teléfono y marcó con torpeza, mientras en su prisa por vestirse y prepararse esquivaba como podía el charco humeante a sus pies.

«Vamos, vamos, vamos...», jadeó, mareado. Aterrado... «Mantén la calma. Retrocede tres pasos».

El pánico era otro lujo que no podía permitirse.

«Busca el punto débil y luego explótalo».

Se le revolvieron las tripas de una manera muy desagradable. Al parecer, alguien acababa de dar con el suyo.



La adrenalina traspasó la barrera del sueño.

Tam se incorporó bruscamente en la cama con todas las terminaciones nerviosas en tensión y, al instante, puso en marcha cada uno de los trucos mentales que conocía para bloquear la pesadilla que había provocado aquella reacción. Sabía que si las imágenes no llegaban a clavar las uñas en su mente consciente, las sensaciones se disolverían con más rapidez. Sin embargo, a veces no era lo suficientemente rápida.

Aquella noche, por ejemplo, fue incapaz de bloquear nada. El estallido del disparo del rifle la retuvo inmóvil bajo un cielo encapotado. Las oscuras siluetas, los gritos que salían de aquellas bocas... Aunque ella no podía

escuchar lo que decían; se había quedado sorda al ver aparecer de la nada aquellos rifles.

Apretó los párpados con fuerza, pero eso no impidió que siguiera viendo las caras pálidas y rígidas, las pupilas clavadas en el cielo mirando desde las tumbas. El polvo cayendo en los ojos abiertos. Ella había intentado cerrarles los párpados. Lo intentó e intentó, pero no tenía monedas que poner encima; permanecerían abiertos para siempre y ella no podría ocultar en lo que se había convertido ante aquellas pupilas penetrantes.

Escondarse del miedo y la vergüenza. Del ardiente y corrosivo odio hacia aquel monstruo lascivo. De lo que él les había hecho a todos. A ella.

Stengl.

El deseo de matarle seguía haciendo que le hormiguearan los dedos, incluso después de dieciséis años.

Enterró la cara en las manos e intentó respirar hondo, pero el tamaño de sus pulmones se había reducido a la mitad y cada inspiración era un doloroso hipido que la hacía estremecer de pies a cabeza. ¡Oh, santo Dios! Hacía años que no soñaba con Stengl y su unidad de policía secreta, con la prisión de Sremska Mitrovica... Aquellos recuerdos estaban bloqueados en su mente, los había enterrado bajo enormes rocas.

Pero algo apartaba aquellas rocas, una tras otra. Y ese algo era Rachel. ¡Figúrate!

Se rodeó las rodillas con los brazos. Le dolía todo el cuerpo, tenía todos los músculos rígidos. Sentía como si el corazón fuera a estallarle por lo rápido que latía.

La luz de la luna fluía a través de las enormes ventanas de su dormitorio. Había elegido cada uno de los detalles de aquella estancia para que la calmaran y aliviaran; había imaginado un refugio libre de estorbos, un lugar tranquilo en el que sentirse segura y a salvo. ¡Vaya fantasía! Dormir siempre era peligroso.

Las persianas estaban programadas electrónicamente para cerrarse poco antes del amanecer y mantener a raya la claridad, de manera que Rachel pudiera dormir más tiempo, pero incluso la luz de la luna resultaba ahora cegadora, produciendo sombras tan frías y afiladas como cuchillos.

Miró hacia el bulto que estaba sobre la cama, a su lado. Rachel se movía, quejándose continuamente en sueños. Se tumbó junto a ella y le acarició la espalda. Estaba segura de que no era apropiado llevar sus pesadillas a la cama de una criatura inocente, pero Rachel tampoco dormía tranquila a pesar

del amor o el dinero de los que ahora disfrutaba.

Sin embargo, cuando le daba por ser honesta consigo misma, reconocía que justificarse diciendo que era por la cría no era más que una excusa barata. Le gustaba estar cerca de la niña. Le encantaba observarla dormir; ver cómo subía y bajaba su pequeño torso; la beatífica expresión de relajación que aparecía en su cara. Le gustaba acurrucarse junto a aquel cuerpecito caliente y estar allí cuando Rachel la abrazaba por la noche; sentir la punta de sus dedos era una gratificación instantánea. Y considerando todo lo que Rachel había perdido hasta ese momento, tampoco era tan malo ofrecerle aquello.

Con solo mirarla se relajó. Quizá ella no pudiera volver a disfrutar de un sueño tranquilo esa noche, pero observar el de Rachel era casi igual de satisfactorio. Podía mentirse y decirse a sí misma que aquella milagrosa sensación era un efecto secundario de la aventura con los traficantes de órganos. Que aquella cálida sensación en el pecho que la derretía por dentro era tan solo ternura residual.

El problema era que el resto de sus defensas emocionales se derretían con su corazón, y estaba segura de que no estaba preparada para vivir sin protección. Resultaba espeluznante.

Rachel rodó sobre sí misma y estiró la mano, poniéndole un brazo flaco pero muy firme sobre el cuello y envolviéndola con su esencia a jabón de bebé, leche agria y dentífrico.

Se aferró a la niña, buscando consuelo en el calor de su cálido y pequeño cuerpo.

La vida vibraba dentro de Rachel, haciéndola resplandecer como un pequeño sol. Estar cerca de ella alimentaba algo en su interior, algo voraz y codicioso. Un interior que había creído ser una piedra muerta.

Rachel la necesitaba. En realidad solo necesitaba a alguien, pero había tenido la dudosa suerte de que fuera ella la única disponible en aquel crucial momento psicológico. *Zas, clic y tachán...* Aquella niña estaba unida a ella como con pegamento. Y por ensalmo, ella sabía lo que era sentirse necesitada.

Era extraño. ¿Cómo había permitido que ocurriera tal cosa después de pasarse la vida huyendo deliberadamente de los compromisos? ¿Después de haber conseguido que no le importara nada?

Rachel tenía apenas tres años, pero había sufrido más mierda en su vida de la que la mayoría de la gente se encuentra en toda su existencia. Fue abandonada en un asqueroso orfanato nada más nacer y, más tarde, vendida a codiciosos traficantes de órganos para que la cortaran en pedacitos. Luego la

mantuvieron encerrada junto a otros niños en un cuchitril sin ventanas durante meses... No podía haber nada peor que eso.

Pero incluso hubo otro hecho que se unió a esos; había logrado que Tam Steele se convirtiera en su madre adoptiva. ¡Yupi, el premio gordo!

Y por si eso no fuera suficiente, la madre elegida se estaba volviendo paranoica. En realidad solo se comportaba de una manera más nerviosa y obsesiva de lo habitual, lo que sin duda tampoco era tan raro, teniendo en cuenta lo impresionante que era la lista de sus enemigos. Sí, tenía una sensación extraña que no podía quitarse de encima. Desde hacía semanas sentía un profundo y siseante gruñido en el fondo de su mente que la hacía mirar por encima del hombro convencida de que alguien la observaba.

¿Se trataba de paranoia o realmente presentía un peligro verdadero? No era capaz de discernirlo. Su instinto no solía engañarla, pero las emociones que se habían apoderado de su interior debían de haber desequilibrado su intuición.

Jamás podría conseguir que todo volviera a estar en orden. Ahora reinaba el caos, dentro y fuera, y tenía que habituarse a ello.

Volvió a tapar a la pequeña con la manta de lana y acarició la cálida curva de su cabeza. Se maravilló al sentir el suave tacto de los enmarañados bucles entre los dedos, la tierna curva de la mejilla, la boca rosada como una flor entreabierta, la saliva infantil que brillaba a la luz de la luna... Era una niña preciosa.

Poco a poco la respiración de Tam se hizo más profunda y los latidos de su corazón se sosegaron hasta que alcanzaron el ritmo normal. Y, de pronto, aquella increíble sensación se abrió paso en su pecho, como siempre.

Cálida, tierna y... muy viva.

«Viva». ¡Que Dios la ayudara! Después de todo, había algo vivo en su interior. Consideró aquel descubrimiento con una mezcla de temor y sorpresa, no muy segura de si eran buenas o malas noticias.

La luz de la luna se deslizó por la pared con agonizante lentitud mientras acariciaba la espalda de la niña, simplemente respirando. El eco del disparo todavía resonaba en su cabeza, así como los gritos de dolor y terror que subían desde los calabozos hasta reverberar en sus recuerdos. Pero si se concentraba en Rachel, en lo hermosa, diminuta y perfecta que era, lograba acaparar oxígeno suficiente. Podía atravesar aquella estrecha línea que la separaba de los malos recuerdos sin caer en un estresante *flash-back*.

Sin embargo, era difícil. Las imágenes de las pesadillas no se desvanecían aquella noche. Se habían instalado en lo más profundo de su conciencia.

Seguiría escuchando aquel disparo y los gritos durante toda la noche. Pero lo soportaría. Estaría bien. Solo debía... respirar.

Perdió parte del frío entumecimiento que sentía antes de acurrucarse junto a Rachel. Sin duda era asqueroso que sus emociones la vapulearan como una hoja arrastrada por una repentina inundación. No esperaba que ocurriera cuando se hizo cargo de la niña. Aquellas sensaciones habían sido toda una sorpresa. Sin embargo, después de la turbulenta aventura con los traficantes de órganos, no había tenido la sangre fría suficiente para darse cuenta de que Rachel podía desestabilizarla.

Había pensado que podía manejar lo que le cayera encima; después de todo, lo había hecho bastante bien hasta ese momento. Se había instalado en un lugar fijo y conseguido que su negocio diera frutos; pagaba sus impuestos y no pedía nada a nadie. La identidad que utilizaba en ese momento estaba funcionando a pesar de que el interminable proceso de la adopción estaban poniéndola a prueba, pero esconderse estaba resultando todo un éxito. Era cierto que se aburría un poco después de lo agitada que había sido su vida anterior, pero aquel ataque sorpresa a los traficantes de órganos infantiles la ayudó a sobrellevar el hastío. Aquel vertiginoso acontecimiento debería saciarla durante algún tiempo.

Y, hablando de aventuras frenéticas, aquello fue lo que trajo consigo a Rachel. Bien, *¡bye bye*, hastío! Ahora sí que no le quedaba tiempo para aburrirse. De hecho estaba volviéndose loca para mantenerlo todo bajo control; se veía bombardeada por inmensas responsabilidades. Una adopción de índole internacional implicaba una enorme maraña de trámites burocráticos, por no hablar de los cuidados que debía dispensar a la niña: citas médicas, comidas especiales, alergias, siestas, enfermedades, medicación, baño, rabieta... Miedos.

Y, a pesar de todo, le resultaba impensable vivir sin Rachel.

Aquel milagro había ocurrido con rapidez, pero también con sigilo. Aquella niña desnutrida le había rodeado el cuello con los brazos aferrándose a ella con todas sus fuerzas y, como por ensalmo, el lugar donde se suponía que estaba su corazón se calentó y ablandó. Algo se retorció en su interior, se infló y la llenó por completo hasta que...

Sencillamente, la niña llegó a ella. Aquellos enormes y húmedos ojos castaños, tan parecidos a los de la pequeña Irina... Oh, no. «No sigas por ahí».

Pero las lágrimas ya resbalaban por su cara, cálidas y veloces. Dentro de su pecho vibraban los sollozos que acabaron convirtiéndose en un silencioso y

uniforme estremecimiento.

Odiaba llorar. Se alejó poco a poco de la presión del brazo de Rachel y se sentó en la cama con los pies apoyados en el suelo de pálida tarima de bambú.

¡A la mierda! No quería que Rachel se despertara y la viera en aquel estado.

«¡Tamar, mantén la calma!». La niña ya se mostraba bastante insegura sin haber visto desbordada a su madre.

«Tamar». Al final había recurrido al nombre de su infancia. Y aquella severa voz en su interior había sonado muy parecida a la de su madre. ¡Qué extraño era todo! ¿Acaso se había vuelto loca al utilizar como alias un nombre tan parecido al que realmente le correspondía? ¿Se trataba de un impulso suicida o solo de la necesidad de reclamar algo real? Algo que la hiciera sentirse más coherente.

Se obligó a moverse, pero estaba paralizada.

«Levántate, Tamar. Ponte de pie. Levántate de una puta vez. Eres la única que puede ocuparse de todo».

Se arrastró sobre sus pies hasta entrar tambaleándose en el cuarto de baño y se inclinó sobre el enorme lavabo de mármol. Se salpicó la cara sin dejar de mirarse en el espejo. Su imagen demostraba el alcance del error. Sin duda no ayudaba ver su propio rostro, pálido y ojeroso; los ojos rojos, que le devolvían una penetrante mirada; la desdibujada boca... Estaba mal, pero una vez que comenzaba uno de sus arrebatos de llanto, no había manera de detenerlo. Se reclinó otra vez sobre el lavabo, cogió agua con las manos y bebió. Luego se mojó de nuevo la cara, limpiándose las lágrimas y los mocos.

Una vez cumplida esa misión, sus piernas decidieron que ya no las necesitaba. Apretó la espalda contra la pared y se dejó deslizar hacia el suelo hasta que sus nalgas impactaron contra las frías baldosas.

Se acurrucó en posición fetal. Hacía años que no lloraba, desde mucho antes de adoptar a Rachel. Quizá llevaba más de una década sin dejarse llevar por el llanto y, sin duda alguna, no lo había echado de menos.

Apretó las palmas de las manos contra los globos oculares hasta que le dolieron los ojos. ¡Pobre Rachel! Jamás debería haberse quedado con ella; debería haber tenido en cuenta quién era, lo que era, pero no lo había pensado y el daño ya estaba hecho. Y lo sufrirían las dos.

Rachel necesitaba con urgencia una madre; pero una de verdad, alguien comprometido, inteligente y sensato. Sin embargo, considerando el historial de la niña, solo alguien muy tonto se haría cargo de ella. Y una persona tonta jamás sobreviviría a la experiencia; se daría por vencida en cuanto las bonitas

fantasías sobre lo buena y compasiva que era se desvanecieran. Rachel necesitaba mucho; era un vórtice de necesidades, tanto físicas como emocionales y financieras. Desde su nacimiento había carecido de todo. Sveti, la chica que estuvo encerrada con Rachel en aquel cuchitril en el que la retuvieron los traficantes de órganos, había sido la primera persona que le ofreció un poco de amabilidad y el bebé se aferró a la muchacha para absorber aquella ternura como si fuera una esponja. Igual que había hecho después con ella.

Ternura. Era una ironía que le requiriera justo eso entre todos los sentimientos que era incapaz de ofrecer voluntariamente.

En ocasiones echaba de menos las horas de tranquilidad. Aquella espléndida y estéril soledad en la que se quedaba absorta trabajando en sus diseños de joyería sin preocuparse por nadie. Sin que la necesitaran. Recordó de golpe el silencio y el vacío, la desolación que mostraba su vida antes de que Rachel formara parte de ella, y se sintió abrumada.

La niña presentaba cierto retraso en su desarrollo. Tenía tres años, pero se comportaba, hablaba y tenía las habilidades de un bebé de veinte meses. Y no podía decir que fuera malo, sin duda podría haber sido peor; era un milagro que no se hubiera convertido en un vegetal o que no se hubiera rendido y dejado morir.

De hecho, era un milagro que no hiciera justo eso. Y ella consideraba aquello un prodigio que indicaba que no debía morir. Rachel tenía que sobrevivir y crecer. Estaba destinada a brillar con luz propia, a salir a flote contra todo pronóstico.

La criatura había hecho grandes progresos en los meses que llevaba con ella. Ya no parecía un pequeño monito, caminaba mejor y balbuceaba en tres idiomas; el portugués de la niñera, su ucraniano nativo, que ella estaba decidida a que no olvidara, y, por supuesto, el inglés.

Estaba muy orgullosa de lo que Rachel había conseguido, pero ahora que todavía resonaban en sus oídos los gritos y los disparos de sus pesadillas y la embargaba el miedo a que estuvieran acechándola algunos depredadores, no podía dejar de pensar en lo egoísta y egocéntrica que había sido al hacerse cargo de la niña solo porque no fue capaz de resistirse a cómo se sentía con ella. Porque se parecía a Irina. Porque de pronto estaba inesperadamente viva.

Ojalá pudiera ofrecer a la niña una vida familiar normal a cambio, aunque eso era algo que no estaba a su alcance.

¿Normal? ¿Qué era eso? Ella no tenía ejemplos ni ninguna indicación sobre

qué podía ser la normalidad y cómo se alcanzaba. Su más temprana infancia había sido bastante buena, pero había quedado sepultada bajo un enorme muro de piedra hacía un millón de años. No podía usarlo como modelo.

Durante la mayor parte de su vida había estado sola, viviendo en el planeta Tam. O en algún lugar que ni siquiera era un planeta, sino más bien una estación espacial que orbitara alrededor de la realidad, con miles de kilómetros de vacío en torno a ella como zona de seguridad.

¿Qué la había hecho pensar que podía incluir en el exilio que suponía aquella estación a una niña tan frágil y herida como Rachel? ¿Lo hizo para tener compañía? ¿No era aquello más que una egoísta locura? ¿No se había comportado como una zorra solitaria que solo pensaba en sí misma? ¿Cómo se le habían cruzado los cables de esa manera? No era una madre adecuada para una niña pequeña. Era una ladrona, una delincuente, una embaucadora estafadora e, incluso si la situación lo requería, una asesina; aunque siempre había matado en defensa propia. Y todos aquellos a los que había destruido se lo habían merecido con creces. No dejó a su paso víctimas inocentes. Era muy consciente de lo que suponía ser una víctima inocente.

Pero ahora ya no era inocente. La buscaban por una lista de crímenes tan larga que incluso a su perspicaz mente se le escapaba alguno. Se ocultaba tanto de organismos mundiales como de la mafia internacional. Así que, se mirara por donde se mirara, estaba bien jodida. De todas las formas y a todos los niveles.

Y aun así, allí estaba. Ahora era la madre de una niña con necesidades especiales. Y, con Rachel, todo eran conjeturas; le parecía estar andando a tientas en la oscuridad mientras confiaba con desesperación en que cada una de sus elecciones fuera la más adecuada.

Y además, por supuesto, estaban todas aquellas vengativas y peligrosas personas a las que les gustaría verla hecha puré. Papá Novak, el querido padre de Kurt, era la primera; Georg Luksch ocupaba el segundo lugar, aunque estaba segura de que él querría algo más que su sangre. La profunda repugnancia que trajo aparejada aquel pensamiento la hizo estremecer.

Se sintió horrorizada al enterarse de que todavía estaba vivo después del baño de sangre que sufrió. Aquel día ella había sido demasiado negligente, no tenía perdón por no haber matado a aquella serpiente venenosa cuando tuvo la oportunidad. Después de que lo atraparan, lo metieron en chirona, por supuesto, pero ella sabía muy bien cómo funcionaba todo. Nadie podía retener en prisión a un hombre con aquellos contactos.

Tenía muchos más enemigos; la lista era muy larga. Podían atraparla, secuestrarla o asesinarla —o algo mucho peor— en cualquier momento. No podía garantizar a Rachel un hogar seguro, aunque tampoco era capaz de dar la espalda a aquella niña con la que ahora tenía lazos afectivos.

Rachel lo tomaría como otro abandono. Imposible intentar explicar a una desequilibrada y temerosa niña de tres años que nunca había tenido a nadie en su vida que era por su seguridad. Imposible.

De todas maneras, debía dejar todo arreglado para Rachel. Y debía hacerlo pronto y previendo la peor de las opciones. Se revistió de valor y se obligó a considerar todas las posibilidades.

Podía pedirle a alguna de las mujeres de los McCloud o a Raine que se hiciera cargo de Rachel, o al menos que fuera su tutora si a ella le pasaba algo. Si definía el concepto de amistad, eran las únicas amigas que tenía. Y si no se trataba de amistad, era lo más parecido que ella conocía.

Sin duda cada una ellas le debía algo. Todas habían superado una prueba de fuego tras haber formado parte de la lista negra de algún capullo en un momento u otro, aunque en el caso de ellas no fue debido a su propia arrogancia o a algún mal comportamiento.

Esas mujeres no eran tontas, conocían muy bien la situación y no tenían problemas para proporcionar ternura. Estaba segura de que resultaría difícil y extenuante para ellas, y de que a sus hombres les sentaría como una patada en los mismísimos, pero lo harían. Además, ocuparse de Rachel era caro, ya que tendría que ser sometida a varias operaciones quirúrgicas en el futuro; sin embargo, eso le preocupaba menos, tenía mucho dinero ahorrado. No, ese era un problema que la niña no padecería durante el resto de su vida; una preocupación menos.

Cualquiera de ellas lo haría, ninguna se negaría; lo sentía en los huesos.

A pesar de ello, le aterraba pedir un favor tan grande. Si era sincera consigo misma, se sentía muy incómoda tratando a otras mujeres como amigas. Tener que tomarse tantas molestias, dedicar tanto tiempo... para relacionarse con ellas de forma regular. Por alguna extraña razón, prestarles atención, soportar sus preguntas, sus risas y charlas la volvía loca. La traicionaba su propia feminidad, el exceso de estrógenos hacía que solo pudiera soportarlas hasta cierto punto. Se había convertido en una criatura solitaria; atípica, asexual y antisocial. Sí, era muy complicado y no se hacía ilusiones al respecto. Tampoco se disculpaba por ello; era como era y si a alguien no le gustaba ya sabía dónde estaba la puerta.

Por otra parte, tampoco era que sus parejas fueran mucho mejores. Los maridos de la pandilla McCloud eran bastante inteligentes para ser hombres, pero todos y cada uno de ellos eran dominantes y, como tales, poseían aquel velo de testosterona que les nublaba el cerebro, lo que les hacía propensos a mostrar cierta arrogancia, tan habitual en el género masculino. Ella no tenía tiempo ni paciencia para lidiar con ello.

Y aun así, allí estaban, pendientes de ella durante todo el tiempo. No lograba deshacerse de ellos. La protegían de todas sus locuras, lo mismo que Nick. Tras la aventura con los traficantes de órganos, Nick también formaba parte de la corta lista de personas con autorización para tocarle las narices sin acabar muerto por ello. Quizá cojo, pero no muerto.

Los esfuerzos que hacían por ser sus amigos resultaban fervorosos e infantiles. A veces eso le hacía sentirse encantada, incluso llegaba a ser divertido cuando estaba de buen humor, algo que no le sucedía muy a menudo por culpa de las pesadillas que la acosaban. Los recuerdos de su juventud — de antes de que se convirtiera en un témpano humano— eran demasiado estresantes.

Pero ahora no era un témpano, no podía comportarse como la bruja que todos pensaban que era cuando imaginaba a Margot, a Erin, a Liv o a Raine ejerciendo de madre para Rachel. En su interior estallaba una celosa, vengativa y desproporcionada furia al pensar que cualquiera de aquellas dulces y elegantes mujeres podía llegar a ser, sin ningún esfuerzo, mejor madre para Rachel que ella.

Pero no era culpa de ellas. Aquellas mujeres no tenían nada malo. Nada de nada. Y ese era el mayor problema: que eran perfectas. ¡Joder! Se reiría de su propia estupidez si no supiera que estaba a punto de volver a llorar y eso la asustaba de muerte. Solo en esos momentos previos al amanecer, que tan emotivos resultaban, se permitía reconocer para sus adentros aquellas humillantes verdades; era una bruja celosa y envidiosa. Pero no envidiaba a sus hombres, por ella podían quedárselos. Lo último que le faltaba era verse asediada con estúpidas e inútiles atenciones masculinas. Reconocía que aquellas mujeres tenían maridos relativamente buenos..., si tenía en cuenta la acepción de la palabra «bueno» cuando se refería a un hombre. Después de todo había implícita una evidente contradicción de términos...

Por eso tenían sentido sus vidas. Estaban conectadas al mundo, encajaban en él, palpitaban, brillaban... Emitían tantas vibraciones de satisfacción sexual como para lanzar a una célibe mujer, como ella, a más de cincuenta metros.

Y no temían a la maternidad. Al menos las que ya eran madres no sentían miedo, y estaba segura de que las demás actuarían igual cuando les llegara el momento... Liv y Becca, la novia de Nick, que pronto se convertiría en su esposa, poseían esa aura femenina y maternal, lo mismo que Margot, Raine y Erin. Resultaba muy irritante.

Para ellas la maternidad consistía en abrazos y realización a un nivel espiritual. Se revolcaban en la dicha cuando las observaba el orgulloso padre; resplandecían ante cada prodigioso progreso y brillante ingenio de sus bebés. Raine estaba a punto de dar a luz y resplandecía como una luna llena. El niño de Erin tenía ya un año y la pequeña pelirroja de Margot había cumplido siete meses. Bebés rechonchos y felices que rodaban por la alfombra entre gorjeos y risas. Criaturas que copaban la parte alta de las tablas de porcentuales de peso y estatura; guapos, inteligentes y felices... *Tralalá*.

Ninguna de ellas tenía que lidiar con las graves situaciones a las que ella se enfrentaba cuando Rachel sufría un arrebató de ira o pesadillas. No sabían lo que era tener retraso en el desarrollo, malformaciones en los huesos de los tobillos y las caderas, problemas visuales por haber pasado meses de confinamiento sin ver luz natural y sin otra cosa que mirar más que una pared de hormigón... Los médicos siempre le advertían sobre un posible daño cerebral por culpa de aquellos abusos, descuidos y malnutrición, pero ella estaba convencida de que no tenían razón. Lo único que había que hacer era mirar a Rachel a los ojos para darse cuenta de que la niña era tan lista como cualquiera y avanzaba en todos los niveles. Su único fallo era ser demasiado testaruda y suspicaz e impedir que la evaluaran extraños embutidos en batas blancas. Ella la comprendía muy bien aunque los médicos no lo hicieran.

Además, Rachel parecía decidida a recuperar cada pizca de amor y afecto que se había perdido, y nadie podía culparla, pero tal necesidad de atención hacía que a veces sintiera que tenía a la niña pendiente de ella. Rosalía ayudaba, aquella dulce e impasible brasileña que se ocupaba durante algunas horas de la cría y le proporcionaba un poco de tiempo para trabajar con tranquilidad. Sin embargo, aquellos preciosos momentos eran escasos porque casi siempre acababan viéndose interrumpidos por alguna emergencia. Y cuando no lo eran, no resultaban suficientes. Apenas podía escuchar sus pensamientos. ¡Por Dios!, apenas tenía tiempo para respirar.

Y aun así, aquella niña era suya. Todos los demás le habían fallado, pero ella no lo haría. Ni hablar. Se ocuparía de ella. Apretó los ojos contra las rodillas con tanta fuerza que le dolieron, a pesar de lo cual siguió viendo la

polvorienta tumba donde habían arrojado a su madre y a su hermana menor. Irina tenía dos años. Recordaba perfectamente sus rostros, pálidos, rígidos e inexpresivos. Los ojos abiertos. La tierra cayó sobre ellas después de que las tiraran como si fueran basura.

La imagen estaba grabada a fuego en el interior de sus párpados.

¡Oh, Dios! Todos los recuerdos indeseables se estrellaron en su mente como un tren descarrilado. Era el precio que tenía que pagar por desenterrar de su interior la ternura que debía proporcionar a Rachel.

Llevaba toda la vida soñando con venganza, no con ternura. Esta última no era una cualidad con la que se sintiera cómoda; le cruzaba los cables, hacía que sus circuitos internos estallaran. La confundía y ponía nerviosa. La venganza era un sentimiento fácil, comprensible... Podía llenar su cualificada mente con venganza y sentir cómo comenzaba a palpar, a susurrar, a trabajar...

Era una bien afinada máquina de venganza, y estaba programada para localizar y acabar con la vida de Drago Stengl. Solo entonces podrían descansar los fantasmas del pasado. Sin embargo, allí estaba, intentando que la máquina de venganza produjera la ternura que Rachel necesitaba. Era como ponerse a hacer galletas con un lanzacohetes. Como hacer limonada con granadas de mano en vez de limones. Imposible.

Los frenéticos chillidos de Rachel resonaron en el aire y se levantó de golpe, como si tuviera un resorte interno, para salir disparada hacia el dormitorio. La niña siempre se asustaba cuando se despertaba sola en medio de la oscuridad.

Se deslizó bajo la manta y se acurrucó junto al rígido cuerpo infantil. Después de que Rachel se tranquilizara y se quedara dormida, frotó la nariz contra su cuello, inhalando la fragancia del champú infantil con suavizante. Notó la magia otra vez. La tensión desapareció en su interior en cuanto aquel suave y cálido lugar de su interior se abrió como una flor. No podía resistirse, era demasiado dulce. Estaba perdida.

Ahora que las imágenes de la pesadilla comenzaban a desvanecerse, su habitual obstinación ocupaba su lugar. Se alegró, eso resultaba mucho más placentero.

¡A la mierda con todo! Era posible que Rachel no tuviera una madre o una vida normales, pero si alguien intentaba hacerle daño otra vez, vería que estaba protegida por un dispositivo de seguridad que podía convertirse para el intruso en un infierno viviente. Y aquello contaba mucho... Tenía que hacerlo.

Así que Rachel había sufrido, ¡vaya cosa!, así era la vida para algunos, pero eso la había convertido en una niña fuerte y obstinada. Ella le proporcionaría, además, todo lo que el dinero pudiera comprar. Todo lo que pudiera devolverle en cierta medida lo que aquellos malditos capullos asesinos le habían robado.

La cría no estaba tan mal como para ser arrojada a un basurero. No debía ser enterrada bajo la indiferencia burocrática, que se justificaría con absurdas racionalizaciones. Así era como se desperdiciaban los recursos, en malditos agujeros negros.

Rachel no estaba tan destrozada como para acabar así. Y aunque lo estuviera, mandaría a la mierda a quienes no quisieran desperdiciar tiempo y energía en agujeros negros y personas hechas polvo. ¡A la mierda con todos!

Se acurrucó contra la niña e inhaló el suave aroma que desprendía su pelo como si fuera una vacuna de oxígeno puro. Rachel murmuró en sueños antes de aferrar un largo mechón de sus cabellos con el pequeño puño.

Ella pensó en Novak, en Georg, en todos los demás. Pensó en aquella picazón que notaba en la nuca. En el murmullo que la advertía de que la vigilaban.

Una oleada de determinación ardió en el interior de su cabeza como un hierro de marcar reses.

«Intenta alejarla de mí. Venga, inténtalo y veremos quién es el que muere y a qué velocidad».

Budapest, Hungría.

—¿Estáis sometiéndolo a una vigilancia estricta, Andrés? Tus hombres no pueden perderlo de vista ni siquiera un segundo. Vajda es un agente secreto muy bien entrenado, capaz de esfumarse sin dejar rastro. ¿A quién has puesto sobre su pista? ¿Cuándo transmitió el último informe?

Andrés suspiró para sus adentros y cruzó los brazos sobre su ancho tórax antes de carraspear para modular la voz. No podía demostrar su impaciencia cuando el jefe de la mafia, Gabor Novak, utilizaba aquel irritado tono de descontento.

—Bede y Galás se pusieron en contacto conmigo hace justo seis minutos.

Vajda está en el Országos Traumatológiai Intézet —explicó, refiriéndose al hospital traumatológico—, y durante tres días solo se ha apartado de la cama del viejo para ir a mear. Csobán pirateó la base de datos de los pacientes y nos informó de que Imre Daroczy será dado de alta al mediodía. Si usted quiere, podemos actuar esta tarde, cuando estén en el apartamento de Daroczy.

—¿Si yo quiero? —repitió Novak—. ¿Si... yo... quiero? ¿A qué te refieres con «Si yo quiero»? —Novak clavó su venenosa mirada verde en su lugarteniente al tiempo que fruncía los purpúreos labios, dejando al descubierto los amarillentos colmillos como una bestia salvaje—. ¿Crees que es una cuestión de deseos, András? ¿Consideras esta cuestión un capricho mío?

András forzó una expresión de absoluta impasibilidad.

—No, jefe. Para nada... —intentó apaciguarlo—. Por supuesto que actuaremos en cuanto sea posible, pero el hospital es un lugar demasiado público para secuestrarlos allí. Debemos tener paciencia. Tenemos que esperar a que ellos...

—¿Paciencia? ¡No me hables de paciencia! ¡Me dijo que ella estaba muerta! —escupió Papá Novak—. Georg me aseguró que esa traidora serpiente que responde al nombre de Tamara Steele había muerto ahogada en su propia sangre el mismo día que asesinaron a Kurt. ¡Me mintió! ¿Por qué crees que me mintió, András? ¿Por qué? —Las miradas de los demás hombres, que permanecían de pie alrededor de la mesa, revolotearon inquietas, sin saber dónde posarse.

El jefe se había vuelto demasiado imprevisible y peligroso desde la repentina muerte de su hijo, algunos años antes.

Cuando él usaba ese tono, la gente moría sin más.

Sonó el intercomunicador y él se inclinó para presionar el botón, muy agradecido por aquella distracción.

—¿Sí? —ladró.

—Se trata de Jakab Lajtos —explicó el guardia—. Lo ha enviado Georg Luksch.

—¡Advertí a Georg que tenía que venir él mismo! ¡Que no se atreviera a enviar a uno de sus inútiles lameculos! —aulló Novak.

El hombre del otro lado del interfono vaciló, nervioso.

—¿Quiere que..., er..., que le diga que se largue?

—No. No. Mándalo para aquí —murmuró Novak—. Quiero hablar con él.

«Pobre tipo», pensó András. Ya era mala suerte para Jakab que le tocara

hablar con el jefe cuando estaba en uno de aquellos estados de ánimo tan volátiles. Luego iba a haber mucha sangre que limpiar. No es que estuviera quejándose, mejor ese tipo que él. ¡Oh, sí! Mucho mejor.

Se abrió la puerta en ese instante y Jakab se detuvo en el umbral como si presintiera el peligro mortal. Su amable sonrisa se desvaneció en cuanto posó la mirada en la feroz mueca de desagrado de Novak y en la petrificada cautela que aparecía en el rostro de los demás hombres.

—Er... Luksch me ha enviado para saber si necesita algo —explicó titubeante—. No ha podido venir él mismo. Está en Odessa, ocupándose de unos problemas surgidos en una fábrica de municiones. Ha habido un problema con la entrega de...

—¿Ves esto, Jakab? ¿Esta cosa repugnante? —Novak señaló la enorme mesa de teca con un esquelético dedo. Había una caja con una torques dorada sobre un lecho de terciopelo negro.

El guarda empujó a Jakab desde atrás y este entró trastabillando en la estancia.

—Er..., oh, yo..., er...

—¡Eso es un insulto para la memoria de mi hijo! —El dedo que Novak utilizaba para señalar la joya temblaba por la intensidad de las emociones que le azotaban—. ¡Que esa mujer siga sobre la faz de la tierra es un insulto para su memoria! Tú lo sabías, ¿verdad, Jakab? ¿Lo sabías?

—¡No! ¡No sé de qué me está hablando! —protestó Jakab, desesperado—. No tengo ni idea. ¡Solo soy un mensajero! Me han enviado para saber qué quiere usted...

—Pues quiero su sangre —siseó Novak—. Quiero sus vísceras desparramadas por el suelo. Eso es lo que quiero.

Jakab tragó saliva repetidamente. Tenía la cara cenicienta y la expresión conmocionada. Novak estiró la mano y pasó el dedo por el intrincado diseño de hilos dorados que se entrelazaban como serpientes en un antiguo diseño celta. Los dos bordes del collar estaban adornados con brillantes rubíes. La joya parecía vibrar bajo la luz de la lámpara de la biblioteca como si estuviera viva.

Novak apretó uno de los rubíes y este se soltó para mostrar un diminuto cuchillo.

—¿Ves eso? Es una miniatura de la daga que seccionó la garganta de mi hijo. Una reproducción exacta del collar que Kurt le entregó a la esposa de McCloud. ¡El asesinato de mi Kurt ha sido immortalizado en una baratija para

que la use cualquier zorra descerebrada!

Jakab dio un salto hacia atrás cuando Novak hundió el estilete en la mesa y se quedó allí clavado, vibrando en el aire. Carraspeó nerviosamente para aclararse la voz.

Novak tomó la tarjeta que había en el interior de la caja de terciopelo negro. No había ningún logotipo o dirección, solo unas letras en negrita.

BELLEZA MORTAL

Armamento para llevar puesto

Diseñado por Tamara

Y debajo, un número de móvil. Que estaba inactivo, por supuesto. No iba a ser tan sencillo...

—Un mensaje tan directo —masculló el jefe— como una bofetada en la cara.

Lo cierto era que de directo no tenía nada. Andrés había visto la torques algunas semanas antes por pura casualidad; la lucía la amante de un amigo en una fiesta en París. Le llamó la atención porque conocía la extraña manera en que había muerto Kurt Novak. La mujer le mostró las especiales características de la joya cuando se quedó a solas con ella, y no le importó compartir el nombre del intermediario que se lo había vendido. Sin embargo, no se mostró tan dispuesta a separarse de la pieza cuando se ofreció a comprarla. Por fortuna, nadie notó que el collar había desaparecido cuando poco después encontraron destrozado el cuerpo de la mujer; se había arrojado al vacío desde la terraza del ático.

Culparon a las drogas, por supuesto. Una vida desperdiciada, una muerte sin sentido... Un asunto muy triste.

El intermediario se había mostrado mucho más comunicativo gracias al cuchillo que finalmente acabó clavado en su carótida. Le proporcionó la tarjeta comercial y una breve descripción física de la diseñadora de la joya. Una misteriosa y hermosa joven que solo podía ser la antigua amante de Kurt, su asesina.

Una mujer que Georg Luksch había jurado que estaba muerta. Aquello olía muy mal.

—Jakab, ayúdame. A ver si comprendo esta situación... —La voz de Novak era demasiado suave—. Me he gastado una fortuna para que Georg saliera de prisión. Invertí otro pico en recomponerle la cara y el cuerpo... Lo he preparado para que sea mi sucesor y ocupe a mi lado el lugar que le hubiera

correspondido a Kurt. Lo he convertido en un hombre rico y poderoso, y ahora descubro, por pura casualidad, que esa zorra está vivita y coleando y que Georg ha contratado a un agente de PSS para localizarla. Y para remate, no me ha informado de nada.

—¿Qué...? ¿Cómo sabe usted...?

—¿Quieres saber cómo me enteré de todo esto? —La sonrisa de Novak hizo que aparecieran sus largos y amarillentos colmillos—. Jakab, tengo mis fuentes. Tarde o temprano acabo enterándome de todo. Sé que la tarea de encontrarla ha recaído en mi antiguo protegido, Vajda. Es una buena elección; una puta para atrapar a otra. —Forcejeó con la daga para desprenderla de la mesa, donde dejó un profundo agujero—. Me han utilizado —proclamó—. Engañado. ¿Dónde está esa zorra, Jakab? ¿Dónde está Steele? —András se preparó para cualquier cosa. No había nada que Novak odiara más que le engañaran. La palabra «engaño» siempre acababa con un baño de sangre.

Jakab alargó la mano en mudo gesto de súplica.

—¡No lo sé, jefe! ¡Lo juro! A mí no me informan de ese tipo de asuntos. Estoy seguro de que Georg no ha tenido intención de engañarle. Quizá se trate de un malentendido; es una situación complicada, esa mujer es...

Plaf.

Jakab soltó un jadeo sofocado. La daga había clavado su mano a la mesa. El rostro del hombre se desfiguró con un rictus de dolor. La sangre corría bajo su palma.

—¿Has dicho complicada? —La voz de Novak era incluso más suave—. Pues yo creo que es muy simple, Jakab. Nada como un cuchillo clavado en la mano para simplificarlo todo, ¿verdad? —Jakab había comenzado a temblar de manera ostensible.

—Pero... Pero no puedo... No sé...

—¿Dónde? —Novak puso la mano sobre el otro rubí—. ¿Dónde está? ¿Prefieres que presione esta piedra? —Jakab jadeó y contuvo la respiración. Novak presionó y un aullido agónico salió de la garganta del esbirro—. ¡Pedazo de mierda, dímelo ya! —ordenó el anciano—. ¿Qué ha descubierto Vajda? ¿Dónde está esa zorra? ¡Dímelo! ¡Ya!

Pero Jakab no podía responder. Le pasaba algo realmente malo, algo mucho más serio que una daga clavada en la mano. Comenzó a salirle espuma por la boca antes de que cayera de bruces contra la mesa, con los ojos fuera de las órbitas. Un hilillo de sangre manaba de cada una de sus fosas nasales.

Los espasmos se fueron espaciando poco a poco hasta que se detuvieron por

completo. Todos observaban la escena en completo silencio.

Novak parpadeó y examinó la daga con más interés.

—Veneno —comentó—. Qué interesante...

András clavó los ojos en el cadáver que ahora tendría que eliminar y suspiró para sus adentros.

—Deshazte de él, András —ordenó Novak—. Pero antes corta algún pedazo de carne que sirva para identificarlo y envíaselo a ese cerdo mentiroso. Ahora ya sabemos todos donde estamos. Después, busca a Vajda y atrápalo. No tiene por qué trabajar para Georg, debemos recordarle a quién debe mostrar su lealtad.

—Me encargaré de ese asunto en cuanto Daroczy tenga el alta en el hospital —repitió él con sombría paciencia.

Pero Novak ya no escuchaba. Los ojos del jefe ardían cuando se clavaron en la daga que sostenía entre los dedos.

—Él la traerá a mí. Utilizaré esta daga —canturreó con voz distraída—, esta misma daga. Aunque antes debemos retirar el veneno, por supuesto. La muerte de esa zorra será muy lenta. Y ella lo verá todo, cada paso, en el espejo. Dejaré los ojos para el final.

Georg se arqueó y corcoveó casi sin resuello contra el cuerpo de la prostituta que se contorsionaba debajo de él sobre la cama. La chica era demasiado ruidosa y estaba echando a perder su fantasía.

Qué fastidio... Cuando vio las fotografías, había pensado que sería perfecta.

El efecto inicial era realmente espectacular: larga melena roja, cuerpo de infarto. Le habían realizado una sustancial operación de cirugía plástica para que se pareciera a Tamara Steele tanto como fuera posible. Y los cirujanos habían realizado un buen trabajo.

El problema era la voz. Recordaba demasiado bien el ronco tono de contralto de Tamara. El sonido le hacía estremecerse de ansiedad.

Sin embargo, los grititos de placer que aquella mujer fingía eran agudos y estridentes. Arruinaban el efecto.

Vaya decepción. Aquel coito estaba resultando demasiado aburrido y extenuante, pero ahora ya no había manera de detenerse, y menos con tres de sus hombres a los pies de la cama, observándolo, como era su costumbre. Ya no era capaz de concluir un polvo sin audiencia.

Por fortuna, no le faltaban espectadores dispuestos.

Intentó ignorar el sonido imaginando que eran los desvaídos ojos saltones de Kurt Novak los que le contemplaban mientras poseía a Tamara. Se le perló la frente de sudor; sí, aquel era el momento más intenso y erótico que hubiera experimentado nunca.

El pensamiento hizo detonar su interior; se estremeció entre convulsiones y se corrió.

Permaneció sobre el húmedo cuerpo de la mujer durante algunos jadeantes segundos más. En sus oídos resonaban las pesadas respiraciones de los hombres que observaban, excitados, pero el aroma femenino era muy desagradable para él.

Se alejó de la chica, se subió los pantalones y se abrochó el cinturón. Ella se apoyó en los codos. No la miró, pero fue consciente de su resentimiento. ¡Zorra arrogante! ¿De verdad esperaba que la halagara por cumplir con su trabajo?

Uno de sus hombres carraspeó.

—Er... ¿Jefe?

—¿Qué quieres? —Se sentó ante el escritorio y encendió el portátil. Su mente estaba ya muy lejos de aquella experiencia sexual.

—¿Podemos...?

Se volvió hacia los tres hombres que babeaban frente a la cama y luego clavó los ojos en la evidente indignación que aparecía en aquel rostro tan parecido al de Tamara.

Encogió los hombros.

—Si os apetece... No quiero volver a ver a esta mujer.

Ella saltó del lecho.

—¡Eso no forma parte del trato! ¡Nadie me había dicho que debía acostarme con cuatro hombres.

—Bueno, cobrarás cuatro veces más —aseguró con indiferencia—. Y en efectivo. Además, no le diré nada del sobrepago a la agencia.

Ella frunció los labios rojos y entrecerró los ojos haciendo cálculos.

Él se volvió de nuevo hacia el ordenador, ya aburrido de aquella conversación, y abrió la carpeta que contenía las fotos digitales que había recopilado de Tamara. Pulsó sobre ellas con soñadora concentración para estudiarla desde cada ángulo. Los gemidos, gruñidos y risas amortiguados que comenzaron a llegar desde la cama se desvanecieron. Ahora estaba a solas con ella; no existía nadie más. Poseía una belleza perfecta: hermosura, fuerza y

simetría. La única mujer adecuada para él. Ella todavía no lo sabía. No tenía ni idea del vasto imperio que pondría a sus pies. El poder, la riqueza, el lujo...

Una voz se entrometió en sus fantasías. Se dio la vuelta y se topó con uno de sus hombres, Ferenc, que sostenía entre los brazos una caja de cartón envuelta en papel de regalo. Por el rabillo del ojo percibió que la mujer estaba ahora de rodillas, meneándose de manera vigorosa mientras satisfacía a dos hombres a la vez; a uno con la boca y a otro por detrás. El tipo que sostenía la caja no parecía ser consciente de la escena pornográfica que tenía lugar en la cama.

Aquello fue, por sí solo, un hecho lo suficientemente llamativo como para captar toda su atención.

Ferenc tenía los ojos desencajados y su piel había adquirido un tono casi verdoso. Tenía la frente perlada de sudor.

—¿Qué ocurre? —exigió—. ¿Qué hay en esa caja?

—Jakab —explicó Ferenc con voz ronca—. O al menos una parte de él.

Él rasgó el papel que envolvía la caja. Allí dentro había una cabeza y unas manos llenas de sangre. Los ojos de Jakab le miraban fijamente, enormes y alarmados, como si su destino le hubiera dejado perplejo.

Al parecer Novak se había enterado de que Tamara seguía viva.

Georg aferró los rígidos cabellos manchados de sangre y alzó la cabeza del que había sido su esbirro. Ferenc desvió la mirada al tiempo que tragaba saliva. «Nenaza», pensó para sus adentros con desdén. Qué inútil. Dejó caer la cabeza de nuevo en la caja y sacó el teléfono al tiempo que indicaba al hombre que desapareciera con un gesto de la mano.

—Deshazte de eso. —Ferenc salió corriendo, tropezándose con las prisas. Los jadeos y gruñidos provenientes de la cama comenzaban a molestarlo—. ¡Cerrad el pico! —rugió en dirección al lío de extremidades que se contorsionaba en el lecho—. ¿No veis que estoy trabajando?

Los hombres volvieron las cabezas hacia él mirándole con nerviosismo. La mujer no podía girar la cabeza con tanta facilidad porque tenía un pene en la boca, pero lo observó de reojo. La cara distorsionada por la felación ya no se parecía en nada a la de Tamara.

Se volvió, olvidándola ya por completo mientras se concentraba en aquel rompecabezas. Los agentes de Prime Security Solutions jamás proporcionarían un detalle sobre Tamara Steele. La reputación de la organización dependía de ello.

Lo que significaba que había un traidor en su entorno, alguien que estaba en contacto con Papá Novak. Salió al balcón y, mientras marcaba el número de

Hegel, el agente de PSS encargado del asunto, revisó mentalmente la lista de hombres a sus órdenes. Uno a uno, intentó imaginar quién podía ser el que mereciera un desmembramiento muy lento.

Hegel respondió al primer timbrazo.

—¿Diga?

—Ha ocurrido algo —explicó—. Acabo de descubrir que ella corre peligro, es necesario que la traigáis aquí de inmediato.

Notó cierta vacilación en el hombre.

—Bien, me pondré en contacto con el agente...

—De inmediato. —Dejó caer el móvil en el bolsillo y miró la luna. Llenaba, inmensa, el horizonte.

«Así que ya no era el sustituto del hijo de Novak...».

Se dio cuenta de que realmente no le importaba. A esas alturas tenía ya su propio imperio y el papel de conquistador vengativo se adecuaba mejor a su personalidad.

Ya estaba cansado de besar el momificado culo del viejo. Comenzaba una nueva era.

El corazón se le aceleró en el pecho.

Apenas si podía contener la impaciencia.



Val se movía con inquietud en la vieja silla de respaldo alto. Se sentía nervioso y agitado después de haber pasado tres días junto a la cama de Imre, en el hospital. Había olvidado ya lo que era estar a merced de los nervios, incapaz de mantener los pies quietos. Llevaba mucho tiempo alejado de todo —años incluso—, sumergido en un estado de frío distanciamiento.

El crepúsculo avanzaba inexorable, oscureciendo las sombras que cubrían el desvencijado estudio de Imre y tiñéndolas de un gris cada vez más oscuro. El flaco rostro de Imre era tan revelador como el de una estatua griega; las arrugas que lo surcaban no disimulaban las magulladuras ni la hinchazón causadas por el ataque que había sufrido algunos días atrás. Le habían dado de alta hacía unas horas a pesar de que él no aprobaba tal decisión.

—Deja de moverte —pidió Imre con serenidad—. Me estás distrayendo. — El anciano ignoró la disculpa que él murmuró y clavó los ojos en el tablero de ajedrez con la gravedad de una efigie. No hizo ningún gesto triunfal a pesar de que era evidente que iba ganando.

Pero la magia que solía ejercer el desafío del juego no parecía hacerle efecto ese día. Mantener una matriz mental resultaba un trabajo extenuante, debía sopesar probabilidades, estrategias y elegir teniendo en cuenta las

diversas consecuencias. Y no solo eso, además era una manera de mantener ocupada su cabeza.

Aquello era un regalo de Imre. Uno de muchos. Algo que había anhelado como una droga, aunque sabía de sobra que era una estupidez depender de algo para sentirse mejor.

Sin embargo, esa noche no estaba funcionando; no se había creado la magia. No era capaz de mantener la matriz en su mente. Se hundía dentro de sí mismo. Intentó concentrarse en las antiguas y pesadas piezas de ajedrez que ocupaban el tablero; las blancas eran de marfil amarillento procedente de elefantes africanos que vivieron en otro siglo; las negras, de madera de ébano, ya vieja y resquebrajada por el uso. Eran materia inerte que no revelaban ni sugerían nada. No estaba allí la solución, solo un acertijo que no lograba resolver porque debía de ser demasiado estúpido. Lo mismo que ocurría con Steele y su hija.

—Peón cinco, rey. —La voz ronca de Imre volvió a hacer que se concentrara en el juego justo a tiempo de ver cómo el anciano le hacía un jaque mate—. Ha sido demasiado fácil, chico. No presentas desafío alguno. —Val estudió la masacre que acababa de tener lugar en el tablero, intentando analizar dónde había cometido el error que la produjo. Se rindió casi al instante. Era demasiado complicado y estaba muy cansado. Eran demasiadas las tonterías que se amontonaban en su mente como para tenerlas todas en cuenta.

Guardó las piezas y se levantó. Comenzó a rotar los hombros mientras miraba por la ventana al decadente callejón Józsefváros. Se sentía rígido después de permanecer tantos días sentado.

En teoría no debería estar allí. Una de las cláusulas de su contrato con PSS indicaba que debía permanecer lejos de Budapest, pero desde el principio se había pasado por el forro aquel punto para visitar a Imre. Disponía de identidades alternativas, no solo las que le había suministrado la empresa, sino otras que guardaba en secreto para su uso personal. Era un experto ocultándose. Le resultaba sencillo.

Pero el tiempo entre las visitas se había ido alargando, espaciando cada vez más a medida que el trabajo en PSS le absorbía, empujándole cada vez más lejos de la vida real. No había querido que Imre supiera a qué se dedicaba o el anciano le observaría como un halcón para saber cómo le había cambiado aquel empleo. No quería ver la desaprobación de Imre. Además, ¿para qué? El anciano no podía ayudarle a encontrar el camino. Ya había hecho todo lo posible por él.

No estaba dispuesto a padecer de nuevo aquel frío desapego que le envolvió durante años; pero allí estaba, retorciéndose en su interior. Se sentía avergonzado de aquello en lo que se había convertido; le irritaba sentirse así, como si estuviera preparándose para un juicio.

Supo que el anciano se mantenía en silencio porque estaba esperando a que fuera él quien hablara, pero ya no estaba acostumbrado a justificarse ante nadie. Habían pasado muchos años y con ellos había perdido el talento natural para decir la verdad, incluso ante aquel que merecía escucharla.

Al fin y al cabo, todos los hitos que marcaban su vida adulta eran mentiras.

—Te veo distraído —comentó Imre con suavidad—. Nervioso.

Él se encogió de hombros.

—Estaba preocupado por ti.

—Yo estoy bien —aseguró el anciano con firmeza—. Me han hecho muchos exámenes en el hospital. Solo se trata de magulladuras y contusiones; nada serio. Siempre has sido muy exagerado, Vajda.

Él se limitó a mirarlo. Después de pasarse días intimidando a los médicos para que le facilitaran todos los detalles sobre fracturas en las costillas y hemorragias internas, no estaba de humor para que le tomaran el pelo.

—No me llames de esa manera —advirtió—. Es peligroso.

—Ya lo sé. No deberías estar aquí —le riñó Imre—. Esta ciudad es peligrosa para ti y yo también. Deberías dar la espalda al pasado.

—¿Quieres que te dé a ti la espalda? —preguntó—. ¿Quieres que te deje solo después de lo ocurrido?

El anciano lo observó desde su silla con expresión ininteligible. Las magulladuras eran todavía más oscuras por culpa de las sombras.

—Sí, eso debes hacer —aseguró con suavidad.

La ira le atravesó como un calambre. Así que a aquel viejo bastardo no le importaba nada. Al momento se sorprendió de su reacción; se sentía herido como un niño de papá. Eso para que siguiera creyendo que había logrado distanciarse.

Sonó el teléfono e Imre lo miró con desconcierto. Un timbrado..., dos..., tres..., cuatro...

—¿Quién llamará a estas horas? —lo oyó mascullar al tiempo que se estiraba hacia el aparato—. ¿Diga? —Permaneció en silencio, escuchando.

Sus penetrantes ojos brillaban en la penumbra sin alejarse de él.

—Lo siento, se ha equivocado. Aquí no hay nadie llamado Valery Janos. Debe de haberse equivocado de número.

Val se puso en estado de alerta máxima mientras Imre seguía escuchando con interés lo que le estaban diciendo.

—Pues quizá ha confundido a la persona que vio entrar en el edificio — aseguró Imre con aquella tozudez que le caracterizaba—. Estoy diciéndole que esa persona no está aquí.

Aquella mentira no tenía razón de ser. Se estiró y arrancó el teléfono de los dedos deformados del anciano.

—¿Quién es?

—¿Qué cojones haces en Budapest, Janos?

Aquella voz aguda le erizó el pelo de la nuca. ¡Joder! ¡Era Hegel! Había dado con él.

—¿Cómo me has encontrado?

—No eludas el tema, gilipollas. Tienes un trabajo que hacer y lo has dejado abandonado —dijo Hegel yendo al grano, como de costumbre—. Hay un coche esperándote en la puerta del edificio. Sal ahora mismo, tenemos que hablar.

—Esta noche tengo otros planes.

—Cierra el pico y mueve el culo —ordenó Hegel antes de colgar.

Dejó el aparato en el soporte. Hegel podía haberle llamado a su móvil, conectándose a una línea privada por satélite. Que lo hubiera hecho al teléfono fijo de Imre era un mensaje; uno no precisamente amistoso.

Sabía desde que era niño que Imre era una peligrosa debilidad. Había hecho todo lo posible para mantener en secreto la existencia del anciano, para que no supieran nada de él aquellos que podían querer manipularlo.

Al parecer no había sido suficiente.

—Entonces, ¿sigues trabajando para PSS? —dedujo Imre muy despacio.

—De vez en cuando —repuso evasivamente—. Hace más de un año que no hago nada para ellos. Tuvimos ciertas discrepancias en mi última misión. Llegué a pensar que nuestra relación se había roto. De pronto, se pusieron en contacto para que me ocupara de otro trabajo. Lo dejé a medias para venir al saber lo que te había ocurrido y no les ha parecido bien.

—Eso parece, Vajda —su voz era dura—. Entiendo que ahora te reclaman para que obedezcas, como a un buen perro de caza.

Val se tragó la réplica con esfuerzo. Se obligó a retroceder los tres pasos de rigor; no tenía sentido que le pusiera los puntos sobre las íes cuando solo había dicho la verdad.

—No me llames Vajda —repuso con rigidez.

El anciano arqueó una ceja.

—Es muy difícil que un viejo cansado cambie los hábitos de toda una vida —se quejó.

¡Vaya memez! Incluso habiendo cumplido ya ochenta años, la mente de Imre era tan flexible como un contorsionista del circo.

—Pues intenta recordarlo —advirtió—. Vajda está muerto. Yo soy Valery.

—¿De verdad? —murmuró el anciano—. ¿Quién es ese tal Valery? ¿Lo conoces acaso, chico?

La ira palpitó de nuevo, mordaz y furiosa. La contuvo con todas sus fuerzas.

—Es un tipo tan bueno como cualquier otro —escupió.

—No me lo creo —continuó implacable Imre—. Al principio pensé que PSS sería mejor que Novak, pero no ha sido así. No es bueno para ti. Novak te robó la vida, el futuro, pero PSS está quitándote todo tu ser.

De repente supo por qué no había regresado con más frecuencia a Budapest durante los últimos años; por aquella maldita tendencia que tenía Imre a decir toda la verdad por muy difícil que fuera de digerir. Siempre le había irritado esa cualidad del anciano.

—Me ocultaré —aseguró en un impulso—. Que se vayan todos al infierno. Será la única manera de volver a ser libre.

Imre parpadeó antes de lanzarle una mirada de desconfianza.

—Tú mismo me explicaste lo largos que son los tentáculos de PSS, ¿crees que resultaría fácil?

—Fácil, no, pero sí posible —repuso—. Y también caro, pero eso no será un problema. Ahora mismo tengo tanto dinero que podría limpiarme el culo con él.

La expresión de Imre fue de profunda tristeza.

—Por favor, Vajda, ¿qué pasaría con tu negocio?

Vaciló. Le dolería tener que prescindir de Capriccio Consulting. Era un negocio que había emprendido años atrás como tapadera mientras se abría paso en una banda de narcotraficantes. A pesar del espíritu con que lo inició, y casi sin darse cuenta, la empresa había evolucionado hasta convertirse en un próspero negocio del que disfrutaba muchísimo. Servía para satisfacer sus más extravagantes aficiones; buscar y encontrar objetos, tesoros, información... Algo que se le daba muy bien.

En su interior se sentía muy orgulloso por haber creado algo que funcionaba tan bien. Que no era una estafa, una tapadera o una mentira. Su empresa hacía lo que prometía con una increíble tasa de éxitos. ¡Oh, Dios, cómo le gustaba! Era sencillo y digno. ¿Era mucho pedir poder dedicarse a aquello? ¿Poder

ganar dinero satisfaciendo a sus clientes?

Pero como ocurría en los demás campos de su vida, era peligroso que alguien conociera la conexión.

Exhaló un largo suspiro e intentó retroceder tres pasos, pero no escuchó el clic que indicaba que se había desconectado, no tuvo ninguna sensación de alejamiento.

—Ya me buscaré algo —repuso con indiferencia al cabo de un rato—. Puedo conseguirte un pasaporte; acompáñame. Nos dirigiremos a algún lugar donde haga calor. El desierto sería bueno para tu artritis. Te sentaría bien. Yo te cuidaré; podríamos jugar al ajedrez todas las noches.

Pero Imre ya estaba meneando la cabeza.

—Mi hogar está aquí —dijo con sencillez—. Cerca de Ilona y de la pequeña Tina.

Viejo sentimental y terco. Mira que sacar a colación a su mujer, fallecida hacía treinta años, y a su hija, que murió siendo una niña... Ambas estaban sepultadas una junto a la otra en el cementerio.

—¿Vas a quedarte en este lugar asqueroso por dos tumbas cubiertas de musgo? —gruñó, frotándose la cara—. ¿Cómo voy a cuidar de ti si estás tan lejos?

—Ya cuidas de mí —repuso Imre con tranquilidad—. Voy a quedarme aquí. Es donde moriré. No es malo morir, Vajda.

—Ahórrame todas esas frases hechas —ladró—. No es más que otra de tus malditas lecciones filosóficas.

Imre le miró durante un momento con los flacos hombros en tensión.

—Mantén la calma, por favor —dijo con aire altivo—. Voy a hacer té. ¿O ya no me molesto? Tienes que correr a lamer los pies de tu amo.

Lanzó un largo suspiro antes de responder.

—Yo me ocuparé del puto té —replicó antes de que el anciano se levantara. Necesitaba un momento para recuperar el control. No quería ser testigo del dolor que la artritis provocaba a Imre mientras se movía por la cocina.

Hegel iba a estar muy cabreado; no le gustaba esperar, pero a él no podía importarle menos.

La cocina estaba sucia. Los platos permanecían en el fregadero, sin lavar, y olían mal. Iba a tener que echar una buena bronca a la agencia a la que pagaba para limpiar y cocinar para Imre. ¡Qué gente más inútil! A Imre, que era un perfecto caballero con la cabeza en las nubes, jamás se le ocurriría reprender a la mujer que enviaban por no cumplir con sus obligaciones.

Quizá se había puesto demasiado nerviosa al encontrar al viejo en tan terrible estado, pero, aun así, aquella suciedad llevaba semanas acumulándose, no días.

Puso a calentar agua y colocó algunas galletas en un plato. Ver la descascarillada tetera de porcelana desató en él una avalancha de recuerdos.

La primera vez que vio aquella tetera fue el día que se sentó ante esa misma mesa, veintidós años atrás. Entonces era Vajda, un valiente crío de ojos rasgados que apenas tenía doce años. Era pequeño para su edad y se dedicaba a deambular por las calles en busca de algún bolsillo que vaciar o cualquier otra cosa con la que pudiera pagar la cuota que le debía a Kustler para así evitar la paliza, los cortes o las quemaduras que serían su castigo si no lo hacía. Había visto al hombre, que cubría su delgado cuerpo con ropas andrajosas, mirándole desde el otro lado de la calle. Aquel tipo clavaba en él sus ojos hundidos mirándole con una intensidad que parecía indicar que le conocía de algo.

Creyó saber lo que significaba aquella mirada, así que se puso a caminar muy despacio al tiempo que encendía un cigarrillo. El hombre le dijo con tono severo que era demasiado joven para fumar, y él prácticamente se descojonó de risa.

Después, aquel tipo le invitó a su apartamento; todo un golpe de suerte dado que estaba empezando a nevar. Kustler le había arrebatado el abrigo aquella misma mañana y todavía no había podido robar uno con el que reemplazarlo.

El apartamento le había parecido en aquel momento el culmen del lujo y la riqueza. Estaba lleno de libros, que ocupaban cada rincón del anticuado mobiliario. Esperaba que el hombre se abriera la bragueta y le ordenara que se quitara la ropa; pero Imre no había hecho nada de eso. Solo lo llevó al interior de la cocina y le sirvió una taza tras otra de té con leche mientras le preparaba huevos fritos con pan. Era la primera comida que tomaba aquel día, quizá en varios días, y le resultó deliciosa.

Aquello le había desorientado, por lo que dijo a Imre claramente, con aire de prepotencia, que si lo único que quería era hacerle perder el tiempo, había otros lugares y cosas mejores que hacer.

Pero el hombre le indicó que se dirigiera a la sala, donde encendió la lámpara y se sentó. Al momento se puso a enseñarle las nociones elementales del ajedrez. Hacía calor en aquella estancia y fuera estaba nevando. Por extraño que resultara, se había quedado allí.

Cuando empezó a quedarse dormido, el hombre le invitó a recostarse en el

diván y le tendió una manta. Durmió como un bendito y se despertó por la mañana, confuso y asustado. Imre estaba sentado frente a él, mirándolo. Entonces pensó con cierta amargura que ahora empezaría; que él era igual que los demás, solo necesitaba cierto tiempo para tener confianza.

Sin embargo, el hombre se limitó a sacar dinero del bolsillo. Era más o menos lo que hubiera conseguido en una noche provechosa.

—Venga, date prisa —había dicho Imre—. Puedes usar el baño y tienes leche y pan en la cocina, pero después debes irte. Mi primer alumno llegará dentro de nada. —Él había clavado los ojos en el dinero que tenía en la mano.

—¿Por qué...?

—Porque no quiero que te peguen por el tiempo que me dedicaste —explicó Imre, tan pragmático como siempre—. He disfrutado de tu compañía.

Él se metió el dinero en el bolsillo sin añadir una palabra. Devoró hasta las migas de la comida que Imre dispuso sobre la mesa y salió de allí con la barriga llena de leche y los bolsillos rebosantes de pastas de té. El hombre también le había facilitado una chaqueta raída, cuyas mangas tuvo que enrollar cuatro veces para que asomaran las manos.

Regresó otra noche fría y húmeda. Se había arrastrado hasta el cuarto piso y se quedó escuchando el piano de cola desde detrás de la puerta mientras reunía el coraje suficiente para llamar. Imre le dejó entrar y le alimentó de nuevo, incluso tocó varias piezas de Bach para él. Y volvió a permitir que durmiera en el diván, aunque en esta ocasión insistió en que antes debía tomar un baño y ponerse un viejo pijama suyo. Al parecer la última vez había dejado tras de sí una buena cantidad de pulgas y piojos.

Imre le explicó con tristeza que, aunque disfrutaba de su compañía, no tenía dinero suficiente para pagarle tras cada visita. Fue por eso por lo que él mismo buscó maneras de financiar aquel tiempo en el que se escabullía a aquel extraño refugio.

Apenas sabía leer, pero a Imre no le importó. Era un profesor exigente y él lo absorbía todo como una esponja seca: historia, filosofía, matemáticas, idiomas. Además del húngaro, hablaba rumano y tenía ciertas nociones de italiano que había aprendido de Giulietta, la compañera de habitación de su madre. Sin embargo, el hombre le enseñó todavía más: inglés, francés, ruso...

Incluso intentó enseñarle a tocar el piano, pero tras algunos intentos admitió que él no poseía ni rastro de talento musical.

Con el tiempo creció y se volvió lo suficientemente grande y despiadado como para intimidar a los que lo rodeaban. Y cuando pasó de robar carteras,

vender pegamento y traficar con cigarrillos a negociar con heroína, devolvió los favores de Imre de la única manera que se le ocurrió: hizo correr por las calles la advertencia de que destriparía como un pez a quien se metiera con Imre.

Valiente idiota había sido, más le habría valido callarse la boca.

—¡Por Dios, Vajda! ¡Despierta!

El tono contrariado le sacó bruscamente de su ensoñación.

—¿Qué pasa? —Se volvió y vio al anciano mirándolo con el ceño fruncido desde la puerta de la cocina, donde se apoyaba en su bastón.

—La tetera lleva cinco minutos aullando como una gata en celo —gritó para que le oyera por encima del estrépito—. ¿Estás drogado o qué te pasa? Por lo menos eso explicaría esa nefasta manera de jugar al ajedrez.

—*Ah, cazzo* —exclamó, quitando el hervidor del fuego.

El familiar ritual de tomar el té sirvió para que se produjera un precario equilibrio entre ellos, pero los silencios eran demasiado largos y le inquietaban.

Por fin, Imre dejó la taza bruscamente sobre el platito y entrelazó sus dedos artríticos.

—Vajda...

La manera ronca y recriminatoria en que el anciano pronunció su nombre hizo que se preparara para lo que se avecinaba.

—No vuelvas a llamarme así —repitió de mala gana—. Ya te lo he dicho.

Imre agitó la mano con impaciencia.

—Cuando muera, deberías...

—No vas a morir —lo interrumpió.

—No seas crío —le regañó con severidad— y déjame terminar. Cuando muera, no vuelvas para enterrarme, correrás un peligro innecesario. Puedes lamentar mi muerte desde donde quiera que estés, como quieras..., pero bien lejos. Yo estaré a salvo, feliz por fin con Ilona y Tina. Quiero que me lo prometas, Vajda.

Él se levantó tan bruscamente que hizo tintinear las tazas de té sobre la desordenada mesa. Estaba furioso.

—No. No prometo nada... a nadie.

Imre le miró fijamente. Tenía la boca hinchada y se le había formado una costra en el borde del labio inferior, donde le habían golpeado los asaltantes, pero eso no restaba ni un ápice de seriedad a su expresión.

Val se dirigió al vestíbulo y se puso el abrigo, furioso. Imre no salió de la

cocina para despedirse. Daba igual. Ya no había nada que decirse, y si hablaba, sería a gritos. Bajó corriendo los cuatro tramos de escalera y, cuando salió, el gélido aire nocturno le impactó en la cara. Estaba nevando con fuerza, igual que la noche que conoció a Imre.

Las imágenes que bailaban en su mente se desvanecieron de repente cuando vio el BMW negro aparcado en la esquina. El conductor era una sombra anónima en la oscuridad. El cierre a distancia se abrió cuando él se acercó. Notó una opresión en el estómago y, durante medio horrible segundo, volvió a tener once años. Se estremeció en la acera.

No le quedaba otra elección que entrar y dejar que le llevaran donde fuera que se dirigiera aquel coche.

Dudó. Se distanció de la situación. Ya no era aquel niño indefenso.

Escupió en el borde de la acera y, abriendo de golpe la puerta trasera, entró. Ahora era grande y fuerte. Usaba ropa de buena calidad, llevaba el pelo bien cortado y zapatos de marca. Tenía un abrigo de lana, dinero en el bolsillo y mucho más en el banco. Si no iba armado era solo porque eso ponía nervioso a Imre, pero todavía conservaba los cuchillos. Se había entrenado durante años para luchar y tenía ojos en la nuca.

No, ya no era un niño indefenso. Había pocas personas sobre la faz de la Tierra mejor preparadas que él para la lucha. Y aun así, cuando se metió en aquel coche, sintió como si estuviera introduciéndose en las fauces abiertas de un cocodrilo.

Por suerte, aquella fase de su vida no duró demasiado. Creció con rapidez y se convirtió en un hombre demasiado grande y de aspecto excesivamente aterrador para el entorno de Kustler. Su jefe buscó con rapidez otro puesto para él en el negocio del suministro de heroína.

Odiaba vender drogas; las marcas de pinchazos en los brazos de su madre y sus pupilas vacías lo acechaban. Fue él quien encontró su cuerpo cuando tenía once años; estaba despatarrada en el suelo del cuarto de baño, ahogada en su propio vómito.

Fue el mismo día en el que el cabronazo de Kustler, proxeneta de su madre, pasó por allí y decidió que no todo estaba perdido. A su nuevo jefe no le importó lo más mínimo que tuviera la tez morena y decidió que el hijo sería perfecto para ocuparse del trabajo de su madre.

Se estremeció al recordar aquel día.

Sí, odiaba las drogas, pero nadie le decía que no a Papá Novak ni a nadie que trabajara a sus órdenes. Por lo menos, si quería seguir vivo.

Aunque quizá «querer» no era la palabra correcta. Él se había aferrado a la vida por despecho; seguir vivo era un «jódete» al mundo. Fue la rabia lo que le impidió morir. Solo Imre le demostró que existía algo diferente.

Resultaba irónico que la mejor manera de proteger a Imre fuera no preocuparse por él. Cualquiera por el que él se preocupara corría el riesgo de acabar muerto en el suelo del cuarto de baño. Y las probabilidades eran más altas cuanto más le importase. Deseó poder desaparecer por completo, diluirse en la nada.

En esos momentos nevaba copiosamente. Los copos revoloteaban en el aire y oscurecían el paisaje urbano, que se transformó en pocos minutos en una pálida tierra de nadie. Miró fijamente a través de la ventanilla del coche, tratando de orientarse comparando lo que veía con las imágenes que recordaba de su infancia. Cada una que identificaba venía acompañada de un mal recuerdo.

Cuando por fin creció, y sin que fuera su intención, llamó la atención de Gabor Novak, el gran jefe, al distinguirse como un joven espabilado, con una inusual facilidad para los idiomas y los ordenadores, algo que resultó muy útil en ese momento en el que Novak tenía intención de expandir su organización internacionalmente. Muy pronto le destinaron al palacete campestre que Novak tenía a orillas del Danubio, lejos de las distracciones de Budapest, para trabajar en un complejo software encriptado que utilizar en los negocios a través de la red, documentos empresariales y un largo etcétera. El trabajo era arduo e interminable, pero al menos valía la pena.

O eso parecía, porque siempre acababa apareciendo sangre en algún momento.

Gabor Novak era ucraniano, pero su mujer era húngara y había adoptado su nombre y nacionalidad, procediendo a establecer negocios ilícitos en multitud de ciudades de toda la Europa del Este: Budapest, Riga, Praga..., antes de que la asesinara. O eso decían las malas lenguas.

Imre intentó convencerlo para que abandonara la organización de Novak, pero aunque el anciano no lo entendería jamás, él sabía bien lo lejos que estaban dispuestos a llegar los hombres como Kustler para proteger su territorio. El viejo habría terminado con las pelotas de corbata y la garganta seccionada solo por interferir, y eso si tenía suerte. Si no, había cosas mucho más lentas y dolorosas y, por desgracia, él las había presenciado con sus propios ojos. Era algo que le gustaría olvidar.

No, no tuvo otra salida hasta que se topó con PSS y Hegel. Mejor dicho,

cuando ellos lo encontraron, hacía ya once años, justo después de que Papá Novak le hubiera promocionado y ascendido para que se hiciera cargo de una de las redes de tráfico de armas. Su inglés era bastante bueno gracias a Imre, y eso resultaba muy útil a la hora de negociar en determinadas zonas de África, como Sierra Leona. Allí tuvo lugar su primera misión de contrabando de armas.

El coche se detuvo delante de una pequeña cafetería del centro. El conductor permaneció sentado, sin mirarle ni hablarle, así que salió del coche y entró en el local.

Vio a Hegel sentado en un rincón, devorando un *steak tartar* y un plato de estofado de carne con patatas. Su jefe le miró con cara de pocos amigos cuando se acercó.

Hegel no era un tipo atractivo. Era gordo y achaparrado, con el pelo canoso además de rasgos toscos y mandíbula cuadrada.

—Llegas tarde —reprochó con un gruñido al tiempo que se limpiaba la boca.

Él se sentó sin dar explicaciones ni pedir disculpas, y su jefe le ignoró mientras seguía comiendo.

Hegel era americano, un veterano de las Fuerzas Especiales, piloto de helicópteros, que había combatido en Vietnam antes de convertirse en agente secreto de PSS, donde estaba desde sus comienzos. Él lo había conocido hacía once años en Uagadugú, adonde llegó con treinta toneladas de armas de pequeño tamaño y municiones, armamento antitanques, misiles tierra-aire, lanzacohetes RPG y misiles con cabezas explosivas de un fabricante ucraniano para entregar a los rebeldes del Frente Revolucionario.

Debía intercambiarlas por una pequeña fortuna en diamantes.

Al llegar, un avión estaba esperándolos para transportar las armas a Monrovia, donde realizarían la transacción final.

Hegel era uno de los pilotos de los helicópteros que llevaban las armas al interior de la selva, donde se encontraban las fortalezas rebeldes. Le invitó a acompañarle en el aparato y, no sabía si por curiosidad o aburrimiento, accedió. Se detuvieron en Moidu, una pequeña aldea en medio de la selva, por culpa de ciertas dificultades mecánicas.

Fue una casualidad que estuvieran allí cuando los rebeldes atacaron el pueblo.

Resultó una auténtica masacre. Los soldados rebeldes, casi todos niños y adolescentes que habían perdido la razón por culpa de una mezcla de alcohol y

cocaína, se presentaron armados con los fusiles y lanzacohetes que él acababa de vender. No se detenían ante nada, destrozaban y acribillaban todo lo que veían.

Él había presenciado mucha violencia en su vida, pero cuando vio que atacaban a una joven embarazada con machetes, algo se rompió en su interior. Fue a por los dos individuos que la atacaron. No recordaba cuál fue la secuencia de la lucha ni cómo terminó; en su memoria era un borrón de ruido y sangre. Hegel lo sacó de allí y, milagrosamente, seguía vivo.

Se despertó en una cama de hospital envuelto en una agonizante neblina de dolor y vio a Hegel a su lado. El hombre le examinaba con sus fríos ojos grises de manera crítica, como si estuviera considerando comprarlo.

Luego le habló sobre Prime Security Solutions, un ejército privado de mercenarios que estaba equipado con vehículos blindados, cañoneras, aviones de guerra y armas de toda clase. Proporcionaba a sus clientes entrenamiento militar, protección VIP, transporte aéreo, gestión de servicios financieros en cualquier país, información confidencial, reconocimiento de fotografías con infrarrojos e imágenes de satélite. PSS podía enviar a un batallón a cualquier parte del mundo en tan solo unas horas. Estaban bien equipados y preparados, eran muy eficaces y pagaban muy bien.

Ese día recibió una propuesta. Podía recibir un nuevo nombre y forjarse una nueva vida... a cambio de trabajar como agente secreto.

Él explicó que renunciar a trabajar para Gabor Novak era más complicado de lo que parecía, pero Hegel se limitó a encogerse de hombros. Era un problema que se resolvería con dinero, y al parecer pensaba que él valía con creces el importe que Novak reclamaría. Si aceptaba, se ocuparían de todo.

En aquel momento resultó una alternativa muy atractiva comparado con lo que tenía. Pronto supo que la diferencia era insignificante. Los objetivos de PSS eran muy simples: ayudar a los más poderosos y ricos a amasar más riquezas y poder, y para ello movían los hilos que fueran necesarios en todo el mundo. Daba igual que fuera de manera pública o secreta, legal o ilegal. PSS quería una máquina de matar. Y matar era siempre matar sin importar quién esgrimiera el arma.

De pronto se había convertido en Valery Janos, ciudadano italiano y residente en Roma, nacido en Italia de padres húngaros. Aquel fue el primero de sus muchos alias cuando adoptaba el papel de civil inofensivo.

Y era su identidad favorita.

Tanto en papel como en la Red, Val Janos vivía como él anhelaba vivir. Era

un inteligente hombre de negocios que residía en un lujoso apartamento en la Piazza Navona, en Roma.

Adoraba su ciudad y su país adoptivo. Se empapó de su idioma como si fuera su lengua materna. Vivía en italiano, pensaba en italiano e, incluso, soñaba en italiano con mucha más frecuencia que en el húngaro que aprendió a los seis años, cuando su madre lo llevó a Budapest, o que en rumano, su idioma materno. Le encantaba ser Val Janos, el perfecto y civilizado caballero que se ocupaba de sus negocios sin preocuparse por nadie..., salvo por sus ultrajadas amantes, claro está. El personaje que interpretaba era el de un mujeriego empedernido que se aburría con facilidad de toda fémica que pasaba por su cama.

Sin embargo, después de haber invertido una fortuna para entrenarlo, y aunque era uno de sus mejores agentes, PSS nunca permitió que olvidara lo mucho que les debía. Era una herramienta a su servicio, como una granada o una bomba... Un arma inteligente. A fin de cuentas, para ellos solo era escoria de la mafia, alguien a quien debían controlar.

Así que seguía siendo una puta, solo que ahora el proxeneta era más poderoso.

Hegel soltó un eructo y se limpió la boca con una servilleta de cuadros.

—¿Qué coño haces en Budapest?

—¿Para qué preguntas? —gruñó él—. Ya lo sabes.

Su jefe le respondió con otro gruñido.

—Te consideraba un profesional, a pesar de que la actuación que tuviste en la última misión me dejó algunas dudas.

Él adoptó la actitud de calma impenetrable que había aprendido de Imre.

—Eres un capullo de mierda —masculló Hegel. Tomó un vaso vacío, vertió en él una generosa cantidad de Palinka y lo deslizó hacia él por encima de la mesa—. ¿Quieres relajarte? Harás que me siente mal la comida.

Val no hizo ningún ademán de beber el licor, así que Hegel se sirvió otro y lo vació de un solo y ruidoso trago.

—Si tuviera intención de matarte, no se me ocurriría hacerlo en un restaurante —aseguró—. Y el veneno no es mi estilo; eso es cosa de mujeres. Yo no uso artimañas femeninas.

—Tú no tienes estilo, eres capaz de vender a tu madre. Fue lo primero que me enseñaste —replicó. Estiró el brazo para tomar el vaso, que olfateó antes de volver a ponerlo en la mesa, sin probarlo.

Hegel se sirvió más Palinka en el suyo.

—¿Te cuento un secreto, Janos?

—No sé —repuso—. ¿Me conviene saberlo?

—Se suponía que debías morir hace once años, en Sierra Leona. ¿Lo sabías?

—Claro. —Se mantuvo impávido. Estaba introduciendo aquellos datos en la matriz mientras observaba a su jefe en absoluto silencio. Deseaba saber adónde quería llegar Hegel con todo aquello. En cualquier caso, sus palabras no suponían una sorpresa.

—Estábamos rastreando a los traficantes de armas en todos los conflictos africanos. Se había llegado a la conclusión de que eras el más peligroso, por tu edad e inteligencia. La mejor táctica es siempre matar a la serpiente en cuanto sale del huevo, ¿verdad?

—Entiendo —dijo él.

Hegel cogió un cigarrillo.

—Entonces te vi luchar en Moidu. Eras un puto chalado que ni siquiera tenía el entrenamiento adecuado, pero poseías todas las cualidades para convertirte en un agente brillante: talento natural, sabías idiomas y tenías cerebro, así que decidí correr el riesgo por ti.

—Me conmueves —ironizó.

Hegel encendió un cigarrillo e inhaló profundamente.

—Aquel día pude elegir entre dos opciones: asesinarte u ofrecerte trabajo —explicó sin dejar de mirarlo desde detrás de un remolino de humo.

Él recordó el pasado sin mostrar ninguna expresión. ¿Qué pretendía aquel hombre? ¿Que le diera las gracias por no haberlo matado? Llevaba años matándose a trabajar para PSS, poniendo su vida en peligro.

Hegel frunció los labios en torno al cigarrillo.

—Confieso que comienzo a lamentar esa decisión.

—Me siento devastado —murmuró él.

—No te pases. Lo que sucedió en Moidu fue una suerte —gruñó—. Al menos para ti.

Él no estaba seguro de que la vida que había llevado durante los últimos once años fuera mucho mejor que una sangrienta pero rápida muerte en las filas de la mafia.

—Mueve el culo, Janos —ordenó Hegel con impaciencia—. Me has hecho quedar de puta pena al no dar señales de vida durante tres días. Tengo a Luksch cabreado como una mona. Quiere que traigas a la mujer ya.

—Lo lamento —mintió sin arrepentirse en lo más mínimo.

—Esta es la última oportunidad que te doy para redimirte por haberla

cagado con Fuentes —continuó Hegel—. No vayas a joderlo todo.

—Esa misión es agua pasada —argumentó él, cansado—. Al final todos los hombres de Fuentes acabaron igualmente muertos, ¿qué es lo que me echas en cara?

—¿Qué me dices de Emilia Fuentes? —gruñó su jefe—. No te hagas el tonto.

Recordó a la chica. Gordita, con su uniforme del colegio y unos ojos muy grandes detrás de unas gafas de culo de botella. Estaba en estado de shock, cubierta con la sangre de sus padres.

—Era una niña, tenía once años —replicó con voz firme.

—Sí, pero era la hija de Francisco Fuentes y lo vio todo. Sabías que tenía que morir. ¡Joder, lo sabías!

—Yo no mato niños. —Las palabras salieron de sus labios duras y estridentes. Frías e inútiles. Jodidamente inútiles.

—Tú no puedes permitirte tener escrúpulos —siseó Hegel—. Nos perteneces, Janos. Somos nosotros los que decidimos lo que tienes que hacer. A quién debes matar, a quién debes besar, a quién puedes follar. No me gusta tener que ocuparme de los cabos sueltos que vas dejando.

—¿Es así como llamas a aquel accidente automovilístico? —replicó—. ¿Ese en el que murieron también su abuela, sus dos primos y su tía embarazada? ¿A eso te refieres con «ocuparte de los cabos sueltos»? Menudo hijo de puta.

Hegel entrecerró los ojos hasta que se convirtieron en dos rendijas.

—Eso solo fueron daños colaterales. Y puedes apuntar a la abuela, a la tía y a los otros dos niños a tu propia incompetencia. No tuviste pelotas para hacer tu trabajo. Solo Dios sabe con cuántas personas habló esa cría durante esas cuarenta y ocho horas.

—No podía hablar —expuso con voz dura—. Estaba casi catatónica.

—Cierra el pico. Te lo advertimos, Janos, tu trabajo se ve muy comprometido, ¿me entiendes?

Val tomó el vaso de Palinka y dio un trago.

—Estoy hasta los cojones de amenazas. Lo que no comprendo es por qué no me has matado todavía. Hazlo... si puedes. Ya que retirarse no parece ser una opción, comienzo a ver la muerte como una salida muy apetecible. —Sus ojos se encontraron durante un tiempo que resultó interminable. Vio la muerte en los ojos del otro hombre y le sonrió mostrando todos los dientes, sin sentirse intimidado.

—Nos perteneces —escupió Hegel—. Nos debes la vida.

—Os he pagado con creces —aseguró encogiéndose de hombros—. Ya es

suficiente.

Hegel se levantó.

—De acuerdo. Es el momento de tomar decisiones, viejo amigo. Es posible que seas difícil de matar, pero tu abuelito no lo es.

En su interior algo se heló. Hegel se dio cuenta y sonrió.

«¡Cabrón!».

Vio cómo su jefe sacaba unos billetes del bolsillo y los dejaba debajo del plato con una sonrisa de oreja a oreja.

—Jamás pensé que tendrías una faceta tan sentimental. Es peligroso, ya lo sabes. Al igual que los principios, no sirve para nada. Deshazte de todo eso si quieres sobrevivir.

—Vete a la mierda. —Su voz salió entrecortada.

Hegel se rio entre dientes, se le veía feliz ahora que había ganado.

—Venga, hombre, no te lo tomes tan a pecho. Ten en cuenta una cosa; si hubieras cumplido las condiciones y te hubieras mantenido lejos de Budapest, ahora no estarías en esta situación. Dentro de tres horas sale un vuelo hacia Londres que tiene combinación con Seattle. Cógelo. Quiero que esa zorra esté en manos de Georg dentro de cuarenta y ocho horas. Y si tienes que clavar alfileres debajo de las uñas de la cría para conseguirlo, es problema tuyo.

Siguió con la mirada la ancha y corpulenta espalda de Hegel cuando salió tambaleándose del restaurante. No fue capaz de moverse durante varios minutos.

Por fin se puso en pie y abandonó el lugar. Alzó la cara hacia el cielo. La nieve cayó sobre su rostro y su pelo. El coche había desaparecido, por supuesto, y no se veían taxis por ningún lado. La nieve comenzaba a cuajar y los vehículos avanzaban lentamente, patinando sobre el barrizal.

Intentó pensar durante la larga y fría caminata de regreso a Józsefváros. Abandonaría el país con Imre esa misma noche, aunque tuviera que arrear al viejo un bastonazo y cargárselo al hombro.

Y cuando estuvieran en un lugar seguro, se pondría discretamente en contacto con Tamara para advertirle de que Hegel podía enviar a otra persona. ¿Por qué no?

Era extraño; no conocía a aquella mujer en persona, pero se sentía responsable de ella... y de su hija.

De pronto, notó un hormigueo en la nuca cuando ya estaba al lado del coche que había alquilado. Le dio un vuelco el corazón. Miró a su alrededor deseando haber llamado a un taxi.

Había cometido un error. Su último error tras una serie de errores infinitos, de movimientos en falso y de pasos equivocados durante generaciones. Primero los de su madre, que debería haberse quedado con el aburrido granjero con el que se casó tras quedarse embarazada de él. Ella tendría que haberse sentido complacida por llevar una vida respetable en la campiña rumana en vez de largarse a la gran ciudad acompañada tan solo de su belleza y su hijo pequeño, para acabar enredada con hombres y drogas. Era la culpable de la ruina de su hijo.

Ese y otros detalles irrelevantes atravesaron su mente cuando unas sombras oscilantes cayeron sobre él en la calle desierta. Sacó el cuchillo. Debería haber llevado un arma; otro error, pensó.

Era el momento de dejar de pensar. Se volvió hacia ellos y se mantuvo en constante movimiento mientras se acercaban a él cuatro hombres. No, cinco. Más.

Embistió, se giró, se agachó y lanzó una patada. El puente de la nariz de alguien crujió bajo su bota.

La sangre salpicó la nieve. Alzó el brazo para bloquear un cuchillo que atravesó la gruesa lana que le cubría el brazo. Embistió hacia abajo, un golpe preciso, y el cuchillo perforó tela, carne y rozó el hueso. Vio que unos ojos azules se agrandaban y que el fino cabello rubio del hombre se agitaba cuando el tipo retrocedió chillando. Él perdió el equilibrio y salió disparado por el movimiento más allá del límite, haciendo todo lo posible para esquivar el impacto...

Una explosión hizo que todo se volviera blanco antes de sumirse en una negrura absoluta en la que el dolor lo borraba todo.



Val intentó arrastrarse a regañadientes hacia la consciencia desde una eternidad nublada por el dolor. El cubo de agua fría le dio el impulso final.

Resopló medio ahogado. Recobrar la consciencia fue como ser golpeado con un martillo. Intentó estudiar la situación con los ojos entornados y la respiración entrecortada, gentileza del penetrante dolor de cabeza.

Sin embargo, no necesitaba ver. Reconocía el espantoso olor de aquel lugar. Lejía, desinfectante, humedad, moho... Y por debajo de todos aquellos hedores, otro más impactante; la pestilencia que había dejado la sangre seca. Estaba en la sala de torturas secreta de Novak. Era donde su antiguo jefe llevaba a cabo las ejecuciones y los interrogatorios. Allí no se necesitaban lujos, solo un poco de privacidad, paredes insonorizadas y un desagüe en el suelo que facilitara la limpieza.

Su pasado le había encontrado. Apretó los dientes con fuerza, haciendo crujir los huesos de la mandíbula.

Se preparó para el dolor y las náuseas antes de tratar de alzar la mirada hacia los brillantes tubos fluorescentes. Eran ocho los hombres que tenían los ojos clavados en él; siete, armados. Y todas las armas le apuntaban.

Habían pasado once años desde la última vez que vio a Papá Novak. Si

entonces era un ser repulsivo, ahora se había convertido en un cadáver andante: ojos saltones, piel cetrina, dientes prominentes. Parecía una vieja calavera bañada en cera amarillenta.

Novak le clavó bruscamente un dedo en los riñones. Se encogió de dolor; aquel lugar de su anatomía ya había sido encontrado por uno de sus secuaces y golpeado a conciencia.

—Despiértate, estúpido —ordenó Novak—. Tenemos que tratar algunos asuntos.

Realizó un rápido examen de los daños sufridos mientras se levantaba: algunos dientes flojos; costillas doloridas pero sin llegar a estar fracturadas; un golpe en la sien, aún fresco por la sangre; un palpitante dolor de cabeza, que retumbaba con cada latido de su corazón; magulladuras por todo el cuerpo y un navajazo superficial en el antebrazo, cuya sangre había manchado la manga blanca de la camisa antes de coagularse.

Tampoco era para tanto. Se había enfrentado a palizas mucho peores. Sin duda la intención no era hacerle daño, sino doblegarle.

Miró a su alrededor. Reconoció a Andrés, ya trabajaba para Novak en los viejos tiempos. Hacía muchos años que aquel gigantesco sádico era el lugarteniente de Novak. Le resultaron familiares tres hombres más. El resto era gente nueva. El rubio de ojos azules al que le había clavado su cuchillo no estaba presente; quizá había muerto o estaba a punto de hacerlo. Observó que muchos presentaban magulladuras. Supuso que todas esas narices rotas, labios partidos y frías miradas asesinas habían sido provocadas por él.

¡Dios! Más enemigos. ¡Como si necesitara alguno más!

Parpadeó y volvió a mirar a Novak. Carraspeó para aclararse la voz, notando el sabor de la sangre.

—No era necesario tanto drama —aseguró con voz ronca—. Podías haberte limitado a mandarme un correo electrónico o a llamarme por teléfono.

Novak sonrió.

—Para que me ignoraras como has hecho durante once años... Has alcanzado una posición tan alta que te has olvidado de tus viejos amigos, ¿verdad? Y además, sabes de sobra que los asuntos importantes me gusta tratarlos cara a cara.

El terror se apoderó de su interior de una manera poderosa, opresiva y helada.

—No tenemos ningún asunto que tratar —se disculpó—, trabajo para otra organización.

Novak movió sus esqueléticos dedos en el aire mientras esbozaba una ladina sonrisa.

—Sí, claro. Te vendí a PSS por una buena suma de dinero, aunque siempre he sospechado que pedí una cantidad irrisoria. De todas maneras, esto es algo puntual. Voy a hacerte una propuesta que, estoy seguro, encontrarás interesante.

—No puedo aceptar encargos —repitió.

—Sí, sí, conozco tu exitosa carrera. Vajda, antiguo chapero, camello y traficante de armas, se arrepintió de ir por el mal camino y ahora lleva una doble vida encantadora... Agente secreto por las noches y mimado empresario, mujeriego vividor por el día. Como ves, sigo tus progresos por Internet. Resultas todo un ejemplo. Mis hombres lloran de envidia solo de pensar en todas las zorras que te tiras. Eres un mal ejemplo, Vajda.

—No me gusta que...

—Lo que a ti te guste me da igual. —Novak le interrumpió cortante—. Observo que has olvidado tus modales. ¿Tengo que darte una lección de educación?

Cerró los ojos para protegerse de la luz, del dolor y de la penetrante mirada de Novak. El fétido aliento del hombre le calentaba la cara como si fueran gases de un cadáver en descomposición.

Tuvo que tensar el estómago para controlar las náuseas. Sin duda había sufrido cosas peores; sin ir más lejos, esa misma noche iba a soportar algo mucho peor. Sufriría mucho antes de que todo aquello terminara. No tenía salida. Intentó concentrarse en la situación.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó después de tragar saliva.

Novak le aferró el hombro y le obligó a girar sobre sí mismo antes de empujarle, haciéndole tropezar contra una alargada mesa metálica, en la que se podían apreciar múltiples abolladuras. Había una carpeta abierta sobre ella con algunas fotografías sueltas.

—La quiero a ella —se limitó a decir Novak.

Miró las fotos. Eran de Tamara Steele. En la imagen que había arriba del todo, se paseaba en bikini por la cubierta de un yate del brazo de un hombre de mediana edad. Se reía mientras sostenía una copa de champán en la mano. Su cabello rubio ondeaba al viento como si fuera una bandera amarilla.

La siguiente era un primer plano. Llevaba un vestido de noche plateado y el pelo rojizo, recogido en lo alto de la cabeza. Miraba algo por encima de la curva del hombro al tiempo que escuchaba lo que un hombre le susurraba al oído. Reconoció al joven rubio de boca delgada y ojos azules: era Kurt, el

hijo de Novak. Los brillantes labios de Tamara estaban curvados en una sonrisa enigmática. Los pendientes lanzaban destellos desde sus orejas, mientras sus enormes ojos miraban más allá de su acompañante, directamente al objetivo.

En otra se metía en un Jaguar negro bajo la lluvia. Identificó el lugar; era París. En esa tenía el cabello oscuro y este presentaba un impactante contraste con el *trench* blanco.

La instantánea siguiente era diferente a las anteriores; para empezar, era en blanco y negro, y estaba captada por un objetivo de largo alcance. Tamara no estaba arreglada, llevaba un sencillo vestido negro, pero aquello solo servía para resaltar la innata elegancia de su figura. Tenía retirado el pelo de la cara en un moño solemne, lo que hacía que la atención recayera en su rostro sin maquillar; la cara estaba pálida, sombría y triste, parecía no percibir a la gente que la rodeaba.

Se inclinaba para dejar un ramito de flores silvestres —margaritas y lavandas— sobre la placa de bronce que cubría una gran losa de mármol. Giró la fotografía; estaba fechada cinco años atrás.

Movió la mano para remover el resto, rebuscando entre las estampas. No había ninguna fotografía en la que apareciera Rachel. Observó que todas parecían de la época en la que estaba con Kurt, unos cuatro años antes.

Quizá Novak no sabía todavía nada de la niña. Sin embargo, se negó a mantener esperanzas sobre ese particular.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó.

Novak le golpeó la sien. El duro golpe hizo que cayera contra la mesa al tiempo que un hilillo de saliva ensangrentada caía de su boca para salpicar la foto del vestido plateado. La cabeza comenzó a darle vueltas y se le nubló la vista. Aquel viejo conservaba más fuerza de la que sospechaba.

—No se te ocurra intentarlo siquiera —siseó el mafioso—. Sé que eres tú el que la ha localizado. Que sabes dónde está...

Él trató de ignorar el dolor concentrándose en las palabras que flotaban en su mente. «Retrocede tres pasos».

—¿Qué quieres de ella? —preguntó.

—Esta zorra fue la última amante de Kurt. La puta que le llevó a la muerte.

—Ah —intentó mantener la voz neutra—. ¿Quieres que la mate?

—No vayas tan rápido. Quiero tenerla encadenada a una mesa. Quiero que sufra como la zorra mentirosa que es, por haber traicionado a mi hijo.

Él emitió un suspiro.

—¿Y yo qué tengo que ver en esto?

Novak sonrió.

—Vas a ser tú el que me la traiga, Vajda. Sé que la estás buscando para PSS por orden de Georg Luksch, pero no se la llevarás a Georg, me la traerás a mí. Es así de sencillo.

El dolor era cada vez más intenso y notó que se le debilitaban las rodillas solo de pensar en lo que se le avecinaba. Necesitaba revestirse de un frío desapego para soportar la tortura. Cerró los ojos.

—No puedo...

—Oh, claro que puedes. —La voz de Novak destilaba lujuria—. Con esa apariencia que te gastas, tu encanto, tu fornido cuerpo... Con esa respetable identidad que te has forjado como empresario italiano, tu reputación de buen amante... Cualquiera asesino a sueldo podría volarle la tapa de los sesos a distancia, pero no me resultaría satisfactorio. Quiero que la seduzcas; que te ganes su confianza. Quiero que se enamore de ti y la traiciones; y que sufra lo mismo que le hizo a Kurt. Quiero a una puta para atrapar a otra.

Él intentó mantenerse inexpresivo.

—¿Quieres que me gane la confianza de una asesina? —Dejó que hubiera una pausa—. Me parece difícil de conseguir.

—No he dicho que vaya a resultarte fácil. Por eso necesito un cebo tan espectacular como tú para que caiga en la trampa, ¿no crees? —Novak arrancó un papel de la carpeta con una de sus uñas amarillentas y lo arrastró por la mesa—. Todo lo que sabemos de ella está en estos archivos. No estamos al tanto de sus orígenes. Comenzó a darse a conocer en 1997, del brazo de Sheikh Nadir. —Pasó la uña por encima de la foto del yate—. Se rumorea que es una experta en drogas y venenos, que conoce las armas al dedillo y que ha sido entrenada en peleas cuerpo a cuerpo. Es famosa por sus fraudes bancarios, informáticos y por falsear tarjetas de crédito. Utiliza el sexo para sus propósitos... cuando no está tramando la muerte de su amante, por supuesto. Usa una docena de alias conocidos, y seguramente tendrá otros tantos que desconocemos. Y, además, tenemos esto. —Abrió el pequeño joyero que había sobre la mesa—. Diseña joyas.

Él miró la torques. Brillaba contra el terciopelo negro.

—Interesante —murmuró.

Vio que Novak presionaba una de las piedras rojas que remataban los extremos y que la piedra se deslizaba para dejar sitio a una pequeña daga.

—Llevaba veneno. Lo encontramos en el cuello de una de las amantes de

Vassily, en París.

—¿Esa mujer sabe que...?

—No, esa mujer no sabe nada —le interrumpió Novak—. Está muerta.

Suspiró para sus adentros. Era lo que tenía tratar con pirados, resultaba extenuante. No se podía extraer información a un cadáver, pero a ver cómo conseguía explicárselo a un tipo como Novak. La falta de lógica siempre acababa dándole dolor de cabeza.

—No fue muy oportuno —comentó con los dientes apretados.

Novak le mostró una tarjeta de visita.

—Este collar es una reproducción de una torques, una antigua reliquia celta que mi hijo entregó a una mujer en Seattle, una experta en antigüedades, Erin Riggs. Su marido y ella también estuvieron implicados en la muerte de Kurt; pagarán por ello cuando menos se lo esperen. Pero antes me ocuparé de esta zorra.

Él se concentró en la tarjeta que temblaba entre las amarillentas garras del viejo.

«Belleza Mortal». Reconoció el nombre. Ya había visto algunas de las piezas de la colección. Eran muy populares entre sus clientes. Se trataba de armas inteligentes, sumamente transportables, realizadas a mano con exquisitos diseños. Solo se conseguían bajo encargo y a precios desorbitados; el misterioso anonimato que envolvía a la diseñadora formaba parte de su atractivo. No tenía ni idea de que su objetivo fuera el cerebro que había detrás de Belleza Mortal. Muy interesante.

—¿Por qué no has ido antes a por ella? —se interesó.

—Me dijeron que estaba muerta —siseó Novak—. Me engañaron.

Él titubeó.

—Tengo un compromiso previo, lo sabes.

—Me hieres, Vajda. Pero no te preocupes, voy a proporcionarte la motivación perfecta. —La sonrisa de Novak se extendió de oreja a oreja—. Traed al hombre.

Él se quedó inmóvil, como alguien que mirara a una serpiente a punto de atacar. Salieron dos de los hombres de Novak y pasaron varios minutos antes de que la puerta volviera a abrirse de golpe para facilitarles el paso.

Imre colgaba entre ellos. Parecía muy pequeño y frágil entre dos torres humanas. Habían vuelto a golpearle. Uno de los cristales de sus gafas estaba roto y le colgaba la cabeza hacia delante. Vio que la sangre le goteaba por la barbilla.

El mundo retrocedió a una distancia inimaginable dejándole suspendido en el vacío. Sin aire. Sin un lugar adonde ir.

Imre alzó la cabeza y le miró, respirando con dificultad. Tenía los ojos húmedos, pero transmitían calma; uno estaba casi cerrado por la hinchazón. Notó que nuevos cortes y magulladuras se superponían a los anteriores.

—¿Pensabas que no conocíamos la existencia de tu mentor? —canturreó Novak, burlón—. ¿Tu acompañante favorito? ¿Crees que nadie se preguntó nunca quién te había enseñado inglés, francés, filosofía existencial? Mira que eres memo. Lo reservaba para un momento así, Vajda. —Sí, memo perdido por no haber mantenido a Imre más cerca. Y como criminal no tenía excusa; no había protegido su punto débil.

—¿Te creías demasiado bueno para servirme? —se rio Novak—. Eres un perro mendigando sobras, Vajda. Este viejo apenas te ofreció migajas cuando no estaba sodomizándote, ¿verdad?

Novak hizo una seña y uno de los secuaces que sostenían a Imre le dio un codazo en la cara.

Más sangre salpicó la nivea camisa de Imre, cubriendo manchas ya secas.

Él se abalanzó sobre ellos, pero varias armas le apuntaron directamente. Alguien tiró de sus brazos hacia atrás y otro hombre le clavó la culata metálica de un fusil en la garganta. Apenas sintió el dolor.

Miró a Imre tembloroso, incapaz de hablar, de pensar.

—Así que... —Novak le acarició la barbilla con una mano ganchuda en una repugnante parodia de ternura—. Espero, por el bien de tu viejo amigo, que no vuelvas a decirme que no eres capaz de ocuparte de esa misión.

Volvía a tener la boca llena de sangre, pero no podía tragar. La presión que ejercía el arma sobre su garganta le estrangulaba y comenzaban a zumbarle los oídos.

—No. —Se atragantó—. No lo diré —aseguró con la voz quebrada.

—Muy bien... —Novak hizo una seña a los tipos que le sujetaban y, al instante, la presión en su garganta desapareció y le liberaron los brazos—. Y ahora, como muestra de mi decisión —continuó el mafioso—, arrancaremos un pedazo de tu amigo... Solo un pedacito. Un dedo, una oreja..., para que todos sepamos bien el sitio que nos corresponde. Puedes guardarlo si te sientes sentimental. He oído que tu amigo toca el piano, que es profesor de música en el conservatorio. ¿O quizá es concertista? Da igual, encantador de todas formas. Vamos a cortarle un dedo.

—No —le detuvo él—. Si le tocas, no hay trato.

—Pero no eres tú quien establece los términos del acuerdo. —La sonrisa de Novak dejó al descubierto los colmillos amarillentos—. Soy yo. Todos y cada uno. ¿Te has olvidado de las reglas, muchacho? Quizá deba cortarle más dedos para que no las vuelvas a olvidar.

Su cabeza comenzó a dar vueltas con la misma desesperación que correría una rata en un laberinto electrificado de laboratorio. Tanteó el bolsillo de la camisa y notó un pequeño bulto cilíndrico, que extrajo con un floreo.

—Las reglas han cambiado. —La sonrisa burlona y los murmullos cesaron bruscamente cuando todos miraron la pequeña ampolla que sostenía entre los dedos.

—¿Qué es eso? —preguntó Novak.

—Gas venenoso —informó—. Si rompo esto, todos moriremos antes de poder salir de aquí.

Observó que Novak se mordía los carrillos antes de mirar a Andrés.

—¿Quién registró a este tipo antes de traerlo a mi presencia? —Uno de los hombres más jóvenes abrió mucho los ojos y dio un paso atrás.

Andrés alzó el arma y le disparó a la cara. La cabeza del desgraciado impactó contra la pared antes de caer al suelo. Una inmensa mancha de sangre tiñó el cemento blanco. Imre ahogó un sonido antes de caer desmayado entre sus captores.

—Todos morimos..., *mmm...*, ¿incluidos tú y tu amiguito? —meditó Novak en tono suave.

—Por supuesto —aseguró—. A mí no me importa. Me molesta mucho que intenten intimidarme. Y podremos continuar esta conversación en el infierno.

Novak se rio entre dientes.

—¿Siempre llevas encima gas venenoso? Me parece un accesorio extraño.

Él clavó los ojos en su antiguo jefe.

—La vida es muy insegura —ironizó—, es mejor confiar en la muerte.

La ahogada risa de Novak se transformó en jadeos siseantes.

—Oh, Vajda, te he echado de menos desde que te vendí a esos perros de PSS —comentó al tiempo que se secaba la boca—. A ver, cuéntame, ¿qué esperas lograr con ese gas venenoso?

—Discutir las condiciones del acuerdo —expuso—. Quiero hacer constar mis términos.

—¿Cuáles son? —La voz de Novak tenía un tono condescendiente.

—Para empezar, quiero cobrar una tarifa por ejecución. Quinientos mil euros y gastos aparte. —Se escucharon varios bufidos y risitas entre los

hombres. Novak parecía divertirse.

—Te tienes en muy alta estima, Valery. Pero, dime, ¿por qué quieres cobrar por matar? Ya te he dicho que no tienes que acabar con ella; me encargaré de ello personalmente.

—Traerla viva es todavía más difícil que matarla —explicó él—. No quiero interferencias de ningún tipo, ni equipo de respaldo. Y quiero hablar con él por webcam cada vez que lo solicite. —Señaló a Imre—. Además, me darás tu palabra de honor, ante todos estos testigos, de que no le harás daño. —Novak entrecerró sus incoloros y ponzoñosos ojos, pero él se mantuvo impassible a pesar de que el corazón estaba a punto de escapársele del pecho.

Era una apuesta arriesgada. Novak tenía aversión patológica al engaño y la mentira. Había rumores que explicaban con pelos y señales lo que le había hecho a su mujer como castigo por engañarle. Se comentaba también que había cortado un dedo a su propio hijo cuando era un niño por una absurda mentirijilla infantil. El mensaje de todas las habladurías era claro: si le hacía eso a su propio hijo, ¿qué no sería capaz de hacer a un pedazo de mierda sin importancia, como cualquiera de sus esbirros? Era demasiado persuasivo como para que trataran de engañarle.

Pero la conclusión era que, a su retorcida manera, se consideraba un hombre de honor. Si delante de sus hombres daba su palabra de no hacer daño a Imre, la cumpliría. O eso esperaba.

Porque, por otro lado, aquel tipo estaba totalmente chiflado.

—Vajda —tosió Imre—, no puedes...

—Cállate, viejo —le ordenó él con severidad—. No he pedido tu opinión. —La tensión se mascaba en el aire mientras transcurría el tiempo. Novak estaba sopesando su propuesta frotándose la barbilla.

—Lo del dinero me parece absurdo —concluyó—, pero aprecio que un hombre ofrezca un buen espectáculo. Solo por eso, me olvidaré de la cuestión del dedo... Solo por hoy. A cambio... —Hizo una pausa, mirándole con los ojos brillantes de diversión.

Él esperó sin atreverse a respirar.

—Me proporcionarás filmaciones de tu romance con Steele —concluyó Novak—. Algo jugoso, sexual, que entretenga a los hombres en las noches aburridas. A cambio, tendrás esos minutos para comunicarte con tu amigo. Si dejas de enviarme grabaciones..., comenzaré a cortarle los dedos. El plazo para entregarme la primera será..., déjame ver..., el lunes. Te doy algunos días más en consideración al viaje —añadió en tono magnánimo—. Después,

quiero recibir algo cada tres días.

A él le dolieron los dientes por la fuerza con la que los apretaba.

—No puedo garantizar que...

—Entonces, empezaré a amputarle dedos —amenazó en tono ligero—. No intentes intimidarme, Vajda. —Sonrió ampliamente—. Mírame a los ojos, ¿te parece que tengo miedo a tu gas venenoso?

Él apretó la ampolla. Los rostros de los demás hombres mostraban terror; el de Novak, triunfo.

—¿Nos entendemos? —preguntó Novak.

Asintió con la cabeza. Vio que el mafioso se estremecía de risa antes de hacer una señal a sus hombres.

—Entregadle sus cosas.

Pusieron sobre la mesa la billetera, el móvil y la Palm. Él se metió todos los artículos en los bolsillos, recogió el dossier con las fotografías y se puso la caja con la torques debajo del brazo.

—Lo necesito para tener un pretexto para acercarme —explicó.

—Tú mismo —cedió Novak con un tono casi empalagoso por la satisfacción que rezumaba—. Acuérdate de traerlo de vuelta cuando me la entregues. Me gustaría matarla con él.

Lanzó a Imre una última mirada. Los ojos del anciano estaban vacíos, desolados, y le hicieron sentirse impotente.

—Hablaremos por videoconferencia —se despidió.

Imre no dijo nada. Los hombres de Novak se apartaron de su camino cuando se dirigió hacia la puerta, sin alejar los ojos de la ampolla. Nadie le acompañó por el laberinto de pasillos subterráneos que discurrían por debajo del distrito de Köbanya. Recordaba el camino. Las prósperas tiendas que había sobre la superficie eran solo fachadas para blanquear dinero, uno más de los muchos negocios de Novak. Él mismo había realizado el falso papeleo de algunos de ellos unos años antes.

Los hombres de guardia lo miraron cuando salió bajo la noche helada. Se había olvidado el abrigo. La nieve caía sobre su dañado rostro como si fuera un bálsamo. El agua que empapaba su pelo y su camisa se solidificó con rapidez. Avanzó sin rumbo, hundiéndose hasta los tobillos en la nieve. Cualquiera que viera su cara ensangrentada escaparía sin preguntar.

Y ¿qué otra cosa podían hacer? Era un corrupto, un traidor. Parecía haber nacido para interpretar un rol y no podía evitarlo a pesar de todos sus desesperados esfuerzos. Era una puta, un mentiroso, un cobarde.

Un asesino. No, era algo peor; entregar a Steele viva era mucho más cruel que la rápida misericordia de un tiro en la nuca. Mucho peor que dejarla en manos de Georg Luksch. Matarla sería mucho más benévolo.

Tenía que conseguir que Steele confiara en él. Resultaba irónico que solo gracias a Imre conociera el significado de esa palabra, «confianza». Pero si no lo conseguía...

Se movió a ciegas durante horas, arrastrando los pies por la ciudad a través de la nieve. Se detuvo junto al puente de las Cadenas de Szechenyi y alzó la mirada hasta el despiadado rostro pétreo de uno de los leones. El viento formaba remolinos con el vaho de su aliento. Recordó a Imre encorvado en la pequeña cocina de su apartamento, preparándole huevos fritos mientras le hablaba sobre Sócrates y Descartes.

Lo vio con la sangre manando de su nariz y su boca, con los ojos llenos de sufrimiento. Con las manos mutiladas y chorreando sangre.

Se inclinó y vomitó. Siguió haciéndolo hasta que tuvo el estómago vacío, y mucho después. Tenía los ojos nublados por las lágrimas y la nariz goteante. El agua negra del Danubio discurría lentamente bajo sus pies y, no por primera vez, deseó poder perderse en aquella helada oscuridad. Pensó en su madre.

No, aquello no formaba parte de su naturaleza. ¡Al infierno con todos! Estaba demasiado enfadado para rendirse.

Se enderezó y se limpió la cara con la manga, rígida por el hielo, antes de retomar su vacilante camino hacia el hotel con la joya y las fotos bajo el brazo. La conversación con Hegel pasó por su mente con rapidez; parecía haber transcurrido mucho tiempo desde entonces.

Comenzó a reírse a carcajadas. Ahora al menos ya no tenía que preocuparse de que Hegel hiciera daño a Imre. Su amigo solo podía sufrir a manos de un villano.

La risa hizo que le dolieran las lastimadas costillas y se detuvo.

Por lo menos Novak no sabía nada de la niña. Se aferró a esa esperanza.

Se dio cuenta de que seguía teniendo la ampolla dentro del puño, aunque apenas la sentía por el entumecimiento de la mano. Apretó los dedos alrededor del cristal, rompió la parte superior y respiró hondo.

Era un vial de muestra de un nuevo perfume preparado exclusivamente para él por su perfumista personal, en la Provenza. Uno de sus extravagantes caprichos, pero tenía dinero, así que ¿por qué no gastarlo? Y le gustaban los aromas agradables.

Era un perfume sensual, con aromas de madera y un fondo más débil a

bosque, pino, lavanda y salvia. Una patética victoria, minúscula frente al poder que Novak ejercía sobre él, pero se congratulaba de cualquier triunfo por pequeño que fuera.

Tres días más para que Imre conservara su dedo a cambio de un vial de perfume.

Se frotó la piel con los dedos e inhaló. Su piel estaba demasiado fría para emulsionar con la esencia y tenía la nariz congelada, pero percibió el aroma igualmente y aquel olor sensual y terrenal le calentó por dentro.

Le hizo pensar en Tamara Steele. En la manera en que curvaba aquellos rojos labios en una enigmática sonrisa en la fotografía del vestido plateado. En la imagen del vestido negro y el ramillete silvestre de lavandas y margaritas. En su pálido y hermoso rostro poseído por la tristeza.

Pero la imagen de las manos mutiladas de Imre era más fuerte.

No estaba acostumbrado a la sensación de miedo tras años de lejanía emocional, y resultaba muy desagradable.

Si mataban a Imre, todo acabaría. No existiría ninguna razón para que él siguiera siendo humano.

«Eres un perro mendigando sobras».

Era cierto. Su cartera de acciones movía ahora un activo de varios millones y, sin embargo, seguía viviendo de sobras. Una partida de ajedrez cada varios años. Lejanos recuerdos de huevos fritos, Sócrates y Descartes; improvisaciones de Bach al piano; aquel viejo y gastado diván...

No faltaba mucho tiempo para que hubiera una nueva tumba en el cementerio, con la lápida cubierta de musgo y el nombre de Imre grabado en ella.

Sobras. Era lo único que se había permitido tener.



Tam farfulló una maldición en un idioma del que apenas recordaba más palabras mientras se quitaba bruscamente las gafas protectoras. Se apartó el cabello de la frente, húmeda por la transpiración, y dejó caer el colgante que era la fuente de todos sus problemas con una expresión de disgusto.

Odiaba aquel chisme. Los colores no se mezclaban como quería. Había creado un intrincado diseño de cobre con un toque de esmalte verde en el centro y delicadas capas de filigrana de oro entre las que poder ocultar un mecanismo con una pequeña aguja hipodérmica. Pero las piezas no encajaban y las piedras semipreciosas que había elegido resultaban insustanciales e insignificantes en el conjunto. La pieza no vibraba, no relucía ni sugería, ya fuera seducción o amenaza; no intimidaba ni resultaba profundamente estimulante. No poseía ningún tipo de atractivo sexual. Era un collar vulgar, como el que podía comprar una asustadiza colegiala con un *piercing* en la nariz a un vendedor mediocre de cualquier mercadillo del centro de Seattle por quince dólares. No era digno de Belleza Mortal.

Comenzaba a pensar que estaba perdiendo su legendario toque, el gusto y la concentración. En una palabra, todo. Quizá influía la falta de sueño, aunque nunca había dormido mucho.

La luz situada encima de la puerta comenzó a parpadear, lo que significaba que Rosalía la llamaba por el intercomunicador. Cogió los auriculares recordando con nostalgia aquellos períodos de doce horas en los que entraba en trance, absorta por el trabajo. Entonces podía concentrarse por completo, no había distracciones. Era como estar sumida en las más recónditas profundidades de su retorcida mente.

Pero esos días formaban parte del pasado y solo ella tenía la culpa.

Presionó el botón para detener el salvaje y melancólico lamento flamenco que desgranaban unas voces roncadas por el vino y el tabaco. Una elección un tanto sentimental e inusual en ella, que por lo general se inclinaba por el rock duro. Algo estridente y enfebrecido que pudiera disipar la neblina de su mente y la ayudara a llegar al inhóspito lugar donde se abría paso la inspiración para crear las joyas, ese espacio donde los diseños giraban brillantes e inalcanzables en el fondo de su mente.

Presionó el intercomunicador.

—Dime, Rosalía, ¿qué ocurre?

—Tiene visita, señora —respondió Rosalía en su portugués brasileño nativo—. Es un Volkswagen rojo. Creo que se trata de la mujer morena con el bebé.

Ocultó el rostro entre las manos. No. Por favor, Erin otra vez, no.

Tan solo había pasado una semana desde su última visita. Entonces Erin había llegado impulsada por la preocupación y con muchos ejemplos prácticos sobre cuáles eran los mejores cuidados infantiles. Habló desde tetinas de biberones a nanas que canturrear. Todos eran consejos muy bienintencionados..., pero increíblemente irritantes.

Dejó caer las gafas protectoras y abrió el programa de seguridad de la propiedad en la pantalla del portátil que tenía en el estudio. No había duda alguna, allí estaba el Escarabajo rojo de Erin, parado al otro lado del recinto de extrema seguridad, esperando que alguien le abriera la puerta. Pulsó para activar una cámara dispuesta en otro ángulo y vio una silla infantil de seguridad en el asiento trasero ocupado por un regordete bebé de mejillas sonrojadas. Seguramente, estaba ya deseando tomar su biberón de la tarde, se lo veía venir.

Su suspiro fue casi un gruñido mientras desactivaba todos los dispositivos. Iba a tener que prepararse para un montón de preguntas irritantes. Que si se había hecho un análisis de sangre para descartar una anemia; que si estaba tomando un suplemento vitamínico; que si quería asistir a otra maldita barbacoa el domingo con todos los, cada vez más numerosos, McCloud... Las

respuestas eran siempre «No, no, no» o «Déjame en paz de una vez».

Pero Erin era muy tenaz. Incansable. Jamás se rendía.

Vio que el coche rojo volvía a ponerse en marcha y lo observó avanzar por el camino de acceso. A los McCloud les divertían sobremanera todas aquellas medidas de seguridad, pero no deberían tomárselas tan en broma. Estaba segura de que Papá Novak también estaba deseando cargarse a Connor y a Erin, y de paso a su bebé, por la importante participación que tuvieron en la muerte de Kurt, aunque si querían pintarse una diana en el trasero y ponerlo en la ventana, era su problema. Ella no pensaba participar.

Se lavó las manos y bajó las escaleras. Rachel estaba apilando bloques con Rosalía en el suelo del enorme salón. En el mismo momento en que la vio, la niña lo dejó todo y se arrojó a sus brazos entre chillidos y exclamaciones de júbilo. La estrechó contra su pecho, abrazándola con fuerza. Cuando la alzó, pensó que pesaba un poco más que la semana anterior. Quizá medio kilo, dependiendo de la humedad acumulada en el pañal. Desde que era responsable de Rachel se había convertido en una báscula de alta precisión.

Erin había aparcado en el garaje y sacaba a Kev de su sillita cuando ella abrió la puerta. El pequeño McCloud tenía casi el mismo tamaño que Rachel a pesar de ser casi dos años menor. Un pequeño lechoncito. Trataba de no cogerle ojeriza por ello, pero a veces era difícil.

Lanzó una mirada crítica a Erin cuando su amiga alzó al regordete bebé y lo apoyó en la cadera. Por fin estaba bajando peso después del embarazo, aunque seguía bastante oronda. Sospechaba que a Connor le gustaba que su mujer estuviera justo así. Sin duda, sobre gustos no había nada escrito.

—¿A qué debo el honor de esta visita? —No conocía la manera de ocultar el tono irónico de su voz, así que ni siquiera lo intentó.

Erin la ignoró y brindó una amplia sonrisa a Rachel.

—¿Y qué tal está hoy mi cariñito? —canturreó, inclinándose hacia delante para besar a la niña en la frente, bajo los despeinados rizos negros. Rachel se aferró a ella con más fuerza, enterrando la cara en su cuello y clavándole los dedos como diminutas garras.

Todo un progreso. Cuatro meses antes aquel breve contacto habría hecho que la cría comenzara a aullar de miedo. Se estaba tranquilizando. Su pequeño cuerpecito estaba en tensión, sí, pero no se estremecía de terror, y cuando volvió a conectar la alarma, Rachel incluso alzó aquellos enormes ojos oscuros para espiar al bebé que Erin llevaba en brazos. El pequeño Kev devolvió el interés con una curiosidad extraña, casi adulta.

—Bien, ya no estás tan delgada —dijo Erin en tono de aprobación maternal—. Tienes mejor aspecto. Mucho mejor.

Ella contuvo una respuesta sarcástica. Seguía sin tener apetito, pero ahora que a Rachel le había dado por jugar con ella a la hora del almuerzo, se veía obligada a comer; si no le seguía la corriente, la niña no ingería nada, así que tenía que tragar un bocado por cada uno que tomaba la cría. Por lo que estaba engullendo pasta con forma de mariposas, bocados de plátanos, galletitas saladas, croquetas de pescado, sémola, yogur y filetes empanados. ¡No hacía más que meter grasas e hidratos de carbono en su organismo!

Supuso que tampoco era para tanto. Normalmente, estaba demasiado demacrada aunque no le importara demasiado; a Rachel le daba igual la apariencia que tuviera. La belleza había sido una de las armas de su arsenal, pero no quería volver a usarla; solo servía para atraer y manipular a los hombres, y a esos seres los había erradicado por completo de su vida. Después de aquella última dosis de venganza hacia Kurt Novak y Georg, ya estaba harta de tratar con ellos. Se tragó las náuseas que le provocó aquel recuerdo.

Rachel permitió que la dejara en el suelo de la cocina, donde Rosalía estaba disponiendo el servicio para tomar café acompañado de galletas de mantequilla. Galletas, ¡por Dios! ¿Cuándo se había transformado su casa en un nidito acogedor? Esto es lo que ocurría cuando se permitía entrar a otras personas. Observó con horrorizada fascinación cómo Erin atacaba primero las letales pastas; sin duda era una mujer valiente, celulitis a la vista y ella no sentía miedo, ni vergüenza, ni nada. Increíble.

—Deja de mirarme así —le pidió Erin, que engullía ya la segunda galleta—. Haces que me sienta como una humana capturada por extraterrestres para estudiar sus hábitos alimenticios desde un punto de vista científico. Si no quieres que pruebe esta delicia casera, ¿por qué las cocinas?

—No las he hecho yo —aseguró, lanzando una elocuente mirada a Rosalía—. Son obra de ella. ¿Me imaginas metiendo galletas en el horno? ¡Ja! Ni siquiera me gusta hablar de ellas.

—Tienes razón. Te imagino cocinando venenos mortales para introducirlos en horquillas de pelo, pero no galletas —admitió Erin mientras vertía en su café, sin ningún tipo de remordimiento, una cantidad de nata no apta para gente propensa al colesterol.

Se estremeció.

—¡Por favor, Erin! No tomes eso.

—No te preocupes, Tam —la tranquilizó Erin—. La lactancia es buenísima para no sentirte culpable por lo que metes en el estómago. Las galletas están de muerte, Rosalía. ¿Puedes darme la receta?

Rosalía agradeció sus palabras con una sonrisa y asintió con la cabeza mientras llevaba a los niños a la habitación contigua. Casi inmediatamente, Tam echó de menos el ruido y la distracción que suponían. El repentino silencio y los perspicaces ojos castaños de Erin hicieron que se retorciera en la silla. Después de varias noches llenas de pesadillas ocasionadas por el estrés, tras las que no había podido volver a dormirse, se encontraba demasiado sensible, agobiada y frustrada como para no estar a la defensiva. Odiaba sentirse así.

—¿Van mejor las cosas? —preguntó Erin con suavidad.

La oleada de irritación que acompañó sus palabras la hizo pasar al ataque.

—¿Mejor en qué? —espetó—. ¿A qué coño te refieres?

Erin se encogió de hombros.

—Hablo en general: salud, pesadillas, apetito, tu hija. Dado que no vas a contarme nada en especial, no me queda más remedio que hacerte preguntas genéricas.

—No tienes por qué preguntar nada. ¿O es que está escrito en alguna parte que tienes que interrogarme cada vez que nos vemos?

—Te pregunto porque me importas. Me gusta saber qué tal te encuentras —presionó Erin, tan testaruda como siempre.

Se sintió avergonzada por comportarse como una zorra mimada con tendencia al mal humor, y sentirse culpable no ayudaba a mejorar su estado de ánimo. De hecho, notó que la irritación que bullía en su interior se incrementaba un poco más.

—Pues nadie te ha pedido que te importe —aseguró.

Erin le lanzó una mirada de censura.

—Pues vete aceptándolo —repuso su amiga en tono cortante—. Sé que te costará creerlo, pero la única razón por la que he venido hoy es esa, no porque me guste atormentarte y hacerte perder el tiempo.

—Vaya, alucinante —murmuró.

Erin permaneció callada durante un buen rato, apretando los labios en una fina línea. Casi podía escuchar cómo contaba mentalmente hasta diez mientras rogaba poder conservar la paciencia. Sintió una mezcla de culpa y satisfacción, había traspasado la coraza estilo zen que habían levantado las hormonas femeninas de Erin. Bien, se había anotado un tanto. Intentó

disfrutarlo.

Vio cómo su amiga soltaba lentamente la respiración, seguramente como le habían enseñado en una de aquellas apacibles clases de yoga para ejecutivas a las que asistía. Permite entrar las buenas vibraciones y descarta las malas... *Blablabla...*

—Ayer me ocurrió algo muy raro en el trabajo, aunque es posible que suponga una buena oportunidad para ti —comentó Erin.

Parpadeó. De hecho, era algo inesperado.

—¿Qué te ocurrió?

—Fue en el museo; tuve que asesorar a un tipo recién llegado de Roma. Quería que le proporcionara una opinión experta sobre una joya estilo celta. Es una réplica de una torques. Según me explicó, está tratando de dar con el joyero que la diseñó y se ha enterado de que vive en esta zona. Después de contarme eso, sacó una caja y, al mirar lo que había dentro, me quedé boquiabierta. Era uno de tus diseños. —Tam sintió que un desagradable y gélido escalofrío se propagaba desde el centro de su estómago hasta cada una de sus extremidades.

—¿De qué diseño se trata?

—Ya te lo he dicho, una torques. Esa a la que le pusiste mi nombre. Erin.

Comenzó a tamborilear los dedos con la mirada clavada en el café negro que contenía la taza. «Erin», una pieza que había diseñado tratando de exorcizar el demonio de Kurt Novak; aunque no lo había conseguido.

—Descríbemelo —ordenó.

Erin la miró con asombro.

—Acabo de hacerlo. Es una de las torques que forma parte de la serie...

—No hay dos iguales —la interrumpió—. Dime qué gemas tenía, la combinación de colores, la cantidad de hilos de oro que forma el trenzado, el tamaño de las piedras en los extremos, si eran rubíes, granates, amatistas o zafiros.

—Ah... —Erin se lo pensó un momento—. Era muy parecido al original —recordó—, pero las piedras eran rubíes, no granates.

—Perfecto. —Archivó los datos en su memoria y tomó nota mental para llamar al intermediario en Marsella que se había encargado de esa venta en particular, mientras volvía a tamborilear los dedos, procesando toda la información en silencio.

Se sentía alarmada... e inquieta. Alguien había logrado relacionar a Erin con la diseñadora de las joyas de Belleza Mortal, y una persona capaz de hacer

eso solo podía traerles problemas. Tenía pasaportes con diferentes identidades alternativas para ella y Rachel, y muchos escondites preparados en los lugares más remotos del planeta, pero aquellas identidades no estaban tan trabajadas como la que usaba en ese momento, ni tampoco eran tan adecuadas. Una mujer con una niña pequeña era visible, fácil de recordar.

Era vulnerable.

Además le gustaba esta casa; Rachel se sentía a gusto allí. Y le encantaba su trabajo. Si cambiaba otra vez de identidad, no podría volver a diseñar aquellas piezas. Solo de pensarlo se enfureció. Además, puede que estuviera hasta las narices del clan McCloud, pero era la única familia que Rachel conocía. Si se llevaba a la niña a Sudáfrica o Sri Lanka, la estación espacial con la que orbitaba en torno a la realidad estaría mucho más lejos de la normalidad. Tendrían cierta seguridad relativa, pero no una vida normal. Ni una familia.

Por otro lado, si la habían descubierto, debía coger los pasaportes que guardaba en la caja fuerte, preparar a Rachel y largarse. Ya.

Notó que Erin seguía esperando a que dijera algo, cada vez más impaciente.

—¿Qué? —escuchó que la apremiaba—. ¿Qué estás pensando?

Vaciló antes de responderle.

—Creo que Connor, Kev y tú deberíais tomaros unas largas y tranquilas vacaciones en alguna parte muy lejos de aquí —propuso con firmeza—. Yo elegiría una isla perdida del Pacífico a la que solo se pueda llegar en barco privado. Creo que Seattle se ha convertido en un lugar muy peligroso para todos. —Observó que Erin clavaba la mirada con nerviosismo en la entrada de la cocina, por donde acababa de salir su hijo, que rodaba y jugaba con entusiasmo encima de la alfombra mientras Rachel soltaba risitas, animándolo a seguir.

—Eh..—Vio que Erin tragaba saliva—. ¿No crees que estás exagerando un poco?

—No —dijo secamente—. No exagero nada.

—Maldita sea —suspiró Erin—. Este es el tipo de conversación que mantengo cada dos por tres con Connor y mis cuñados. No empieces tú también, por favor. ¿Es que no cabe ni la más remota posibilidad de que algo sea solo lo que parece?

—Es lo que parece —aseguró ella—. Una trampa.

—No puedo pasarme la vida mirando por encima del hombro —protestó Erin en tono quejumbroso al tiempo que apretaba los labios—. Sencillamente,

no puedo. Me volvería loca.

Ella se encogió de hombros.

—Pues luego no te quejes cuando te claven el puñal en la espalda.

—¡Oh, cállate! Eres imposible —se quejó Erin.

—Literal y figuradamente —convino ella—. Venga, Erin, ¿qué posibilidades hay en realidad de que alguien, de todos los expertos en antigüedades celtas que existen, te elija a ti para que le hables de esta pieza? Sí, reconozco que eres buena y tu prestigio ha llegado a mucha gente, pero no eres la única ni la más famosa, por no olvidar que eres de las expertas más jóvenes. Hace cinco años que te licenciaste, entonces eras solo una becaria.

—Este tipo consultó antes con otros expertos —insistió Erin con tenacidad—. Mencionó a algunos de ellos, incluso habló con el profesor que me llevó la tesis; es el director del Departamento de Arte Antiguo de...

—Sí, ya —la interrumpió—, pero ¿llamaste a tu profesor para comprobarlo?

—¡Claro! —gritó Erin a la defensiva—. Y sí, pasó por allí para consultarle. Por cierto, todos estaban admirados de la belleza de tu pieza.

—Qué gratificante —gruñó—. Así que ese hombre se ha preparado una buena coartada. Está demasiado interesado ¿no crees? ¿Por qué le habrá dado por viajar por todo el mundo en busca de la creadora de algunas reproducciones poco conocidas de joyas antiguas? Esto me huele muy mal, Erin. Tan mal como un pez muerto.

—Yo no diría que tus diseños son poco conocidos —contrapuso Erin—. Son originales y hermosos y, por lo que dijo este hombre, muy cotizados en ciertos círculos. Al parecer se han convertido en inversiones importantes y alcanzan precios exorbitantes. Este tal Janos me contó que una de las horquillas con veneno de Belleza Mortal se vendió en una subasta por el triple de lo que pagó el dueño, lo que, si no recuerdo mal, era una cantidad considerable.

—¿Janos? —preguntó, entrecerrando los ojos—. Jamás he oído ese nombre. —Erin sacó una tarjeta de visita y la deslizó por encima de la mesa.

—Valery Janos. Me ha dicho que conoce a muchos compradores potenciales. Quiere concertar una entrevista privada contigo. Si entendí bien, es el dueño de una empresa que se dedica a buscar objetos raros para gente que tiene demasiado dinero para saber qué hacer con él. Ya sabes, algo de «satisfacer caprichos».

Ella estudió la tarjeta.

—Capriccio Consulting —murmuró—. Valery Janos. No es precisamente un nombre italiano. Así que tiene sede en Roma... Voy a investigarlo.

—Estaba segura de ello —masculló Erin—. Yo también lo haría.

El tono de su voz hizo que levantara la vista de la tarjeta para mirarla. Había un destello brillante en su mirada y una ladina sonrisa que la puso en guardia al momento.

—¿Qué quieres decir? —Vio que Erin se mordía los labios y bajaba la mirada con rapidez.

—¡Oh, nada, nada! Es solo que me ha parecido un hombre impresionantemente guapo.

—Ah, ¿de veras? —contestó lentamente.

El encogimiento de hombros de Erin fue demasiado casual.

—De cortarte la respiración, ya te digo.

—Apuesto lo que quieras a que no le has mencionado ese detalle a Connor —improvisó con una mueca irónica.

—¿Es que crees que soy imbécil? —preguntó Erin, retóricamente, poniendo los ojos en blanco.

—¿Te has sentido atraída por él? —le preguntó al cabo de un momento.

Erin frunció el ceño pensativamente. La tensión flotó en el aire hasta que su amiga soltó una risita.

—Mmm... No —repuso con timidez—. Ni por asomo. Noté lo guapísimo que es, claro. Tendría que estar ciega para no hacerlo, pero tengo mi cupo cubierto en todos los niveles, de la mejor manera posible. —Hizo una pausa—. Así que... no te preocupes.

—¿De qué coño iba a preocuparme? —contraatacó con rapidez—. ¿Qué tiene que ver ese tipo conmigo? —Erin arqueó una ceja y ella le dio la espalda. La perspicacia que mostraba su amiga en ocasiones era muy irritante. No le gustaba que nadie leyera en ella de esa manera. Ni le interesaba entender por qué le molestaba tanto pensar que el matrimonio entre Erin y Connor pudiera correr peligro.

Eso la ponía muy... nerviosa. Nerviosa y enfadada.

Por Dios, aquella situación era una completa estupidez, pero una estupidez letal. Era alarmante porque significaba que necesitaba algo que no podía tener. Que confiaba en algo que, por su propia naturaleza, no era de fiar: deseo, confianza, honor... Amor. ¡Ah! Cuando una mujer comenzaba a depositar su inestable equilibrio psicológico en algo de ese tipo, podía acelerar el proceso abriéndose las venas.

—Si te soy sincera, no estaba considerando al tal Janos para mí —continuó Erin—, estaba pensando en ti.

—¿En mí? —La sorpresa fue reemplazada al instante por la incredulidad. La tensión que sentía en el pecho explotó con una brusca carcajada—. ¡Oh, por favor! Estás tomándome el pelo...

—Algo más de metro noventa, hombros inmensos, tórax compacto, pómulos marcados y mandíbula cuadrada —enumeró Erin con una mirada soñadora—. Piel bronceada, cejas oscuras y un acento muy sexy. Su olor era increíble, me gustaba hasta a mí que no soporto que los hombres usen colonia. Ojos negros, insondables y penetrantes, con largas pestañas oscuras. Manos grandes, elegantes y masculinas. Voz profunda y ronca. Culo prieto, largas piernas. Zapatos de ochocientos dólares.

Ella soltó un bufido.

—Deberías haberte dedicado a la publicidad, te hubieras hecho rica. Lo último que me faltaba en este momento es desperdiciar el poco tiempo que tengo con un presumido galán europeo.

Erin la miró con rencor.

—Oye, solo he dicho que es un tipo guapo y encantador. No creo que sea para despreciarlo olímpicamente.

—¿Acaso no es un hombre? Si es tan guapo, estará acostumbrado a que le adoren. ¿Quién posee tanta energía como para arrodillarse y dedicarse a lamer el ego ya inflado de un hombre?

—Mmm, no sé... —Erin puso una mueca burlona—. Connor es muy guapo y no espera que nadie le adore. Con respecto a lo de arrodillarse y lamerle... Bueno, da igual. —Dejó de hablar mientras un lento sonrojo inundaba sus mejillas.

¡Oh, por Dios! Aquel inocente despliegue de rubores virginales le ponía enferma.

—Estaba pensando que... Todavía no tienes pareja para la boda de Nick y Becca, ¿verdad? —dejó caer Erin—. Podrías preguntarle a este tipo si...

—Erin, espero que estés tomándome el pelo —intervino ella—, porque, si no es así, comienzas a asustarme.

Su amiga le lanzó aquella entornada mirada penetrante que estaba comenzando a odiar.

—No has estado con ningún hombre desde... —Su voz se desvaneció, pero las dos sabían qué nombre seguía a continuación. Resonaba en sus peores pesadillas: Kurt Novak.

La mueca instintiva que Tam hizo para apartar ese recuerdo la sorprendió. Era una de las que acostumbraba a realizar su bisabuela; una de las pocas

cosas que recordaba de la anciana. Había fallecido cuando ella era una niña.

Qué extraño... Después de todo, Kurt estaba muerto y enterrado. No había duda alguna al respecto, había visto hasta la última gota de su sangre decorando las paredes por obra y gracia del increíble coraje que había demostrado Erin a pesar de las balas que zumbaban sobre ella. Era algo que seguía sorprendiéndola incluso después de los años transcurridos; nunca se sabía cómo iba a responder una mujer aparentemente timorata.

—No puedes dejar que ese recuerdo domine tu vida. —El tono de Erin era firme y vibrante—. No es justo.

Echarse a reír habría sido la mejor respuesta, pero sentía una opresión demasiado grande en el pecho como para moverse.

—No hay otra salida para mí, Erin.

—Pero puedes olvidarlo todo y...

—Claro, puedo hacer lo que me dé la gana, es una elección mía y solo mía.

Su tono de voz hizo que un ardiente sonrojo de humillación inundara el rostro de Erin. La vio saltar de la silla y darle la espalda, tomándose el café mientras miraba el bosque a través de la ventana. La risa de los niños y los murmullos de aprobación en portugués de Rosalía llegaban a través de la puerta abierta.

Ella clavó la vista en el café. La enfurecía sentirse culpable; y se sentía culpable por estar furiosa. ¡Cuántas emociones desperdiciadas! No necesitaba aquello.

—Creo que voy a marcharme —dijo Erin con sequedad—. Es casi la hora de la siesta de Kev y debería aprovechar para...

—¿Por qué me soportas, Erin? —preguntó bruscamente.

La mujer se volvió y la miró sorprendida.

—¿De qué hablas?

—Soy una zorra insultante e incisiva. Y estoy segura de que seguiré siéndolo hasta mi muerte —repuso ella—, así que explícamelo. ¿Por qué te molestas en ser mi amiga?

Vio que Erin abría y cerraba la boca repetidamente.

—Eh... Eh...

—¿Es por lástima? No necesito que nadie me tenga lástima.

—Sin duda no lo mereces —adujo su amiga en tono cortante a la vez que cruzaba los brazos debajo de sus redondos pechos—, pero salvaste mi vida y también la de mi marido. Eso hace que tolere algunas conductas un tanto... excéntricas.

—Tú también salvaste la mía, así que estamos en paz —aseguró ella—. Además, fue por accidente. No estaba allí con idea de llevar a cabo alguna heroicidad, como acudir en tu rescate, solo quería destruir a ese psicópata, vengarme de ese hijo de puta y ponerme a salvo. No me debes nada. Así que dime la verdad.

Erin meneó la cabeza.

—No lo sé —confesó en voz baja—. Es cierto que eres terrible. Eres la amiga más grosera e irritante que tengo y que jamás hubiera pensado que pudiera llegar a tener, pero he visto cómo arriesgaste tu vida por salvar a un puñado de críos indefensos. Ese tipo de cosas hace que sumes puntos.

Tam hizo una mueca burlona.

—¡Oh, memeces! Lo hice por diversión. Estaba aburrida y necesitaba un poco de acción.

—¡Sí, claro! Aburrida... —se rio Erin—. Estás fatal si crees que me voy a tragar que has adoptado a Rachel porque te aburrías.

Ella se atragantó con el café.

—No, a Rachel la he adoptado porque perdí la cabeza —masculló—. No cambies de tema, Erin, quiero que me lo expliques. Ya tienes a Connor. A Margot, a Raine, a Liv y, ahora, también a Becca. Y todas ellas son mucho más agradables que yo. No me necesitas para nada, así que explícamelo de una puta vez. ¿Por qué coño pierdes el tiempo conmigo?

Pareció como si Erin creciera diez centímetros. Su rostro enrojeció de furia.

—¿Sabes lo que pienso? —dijo mortalmente seria—. Que deberías ir a ver a uno de esos psicólogos que te analizan de pies a cabeza para que te explique por qué no tienes el valor suficiente para hablar con tus amigos de tus problemas. Ya lo he observado antes; tratas de alejar a todos para que lo que piensas de ti misma sea verdad. «No le caigo bien a nadie, todos me odian...». Pues ¿sabes qué te digo? Que ya estoy harta. A la mierda... ¡Que te jodan, Tam! Estoy hasta las pelotas.

Ella parpadeó, fascinada. Permaneció en silencio mirando a Erin. Era muy divertido conseguir que perdiera el control, sacarla de sus casillas. Era difícil de conseguir, cierto, pero una vez que se enfurecía de verdad, era mejor ponerse a cubierto. La sangre lo salpicaba todo. Guau...

—No puedes seguir viviendo así, en esa autocomplacencia inducida —estalló Erin—. ¡Ahora tienes una hija! Los niños necesitan tener una familia. E integrarse en la sociedad. Disfrutar de sus tías, primos... Y también lo necesitas tú, me da igual que lo admitas o no, ¡zorra presumida y testaruda!

Así que ¡ve asimilándolo!

Soltó un silbido, impresionada.

—Vaya, qué agresiva...

—Deja de tomarme a coña. ¿Quieres que te diga algo más? Eso es lo que somos, nos guste o no. Hemos pasado ese infierno juntas y eso es lo que hace la familia. Por cierto, felicidades, has conseguido adjudicarte el papel de tía insoportable a la que todos tienen miedo. Todas las familias tienen una.

—Quizá debería cambiarme el nombre y esconderme —filosofó ella.

—¡Cállate! —gritó Erin—. Ya he tenido suficiente por un día.

Ella hizo una mueca.

—Estás muy mona cuando te enfadas —murmuró en voz baja—. Te pones colorada como si fueras a estallar, se te agitan las tetas...

Erin dejó la taza encima de la mesa.

—No sigas por ahí. No lograrás convencerme de que te van las mujeres, así que deja de intentar tomarme el pelo.

Tam ocultó la sonrisa detrás de la taza.

—Pfff, venga, no era mi intención. Dame un poco de espacio.

—Tienes todo el que quieras —ladró su amiga—, ya estamos cansados de andar con suposiciones.

Se le ocurrió mirar de reojo a la puerta donde la fascinada mirada de Rosalía sugería que comprendía el idioma mucho mejor de lo que parecía por sus habilidades verbales. La mujer apartó la mirada con expresión de culpabilidad y apremió a los niños para que volvieran a la sala.

—Me resulta muy difícil encontrar palabras para definirte —confesó Erin, dejándose caer en la silla—. ¿Cómo describir a una amiga como tú? Bien, si unos terroristas sedientos de sangre amenazaran a mi familia, tú aparecerías para rescatarnos envuelta en un halo centelleante armada con granadas de mano incrustadas de diamantes. Sin embargo, si te pido que me lleves al aeropuerto, me dirás que ni hablar.

Tam no pudo contener una sonrisa.

—¿Y para qué iba a hacerlo? Es muy aburrido. Además, para eso están los hombres. ¿Qué sentido tiene soportar sus neuras si no vienen acompañadas de un poco de servilismo?

Erin carraspeó.

—Ya que hablamos de hombres, servilismo y demás cosas satisfactorias, ¿qué le digo a este tipo tan guapo? ¿Que solo haces negocios con hombres feos, malolientes y mal vestidos?

Tomó la tarjeta que Erin le había dado y la estudió con el ceño fruncido.

—No le digas nada. No respondas a sus llamadas. Voy a investigarlo; estoy segura de que hay muchas posibilidades de que solo quiera clavarme un cuchillo.

Erin emitió un suspiro de frustración.

—¿Por qué no puedes pensar bien de algo por una vez? Haz negocios con él. ¿Por qué no le das una oportunidad a un tipo guapo con quien podrías tontear un poco? Quizá pudieras conseguir una pareja para la boda, no todo tiene que ser sangre y vísceras, vida o muerte.

La fútil amargura en la voz de Erin tocó su fibra sensible.

—No puedo pensar bien de nada, Erin. —Su voz era tan suave que apenas se reconoció—. No hay normalidad para mí, jamás la hubo y nunca la habrá. Pero no te preocupes, lo hago lo mejor que puedo. Estoy bien, de veras.

Erin la miró compungida.

—Quiero algo mejor para ti.

Contuvo la sarcástica respuesta que tenía en la punta de la lengua con un brutal esfuerzo, pero lo consiguió.

—Erin, aprecio la intención —repuso—. A mi manera, claro. No sé si te sirve de algo.

Su amiga bajó la vista y pestañeó varias veces. Los siguientes segundos fueron incómodos para ambas. Cada uno más tenso que el anterior.

Al final fue ella la que estalló.

—¡Que no se te ocurra ponerte a llorar! Con un momento tierno es más que suficiente, ¿vale? No soy capaz de tolerar más.

Erin contuvo las lágrimas.

—¡Oh, vete a la mierda!

Ella soltó un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios. Mucho mejor. Otra vez en tierra firme.

Erin pasó junto a ella murmurando por lo bajo, para dirigirse hasta donde estaba su hijo. Kev protestó cuando lo alzó en brazos, no quería ser apartado de aquel público tan entregado y, de pronto —maravilla de maravillas—, Rachel tuvo también un berrinche al ver que la apartaban de su nuevo amiguito. En ese momento dio comienzo una alocada vorágine de gritos, pataletas, contorsiones, cambios de pañal, galletas de soborno, biberones, chupetes, baberos, toallitas, papillas... Apenas podía recordarlo todo. Estaba a punto de gritar de frustración cuando Rachel se tranquilizó frente al televisor. La niña se durmió viendo a Elmo, y Erin, con su bolsa de pañales al hombro y

su bebé apoyado en la cadera, bajó por fin las escaleras.

¡Que Dios la ayudara! Había ayudado a ejecutar sangrientos golpes de Estado en países del tercer mundo que habían sido mucho menos complicados.

Bajó detrás de Erin.

—Te acompaño para desactivar la alarma.

—Puedo hacerlo sola —aseguró Erin—. Me sé de memoria el código. Los ocho códigos. Adiós. —Y salió sin volver la vista atrás, contoneando las caderas a pesar de los aullidos del bebé y el bamboleo de las bolsas de pañales. Estaba cabreada como una mona.

—No la vuelvas a activar —gritó a la rígida espalda de su amiga—. Rosalía se marcha también.

Erin masculló una grosería y cerró dando un portazo. Ella se encogió de hombros para sus adentros. ¡Joder! Entrecerró los ojos enfocando la tarjeta que había sobre la mesa. La cogió, acariciándola con los dedos.

Lo cierto era que, a pesar de la aprensión, sentía verdadera curiosidad. Estaba tentada a hacer algunas averiguaciones. Quizá..., solo quizá, no descartaría a aquel hombre sin haber profundizado un poco. Con mucho cuidado, por supuesto. Había estado tan ocupada con los problemas que traía consigo Rachel que había pasado mucho tiempo desde la última vez que organizó una venta. Siempre era provechoso para sus fondos que fluyera dinero fresco. Le gustaba el dinero.

Miró las galletas que quedaban en el plato, en el centro de la mesa. Era capaz de oler la mantequilla desde donde estaba.

Un perverso impulso la obligó a coger una. La examinó por los dos lados, olisqueando el azúcar, la gloriosa dulzura repleta de colesterol taponador de arterias, los hidratos de carbono que provocaban resistencia a la insulina y llenaban las caderas de celulitis.

Era un arma definitiva. Tanto como sus creaciones.

Rosalía apareció en ese momento en la puerta y ella escondió la mano con la galleta debajo de la mesa como si la hubiera pillado robando.

Demasiado tarde. La mujer lucía una sonrisa que rezumaba satisfacción aunque estuviera esforzándose en ocultarla.

—¿Mañana vengo a las nueve? —preguntó la mujer.

Ella murmuró una respuesta afirmativa.

—Puedes salir ya —dijo en voz alta—. La alarma esta desconectada, Erin ha dejado la puerta abierta.

Rosalía señaló las galletas con la cabeza.

—Disfrútelas —la animó—. Las próximas las haré de dulce de leche. Pruébelas, estoy segura de que le gustarán.

Ella se estremeció para sus adentros. Acababa de crear un monstruo.

—Hasta mañana —se despidió Rosalía antes de bajar las escaleras con paso firme, canturreando con animación.

Ella clavó los ojos en la galleta que sostenía en la mano, parecía estar correspondiendo a su mirada con otra presumida y prepotente.

¡Oh, qué más daba! Total, de algo tenía que morir. Dio un bocado y masticó. El azúcar inundó su cerebro. «¡Guau!».

Siguió masticando muy despacio y se dio cuenta, con cierta sorpresa, de que sentía verdadera curiosidad por comprobar lo guapísimo y carismático que era aquel tipo. Tenía que ser un auténtico adonis para cautivar a una mujer que estaba tan encandilada por su marido como Erin. Debía de poseer muchos encantos, aunque seguramente se consideraría un regalo para las mujeres, lo que le haría parecer un auténtico muermo. O quizá fuera un asesino despiadado contratado para acabar con ella, lo que resultaba mucho más interesante, pero una enorme desventaja. Algo muy peligroso para mantener una relación sexual. Volvió a mordisquear aquella muestra de felicidad mortal mientras clavaba la mirada en la tarjeta. Janos. Era un apellido húngaro; quizá proviniera de allí... si el nombre era real, cosa que dudaba mucho.

Notó que sonreía ante la ironía de la vida. La comedida, formal y mojigata Erin intentando que conociera a un hombre. Que echara un polvo... Vaya ocurrencia. Sin duda era el mundo al revés, una auténtica locura, pero resultaba un gesto muy tierno.

Se metió el resto de la galleta en la boca y se recreó en el goce almibarado del azúcar, permitiendo que la mantequilla y el glasé se fundieran en su atónita lengua.

«¡Oh, figúrate!».

Se sintió inexplicablemente mejor. Era algo que no entendía y que le daba un miedo atroz.

La única manera de saber con seguridad si su identidad había sido descubierta era investigando a ese tipo; examinarlo con sus propios ojos, estudiarlo en persona. Los hombres eran criaturas fáciles de leer, sobre todo para ella. Bastaban algunas palabras determinadas, seguidas de una mirada minuciosa para descubrirlos. Sí, con eso era suficiente para desenmascararlos.

Después de todo, era una pena tirar por la borda todo lo que Rachel y ella tenían allí por una simple paranoia. Tendría que ser muy precavida, por supuesto. Siempre le había gustado el riesgo, aunque ya no podía permitirse el

lujo de disfrutarlo estando atada a una niña. Se estiró para tomar otra galleta. Quizá hasta fuera divertido bajarle un poco los humos a ese presumido.



Val entró en el edificio donde se encontraba Shibumi, un exclusivo club privado con comedores VIP, y le facilitó su nombre al guardia de seguridad que estaba sentado detrás del escritorio. Se estremeció para sus adentros con una excitación muy poco profesional mientras el hombre realizaba una llamada para comprobar que realmente estaban esperándolo. Una vez que verificaron sus datos, le indicaron que se dirigiera a la planta decimosexta. Shibumi era el lugar donde Tamara Steele había concertado la reunión mediante un correo electrónico, la única forma en que ella se dignó a comunicarse con él después de que lo llamara el día anterior. Y solo le facilitó el punto de reunión media hora antes del encuentro. Una mujer cuidadosa.

Todavía no se creía su buena suerte.

Obligó a su mente a concentrarse en la matriz. Tenía que mostrarse frío, impávido y observarlo todo. No debía traicionarse a sí mismo demostrando ansiedad o temor. No podía pensar en Imre, al que imaginaba sentado con los

hombros caídos en una oscura celda; ni tampoco suponer lo que le ocurriría a la niña en manos de Novak, ni en cuál sería el destino de Tamara Steele si él completaba la misión. Había sido testigo de muchas cosas en aquel sótano de los horrores de Novak.

Cosas que todavía le acosaban.

No, se dijo con firmeza, dejando a un lado los recuerdos. El trabajo de esa noche era sencillo. Debía comprar más tiempo para Imre hasta que se le ocurriera algún plan. Eso era todo. Esa noche era un rico empresario italiano que quería comenzar un lucrativo negocio. Un famoso hombre de mundo al que le encantaban el vino, las mujeres y el dinero. Lo único que tenía que hacer era cautivarla, seducirla... y filmarla. Algo muy fácil.

Se ocuparía de lo demás paso a paso.

Había realizado una corta lista de prioridades que pensaba considerar, la estructura básica de la que partir. Uno, mantener a Imre de una pieza. Dos, intentar que la niña estuviera fuera de la acción. Tres, liberar a Steele. Cuatro, seguir con vida, si era posible. Y si no, *pazienza*. ¿Qué más daba si moría? Tampoco había esperado nunca llegar a vivir tanto tiempo.

El ascensor abrió las puertas a una elegante y confortable estancia decorada con paneles japoneses y biombos. Cuando informó de su cita al impassible asiático que había detrás del mostrador, el hombre agarró el teléfono y murmuró algo en japonés. Unos momentos después, aparecieron dos hombres altos y corpulentos. Uno era rubio y el otro, moreno. Los reconoció al instante; los había visto en las películas grabadas por las cámaras de vigilancia que había instalado en las cercanías de la casa de los McCloud. El rubio era Davy McCloud; el moreno, Nick Ward.

Ambos hombres llevaban sus musculosos cuerpos cubiertos con impolutos trajes de marca hechos a medida, confeccionados de tal manera que se podía llevar una pistolera discretamente en el interior de la chaqueta. Sus ojos mostraban la típica mirada lacónica y alerta de los vigilantes de seguridad.

—¿Señor Janos? —preguntó McCloud—. Acompáñenos, por favor.

Fue Davy McCloud el que abrió la marcha, mientras que Ward se colocaba a su espalda. Le sorprendió que el hombre hubiera pronunciado su nombre correctamente. Le condujeron de nuevo hasta el ascensor y subieron al piso inmediatamente superior, donde al parecer se encontraban los comedores privados. Abrieron una de las puertas con una tarjeta y le invitaron a dejar el abrigo en una pequeña antecámara de paneles, donde había algunas perchas. Los dos hombres le observaron mientras lo colgaba.

—La señora Steele no se reunirá con nadie que vaya armado —informó McCloud.

—Qué ironía —masculló, tras un momento de vacilación.

La expresión del rubio no varió, esperó.

—¿Puedo exigir lo mismo? —preguntó.

Los dos hombres se miraron entre sí y se encogieron de hombros.

—Eso no es asunto nuestro —aseguró Ward—. Puede preguntárselo usted mismo, a ver qué le dice.

—Por supuesto, es libre de marcharse si no le gusta la respuesta —agregó McCloud.

Él se agachó para sacar el cuchillo de la funda del tobillo. Menos mal que había descartado la pistola; la había considerado poco adecuada para el personaje que interpretaba: un acaudalado hombre de negocios. Sin duda un cuchillo no era un accesorio que cualquier hombre elegiría para llevar bajo la ropa en una ciudad extranjera, pero se sentiría desnudo sin él, aunque sus manos y pies eran armas letales tras años de intensivo entrenamiento en diversas artes marciales.

McCloud se hizo cargo del cuchillo y Ward se adelantó al tiempo que le hacía una seña para que alzara los brazos.

—Perdón. —Pero aquella palabra estaba muy lejos de parecer una disculpa.

Sin protestar, se sometió a un concienzudo cacheo.

—¿Trabajan para el club o son personal contratado por la señora Steele?

—Hacemos nuestro trabajo —se evadió Ward—, pero no hablamos sobre ello.

No era mala respuesta. McCloud abrió la puerta contigua y le indicó que entrara. Se encontró en una estancia muy amplia, iluminada con velas, en la que había una mesa ubicada junto al enorme ventanal desde el que se admiraba una espectacular vista del paisaje nocturno de la ciudad y de la bahía de Elliott.

—Espere aquí un momento —dijo Ward—. La señora Steele llegará enseguida.

La puerta se cerró a su espalda con un suave clic. Él recorrió la habitación con la mirada; era un lugar elegante y minimalista. A un lado había una larga mesa con sillas a su alrededor; enfrente, un bar bien abastecido, que incluía una botella de champán puesta a enfriar dentro de una cubitera, una fuente con frutas, una jarra de cristal llena de agua y copas de todas las clases. La alfombra, en tonos tierra con dibujos de un intrincado diseño, era de gruesa

lana. En el rincón dedicado al comedor había una mesa con sillas bajas enfrentadas. Parecía el lugar apropiado para una cita romántica, no para una reunión de negocios.

Le admiraba la elección del lugar. Seguramente, ella lo había elegido debido a la privacidad, a la atmósfera controlada y a la facilidad para supervisar las entradas y salidas.

Se preguntó si le estarían observando y controló el deseo de mirar a su alrededor en busca de algún tipo de dispositivo de espionaje. Si aquella gente era tan profesional como parecía, no vería nada y revelaría demasiado sobre sí mismo al buscarlos. Val Janos, el mimado *uomo d'affare romano*, no era un paranoico. No encontró ninguna razón para no servirse una copa, sentarse y disfrutar de la vista.

Fue lo que hizo, pero además se permitió el lujo de dar toquécitos nerviosos con el pie en el suelo mostrando la irritada impaciencia de un hombre muy rico que no estaba acostumbrado a esperar. Además, no era bueno parecer totalmente sosegado; sería incongruente.

Contempló las luces de la ciudad mientras añadía información a la matriz. Observar cómo se encendían y oscilaban ayudaba a su mente a asimilar más datos; a fijarse en todo sin olvidarse de nada.

La puerta se abrió. La antecámara de la entrada estaba más iluminada que la estancia en la que él estaba y Steele se apoyaba en el marco de la puerta con el rostro en sombras y el cuerpo a contraluz para crear un efecto más dramático. Su delgada figura, suavemente curvilínea, iba cubierta de negro. Sinuosa como un gato. Sostenía un maletín de cuero; él le había pedido que llevara todos los diseños que pudiera.

Se puso en pie cuando ella entró. Tamara le dirigió una breve inclinación de cabeza como saludo antes de dejar el maletín sobre la mesa. Luego cruzó el espacio hacia él con aquella relajada y felina manera de caminar que tanto le había fascinado en el vídeo.

Cuando ella lo miró a la cara, la matriz comenzó a chispear como si sufriera un cortocircuito antes de derretirse en el interior de su mente. Se licuó bajo aquella mirada tan firme y directa.

Mantuvo una inexpresiva sonrisa mientras intentaba recomponerse. No estaba preparado para el efecto físico que ella provocó sobre sus sentidos. Para aquella fuerza pura, cruda y eléctrica que poseía. Se sintió estremecido hasta el tuétano, le faltaba el aire.

Tamara iba vestida con una elegancia engañosamente sencilla. Ceñidos

pantalones negros, brillantes botas negras con tacón de aguja y entallada blusa de seda negra, que hacía resaltar los deslumbrantes collares, colgantes y pendientes que llevaba. Tenía las manos llenas de anillos y varias pulseras en las muñecas. Se había retirado el pelo de la cara con alguna especie de gomina que se lo pegaba a la cabeza antes de recogerlo en un apretado moño. El cabello atravesado por afiladas horquillas de plata decoradas con obsidiana. El conjunto era solemne e impactante.

Tamara le sostuvo la mirada de una manera que le aceleró el corazón y provocó un estremecimiento en su entrepierna.

«No», se dijo para sus adentros, su pene no tenía vela en ese entierro. Distancia... Debía retroceder tres pasos. Tenía que seducirla, cierto, pero sería una seducción controlada.

El rostro de Tamara era tan bello como único. La estructura ósea era elegante y conseguía que cada rasgo rozara la perfección. Los labios le atraían por lo exuberantes y llenos, exquisitos de una manera imposible de lograr con silicona. La parte más prominente de sus pómulos se veía sombreada por las pestañas. Los ojos eran penetrantes y enormes, rasgados en los extremos, y las pestañas, largas y curvadas.

Verde avellana, pero no era su color original. La necesidad de conocer el verdadero color le sorprendió. No llevaba maquillaje sobre la tersa y perfecta piel, aunque tampoco lo necesitaba. Percibió que solo se había puesto un poco de brillo en los labios.

—Señor Janos. —También ella pronunció correctamente su nombre. Su voz era ronca, pero muy femenina; poseía unos matices vivaces, chispeantes y cargados de dulzura que fueron directos a su ingle como una audaz caricia.

—Señora Steele. —Le tendió la mano. La vio vacilar, pero solo el tiempo suficiente para conseguir que él se planteara dejarla caer. Sin embargo, su instinto le hizo perseverar.

Cuando finalmente se la estrechó, notó que la piel era suave y tersa, lo que hacía que la textura fría y dura de los anillos resultara un marcado contraste. Al sentir el contacto, una especie de calambrazo subió por su brazo, haciendo vibrar todas sus terminaciones nerviosas y provocando un alboroto de luces destellantes y campanas alborozadas en su interior.

Ella también lo notó; lo supo al percibir su repentina quietud, la manera en que su sonrisa se congelaba. Le soltó la mano a regañadientes mientras el silencio entre ellos se hacía embarazoso, alargándose demasiado. Fue una pausa llena de significado.

—¿Preferiría que nuestra conversación se desarrollara en su idioma, *signor* Janos? —preguntó ella en un italiano perfecto—. Si le resulta a usted más cómodo, a mí me da igual.

Mmm, interesante que ella le permitiera elegir idioma... Indicaba que la manera en que funcionaba su cerebro no era americana. Resultaba muy civilizada, muy europea. Ocultaba muchas cosas que ella jamás revelaría.

—No me tiene —repuso en el mismo idioma—. El italiano suena muy hermoso en sus labios, pero por lo general prefiero el inglés para los negocios. Me gusta su claridad. Sin embargo, la diversión es otra cuestión. ¿Quizá después...? —Dejó que su voz se desvaneciera de manera sugerente al tiempo que le lanzaba una mirada llena de discreto deseo.

—Muy bien, hablemos en inglés —repuso ella—. Veo que ya se ha puesto cómodo —observó, clavando los ojos en su vaso de whisky.

Él, consciente de la sutil reprimenda, intentó disculparse con una mirada pesarosa.

—¿Quiere que le sirva una copa? —preguntó—. Yo estoy degustando un Macallan.

—Así que es un experto en whisky. El señor Takuda dejó ahí el Macallan especialmente para mí. También es mi favorito.

Él tomó un vaso vacío.

—¿De veras?

—Por supuesto —murmuró ella.

Val agradeció poder darle la espalda durante un momento y disponer de tiempo para recomponerse. Tomarse unos segundos de privacidad en los que poder volver a armar la matriz para que los datos volvieran a fluir. Tenía un método y era muy bueno. «Cíñete a él, *testa di cazzo*. Distancia».

En el momento en que le ofreció el vaso, la luz de las velas arrancó destellos de sus anillos y pulseras, que parecieron parpadear detrás del cristal y del remolino ámbar que formaba el líquido. Los ojos de Tamara brillaron, conscientes y femeninos, cuando se llevó el vaso a los labios.

Él apartó la mirada. ¡Por el amor de Dios, estaba sudando! Tenía el cuello rígido y la cara caliente. ¡Era absurdo!

Bajó la mirada a las manos femeninas y señaló con la cabeza las resplandecientes joyas.

—Imagino que eso es todo un arsenal.

Ella curvó los labios y él notó que sus pulmones dejaban de funcionar, que su corazón se aceleraba. Aquella sonrisa era un arma por sí misma, hablaba de peligro y desafío, insinuaba placeres insólitos.

—Me gusta la sensación que proporciona contar con cierta ventaja secreta —explicó ella—. Es el espíritu con el que creo mis diseños.

—Sin duda, son muy hermosos —concedió él—. *Complimenti*. Perdona si mi pregunta le resulta demasiado atrevida, pero ¿nunca crea joyas hermosas simplemente por la belleza de crearlas?

Ella tomó un sorbo al tiempo que bajaba las pestañas con un aire de misterio.

—Nunca. Además, los secretos más peligrosos son también los más hermosos. ¿No comparte mi opinión?

Él sopesó sus palabras.

—Es posible, supongo —repuso con vacilación—. Imagino que depende más del secreto en sí y del punto de vista del que lo guarde.

Ella sonrió.

—¿Cuál es su punto de vista, señor Janos?

Alzó la copa en dirección a ella en un brindis silencioso.

—El de un hombre cuya única arma secreta fue confiscada por sus guardias de seguridad —respondió.

—Ah. —Ella ladeó la cabeza con los ojos brillantes de diversión—. ¿Mis

chicos le han preocupado? Son muy protectores conmigo, casi resultan conmovedores. Sin embargo, no va a hacerme creer que está indefenso.

—¿No? —Dejó reposar un sorbo de whisky en la boca para inhalar el profundo y áspero aroma—. ¿Con tanta *belleza mortal* y secretos peligrosos acechándome?

—No. Sus movimientos le delatan —aseguró ella—, y cuando le estreché la mano, confirmé mis sospechas. Para empezar, sus anchos nudillos y los callos que presenta en esos dos dedos son típicos de un yudoca con experiencia. Sus manos desprenden energía, señor Janos. Está acostumbrado a canalizar su poder vital a través de ellas. Todo indica que es experto en varias disciplinas marciales en las que se entrena con frecuencia.

Durante una infinitesimal fracción de segundo su mente se quedó en blanco por la sorpresa, pero se recuperó con rapidez.

—Disfruto de las artes marciales, sí, son un ejercicio entretenido —explicó—. Y soy socio de un club cercano a mi casa en Roma. Pero de ahí a considerarme un maestro, hay todo un trecho. Y además, echo de menos mi cuchillo.

—Llevar un cuchillo en estas circunstancias es un poco exagerado.

Él imprimió un calculado toque de seducción a su sonrisa.

—Me encantan las exageraciones —afirmó con suavidad, bajando la mirada a la compleja maraña de joyas en su escote—. Y creo que a usted también. —Ella reconoció su perspicacia ladeando la cabeza—. Me siento tentado a dejar en evidencia una parte de esos secretos suyos tan peligrosos para mí —la provocó—, solo para compensar mi inseguridad masculina.

—No diga tonterías —repuso ella con coquetería—. No hay ni una pizca de inseguridad en su cuerpo, señor Janos.

Él parpadeó.

—Gracias... creo.

—Oh, no me dé las gracias —dijo ella—. No lo he dicho como cumplido, solo es una observación. Me siento obligada a informarle de que no diseño joyas para hombres. Va contra mis principios. —La sonrisa se convirtió en una mueca depredadora y él sabía muy bien cuándo debía retroceder.

—Por supuesto. Solo quería indicarle que me han sorprendido sus métodos de seguridad. ¿Era necesaria toda esta planificada coreografía?

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Nunca me había reunido con un posible distribuidor, de ahí mi cautela. —Ella volvió a sonreír—. Bienvenido a mi mundo.

—Así que puedo considerar un honor haber traspasado tan inexpugnables defensas —comentó con los ojos brillantes.

—*Che galantuomo* —murmuró ella—. Erin ya me ha comentado que posee todo el encanto del Viejo Mundo.

—Intento ser agradable —se justificó—. ¿Es usted inmune a mis encantos, señora Steele? —Notó que ella se tensaba—. Ya veremos, ¿verdad?

Era evidente que se había extralimitado al coquetear con ella, así que decidió mostrarse un poco intimidado.

—Discúlpeme si le parezco brusca, pero me gustaría concentrarme en los negocios. ¿Le importaría mostrarme la torques que le enseñó a Erin? —le pidió—. Me gustaría verificar que es una de mis creaciones antes de que entremos en materia.

—Por supuesto. —Él abrió el estuche y puso la elegante caja de terciopelo negro sobre la mesa.

Ella la abrió y miró el contenido.

La cabeza femenina quedó unos centímetros por debajo de su cara. La combinación del aroma de su perfume con el de la gomina que cubría su cabello le hizo sentir un cosquilleo en la nariz. Los mechones de pelo brillaban, pulidos como madera de caoba recién barnizada, severamente domados hasta la sumisión. No vio ni un solo pelo suelto. Era parte de su armadura.

Pero él ya la había visto sin ella. Ya había vislumbrado la gruesa y despeinada trenza cuando se balanceaba sobre su espalda al jugar con la niña. Ya había visto su cabello húmedo y suelto, pegado a su cuello, a su espalda desnuda y esbelta y sobre sus hombros. El daño ya estaba hecho.

Ella alzó de golpe la cabeza y le golpeó de pleno con el repentino y poderoso ardor de sus ojos.

—¿Cómo lo consiguió? —preguntó Tamara.

—Como suele suceder con frecuencia —replicó con suave educación—, esta pieza llegó a mis manos por canales no oficiales. Se la compré en Roma a una mujer; a ella se la regaló un misterioso extranjero en Praga, durante un alocado *affaire* de fin de semana... Después no volvió a ponerse en contacto con ese hombre. Era evidente que el número de móvil y el nombre que le facilitó eran falsos; me vendió la pieza por despecho. La tarjeta estaba incluida en la caja y reconocí el nombre, dado que ya había admirado antes algunas de sus creaciones. Me han hecho ya muchas ofertas y el precio se incrementa cada vez más. Supongo que le gustará saberlo.

—Entiendo. —Ella bajó la mirada a la torques mientras aparecía una diminuta arruga en la suave piel entre sus cejas—. ¿Sabía usted que la última dueña conocida de esta pieza murió hace tres semanas en París? Al parecer se cayó de la terraza de un ático. Una caída de treinta y cuatro pisos.

—Me deja estupefacto —repuso en un tono adecuadamente sorprendido—. ¿Se trató de un...?

—¿Suicidio? —Ella encogió sus elegantes hombros—. ¿Asesinato? Quién sabe... Quizá vio u oyó algo que no debía, quizá se fue a la cama con la persona equivocada... Imagino que es mejor para usted que la historia no haya salido a la luz pública; la gente podría llegar a pensar que la pieza está maldita.

Él hizo una mueca.

—Perdone si le parezco calculador, pero teniendo en cuenta la clase de gente que está pujando por su trabajo, solo serviría para aumentar su valor. Este tipo de riesgos hace que se sientan vivos; el peligro no es más que un estimulante para esas personas.

—Sí, claro, pero se trata de un peligro controlado con precisión. Igual que columpiarse en un parque. —Su tono era ahora desafiante—. ¿Le atrae el peligro, señor Janos?

—Estoy aquí, ¿verdad?

La sonrisa de ella fue helada antes de acercarse a un teléfono en la pared cercana a la mesa.

—¿Le apetece comer? Aquí la cocina es excelente.

—No suelo cenar —repuso él—, pero las costumbres son para saltárselas. Cuando uno se ve tentado, es una tontería resistirse.

Ella ignoró el sutil flirteo.

—En un primer momento tuve la ocurrencia de invitarle a cenar en un lugar especializado en comida italiana, por si sentía añoranza por el ragú o los ñoquis —comentó—, pero cambié de idea. Decidí ser un poco más exótica.

—Ha hecho bien —convino él—. Solo degusto comida italiana fuera de Italia en contadas ocasiones. No importa el talento del chef, la *cucina italiana* pierde su magia fuera de su contexto.

—Estamos de acuerdo —dijo ella—. Bien, entonces puede elegir entre la alta cocina japonesa del señor Takuda o la de su esposa y socia, Mariko Takuda, que está especializada en platos asiáticos un poco más innovadores.

—Elija usted por mí —ofreció con galantería—. Me pongo en sus manos.

—Oh, un hombre al que le gusta el riesgo. —La vio descolgar el teléfono y

explicar a quien estuviera al otro lado los detalles de la cena en lo que parecía un japonés fluido.

—¿Cuántos idiomas habla? —preguntó con curiosidad.

Ella no le miró.

—Oh, hace tiempo que perdí la cuenta —repuso con evasivas—. La respuesta resulta irrelevante llegados a un punto, ¿no cree? ¿Quiere que le enseñe el muestrario mientras esperamos la cena?

Él asintió. Ella encendió la luz y colocó el material.

La colección era impresionante. Los diseños eran atrevidos a la par que delicados; transmitían una sensación de inquietante peligro y las armas que ocultaban eran tan ingeniosas y astutas como efectivas. Comprendió perfectamente la razón de que el trabajo de Steele estuviera convirtiéndose en una buena inversión. Era único e intemporal. El hombre de negocios que era en realidad quería hacerse cargo del asunto. Calculaba para sus adentros las ganancias que podría obtener si organizaba una subasta privada para clientes selectos de Capriccio Consulting.

Intentó que no fuera evidente lo mucho que deseaba que aquella actuación fuera real.

Un discreto golpe en la puerta indicó que había llegado la comida. Dos bellas asiáticas embutidas en ceñidos vestidos de colorida seda entraron con un carrito lleno de platos humeantes.

La cena se convirtió en un duelo. Él continuó intentando seducirla y ella le siguió la corriente durante un breve tiempo antes de cortarlo en seco. Comió poca cantidad a pesar de lo exquisito de los platos y prefirió el humeante té verde al sake para acompañar la comida. Estaba sirviéndose otra taza cuando sonó el móvil de la mujer.

La observó sacarlo de un bolsillo secreto en los pantalones y miró la pantalla con el ceño fruncido.

—Por favor, disculpe.

La vio retirarse al rincón más alejado y darle la espalda antes de que comenzara a murmurar en portugués algo que se suponía que él no debía escuchar.

—... Sí, tienes que bañarla... ¿Vale? ¿Qué pasa entonces? ¡Siempre tiene catarro! Si solo la bañara cuando no está acatarrada, jamás la metería en agua... Calienta el cuarto de baño y luego sécale el pelo. ¡Santo Dios, Rosalía! Claro que sobrevivirás a sus gritos. Yo lo hago... No, yogur no, está estreñida; dale fruta y galletas de salvado si quiere tomar algo... ¿Cómo voy a saber yo

dónde tiene la mantita rosa? Mira en el cuarto de baño... y debajo de mi cama.

El cálido cosquilleo que él notaba en los testículos se desvaneció de golpe.

La niña. Se había dejado llevar de tal manera por el papel de seductor que había permitido que las mentiras y la lujuria se volvieran casi reales.

Era su oportunidad. Ella no miraba. El maletín estaba en el suelo, al alcance de su mano. No sabía si en aquella estancia había cámaras secretas, pero sopesó los riesgos antes de tomar una arriesgada decisión.

Pinchó la diminuta aguja de un radiotransmisor en el cuero del maletín y presionó. Se notaba un pequeño bulto, pero en el momento en que ella lo percibiera daría igual, aquel artefacto tenía una vida útil de treinta y seis horas.

Además, Imre solo disponía de un par de días a lo sumo.

—... Pues explícale que volveré pronto. Sí, solo Elmo y Winnie the Pooh, con los demás tiene pesadillas. Tardaré un par de horas. Hasta luego.

Colgó el teléfono y él escuchó su suspiro de frustración.

—¿Tiene una hija? —preguntó con curiosidad.

Ella se volvió hacia él, sorprendida.

—¿Habla portugués?

Él se encogió de hombros.

—Las lenguas derivadas del latín —explicó con ligereza—. Español, francés, italiano, rumano... Cuando aprendes uno, ya los sabes todos.

—Mmm... —Lo miró con los ojos abiertos como platos. La había asustado.

—Hábleme de su hija —la invitó.

Ella alzó la barbilla con arrogancia.

—No hablo de mi vida privada con desconocidos.

Él le brindó una sonrisa llena de persuasión.

—¿Sigo siendo un desconocido?

—Concentrémonos en los negocios —repuso en tono cortante—. ¿Por qué se ha puesto en contacto conmigo, señor Janos? Explíquemelo, y sea breve, por favor.

Él mostró una conveniente decepción por el brusco cambio de tema.

—De acuerdo. Me propongo organizar una subasta privada. Muchos de mis clientes están interesados en su trabajo. Una vez que la anuncie, se apuntarán en estampida. He pensado en el lugar perfecto para el evento: un amigo mío posee una *masseria* medieval recién rehabilitada en San Sebastiano, cerca de Nápoles. Podríamos organizar el evento durante un fin de semana y hacerlo más atractivo si contáramos con su presen...

—¿Por qué iba yo a trasladarme a Europa? —cortó ella con voz aguda.

—Como estaba diciendo, su presencia será una atracción más —le aseguró—. Tenga en cuenta el misterio que la rodea, su aire exótico... Su belleza.

Ella le miró con desprecio, pero él no se amilanó.

—Hablo en serio. Cuando la gente siente que es parte de un club privado, se ve impulsada a gastar dinero. Los encargos para futuras joyas la mantendrán ocupada durante años. Podría hacerse rica, señora Steele; ganar millones de euros.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y le miró con ojos entornados.

—¿Y usted? —preguntó concisa—. ¿Qué gana usted, señor Janos?

Él encogió los hombros.

—Un porcentaje irrisorio, por supuesto.

—Irrisorio —susurró ella—. Es una palabra peligrosa. No resulta nada objetiva, y menos en lo que se refiere al dinero.

—No se preocupe por el dinero. Podemos ocuparnos de los detalles financieros más tarde. Ahora, centrémonos en esto: viene hasta San Sebastiano, disfruta de un sensual y productivo fin de semana y luego vuelve a mantener su privacidad con un buen saco de dinero. ¿No le gusta la idea?

—Me parece peligrosa —repuso.

—En absoluto —aseguró—. El lugar es privado y los invitados serán seleccionados con mucho cuidado. Disfrutaremos de una seguridad increíble y será un espacio de tiempo muy corto.

—Es peligroso porque usted es un hombre peligroso —explicó ella—. Es más de lo que aparenta. O quizá menos. ¿Quiere que le explique por qué?

Aquellas palabras le intranquilizaron.

—¿Cómo dice?

—Déjeme que le hable de usted mismo. —Ella le brindó una sonrisa halagadora y casi empalagosa—. Luego me confirma si he acertado o no. Considere esto como uno de esos juegos para llegar a conocernos mejor. ¿No es eso lo que quería? ¿Conocerme bien?

Él sintió que la trampa se cerraba sobre su cabeza, pero alzó las manos, *galantuomo* hasta el final.

—¿Cómo negarme a los deseos de una dama?



Tam ahuecó ambas manos alrededor de la taza de té e inhaló el vapor mientras estudiaba el rostro de Janos. No le gustaba tener que admitir tal cosa, pero resistir el enorme atractivo sexual de aquel hombre requería más energía de la que esperaba. No se trataba solo de la manera en que hablaba, sino de la forma en que ella respondía a su presencia.

Erin no había bromeado. Sin embargo, había esperado encontrarse con un galán, como le había dicho a su amiga. Nada más lejos de la realidad. Después de todo, Erin se había casado con Connor y ni siquiera Tam era inmune al aura de masculinidad que desprendía McCloud, incluso cuando tenía uno de sus peores días.

Aun así, Janos la había cogido totalmente desprevenida. No estaba preparada para... él.

«Letal». Esa era la primera palabra que acudió a su mente, aunque le avergonzó recurrir a ella. Valery Janos era un hombre sólido y vigoroso; lleno de vitalidad, pero, a pesar de ello, tranquilo y reposado. No había nada suave en él, salvo aquel espeso cabello negro que ella deseaba tocar aunque solo fuera para comprobar que era tan suave como el visón. Ojos agitanados, casi negros, cejas y pestañas como el carbón. Los ángulos y concavidades de su

rostro resultaban tan masculinos como todo lo demás de él; arrogantes y sensuales, por no mencionar aquella sonrisa que bien podía ser la personificación de la tentación. Ella se consideraba insensible a los encantos viriles, así que no entendía que estuviera tan maravillada por los hoyuelos que aparecían en sus mejillas cuando sonreía, ni por el destello de sus dientes contrastando contra la piel morena. «¡Mierda, Steele! Contrólate, esto es inaceptable».

La cara de aquel hombre poseía un aspecto demasiado rudo como para ser un acaudalado hombre de negocios. Tenía la nariz algo torcida, señal de que se la había roto en alguna ocasión, seguramente en una pelea; una cicatriz blanca que atravesaba en diagonal la ceja era la marca más visible de otras mucho más sutiles, disimuladas por la cirugía estética, que solo un ojo bien entrenado podía percibir. Y luego estaban esas manos, por supuesto. Habían peleado mucho a lo largo de su vida. Peleado duro. Y a juzgar por las vibraciones que emitía, habían ganado casi siempre.

Y menudas vibraciones eran esas. Destilaban pura fuerza; algo más allá del alcance humano; una potencia que solo alguien que se saliera de la normalidad, que poseyera un pasado tan extraño y turbulento como el de ella, podía percibir. Pero no eran las oleadas de peligro que emitían los pirados psicópatas con los que había tenido la desgracia de relacionarse antes, como Novak, Georg o Drago Stengl. Las vibraciones de todos esos hombres le habían hecho sentir repugnancia.

Nada que ver con lo que le provocaba Janos. En él, el peligro se combinaba con una seductora y depredadora energía masculina como si fuera un buen cóctel y ella se veía afectada a todos los niveles. Todo eso indicaba sin palabras que, bajo aquella superficial apariencia de caballero cortés, él quería follarla de todas las formas conocidas, y algunas por conocer, a conciencia. Y que el tiempo que estuvieran juntos valdría la pena.

Ella no lo ponía en duda, pero no iba a dar pie a que ocurriera. Ni siquiera aunque tuviera los nervios de punta, el corazón acelerado y la piel sensible.

«Atrás, chico. Esto son negocios y eso van a continuar siendo».

—Usted no es, en realidad, lo que intenta aparentar —comenzó—. Es encantador, insinuante e insondable, señor Janos, pero le traicionan los detalles. Sus manos deberían ser suaves, a fin de cuentas no maneja nada más pesado que un bolígrafo o el ratón de su ordenador, pero sus dedos tienen cicatrices y callosidades. Y mire su cara; se ha roto la nariz y no se la recompusieron bien. No puede echar la culpa a su club de artes marciales. Si

hubiera ocurrido durante un entrenamiento, ¿cómo iba a permitir un hombre rico como usted, tan consciente de su imagen, que la nariz no le quedara perfecta?

—No entiendo adónde nos lleva...

—Eso significa que ocurrió cuando era niño —continuó ella con suavidad—. Si nadie se ocupó entonces de su nariz, implica que vivía en la pobreza o que nadie se preocupaba de usted, seguramente ambas cosas. Imagino que en un ambiente urbano, a juzgar por su comportamiento. Y ¿qué decir de las cicatrices de su cara? Tiene una diminuta encima del labio, otra que le atraviesa la ceja y una en la frente, apenas oculta por el pelo; lo que hace que me pregunte qué otras marcas esconde bajo ese precioso traje de seis mil euros. Es evidente que se ha sometido a algún tratamiento con láser, imagino que dermoabrasión, pero los fantasmas son difíciles de borrar.

—Me alegra que le guste el traje —dijo él sin mostrar ninguna emoción.

—Aunque no es un hombre provinciano —continuó ella—, tampoco es de Roma. No tiene el acento típico de los romanos. Su italiano tiene cadencia romana, cierto, pero para mi entrenado oído es algo que ha aprendido, no un deje nativo. Creció en otro sitio, hablando un idioma distinto y aprendió su perfecto italiano después; cuando dejó atrás una infancia dura, muy dura.

Él le sostuvo la mirada, silencioso e inmóvil. Sus opacos ojos negros emitían chispas brillantes.

—Continúe —le ordenó.

Ella dejó la taza de té en la mesa y entrelazó los dedos mientras se dejaba llevar por aquella cada vez más atrevida especulación. Se sentía como si estuviera desplazándose en medio de la noche en un bote a la deriva hacia una caverna oscura y solo las corrientes del aire, el eco y el distante revoloteo de las alas de los murciélagos pudieran dar idea de la inmensidad a la que se enfrentaba. Era peligroso... y excitante.

Ella observó con atención aquel sombrío rostro durante un buen rato antes de seguir desgranando sus conclusiones.

—Es usted un mujeriego y ha estudiado cómo hacer que su encanto sea más impactante. Está acostumbrado a controlar a las mujeres con el sexo, pero a diferencia de otros hombres con esa habilidad, no basa su ego en ello... Aunque con ese cuerpo y esa apariencia podría...

—Gracias —murmuró él.

—No es un elogio —repitió ella con impaciencia—, es un análisis, Janos. No pretendo adularle ni estoy coqueteando.

—Un error por mi parte, entonces —dijo él tras una breve pausa.

Ella ignoró el sarcasmo.

—El sexo es una herramienta para usted —continuó—, pero cuando no logra su meta con seducción, se limita a cambiar de táctica sin que su orgullo se vea menoscabado, y sigue haciéndolo hasta que consigue su propósito. Eso sugiere una falta de machismo que no es habitual en ninguna cultura con la que esté familiarizada, en particular en un hombre que afirma haber crecido en Italia. Los italianos no son conocidos precisamente por su humildad y autocontrol. Este desapego, esa fría conducta con respecto al sexo, es un rasgo que asocio con profesionales de alto *standing*.

Lo vio parpadear y continuó con su ataque.

—Oh, parece que he puesto el dedo en la llaga —murmuró—. ¿Ha sido gigoló en algún momento de su vida, señor Janos? ¿Tiene un pasado más colorido de lo que hace creer? ¿Algunos secretos sucios y peligrosos que desee mantener ocultos?

Él la miró fijamente; sus ojos ardían.

—Confíeseme algo, Janos —susurró—, ¿puede conseguir que se le empine con solo desearlo?

Él apretó los labios hasta que se convirtieron en una fina línea.

—Sí —afirmó—, pero contigo cerca no necesito esforzarme.

—¡Qué adorable piropo! ¿Quieres que te lo agradezca? —le tuteó también.

—Estira el brazo por debajo de la mesa y palpa por ti misma la medida de tu gratificación —le respondió.

—¡Oh, Dios mío! —fingió escandalizarse—. Parece que he conseguido agrietar la fachada del perfecto caballero.

—No deberías sorprenderte tanto, dado que tú misma la has hecho pedazos con un picahielo. ¿No querías ver lo que hay debajo? Pues adelante. Solo tienes que acercarte y tocar, no creo que te desilusione.

Clavó los ojos en él con el corazón latiendo a toda velocidad. Acababa de perder el control del juego y este había cobrado vida propia. Se dio cuenta de que estaba tentada a hacer justo eso a lo que él la invitaba: palpar su erección, comprobar su calor, su dureza. Sentir la energía vital de ese hombre en su mano.

Entre ellos circularon unas corrientes de entendimiento silencioso; peligrosos torbellinos desafiantes, hasta que ella retrocedió, alejándose del borde.

—No. Todavía no he terminado.

—De eso nada, señora Steele, claro que has terminado. El tema está zanjado. —Se levantó. El duro tono y la rígida postura de su cuerpo sugerían que estaba a punto de perder el control.

Bien, eso era justo lo que ella quería. La adrenalina bombeó en sus venas. Se levantó y se acercó a su espalda.

—Todo lo que me has contado es mentira —lo desafió—. Capriccio Consulting no es más que una fachada, lo mismo que tu estilo refinado y tus atractivas ofertas. Puedo leer dentro de ti, Janos. Estás formado por cortinas de humo; lo que me hace pensar que ahí dentro no hay nada. Nada en absoluto. Solo un profundo agujero negro. Lo que significa que...

Lo atrapó desde atrás y, con un movimiento veloz, presionó la punta de la diminuta daga que ocultaba el rubí de la torques contra su palpitante pulso, en la base de la garganta.

—¿Quién coño eres en realidad, Janos? —preguntó con suavidad—. ¿Quién te envía?

Él tragó saliva.

—Voy a avisarte una sola vez. Suéltame. Ya.

—Yo también estoy advirtiéndote —repuso ella—. El filo de esta daga está impregnado en un veneno sumamente rápido. Si te corta la piel, solo serán necesarios unos segundos para que comiences a padecer unas convulsiones tan violentas que seguramente se te romperá la columna.

Él movió la nuez bajo la hoja.

—Pues adelante.

Aquello fue tan inesperado que su cerebro tardó unos segundos en procesarlo.

—Venga —la provocó—. ¿Piensas que temo a la muerte? Solo soy un agujero negro, ¿recuerdas? La muerte no me asusta. Así que, adelante, córtame la garganta.

Ella abrió la boca, pero no estaba segura de qué iba a decir, y aquel momento de vacilación...

¡Mierda! La daga salió volando y ella sintió que la volteaban en el aire. El dolor atravesó su cuerpo y se quedó sin aliento cuando su cabeza golpeó el suelo con fuerza.

De pronto se encontró tumbada boca arriba en el suelo, mirando la parte inferior de la mesa y la pata repujada de la silla que acababan de volcar, viendo las estrellas.

Janos la había inmovilizado como un consumado maestro, anulando cada

parte de su cuerpo con la que pudiera hacer palanca. Le había estirado los brazos hacia arriba y le sujetaba las muñecas con una de sus enormes manos. Con el otro antebrazo le empujaba la barbilla hacia arriba al tiempo que le presionaba la tráquea con fuerza.

¿Cómo había...? ¡Dios, qué rápido era! Nadie la había vencido desde hacía años; desde que aprendió a pelear como un demonio. Luchó contra el pánico y la furia.

—¿Qué ha ocurrido con esas ganas de morir, jodido cabrón mentiroso?

Janos tenía la cara a pocos centímetros de la de ella, deformada por una tensa máscara de furia.

—He cambiado de idea. Y he decidido que no me gusta nada que me amenacen poniéndome una daga envenenada en la garganta.

Él levantó el antebrazo lo suficiente como para que ella pudiera introducir un poco de aire en su comprimida garganta. Se atragantó y tosió sin apartar la mirada de sus ojos.

—Suéltame —jadeó con la respiración entrecortada, sabiendo que no le haría caso—. Aléjate de mí.

—Hace unos minutos estabas a punto de matarme, ¿crees que debería hacerlo? —preguntó él—. ¿De verdad parezco tan imbécil?

Ella volvió a toser.

—¿Quién eres?

—No estás en posición de hacer preguntas. Ya basta de hablar de mí; hagámoslo de ti. Las reglas del juego han cambiado, ¿no crees?

El pánico la envolvió; unos puntos negros bailaron ante sus ojos. Estar inmovilizada le recordaba... No, no iba a dejar que su mente fuera por ese camino.

Luchó con fuerza.

—¡Suéltame...me!

—No. —Se negó él, reprimiendo cada uno de sus movimientos para que siguiera inmovilizada contra el suelo—. ¿Por dónde quieres que comience? Soy un hombre mucho más vulgar de lo que piensas, así que voy a empezar por lo más obvio. Tu belleza.

—¡Cállate! No me interesa nada tu...

—Lástima... —la interrumpió—. ¿Tienes miedo de tu belleza?

Ella hizo una mueca.

—Te equivocas.

Janos la ignoró.

—Te da demasiado miedo destruirla, temes necesitarla. Y, por otro lado, eres demasiado vanidosa como para esconderla por completo. Sin embargo, te da miedo utilizarla a tu favor como podrías llegar a hacer. Mírate, de negro de pies a cabeza, completamente cubierta. El pelo retirado de la cara y ni pizca de maquillaje. Odias a los hombres. Te encanta confundirlos, atacarlos, castigarlos por tratarte como a un objeto...

Ella se estremeció.

—¡Suéltame, maldito cabrón! —Él volvió a ejercer presión, aplastándola hasta inmovilizarla por completo y hacerla jadear.

—Atacas a todos aquellos que te desequilibran —continuó él—. Es la única manera de no perder tu estabilidad. Siempre estás preparada para recibir un golpe, siempre estás enfadada, asustada... Estás demasiado delgada y tienes ojeras. Duermes mal y comes peor. Lloras en secreto por las noches.

Ella dejó de forcejear, paralizada al escuchar aquellas suposiciones tan increíblemente exactas.

—Basta —susurró—. Por favor, cállate, Janos.

Él continuó preparando la estocada final.

—Tus diseños dicen demasiado de ti. Tanto, que me sorprende que te atrevas a comercializarlos. Sensualidad contra violencia, belleza contra obsesión. Las contradicciones son tan brutales como una herida en carne viva. Estás herida, ¿verdad? Quizá estés letalmente herida, pero te estás tomando tu tiempo para morir. ¿A que sí?

«¡No!». Articuló la palabra para sus adentros, pero no la pronunció en voz alta.

—Incluso ese apellido inglés que has elegido, Steele, refleja ese rudo anhelo tuyo. ¿Sabes qué creo? Que te hubiera gustado estar revestida de acero. Que lo único que te proporciona placer es trabajar los metales. Las dagas afiladas, las agujas, las drogas y los venenos. Esa es tu armadura secreta. Sueñas con ser invulnerable, pero no se trata más que de eso..., un sueño. Esas heridas abiertas se han enquistado en tu interior.

Notó que la garganta quedaba aplastada por la infatigable presión de su brazo cuando giró la cabeza.

—No, no es cierto —gruñó—. No soy así. Te equivocas, imbécil.

Él entrecerró los ojos.

—Te ocultas tras la niña. —Su voz adquirió un tono reverente, como si acabara de hacer un nuevo descubrimiento que le maravillara—. Necesitas a esa cría. ¿Qué otra razón tienes para seguir viviendo? ¿Para qué, si no,

despertarte cada mañana? ¿Para qué comer? La necesitas para forzarte a llegar al siguiente día, ¿verdad?

—No la metas en esto. —Ella cerró los ojos. Con las manos inmovilizadas no podía cubrirse los labios temblorosos, pero no pensaba dejar que viera sus lágrimas.

Sin embargo, no podía llegar hasta el botón de alarma que tenía pegado al muslo; el que haría que Nick y Davy entraran inmediatamente armados hasta los dientes. Ellos habían intentado convencerla una y otra vez para que llevara un micrófono oculto de manera que pudieran escuchar la conversación, pero, claro, soberbia como era, no quería que metieran las narices en sus asuntos.

—Pobre criatura —murmuró él—. Es demasiado inocente para comprender que estás usándola. Y aun así, cada noche te sientes aterrada al ser consciente de en qué te has convertido. De lo vulnerable que eres ahora, de lo poco que puedes trabajar, de que no tienes tiempo para nada, de los ruidos que te rodean.. La responsabilidad te supera. ¿Te preguntas si vale la pena sobrevivir? ¿Si la muerte resultaría menos aterradora? ¿Si el esfuerzo sería menor?

Ella intentó zafarse de su agarre.

—¡Que te jodan! —susurró.

—Me gustaría más joderte a ti —aseguró él—. Aquí mismo, en el suelo, hasta conseguir que gimas de placer. Te gusta la fuerza; la temes tanto como te excita. Te aseguro que yo soy lo suficientemente fuerte para ti y pongo todo mi poder a tu servicio. Te daré todo lo que temes, lo que odias; todo aquello contra lo que luchas con todas tus fuerzas. Te lo entregaré para tu placer.

Ella abrió los ojos al escuchar semejante disparate.

—¡Por favor! ¡Deja ya toda esa mierda de melodramas!

—Podría forzarte —adujo él—. Una parte de mí se muere por hacerlo, pero eres demasiado frágil; te cerrarías a mí por completo y acabaría follando con una hermosa muñeca vacía.

Ella se rio.

—Eso acostumbra a ser suficiente para la mayor parte de los hombres —masculló—. Jamás ven la diferencia.

Janos la miró fijamente a los ojos.

—Yo sí me doy cuenta de la diferencia.

Tam se sentía demasiado débil como para alzar su caja torácica bajo el peso de Janos. Pero no le importaba; tampoco quería respirar. Notaba el pecho demasiado inestable y, si metiera aire dentro, quizá se inflamaría como hierba

seca y comenzaría a arder. Su cerebro seguía intentando responder acertadamente a lo que él decía, pero sus razones no salían de sus labios temblorosos. De todas maneras, sin aire no podía producir ningún sonido. Estaba aturdida, acalorada por un ardiente y extraño poder que se originaba en un punto oculto y misterioso de su interior. Su corazón estaba desbocado y su piel demasiado sensible. Tenía el vello erizado.

Era casi como si estuviera... ¡Oh, santo Dios! ¿Por qué con ese cabrón mentiroso? Porque la excitaba el desafío que suponía. No sabía por dónde iba a salir, no podía defenderse. Él se había introducido en su mente de tal manera que se había apoderado de ella, dejándola...

«Cachonda». Se movió, pero él anticipó el movimiento y ubicó sus caderas de manera que toda la longitud de su erección quedó acunada en la hendidura entre sus piernas. Entonces, él comenzó a mover la pelvis con un lento y demoledor impulso.

Jadeó. Sí, estaba excitada. Como por ensalmo y como nunca antes. Siempre había pensado que, después de Novak, el sexo había acabado para ella.

Pero no. Ardía. Caliente, entregada, temblorosa. Él había conseguido que... mojara las bragas. Era un hechicero, un chamán.

En el rostro masculino apareció una expresión de intensa concentración.

—Tú también lo sientes —aseguró él.

Y era cierto. No tenía sentido mentir. Le llevó un rato poder responder.

—¿Y? ¿Qué pasa ahora? —Su voz era inestable e insegura—. ¿Qué quieres, Janos? ¿Te sientes satisfecho? Quítate de encima y ve a grabar otra muesca en tu cinturón de gigoló. A mí me da igual.

—No, todavía no —murmuró él—. Tengo elevados objetivos. Quiero el premio gordo antes de grabar mi muesca. ¿Te imaginas ya lo bueno que sería? —Le estiró los brazos más arriba antes de girar otra vez las caderas. Ella se vio envuelta en una oleada de placer que subió desde su vientre hasta sus pechos, que la hizo ruborizarse y apretar los muslos, que la llevó a doblar las rodillas y encoger los dedos de los pies.

Tenía que poner fin a aquello.

—Bueno para ti, quizá —replicó.

—Sé cómo sería —susurró él—. Jamás permitirás que te complazca de la manera en que podría hacerlo. No te abrirás lo suficiente, no bajarás la guardia lo necesario. ¿Has tenido mala suerte con tus amantes?

¡Ah, vaya chiste! En su mente relampaguearon imágenes de Novak, de Georg, de Stengl...

—¿Crees que tú podrías complacerme? —se burló con voz temblorosa—. Los hombres piensan que la respuesta a las oraciones femeninas está bamboleándose entre sus piernas, lo que hace que sean muy fáciles de controlar.

La sonrisa de Janos desapareció.

—Tienes miedo. ¿Te han violado? ¿Quién?

—Vete a la mierda, Janos. —Volvió a luchar, pero él se movió de manera casi imperceptible y volvió a inmovilizarla con suma habilidad.

—Es un crimen hacerle eso a una mujer —aseguró.

La suavidad de su voz la enfureció tanto como la humilló. Condescendiente hijo de perra, ¿cómo se atrevía a sentir lástima por ella?

—No creas que me entiendes, gilipollas —siseó.

Él la miró con expresión sombría.

—¡Ah, claro! Entiendo, no puedo mostrar compasión. Es el peor insulto de todos.

—¿Compasión? ¡Ja! Eres un hombre frío, Janos. Tanteas a mi alrededor para dar con los resortes, para tirar de los hilos que me hagan saltar. Ya me he aburrido de tu juego.

—No. No creo que estés aburrida. —Su voz ronca retumbó en su pecho, acariciándola—. Tu cuerpo está caliente, maleable; vibra debajo del mío. Tienes las mejillas sonrojadas y los labios rojos. Tus ojos brillan. Te lo estás pasando pipa.

Ella soltó una carcajada. No pudo evitarlo ante la incongruencia de sus palabras.

—¿Crees que estoy divirtiéndome? —ladró—. ¿Esto es lo que tú llamas diversión? ¿Que un patán hipermusculado me lance al suelo y se tienda sobre mí sin dejar que me mueva para joderme la cabeza poco a poco?

—Dado que no me has invitado a joderte por ninguna otra parte... —concluyó él filosóficamente—, pues sí. Me divierte hacerlo con una mujer como tú. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que alguien te desafió? ¿Desde que alguien te dio algo a lo que enfrentarte? Tienes que esforzarte para encontrar el placer, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo hace que nadie te hace alcanzar el orgasmo?

«Años». Cerró los ojos cuando él comenzó a mecerse contra ella. Se estremeció de deseo, pero con él llegaron dolorosos e intrincados recuerdos que hicieron que se sintiera avergonzada.

—Basta —pidió—. No es esto lo que quiero.

—Estás mintiendo —repuso él—. Estás muy cerca. Lucha contra mí, apártame. Eres fuerte, la mujer más fuerte que he conocido jamás. Inténtalo con todas tus fuerzas.

—Hijo de puta.

Se contorsionó contra él, desesperada, pero antes de que pudiera hacer nada más, él la besó. Cubrió sus labios con los suyos. El sabor de Janos la embriagó. Era suave, cálido y aromático. Fuerte y sensual. Estaba acompañado por aquel cuerpo duro e inquebrantable. Quiso hacerle rodar sobre la espalda y devorarlo, pero era demasiado grande y pesado. No podía controlarlo. Aquella impotencia, el calor, acabarían por volverla loca.

Luchó. Él respondía moviendo las caderas a cada tirón desesperado, replicaba con su lengua. Le murmuraba por lo bajo palabras eróticas, mostraba su aprobación y la llevaba cada vez más cerca de... ¡No! Sus crispadas terminaciones nerviosas no podían soportar tanta tensión. Iba a explotar, a desaparecer, a morir... No... Sí.

Sí... La ola rompió y la envolvió. El miedo y la furia se mezclaron con un palpitante placer dulce, ardiente e interminable, arrojándola a un brillante resplandor...

El explosivo ruido de la puerta al abrirse de golpe irrumpió su nebulosa de languidez y Janos se tensó sobre ella.

—¡Santa Madre de Dios! ¿Qué coño...? ¡Por Dios, Tam!

Ella giró la cabeza. Davy y Nick la miraban fijamente, boquiabiertos, apuntando sus armas contra el enorme hombre que cubría su cuerpo.

Janos, por su parte, la miró y arqueó una ceja en silencio sin liberarle las manos.

Ella se humedeció los labios.

—Ah... Eh... Mmm... —balbuceó tontamente.

Davy alzó el arma.

—Explícamelo, Tam —pidió con la voz modulada—. ¿Has tocado, o no, el botón de alarma? Decídetes.

¿El botón de alarma? ¡Ah, sí! Ese botón. Se miró el muslo donde tenía pegado el botón con cinta americana. En medio de la placentera agitación, había envuelto las caderas de Janos con las piernas y presionado el botón sin querer. Muy divertido.

Le costó coger aire para hablar, aplastada por el peso de aquel hombre.

—H-ha sido un accidente. Lamento el susto, chicos, pero gracias por la rapidez. Me alegra saber que os importo.

—Entonces, ¿podemos suponer que todo está bien? —La voz de Davy tenía un deje de desconfianza—. ¿Quieres que... nos vayamos?

Ella sonrió con una calma que no sentía.

—Sí. Gracias por preocuparos, caballeros, pero tengo el asunto controlado.

Davy clavó los ojos en sus muñecas, todavía sujetas por la enorme mano inquebrantable de Janos y carraspeó. Notó que trataba de no sonreír, sin demasiado éxito.

—Sí, nos vamos, ¿vale? Adiós.

Se escabulló por la puerta como una centella, pero Nick se retrasó. Una enorme sonrisa de satisfacción inundaba su cara.

—Bueno, tío, me quito el sombrero —felicitó a Janos—. Debes de tener unos cojones enormes para enredarte con esta gata salvaje. Te sugiero que no los pierdas de vista.

—Oh, gracias —dijo Janos.

—¡Vete a la mierda, Nick! —gritó ella.

Nick desapareció todavía riéndose, satisfecho, y cerró la puerta.

Ella se obligó a sostener la mirada de Janos, y se dio cuenta con gran incomodidad de que no se le ocurría nada que decir. La intensidad sísmica del orgasmo experimentado le había dejado la mente en blanco.

—¿Un botón de alarma? —Sonrió Janos—. ¿Ningún micrófono? Me alegra saber que la conversación ha sido privada.

—¿Por qué no me sueltas las manos? —pidió ella, casi con timidez.

—Llevas encima al menos dieciséis tipos de armas mortales —indicó él.

—Te prometo que no te cortaré, rociaré, arañaré ni pincharé con ninguna de ellas —aseguró—. A menos, claro está, que me provoques.

Él le lanzó una sonrisa precavida.

—¿Cómo sé que mantendrás tu palabra?

—No lo sabes —repuso—. Deberás correr el riesgo. Pero ¿no acabas de desnudar mi mente? ¿No has conseguido que me corra? ¿Es que acaso no confías en tu instinto?

Él gruñó.

—No, no confío en él. Pero lo haré en ti, Tamara..., por ahora. Solo porque quiero hacerlo; no tengo otra razón.

Ella notó que le escocían los ojos. Aquello rozaba el esperpento. Estaba volviéndose una blanda. Estaba segura de que aquello no era más que otro nivel de las astutas estrategias de ese hombre, pero si era así, era más sutil que ella misma.

—Es peligroso —susurró ella.

—Lo sé. —Pareció que lo lamentaba. De pronto, él le soltó las muñecas y rodó a un lado.

Ella se frotó la parte irritada de sus brazos mientras se sentaba. Notaba que seguía teniendo la cara caliente..., por no hablar del resto del cuerpo. Sin él encima, se sentía casi liviana. Como si pudiera levitar. De todas las estupideces... ¡No era más que una mujer insustancial!

Y vulnerable. Odiaba sentirse vulnerable.

Él se levantó y ella le imitó con rapidez. No pensaba permanecer en el suelo, encogida bajo su sombra.

Trastabilló y él la sostuvo al instante. Su movimiento fue tan ágil y elegante que fue inevitable que terminara en sus brazos, besándolo otra vez. Los suaves y cálidos labios de Janos transmitían deseo, su cuerpo irradiaba hacia ella aquella magnética energía viril que la atravesaba de pies a cabeza.

El pánico sustituyó a la oleada de deseo y luchó para liberarse del beso.

—No —jadeó—. No tientes a tu suerte.

—¿A mi suerte? —Él sonrió y ella se quedó embelesada por los blanquísimos dientes y los profundos hoyuelos que aparecieron en sus mejillas—. La suerte que quiero tentar es la tuya, *bella*. Quiero tentarte. Llévate tan lejos como pueda, y creo que podemos llegar muy lejos.

Ella le dio un empujón en el pecho.

—No. Basta —suspiró con voz temblorosa—. Es suficiente.

—Sí. Déjame. —Él se arrodilló delante de ella y deslizó las manos debajo de la blusa de seda negra—. Déjame complacerte, quiero hacerlo durante horas.

Ella se estremeció al sentir la cálida y áspera punta de sus dedos callosos sobre la sensible superficie de su estómago, pero le empujó la cara, notando los huesos fuertes y su piel caliente y aterciopelada.

—¡No vas a tener suerte esta noche, salido hijo de puta! ¡Aléjate de mí! —Él se puso en pie ágilmente, con expresión de resignación—. Quiero que me digas tu nombre real, quién te ha enviado y qué cojones quieres de mí —exigió—. Es lo que quería obtener de esta reunión y no voy a marcharme hasta saberlo. Y tú tampoco.

Cualquier rastro de jocosidad abandonó la expresión de Janos. La energía que flotaba en la estancia cambió de signo, ahora era más fría, más oscura.

¡Oh, no! ¡Joder! Supo con una clara intuición que, fuera lo que fuera lo que él iba a decirle, no le iba a gustar escucharlo. Se le revolvió el estómago.

Él intentó sonreír, pero no lo consiguió.

—Prométeme que no me matarás —exigió él.

Ella no sonrió.

—Jamás prometo lo que no puedo cumplir.

Él clavó la mirada en los restos de la comida.

—No puedo darte más nombre que Valery Janos —comenzó—. El que me dieron al nacer no significa nada, así que tendrás que conformarte con este. Es una de las muchas identidades que uso en mi trabajo.

Ella tragó saliva, preparándose para lo que venía a continuación.

—De acuerdo —aceptó con cierta rudeza—, me conformaré con Janos. ¿Para quién trabajas? ¿Quién te envió?

Vio que su nuez subía y bajaba como si estuviera tratando de hablar, pero no pudiera emitir las palabras. Ella notó una desagradable sensación en la nuca y se le puso la piel de gallina. La sospecha estaba convirtiéndose en una helada y real certeza. Lo sabía.

Las dos personas que más motivos tenían para querer dar con ella eran Papá Novak y Georg Luksch. Novak la quería muerta; Georg la quería, y punto. Janos no estaba allí para asesinarla, de eso estaba completamente segura. Lo que quería decir que...

—Georg —susurró.

Él no cambió de expresión ni bajó la mirada, pero no la contradujo. La frialdad siguió extendiéndose por su cuerpo.

—Soy un agente de PSS —explicó—. Prime Security Solutions. Es una empresa...

—Es un ejército privado que se vende al mejor postor. Sé qué es PSS —desgranó ella con voz neutra—. ¿Fue Georg quien te contrató? ¿Cómo me encontraste?

Él tardo un buen rato en responder.

—Por los McCloud —explicó—. Puse cámaras frente a sus casas hace algunas semanas. Un día, apareciste en casa de Connor McCloud; logré poner un localizador GPS en tu coche. Fue un golpe de suerte.

Ella se cubrió los ojos con la mano.

—No me lo puedo creer. —Quiso pegarse un tiro por tal negligencia. Había puesto en peligro a todos, en especial a Rachel. Se había dejado llevar por el deseo de que Rachel tuviera una vida lo más normal posible y esas eran las consecuencias. Debería tener asumido que no era posible. No, Tam Steele y su campo gravitatorio deformador de la realidad lo impedían. Tenía que

olvidarse de cualquier atisbo de normalidad. Era un esfuerzo vano.

—Fue de chiripa —aseguró él, casi como si estuviera tratando de consolarla por haberla descubierto—. Si no hubiera sido por los McCloud...

—Cállate, ¿vale? Cállate —ordenó con los dientes apretados mientras la atravesaba otro desagradable pensamiento—. ¿Qué ocurre con Erin? —le acusó—. La has involucrado. Quiero que te mantengas alejado de mis amigos, ¿lo has entendido bien? Como te acerques a ellos, te cortaré en pedacitos muy pequeños.

—No, tranquila, no pienso molestar a Erin ni a ninguno de los demás —le aseguró.

A ella le pasó un pensamiento horrible por la cabeza que hizo que se le encogiera el corazón de miedo.

—Rachel —susurró—. ¡Oh, no! Voy a matarte, a destriparte, a sacarte los ojos... Como le hayas hecho algo a mi hija, te romperé todos los huesos.

—No, no —se apresuró a decir él—. No la he tocado ni pienso hacerlo. Aunque esas fueron las órdenes que recibí. Querían que la usara para negociar.

—¿De veras? Pues no estamos negociando, Janos. Sea lo que sea lo que Georg quiere de mí, la respuesta es «Jódete, pero no». No quiero volver a verte nunca más, maldito cabrón hijo de puta. Lárgate.

Abrió la puerta de golpe y se topó con unos estupefactos Nick y Davy.

—Acompañad a este mentiroso pedazo de mierda a la puerta del edificio —les ordenó con voz temblorosa—. Si volvéis a verlo, matadlo.

Salió de allí furibunda, con los ojos llenos de lágrimas. Se despreciaba a sí misma por deseárselo cuando todo lo que él quería era entregarla a Georg, el hombre más baboso y perverso que existía.

Aunque antes tenía intención de catar la mercancía él mismo, por supuesto, como no.

Si había algo que ella odiaba de verdad, era sentirse estúpida.



Había fracasado. El mundo, tal y como lo conocía, había llegado a su fin.

Val se situó en medio de la estancia y miró hacia la puerta por la que ella acababa de desaparecer. Estaba solo. Lo había dejado allí, destrozando su espacio y llevándose consigo el aire para dejar un vacío que hacía que le ardieran los pulmones. Era la única vez en su vida de mentiroso profesional que había intentado decir la verdad y el resultado era una mierda; ella no le había dado la oportunidad. Había leído en su interior sin demasiado esfuerzo. Había intentado venderle la moto sin resultado. «Un agujero negro», había dicho ella. Toda una vida de entrenamiento para nada. ¿Qué haría ahora?

McCloud entró; parecía desconcertado.

—¿Qué pasa, Janos? —gruñó—. Espabila, ya has oído a la dama. Mueve el culo.

Se quedó mirando al tipo con expresión de idiota. Le dolía la garganta y se le había quedado la mente en blanco.

El rubio hizo un gesto de impaciencia.

—Ya has terminado aquí. Lárgate por donde has venido y no se te ocurra regresar.

Él despertó de pronto; tenía que recoger su maletín. En la antesala, Nick Ward le entregó en silencio el abrigo y el cuchillo. Se puso el primero y enfundó el segundo con movimientos rígidos, como los de un robot.

—¡Eh, tío! No te lo tomes tan en serio —le animó Ward tras carraspear.

Lo miró, desconcertado.

—¿Cómo dices?

—Cuando se trata de una mujer como Tam... —Ward pareció no poder contenerse—. Creo que... en su caso es su manera de demostrar que le gustas.

Él sintió un incontenible deseo de reírse.

—¿Crees que le gusto? ¿Yo? ¿Al pedazo de mierda al que acaba de ordenarte que dispires a sangre fría?

—Oye, no te lo tomes como algo personal —siguió animándole Ward—. Lo que está claro es que la has impresionado, y te aseguro que esa mujer es difícil de impresionar.

—En eso tiene razón —intervino McCloud de mal humor—. Sigues vivo, por lo que deduzco que algo tendrás a tu favor. Y ahora, muévete. Esto no es una puta sesión con el psicólogo. —Ambos hombres le flanquearon hasta el ascensor en estoico silencio y lo escoltaron hasta estar a más de cien metros del edificio, antes de largarse sin mirar atrás.

Él recuperó la cordura a fuerza de voluntad y miró a su alrededor. Vio un bar enfrente, un lugar sórdido sin apenas clientes. Podía buscar consuelo en un vaso de whisky. Podía seguir siendo Val Janos hasta nueva orden, no tenía otra personalidad mejor que asumir. De hecho, no consideraba ninguna otra como su verdadero yo.

Pidió el whisky y tragó un poco de Glenfiddich de mal humor, sentado ante una mesa de madera gastada en la parte trasera del local. El sabor le recordó a unos ojos brillantes que le miraban de soslayo, tentándolo y estudiándolo por encima del borde de una copa de cristal tallado.

Atravesándolo y leyendo en su interior.

No podía ocultarse de esos ojos brillantes. Estaba vacío, era una hoja en blanco después de tantos años matando y prostituyéndose para PSS.

Se frotó la cara. Reconoció para sus adentros que aquella era una mujer poderosa; capaz de hacer que se metiera en un bar de mala muerte para beber licor encogido en un rincón mientras sentía lástima de sí mismo, cuando ni siquiera tenía tiempo que perder.

Dentro de cuarenta y ocho horas Novak empezaría a cortar a Imre en pedacitos, y él no podía rendirse todavía.

Sacó el portátil del maletín y levantó la pantalla de doce pulgadas para encenderlo. Tomó otro trago de whisky y se recreó en el rastro de fuego que dejaba el líquido en su garganta mientras abría la carpeta con las fotografías que le había dado Novak y que había escaneado esa mañana.

Las imágenes parpadeaban en su mente girando alrededor de la matriz. Jamás se aburría de verlas; le gustaba observar fotografías de Steele, siempre descubría algo nuevo en ellas, incluso mientras se retorció bajo el yugo de Novak.

Navegó por ellas, pasándolas una a una hasta dar con su favorita: la más misteriosa y enigmática de todas. Esa en la que ella aparecía con un vestido negro y expresión de tristeza. El ramo de margaritas silvestres estaba sobre la placa de bronce. Introdujo el dato en la matriz y retrocedió tres pasos, dejando que girara y se iluminara.

Se estremeció mientras la idea tomaba forma. Comenzó a ampliar la imagen, agrandándola hasta que ocupó la pantalla. Había más ramos apilados sobre la placa, ocultando lo que se había grabado en el bronce. Apenas fue capaz de leer una palabra, *Zetrinja*; una fecha, 1992, y algunas palabras en una lengua desconocida seguidas de una lista de nombres.

Era un listado muy largo. Resultaba imposible leer los nombres, por lo menos con el programa que manejaba en ese momento y la imagen tan pixelada por haber ampliado la foto.

La placa conmemorativa y los nombres sugerían una fosa común. Se intuía una multitud de gente; hombres trajeados y cámaras de televisión.

Parecía un acto conmemorativo con el que se pretendía honrar a gente muerta en alguna atrocidad provocada por la guerra. Rebuscó en su memoria. En 1992 había estallado el conflicto en los Balcanes. No era la zona que le correspondía, pero Henry había pasado mucho tiempo en aquel lugar y hablaba bien el idioma. PSS había desplegado allí muchos de sus operativos y Henry era al único que conocía. Sacó el móvil y llamó a su amigo. En ese momento, se encontraba en las afueras de París, en la sede principal de PSS. Sonaron seis tonos antes de que su amigo respondiera con la voz ronca por el sueño.

—¡Joder, tío! Aquí son las cinco de la madrugada —protestó Henry.

—Necesito que me hagas un favor —repuso él sin perder el tiempo disculpándose.

—Como siempre... —rezongó su amigo.

—¿Has oído hablar de un lugar llamado Zetrinja?

—Me suena —respondió Henry después de pensárselo un rato—, creo que

está en Croacia.

—Quiero que mires en los archivos. Investiga qué pasó en ese lugar en el noventa y dos. Mira a ver si puedes conseguir una lista de niñas o adolescentes entre los..., mmm, digamos los diez y los veinte años, que pudieran haberse visto involucradas en lo que ocurriera.

Henry silbó por lo bajo.

—¿Crees que Steele es croata? —preguntó finalmente.

—Es posible —dijo él, evasivo—. Es posible que sea una pista irrelevante. Su amigo guardó silencio durante un largo momento.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó en voz baja—. ¿Ha pasado algo malo?

Dudó. Llevaba un tiempo sopesando la decisión de involucrar o no a Henry en aquel embrollo que había dejado en Budapest, pero tenía que montar una operación de rescate y no podía hacerlo solo. Necesitaba a alguien que le apoyara y solo podía confiar en Henry. Aquello fue lo que le hizo decidirse.

—Se podría decir que sí —comenzó. Le detalló la situación sobre el secuestro de Imre con breves pinceladas concisas. Su amigo permaneció en un opresivo silencio durante el tiempo que él necesitó para contárselo todo.

—¡Vaya putada, amigo! —comentó Henry cuando acabó—. Estás bien jodido.

—Oh, gracias por los ánimos. Ya me siento más optimista —ironizó él.

—¿Cómo has pensado actuar? —le animó a seguir Henry.

—No lo sé. Por ahora me limito a improvisar, pero estoy seguro de que al final se me ocurrirá algo realmente peligroso y alocado. ¿Cuento contigo?

—Por supuesto. Ya sabes que vivo para la locura y el peligro. ¿Adónde quieres que vaya?

—No, no, por ahora quédate en Europa. Te llamaré si te necesito. Solo preciso que averigües lo que puedas sobre Zetrinja cuanto antes. Necesito tener algo para echar el anzuelo a esta mujer.

Cuando colgaron, él comenzó a marcar otros números de teléfono.

Había llegado el momento de comenzar a jugar fuerte. Tan pronto pasaran un par de horas, Steele sabría exactamente contra quién se enfrentaba. Con un poco de suerte, se enfadaría lo suficiente como para salir en su búsqueda para matarlo. Sabía que era una actitud infantil pensar que era mejor conseguir atraer una atención negativa que ninguna, pero estaba dispuesto a hacer lo que fuera para que ella se fijara en él. Lo que fuera.

«Deberías habérselo dicho al muchacho».

El arrepentimiento por no haberlo hecho le corroía mucho más que el dolor. Imre intentó respirar pausado, para relajarse, pero no pudo. Se le habían contraído los pulmones y no era capaz de aflojarlos.

Comenzó a mecerse en el duro catre, jadeando en busca de aire.

La habitación era muy pequeña yapestaba. Estaba en un lugar mugriento y desolado; un oscuro cubículo con paredes formadas por bloques de hormigón, donde no llegaba la luz natural. Día y noche habían pasado a ser suposiciones en su mente, definidas por el brillante tubo de luz fluorescente que, conectado a un temporizador, permanecía doce horas encendido y otras doce apagado; con la estancia sumida en una absoluta oscuridad. Las paredes lucían deprimentes, con desesperados grafitis de los ocupantes anteriores, la mayoría de los cuales debían de haber sido realizados con sangre humana u otras sustancias todavía menos atractivas.

Intentaba no mirarlos. De algo servía no tener las gafas puestas.

El dolor volvió a envolverlo, implacable. Tenía la cuota de dolores y molestias cubierta incluso antes del diagnóstico del médico, y ahora estaban los golpes recibidos. Sin embargo, el peor de todos era el que sentía en los huesos, que se degeneraban en su interior.

Echaba de menos las pastillas de morfina que los médicos le habían recetado, pero extrañaba aún más las técnicas que utilizaba para controlar el dolor. Bach era su favorita. Suites para violonchelo o violín; sin duda, la música conseguía que la mente se dissociara de un cuerpo agonizante. También funcionaban la poesía y la filosofía. Incluso los cantos de las palomas al otro lado de la ventana de su apartamento o las nubes rosadas bajo los rayos del atardecer. Por no hablar de una taza de té mientras disfrutaba de una partida de ajedrez con su viejo vecino. Todos ellos, placeres humildes que ahora parecían muy valiosos.

Intentó recordar sus Salmos favoritos; le ayudaban a sentirse mejor. Había intentado rezar. Incluso había invocado a Ilona para conseguirlo; su dulce recuerdo suponía siempre una bendición. Pero no era un santo ni un superhéroe.

Estaba muerto de miedo.

Le había resultado muy difícil enfrentarse al hecho inexorable de su muerte antes del secuestro; le habían diagnosticado cáncer de páncreas en una etapa avanzada. Le ofrecieron los tratamientos habituales, pero había leído la

mirada de los médicos y escuchado todo lo que dijeron sobre ganglios y metástasis en el hígado y los huesos. Comprendió perfectamente que era inútil luchar contra ello. Le quedaban tres meses si no se sometía a ningún procedimiento, y eso había sido un mes antes. No le había dicho nada a Vajda.

No es que tuviera miedo a la muerte, a fin de cuentas tenía casi ochenta años y los últimos treinta había vivido sin su querida Ilona y la pequeña Tina. Estaba preparado. Era creyente y estaba convencido de que se reuniría con ellas al otro lado, pero la muerte seguía siendo una gran desconocida y era muy difícil aceptarla. Le atormentaba que su pobre Vajda estuviera siendo aplastado por aquel monstruo, que se aprovechaba del cariño que el chico sentía por él, cuando prácticamente era hombre muerto.

A Vajda no le importaría el cáncer, lo que le afectaría de una manera terrible sería ver a su padre adoptivo torturado. El chico era frágil, vulnerable y estaba solo. No había establecido lazos afectivos con nadie más y, por lo que él percibía, era un hombre compasivo debajo de su coraza. Siempre había sido consciente del profundo afecto que el muchacho sentía por él. Y también de su necesidad de ser correspondido, a pesar de que su orgullo le impidiera reconocerlo.

Consideraba a Vajda el hijo que no había tenido. Y menudo hijo. Tanta inteligencia y potencial tirados a las cloacas. Era como echar margaritas a los cerdos.

Y él le había fallado. No había logrado que saliera de la inmundicia. Su mayor deseo fue verle crecer y progresar; que ocupara el lugar que le correspondía en el mundo, pero estaba desperdiciando su vida como mercenario de la misma manera que la había desperdiciado antes como matón para la mafia. Y eso le enfurecía muchísimo desde hacía años.

Por fin entendía por qué Vajda había insistido siempre en que no le quedaba más opción que seguir trabajando para Novak. Había sido un arrogante y un ignorante al insultarle llamándole tonto y derrotista. Ahora se daba cuenta de que la manera de actuar de Vajda solo era instinto de supervivencia. Solo había demostrado el pragmático realismo que le había mantenido con vida durante tantos años. Le debía una disculpa. Mucho más que una disculpa; se lo debía todo. Pero aquel era un precio que el muchacho no podía permitirse. Le costaría su alma.

«Tenía que haber hablado con él». Pero tuvo miedo de que Vajda cavara su propia tumba; que insistiera en permanecer cerca de él al saber que estaba enfermo. Budapest era un lugar peligroso para él, lleno de amargos y

dolorosos recuerdos. Pensó que para el muchacho era mejor permanecer lo más alejado posible de su pasado, pero este los había alcanzado con una rapidez que nadie había previsto.

Solo su muerte liberaría a Vajda. Pero ¿cómo conseguir quitarse la vida? En aquella habitación no había nada, salvo el catre, la manta y el inodoro metálico adosado a la pared. Le suministraban alimento dos veces al día en un plato de plástico que llevaban en una bandeja también de plástico, igual que la cuchara que le facilitaban para comer. No había nada metálico que pudiera convertir en un filo, ni vidrio que romper.

Le acobardaba la idea de suicidarse, pero estaba seguro de que, si lo hacía por amor, por desesperación, no sería pecado. Al menos era un pecado mucho más leve que el que cometería Vajda por el cariño que le tenía. Ojalá encontrara la manera.

Tam todavía se estremecía de furia cuando las puertas secretas en la ladera de la montaña se abrieron para que pudiera acceder al garaje subterráneo. Había esperado que conducir la tranquilizara, pero no había sido así. Seguía cabreada como una mona. Tan enfadada que quería vomitar.

Quizá lograra persuadir a Rosalía de que se quedara un poco más con el acicate de gratificarla generosamente por un par de horas extras. Así podría concentrarse en el ordenador y comenzar a trazar un plan.

Su esperanza se desvaneció al escuchar los gritos de Rachel. Eran de los que se clavaban como agujas en el cerebro y que siempre tenían como consecuencia malos sueños. ¡Joder! ¿Por qué justo esa noche? ¿Por qué precisamente esa, con todas las que había en el año? Apenas le había dado tiempo a soltar el bolso antes de que Rosalía le pusiera a la acongojada niña en los brazos y se lanzara al armario para coger el abrigo y el bolso.

—Rosalía, por favor, espera —la llamó, gritando por encima de los aullidos de Rachel—. Quería pedirte que te quedaras un par de horas más esta noche. Solo hasta que pueda...

—¡No! ¡Tengo que irme ahora mismo! ¡Han detenido a mis chicos en Olympia! Me llamaron al móvil hace media hora y estuve a punto de llamarla, pero la niña no dejaba de llorar y no me dio oportunidad. ¡Tengo que ir a por los chicos ahora mismo!

Se sorprendió tanto que dejó de pensar en sus problemas y se fijó en la

palidez de la cara de Rosalía, en su nerviosismo y el sudor que le perlaba la frente; en los ojos rojos y huidizos.

—Pero... ¿cómo...? —tartamudeó.

Una terrible sospecha apareció en su mente. ¡Oh, ese maldito cabrón! La sospecha se convirtió en certeza casi al instante. Ese hijo de puta iba a sufrir mucho.

—¡No lo sé! Estaban cumpliendo con su trabajo en el restaurante cuando de repente llegó la policía diciendo que había un asunto muy feo sobre drogas en el que estaban implicados y que salieran de la cocina. —La voz de Rosalía vibraba de indignación—. ¡Drogas! ¡Qué mentira más sucia! ¡Mis chicos no están relacionados con drogas! ¡Son buenos chicos! Roberto se casa el mes que viene y Francisco se matriculó en el turno de noche de la universidad del Estado. ¡Quiere ser farmacéutico! Los dos son buenos muchachos. Tengo que irme ya, lo siento.

A ella se le contrajo el corazón.

—Imagino que esto significa que tardarás unos días en poder venir —adivinó.

Rosalía se miró las manos.

—¡Y yo qué sé! ¿Cómo voy a saber cuándo se resolverá todo? ¡Lo siento! Tengo que arreglar este problema. No sé cuánto tiempo llevará...

—Sí, lo sé —se forzó a decir con los dientes apretados—. Te entiendo perfectamente. Espera un momento, Rosalía, quiero darte algo. —Intentó dejar a Rachel en el suelo, pero la cría se aferró a ella como si estuviera impregnada en pegamento, así que se dirigió a la despensa con la niña colgada del cuello. Apartó bruscamente las cajas de cereales y las latas de conservas para despejar el camino hasta la pared, donde buscó la caja fuerte oculta. Marcó el código, la abrió y sacó algunos de los fajos de billetes para emergencias. Era suficiente para ayudar a Rosalía, pero no tanto como para asustarla.

Era lo único que podía hacer porque, mucho se temía, los problemas de su asistente eran culpa suya.

Cuando regresó a la cocina, la mujer la esperaba aferrando el bolso con los nudillos blancos. Le tendió el dinero.

—Ten —le ofreció—. Te ayudará. Podrás sacarlos bajo fianza. Ya sabes...

Rosalía lo cogió y contó con cautela, con los ojos abiertos como platos.

—¿Es... Es dinero limpio? —preguntó con timidez.

Mmm... Al parecer Rosalía no era tonta. Se olía de lejos todo lo que fuera

ilegal a pesar de no dominar el idioma por completo.

—Lo suficiente —aseguró a la mujer—. No lo he robado. Lo gané con el diseño de joyas. Incluso he pagado los impuestos correspondientes, aunque te parezca mentira. Venga, vete, ve a rescatar a tus chicos. Te llamaré para que me cuentes cómo va todo.

Rosalía metió el dinero en el bolso y envolvió a ambas en un estrecho e impulsivo abrazo. Ella se quedó rígida, no se lo esperaba, pero a la mujer —si lo notó— no le importó. Le dio unas palmaditas en la mejilla, besó a la chillona Rachel y bajó corriendo las escaleras.

Su precipitada salida fue otro impacto para el ya precario equilibrio emocional de Rachel, que comenzó a gritar de nuevo con frenesí. Sin duda aquella niña tenía una resistencia increíble y unas cuerdas vocales que dejarían en pañales a cualquier soprano de una ópera de Wagner. Después de una hora, los berridos de la niña eran tan intensos que Tam no escuchó ni la alarma. Solo la luz roja que comenzó a parpadear sobre las puertas le advirtió de que alguien había violado los dispositivos de seguridad.

Cuando instalaron el sistema de alarma, exigió poder percibir cualquier intrusión a pesar de que tuviera muy alto el volumen de los auriculares, pero jamás se planteó que necesitaría superar los altísimos decibelios que pudiera provocar una enrabiada niña de tres años. La vida no dejaba de proporcionar graciosas sorpresas.

Se acercó con la gritona niña hasta el monitor de seguridad. Cuando lo miró, sintió una amarga sensación en el vientre. Había un coche policial ante las puertas del granero que camuflaba la entrada en el garaje. Los policías estaban ya dentro de la finca. Uno sostenía un móvil contra la oreja para hablar. Frunció el ceño. Era muy mala señal que hubieran dado con ella. Alguien había descubierto su tapadera. Apretó los dientes.

Aquel inmundo roedor estaba jodiéndole la vida una vez más.

Se mordió el labio. Ahora apenas era consciente de los gritos de Rachel. Si ignoraba a los polis, ellos se cabrearían, desaparecerían y volverían con refuerzos. Un entretenimiento que, sin duda, no necesitaba en ese momento. Era un juego que no iba a ganar.

Apretó el botón que activaba el intercomunicador escondido en el hueco de un árbol, junto al coche policial. Movié los controles con una sola mano para cambiar los ajustes de audio y que las respuestas pudieran escucharse por encima de los chillidos de Rachel.

—Buenas noches, oficiales —dijo con su voz más suave en el micrófono—.

¿Puedo ayudarles en algo?

El hombre que estaba detrás del volante, el más robusto de los dos, se sobresaltó al escuchar que su voz y los gritos de Rachel salían de la nada. Bajó la ventanilla y asomó la cabeza con el ceño fruncido.

—¿Señora Steele? ¿Es usted?

Así que incluso conocían su nombre. Aquello iba de mal en peor.

—Sí, soy Tam Steele —aceptó—. ¿Podría decirme qué ocurre?

—¿Puede permitirnos entrar en la casa? —preguntó el tipo—. Queremos hablar con usted.

«¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!».

—¿Le importaría decirme para qué? —preguntó.

—Señora Steele, en serio, es mejor hablar en la casa —repitió el poli de manera obstinada.

Comenzó a maldecir a los antepasados de Valery Janos hasta la séptima generación mientras oprimía las teclas que abrían la puerta. A la mierda todo aquel inteligente y carísimo trabajo de camuflaje. De ahora en adelante sería de dominio público. Es más, debería llamar a los hombres de Seth para que comenzaran a desmantelar el edificio, lo que no sería más que otro trastorno.

Quizá debería venderlo; sí, eso sería perfecto. Poner a la venta el garaje de la asesina.

Utilizó los pocos minutos de que disponía antes de que entraran en la casa para poner a la escurridiza e infatigable Rachel una cazadora y unos zapatos y esperó con la niña apoyada en la cadera mientras el coche patrulla atravesaba el garaje. Un fornido veterano con el pelo canoso y un jovencito flacucho miraban a su alrededor con avidez.

—Buenas noches, oficiales —dijo—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Buenas noches, señora Steele. Soy el sheriff Meechum y mi compañero es el alguacil Licht —dijo el de más edad—. ¿Podemos entrar?

Había considerado preguntarles si tenían una orden de registro, aunque solo fuera por mantener sus principios, pero finalmente decidió que sería contraproducente. Además, no iban a encontrar nada que pudiera incriminarla; era muy cuidadosa con los detalles.

—Por supuesto —se resignó—. Síganme...

Le irritaba ser intimidada, permitir que unos hombres extraños entraran en su refugio privado mientras Rachel y ella estaban solas. Estaba bastante segura de que podía ocuparse de los dos —incluso armados como estaban— con una sola mano y sin soltar a la niña. Pero Rachel lo cambiaba todo. Todas las

fórmulas, todas las reglas.

La niña, de hecho, estaba dando el do de pecho. Siempre se descontrolaba delante de extraños, en especial si eran hombres. Le había llevado muchos meses acostumbrarse al contingente masculino del clan McCloud y ahora expresaba a gritos que aquellos polis no estaban incluidos en su lista de gente grata. El ruido estaba volviéndola loca. Aunque se le daba bien bloquear la información sensorial indeseada, había recibido demasiados datos y acostumbrarse a los gritos de Rachel desafiaba incluso sus habilidades.

Los condujo a través del vestíbulo hasta la escalera. La subieron para dirigirse a la cocina. A pesar de los chillidos se escuchaba la tele de fondo; Winnie the Pooh cantaba lo mucho que le gustaba la miel.

Por suerte, Rosalía había dejado una jarra de café recién hecho.

—¿Puedo ofrecerles una taza de café, caballeros? ¿Unas galletas? —invitó con amabilidad.

—No, gracias, señora —repuso Meechum—. Vamos a ir directos al grano. Hemos recibido un aviso en el que nos advierten de que está usando sustancias ilegalmente. Al parecer las utiliza para confeccionar armamento. Ya sabe, drogas, explosivos y... veneno.

Ella abrió mucho los ojos, fingiendo desconcierto, y meneó la cabeza al tiempo que trasladaba a la nerviosa Rachel del agotado brazo derecho al izquierdo, alzándola un poco.

—No, no. Yo me dedico a diseñar joyas —aseguró.

El hombre carraspeó.

—Mmm... Bueno. ¿Sabe por qué alguien la acusaría de tal cosa?

—Será mejor que elabore una lista de examantes celosos —bromeó—. Y de paso, también de sus esposas. Nunca se sabe lo que puede provocar la envidia.

El alguacil lanzó un gruñido mirando a la niña.

—Señora, ¿existe alguna posibilidad de que alguien se ocupe de su hija mientras hablamos? Es... Eh... Es complicado entenderse con este ruido de fondo.

—No —se plantó ella—. No hay nadie más aquí.

Los dos hombres intercambiaron una mirada de desagrado.

—¿Y no podría dejarla en un parquecito en otra habitación o algo así? —sugirió el más joven, animado.

Como si fuera posible. Había intentado hacerlo una vez y aprendió la lección para siempre. De hecho, después lo pensó en frío y se sintió fatal por

haberlo intentado. ¿Cómo podía haber sido tan insensible como para poner a Rachel en un parquecito y dejarla sola? Una niña asustada y desquiciada que se había pasado dos años y pico encerrada en una jaula.

«Ni hablar, colega. Y menos porque a ti te convenga».

—No —aseguró con una gran sonrisa—. No puedo.

Licht se puso rojo y su nuez comenzó a subir y bajar antes de apartar la mirada con cierta violencia. Los vio echar un vistazo alrededor como si trataran de encontrar un lugar donde pudiera dejar a Rachel, pero siempre volvían a mirarla. Les permitió hacerse ilusiones durante unos segundos hasta que decidió que aquel espectáculo era demasiado tedioso para seguir prolongándolo.

Mejor terminar cuanto antes. Suspiró.

—¿Les gustaría subir y ver mi laboratorio? —preguntó.

Los dos agentes subieron de dos en dos las escaleras tras ella. No pudieron objetar nada. Las cuestionables sustancias de la denuncia estaban a buen recaudo, y tendrían que derribar la casa para dar con ellas o drogarla e interrogarla para que revelara su ubicación. Meechum y Licht no parecían ser proclives a utilizar electrodos o asfixia.

De todas maneras tampoco había tanto, un pequeño alijo personal para emergencias. No preparaba agujas, aerosoles, dagas, granadas o bombas antes de venderlas. Resultaba muy arriesgado. Demasiado expuesto, demasiada responsabilidad. Lo máximo a lo que llegaba era a colgar instrucciones precisas de cómo usarlas en un sitio privado y encriptado de la Red. El resto dependía del comprador.

Sin duda, incluso esa difusión era ilegal, pero ¡qué coño! Su conciencia estaba ya encallecida. Había abusado mucho de ella en otros tiempos.

Por suerte tenía una colección inofensiva de joyas sin armas ocultas que podía mostrarles si fuera preciso. Los diseños que eran armamento los guardaba en cajas de seguridad camufladas en los muros.

Se movía apoyándose alternativamente en ambos pies para acunar a Rachel de manera infructuosa mientras los dos polis examinaban el laboratorio. Los vio lanzar miradas precavidas a las joyas expuestas sobre la mesa, tocándolas con cautela como si esperaran que les mordieran; estudiaron sus herramientas, desconcertados, pero esa era la actitud que solían mostrar todos cuando estaban con ella. ¡Un aburrimiento!

Pronto estuvieron dispuestos a marcharse sin haber encontrado bolsas de plástico que contuvieran pastillas o polvos, ni piezas de hachís o explosivo.

Solo un lugar de trabajo. Finalmente, entregó a cada uno una tarjeta de Belleza Mortal.

—¿Por qué utiliza el término «mortal»? —preguntó Meechum, mirándola fijamente.

Ella le regaló su sonrisa más misteriosa al tiempo que parpadeaba de manera seductora.

—¡Oh! Es una broma íntima que tenía con un antiguo amante, hace años —explicó con voz sensual—. Me puso ese apodo ¿sabe?

Licht se rio a carcajadas con demasiado énfasis.

—Debió de ser una relación interesante —dijo cuando dejó de reír.

Ella se volvió para taladrarlo con los ojos.

—¡Oh, sí! Se lo aseguro.

El hombre se ruborizó y comenzó a mirar de manera huidiza otra vez. Ella tuvo que contenerse para no lanzar un gruñido y poner los ojos en blanco. ¡Vaya novato inexperto!

—Mmm... Muy bien. Por favor, no salga de viaje. Volverá a saber de nosotros, señora Steele —advirtió Meechum.

—Les estaré esperando —repuso ella.

Con Rachel en brazos les vio alejarse. Se subieron al coche patrulla, aliviados de perder de vista a la sirena humana que ella seguía sosteniendo. Ella no se relajó hasta que las luces traseras se perdieron en la noche. ¡Qué afortunados eran!

Le llevó casi una hora calmar a Rachel, ponerle el pijama y acunarla hasta que se durmió. Cuando llegó ese momento, estaba demasiado cansada para dejarse llevar de manera coherente por la ira ante aquella maliciosa intromisión de Janos.

¡Qué ironía! Se permitía bajar la guardia y acababa bien jodida. Pero ¿había aprendido algo? No.

Era muy raro que alguno de sus amantes fuera capaz de traspasar la armadura con que se protegía y provocar en ella alguna emoción genuina... Y no le extrañaba, cada vez que había ocurrido, acabó siendo un desastre.

La última vez fue con Víctor Lazar, el tío de Raine. Al menos él había acabado tan jodido como ella. Era un hombre sombrío y fuerte. Irradiaba poder..., igual que Janos. Sin duda era eso lo que la atraía, reflexionó. Janos tenía razón; le gustaba el poder, le gustaba mucho.

Pero Lazar había sido asesinado antes de poder disfrutarlo. No es que no se lo mereciera, pero incluso sabiendo eso, dolía. Quería castigar a su asesino y

eso la había llevado a involucrarse con Kurt Novak.

Se estremeció. Se había creído más allá de cualquier cosa, pero aquel hombre resultó ser más de lo que podía manejar. Era brillante, sí, pero también un sádico psicópata. Y luego estaba Georg, otro sigiloso elemento que añadir a la mezcla.

«¡Basta!».

Tenía material más que suficiente para pesadillas sin necesidad de pensar en esos tipos.

Bajó a la cocina con la vaga intención de mirar la oscuridad a través de la ventana mientras bebía un buen trago de whisky escocés, pero percibió que parpadeaba la luz del contestador. Aquello era extraño, considerando que su número apenas lo tenía un puñado de personas. Presionó con fuerza el botón.

—*¿Señora Steele? Soy Emma Carew. Llevo su expediente de adopción. Ha habido un error en el proceso. Creo que debemos hablar en persona, pero mucho me temo que nos veremos obligados a revisar el caso. No estoy segura de si es apropiado que la llame, pero después de las conversaciones que hemos mantenido, me siento en el deber de darle una explicación. Antes de que..., eh..., bueno, me resulta muy embarazoso..., pero hemos recibido una alarmante información sobre posible actividad criminal en su hogar, y que su estado psicológico no es demasiado estable. Podría ser necesario que mantengamos a Rachel en custodia hasta que se complete la investigación y su evaluación a manos de un psicólogo competente. Será solo hasta que todo quede claro y...*

Tomó el contestador y lo arrojó contra la desnuda pared de ladrillos, al otro lado de la estancia. Allí se estrelló y cayó al suelo en mil pedazos. Se quedó mirándolo con la cara caliente y el corazón acelerado en el pecho.

«Genial, Tamar. Una maravillosa demostración de madurez, de tu aptitud para ser madre —la sermoneó una voz prepotente y cortante en su mente—. ¿Crees que estás preparada para salir bien parada de una evaluación psicológica?».

Era la voz de su madre la que la dejaba sin aliento. No había pensado ni soñado en ese idioma desde hacía años. Ni siquiera sabía que recordaba el sonido. No había vuelto a escucharlo desde que tenía quince años.

«Por supuesto que no. ¿Cómo ibas a estarlo sabiendo lo que te diría al ver tal ataque de furia? Por el amor de Dios, Tamar, de verdad...».

«¡Oh, cállate de una vez!».

Y la voz, milagrosamente, le hizo caso. Otro de los sucios trucos de su madre. Una retirada arrogante, el castigo del silencio.

Al instante, lamentó haber desterrado aquel fantasma de su interior, por muy insufrible que fuera; la habitación parecía vacía sin él.

Jamás había rechazado antes la soledad. Nunca le había importado estar sola. Por el contrario, soledad significaba seguridad, tranquilidad, estar alejada de manos codiciosas, no tener que tolerar las demandas de otras personas. Soledad significaba claridad, libertad. Emociones que ella anhelaba. Por eso le encantaba trabajar con metales y piedras preciosas; no era solo por el amor heredado de su padre hacia los trabajos de orfebrería. Los metales eran duros, brillantes, no tenían poros, eran inmunes a las manchas, no absorbían la suciedad, no se descomponían ni corroían. Eran puros, limpios, imposibles de violar. Y eso le encantaba. Lo necesitaba.

Janos lo había adivinado. De hecho, había puesto el dedo en la llaga. Sin embargo, él había sido enviado para localizarla por aquella escoria de Georg. Era el encargado de llevarla a las cloacas.

«Cabrón». Había puesto en peligro la seguridad de Rachel y solo por eso lo haría picadillo. Lo descuartizaría con un cuchillo oxidado. Marcó su número.

Él respondió al momento, incluso a aquella tardía hora.

—¿Señora Steele?

—No me vengas con eso de señora Steele, jodido traidor —siseó en italiano—. ¿Cómo te has atrevido?

—Señora Steele —repitió con diversión para enfurecerla todavía más—. Estoy encantado de saber de ti tan pronto...

—Cierra el pico —gruñó ella—. Vuelve a meterte conmigo o con mi hija y te mato.

Hubo una reflexiva pausa al otro lado de la línea.

—Trata de calmarte —le dijo él en suave italiano—. Mira, reunámonos otra vez y hablemos sobre esto como dos personas civilizadas...

—¡Que te jodan! —gruñó—. Me pones enferma.

Colgó a pesar de que él estaba hablando y rompió a llorar.



Tam recorrió la casa frenéticamente. No tenía tiempo para lágrimas o dudas. Había practicado esa rutina mentalmente hasta que había llegado a ser algo automático, como una *kata* de algún arte marcial.

Primero, sacar la maleta grande, ya preparada; la que revisaba cada domingo después de que Rachel estuviera en la cama, para asegurarse de que su contenido cubría todos los constantes cambios que sufría la niña. Aspirador nasal, nebulizador, gotas de cortisona, antibióticos, paracetamol en jarabe, crema para la alergia, toallitas, jabón, artículos de baño antialérgicos. Muda de ropa, pañales y ropa interior. Y algunas cosas suyas, las mínimas imprescindibles, remetidas por los resquicios que quedaban. Arrastró el bulto hasta el vestíbulo.

Entonces se dirigió a la cocina para hacerse con algunos tentempiés infantiles: galletitas saladas, palitos de zanahoria, yogures, palitos de queso y zumos individuales envasados. De la caja fuerte de la despensa, retiró todo el dinero que quedaba y el sobre con acciones al portador. Todos los pasaportes, que examinó con rapidez para quedarse los favoritos antes de meter el resto en la bolsa, dispuesta a llevarlos también. Recorrió de puntillas el dormitorio

para recoger artículos de supervivencia emocional: la mantita rosa, el oso que le había regalado Sveti, el gastado chupete azul.

¡Por culpa de aquel cabrón, Rachel no volvería a ver a su adorada Sveti otra vez! La alarmó notar que las lágrimas resbalaban por su rostro. No había sido consciente hasta ese momento de lo mucho que se había vinculado a ese lugar. En aquella acogedora casa se sentía casi segura, con aquella hermosa vista del Pacífico y el acceso a la playa privada, a la que no podía llegar nadie si no era en una barca. Las explosivas puestas de sol que se veían desde la cocina, la salita, el estudio y el dormitorio. Aquel estudio tan espléndidamente equipado; nunca había tenido otro igual. Su trabajo, que tanto le gustaba.

Por no hablar de sus amigos. Por mucho que la irritaran, dolía alejarse de aquella sensación de casi pertenencia a un lugar. De un grupo de personas que la conocían —más o menos— como era y, aun así, la aceptaban. No volvería a encontrar eso en la vida. Se lamentaba de ello casi más por el bienestar de Rachel. La niña había perdido a todos esos tíos, tías y primos.

«¡Maldito! ¡Maldito sea!».

Pero no tenía tiempo para ello. Reconocía cuando la habían superado estratégicamente. La pobre Rachel, que tanto necesitaba recuperar el equilibrio emocional, tendría que renunciar a su casa, a su nombre, a su niñera y, tal vez, incluso a su nuevo idioma. Dependía de dónde acabaran. Cruzar el continente con una niña de tres años, sometida a un gran nivel de estrés, no iba a ser divertido.

Pero no podía echar la culpa a nadie salvo a sí misma, por complicarse la vida más de lo necesario, así que ya podía dejar de quejarse.

Metió en el maletín de muestras que había llevado al Shibumi todas las creaciones de Belleza Mortal que pudo. Sabía que no iba a poder venderlas sin alertar a sus enemigos sobre su posición, sería como anunciarse a bombo y platillo, pero disponía del tiempo que le llevaría llegar al aeropuerto en su coche para pensar un plan brillante para deshacerse de ellas. Tampoco podía llevarlas en un avión, al menos las que escondían algún tipo de filo; no pasarían la prueba de unos rayos X y arriesgarse a que inspeccionaran la maleta facturada era demasiado peligroso.

Introdujo sus favoritas dentro del equipaje de mano, descartando las que incluían explosivos. Aeropuertos y bombas eran una mala combinación. Eligió las que estaban impregnadas en sustancias sedantes o venenos, y los pulverizadores de defensa personal. La cantidad de producto era lo suficientemente pequeña como para tener la certeza de que podría burlar la

seguridad del aeropuerto con ellas. Estaban diseñadas con ese objetivo.

Viajar era una actividad peligrosa y una mujer necesita tener opciones.

Ahora, el ordenador. Las lágrimas secas tiraban de su piel cuando adquirió los primeros billetes que encontró. De Seattle iría a Hawaii, de Hawaii a Auckland. Por ahora genial. Un lugar hermoso y lejano. Rachel y ella podrían jugar en una playa cálida haciéndose pasar por neozelandesas. Cerró el portátil y también lo guardó.

Arrojó todo dentro de un anticuado Ford Taurus, un horrible vehículo bastante cascado de color beis, que Miles, el genio de los ordenadores amigo de los McCloud, le había vendido hacía algún tiempo. Los coches que no llamaban la atención venían muy bien en ocasiones.

Y luego, la peor parte: despertar a Rachel, arrancarla de una cama calentita, vestirla y arrastrarla al coche a pesar de la avanzada hora de la noche. Sería horrible para cualquiera, pero mucho más para una niña pequeña.

Rachel se mostró tan desagradable como ella había anticipado, pero una vez que estuvo sentada en la sillita de seguridad del coche, había pasado lo peor. Nada como unos furibundos aullidos infantiles para mantener a una mujer en estado de alerta cuando está conduciendo... o para impedir que mire por encima del hombro con nostalgia al único hogar estable que ha tenido desde que a los quince años la arrancaron de su casa.

Ahora debía empezar de nuevo otra vez. ¡Vaya aburrimiento! Y ni siquiera podía prometer vengarse de aquel mentiroso hijo de puta.

Tenía ardor de estómago, opresión en el pecho y la garganta seca. Siempre se había considerado nómada e independiente, pero ahora sentía como si fueran necesarios unos alicates para arrancarla de allí. Debía cortar por lo sano y cauterizar las heridas.

Media hora después, Rachel se quedó dormida de puro agotamiento y un bendito silencio inundó el vehículo. Le quedaban menos de dos horas para inventarse un astuto plan y esconder sus joyas en algún lugar que no fuera el maletero del coche, que iba a dejar abandonado en el aparcamiento durante tiempo indefinido. Había lugares peores, se dijo a sí misma, y tampoco le quedaba tiempo para hacer otra cosa con ellas y subir a tiempo al vuelo.

No pensaba regresar a buscarlas. No podía, tenía que abandonarlas. Se trataba de algunos cientos de miles de dólares en oro, platino y piedras preciosas; creaciones que llevaba toda la vida diseñando. A fin de cuentas, no eran importantes; cortar por lo sano, con los alicates. Dejarlas atrás.

Rachel seguía durmiendo cuando llegaron al aeropuerto. La sentó en la silla

de paseo y observó la nube que formaba su aliento alrededor del pálido rostro mientras esperaban el transporte que las trasladaría a la terminal. Estaba desierto a esa inhóspita hora.

Una vez que alcanzaron el edificio, comenzaron a ver más gente. Deseaba que Rachel siguiera dormida hasta que alcanzaran el control de seguridad; una vez que la sacara del cochecito, no sería posible que continuara haciéndolo, y menos cuando tuviera que descalzarla para atravesar el arco detector de metales. Pero si podía escuchar sus pensamientos hasta ese momento, se consideraría afortunada.

Todo fue sobre ruedas hasta que llegó a la máquina de facturar; pudo meter la información de Rachel, pero no la de su pasaporte. Siseó para sus adentros cuando el mensaje en pantalla le indicó que hablara con una de las azafatas de los mostradores. Había una cola interminable que avanzaba lentamente. Además, en ese momento comenzó a notar un hormigueo en la nuca.

Durante el tiempo que le llevó llegar al mostrador, estuvo estudiando a todas las personas cercanas, incluyendo al personal de la compañía aérea, y fichando a posibles adversarios. Nunca se sabía quiénes podían ser. Le gustaría haberse disfrazado, aunque pensándolo bien, ¿para qué tomarse la molestia? Rachel era imposible de disimular. No podía hacer pasar a la niña por una vagabunda o un banquero judío.

Cuando estaba a punto de tocarle el turno, Rachel se despertó y comenzó a lloriquear. La mujer de mejillas como manzanas que había detrás del mostrador hojeó sus pasaportes antes de teclear algo en el ordenador y frunció el ceño. Siguió escribiendo antes de parpadear y mirarla de manera furtiva. Luego, vio que la joven clavaba los ojos a lo lejos. A Tam le dio un vuelco el corazón.

¡Joder, no! ¡Eso también, no! Janos debía de haber accedido a su ordenador e interceptado los datos de alguna manera. La tenía controlada. ¡Mierda! Los miles de dólares invertidos en documentos para Rachel y ella tirados por el retrete con una ingeniosa maniobra. ¿Qué coño podía hacer ahora?

Eso también significaba que Janos, y solo Dios sabía quién más, conocía el punto exacto en el que estaba en ese momento. Se le aceleró el corazón. Miró por encima de su hombro para observar de manera analítica a todas las personas que había estudiado antes.

—Mmm, ¿señora? Lo lamento, tenemos un problema con su pasaporte. —La chica parpadeó, nerviosa, como si esperara que le salieran cuernos de un momento a otro—. Mucho me temo que tiene que hablar con..., eh..., seguridad.

—¿Con seguridad? —Abrió los ojos con expresión de inocencia al tiempo que alzaba a Rachel de la sillita. La niña se aferró a ella como un pulpo—. ¿Qué problema hay?

—Oh, no se preocupe, estoy segura de que es un fallo imprevisto del programa —le aseguró la empleada—. Pero deberá esperar a un lado mientras hablo con seguridad para que resuelvan el problema, ¿le parece bien?

Ella esbozó una enorme y falsa sonrisa con la que parecía decir «Es que esas máquinas son imposibles» antes de dirigirse al lugar que la mujer indicaba. Dejó atrás la maleta con los medicamentos, juguetes y demás bártulos para cargar solo con la bolsa de pañales, el maletín, el bolso y Rachel. «Cortar, cortar con los alicates», pensó mientras pasaba de largo el lugar previsto.

—Mmm... ¿señora? Espere ahí, por favor —gritó la mujer llena de ansiedad—. Enseguida vendrá seguridad.

—Lo siento, necesito llevar a mi hija al cuarto de baño —se justificó—. O la llevo ahora mismo o vamos a lamentar un *accidente*. Ya me entiende. Vuelvo enseguida, ¿vale? Tengo que darme prisa.

Dobló la esquina en medio de una multitud de turistas japoneses que estaban siendo reagrupados por su agente de viajes para facilitarles los billetes, y corrió a toda velocidad hacia la escalera mecánica que conducía a las paradas de buses y taxis. Había varias personas en fila para subirse a un taxi y ninguno a la vista... Descartó esa fila, tendría que esperar demasiado tiempo.

La parada de los autobuses que comunicaban con otras terminales y el aparcamiento quedaban demasiado lejos, así que cruzó la calle, se subió a un microbús allí parado y se encogió en el asiento para ser menos visible. Un minuto después subió un tipo muy alto que vestía una chaqueta militar con una mochila muy gastada a la espalda, cabello largo y enredado y una tupida barba. Lo había visto por la terminal; dormía en una de las sillas con las piernas estiradas y la boca abierta. Unas gafas de sol redondas de estilo John Lennon le cubrían los ojos.

El hombre se acomodó como pudo en el asiento y volvió a quedarse dormido. El olor que desprendía a pachuli y marihuana flotó en el interior del microbús. Debía de dirigirse a algún lugar de Asia, para fumar maría y soñar con el Himalaya o las soleadas playas de Phuket. Qué afortunado...

—¿Cuándo sale el autobús? —No pudo controlar la ansiedad en su voz.

—Dentro de dos minutos —informó el *hippie*.

Dos minutos eran toda una eternidad. El siguiente pasajero que se subió fue

un hombre alto y corpulento. Mandíbula cuadrada, cuello ancho y gruesa cara sonrojada, como la de los adictos a los esteroides. No llegaba a los cuarenta y lucía largo pelo rubio, grandes dientes blancos y hombros gigantescos. No llevaba maleta, solo una mochila a la espalda. Se dejó caer en el asiento frente a ella. Los poderosos músculos de sus muslos se tensaron contra la tela de los ajustados vaqueros.

Ella notó un hormiguelo en el cuello. No tenía armas, ni siquiera un cuchillo; eran algo fuera del alcance de cualquier persona que quisiera subirse a un avión. Solo llevaba un pasador de topacio en el pelo que contenía una pequeña cantidad de una sustancia que adormecía por corto espacio de tiempo a un hombre. Un espray de un solo uso, dos si tenía suerte.

Rachel comenzaba a tirar de su abrigo y a hacer preguntas que, dado su nerviosismo, ella no podía responder. Se subieron dos hombres más, demasiado jóvenes, en forma y cuidadosamente despreocupados. Uno era un negro desgarrado con una sudadera con capucha y una bolsa al hombro. Y el otro, un cabeza rapada con un polar y una mochila. Los dos tenían expresión fría y ruda. Ninguno de ellos la miró.

Ese hecho por sí solo ya era lo suficientemente extraño como para ponerla en guardia, incluso en un aeropuerto al amanecer. En cualquier lugar, todos los hombres heterosexuales que la veían la miraban, apartaban la vista y volvían a mirarla. No se consideraba vanidosa, era un hecho irrefutable. Y que tres hombres no se hubieran fijado en ella era una señal muy, pero que muy mala.

En ese momento, decidió que ponerse en manos de la seguridad aeroportuaria resultaba preferible a las amenazadoras posibilidades que sugerían aquellos extraños hombres.

Se levantó de golpe en el mismo instante en el que el vehículo comenzó a moverse.

—Un momento, por favor. ¡Voy a bajarme!

El conductor aceleró y se dirigió a la salida de la terminal. No había manera de escapar.

—Demasiado tarde —anunció el hombre, con cierta expresión de triunfo—. Tendrá que bajarse en la próxima terminal o realizar el recorrido entero.

Ella volvió a hundirse en el asiento con los dientes apretados y luchó contra la sensación de pánico. Murmuró un sinsentido para tranquilizar los quejumbrosos balbuceos de Rachel mientras hurgaba en el interior de la bolsa de pañales en busca del saquito donde guardaba algunas joyas. Tenía las manos frías y temblorosas.

Se sentía idiota. ¿Cómo se le había ocurrido meter a Rachel en esa situación? Eso estaba ocurriendo por no haber encontrado una solución a tiempo. Por no hacer lo necesario en su momento.

El saquito de las joyas encerraba algunas posibilidades, pero le desagradaba tener que rociar sustancias tóxicas en un recinto cerrado en el que estuviera Rachel. Identificó cada pieza al tacto, descartando una tras otra al considerar el riesgo que implicaban. El pasador del cabello con el que sujetaba el pelo era su mejor baza. Contenía una dosis pequeña y se trataba de sedante, no de veneno ni ácido corrosivo. Si Rachel llegaba a inhalarlo, sería inocuo para ella.

Se lo quitó del pelo y lo sostuvo entre los dedos.

Pensó que quizá estaba volviéndose paranoica. Era posible que esos hombres fueran, sencillamente, antiguos mercenarios que se dirigían a Irak o Afganistán. A fin de cuentas, ese tipo de individuos tendía a emitir vibraciones sospechosas y duras. Solían mantenerse aislados y viajaban con poco equipaje.

«Sí, claro». Se le revolvió el estómago. Rachel percibió su ansiedad y se quedó quieta, aferrada a su cuello con sus manitas frías y húmedas, como si fuera una gatita.

Cuello Grueso se levantó de su asiento y atravesó el pasillo para ocupar el asiento detrás de ellas. Una vez acomodado, se inclinó hacia delante con una amplia sonrisa en la cara.

Una nueva inyección de adrenalina inundó su torrente sanguíneo. Apretó el pasador en la mano al tiempo que Cuello Grueso llevaba hacia Rachel unos dedos enormes con los nudillos abultados.

—Hola, guapa —canturreó el tipo, con la voz ronca.

Tam forzó una empalagosa sonrisa mientras pensaba en la mejor manera de matarlo. La niña se ocultó contra sus pechos, que él observaba con aprecio.

—Una belleza —añadió el hombre.

—No le gustan los extraños —repuso ella.

—Cuando se acostumbre a mí, le gustaré —declaró Cuello Grueso.

—¿Por qué no nos dejas en paz? —preguntó con dulzura, aunque sus ojos telegrafiaron un claro: «Ni de coña, gilipollas».

El paso a la perdición fue tan rápido que ni siquiera se sorprendió cuando él hizo asomar una SIG con silenciador por el borde superior del respaldo, con la que apuntó a la rizada cabecita de Rachel mientras chasqueaba la lengua.

—Muy desagradable —susurró—. Escúchame bien, zorra. Vas a hacer lo

que te digo. Te moverás muy despacio sin emitir ni el más leve sonido; dejo a tu imaginación lo que ocurrirá si no obedeces mis órdenes, porque no quiero tener que decir esas palabras delante de la pequeña. ¿Me entiendes?

Tam miró más allá de sus hombros. Los tipos que subieron después de Cuello Grueso observaban lo que ocurría con expresión impasible. El *hippie* fumado seguía dormitando feliz, con la cabeza colgando y la boca abierta.

—Escúchame bien. Deja a la niña poco a poco en el asiento —susurró Cuello Grueso—, luego levántate y ponte de espaldas a mí, con las dos manos a la espalda. Sí, muy despacio. Barker, acércame las esposas. Guau, no me habían dicho que estabas tan buena. ¡Mira qué tetas! Vamos a tener que llegar a conocernos mejor, nena. Quiero catar esas tetitas.

Ella puso a Rachel en el asiento y separó con suavidad las diminutas manos pegajosas de su pecho.

—Rachel, atiende —susurró en ucraniano—. Estos son hombres malos. Quiero que te metas debajo del asiento y te quedes ahí un ratito. ¿Harás eso por mamá?

—Silencio, zorra. Y habla en inglés —gruñó Cuello Grueso.

—¿Silencio y habla inglés? —se burló ella—. Ya me dirás cómo.

—¡He dicho que te calles!

Rachel la miró fijamente con sus enormes ojos oscuros y se deslizó como una pequeña anguila hacia el oscuro hueco debajo del asiento. «¡Qué lista y brillante era su niña! Muy bien, sí, sí...», la jaleó ella para sus adentros. Aquellos estúpidos médicos que la habían advertido de que Rachel podía tener daños cerebrales podían irse al infierno. Su hija era muy inteligente; se sintió orgullosa de ella.

—¿Qué hace la cría? —susurró furioso el hombre—. ¡No he dicho que se metiera debajo del asiento! Dile que suba otra vez. ¡Ahora! ¡Eh...! ¡Ay...!

El *hippie* fumado se puso en movimiento con un grito. Se escuchó el silenciador de un arma: «Shhh». Ella aprovechó la distracción de Cuello Grueso para deslizar el brazo por debajo de la mano con que él sostenía la pistola y acercar sus dedos a la cara masculina. Pulverizó el contenido del pasador directamente sobre su nariz.

Cuello Grueso apretó el gatillo, haciendo pedazos la ventanilla. El microbús giró bruscamente y chocó, derrapando, contra una de las protecciones laterales de la carretera.

—¿Qué coño ocurre aquí? —El conductor acababa de frenar en seco. Se giró en su asiento y se quedó boquiabierto.

—¡Sigue conduciendo, gilipollas! —gruñó el tipo del polar—. ¡Mueve el vehículo, venga!

«Shhh». Otro disparo con silenciador mientras Cuello Grueso parpadeaba con expresión estúpida, comenzando a desplomarse. Gracias a Dios, uno menos.

—¡Al suelo! —gritaba con frenesí el *hippie* fumado. Fue cuando ella se dio cuenta, con sorpresa, que también él iba armado—. *¡Mettiti giù, cazzo!*

¡Santo Dios, era la voz de Janos! Él disparó otra vez y se agachó cuando el de la camiseta sudada sacó otra arma para apuntarle. Ruido de cristales; acababan de cargarse otra ventanilla. Ella se arrojó al suelo del pasillo, entre los asientos. «Shhh». El conductor se llevó la mano con sorpresa al agujero que apareció en su garganta; la sangre fluyó entre sus dedos antes de caer hacia delante, colgando como un muñeco roto sobre el cambio de marchas.

Hubo dos disparos más, a los que siguió un tenso y eterno silencio. Ella se puso en cuclillas, pegada a la alfombra del pasillo.

—Venga, levántate, Steele. Tienes que conducir.

Era la voz de Janos. Con un leve acento, pero tranquila, fría y monocorde.

Se vio embargada por un profundo alivio. Se recriminó para sus adentros por sentir tal cosa; ese hombre no era su amigo ni su salvador, no importaba nada que estuviera ayudándola en ese momento. Al contrario, seguramente sería la razón por la que ella se encontraba en ese aprieto. Incluso iba a tener que verse obligada a matarlo.

¡Ja! Como si fuera fácil...

Lanzó un trémulo suspiro y echó un vistazo al oscuro hueco debajo del asiento en busca de la diminuta forma agazapada de Rachel. Alargó el brazo y tanteó hasta que pudo aferrar el abrigo de la niña.

—¿Están muertos? —preguntó a Janos. Las palabras sonaron estúpidas y vacilantes. Demasiado temerosas.

—Voy a asegurarme. Ponte a conducir.

—¿Sabes qué te digo, Janos? Conduce tú el puto autobús —escupió—. Yo tengo que ocuparme de Rachel.

Janos murmuró algo en el dialecto de la región de Roma sobre sus antepasados muertos, pero ella le ignoró y se contoneó para sacar a Rachel de debajo del asiento y abrazarla.

El crujido del cuello de alguien al romperse la tomó por sorpresa. ¡Ay! «Madura, Tam», se recriminó para sus adentros. Se había vuelto una blanda.

Janos se inclinó para estudiar atentamente por encima de las gafas redondas

a Cuello Grueso, que seguía repantingado en el asiento.

—¿Cuánto tiempo seguirá haciendo efecto la droga con que le rociaste? — preguntó.

—No mucho —repuso—. Unos diez minutos, quizá quince. Es una dosis muy pequeña.

Janos puso el arma en la nuca del hombre y ella se incorporó de golpe.

—¿Qué haces? ¡Ni se te ocurra!

Él la miró con expresión de incredulidad.

—¿Cómo has dicho?

—¡Imbécil! ¿Cómo se te ocurre hacer eso delante de la niña? —siseó—. ¿Te has vuelto loco?

Janos puso los ojos en blanco, pero se alejó de Cuello Grueso para dirigirse a la parte delantera del microbús. Levantó con suavidad la cabeza ensangrentada del conductor y lo estudió. Cogió la muñeca para tomarle el pulso mientras la miraba a los ojos. Sacudió la cabeza.

Ella le vio sujetar el enorme y pesado cadáver del conductor por las axilas y arrastrarlo a la primera fila de asientos sin ningún esfuerzo. Las piernas del hombre colgaron de una manera obscena hacia el pasillo. Ella apretó el rostro de Rachel contra su pecho aunque la niña no se había dado cuenta de nada; parecía encerrada en su mundo interior y, por su mirada, no era demasiado bonito.

Observó a Janos cuando se acomodó en el asiento del conductor para poner el vehículo en marcha. Las ruedas derraparon antes de tomar velocidad.

—¿Adónde vamos?

—Al sitio en el que aparcaste —repuso él.

—¿Y cómo sabes dónde...?

—Luego hablamos —la interrumpió con brusquedad—. Estoy pensando.

Sí, ya... No quisiera Dios que fuera ella la que impidiera que un hombre pensara. Casi lo dijo en voz alta, pero hasta que no supiera exactamente lo que ocurría, incluso ella sabía que debía cerrar el pico.

Por lo menos de momento.

Le preocupaba que Rachel no hablara ni la mirara a los ojos. Se aferraba a su cuello como acostumbraba a hacer cuando tenía miedo. Estaba pálida y empapada en sudor, tenía la mirada perdida; todo ello la aterraba más que las balas anteriores. Prefería que gritara o que estuviera en plena rabieta a aquel retraimiento absoluto. Notó que a través de las ventanillas destrozadas entraba un aire frío.

El vehículo bajó la velocidad y tomó una curva cerrada para frenar ante la barrera del aparcamiento donde ella había dejado el coche. El obstáculo se levantó automáticamente. El tipo de la cabina ni siquiera levantó la mirada de la revista que leía.

No había nadie esperando el bus cuando Janos lo detuvo en la parada. Una suerte... Ella había imaginado que debería soportar una desagradable escena cuando el vehículo llegara a su destino, y no era algo que le apeteciera demasiado.

—Bájate —ordenó él, mirándola—. Me ocuparé del último cuando vosotras hayáis abandonado el microbús.

Ella se colgó al hombro la bolsa de pañales y el bolso. Apretó la cara de Rachel contra su hombro cuando pasó junto a las piernas colgantes del conductor.

Bajaron y las envolvió el vivificante aire matutino. No tardaría en amanecer. Respiró hondo.

«Shhh». El disparo silenciado que Janos acababa de meter en la nuca de Cuello Grueso vibró en sus entrañas.

Cuando abandonó el vehículo, Janos le indicó que le siguiera con un gesto de barbilla. Ella obedeció mientras estrechaba a Rachel con más fuerza contra su pecho.

—No permitiré que me entregues a Georg Luksch —anunció, sintiéndose agotada—. Prefiero que me mates. —Era inútil decir tal estupidez, pero los principios eran los principios.

Janos entornó los ojos y la miró.

—No voy a entregarte a Georg.

Ella parpadeó antes de mirarle desconcertada. Le picaban los ojos por la brisa.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué haces aquí?

—Estoy ayudándote —dijo sin dar más explicaciones—. Sígueme, vamos.

Ella tardó un segundo en seguirle; total, no tenía ningún plan mejor.

—Alguien va a llevarse una sorpresa muy desagradable esta mañana cuando se suba a ese autobús para dirigirse a su terminal —comentó.

Janos siguió caminando con rapidez, sin volverse para mirarla.

—No es problema nuestro.

—Lo será cuando se pongan a tomar huellas dactilares e investiguen el pasaporte —aseguró ella con amargura—. Es justo lo que necesito. Un cargo por homicidio cuando ni siquiera llevo un arma encima. Como si no tuviera

suficientes problemas...

—Deprisa, por favor. ¿Quieres hablar ahora con la policía, mientras medio mundo trata de matarte, o prefieres hacerlo más tarde?

Ella aceleró hasta emprender un trote vacilante. Rachel no era una carga pesada, pero aquellas frecuentes descargas de adrenalina estaban haciendo mella en los músculos de sus piernas.

—Cuanto más tarde, mejor —respondió—. Quizá en una próxima vida.

—Entonces estamos de acuerdo.

Siguieron desplazándose lo más rápido que podían. Ella jadeaba, le temblaban los brazos por el esfuerzo y notaba sus piernas a punto de colapsarse. ¡Mierda!, no podía desfallecer ahora.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —exigió.

Él lanzó un elocuente suspiro antes de volverse para mirarla con irritación.

—Puse un transmisor en el maletín de las joyas.

Ella se detuvo en seco, boquiabierta.

—¿Cómo conseguiste poner...?

—Te lo explicaré después. Muévete. —La tomó por el brazo, obligándola a reanudar la marcha.

Observó que pasaban ante el Ford Taurus.

—Espera un momento —dijo.

—No vamos a ir en ese coche —aseguró él—. Deprisa, apenas tenemos tiempo para...

—Tengo que recoger la sillita de seguridad de Rachel —explicó.

La cara de incredulidad que puso Janos le importó muy poco.

—Es la ley —comentó en voz más alta—. Los niños tienen que ir seguros en una silla a medida. No puedes dejarlos sueltos en el interior de un vehículo. Imagínate que hay un accidente...

La expresión de Janos decía con todas las letras que pensaba que estaba tomándole el pelo, y eso hizo que explotara.

—¡Mira, gilipollas! Lo he dejado todo atrás —chilló—. ¡Mi casa, mis pertenencias, mis amigos, mi trabajo, la sillita de la niña, los medicamentos que toma, sus toallitas! ¡Me he visto obligada a renunciar a nuestra identidad por tu culpa, pero no pienso abandonar también la silla de seguridad de Rachel! ¡No te interpongas en mi camino!

Janos alzó las manos en el aire en un gesto de impotencia mientras la miraba con los ojos abiertos como platos desde detrás de esas extrañas gafas.

—*Calmati* —susurró—. Contrólate, anda. Y por favor, date prisa.

Se le veía muy diferente con aquel pelo y esa barba tupida, por no hablar del estúpido gorro de lana que le cubría. Lo miró durante un segundo y meneó la cabeza al tiempo que le pasaba a Rachel. ¿Qué otra cosa podía hacer? Estaba segura de que la niña no se sostendría en pie.

Sacó las llaves del bolso con dedos temblorosos, abrió la puerta y se peleó con correas, hebillas y cinturones hasta que logró desanclar la silla.

Luego abrió el maletero y se hizo con el maletín de joyas que había dejado allí. ¡Qué coño...! Estaba segura de que no iba a volar en avión en los próximos días y, dado como estaba resultando su vida últimamente, quizá podrían venirle bien. Y siempre podía fundir el oro si se veía realmente desesperada, algo probable, sin duda.

Ahora tenía que conseguir un arma. Mejor más de una. Los McCloud podían ayudarla en tal empeño, pero no quería involucrarlos. Eran tan preguntones y protectores... No quería poner en peligro a sus familias, pero lo haría por Rachel. ¡Oh, sí! Haría cualquier cosa por su hija.

Había perdido la costumbre de ir armada; teniendo alrededor a una curiosa criatura de tres años, era peligroso. Sin embargo, lo que había ocurrido en aquel bus era un brutal ejemplo de cuál era su realidad. Se había vuelto descuidada, se recriminó mientras corría a la par que Janos, cargando la pesada silla.

Rachel semejaba una endeble muñeca. Nunca le había parecido tan pequeña como ahora, acurrucada contra el enorme pecho de Janos. Él se detuvo junto a una pequeña furgoneta negra con los cristales tintados, que abrió sin usar llave.

—¿Es tuya? —preguntó.

—¿Tú qué crees? —repuso con una significativa mirada.

Ella abrió la puerta trasera y colocó la sillita de seguridad en el centro antes de pelearse de nuevo con las correas, hebillas y cinturones.

—¿La has robado?

Él volvió a lanzarle otra mirada indiferente desde detrás de los mechones falsos.

—La he tomado prestada —explicó—. La devolveremos en su momento al aparcamiento del centro comercial donde la encontré; el dueño solo tendrá que arreglar las cerraduras y el bloqueo de la dirección. Quizá hasta le deje el dinero necesario.

—¡Qué amable eres! —Le arrancó a Rachel de los brazos—. Sin duda he tenido muy pocas oportunidades de conocer a un asesino y ladrón de coches

que sea un ciudadano tan ejemplar como tú.

Él arqueó una ceja.

—Lo hago lo mejor que puedo.

—¿Cómo te desplazaste desde aquí a la terminal? —preguntó—. No estabas en el bus que cogí yo, ni tampoco te vi en el aparcamiento.

—Llevaba una moto en la parte trasera de la furgoneta —explicó—. Y esa es la última pregunta que voy a responder por ahora, así que cierra el pico. Intenta no dejar huellas en el interior de la furgoneta, ¿vale? Esto ya está bastante complicado. No sientes a la niña en su sitio todavía y quédate en el suelo con ella hasta que salgamos de aquí.

Aquello era una buena idea, así que puso a Rachel en el suelo, entre los asientos, y se agachó junto a ella hasta que notó que la furgoneta se detenía. Escuchó a Janos bajar la ventanilla y comentar algo. Un giro antes de acelerar y ya habían salido. Se sintió desfallecer cuando la atravesó la sensación de alivio.

—Vía libre —informó Janos.

Ella sentó a Rachel en la silla de seguridad y la sujetó con las correas. Cuando terminó, le frotó las húmedas manos heladas. Le preocupaba la manera en que colgaba la cabeza de la niña y su corazón latía a toda velocidad, como el de un pajarito. Todo eso la hacía sentirse muy impotente.

—Janos, ¿por casualidad tienes un plan? —preguntó—. Si es así, ¿incluye explicarme qué cojones ha pasado ahí?

—Sí, y sí... —Él volvía a utilizar esa voz fría y monocorde—. Vamos a dejar la furgoneta en el centro comercial donde la tomé prestada. Luego nos subiremos a mi coche y nos dirigiremos a un cómodo hotel donde podamos descansar sin correr riesgos. Después hablaremos de muchos temas que, estoy seguro, te interesarán. Ese es el plan.

—¿Por qué no me cuentas ahora todas esas cosas tan interesantes? Así podré decidir si quiero, o no, ir a ese hotel contigo.

—No —se apresuró a decir él—. Además, ahora estoy conduciendo y, cuando conduzco, no hablo.

—¡Vaya memez! —replicó, con un gesto dramático—. Tienes pinta de ser un hombre polifacético. Y es ahora cuando tengo curiosidad, no más tarde.

—Estoy seguro de que seguirás sintiendo curiosidad más tarde. ¿Qué tal está la niña?

¡Oh! Se había topado con un maestro en el arte de la distracción. Acarició la húmeda mejilla de su hija.

—Fría como el hielo, con el corazón desbocado. No me habla ni me mira. Diría que está sufriendo una conmoción. ¿Por qué quieres saberlo? No vas a lograr hacerme creer que te importa.

El buscó sus ojos en el espejo retrovisor y la miró reprobadoramente con el ceño fruncido

—Estás siendo injusta.

El tono afligido de él la enfureció.

—¡Oh! ¿De veras? Pues si tú no nos hubieras jodido la vida obligándonos a escapar, nada de esto hubiera ocurrido. ¡Eres un imbécil!

—Habría ocurrido igual —aseguró él—. Y alégrate de que esto haya ocurrido aquí y no en tu casa, donde no habría podido ayudarte.

—¿Encima quieres que me sienta agradecida? No me tomes el pelo. Rachel, cariño, ¿dónde estás? Toc, toc, ¿hay alguien en casa? Habla con mami, venga. —Palmeó las mejillas de la niña conteniendo las lágrimas. No era el mejor momento para llorar, ¡mierda!

Por el rabillo del ojo observó que en la parte superior de la manga del abrigo de Janos había una creciente mancha oscura. Se inclinó para estudiarla de cerca.

—¡Eh! Te han alcanzado —advirtió.

—No es nada —gruñó él.

Típica declaración de macho troglodita. ¿Nada? ¡Ja!

—¿Qué quieres decir con «nada»? —le pinchó—. ¿Qué tienes una bala metida en el brazo pero no es importante?

—No me han metido una bala en el brazo, solo me rozó. No es *nada* —repitió con voz seca—. Y, por favor, no intentes fingir que te importa.

¿Estaba hablando en serio?

—Por supuesto que no fingiré tal cosa, no me importa en absoluto —le informó sucintamente—. Y para tu información, Janos, estás sangrando. ¿Quieres que conduzca yo?

—No —gruñó él.

—Pues que no se te ocurra desmayarte mientras conduces un coche con mi niña en el asiento de atrás —le advirtió—, o te cortaré la cabeza. ¿Te ha quedado claro?

Él emitió un sonido ahogado de frustración.

—Cállate. Hablaremos luego.

Dejó de responder a pesar de todo lo que ella dijo después, haciendo que cayeran finalmente en un silencio que la enloquecía. No tardaron mucho en

entrar en el aparcamiento del centro comercial. Janos detuvo el vehículo junto a un todoterreno BMW y comenzó a trasladar al maletero la bolsa de pañales, el bolso y el maletín con las joyas mientras ella soltaba a Rachel y a su silla del asiento trasero.

Casi parecía que se hubieran puesto de acuerdo. ¡Imbécil arrogante!

Por fin, él abrió de golpe la puerta y le tendió los brazos para que le pasara a Rachel. Ella se apartó, estrechando a la inerte niña contra el pecho.

—Mira, lo cierto es que esta es la parte en la que Rachel y yo te agradecemos todo lo que has hecho y te deseamos que te vaya todo muy bien —dijo—. Adiós, Janos. No me importará no volver a saber nada de ti.

El acero que brilló en sus ojos oscuros se contradecía por completo con aquel ridículo disfraz.

—Necesitas ayuda —aseguró él.

—¿Y crees que tú estás ayudándome? —gritó ella—. Primero le jodes la vida a la niñera de Rachel. Luego me mandas a la policía, consiguiendo de paso desprestigiarme ante la agencia de adopción. No contento con eso, me arruinas los pasaportes.

—A cambio, he hecho todo lo que pude por ti y por tu hija en el autobús —recordó—. Saca la conclusión que quieras, pero hazlo rápido. Si tu intención es luchar contra mí, perderás. Sí, eres fuerte, pero yo lo soy más. Puedes defenderte con esas cosas llenas de veneno, pero yo tengo cuchillos y armas de verdad. Esa niña necesita descansar y que la vea un médico. Piensa, Steele, si quisiera verte muerta, ya te habría matado. No seas imbécil y entra en el puto coche de una vez. Deja de darme problemas.

Evaluó sus opciones en un segundo. Podía llamar a los McCloud para que la ayudaran, pero si los tipos del autobús habían conseguido dar con ella, estaba claro que ya conocían su conexión con el clan McCloud, lo que significaba que Rachel no estaría a salvo con ellos.

Ni con nadie que la cuidara.

No podía luchar contra esa situación sola y desarmada. Cuando llevaba a la niña en brazos, era blanco fácil. Si hubiera necesitado un ejemplo, bastaría con el de esa mañana.

Estaba cansada y se sentía aturdida. Necesitaba que la oferta de Janos fuera real, poder confiar en su instinto. Pero ¿cómo iba a hacerlo? Georg Luksch le había contratado para que la arrastrara a su lado, por Dios. Por no hablar de que Janos tenía un plan oculto del tamaño de Hong Kong. Lo sentía en cada célula de su cuerpo, vibrando desde las profundidades. Fuera lo que fuera, no

iba a gustarle.

Pero estaba demasiado cansada, mental y físicamente. Cansada de luchar sola, de depender de su propia fuerza, de su energía. Y se veía abrumada por una fuerte dosis de adrenalina, como si una parte de su ser hubiera decidido que el peligro había pasado y estaba a salvo. Que podía tener un ataque de nervios allí mismo. ¡Ja!

Miró a su alrededor. Estaba amaneciendo, hacía mucho frío y se hallaban en un aparcamiento desierto de un centro comercial que tardaría varias horas en abrir. Rachel se estremecía en sus brazos.

Janos esperaba su respuesta. La desafiaba con la mirada a que leyera en sus ojos y encontrara una mentira en algo de lo que le había dicho. Ella parpadeó para hacer desaparecer las lágrimas y le estudió con firmeza.

No vio ni un resquicio. ¡Mierda! Les había salvado la vida, aunque antes se la hubiera jodido. Emitió un suspiro de impotencia y le entregó a Rachel.

—De acuerdo —susurró.



Val se sentó en una silla, junto a la cama, agradeciendo el calor y el silencio reinantes en aquella habitación de hotel. Steele se abrazaba a su hija bajo las mantas.

Había sido un inmenso alivio no haberse visto forzado a utilizar la fuerza. No quería hacer daño a esa mujer, pero ella era tan rápida y fuerte que habría resultado inevitable si se le hubiera ocurrido resistirse. La niña estaba ya demasiado trastornada; habría resultado muy desagradable, por no decir algo más fuerte.

Steele no estaba bien. Tenía los labios azulados y ojeras, y lucía una preocupante palidez en su rostro. Abrazaba a la niña contra su pecho sin dejar de acariciarla y murmurarle palabras de consuelo. Los ojos de Rachel parecían hundidos en la cara demacrada.

Él, por su parte, ni siquiera se había quitado el largo abrigo a pesar de que estaba manchado de sangre; lo necesitaba para ocultar la erección provocada por la pelea anterior. Al parecer el estrés le había proporcionado aquella inconveniente reacción fisiológica. Seguramente, a Steele no le sorprendería descubrir que estaba empalmado, pero tampoco iba a parecerle divertido,

dado el volátil estado de ánimo que mostraba. Y no tenía ganas de escuchar lo que diría; imaginarlo era suficiente.

—¿Cómo se encuentra la niña? —preguntó.

—Mejor. Está más tranquila y respira sin dificultades. Está a punto de quedarse dormida, así que cierra la boca —fue la mordaz respuesta de Steele.

Él suspiró y movió la cabeza. Le picaba la cara por culpa del pegamento de la barba y también el cuero cabelludo, por la peluca. Las bolas de algodón que se había metido en la nariz, boca y carrillos estaban comenzando a resultar insoportables. Quería ducharse para deshacerse del fétido olor a marihuana y pachuli, pero meterse bajo un ruidoso chorro de agua caliente no era aconsejable en ese momento. Si a ella le daba por largarse, ya no podría localizarla por el dispositivo que le puso en el maletín. Lo primero que hizo Steele cuando cerraron la puerta de la habitación fue arrancarlo y tirarlo por el inodoro.

Se levantó para dirigirse al cuarto de baño, dejando la puerta abierta de par en par para poder dominar la habitación. ¿Cómo habrían dado con ella?, se preguntó mientras se quitaba la barba. Se enjabonó la cara sin dejar de reflexionar sobre el tema. Hasta ese momento, Novak no tenía razones para pensar que no iba a cumplir los plazos establecidos en el acuerdo, así que debía ser cosa de Hegel. De PSS.

Escupió los algodones de la boca en el inodoro. Solo le faltaba andar dejando rastros de ADN donde pudieran ser encontrados. Se enjuagó y escupió de nuevo. En realidad era extraño, porque nadie más que él tenía los códigos y frecuencias en que operaban los dispositivos que había dispuesto en la sillita de paseo de la niña y en el vehículo de Steele. Hegel sabía donde vivía, sí, pero ¿cómo podía haberse enterado de que iba al aeropuerto a tiempo de enviar una unidad local? El Ford Taurus que ella había usado no lo conocían, y Steele se hubiera dado cuenta si alguien la hubiera seguido por una carretera solitaria en mitad de la noche.

La única explicación razonable era que Hegel lo estuviera siguiendo a él y no a ella. Que el equipo la localizara por él. Pero ¿cómo? Había seguido todo el protocolo previsto antes de salir de Budapest: portátil, móvil y agenda electrónica nuevos. Había cambiado toda su ropa y zapatos. Incluso había estrenado maletas.

Había utilizado todos los trucos que conocía para desorientar a un posible seguidor, comprobando más de una vez que estaba limpio. Casi había resultado paranoico.

Se miró en el espejo intentando armar la matriz, pero estaba demasiado cansado. Tenía ojeras y el rostro oscurecido por la barba incipiente. Era evidente para cualquiera que no había dormido desde que salió de Budapest.

En la habitación hacía calor. Steele había subido la temperatura de la calefacción al máximo para calentar a la niña, pero él sudaba bajo el abrigo.

A la mierda con la erección; ni que ella no hubiera visto nunca a un hombre empalmado.

Tenía que hacer una cura en la herida. La bala atravesó la tela del abrigo y dejó un surco en la piel de la parte superior del brazo. Escocía un poco, pero había tenido heridas mucho peores.

Se quitó el abrigo y la camisa ensangrentados, y siseó entre dientes mientras se limpiaba el hombro con jabón y agua caliente. El lavabo se tiñó de rosa, pero la herida estaba cerrada en ese momento.

Salió y cogió el botiquín de su petate. Steele y la niña se habían dormido, o eso parecía. Lo necesitaban.

Se vendó el brazo antes de dejarse caer de nuevo en la silla sin molestarse en ponerse otra camisa, hacía demasiado calor. Sostuvo el arma en la mano, pero la apoyó en el muslo mientras las observaba dormir.

Steele se movía con inquietud. La escuchó murmurar algo en un idioma que no conocía. Por el tono, parecía una súplica. Aunque no tenía intención de quedarse dormido, con las persianas cerradas y aquel opresivo calor, se adormeció, concentrado en el latido que palpitaba en su brazo.

Le despertó la sensación de unas manos pequeñas en las rodillas. La niña, con los ojos enormes y muy abiertos, alargaba la mano hacia el cañón de la Glock.

Cazzo! Apartó el arma fuera de su alcance. Justo lo que le hacía falta, otro shock estremecedor para su sistema nervioso.

—¡Jesús, no! —susurró—. Esto no se toca, *piccola*. Es peligroso. —Rachel pensó, por supuesto, que se trataba de un juego y se acercó todavía más para agarrarla, canturreando feliz. Era evidente que dormir había conseguido que se recuperara. Parecía en plena forma.

El gorjeo de risa despertó a Steele, que se sentó en la cama y se hizo cargo de la situación al instante. Se estiró y agarró a la niña por la cintura.

—¡Rachel, no! ¿No te he dicho muchas veces que esas cosas no se tocan, cariño? Nunca, ¿entendido? Y tú, Janos, ¿en qué cojones estabas pensando al dejar eso a la vista?

—No la he dejado en ningún sitio —se defendió él en tono seco—. La tengo

en la mano.

—¡Pues mantenla fuera de su alcance! —siseó Steele.

Ya fuera por la sorpresa o el susto, Rachel se echó a llorar. Tam la estrechó contra su pecho al tiempo que le lanzaba a él una mirada de resignación.

—Creo que esto significa que ya no está en estado de shock.

Pasó una estresante media hora llena de gritos antes de que la niña volviera a sonreír y se distrajera con el montón de juguetes de diferentes colores y los libros que su madre sacó del bolso. Entretanto, él se puso una camisa limpia y la pistolera. Así el arma estaría pegada a su cuerpo y a una altura a la que la niña no llegaría.

A Rachel le llevó muy poco tiempo decidir que él era más interesante que sus juguetes. Gateó hasta él con una muñeca en cada mano y le ofreció una.

Él la aceptó. ¿Y ahora? ¿Tenía que ponerle voz? ¿Comentar lo bonita que era? Jamás había estado con niños; solo había tenido contacto con el bebé de Giulietta cuando era joven, y no resultó una experiencia precisamente positiva. Todavía tenía perturbadoras pesadillas al respecto cada dos por tres.

Rachel resolvió la cuestión, alzando la otra muñeca y apretando el pecho del juguete contra el de la que él sostenía. La vio colocar los duros brazos de plástico hasta que ambos juguetes se abrazaron.

—Abrazo —le explicó con voz solemne.

Él sintió que una inevitable e incómoda sensación crecía en su pecho. Respiró hondo para aplacar sus sentimientos y colocó también los brazos de su muñeca hasta que respondió el gesto. El abrazo quedó obstaculizado por los rígidos movimientos de las extremidades de plástico.

—Abrazo —repitió él.

La niña lo premió con una amplia sonrisa que le impactó por su belleza. Luego la vio presionar las mejillas de ambas muñecas.

—¿Beso? —preguntó ella.

Él se rio al ver tal muestra de picardía.

—No me presiones —dijo—. Soy muy tímido y apenas nos conocemos.

La cría frunció el ceño mientras hacía que las caras de plástico chocaran.

—Beso —insistió.

—Rachel, no molestes al señor Janos —advirtió Steele.

—No está molestándome —aseguró él, al tiempo que constataba con sorpresa para sus adentros que era cierto. Alzó su muñeca para acercarla a la de ella—. Beso —repitió, resignado.

Rachel volvió a recompensarle con otra radiante sonrisa. Sus muñecas se

besaron con tanta intensidad que él comenzó a sentirse un poco raro al respecto. Y la mirada de Steele era cada vez menos amistosa.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. Solo he dejado que su muñeca besara a la mía. Nada más. Si te fijas, la mía ni siquiera le ha devuelto el beso.

Steele meneó la cabeza y él se dio cuenta de que, más que inquieta, estaba sorprendida.

—Es muy extraño que Rachel se haya acercado a ti. Normalmente, monta un escándalo cuando está junto a algún hombre desconocido.

—Quizá su intuición sea mejor que la tuya —sugirió él.

Tam hizo una mueca burlona.

—No, solo indica que ella todavía tiene mucho que aprender; saber que tiene que tener cuidado con los hombres guapos y con las armas. Es algo que va inmediatamente después de aprender a hablar, usar un tenedor e ir al inodoro sola. Ven, cariño, trae aquí las muñecas y juega con mamá. —Rachel la ignoró y se agachó para tomar otra muñeca.

—Sveti me *dado* las muñecas —le explicó a él con expresión seria.

—¿Ah, sí? —respondió él con interés—. ¿Quién es Sveti?

—Veré a Sveti en la boda —gorgojeó—. ¡*Mi quiere vestido rojo!* ¡Vestido rojo mío! ¡Bonito!

—¿En la boda? —repitió él mirando a Steele—. ¿Vas a ir a una boda?

—¡Hoy es la boda! ¡Hoy es la boda! ¡*Venirá Sveti!* Mami lo prometió —canturreó Rachel mirando a Steele con ansiedad para que lo confirmara—. ¡Prometido!

Vio que Steele fruncía el ceño.

—Querida, no te aturulles —dijo con tono duro.

—¡Quiero mi vestido rojo! ¡Quiero a Sveti! ¡Prometido!

Steele se masajeó la frente con la punta de los dedos.

—No tengo aquí tu vestido rojo, cariño —confesó en tono cansino—. Me lo dejé en casa. Y Sveti no está aquí. Lo siento.

Rachel frunció toda la cara y él se preparó para oír la perfecta imitación de la sirena de una ambulancia. «Hoy pensaban ir a una boda». No es que se fiara a pies juntillas del sentido del tiempo de una niña de tres años, pero la incomodidad de Steele ante la revelación de la niña sugería que ese día tenían planes, anteriores a todo lo ocurrido, para asistir a algún acontecimiento.

—¿Se casa alguno de tus amigos? ¿Uno de los McCloud? —preguntó.

—No es algo que te concierna, y ¿qué sabes tú de los McCloud?

—¡Quiero ver a Sveti! —comenzó a gritar Rachel—. ¡Quiero ir a la boda!

—¿A esa boda asistirá alguien en quien podrías confiar para cuidar de Rachel durante un tiempo?

—Eso tampoco es de tu incumbencia. —La vio levantarse—. Ha llegado el momento de que nos vayamos. Gracias de nuevo por tu...

—Siéntate. —Aplicó todo su poder a esas palabras—. Estoy tratando de salvar la vida de tu hija.

Su tono también provocó que las protestas de Rachel se convirtieran en vagos hipidos. Steele se sentó en el borde de la cama con los labios apretados.

—¿Esa boda es hoy? —preguntó—. ¿En Seattle?

Ella se limitó a encogerse de hombros con resentimiento.

—¿Tenías planeado ir? —continuó indagando.

—Sí, antes de que me resultara más acuciante salir del país y todo eso —repuso con amargura—. Los últimos acontecimientos han entorpecido mi agenda social. La aventura de esta mañana tampoco ha ayudado demasiado.

—Deberíamos ir —comentó él—. Es lo mejor.

Tam abrió los ojos como platos.

—¿A qué te refieres con «deberíamos»? Janos, no voy a ir a ningún sitio contigo. No voy a permitir que mis amigos se vean involucrados en estas movidas que se montan tus compinches. Y, además, no tenemos ropa adecuada.

—La puedes comprar por Internet —dijo él—. Solicita que te envíen aquí lo que sea.

Ella negó con la cabeza.

—Mira, Val Janos o como cojones te llames, ni siquiera me has revelado todavía de qué va todo esto. Y hasta que me lo expliques a mi entera satisfacción...

—Ahora no puedo —intentó evadirse lanzando una mirada significativa a Rachel.

La niña estaba jugando con las muñecas otra vez cuando Tam ladeó la cabeza y lo miró con una sonrisa insinuante.

—Rachel, cariño, es hora del baño. Voy a preparártelo. Y mientras chapotea, hablaremos —añadió sin apartar los ojos de él—. En voz baja y al otro lado de la puerta del cuarto de baño.

Pocos minutos después de llenar la bañera, Rachel jugaba feliz en el agua rodeada de numerosos juguetes de goma que salieron de aquel bolso negro que parecía no tener fondo. Steele se sentó junto a la puerta del cuarto de baño, donde podía vigilar a la niña, y le hizo a él un gesto para que se sentara frente a ella, en el suelo.

—Empieza a hablar —ordenó ella—. ¿Quiénes eran esos tipos?

—Como no tuve ocasión de interrogarlos, no puedo estar seguro del todo —repuso—. Sin embargo, todo indica que se trata de un equipo local de PSS.

—¿De PSS? —Lo miró perpleja—. Pero ¿tú no eres de PSS?

—Lo fui —confesó—. Tuve una desavenencia con la organización. Sospecho que, después, mi jefe ya no confiaba en que llevara a cabo la misión y por eso movilizó a otro equipo. Imagino que tras lo ocurrido esta mañana me considerarán un traidor.

—¿Una desavenencia? ¿Sobre qué? —se interesó ella.

—Sobre ti —repuso él con franqueza—. Mi jefe quería que secuestrara a Rachel para que tú hicieras lo que queríamos. —La cara de Tam se transformó en una máscara pálida e inexpresiva.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Él barajó varias respuestas. Algunas muy peligrosas e inapropiadas, pero todavía no estaba en condiciones de expresarlas. Y ella, sin duda, tampoco lo estaba para escucharlas.

—No me gusta hacer daño a los niños —explicó finalmente—. Siempre ha resultado un problema para mí en este trabajo. Cuando surgió una misión en la que había una criatura implicada, expuse mi razonamiento, *vaffanculo a tutti*. De todas maneras, no me gustaba demasiado el trabajo. Coaccionar a una mujer amenazando a su hija para que se entregue a un cerdo depravado como Luksch, *che schifo*. Es asqueroso. —Se encogió de hombros—. Mi jefe me indicó que un hombre en mi posición no puede permitirse tener esos escrúpulos. Tiene razón; es mejor haber cambiado de bando.

—Ajá. —La vio mirarse las uñas—. A ver si lo he entendido bien. Me has seguido, nos has ayudado a la niña y a mí en ese autobús ¿solo porque eres un tipo noble y caballeroso?

—Er... —titubeó, sorprendido.

—¿Se supone que esta es la parte de la historia en la que debo mostrarme adecuadamente impresionada por lo buena persona que eres? ¿Quieres que me derrita a tus pies como si fuera chocolate?

Él retrocedió mentalmente los tres pasos de rigor y esperó a que la furia que suscitaba en él aquel sarcástico comentario se desvaneciera.

—No estoy intentando colarte un cuento —repuso—. Es la verdad.

—Mmm... —La vio observar a su hija, que chapoteaba divertida en la bañera—. Así que, según tú, han reunido todos los datos de tus investigaciones sobre mí para entregárselos a este otro equipo, llamémoslo B.

—No —se apresuró a decir él—. Esto es lo que no entiendo. Conocían la ubicación de tu casa, es verdad, no pude ocultársela al satélite, pero no sé cómo se enteraron de que estabas esta mañana en el aeropuerto. No estaban al tanto del localizador que te puse.

Ella pareció pensativa.

—Entonces me encontraron, pero no sabes cómo. Mmm.. ¿Sabes? Esto parece una versión cutre del poli bueno, poli malo.

Él tuvo que apretar los dientes.

—Al que hace de poli bueno nunca le da por matar al poli malo —intentó razonar.

—Depende de lo altas que sean las apuestas —adujo ella—. De lo fuerte que se esté jugando, de lo implacables que sean los jugadores, de lo generoso de la retribución.. De hecho, el impacto será más intenso si se incluyen un par de asesinatos en la ecuación.

Él la miró fijamente.

—No he hecho eso.

Ella apartó la mirada.

—Mmm.. —murmuró—. Si hasta pareces bueno de verdad. Es conmovedor, Janos, pero esto no explica qué haces aquí con nosotras. Deberías estar tumbado a la bartola en una playa paradisíaca perdida en el culo del mundo, bebiendo un mojito y sin tener que pensar en todo lo desagradable que has dejado atrás. Si lo que dices es cierto, nadie te paga por arruinar nuestras vidas, ¿verdad? Entonces, dime, ¿qué hacemos aquí?

Aquella mujer era realmente sagaz. Había esperado distraerla, que se olvidara del peligro durante un rato para animarla y ganarse su confianza. Pero no. Lo presionaba, lo empujaba hacia la realidad inexorablemente. Y la realidad era muy peligrosa.

—Hay... Hay algo más —dijo con rapidez.

Ella se apoyó en la pared con un suspiro.

—Por fin llegamos a algún sitio.

Él había ideado diversas maneras muy persuasivas de exponer el peligroso pacto que tenía intención de proponerle, pero todas se evaporaron de su cabeza dejando tan solo la cruda y desagradable verdad.

—Crecí en Budapest —explicó con voz vacilante.

Tam arqueó una ceja.

—¿Y eso es un dato relevante, Janos?

—Mi madre... —Se detuvo y tragó saliva—. Mi madre era una prostituta, en

Rumanía. Trabajaba en un burdel que regentaba un jefe de la mafia ucraniana.

Vio que Steele abría los ojos como platos.

—Papá Novak —susurró.

—Yo no era más que un crío cuando ella murió —prosiguió—. Pero estaba atrapado en la organización. Me vi obligado a trabajar para él durante años.

—Entiendo... —La voz de Steele era dura como el diamante—. ¿Y qué tiene que ver conmigo tu pasado en la mafia?

Val cerró los ojos e intentó organizar sus pensamientos. Aquello no estaba yendo demasiado bien. Lo que decía no tenía coherencia ni siquiera para él.

—Estoy tratando de explicarte la conexión —dijo en tono cansino—. Había un hombre... Me ayudó hace muchos años. Fue muy amable conmigo. Me proporcionó educación, cultura, intentó sacarme de esa mierda, aunque no lo consiguió. Pero no fue por no intentarlo. Ese hombre es muy importante para mí y Novak lo sabe. Ha secuestrado a mi amigo y amenaza con torturarlo si..., si no te entrego a él.

Ni siquiera se atrevió a mirarla. El pesado silencio se veía acentuado por el chapoteo de la niña en la bañera.

Steele estaba pálida, y parecía tan anonadada que no era capaz de gratificarle con un comentario sarcástico.

—¿Qué sabe de Rachel? —murmuró ella finalmente.

—Por lo que yo sé, nada. No la mencionó.

—No quiero que sepa de ella —murmuró con intensidad—. Jamás descansaría hasta capturarla.

Él asintió con la cabeza.

Ella bajó la mirada a sus manos; le temblaban ostensiblemente y apretó los puños.

—¿Por qué me cuentas todo esto, Janos? —preguntó—. No es una táctica eficaz si quieres salvar a tu amigo. ¿Por qué no te limitas a darme un buen mamporro en la cabeza y cumples con el trato?

Él negó con la cabeza.

—Esperaba encontrar una solución mejor —confesó—. Una que no me condene al infierno.

Ella le miró, confusa.

—¿De verdad crees que existe alguna?

—Espero que sí —dijo—. No quiero hacerte daño. Además, Imre no me agradecería que le salvara de la muerte a costa tuya.

—Puff, ese tal Imre debe ser la quintaesencia de la moral si puede razonar

de esa manera a pesar de estar en las garras de Novak.

—¡Oh, Dios! Sí, lo es —aseguró él con fervor—. Su elevada moral ha sido un trauma para mí durante la mayor parte de mi vida.

Ella esperó que añadiera algo más, y cuando no lo hizo, alzó los brazos.

—¿Entonces? Continúa, el suspense me está matando —le apremió—. Háblame de esa solución maravillosa.

—No la tengo perfilada todavía —admitió él—. Pero quiero ofrecerte un trato: tú me ayudas a mí y yo a ti.

Ella entrecerró los ojos, pensativa.

—Sigue...

—Tanto a ti como a tu hija os conviene colaborar para eliminar a Novak —expuso—. Contrataré a un equipo y le tenderemos una trampa. Tú serás el cebo; fingirás estar siendo engañada para llevarte con él. Te aseguro que estarías cubierta por todos los flancos, que tendrás el mejor respaldo posible.

—Ah... —Sus ojos resultaban impenetrables—. ¿Y qué me ofreces a cambio?

—Me encargaré de Georg. Jamás volverá a molestarte.

—¿Quieres decir que lo matarás? —Ella arqueó las cejas—. Eres un poco ambicioso.

Él encogió los hombros.

—Me las arreglaré.

Ella negó con la cabeza y a él se le detuvo el corazón.

—No es un buen trato —explicó ella—. No se trata de un acuerdo recíproco.

—¿Cómo que no? —Apenas logró controlar la frustración—. Solucionaríamos todos tus problemas de un plumazo.

—No. Solucionaríamos los tuyos, Janos —señaló ella—, que son mucho mayores que los míos.

—¿Tú crees? —preguntó—. Pues lo que ocurrió en el autobús parecía un problema tuyo, no mío. ¿Acaso Georg Luksch no es un puto problema?

Ella lo descartó con un gesto.

—Si esos tipos eran de PSS y trabajaban para Georg, no me habrían matado —repuso con una lógica irrefutable—. Y llegado el caso, soy perfectamente capaz de encargarme de Georg yo sola.

—¿De veras? ¿Lo harás a la vez que proteges a Rachel? —gruñó él—. E incluso, aunque tuvieras éxito y lo mataras, ¿qué clase de madre serías si te pasaras el resto de tu corta vida huyendo de Papá Novak? Él no cejará en su empeño ahora que sabe que estás viva. No volverás a dormir tranquila.

Ella meneó la cabeza.

—De todas maneras, jamás he sido de mucho dormir.

Él apretó los puños.

—De acuerdo. ¿Estarías dispuesta a hacerlo por dinero?

Tam parpadeó.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Al menos tres millones de euros, quizá cuatro —ofreció él muy deprisa—.

Es todo lo que tengo, habrá que restar lo que me cueste organizar la operación. Y me llevará algo de tiempo reunirlo, tengo que vender acciones, el apartamento de Roma... y todo lo demás.

Tam abrió los ojos como platos. Miró a Rachel, que seguía jugando y cantando feliz, en la bañera.

—Sin duda es una oferta generosa, pero no —respondió en voz baja.

Él quiso gritar, golpear las paredes, destrozarse las lámparas.

—Tanto Novak como Georg son...

—Las oportunidades de que sobreviva a lo que me propones son escasas —lo interrumpió en seco—. Aprecio tu honestidad y lamento lo de tu amigo, pero mi prioridad absoluta es Rachel.

—Razón de más para pensártelo —lanzó a la desesperada—. La calidad de vuestra vida mejorará si...

—Sé lo que nos jugamos y la respuesta sigue siendo «No» —negó ella con terquedad—. No quiero seguir hablando. Rachel y yo seguiremos nuestro camino en cuanto la vista. A menos, claro está, que tengas intención de asesinarnos o secuestrarnos. De todas maneras, perdona, tengo que lavarle el pelo a Rachel.

Él permaneció sentado en el suelo ante la puerta del cuarto de baño. Se sentía desalentado, desolado, frustrado... Miró a Steele, arrodillada junto a la bañera, con la espalda recta mientras murmuraba tonterías a la niña cuando esta gritaba y jadeaba por culpa del champú. Luego clavó la vista en la bolsa de pañales mientras sacaba un minúsculo radiotransmisor de la pequeña caja de SafeGuard que llevaba en la mano. Ojalá fuera lo suficientemente afortunado como para poner un localizador en sus cosas otra vez. Los susurros de Tam seguían llegando desde el cuarto de baño y él estaba fuera de su línea de visión.

Sacó el localizador más pequeño y lo deslizó dentro de la costura del fondo de la bolsa. Listo. Durante las siguientes veinticuatro horas, conocería su localización. Todavía no se sentía preparado para admitir la derrota. Sería el

fin del mundo.

Se levantó y encendió el portátil. Unos minutos después, Steele salía con Rachel envuelta en una toalla y la vistió con cierta dificultad. Cuando la niña estaba otra vez en el suelo jugando con sus muñecas, él giró el ordenador encima de la cama para que ella viera la pantalla.

—Mira —le dijo.

Ella frunció el ceño antes de obedecer.

—¿Qué es esto?

—El catálogo *online* de las tiendas del centro comercial —explicó.

Ella parecía desconcertada.

—¿Y? ¿Para qué me lo enseñas? ¿Qué quieres decir?

—Ropa para la boda —repuso—. Puedes comprar lo que quieras, te lo traerán al hotel.

Ella se apretó los labios.

—¿Es que no has escuchado ni una sola de las palabras que he dicho? No vas a ir a esa boda, Janos. Que no. *Capisci?*

Él apretó los dientes.

—¿Necesitas ropa o no?

Ella le lanzó una mirada fulminante y, de repente, su expresión se relajó como por ensalmo.

—¿Has dicho que lo que quiera?

—Eso he dicho —repitió él con obstinación.

Cuando se dio cuenta de la ladina expresión de satisfacción que apareció en el rostro de Tam al acercarse al ordenador y comenzar a teclear con la habilidad de una experimentada compradora *online*, era demasiado tarde. ¡Oh, *cazzo!* Tenía problemas.

Ella iba a hacerle pagar, pagar y pagar...

Menos mal que existían los cosméticos. Tam se aplicó otra capa de maquillaje en el pómulos con una esponjita. Los hematomas en la mejilla resultaban horribles sin nada que los maquillara. Estudió el efecto antes de darse el toque final: una gruesa capa de rímel para destacar sus ya espesas pestañas y un poco de brillo transparente sobre el lápiz de labios oscuro. Completó el resultado con un poco de color en sus mejillas que borrara aquella espantosa palidez.

No estaba mal después del día infernal que llevaba.

Janos estaba en la habitación contigua en absoluto silencio, estudiando los detalles del pedido *online*. Sí, lo reconocía, había sido muy, pero que muy mala. Aunque él merecía un castigo por habérsela jugado; se había ganado algo mucho peor por lo que le había hecho a Rosalía, por lo de los pasaportes, la policía y la agencia de adopción. Le daba vértigo pensar cuánto dinero le costaría todo eso.

Así pues, tenía derecho a disfrutar plenamente de la horrorizada mirada que apareció en su cara cuando leyó la cifra final. ¡Ja! ¡Trágate eso, *testa di cazzo*!

Salió de la habitación y revisó las bolsas con las compras, juntando en una toda la ropa. Janos la estaba observando cuando sacó los zapatos nuevos de la caja, pues al momento le vio mirar la factura en busca del importe.

—Son unos Manolos —confirmó él en tono agraviado—. ¡Ochocientos dólares!

—Una ganga —ronroneó ella—. Los he conseguido a un precio fantástico.

—¿Igual que el asiento de Tigger para el inodoro? ¿La sillita de Cadillac? ¿Los quinientos ochenta y siete dólares en cosméticos? Por no hablar de los mil cuatrocientos que has invertido en un vestido que parece más pequeño que una toalla de manos.

—Presentar una buena imagen es una inversión —aseguró ella mientras desempaquetaba unas medias de seda color bronce con costura, para examinar la iridiscente superficie con ojo crítico—. ¿Dijiste que pidiera lo que necesitara o no? —Lo miró de reojo fingiendo sentirse contrita—. ¿He sobrepasado tu presupuesto? ¡No me digas eso! No te preocupes, te daré un cheque por el importe. Ah, cariño..., glup..., me temo que después de todo no podré hacerlo. Ahora también soy sospechosa de asesinato; me congelarán las cuentas en cualquier momento, si es que no lo han hecho ya. ¡Lo siento!

Él emitió un bufido y ella se alejó, deseando que estuviera sufriendo a fondo. Recogió las medias, los zapatos, el maletín de las joyas y el vestido antes de entrar en el cuarto de baño.

Las medias y el ligero eran una preciosidad y el vestido era todavía más impresionante de lo que imaginó cuando lo vio en el catálogo *online*. Estaba confeccionado en una tela de punto color bronce que se ceñía a cada una de sus curvas. Tenía escote palabra de honor, por lo que dejaba los hombros al aire, y un sujetador oculto para sostener los pechos, que ella apenas necesitaba. La falda terminaba en la mitad del muslo, lo que era un poco atrevido para una mujer que despreciaba olímpicamente usar bragas; sin duda

le gustaba vivir al límite del peligro.

«Hasta cierto punto solamente —se dijo para sus adentros, con la mente puesta en los acontecimientos acaecidos esa mañana—. Hasta cierto punto». Cada vez le llamaba menos el peligro.

Se recogió el pelo en un moño alto que sostuvo con un impresionante arsenal de piezas de la colección de Belleza Mortal, todas preparadas para su utilización inmediata, por si acaso. Los pendientes de topacios hacían juego con el vestido y, además, portaban una aguja impregnada en una sustancia paralizante de efecto inmediato. Por fin, el plato fuerte: el collar.

Clavó los ojos en el espejo con tristeza. Ahora le tocaba ser despiadada; actuar con rapidez y decisión, sin titubear. Tenía que dejar de demorarlo, ¡mierda!

—¿Rachel, cariño? —llamó a su hija—. Ven. Tienes que hacer pipí por última vez.

La niña asomó la cabeza en el cuarto de baño, feliz con su vestido de terciopelo rojo con volantes negros. Un modelo de inspiración flamenca para niñas de tres años.

—No quiero hacer pipí —dijo seriamente.

Ella puso el nuevo asiento de Tigger sobre el inodoro, le bajó los leotardos y la sentó encima.

—Debes concentrarte —aleccionó—. Quiero escuchar cómo haces pis, ¿vale?

Una vez que despejó el camino y tuvo a Rachel entretenida, respiró hondo, se subió los senos hasta que casi rebosaron sobre el vestido y salió muy despacio.

Janos alzó la mirada y, cuando la vio, se le cayó el recibo de los dedos.

Ella posó, dejándolo mirar a placer, y giró muy despacio, coqueta.

—¿Te gusta? —preguntó con la voz ronca.

Él carraspeó.

—Sí —aseguró—. Estás impresionante.

Se levantó y ella se acercó a él, deteniéndose a una distancia suficiente para que él pudiera oler el perfume carísimo que emanaba de su cuerpo y los demás cosméticos que había adquirido con su dinero.

—Gracias por el vestido —ronroneó—. Me encanta.

—La inversión ha valido la pena —admitió él.

Ella bajó las pestañas con fingida timidez.

—Eres un encanto. —Alzó los pesados broches de oro repujado que

cerraban el collar que imitaba a un gran candado con piedras engarzadas—. ¿Puedes ponérmelo?

Él lo cogió y se inclinó hacia su cuello, inhalando su aroma. Ella percibió su presencia, su cálida respiración. Janos olía muy bien, y su aliento también. La excitaba a pesar del leve rastro que quedaba a pachuli, sudor y virilidad.

Apretó los dientes, agarró el collar con una mano y deslizó los dedos de la otra hasta la tercera gema. Cuando palpó las piedras lunares, apretó el colgante contra el hombro desnudo de Janos y... pulsó la gema.

Él se arqueó y se estremeció con un entrecortado gemido durante el tiempo que duró la descarga eléctrica. Hizo que fuera larga, no por despecho, sino porque necesitaba tiempo para meter a Rachel y todas las cosas en un taxi y desaparecer antes de que él fuera capaz de seguirlas.

Él se desplomó de espaldas sobre la cama, que rechinó cuando cayó sobre ella el enorme cuerpo. Rachel apareció unos segundos después, con los leotardos alrededor de los tobillos como delicados grilletes.

—¿Val está malito? —preguntó con la ansiedad reflejada en la confundida expresión de angustia de su rostro—. ¿Le damos medicina?

¿Así que ya era Val para Rachel? Apretó los dientes y volvió a introducir el arma paralizante en la cavidad correspondiente en el collar.

—Solo está echando la siesta, cariño.

Él emitió un murmullo como si intentara hablar. ¡Mierda! Eso le dejaba muy poco tiempo. Aquel cabrón era muy resistente. Maldijo para sus adentros y se apresuró a subir las braguitas y los leotardos de Rachel y a ponerle la torera roja a juego, comprada con aquella limosna de Janos. Reunió todas las bolsas con las compras y los juguetes mientras ofrecía a la niña unas explicaciones incoherentes para tal apresuramiento. Finalmente, salió de allí sosteniendo a su inquieta hija en un brazo y empujando con el otro la sillita nueva, sobre la que había cargado todo lo demás, salvo el asiento para el inodoro, que colgaba de su codo.

Se derrumbó cuando ya estaban en el taxi. Lágrimas calientes e imparables comenzaron a brotar de sus ojos maquillados. Pero el desastre de su maquillaje podía arreglarlo. Maldijo a Janos por hacerla sentir culpable. Se secó las mejillas con suavidad, respiró hondo por la nariz y volvió a maldecir al tiempo que intentaba justificarse ante sí misma.

No podía ayudar a Janos. No podía confiar en él. Si lo que le había contado era cierto, estaba de mierda hasta el cuello, y eso le convertía en alguien peligroso y letal.

Y si estaba mintiendo, era todavía más peligroso.

No podía permitir que sus amigos se vieran amenazados por él y la organización que le perseguía mientras bebían y bailaban disfrutando de la fiesta, con bebés gateando por el suelo. No podía dejar que supiera con quién dejaba a su hija. No podía esperar eso de ella. Él tampoco lo habría hecho. Nadie con dos dedos de frente lo haría. Sería un imbécil si se lo tomaba como algo personal. Y Val Janos no era precisamente un imbécil.

A pesar de todo, las lágrimas continuaron deslizándose por sus mejillas, una tras otra, arrastrando consigo un alud de maquillaje y rímel.



El móvil vibraba en su bolsillo. Val pudo contar hasta veinte timbrazos, pero yacía allí inmóvil, incapaz de coordinar sus músculos. Solo era capaz de parpadear, enfurecerse y esperar. Se sentía furioso consigo mismo por haber permitido que lo dejara fuera de combate. Y que lo hubiera hecho con tal humillante facilidad hacía que fuera todavía peor. Lo único que ella había necesitado era una minifalda, sus largas piernas y erizados pezones, y ponerse brillo en los labios.

Intentó con todas sus fuerzas que sus debilitadas y temblorosas extremidades le obedecieran, y por fin consiguió erguirse. Se sentó encorvado en el borde de la cama justo en el momento en el que el móvil comenzaba a sonar de nuevo.

Le llevó siete timbrazos lograr meter la mano dormida en el bolsillo y sacar el aparato. En la pantalla parpadeaba el número de Henry.

Respondió al instante.

—¿Hola? ¿Has conseguido algo?

Henry tardó unos segundos en responder.

—¿Eh, Val? ¿Eres tú?

—Pues ya me dirás quién más iba a responder a este teléfono —gruñó.

—Te suena rara la voz. —Henry no parecía muy seguro—. ¿Qué cojones te pasa? ¿Has bebido?

—Esta tía me dio una descarga paralizadora —admitió en tono reticente—, antes de escapar.

—Ah...

Aunque no dijo nada más, él podía imaginarse muy bien la expresión de su amigo intentando contener una sonrisa burlona. La imagen que apareció en su cabeza no sirvió para mitigar su enfado.

—Entonces ¿la has perdido? —preguntó Henry.

—No. Le puse un localizador en el bolso —informó—. Ahora mismo se dirige a una boda, así que la seguiré hasta allí en cuanto pueda caminar.

—¿Quieres que haga yo el seguimiento desde aquí? —se ofreció Henry. Su voz sonó demasiado solícita—. Esta tarde no tengo nada que hacer, y esa chica parece que te trae de cabeza..., por así decirlo. —Su amigo se rio, como si su ocurrencia fuera muy graciosa—. Dame la frecuencia y yo...

—No —lo interrumpió—. Muchas gracias, pero no es necesario. Yo me ocuparé de todo.

—No lo dudo —repuso Henry—. Bueno, ¿quieres saber qué he averiguado sobre Zetrinja? ¿O quizá te pillo en mal momento? —se burló.

La excitación que supusieron aquellas palabras fue como una inyección de energía.

—Dime, venga —le apuró.

—Veinticuatro de agosto de 1992 —introdujo Henry el tema—. El coronel Drago Stengl del Jugoslovenska Narodna Armija, o lo que es lo mismo, el Ejército Popular Yugoslavo, envió a Zetrinja una brigada de la policía secreta, capturaron a todos los varones de origen musulmán, tanto adultos como niños

y, después, les fusilaron. Hubo treinta y siete muertos. Las mujeres y las niñas fueron cargadas en camiones y trasladadas a la prisión de Sremska Mitrovica. —Era una historia conocida, él había escuchado muchas versiones diferentes al respecto.

—¿Investigaste el...?

—Sí, por supuesto. Llamé a los organismos pertinentes y revisé los registros —se apresuró a decir Henry—. Había cinco chicas de edades comprendidas entre los diez y los veinte años relacionadas con los hombres y niños que murieron ese día. Una de ellas era la hija de Petar Zadro, el joyero. Tenía quince años. Lo que más te va a gustar es su nombre..., se llamaba Tamar.

A él le subió un escalofrío por la espalda.

—De todas maneras, no te emociones —advirtió Henry—. Personalmente, lo considero una casualidad. Una mujer como esa no suele usar su nombre real, y menos después de todos los alias que ha usado hasta ahora. Y a menos que me traslade a Yugoslavia en busca de fotos escolares o cosas similares, no será posible verificar si...

—Es ella —dijo él. Tenía una corazonada. Comprendía perfectamente que Steele estuviera usando su nombre real. Después de pasarse años viviendo una vida que no era más que una hoja en blanco, algunas personas sentían la necesidad de poner algo en ella, por simple que fuera para sentirse vivas. Y la hija de un joyero era la candidata adecuada para diseñar joyas.

Las circunstancias eran suficientes para convencerlo.

—¿Qué le sucedió a Tamar?

—Su madre y su hermana murieron en la prisión a finales de septiembre —informó Henry—. Una conmovedora tragedia más de los Balcanes. No hay datos sobre la pequeña Tamar después de eso. Se esfumó como el humo.

El tono cínico de Henry le desagradó profundamente.

—¿Quién dices que ordenó esa matanza? ¿Drago Stengl? Me suena mucho el nombre.

—Porque contrató brigadas de PSS durante los años noventa —explicó Henry—. Al parecer hicimos parte de su trabajo sucio. Ese cabrón está oculto. Lo acusaron de cometer un montón de crímenes de guerra horripilantes en Croacia. Los rumores dicen que se está muriendo de alguna enfermedad espantosa. Justicia divina, ¿no crees?

—¿Sabes dónde está?

—Sé dónde está su hija —informó Henry—. Encontré esa información en los archivos que guarda PSS sobre Stengl. Su hija se llama Ana Santarini; vive en

Italia, en Amalfi. Se casó hace años con Ignazio Santarini, un rico comerciante con negocios de importación y exportación relacionados con la Camorra. ¿No tienes contactos en ese campo? ¿No te tiraste a la esposa de uno de esos mafiosos por orden de PSS hace algunos años? Quizá podrías..., er..., volver a llamarla y que te presente a Ana. ¿No te parece buena idea?

—Quizá podrías ir a Italia y... —gruñó él, malhumorado.

—Estoy en Salerno —confesó Henry—. He pensado que podría interesarte que alguien se ocupara de seguir a Ana Santarini, así que me he tomado la licencia de hacerlo yo.

Él se quedó sin palabras.

—Gracias. Por favor, sigue en ello.

—No te preocupes, no hay problema —respondió Henry—. Total, no tengo nada mejor que hacer y las mujeres italianas están muy buenas. Llegué esta mañana y he seguido a esta tal Ana durante todo el día. Tiene un culo de infarto. Esta tarde estuvo en una clínica privada durante un par de horas. Supongo que el convaleciente Stengl está allí ingresado. Ya te seguiré contando, ahora es mejor que muevas el culo antes de que la señorita Torbellino te dé esquinazo. ¿Puedes moverte ya?

—Creo que sí. Hasta luego. —Guardó el móvil en el bolsillo y clavó la mirada en el espejo. Tenía un aspecto de mierda, pero no le daba tiempo a ducharse y a afeitarse. Se puso un polo negro de punto, se ajustó la pistolera y la cubrió con la chaqueta gris de Armani. Había pensado comprarse un traje en la tienda *online*, pero no sabía lo formal que era el acontecimiento y tampoco quería llamar la atención por ir demasiado arreglado. En Estados Unidos era mejor pecar de informal que de lo contrario. Por lo menos, los vaqueros eran negros. Había tenido suerte de no hacerse nada encima cuando ella lo electrocutó.

Llevó todas sus pertenencias al todoterreno y activó el rastreador del localizador que había guardado en el bolso de Steele. Se dirigían hacia el sur por la I-5.

No resultaría complicado alcanzar al taxi; solo le sacaba veinte minutos de ventaja y él conducía rápido. Tras una hora al volante, la encontró a las afueras de Tacoma. Había seguido una carretera secundaria a través de un bosque que conducía a un hotel para turistas. Las señales lo identificaban como el Huxley Resort & Spa. El icono en el rastreador indicaba que se había detenido allí unos minutos antes que él. Se detuvo junto a la entrada y esperó hasta que vio que el taxi amarillo se marchaba para dirigirse al aparcamiento.

Elegir el momento adecuado para hacer su aparición era fundamental. Ella tenía que estar en la sala, la salida bloqueada por el cortejo nupcial y la ceremonia empezada. No debía permitir que Steele tuviera oportunidad de protestar por su intrusión; estaba seguro de que ella no querría montar un escándalo en la boda ni inquietar a la niña.

A la primera que vio fue a Rachel, vestida de rojo y negro de pies cabeza: vestido, pantis, zapatos y chaqueta, incluyendo una cinta a juego en sus rizos oscuros. Resplandecía como un arbusto de arándanos contra los monótonos tonos grises y marrones del bosque invernal encaramada sobre la cadera de Steele, que caminaba hacia el hotel.

Rachel estaba en pleno berrinche; arqueaba la espalda y tenía la boca abierta. Imaginó la aterciopelada voz de contralto de Steele mientras intentaba tranquilizarla.

La siguió, mezclándose casualmente con otros grupos de invitados que caminaban hacia el hotel, pero no se permitió mirarla fijamente. Tampoco pensar en ella; la gente acostumbrada a ser perseguida acababa presintiendo a los depredadores. La mantuvo en su línea de visión periférica y dejó la mente en blanco, observando cómo la matriz giraba en su interior.

Se convirtió en un ser anónimo. La técnica clásica de un agente secreto; permanecer preparado pero en silencio. «No estoy aquí. No me has visto. No soy importante». Se le daba bien. De hecho, se le daba exageradamente bien. Aquella silenciosa cantinela podía convertirse en algo muy evidente para los que estaban entrenados para hacer lo mismo, como Steele. Ella lo acabaría viendo si seguía repitiéndolo aunque solo fuera mentalmente.

Steele y la niña desaparecieron en el interior. El invisible hombre en quien se había convertido se mezcló entre la gente que pululaba cerca de la entrada, rezagándose. Con un vistazo al interior localizó a Steele de espaldas, sentada en una silla bastante alejada de todo el mundo, con la niña en el regazo. No le extrañó; había escuchado suficientes sesiones con el psicólogo de la niña como para conocer el miedo que Rachel sentía hacia los desconocidos, en particular hacia los del sexo masculino. Steele estaba creando una zona de seguridad para la niña evitando los prolegómenos de la ceremonia y previendo una posible vía de escape en caso de que su hija tuviera una rabieta.

Divisó al rubio que había actuado como guardaespaldas en el Shibumi cerca de la entrada. Davy McCloud parecía algo perdido y sostenía en una mochila a una criatura regordeta con desordenados bucles pelirrojos. Buscó a su alrededor al otro hombre, Nick Ward, pero no dio con él hasta que clavó la

vista en el grupo de hombres que, vestidos de esmoquin, formaban un semicírculo en el centro del vestíbulo, justo delante del pasillo central.

Uno de ellos era Ward. Parecía ser el centro de atención de los demás y, por la nerviosa manera en que tiraba de su corbata, dedujo que era el novio, lo que significaba que su atención estaría concentrada en la otra entrada del vestíbulo, por donde aparecería la novia.

«Hazte invisible, hazte invisible».

Dio un paso atrás para perderse entre las sombras, tras la puerta, y no por primera vez en su vida se maldijo por ser tan alto. Después de buscar con la mirada, divisó una silla, la cogió y se sentó, consiguiendo de una manera eficaz quedar por debajo de la línea de visión de Ward. ¡Por fin! La novia. Un suave murmullo flotó sobre la multitud y todos los presentes giraron la cabeza. Val consiguió vislumbrarla fugazmente cuando cruzó el vestíbulo. Era muy guapa; espeso cabello oscuro y rizado que llevaba suelto sobre los hombros, grandes ojos verdes empañados de lágrimas y amor, y muchos nervios, como correspondía a una novia. El vestido era ceñido con falda tubo, confeccionado en encaje blanco y resaltaba una figura impresionante. La seguían dos jovencitas de pelo oscuro vestidas con seda roja. Una era su hermana, por el parecido; la otra era más joven todavía, apenas una adolescente, muy delgada y etérea.

El cuarteto de cuerda comenzó a tocar y todos los invitados se levantaron. Suspiró cuando el punto de mira colectivo se desplazó acompañando a la sencilla belleza femenina que recorría el pasillo central, cada vez más lejos de él.

De pronto, un hormigueo en la nuca le indicó que alguien le miraba fijamente. Tuvo que mirar dos veces a su alrededor para identificar al observador.

Era Rachel, que rodeaba el cuello de Steele con los brazos mientras enterraba la cara contra el brillo iridiscente del chal que cubría los hombros de su madre. Solo era posible verle los ojos bajo los despeinados rizos oscuros. Unos ojos enormes y oscuros como los de un búho, que estaban clavados en él.

Cuando ella alzó la cara, sus pupilas brillaban, solemnes y sabias.

La saludó con una mano y ella volvió a enterrar la cara en el chal, pero al cabo de unos segundos alzó la nariz para espiarle. En esa ocasión, él ensayó una sonrisa. El proceso volvió a repetirse, pero en el momento en que la cría volvió a mirarle, sus ojos brillaban vivaces. Estaba sonriéndole, con unos

hoyuelos en las mejillas. Coqueteando con él, Rachel ladeó la cabeza.

La situación era tan extraña que resultaba graciosa. El hombre que oficiaba la ceremonia hablaba en tono monótono. El sonido de su voz flotaba a su alrededor sin penetrar en sus oídos.

«Ahora», decidió. Tomó la silla y apresuró unas largas zancadas hasta el lugar donde estaba Steele. Se sentó a su lado y esbozó una sonrisa de oreja a oreja justo delante de su cara.

—*Ciao* —saludó.

La niña volvió a ocultar la cara con un chillido feliz. Steele resopló.

—¿Qué cojones haces aquí? —siseó en italiano.

Él mantuvo la sonrisa en la cara.

—He venido a acompañarte —murmuró en el mismo idioma—. Ríndete. Soy tu pareja. Me has invitado.

—¡Oh, no! De eso nada. No eres mi acompañante, tú...

—¡Shhh! —les ordenó callar una mujer, mirándoles con el ceño fruncido. Eran varios los invitados cercanos que los miraban con curiosidad.

Él se inclinó para hablarle al oído.

—Puedes ponerte a gritar como una loca, insultarme y echarme de aquí, pero arruinarás la boda de tu amigo —dijo con suavidad—. Estoy seguro de que tu hija pondrá su granito de arena para convertir el acontecimiento en algo memorable. Incluso podrías intentar acabar conmigo con uno de esos adornos tuyos para el pelo. Provocaría una gran impresión, ¿no crees? O también puedes aceptar la realidad y sonreír. Son tus opciones. Después de lo que me hiciste en el hotel, no pienso dudar ni un segundo en avergonzarte.

—*Vaffanculo* —siseó ella—. *Stronzo*.

—Te aseguro que soy un buen bailarín —informó.

—*Maiale* —continuó ella—. No eres bienvenido. *Va te ne* antes de que te asesine de verdad.

—¿Mami? —comenzó a gimotear Rachel.

Tam le lanzó a él una mirada venenosa mientras murmuraba algo que apaciguara a la niña. Rachel pronto olvidó el disgusto y comenzó a coquetear con él mientras su madre atendía a la ceremonia con los labios apretados. Furiosa pero controlada..., por el momento.

Ah, bueno... Guiñó un ojo a la niña; al menos había seducido a la más pequeña y la noche no había hecho más que comenzar.

Lo tomaría como una buena señal.

«¡Cerdo manipulador!». El muy capullo había evaluado la situación a la perfección. Si se ponía nerviosa, Rachel se volvería loca. Si hacía una escena, Becca no la perdonaría jamás. La futura esposa de Nick no sentía demasiado aprecio por ella a pesar de que, tras su participación en la operación para liberar a los niños secuestrados por los traficantes de órganos, se vio obligada a reconocer a regañadientes que quizá poseyera *algunas* cualidades que compensaban sus defectos. La palabra clave era «algunas». Becca no olvidaba la manera en que ella había acosado a su novio cuando estuvo a punto de estropear el rescate de los niños. Y menospreciar a Becca no era una buena idea; después de cómo se había deshecho de Zhoglo, había demostrado que era una adversaria a tener en cuenta. Y por ello se había ganado su respeto.

Pero era una estupidez que se lo tomara tan a pecho. Nick no era más que un memo, y se mereció cada una de las pullas que le lanzó. Además, era fuerte para aguantar lo que fuera y el propio Nick no le guardaba rencor.

Sin embargo, eso no importaba. Becca la consideraba un mal bicho, una loca peligrosa que no hacía más que provocar problemas. Lo que era cierto, por supuesto, eso no podía discutírselo. Y a pesar de ello, Nick seguía insistiendo en que se toleraran y fingieran cordialidad.

Y por eso estaba allí.

La conclusión era que, si arruinaba la boda de Becca y Nick, darían igual las excusas que pusiera —incluida la de que un gigoló italiano estuviera jodiéndole la vida—. Aquella frágil tregua se rompería y la flamante novia la destrozaría. Físicamente. Sería algo muy desagradable para todos y no sería bueno para Rachel. Debía evitarlo por todos los medios.

Acunó a Rachel antes de bajar la mirada a la carita de la niña, solo para ver que... ¡su hija estaba sonriéndole a él! ¡Sonriendo a ese cerdo asqueroso! Y él le devolvía la sonrisa, aquella sonrisa torcida que dejaba ver sus dientes blanquísimos y hacía que le brillaran los ojos. ¡Dios!, era letal. Deseó borrarla con un puñetazo.

¡Capullo! ¡Cómo se atrevía a utilizar a Rachel para obligarla a hacer lo que él quería!

No se enteró de nada de la ceremonia. Sveti estaba preciosa con el vestido de dama de honor, lo mismo que Carrie, la hermana de Becca, pero notó las lánguidas miradas que la adolescente lanzaba a Josh, el hermano de Becca. Josh tenía veintidós años y Sveti solo catorce. Aquel era motivo suficiente

para garantizar que el corazón de la muchacha acabaría roto en mil pedazos. Sveti era muy guapa, aunque demasiado seria y con cierta tendencia a la depresión. Tanto Nick como ella misma romperían las narices de Joshie si se atrevía a mirarla con algo más que cariño filial en los próximos cuatro años. Además de ser demasiado joven para él, Sveti había pasado por demasiados horrores para sufrir un desengaño más.

De todas maneras, Josh no se fijaría en Sveti; tenía al menos diez novias diferentes a la vez.

Tendría que hablar con la muchacha. ¡Pobrecita! Esperaba con todas sus fuerzas que Sveti acabara consiguiendo lo que quería; se lo merecía después de lo que había pasado con los traficantes de órganos y de cómo había protegido a Rachel. Su hija solo había podido superar aquella dura prueba gracias a los cuidados y el amor de esa chica.

Si pudiera, encerraría a Joshie en un monasterio y lo mantendría puro para Sveti, aunque fuera a la fuerza, hasta que ella fuera mayor.

Pero la vida no funcionaba así. No se podía controlar a la gente, igual que no se podían contener los sentimientos. Aunque no siempre había defendido aquella idea, vivir algunos meses con Rachel se lo había demostrado.

La gente rara vez recibía lo que merecía, ya fuera bueno o malo, reflexionó mientras dirigía a Janos una mirada mordaz. Rachel participaba con entusiasmo en los planes que él había hecho para someterla y, ahora, todos habían comenzado a notar que estaba acompañada. De un moreno alto y guapo.

Davy había reconocido a Janos y los miraba atentamente sin dejar de acunar a la pequeña Jeannie entre sus brazos. Su mirada mostraba perplejidad y alarma a la vez, preguntándole si estaba en problemas.

Ella tomó en ese instante una decisión: se ocuparía ella misma de todo. Puso los ojos en blanco para indicarle que no pasaba nada; nada más grave que un grano en el culo. Esperaba que fuera cierto. No quería estropear la fiesta a Davy ni a ninguno de sus amigos. ¡Oh, vaya suerte! Margot estaba mirándola también, alucinada y con los ojos abiertos como platos. Percibió un codazo, una mueca y, tan solo unos segundos después, todos los que estaban sentados a su alrededor volvían la cabeza descaradamente para observarlos. A esto siguió una cadena de miradas, sonrisas y susurros entre Seth, Raine, Liv y Sean.

Connor y Erin no tardaron en participar en la fiesta. De hecho, Erin le lanzó una sonrisa cómplice por encima de la rubia cabeza de su hijo. ¡Qué tonta! Parecía pensar que la zorra presumida —es decir ella— había disfrutado por

fin de sexo salvaje en su guarida de la montaña. No cabía duda que aquel aire satisfecho indicaba que Erin creía que haber sido supuestamente seducida la había transformado en una dócil y ronroneante gatita, y a partir de ahora sería agradable y complaciente con todo el mundo. «Qué te lo has creído, muñeca», le dijo a Erin sin palabras.

Y, sin embargo, ¿quién podía culparlos por pensar eso después de que Davy y Nick los hubieran descubierto en el suelo en el Shibumi? Por la manera en que chismorreaban en ese momento, estaba segura de que todos sus amigos conocían hasta el último y jugoso detalle.

Le llevó unos minutos identificar el hormigueo caliente que sentía en la cara. No le resultaba familiar. ¡Santa Madre de Dios, estaba ruborizada! Aquello era una sorpresa incluso para sí misma. Si era necesaria una prueba más de que estaba al borde de un ataque de nervios, allí la tenía; estaba sufriendo un sofoco. Y lo cierto es que una prueba de una menopausia precoz era más fácil de aceptar que un rubor.

Sin embargo, solo tenía treinta y un años, era demasiado pronto para la menopausia. ¿Quizá se trataba de una gripe? ¿Una fiebre repentina? Si no fuera porque jamás estaba enferma...

¿Cuándo había comenzado a importarles lo que pensaban los demás?

Estaba tan absorta en sus pensamientos que la explosión de aullidos, aplausos y bocinazos la tomó por sorpresa. Nick apresó a su flamante esposa entre los brazos y se inclinó para darle un beso profundo y triunfal. Ella rozó con la nariz los rizos de Rachel cuando comenzó a sonar el órgano, preparándose para soportar los contactos físicos de rigor y la aburrida charla. Una tortura ineludible.

Todavía no entendía por qué asistía a esos acontecimientos. Imaginó que por el bien de Rachel, pero no era solo por eso. Los odiaba, cierto, pero era lo suficientemente honesta consigo misma como para admitir que una parte de sí misma deseaba convertirse en alguien que no los odiara. Era la misma parte que deseaba con desesperación no tener que odiarlo todo.

Sin embargo, eso no servía de ayuda en ese momento. No cuando estaba sintiéndose a la vez aburrida, irritada, molestada y observada por todos. Forzó una sonrisa, apretó los dientes y puso a Rachel en el suelo al ver que se aproximaba la avalancha.

Erin fue la primera en llegar, sonrojada por el triunfal deleite.

—¡Hola, Tam! Estás estupenda. Ese vestido es una pasada y Rachel parece una muñequita. ¡Qué agradable sorpresa verle aquí, señor Janos!

—El placer es solo mío. —Él se inclinó haciendo una reverencia sobre la mano de Erin y guiñó el ojo en dirección a Tam antes de besársela como si fuera el mismísimo conde Drácula.

«Morirás por ese guiño», juró ella en silencio. Sus ojos se toparon con los de Connor y se sintió mortificadamente divertida al notar que estaba tan molesto como ella por aquella trasnochada caballerosidad transilvana de Janos. Erin, sin embargo, parecía disfrutar y Kev, su bebé, también. Aquel tipo caía bien a los críos. Figúrate.

No lo entendía, pero tampoco disponía de tiempo para buscar una explicación. Todos sus amigos estaba apiñándose a su alrededor para no perderse el acontecimiento del siglo: ella con un acompañante... Guauuu... Se vio atrapada en un baile de abrazos, besos y exclamaciones.

Rachel se aferró a su muslo, perdida en medio de un bosque de piernas, pero antes de que pudiera ocuparse de ella, alguien alzó a la niña y vio por el rabillo del ojo unas delgadas piernecitas rojas que se agitaban frenéticamente.

Cuando se giró, jadeando, Janos estaba poniéndose a Rachel sobre los hombros. Su hija gritaba fascinada, con los ojos muy abiertos y las mejillas encendidas.

—¡Bájala! —ordenó furiosa—. *Figlio di puttana*.

Él parpadeó inocente. Rachel se rio con ganas y le rodeó la frente con un brazo.

—¿Por qué? A ella le gusta.

Alzó los brazos, para arrancarla de allí, pero la niña hizo amago de emitir el sonido chillón que parecía la sirena de una ambulancia y los dejó caer.

—Todavía no pide para ir al baño cada vez que tiene ganas, ¿sabes? —le advirtió—. Y cuando está muy excitada, aún se lo hace encima. Hoy nos estamos arriesgando mucho; no lleva pañal, sino una braguita de niña mayor, de algodón muy fino.

Janos la miró; no parecía demasiado intimidado.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Ella encogió los hombros.

—He traído una muda para Rachel por si se hace pipí o popó, pero no tengo una chaqueta de Armani de repuesto para ti si ocurre lo inevitable —se burló, intentando inquietarle—. No voy a tener compasión por ti. Al contrario, me alegraría el día.

Vio destellar los dientes blancos de Janos.

—Existen menos posibilidades de que me claves un cuchillo envenenado o

me paralice con un collar si tengo a Rachel sobre los hombros —razonó—. Me siento más seguro así. Correré el riesgo.

—Entonces, ocurrirá sobre tu cabeza. O se deslizará desde tus hombros o la espalda, según sea el caso. —En ese momento percibió que tenían una fascinada audiencia alrededor—. ¡Oh, por amor de Dios! —exclamó—. ¿Es que no tenéis a nadie a quien besar por ahí? ¡Venga, id a molestar a la novia antes de que se cabree conmigo por captar demasiada atención! ¡Largo!

La multitud se dispersó, sonriente.

Janos la siguió cuando se colgó la bolsa de pañales al hombro para dirigirse al salón donde se celebraría el acontecimiento. Él toleraba las manos pegajosas de Rachel en sus orejas, su nariz o los tirones del pelo con tranquilo buen humor.

Tam divisó una mesa flanqueada por un largo banco donde ya estaban colocadas otras voluminosas bolsas de pañales. Reconoció la de Margot y la de Erin. Entre las sillas destinadas a los adultos habían sido ubicadas algunas tronas para bebés.

Se dirigió hacia allí y buscó su nombre. Janos se sentó al otro lado de la trona de Rachel, se bajó a la niña de los hombros y la colocó encima de su regazo, donde comenzó a hacerla trotar. La criatura se reía como una loca, encantada con el juego. Pensó para sus adentros que permitir que alguien la camelara con tan poco era demasiado peligroso.

—Te has sentado en el sitio de Erin —le informó.

—Hay espacio suficiente para poner otra silla —repuso él—. Parecía encantada de verme, me hará sitio.

—Su marido no se sentirá tan complacido cuando vea que un desconocido, que no ha sido invitado y del que no debería fiarse nadie, coloca su arrogante culo justo al lado de su mujer y su hijo —advirtió ella.

—Tú eres mi aval —aseguró él.

Ella le pasó un trozo de pan para Rachel.

—¿Te gustaría seguir vivo al amanecer? ¿Te das cuenta de lo inútil que es seguirme a todas partes, Janos? Jamás haré lo que me has pedido. Nunca. ¿Todavía no lo tienes claro?

—Claro como el cristal —repuso él.

Ella observó con cierta amargura cómo Janos se dedicaba a arrancar un trocito de pan y se lo ofrecía a su hija sin importarle que las migas le mancharan la cara chaqueta de Armani. ¡Dios, le dolía la mandíbula por la forma en que apretaba los dientes! Por lo general a Tam los eventos sociales

ya la ponían bastante tensa, pero los extraños acontecimientos del día, a los que había que añadir las impactantes revelaciones, habían conseguido que esa tensión se disparara, empujándola a cometer homicidio. Ella no disfrutaba en las fiestas ni siquiera en sus días buenos, pero a Becca no le gustaría un pelo que le diera por utilizar el cuchillo de la carne para amputar un miembro o que alguien perdiera el ojo con el tenedor para caracoles.

«Contrólate, chica. Olvídate de todo. Respira hondo».

Estiró la mano hacia la botella de cabernet que habían puesto encima de la mesa y se sirvió un poco. La gente se dirigía hacia la mesa impulsada por la misma clase de fascinación que llevaba a los curiosos a aproximarse a un accidente de coche. Cerró los ojos para contener las palpitaciones que el estrés provocaba en su cabeza.

Aquello iba a empeorar mucho antes de mejorar.



Val comenzó a incorporar datos a la matriz sin dejar de sonreír, estrechar manos y charlar con cordialidad. El marido de Erin estaba fulminándolo con la mirada, como Tam había predicho, pero todavía no lo había invitado a dejar la

mesa. Los otros hombres presentes lo miraban con la apenas disimulada sospecha que uno esperaría en un grupo de profesionales de la seguridad. Las mujeres intentaban —sin éxito— ocultar la curiosidad. Tam tenía la mirada perdida y la mandíbula tensa. El maquillaje que tan hábilmente se había aplicado apenas disimulaba la trémula palidez de su rostro.

Ella le lanzó otra mirada de pocos amigos cuando él volvió a llenarle la copa.

—Relájate, por Dios —murmuró él.

—Sí, claro —susurró ella—. En cuanto dejes de joderme la vida. Y hablando de vidas que ya has jodido, ¿te has ocupado ya de que la policía ponga en libertad a los hijos de Rosalía?

Él la miró desconcertado.

—¿Qué?

—Hazlo ya. Ahora mismo. De lo contrario, anunciaré, en este mismo momento y en voz bien alta, quién eres y lo que quieres de esta mesa. Te prometo que el resultado no será agradable.

—Sí, sí. Un momento, por favor. —Sacó la agenda electrónica, escribió un mensaje de texto y luego sonrió—. Listo. Esto confirma mis buenas intenciones.

—No es cierto. —Tam frunció el ceño, no demasiado convencida—. ¿Así como así?

—Hombre, harán falta unos veinte minutos para que sea efectivo —dijo él.

—No te doy ni un segundo más —advirtió ella.

Él bebió un sorbo de vino y la miró con ojos sonrientes por encima del borde de la copa. Ella masculló una grosería y apartó la vista.

La más joven de las damas de honor se acercó y besó a Tam en la mejilla antes de comenzar a murmurar en una lengua que le sorprendió; era ucraniano. Lo había aprendido por pura necesidad en su juventud cuando Novak había extendido muchos de sus negocios a Ucrania.

—¡Sveti! ¡Sveti! —canturreó Rachel feliz, olvidándose de él por completo y tendiendo los brazos hacia la recién llegada.

La chica la alzó contra su pecho y la estrechó con fuerza al tiempo que murmuraba palabras cariñosas y le cubría de besos la cara.

—¿Eres de Ucrania? —le preguntó él en ese idioma—. ¿Y Rachel también? —Ella le dirigió una sonrisa tímida que le sorprendió por su tristeza.

—Rachel y yo fuimos compañeras de celda. —Fue una inesperada respuesta mientras apoyaba a la niña en su cadera—. ¿Puedo llevármela a jugar con los

demás niños? —preguntó a Tamara en un inglés con mucho acento.

—Sí —repuso Tam—. Pero deberás traerla de vuelta cuando sirvan algo que ella no pueda comer o cuando quieras descansar. Gracias, Sveti. Eres un cielo.

La chica se alejó con la cabeza inclinada hacia la niña para escuchar sus excitados gorjeos.

Él miró a Tam con curiosidad.

—¿Compañeras de celda?

Ella encogió los hombros.

—Sí, eso ha dicho. Las dos estuvieron retenidas por unos traficantes de órganos en un sótano apestoso durante meses. Sveti es lo más cercano a un familiar para Rachel. Le pido que venga a visitarla lo más frecuentemente que pueda. Perdóname, pero ya que Sveti está ocupándose de Rachel, voy a aprovechar para ir al cuarto de baño.

La siguió con la mirada hasta que desapareció. No le gustaba perderla de vista, pero tenía a Rachel al alcance de sus ojos y estaba seguro de que Tam no desaparecería sin la niña.

Se volvió hacia sus compañeros de mesa.

—¿Traficantes de órganos? —lanzó la pregunta al aire.

—Eso significa que Tam no te ha contado cómo conoció a Rachel —dedujo, con sorpresa, la explosiva belleza pelirroja que estaba sentada junto a Davy McCloud—. Pues es una historia increíble.

Él tuvo que mover la cabeza. Las mujeres comenzaron a atropellarse unas a otras para contarle la historia sobre el rescate de los niños secuestrados, desde el momento en que Steele se metió en la boca del lobo vestida como una putilla, fingiendo ser una *stripper* que se había perdido de camino a una despedida de soltero, para distraer a todos los guardias mientras el resto del equipo se colaba en el recinto. Ella sola neutralizó a cuatro vigilantes antes de que pudieran dar la alarma consiguiendo que Nick y los demás lograran detener a los cirujanos cuando estaban a punto de detener el corazón de Sveti.

Conocía la historia, claro estaba, pero escucharla en boca de esas mujeres le proporcionó un nuevo punto de vista. Aquellas personas sentían una profunda admiración por Steele, incluso confiaban en ella. Y, por su parte, Steele también sentía aprecio por ellos.

—Impresionante —susurró al final.

—Sí, así es Tam —intervino un rubio que, por deducción, identificó como Sean McCloud—. Especial. No suele ser una buena idea meterse con ella.

Él reconoció la advertencia con un gesto de cabeza.

—Ni se me ocurriría hacer tal cosa —repuso con amabilidad—. En particular cuando está rodeada de una pandilla de amigos tan temibles.

Hubo un tenso silencio. Todos los presentes intercambiaron significativas miradas. Él sonrió para sus adentros antes de beber un sorbo de vino.

—El señor Janos está muy interesado en comercializar los diseños de Belleza Mortal en Europa —explicó Erin, rompiendo de manera eficaz el silencio.

Aquello condujo a una conversación mucho menos tensa que él podía manejar con solo la décima parte de su cerebro, mientras el noventa por ciento restante se ocupaba de planificar los próximos acontecimientos de forma frenética.

En cuanto la conversación se centró en algo que no era él, se disculpó y salió del salón del convite. Tenía que encontrar un lugar en el que llevar a cabo la escena que filmaría esa noche. Llevaba una minicámara fijada con cinta adhesiva en el interior del brazo. Tenía que conseguir la grabación o a Imre le...

«¡No!». No podía pensar en Imre en ese momento, Tenía que mostrarse amable y relajado, no desesperado. Esa mujer olería su desesperación a kilómetros de distancia. Tenía que ocultarse bajo una capa de encanto impenetrable, pero, aun así, la palabra repercutía en su cabeza con breves fognazos. «Ahora, ahora... Ahora».

Un largo pasillo de oficinas a oscuras era una posibilidad. Recorrió el corredor, probando todas las puertas. Una estaba abierta; era una pequeña cocina para el personal con un diminuto fregadero, una cafetera y un microondas, además del armario y la consabida nevera para conservar la comida.

No había más. Decidió que era su única opción aunque careciera de encanto. Sin embargo, no tenía tiempo para encontrar un lugar mejor.

La muy baqueteada cafetera, tipo Melita, que goteaba encima de la neverita le dio una idea. Metió la minicámara dentro de la jarra de vidrio y, para esconderla, añadió puñados de sobrecitos de azúcar y sacarina junto con bolsitas de té que encontró en los cajones. Luego colocó el objetivo para que el foco de visión no quedara bloqueado. Estaba programada para que se pusiera en funcionamiento al encender la luz.

Y ahora, ¡que Dios le ayudara! La única esperanza de Imre dependía del grado de excitación de una mujer tensa, nerviosa y asustada. Sin duda no eran las mejores condiciones para seducir a la mujer más hermosa que hubiera

visto nunca. Comenzó a sonar un *blues* a lo lejos; el baile había comenzado. Eso podría ayudar.

Se apresuró a ir a buscarla a la salida del cuarto de baño y salió a su encuentro cuando la vio. No tenía buen aspecto.

—¿Va todo bien? —le preguntó preocupado.

—Genial. Gracias a ti todo va genial.

—Ven a bailar. —Le envolvió la cintura con un brazo en el momento en que entraron en el salón y giró con ella.

Tam se tensó.

—Suéltame, mentiroso hijo de puta —siseó al tiempo que forzaba una sonrisa que no pasó de mueca de disgusto—, o te seccionaré la yugular con las horquillas del pelo.

—Venga, no seas así —intentó calmarla—. Lo estamos haciendo muy bien. No querrás estropearle la fiesta a tus amigos, ¿verdad? Míralos, parecen alegrarse tanto por ti; piensan que estás pasándotelo en grande. Y ya era hora, ¿no crees?

Ella carraspeó, rígida como un palo de madera, y le puso las manos en el pecho para que hubiera más distancia entre ellos.

—Eso es porque no saben de la misa la mitad.

Él la sostuvo y la estrechó con fuerza cuando ella trastabilló.

—Relájate, Steele, por el amor de Dios.

—Como si fuera tan fácil —masculló ella—. ¿Crees que sé cómo hacerlo? No me gusta que me observen, ni que me diseccionen, ni ser centro de especulaciones.

Él miró a su alrededor. Algunas de las parejas que habían compartido mesa con ellos les lanzaban furtivas miradas de soslayo.

—Tus amigos han estado contándome la fabulosa historia del rescate de esos niños secuestrados por los traficantes de órganos —comentó—. Te consideran Superwoman.

—Mmm... —Ella puso los ojos en blanco—. Les encantan los dramas.

—Me parece extraño que confíen en ti —confesó—. En especial, que lo hagan las mujeres.

Ella le miró ofendida.

—¿Por qué te resulta extraño?

—Por sus maridos —repuso él—. Las mujeres suelen desconfiar de las que son tan hermosas como tú. Es algo natural; supones una amenaza para ellas.

—No digas memeces —gruñó ella—. Además, todas son muy guapas.

Ninguna tiene motivos para preocuparse.

—¿No? —La estrechó en un posesivo y apasionado abrazo—. ¿Estás diciéndome que jamás te has acostado con ninguno de ellos?

Ella se quedó quieta mientras le miraba boquiabierta.

—¿Quién? ¿Yo? Si a alguno de esos tipos le diera por engañar a su mujer, yo, personalmente, le cortaría las pelotas.

Él se sorprendió genuinamente.

—¡Qué vehemente! —silbó.

—Esos hombres están bien atendidos —continuó ella acaloradamente—. No pueden quejarse de nada. Y aunque les diera por ser infieles, ni se les pasaría por la cabeza enrollarse conmigo, he dado un susto mortal a cada uno de ellos.

Lo que él quería era que ella se relajara contra el calor de su cuerpo, pero la conversación no ayudaba.

—Me parece que esperas demasiado de ellos —bromeó—. Después de todo, solo son hombres.

—Te aseguro que no es así. Todos están enamorados de sus mujeres y ellas confían en ellos más de lo que cualquier hombre merece. Si en algún momento, aunque sea un instante, demuestran no valorar su buena fortuna, estoy dispuesta a tomar cartas en el asunto.

Él se aclaró la voz, intentando no sonreír.

—Como todos parecen estar todavía... de una pieza, deduzco que hasta ahora se han portado bien.

Ella asintió.

—Están bien domesticados —aseguró con expresión de satisfacción—. Y ahora les ha dado por tener críos. Dudo mucho que tengan tiempo para portarse mal. Aunque eso no es algo que detenga a la mayoría de los hombres; perros salidos que intentan follarse hasta las patas de los muebles, eso es lo que sois.

Él pasó por alto las sarcásticas palabras hacia su género sin hacer ningún comentario, y la hizo girar en un torbellino antes de inclinarla sobre su brazo.

—Esas palabras revelan muchas cosas —comentó.

Ella casi se tropezó cuando la volvió a subir.

—¿Qué revelan? ¿Qué quieres decir?

—Que en el fondo no eres más que una romántica —aseguró al tiempo que le brindaba una sonrisa burlona.

—¿Yo? ¡Ja! —Tam lanzó una carcajada.

—Sí, tú —le susurró al oído—. Necesitas que tus amigos sean fieles a sus

esposas porque eso es una prueba irrefutable de que existe el amor verdadero —murmuró—. Y tú quieres que sea así, ¿verdad? Aunque en lo más profundo de tu corazón estás segura de que no es cierto, vives con la esperanza de estar equivocada. Otra de esas puñeteras contradicciones tuyas. Estás llena de ellas, Tamara Steele.

—No... Yo no... —Lo miró con los ojos entrecerrados—. Esto es una de esas mierdas tuyas. No comencemos otra vez con los juegucitos psicológicos, ¿vale? No busques suavidad en mí, no la encontrarás.

—Puedes decir lo que quieras, pero yo pienso lo que me da la gana.

—Como prefieras —gruñó ella—. La verdad sigue siendo la verdad, por mucho que quieras negarla. Y quítame las manos de encima, quiero ver cómo está Rachel.

Ella se contoneó para zafarse de sus brazos y él la vio dirigirse hacia el lugar donde Sveti jugaba con Rachel, taconeando sin perder un ápice de elegancia sobre la brillante pista de baile. Su tensa y delgada figura emitía oleadas de furia.

La mesa estaba en ese momento desierta; todas las parejas estaban bailando u ocupándose de sus hijos. Era la oportunidad que él esperaba. Se dirigió despacio hacia la mesa, relajado como un depredador; de camino sacó el móvil y fingió escribir un mensaje de texto mientras buscaba el cuarto de pastilla de R-55-Triplex, una droga insípida e inodora que había escondido en el bolsillo.

La dejó caer en la copa de vino de Steele cuando se estiró para coger la suya.

Listo. Bebió un largo trago, tentado a tomar los otros tres cuartos de la pastilla él mismo, solo para deshacerse por un rato de aquella insoportable tensión. Pero ingerir droga, incluso en una dosis tan reducida, le resultaba imposible; tenía grabada a fuego en la memoria la imagen de su madre tirada en el suelo del cuarto de baño. La droga jamás sería un refugio para él. Y tampoco se atrevía a perder la ventaja que tenía esa noche.

Un cuarto de pastilla era la cantidad más pequeña que podía darle en forma sólida. Ya había descartado la idea de suministrarle el preparado en gotas, resultaría imposible hacerlo sin que nadie le viera. La R-55-Triplex había sido formulada por los técnicos de los laboratorios de PSS justo para situaciones como esa. En dosis mayores actuaba de manera similar al Éxtasis..., solo que sin molestos efectos posteriores como cefaleas, sed o resaca. Un cuarto de dosis debería relajarla, animarla, hacerla ser más

receptiva sexualmente. El alcohol incrementaba el efecto y la comida lo reducía. Ella apenas había ingerido nada, si conseguía que bebiera algo más de vino —y ella no se daba cuenta de que la había drogado—, podría funcionar.

Tomó un sorbo de vino y sonrió al ver a Davy y Margot abrazándose al ritmo de la música en la pista. Los ojos de Davy se cruzaron con los suyos y pareció querer decir algo, pero su mujer atrajo su atención y él sonrió y la besó. Un beso apasionado en medio del resto de los bailarines. Cuando se separaron, la pelirroja estaba ruborizada y tenía los ojos medio cerrados.

«Conmover», pensó con cinismo. Una suerte para ellos; sexo sin problemas, sin mentiras, sin engaños. Encantador.

Había intentado durante algún tiempo encontrar puntos débiles por los que atacar a los McCloud cuando investigaba la mejor manera de manipular a Steele, pero tratándose de esa familia no había ninguno. Ninguna manera de atacarles. Nada que explotar. Todo el clan observaba la misma honestidad en sus transacciones comerciales; era evidente que se trataba de un rasgo familiar. Tal limpieza en las cuentas corrientes, carteras de acciones y declaraciones tributarias le había desconcertado. Si aquella honrada transparencia se produjera en Italia, provocaría que cualquier negocio fuera a la bancarrota al instante; pero ellos parecían muy prósperos. Un auténtico misterio.

De pronto no vio a Steele por ninguna parte. El pánico hizo que sintiera un agujero en el estómago. Buscó con ansiedad entre la multitud la tela color bronce de su vestido, el vislumbre de sus pálidos brazos o el brillo del recogido cabello caoba.

Solo pudo volver a respirar cuando la localizó de nuevo.

Tam estiró el brazo por encima de la mesa y acarició los sedosos rizos rojizos de la pequeña Jeannie, el bebé de Davy y Margot. Era una criatura preciosa, con aquellos enormes ojos gris-azulados y la desdentada sonrisa en la que brillaban cuatro pequeñas perlas blancas, dos arriba y dos abajo, en las encías rosadas.

Margot la miró boquiabierta. Ella apenas pudo contener una risita al ver su expresión. No era de extrañar, estaba siendo inusualmente amable con ella. Había sido necesario que bebiera un par de copas de vino con el estómago

vacío, pero, gracias a Dios, por fin comenzaba a relajarse. Había llegado a sentirse como si estuviera compuesta de cables de acero a punto de quebrarse por la tensión. Aquella emoción tenía que ser liberada; era una ley básica de la física, igual que la gravedad. Si no se respetaba, era mejor prepararse para lo peor.

El dolor de cabeza estaba desvaneciéndose por fin y comenzaba a apreciar lo bien que sentaba a los McCloud la ropa de gala. Como a Nick le gustaba decir en tono burlón, eran un regalo para la vista. Apoyó la barbilla en los dedos entrelazados y apreció la ternura con la que Seth acariciaba la voluminosa barriga de Raine al tiempo que le susurraba algo que la hacía ruborizarse.

Muy dulce. De verdad. Y ni siquiera se sentía sarcástica al pensarlo. Sonrió con cierta complicidad y Seth la pilló con la sonrisa en la cara y la miró sorprendido.

Quizá Janos tenía razón al decir que era una romántica empedernida.

—He comprobado los antecedentes de Janos —informó Davy en voz baja.

«¡Ah, no me digas! Justo lo mismo que hice yo en cuanto supe de su existencia». Pero por alguna extraña razón no lo dijo en voz alta.

—¿Y? —preguntó educadamente.

—Todo parece en orden —aseguró Davy al tiempo que le lanzaba una mirada penetrante—. De hecho, parece demasiado correcto para mi gusto. — Ella volvió a mirar al hombre en cuestión. Aguardaba su turno en la fila ante el abarrotado bufet, donde estaba llenando el plato para ella. Observó sus anchos hombros, la elegante forma de la cabeza, el impecable corte de la chaqueta, su culo...

—¿Y no es esa la imagen que da? —preguntó ella retóricamente—. Mmm, es apetecible...

Margot estuvo a punto de atragantarse con una carcajada. La perplejidad inicial de Davy se convirtió en una mirada de alarma.

—¿Te encuentras bien, Tam?

—Estoy genial —se rio—. Quizá incluso esté un poco bebida.

—Eh... ¿Quieres acostarte o algo así?

Ella casi se sintió conmovida por su preocupación, aunque fuera una chorrada.

—No.

Se giró y su mirada se tropezó con la de Erin, que amamantaba con discreción a su hijo por debajo del chal. Fue la primera vez que la sensual

intimidad entre madre e hijo no la puso nerviosa.

—Sveti me comentó que pagaste su vuelo para que asistiera a la boda —dijo Erin.

Ella asintió con la cabeza.

—Ojalá logre convencer a su madre para que la deje hacer alguno de los cursos de secundaria en Estados Unidos. Si fuera así, se alojará con nosotras.

—Si yo fuera su madre, no lo lograrías —aseguró Erin con fervor—. De hecho, la esposaría a un radiador por si las moscas.

Todas las presentes comenzaron a comentar en ese momento la pesadilla que había pasado la madre de Sveti durante el año anterior, cuando su hija fue raptada y su marido asesinado a manos de Zhoglo. Fueron meses eternos de atormentadora incertidumbre.

—Hablando de maternidad —le dijo a Erin de pronto—. Eh... Tengo que pedirte un favor.

Erin abrió los ojos como platos.

—¿Qué?

—Se trata de Rachel. —Tomó aire y se obligó a continuar—. Si me ocurriera algo, ¿podrías Connor y tú...?

—¡Por supuesto! —la interrumpió Erin—. Claro que sí. Ni siquiera tienes que pedirlo. —El alivio, que ni siquiera había esperado sentir, hizo que se relajara contra el respaldo.

—Le he dejado todo mi dinero, pero todavía no tengo la custodia —admitió—. No han aprobado la adopción; ha habido ciertos problemas. Si me pasase algo antes de que se arreglen las cosas, me gustaría que lucharais por ella.

—Lo haríamos, no te preocupes —aseguró Erin.

El tono acerado de su amiga la tranquilizó. Notó que le escocían los ojos.

—Gracias. —Le salió la voz temblorosa—. Eso es todo.

Janos apareció justo en ese momento con un plato lleno de apetitosos bocaditos que dejó delante de ella. Luego le sirvió una copa de vino al tiempo que le dirigía una sonrisa devastadora. Era impresionante. Los hoyuelos en sus mejillas, la sombra de la barba incipiente, las arruguitas en las esquinas de los ojos... Si a todo eso le añadías el toque de peligro, el encanto que exudaba y su inflexible persistencia... *Voilà*, una joya de la naturaleza.

«Novak. Georg». Se recordó a sí misma la existencia de sus enemigos, pero las campanas resonaron lejanas y amortiguadas en su mente. Valery Janos era un mentiroso, un espía, un asesino..., pero también era guapísimo.

Esa noche todo era hermoso. Desde la manera en que titilaban las velas,

reflejándose en las superficies curvas de las copas, hasta el delicioso brillo en las cubiteras donde se enfriaban el vino blanco y el champán. La suave luz se veía reflejada en todas las superficies cercanas y cubría con un halo dorado a todas las personas que ella miraba. Era un placer respirar hondo y llenar los pulmones de aire; sentir que su cavidad torácica se dilataba para aceptarlo sin tener que luchar contra las corazas autoimpuestas, sin tener que esforzarse por inhalar aire, sin querer huir de una jaula dorada. Sin necesidad de pegar una dolorosa sonrisa en su cara.

¡Qué placer permitirse ser feliz!

¡Oh, Dios, si hasta casi tenía hambre! Bajó la mirada al plato y se llevó a la boca el tenedor con un poco de pasta, salmón ahumado y crema. El manjar estimuló sus papilas gustativas. Masticó y tragó sin pensar en los hidratos de carbono, las grasas saturadas o las calorías. ¡A la mierda! Después de todo, estaba en una fiesta. Tomaría un poco más y lo acompañaría de un poco de vino.

Sentía las mejillas calientes. Imaginó que sería un rubor provocado por el alcohol; quizá debería dejar de beber.

—¿Bailas conmigo? —preguntó Janos en voz baja.

Todas las razones por las que no debería acercarse a ese hombre inundaron su cabeza al instante, pero las ignoró. Estaba gozando demasiado de aquel extraño y vívido brillo, y ser consciente de que no duraría demasiado lo hacía todavía más precioso.

No se sentía así desde... Bueno, no se había sentido así nunca. Al principio había sido demasiado joven e inocente; volvió a ver en su mente el muro salpicado de sangre, coronado con alambre de espino y vidrios rotos.

Era el muro que separaba el *principio* del *ahora*.

La tensión creció en su interior, apresándola. «Olvidalo. No pienses en eso, ni por un segundo, o echarás a perder esta sensación y jamás volverás a recuperarla».

Tomó otro gran trago de vino y empujó la silla hacia atrás.

Solo un baile. Janos no podía hacerle nada malo en una pista de baile. Deseaba llevar el ritmo de la música mientras la sostenía un hombre alto y guapo. Y ninguno de los demás hombres presentes se atrevería a tocarla.

Janos no la temía. Y eso era tan peligroso como irresistible. Lo miró, era la quintaesencia del peligro y la tentación.

—Antes quiero ver cómo está Rachel —se disculpó.

Atravesó la estancia apresuradamente y él la siguió sin acelerar el paso,

silencioso y elegante como un sinuoso depredador de la selva. Su enorme figura la hacía estremecer, haciendo que sintiera hormigueos y cosquilleos por todo el cuerpo; como si le formulara una silenciosa pregunta y esperara jadeante la respuesta... Aunque ya sabía cuál sería.

Las intenciones de los hombres eran predecibles, pero, por alguna razón, aquella noche esa certeza no le molestaba tanto como debiera.

Encontró a Rachel sentada en una trona, cubierta con un montón de servilletas de hilo y el rostro embadurnado de salsa roja, con la boca llena de pasta. Sveti la animaba a tomar un bocado más entre esporádicas e intensas miradas a la pista de baile.

Tam se inclinó para besar a la niña.

—¿Ha comido bien?

—Ha tomado pasta con salsa de tomate y queso, patatas fritas, verduras y algo de pollo —repuso Sveti en tono de orgullo—. ¡Y también fruta fresca!

¡Estupendo! Rachel le tendió las manos pegajosas y ella se inclinó sin que le importara que la manchara de salsa para abrazarla. El feroz arrebató de amor que sintió por la niña no era diferente del que sentía habitualmente, pero esa noche no se sentía reprimida por el miedo o la cautela. Le gustó la sensación de verse envuelta por aquellos pequeños bracitos; amaba a esa criatura con tanta intensidad que le dolía. Como si la atravesara un cuchillo y lo retorcieran en sus entrañas. Sin embargo, aquella noche el dolor no molestaba. De hecho, casi lo agradecía, porque no era dolor, sino algo completamente diferente.

Pero estaba demasiado abstraída para molestarse en analizarlo. No era una experta en emociones; le resultaban demasiado nuevas.

Cuando se enderezó, captó otra ansiosa mirada de Sveti dirigida a Josh Cattrell, que bailaba con la chica que era su novia esa semana. El joven rio mientras pellizcaba a su chica en el culo. ¡Menudo idiota!

—No vale la pena —murmuró en ucraniano en el oído de Sveti—. Pasarán muchos años antes de que ese chico valga la pena. Tú eres diez veces más inteligente, guapa y fuerte que esa chica a la que mete mano, y dentro de algunos años serás todavía mejor. Si entonces él ha madurado lo suficiente como para ser digno de ti, genial. Si no, los hombres harán cola a tu puerta. Se arrastrarán ante ti y serás tú la que elegirá.

Sveti intentó sonreír. Siguiendo un impulso, la besó en la mejilla y le apartó el pelo de la frente en un gesto de cariño. Luego retrocedió, sobrepasada por sus emociones.

Janos la arrastró de la mano con firmeza hacia la pista de baile. Se relajó

entre sus brazos y dejó caer la cabeza hacia atrás para contemplar la lámpara de araña que colgaba en el techo. Parecía girar como una galaxia, un vórtice de luz. Sin duda era maravilloso poder dejarse llevar, apoyarse en él, confiar por completo en su fuerza. Se deleitó en la sensación a pesar de saber que solo era una fantasía pasajera. Oh, pero ¡vaya fantasía! Sin duda, una dulce rendición por culpa del vino.

Era una enorme irresponsabilidad por su parte haberse achispado de esa manera teniendo que proteger a Rachel, sobre todo después de lo ocurrido esa mañana, pero el arrepentimiento no llegaba a cuajar en su mente. Estaba perdida en una especie de dicha boscosa, en la que la dulzura de los cedros se mezclaba con el aroma a sal, lluvia, musgo y verano que emanaba de Val Janos. Sus hombros eran anchos, sus brazos sólidos y torneados. Los duros músculos y tendones que notaba bajo los dedos hacían que quisiera explorar cada depresión y ondulación, cada maravilloso detalle masculino. Quería fundirse con él. Estirarse sobre su cuerpo y recrearse, contoneándose como una leona sobre una roca calentada por el sol.

Se sentía muy relajada. Solo había llegado a alcanzar una sensación tan placentera como aquella en contadas ocasiones, después de haberse sometido a un agotador entrenamiento físico y darse una ducha caliente. Pero esto era diferente, era mucho mejor, casi mágico. Flotaba entre los brazos de Janos, perdida en una nebulosa cálida y colorida. Como una nube teñida por el sol al atardecer.

Quería mucho más que un baile. Estaba poseída por un ansia, por un agudo deseo que por lo general estaba demasiado tensa y reprimida para sentir.

«Recuerda quién es. Lo que quiere. Acuérdate de Novak... de Georg...».

Pensó en ellos a propósito, como cuando se aprieta una magulladura. Una táctica desesperada para intentar recuperar la cordura; no funcionó. Se hallaba en otro lugar, muy lejos de aquellos seres venenosos. Se sentía muy tentada a ceder a la silenciosa invitación. A usar a Janos como un enorme y atractivo juguete sexual. Y ¿por qué no? ¿Habría alguna diferencia?

Pero era imposible. Lo deseaba demasiado, y cada vez que deseaba algo con esa intensidad, ocurría una catástrofe. Mantener relaciones sexuales con Janos sería una estupidez de la peor clase. Un verdadero suicidio.

Y hablando de suicidios, figúrate, acababan de atravesar la puerta... Estaban en el pasillo. Ni siquiera había notado que él la guiara hacia la salida. Se retorció entre sus brazos cuando él la llevó consigo apresuradamente a través del vestíbulo, atrayendo las miradas curiosas de otros invitados.

—¡Eh! —susurró frenética—. ¿Adónde crees que me llevas?

—A un lugar privado —repuso él—, para poner fin a esto.

Aunque se vio tentada a poner en práctica algunos movimientos de kung-fu con la esperanza de mantener el control, se lo impidió la atención que ya estaban atrayendo.

—Poner fin ¿a qué?

Él la observó con tanta intensidad que se sintió un poco estúpida por intentar hacerse la tonta, al tiempo que se enfurecía todavía más por aquella muestra de arrogancia.

—Janos, he aceptado bailar, no follar contigo —dijo en tono cortante.

—Entonces bailaremos, pero en privado. —La obligó a entrar con él en un pasillo desierto.

Ella le tomó la muñeca con idea de retorcérsela, de apretarle los tendones hasta que sintiera un dolor incontenible que le hiciera caer al suelo, pero él se escabulló como agua entre sus dedos. Janos anticipó cada uno de sus movimientos y la hizo girar sobre sí misma sin ningún esfuerzo. De pronto su espalda impactó con dureza contra la pared.

Él la sostuvo allí con aquel enorme cuerpo suyo. Ella sintió que sus pies colgaban en el aire sin tocar el suelo. Los labios de Janos estaban muy cerca de los suyos, casi se rozaban. Cada célula de su cuerpo vibraba ante su contacto, generando una salvaje energía que la hacía arder como una llama. Y le gustaba la sensación. ¡Maldito fuera!

Dejó la mente en blanco.

—¿Qué te ocurre, Janos? ¿Haber recibido un disparo paralizador no ha sido suficiente para ti?

Él sonrió de oreja a oreja.

—Pues no. De hecho, encuentro el desafío muy... electrizante.

—No me castigues con esas muestras de afilado ingenio —gruñó ella—. Se ve que no aprendes.

—No. —Él le acarició la oreja con la nariz, haciéndole cosquillas con su cálido aliento—. Pero soy un buen oyente. Oigo todas esas cosas que tanto miedo te da decir en voz alta.

—No hay nada más patético que un hombre que proyecta sus sórdidas fantasías en las mujeres que desea —escupió con desdén.

Él se rio.

—¿Sórdidas fantasías? ¿Eso es el sexo para ti?

Ella se contorsionó a pesar del férreo agarre. La fricción solo sirvió para

que la palpitante excitación se incrementara hasta límites insoportables.

—Voy a decirte lo que es el sexo —repuso ella con voz temblorosa—. Es solo una unidad de intercambio económico. O un sucio juego por ostentar el poder.

Él frunció el ceño.

—¿Nada más?

—Nada más —afirmó ella—. Nunca me han demostrado lo contrario.

Val la miró con ojos pensativos antes de romper el contacto visual para besarla en el hombro desnudo. Sus labios se deslizaron con lenta suavidad hacia el cuello.

—Lo lamento por ti —susurró.

—Pues no lo hagas —siseó, ofendida—. No me importa desde que aprendí a no ser la víctima. Soy la que tiene la mejor mano de la partida. —«Excepto contigo, cabrón mentiroso».

—No lo dudo —aseguró él, ahuecando las manos sobre sus nalgas y alzándola para depositar ardientes besos entre sus pechos. Aquella caricia le endureció los pezones y él se recreó restregando la cara contra ellos—. Lo garantiza tanto tu aspecto como tu cuerpo.

Ella soltó una amarga carcajada.

—Sí, ya..., pero fueron mi aspecto y mi cuerpo los que crearon el problema.

Se sintió horrorizada al oírse decir tal cosa. Sonaba casi como si suplicara piedad, compasión. Pero cuando Janos alzó la cara, no había desprecio en sus ojos, solo una comprensión que la hizo contener el aliento.

—Por favor —susurró él—. Deja que te demuestre lo equivocada que estás.

Notó el suelo bajo los pies al tiempo que él subía la mano por sus caderas, por su vientre, hasta que le rozó los pezones suavemente con los pulgares. Su sensible cuerpo respondió anhelante. Ella se dio cuenta de que él le había soltado las manos; no lo había notado antes, estaba demasiado ocupada estremeciéndose y suspirando. Aquello era terrible; llegar al punto de perder el control de su consciencia era una locura. La realidad se alejaba, se desmoronaba muy lejos de ella.

Y aun así, no podía entregarse sin luchar. Caería pataleando, arañando, gritando..., ¡maldito fuera!

Respiró hondo y apretó los dientes.

—No intentes camelarme con ese rollo tuyo de gigoló, Janos —se defendió—. No funcionará conmigo.

—¿No? —preguntó él mientras le deslizaba una mano por las nalgas, en una

suave caricia—. ¿Por qué no?

—No estoy interesada en jugar a esto contigo.

—¿De veras? —Él siguió bajando la mano hasta introducirla debajo del vestido para curvar los dedos entre los glúteos desnudos. Deslizó las yemas delicadamente un poco más abajo.

—No obtengo nada si gano —explicó ella, forzando la voz—. ¿Para qué molestarme?

Él la alzó un poco más, sin esfuerzo, para friccionar el muslo contra su entrepierna, dejándola sentir, de paso, su dureza, su calor, su longitud.

—No vas a convencerme. —Janos se movió para sujetarla con fuerza contra la pared y bajó la mirada a su propio muslo; en la pernera de los vaqueros había una mancha de humedad.

Ella notó que se ruborizaba. Eso debería pasarle a él, no a ella. Se sentía desvalida, desesperada, la había atrapado como a un pez con un anzuelo, dispuesta a recibir cualquier atención que él quisiera dispensarle. Sacudió la cabeza, pero no pudo evitar apresar el muslo de él entre los suyos, provocando que intensos escalofríos bajaran por sus piernas.

—Janos, ¿quieres ver cómo finge un orgasmo una estafadora profesional? ¿Una artista de la mentira? —preguntó—. Y ya que estamos en esto, siempre me he preguntado cómo se las arreglan en ese punto los profesionales masculinos. ¿Estoy a punto de averiguarlo? ¿Intercambiamos secretos profesionales?

Él la rodeó con los brazos y deslizó la mano un poco más abajo, dejando que la punta del dedo resbalara por la hendidura entre las nalgas hasta los pliegues hinchados, cálidos y húmedos, que lo recibieron anhelantes. Comenzó a acariciarla más profundamente e introdujo el dedo en su interior.

Tuvo que agradecerle que no se riera cuando la encontró tan ardiente, empapada y dispuesta. Val se limitó a esbozar una tierna sonrisa.

—*Va bene* —susurró él rozando sus labios—. Finge todo lo que quieras, *bella*. Yo haré lo mismo. Muéstrame tus mejores habilidades.

Ella giró la cabeza, interrumpiendo el beso.

—Ni se te ocurra burlarte de mí.

—Jamás. —Le inmovilizó la cabeza para volver a besarla; esta vez casi con furia. Su boca coqueteó con la de ella, induciéndola a abrirse justo cuando deslizaba el dedo más profundamente. Lo retiró para acariciar los pliegues antes de volver a clavarlo hasta el primer nudillo.

Ella se corrió al instante. Fue una sensación casi dolorosa que la hizo

convulsionar alrededor de su mano. Tuvo que contener un sollozo ahogado con cada desgarrador espasmo.

Él esperó inmóvil. Escuchando y sintiendo su placer sin dejar de acariciar y lamer sus labios con ternura. Rozándole los pezones con su torso mientras introducía la lengua en su boca. Sin prisas, sin temor, dominándola por completo. Ella intentó respirar, hablar, pero no había nada que decir; él había ganado.

Janos le rozó el pómulo con los labios antes de besarle los párpados y la frente.

—Jamás había visto a nadie fingir tan bien un orgasmo —susurró—. Aunque voy a darte un consejo, *bella*; me hubiera resultado más fácil creer que estabas fingiendo si te hubieras contenido un poco. Solo un poco, ¿no crees? La próxima vez espera un poco más de tiempo. Ni siquiera he llegado a rozarte el clítoris.

Ella se lamió los labios, secos y temblorosos.

—Que te jodan. —Solo pudo susurrar esas palabras, estaba demasiado jadeante para decirlas en voz alta.

—Eso intento —aseguró él con una breve sonrisa—, pero primero vamos a buscar otro de esos orgasmos falsos. Y esta vez contente un poco, ¿vale? Yo te ayudaré.

Ella se retorció en señal de protesta, pero solo consiguió que sus dedos se internaran más profundamente en el resbaladizo canal. Apretó su mano enorme entre los muslos mientras seguía acariciándola en círculos, siguiendo la trayectoria de su placer como si estuviera dentro de su mente.

En esa ocasión la hizo esperar. La estimuló y excitó, pero cada vez que estaba a punto de llegar a la cima, él retrocedía. Y así una y otra vez, hasta que ella quiso gritar, retorcerse e implorar. La llevó repetidamente a ese alterado estado de inconsciencia, en el que parecían comunicarse a un nivel mental sorprendentemente íntimo. Ella vibraba en torno a la mano invasora; se sentía formada por luz, calor, pasión. Emitía sonidos desesperados que apenas lograba escuchar por encima del martilleo incesante de su corazón, del rugido de su cabeza... Hasta que, por fin, la condujo a la cima.

El orgasmo la fragmentó en miles de pedazos.

Detrás de los fragmentos apareció algo que no sabía que existía; una parte de sí misma que creía muerta desde hacía mucho tiempo. Algo mudo, tierno y desconocido que brillaba, deslumbrándola con su pureza.

Debió de desmayarse; no lo sabía ni tampoco le importaba. Janos la alzó

entre sus brazos mucho antes de que se recuperara y atravesó el pasillo con firmes zancadas, comprobando cada una de las puertas hasta que una de ellas se abrió. La empujó para abrirla y encendió la luz. Era una cocina para el personal.

La dejó sobre sus pies y cerró con fuerza la puerta antes de mirarla a los ojos mientras giraba el picaporte con un ostensible clic.

Ella se rio temblorosa.

—No he dicho que pudieras...

—No estoy pidiéndote permiso. Si lo hiciera, me darías una patada en los dientes y escupirías sobre mí mientras me pisoteabas con esos tacones de aguja, ¿verdad?

Ella casi se traicionó soltando una risita.

—No digas memeces.

Él le lanzó una sonrisa maliciosa.

—Yo sé lo que te gusta —aseguró—. Y un imbécil sin pelotas que se dedicara a preguntarte lo que quieres no te excitaría, Tamara Steele. Eso está fuera de toda duda.

«No presumas de conocerme», quiso decirle, pero tenía la boca demasiado ocupada besándolo hasta el frenesí.

El beso fue feroz y brusco. Se devoraron mutuamente, y era ella la que marcaba la pauta. Él la estrechó con más fuerza y comenzó a bajar los labios por su barbilla, dibujándole con los dientes los tendones de la garganta mientras hundía las manos en su pelo para deshacerse de horquillas. Lanzó todos los adornos sobre la encimera de la cocina. Era evidente que no le daban miedo a pesar de lo que le había hecho en el hotel; parecía seguro de que no iba a hacerle daño.

Al menos hasta que hubiera obtenido lo que tanto ansiaba en ese momento.

Le deshizo la trenza, le desenredó el pelo y lo extendió sobre sus hombros. Ella se sentía más joven con el pelo suelto, más vulnerable. Él apretó la cara contra su cuello al tiempo que cerraba los puños sobre sus cabellos. Incluso las caricias en el pelo le proporcionaban placer; los tirones que él daba le hacían sentir hormigueos en el cuero cabelludo y eso le provocaba escalofríos por todo el cuerpo.

Le deslizó el elástico del corpiño sobre los pechos y siguió el mismo camino de sus manos con su boca hambrienta, dejando una lenta estela de besos en la clavícula y la curva de los senos. Le subió las manos por los muslos, más arriba de las medias, hasta que alcanzó la sedosa y desnuda piel.

Le flaquearon las piernas cuando él dio un paso atrás para desabrocharse el cinturón. Una deliciosa sensación de anticipación le erizó la piel al escuchar los sutiles sonidos del cuero y los botones.

Ella bajó las manos, impaciente, y le ayudó a liberarse de los vaqueros y los ceñidos bóxers negros y, por fin, tomó su erección casi con reverencia.

Él puso la mano sobre la suya y la apretó, obligándola a acariciarle.

¡Sí! Emitió un involuntario ronroneo de gatita satisfecha. Su miembro era largo, grueso y estaba duro como una roca; caliente y suave como el terciopelo. Notaba cada latido del corazón de Val contra la palma de la mano cuando la giró sobre el ancho glande. Lo notaba caliente y enorme. Rojo como la grana.

Excelente. Nunca le había importado el tamaño, pero le encantaba que Janos tuviera un miembro tan grande. Adoraba los excesos, eran su perdición.

Hacía mucho tiempo que no disfrutaba del sexo, había llegado el momento de hacerlo. De disfrutar a placer.

Él se estremeció y metió la mano en el bolsillo en busca de un condón. Al verlo, quiso lanzar el preservativo lejos de su alcance. Deseaba sentir el calor de su piel desnuda, pero la única pizca de cordura que le quedaba detuvo su mano. Había dejado de tomar la píldora después de lo ocurrido con Novak al suponer que el control de natalidad no volvería a ser un problema. Dudaba que fuera fértil, pero la vida era una continua sorpresa; y también había que tener en cuenta las enfermedades de transmisión sexual.

Realmente no estaba en condiciones de considerar algo así, y cualquier otro pensamiento racional se desvaneció al sentir su suave contacto. Él comenzó a deslizar el engrosado glande de arriba abajo entre sus pliegues, antes de penetrarla por fin, con sutiles movimientos que la hicieron jadear.

Notó que él se hacía más grande en su interior, inundándola. Parecía imposible que fuera tan grueso y largo. Ella pensó que no reconocía lo que estaba sintiendo; no tenía nada con lo que comparar aquella experiencia. Todo su cuerpo parecía nuevo, los estremecimientos emergían desde ese lugar secreto en su interior que ardía en llamas.

Cada rítmica acometida, cada giro de Val en su interior, suponía un nuevo descubrimiento. Se arqueaba hacia él en busca de más, jadeando, excitada hasta lo imposible y dilatándose con cada profundo y resbaladizo envite. Él se friccionaba una y otra vez contra un diminuto punto en su interior y eso la estimulaba todavía más. ¡Oh, Dios! No veía el final, no tenía control. Sabía fingir un orgasmo convincente, pero no cómo sobrevivir al placer real; era

como descender los rápidos de un río en canoa, resultaba casi imposible no ahogarse, desmayarse o perder la razón. Él seguía bombeando lentamente con su poderoso cuerpo, girando las caderas con cada embestida, excitándola, llevándola al borde de un salvaje y jadeante frenesí.

El clímax la arrojó todavía más profundamente hacia aquel lugar mágico en su interior que había descubierto unos minutos antes. Él se corrió con ella y la sensación atravesó su cuerpo en una oleada imparable que la envolvió en un acorde largo, dulce e insoportablemente persistente. Janos estaba allí con ella, en el interior de aquel lugar secreto; era como si sus almas se rozaran y fusionaran.

Flotó en ese mágico ensueño durante un momento de dicha eterna hasta que, finalmente, la realidad se entrometió. Su mente estaba acostumbrada a procesar los datos y a sacar sus ecuánimes conclusiones. Daba igual que ella quisiera o no.

No las quería, pero no podía escapar de ellas. Saber lo que él había hecho la pinchaba tan dolorosamente como una aguja envenenada. Había ignorado la verdad porque llegar a alcanzar un alivio temporal, liberarse por un momento de aquella atormentadora tensión, había sido demasiado irresistible. Pero la verdad siempre había estado allí. Aquel resplandor, la sensación de flotar, la alocada dulzura no se explicaban solamente por haber bebido unas copas de vino.

Era jodidamente evidente. Lo había tenido delante de las narices todo el rato.

Una droga. Todo aquel placer había sido provocado químicamente. Él había vertido algo sutil y sofisticado para hacerle alcanzar un estado más dulce y maleable, antes de arrastrarla a la rendición sexual. Había pensado que era bueno, pero acababa de darse cuenta del engaño.

No pudo hablar durante unos minutos. Permanecieron juntos, abrazados contra la puerta, todavía unidos. Emanaban olor a sexo salvaje. Él la rodeaba con los brazos, temblorosos por la tensión. Su erección seguía tan profundamente insertada en su interior que notaba la presión contra el útero. El placer seguía recorriendo sus extremidades. Era evidente que su cuerpo no tenía orgullo; no le importaba haber sido engatusado, drogado y engañado. El placer era el placer y había hecho lo posible por obtener un poco.

—¿Qué droga me has dado, mentiroso hijo de puta? —siseó con voz temblorosa por la aversión hacia sí misma.

El destello fugaz en sus ojos y el rictus en sus labios confirmaron todas las

sospechas. Por increíble que pareciera, había esperado equivocarse; que solo hubiera sido un necio temor inducido por su habitual rutina paranoica.

La vergüenza fue insoportable. Se odió a sí misma por sentir esperanza, por haber caído en la trampa; le odió por haberle hecho eso. Volvió a odiarse por odiarlo.

Él se aclaró la voz.

—Eh... Lo siento. —Las palabras salieron de su boca como si fueran clavos oxidados.

¿Que lo sentía? ¡Joder! ¡Vaya muestra de sensibilidad!

—¿Lo sientes? —repitió en voz alta—. ¿Lo sientes? ¡Capullo! Apártate de mí. Sal de mí. —Puso las manos en su tórax y empujó. Se sentía atrapada, inmovilizada por aquel cuerpo enorme; por el palpitante miembro clavado en su interior. Se sentía invadida.

Él se retiró. Para su completa humillación, la fricción del grueso eje seguía siendo maravillosa. Sus músculos internos lo aferraron con firmeza, renuentes a dejarlo marchar. Aquella respuesta involuntaria, su indefensión, la avergonzó todavía más.

Él se detuvo y la miró con ojos inquisitivos, acariciándola internamente con el glande, preparado para darle más, aunque acabara de correrse... ¡Y de qué manera! Aquel hombre era una máquina de follar de primera.

Y ¿qué había esperado? Después de todo era un profesional.

Le escupió a la cara antes de deshacerse en lágrimas.



Val se limpió la saliva de la cara al tiempo que renunciaba a la sedosa sujeción a la que estaba sometido su miembro. Bajó la mirada a los brillantes pliegues rosados que lo envolvían. Los fluidos de Tam habían dejado un brillante y lubricado rastro sobre el látex.

Ella intentaba ocultar las lágrimas detrás de la mano y él se esforzó en no mirar. No quería verla llorar más de lo que ella quería que la viera. Tam Steele era orgullosa y arrogante; no una de esas mujeres que esgrimían las lágrimas como armas. Bien sabía Dios que tenía muchas armas de otra clase en su arsenal.

Aquel desenlace superaba con creces sus más alocadas esperanzas, pero estaba destrozado. Había obtenido material para mantener vivo a Imre durante unos días más, pero no se sentía victorioso ni aliviado. Solo se había impregnado en la repugnante sensación de estar cayendo cada vez más profundamente en el interior de un pozo que no parecía tener fondo.

Lo que más le conmocionaba era darse cuenta de que se había visto absorbido por la experiencia de tal manera que se había olvidado de Novak y de Imre. No recordó en ningún momento la presencia de la cámara oculta. Había dejado a un lado todo lo que no fuera el deseo de su cuerpo.

Y podría volver a tirársela otra vez, en ese mismo momento. Lo haría con gusto durante toda la noche.

Se desprendió del preservativo y reacomodó su pene, todavía semierecto, lo mejor que pudo en el interior de los vaqueros.

Aquel llanto silencioso estaba volviéndole loco.

—Ya basta —ordenó con dureza en italiano—. Por el amor de Dios, deja de llorar. No puedo soportarlo.

—*Vaffanculo* —escupió ella en respuesta—. No puedo controlarlo sin más, es por culpa de esa maldita droga que me has dado. Así que te jodes, gilipollas. —La vio bajarse la falda. Una de las medias se había desprendido del ligero y colgaba floja en el muslo. Él se arrodilló ante ella y se la subió. La piel de sus muslos era exquisita, muy cálida y suave. Como suaves pétalos de lilas. Jodidamente perfecta. Notó que a ella le temblaban las piernas; que se tambaleaba sobre aquellos tacones de aguja por los que le había hecho pagar ochocientos dólares.

También a él le temblarían las piernas si hubiera estado de pie.

No quería que ella viera su expresión, así que se inclinó y apretó la cara contra su monte de Venus, que besó por encima de la tela. Una silenciosa disculpa que ella rechazaría de mala manera, pero no pudo evitarlo. No pudo resistirse a inhalar su sensual esencia femenina. Permitió que la falda absorbiera sus lágrimas secretas.

Ella emitió un sonido sibilante y le abofeteó, pero sin fuerza. Él alzó la mirada desde aquella posición suplicante y clavó los ojos en su cara, húmeda y sonrojada. Tenía el rímel corrido alrededor de los ojos, lo que hacía que su mirada anegada en lágrimas pareciera todavía más brillante.

Tamara era tan hermosa que le dolía el corazón.

Deseó volver a levantarle la falda y suplicarle perdón con la lengua, pero ella lo mataría, y no podría culparla. Incluso así le rodeó la cintura con los brazos y se aferró a ella como un niño. Era un gesto estúpido, estaba en una posición vulnerable y ella podría poner fin a su vida de cien maneras diferentes solo con el arsenal que había desprendido de su cabello o, puestos a ello, con sus propias manos.

Y a él no le importaba. Si Tam quería matarlo, se lo permitiría. Se lo merecía. Se preparó para lo peor y esperó.

Sin embargo, no recibió ningún golpe mortal ni la punzante impresión de una aguja. Ella enredó los dedos en sus cabellos y cerró los puños para tirar con fuerza antes de clavarle las uñas en el cuero cabelludo.

—Has tenido que follar con mucha gente a la que no deseabas en tu trayectoria profesional, ¿verdad, Janos?

Él se tensó. Intuía lo que ella quería decir.

—Sí —admitió con cautela.

—¿Te resultó difícil drogarme y hacer que me corriera? —El tono de Tam era duro—. ¿Te asqueó? ¿Has tenido que apretar los dientes? ¿Que contener la respiración?

Tardó un minuto en reunir el coraje suficiente para responderle con la cruda verdad..., aunque sabía que no le creería.

—No —susurró con la voz ronca, sin vacilar—. Solo lamento haberte drogado. El resto ha sido increíble. Jamás había deseado a nadie como te deseo a ti.

Ella se rio a pesar de las lágrimas.

—¿A mí? No, no me deseabas. Solo querías una parte de mí. Es lo que quieren siempre. La parte más hermosa, la inteligente e interesante. La parte que se encuentra entre mis piernas. El resto es un montón de fragmentos que no quiere nadie.

Él apretó las manos contra sus caderas, dibujando las curvas con los dedos para sentir su suave calor y los músculos, fuertes y elegantes.

—El resto también es hermoso —susurró—, da igual que esté hecho pedazos o no. Toda tú eres hermosa.

La vio cubrirse la cara mientras se reía amargamente, haciendo que sus hombros se estremecieran.

—¡Oh, cállate! —masculló—. No necesito tus halagos. Me duele escucharlos, ¿vale? Déjame en paz, Janos. Jamás conseguirás que haga lo que quieres; no lograrás convencerme ¿comprendes? Deja de torturarme y desaparece. Te lo ruego.

Él apartó las manos y se levantó.

—No estarás mejor si me voy. No disfrutarás de más paz. Si no soy yo el que te busca, enviarán a alguien más. —Se limitó a decir la verdad con voz monocorde—. Y será alguien mucho peor que yo.

—¿Peor que tú? —En sus ojos brillaban lágrimas de furia. Se pasó los dedos por el párpado inferior para limpiarse—. Imposible.

—Te aseguro que no es para nada imposible —repuso él con frialdad—. Cuando PSS te encuentre, irán a por Rachel y la secuestrarán para manipularte; harán justo lo que me ordenaron que hiciera. Y será mejor que no imagines lo que puede ocurrir cuando Novak te tenga en su poder... o haya capturado a

Rachel.

Ella jadeó antes de intentar recogerse el pelo en lo alto de la cabeza con manos temblorosas.

—¿De verdad crees que echándome encima a la policía, tomándola con Rosalía y estropeándolo todo con la agencia de adopción, no estás manipulándome a través de Rachel?

Él descartó sus palabras con un gesto de mano.

—No seas tonta —rechazó—, no hay ni punto de comparación. Yo he hecho todo lo que estaba a mi alcance para protegerla.

—¡Oh, Dios! Me conmueve tu interés. —Se rindió en su intención de recogerse el pelo, pero reunió la inquietante colección de adornos para el cabello entre las manos negándose a dejarlos atrás. Abrió la puerta de par en par y lo miró por encima del hombro—. ¡Menudo héroe estás hecho!

Él la retuvo por la muñeca.

—Hay otra razón por la que deberías reconsiderar tu postura —aseguró—. Tengo una última propuesta.

—¡Oh! ¿De veras? —Inclinó la cabeza con los ojos llenos de lágrimas para mirar hacia la mano con que la apesaba—. Cuéntame...

—Drago Stengl —expuso sucintamente.

El puñado de horquillas y pasadores para el cabello cayó al suelo, donde rebotaron y rodaron hacia los rincones. Ella se puso pálida como el papel.

—Nadie sabe eso. ¿Cómo...? —susurró anonadada.

El cambio que percibió en los ojos de Tam lo dejó desconcertado. Se sintió como si acabara de clavarle un cuchillo en el pecho.

—Entre los documentos que Novak me facilitó había una fotografía tuya —admitió—. Estaba tomada en un funeral hace algunos años, un acto conmemorativo por la masacre de Zetrinja. Realicé mis investigaciones y averigüé quién estaba al mando. He pensado que quizá podría interesarte... eh... tener noticias sobre él.

—¿Noticias? Del cabrón que asesinó a mi padre quiero algo más que noticias. —Su voz era monótona—. Quiero tener las manos manchadas con la sangre de su corazón. Quiero torturarlo. Quiero que grite en el infierno.

Se dio cuenta de que había ganado. La había atrapado, pero eso no le producía satisfacción. Al contrario, le hacía sentirse un hijo de perra por utilizarla de esa manera. Por volver a dejar en carne viva viejas heridas casi olvidadas.

—¿Dónde está? —se interesó ella.

—Todavía no conozco su ubicación, pero sí una sólida pista —intentó contestar con evasivas—. Te ayudaré a dar con él a cambio de que colabores en mi... eh... proyecto.

Ella se rio.

—¿En tu *proyecto*? Menuda palabra te has sacado de la manga. Y ¿a qué te refieres con «una sólida pista»? Como estés intentando volver a joderme, te juro que te mataré.

—Sé dónde se encuentra su hija —soltó.

Notó que ella dejaba de respirar.

—Ana... —susurró ella.

—Sí, Ana. Vive en Italia. Se ha casado con un importante hombre de negocios italiano relacionado con la Mafia. En este momento tengo a un hombre siguiéndola. Una antigua clienta mía puede presentárnosla, es la esposa de un mafioso. Si quieres, puedo preparar un encuentro.

—Sí, claro que quiero —aseguró en voz baja. Ella clavó los ojos en los suyos y él se sintió atravesado por su mirada. Tam se había olvidado de que estaba allí; estaba volviendo la vista atrás, años atrás; hacia algo que él no podía ver, que no quería ver. Por la expresión de sus ojos supo que era un recuerdo tan vívido como si estuviera ocurriendo en ese mismo momento.

Comprendía lo que le ocurría. También él había arrastrado indelebles imágenes de los peores momentos de su vida a lo largo de toda su existencia.

—¿Qué dices? —la apremió, armándose de valor—. ¿Hacemos un trato?

Ella ahogó un sonido poniendo la mano sobre la boca y se tambaleó hacia la puerta. Él escuchó el rápido taconeo de sus zapatos alejándose por el pasillo.

Aferró el marco de la puerta con una mano. ¿Eso significaba que sí? ¿Por qué todo era tan difícil con esa mujer?

«Retrocede tres pasos», se recordó a sí mismo inútilmente. Las emociones que había aprendido a controlar no eran como aquellas. Las que ahora le avasallaban no tenían sitio en su interior, como tampoco tenían derecho a existir; un deseo inconveniente que solo le hacía sentir culpable... Que provocaba dolor.

«Recuerda: Imre».

Recogió los adornos para el cabello, recuperó la cámara de vídeo y se dirigió a la puerta al final del pasillo, que conducía a los jardines. Atajó a través del bosquecillo que le separaba del aparcamiento. Hacía un frío helador. No se había preocupado de recoger el abrigo, pero todavía seguía ardiendo tras el encuentro con Tamara Steele.

En esas condiciones, podría derretir las capas de hielo del Ártico.

Caminó a paso ligero sobre la hierba helada y las ramitas crujieron bajo la suela de sus zapatos. Se metió en el coche rezando para que hubiera cobertura en ese lugar, no quería alejarse más de Rachel y su madre. Odiaba perderlas de vista por completo.

Sacó el portátil. Por suerte podía establecer conexión. Presionó las teclas adecuadas y conectó la minicámara para descargar la filmación digital.

Editar las imágenes le aceleró el corazón. El vídeo era demasiado bueno; paradójicamente, el ángulo era perfecto y mostraba cada detalle del ruborizado rostro de Steele, sus ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia atrás, sus músculos perfectos envolviendo sus caderas.

Notó un intenso dolor en el pecho. Aquella era una experiencia única y privada, pero tenía que enviársela a aquel pervertido de Novak. Un poco de carnaza para calmar a la bestia.

Suprimió las lágrimas finales y la conversación. Un absurdo intento por proteger lo poco que podía de la privacidad de Tam. Lo encriptó antes de adjuntarlo a un correo electrónico. Tardó unos minutos en pulsar el botón; tuvo que cerrar los ojos y pensar en las manos de Imre para poder apretar a «Enviar».

Luego permaneció sentado en la oscuridad, cubriéndose la cara con las manos durante más de diez minutos, hasta que pudo confiar en sí mismo para establecer una videoconferencia.

La sonriente cara de Andrés ocupó la ventana.

—¡Oh!, eres tú. Estábamos disfrutando del espectáculo, cabrón afortunado.

—Quiero ver a Imre —repuso en tono glacial.

—Espera un momento. —Andrés desapareció del objetivo.

Aguardó con los ojos clavados en la pantalla, donde solo se veía el respaldo repujado de una silla antigua. Pasaron varios minutos hasta que Novak se sentó delante del portátil, sonriente. Era evidente que se había relamido los labios púrpura hasta que quedaron brillantes.

—Muy bien, Vajda —le felicitó—. Perdona que te hiciera esperar, pero estaba absorto por la grabación. Tu numerito con Tamara Steele es magnífico; hacía años que no sentía tal excitación. Instalaré pantallas en la celda donde la someta a su castigo y me dedicaré a reproducir estas escenas durante todo el tiempo. Serán las últimas imágenes que vea antes de que le saque los ojos. Es perfecto, ¿verdad?

Él se vio obligado a correr un tupido velo mental para bloquear la imagen

que dibujaban sus palabras. No funcionó.

—Quiero hablar con Imre —repitió en tono cansino.

—Por supuesto, por supuesto. Ordené que lo subieran cuando vi que aparecía el vídeo en la bandeja de entrada. Disfruté del privilegio de contemplarlo con nosotros. Le cederé la silla, yo quiero regresar para volver a verlo.

Novak desapareció en un remolino de píxeles que fue sustituido por otra borrosa imagen cuando Imre fue empujado para que se sentara en el lugar que acababa de dejar Novak.

El oscuro borrón se convirtió poco a poco en la cara de Imre.

Val lo miró fijamente con los dientes apretados. Su viejo amigo parecía consumido, pálido y pequeño. Tenía los ojos muy hundidos, casi tanto como las mejillas. Parecía haber envejecido quince años en cuatro días.

Apretó los puños con furia.

—¿Están tratándote bien? —Se odió por decirlo. Era una pregunta estúpida y vacía, dadas las circunstancias.

Imre arqueó las cejas en aquella mueca irónica que era habitual en él.

—No me han golpeado ni tampoco herido, si es a eso a lo que te refieres.

—¿Comes bien? —continuó—. Debes comer.

Imre frunció el ceño.

—No seas imbécil, chico.

Entre ellos se extendió un agonizante e impotente silencio.

—Te sacaré de ahí —aseguró él en tono de desesperación, rompiéndolo.

—¿Cómo? ¿Traicionando a esa pobre chica? ¿Entregándola para que la torturen y asesinen? No me conviertas en parte de eso, Vajda.

Una furia producto de la impotencia subió por su garganta.

—No te atrevas a juzgarme —dijo con los dientes apretados.

Imre miró a su izquierda. Los estallidos de risa, así como los gritos y los comentarios lascivos eran perfectamente audibles.

—Este hombre es el demonio en persona —le explicó Imre en voz baja—. Arrastrará consigo al infierno a tantas personas como le sea posible, y está empeñado en que tú seas una de ellas. Yo que tú intentarías que no lo consiguiera.

—¡Estoy haciendo todo lo que puedo! —estalló.

—Por supuesto. —Por fin; ahí estaba el irónico tono que él conocía tan bien—. ¿Y crees que eso es todo? ¡Que Dios tenga piedad de nosotros! Ese numerito ha sido demasiado para un pobre viejo viudo como yo, chico.

Él apretó los dientes ante la patente desaprobación en el tono de Imre.

—No puedo creerlo —repuso—. Yo aquí, actuando como un puto mono para que no te corten en pedacitos y tú sermoneándome.

Imre esbozó una triste sonrisa.

—Un puto mono es la definición más apropiada para lo que acabo de ver, chico. Y sí, estoy sermoneándote. Ya sabes que los viejos hábitos son difíciles de perder. Creo que tendrás que esmerarte un poco más para salir de este aprieto. Que Dios te ayude, Vajda.

La pantalla parpadeó y la imagen desapareció. Él se inclinó y golpeó la frente contra el volante.

Viejo bastardo engreído. ¿Así que pensaba que iba a tener que esmerarse un poco más? ¡Joder! ¿Qué más podía hacer? Le tenían pillado por las pelotas. Jodido Novak, jodido Imre, jodidos todos. Ojalá pudiera lanzarse por el precipicio más cercano y dejar que resolvieran por sí mismos toda esa mierda.

Pero no podía. No tenía esa opción. No era válida para él.

Y un detalle más; estaba jugando con fuego al presumir que Stengl mantenía contacto con su hija y al asumir que Donatella podría arreglar un encuentro; al pretender que la pedante y caprichosa Donatella se dignaría a dirigirle la palabra tras haber perdido el contacto con ella. Aquella mujer le había producido un auténtico sopor, pero ahora que la necesitaba, lamentaba haber sido tan descuidado. Echó un vistazo al reloj. Eran las seis de la madrugada en

Italia, no era una hora demasiado adecuada para llamarla, pero no podía soportar la espera.

Corría el riesgo de explotar.

Sacó el móvil del bolsillo y cerró los ojos para localizar el número de Donatella en el interior de su privilegiada memoria. Habían pasado ya cinco años desde que había vivido en San Vito, infiltrado en el círculo de traficantes. Aquella mujer tenía una vida personal secreta y complicada, además de los compromisos derivados de ser la esposa de un capo de la mafia italiana. Quizá hasta había cambiado el número de teléfono. O podía querer arrancarle los ojos por despertarla a esas horas, claro que él jamás había tenido problemas para apaciguarla.

Apretó los dientes al pensar en tener que volver a follar con Donatella. Era hermosa, cierto, pero también era egoísta, mimada y consentida, y en ocasiones hacía alarde de una vena de crueldad que le dejaba helado.

«Piensa en Imre». Respiró hondo y marcó el número.

El teléfono sonó tres veces antes de que ella respondiera.

—*Chi cazzo sei?* —chilló Donatella.

—Hola, *bella*. Soy yo, Valery —la calmó con voz acariciante.

—*Valerio, amore!* Pensaba que te habías olvidado de mí.

—Como si eso fuera posible, *bellissima* —la aduló—. Tienes que perdonar que te haya descuidado, pero mi vida ha sido muy complicada últimamente.

—Mmm —gruñó ella—. Puedo imaginarme, sí. ¿Cómo se te ha ocurrido llamarme a estas horas? Imagínate que hubiera estado en la cama con Ettore. ¿Qué iba a decirle?

—Jamás llevarías este teléfono a la cama de tu marido —se burló—. ¿Con quién estás divirtiéndote esta noche?

—¿Acaso te importa, Valerio? —se jactó ella con fingida dulzura.

—No, siempre y cuando me prefieras a mí —murmuró con fiereza.

—Siempre has sido muy dulce, *carissimo*. Aunque no quiero insultar a mi hermoso y joven Giuseppe, aquí presente. —Se rio antes de soltar algo inaudible en el teléfono—. Quizá te apetezca unirte a nosotros alguna noche. Esta cama es lo suficientemente grande para los tres. Y Giuseppe parece... mmm... ¡oh, sí!... entusiasmado con la idea.

—Lo que sea por complacerte —susurró sin pensar—. Pero antes tengo que preguntarte algo. ¿Recuerdas aquellos pendientes que te regalé, los que contenían veneno debajo de las gemas?

—Por supuesto, *amore*. Los guardo como un tesoro. Un regalo muy atrevido

para que se lo entregara a su amante un hombre como tú. ¿Jamás pensaste que podría matarte con ellos en un arrebato de celos?

—Sí, se me ocurrió, pero no me da miedo la muerte —repuso—. La diseñadora de esos pendientes estará en Italia pasado mañana y tiene una colección de piezas exquisitas que contienen todo un arsenal: armas, venenos, drogas, explosivos ocultos... Por supuesto, pensé en ti. Son los adornos más apropiados para una belleza peligrosa como tú.

—¡Oh, Valerio! *Tesoro* —canturreó—. ¿Soy tan peligrosa como dices? ¿Tú crees? ¿Por eso te has mantenido alejado durante tanto tiempo?

—Eso fue por mantener mi paz mental —la aduló con voz melosa—. Pero me arriesgaré a salir de mi escondite solo por darte este placer. ¿Te gustaría conocer a esta mujer? ¿Ver sus artículos?

—Por supuesto. Quiero verlo todo.

—Eso imaginé —adujo él con seda en la voz—. A cambio debo pedirte un favor.

—Ya sabes que no sé negarte nada, tesoro. Dime.

—¿Conoces a una mujer llamada Ana Santarini?

—¿Te refieres a la aburrida esposa de Ignazio Santarini? ¿Qué quieres de esa arpía estúpida? ¡No puedes querer tirártela!

—No, no es eso —le aseguró—. Pero necesito que arregles un encuentro entre la diseñadora y esa mujer. ¿Sería posible? Lo más adecuado es que se reunieran en la residencia de ella.

Casi podía escuchar los engranajes de la cabeza de Donatella.

—Podría intentarlo siempre que... el premio fuera poder disfrutar de nuevo del placer de tu compañía.

Él suspiró para sus adentros y puso los ojos en blanco.

—Por supuesto, *piccola*. ¿Podrías arreglarlo para pasado mañana? Será cuando esté ahí con la diseñadora.

—¿Tan pronto? ¿Te has vuelto loco? ¡Ni siquiera sé si está en la ciudad!

—Invítala a ver las joyas —le sugirió—. Quizá le parezca una experiencia interesante.

—¿Quieres que esa zorra de Santarini se entere de qué piezas compro? Se lo contaría a todo el mundo. ¿Dónde estaría entonces la gracia?

Él apretó los puños.

—*Ti prego* —suplicó con ternura—. Por favor. Hazlo por mí.

Ella emitió un resoplido irritado.

—Voy a ir de compras a París, estaré allí durante una semana —anunció ella

—, ¿puedes reunirte allí conmigo?

—Apenas puedo esperar para verte —respondió él con los dientes apretados.

—¿Estarás conmigo toda la semana? Ve preparado, será extenuante.

—No te preocupes —la tranquilizó—. Envíame un mensaje con la hora y el lugar de reunión con Santarini, *¿va bene?*

Donatella guardó silencio por un momento antes de chasquear la lengua.

—Te veo ansioso, Valerio —ronroneó ella—. ¿Qué te pasa? ¿Te has metido en problemas? Cuéntaselo todo a Donatella, *bambino mio*. Quizá pueda ayudarte.

A él comenzó a palparle un músculo en la mandíbula. Aquello se le estaba yendo de las manos si hasta una simplona *vacca* como Donatella era capaz de notar su nerviosismo.

—Ya estás ayudándome —respondió con suavidad—, ángel mío.

—El siete de febrero nos veremos en París —le recordó ella—. Apúntalo en tu agenda. —Había un tono acerado en la voz de Donatella.

—Por supuesto. *A dopo, dolcezza*.

Tras un tedioso intercambio de estúpidos mensajes, por fin logró cortar la comunicación.

Emitió el largo suspiro que había contenido hasta entonces.

«Retrocede tres pasos». Una semana ofreciendo servicios de semental en un lujoso hotel en París no era un precio demasiado alto por la vida de Imre. No le importaba llevarlo a cabo si fuera necesario, pero le abrumó una amarga sensación de repugnancia que hizo que quisiera darse una ducha.

¡Oh, qué demonios! Cuando llegara el siete de febrero, quizá estuviera muerto. Vaya manera tan triste de intentar animarse a sí mismo.

Regresó al hotel, preparado para encontrarse con un desastre. Estaba seguro de que Steele habría desaparecido en el tiempo que había tardado en llevar a cabo aquel recado infernal.

Pero cuando asomó la cabeza en el salón de baile, allí estaba ella, forcejeando con una enrabieta Rachel que ya llevaba puesto el abrigo, con la abultada bolsa de pañales colgando del hombro. Parecía concentrada en la conversación que mantenía con Erin McCloud. La otra mujer estaba muy seria y preocupada. Tam meneó la cabeza en respuesta y su amiga le dio una palmada en el hombro. Ella asintió con la cabeza, apoyó a la niña en la cadera y se dirigió hacia la salida. Tenía la cara muy pálida, con las líneas muy marcadas y los ojos hundidos. Se veía muy diferente con el pelo suelto,

brillante y lacio sobre la espalda, cuyas puntas casi rozaban aquel culo perfecto.

Todos la miraban al pasar. Ella ignoraba la cadena de especulativos murmullos que iba dejado tras de sí.

Val retrocedió en el interior del vestíbulo, aguardando entre las sombras hasta ver en qué dirección se alejaba ella y salir a su encuentro por el hueco de la escalera.

El alivio casi le aflojó las rodillas; Tam no se dirigía a la fachada principal, donde estaba el aparcamiento, sino a la parte trasera, hacia la pérgola que comunicaba el edificio principal con las cabañas de los clientes. No estaba escapándose de él. Por lo menos esa noche.

Se sintió agradecido. No le quedaban fuerzas para perseguirla. No tenía más ases en la manga, ningún otro truco. Se había quedado sin ideas. Si Steele huyera en ese momento, sus opciones serían brutalmente sencillas: o Steele o Imre. Uno de ellos debería morir de una manera no precisamente agradable.

La siguió a una prudente distancia hasta ver dónde estaba la habitación que les correspondía. Luego recorrió el trecho que le faltaba.

Había un banco de hierro forjado debajo de la sombra de un enorme árbol, justo enfrente de la puerta de la habitación. Se sentó allí. Se sentía muy cansado, como si tuviera mil años. La frialdad del asiento traspasaba su ropa, hiriendo su piel. Tenía que ir en busca del abrigo si pensaba quedarse allí durante más tiempo, pero a pesar de ello no se movió.

No podía apartar la mirada de aquella puerta.

No le gustaba verse coartado por nada ni nadie, y mucho menos por los impulsos que crecían en su interior. Ser manipulado por Novak, Hegel e incluso por Donatella era horrible, pero verse traicionado por la parte más independiente de su propia psique resultaba intolerable.

Y aun así, siguió allí sentado, como si estuviera pegado al banco, con el culo congelado. Protegía su puerta para librarla de los peligros que la acechaban, no porque quisiera impedir que escapara.

Lo habían elegido para el papel equivocado en aquella maldita tragedia griega.

La gente pasaba ante él sin darse cuenta de su presencia; oculto e inmóvil en la oscuridad. Entonces se acercó una pareja. El rostro del hombre, alto y rubio, se vio iluminado por un rayo de luz que atravesó las ramas del árbol. Se trataba de Sean McCloud y su mujer, Liv. Sean lo vio y cambió el rumbo. Guio a su mujer sobre la empapada hierba hasta detenerse delante de él.

La penetrante mirada de aquel hombre le hizo sentirse incómodo. La imagen que presentaba era demasiado reveladora. Estaba sentado como un imbécil, sin abrigo, delante de la puerta cerrada de una mujer. Tenía en las manos el inquietante montón de letales adornos para el cabello de Steele. Parecía un perro jadeante, esperando a que le permitieran entrar.

Mendigando las sobras.

—¿Qué haces aquí fuera con este frío? —preguntó McCloud.

El suspiro que emitió dibujó una nubecilla blanca delante de su cara.

—Estoy de guardia —repuso.

Su mujer, una voluptuosa morena, le lanzó una mirada penetrante y llena de sospecha.

—Si existe una mujer en la tierra capaz de cuidar de sí misma, es Tam —aseguró.

Él reconoció que tenía razón encogiéndose los hombros.

—No lo pongo en duda.

McCloud gruñó.

—Bien, pues que te sea leve. —Vaciló; parecía un poco perplejo—. Buena suerte —añadió Sean finalmente—, creo que vas a necesitarla.

Él asintió con la cabeza. La pareja regresó al camino y continuó hacia su alojamiento. McCloud le miró por encima del hombro antes de perderse de vista. Estaba preocupado por él. El murmullo de sus voces se desvaneció en la oscuridad casi al instante.

Se le daba bien mentir. El truco consistía en empaparse por completo en el papel que estuviera interpretando, en inmiscuirse hasta tal punto que él mismo se creía las mentiras que soltaba. Pero lo que le había dicho a Steele no era mentira, sino la cruda verdad. Le había hablado con más sinceridad que a nadie en su vida, ni siquiera a Imre. Había entrelazado la verdad con medias verdades, sí, pero, aun así, era algo notable.

«Jamás había deseado a nadie como te deseo a ti». La verdad que encerraban aquellas palabras todavía reverberaba en su mente, como una explosión en su interior. Le hacía querer maldecir su relación con la peor calaña de la tierra. Sus peligrosos secretos.

«Los secretos más peligrosos son también los más hermosos. ¿No comparte mi opinión?». Recordaba perfectamente las palabras de Steele. En el Shubimi había parecido una broma sin importancia, pero ahora resonaban en su cabeza como una verdad elemental. Imre siempre había sido su secreto peligroso. Un tesoro que había tenido que ocultar porque era la única manera de que

sobreviviera.

La mayor parte de la gente tenía que esconder su parte más desagradable, sus vergüenzas. Pero para él era al revés: tenía que guardar en secreto lo más hermoso.

O se arriesgaba a encontrarla muerta sobre el suelo del cuarto de baño.

Vaya ironía. Un hombre como él, implicado en un irracional anhelo por proteger a Steele en vez de aprovecharse de ella. En efecto, otro peligroso secreto. Como las bombas que ocultaban sus pendientes tras las gemas; como el collar paralizador. Era un deseo que tendría que mantener oculto incluso de ella.

Sabía en lo más profundo de su ser que ella no lo recibiría con agrado.

La llave rechinó en la cerradura de la pesada puerta metálica, arrancando a Imre de su ensimismamiento. En su mente paseaba por las estancias de la Galería de los Uffizi, recreándose en todas las imágenes que podía recordar. Lo que significaba que estaba disfrutando de todas, aunque sus favoritas las visualizaba con mayor claridad.

La visión que ocupaba su mente se desintegró de golpe y lo inundaron intensas oleadas de debilidad y temor.

Otra visita más. A Gabor Novak le complacía comprobar su estado o, por hablar más claramente, su degeneración. A aquel hombre le gustaba recrearse e indagar en las debilidades ajenas para infligir todo el tormento psicológico que era capaz de suministrar. Sin duda tenía un diabólico talento natural para ello.

Sus propias defensas contra él se limitaban al silencio; una pobre defensa. De hecho, se encogía como si estuviera a punto de verse golpeado o quemado.

La puerta metálica se abrió de golpe produciendo un ruido ensordecedor cuando golpeó contra los bloques de hormigón. Entraron dos hombres muy corpulentos. Uno le apuntaba con una automática y el otro cargaba una silla plegable.

Novak entró con toda su parsimonia y se sentó. Parecía radiante.

Él concentró la mirada en un punto por encima del hombro del hombre antes de ponerse a abrir y cerrar las manos reprimiendo el deseo de sentarse sobre ellas para ocultar sus dedos temblorosos.

Se había dicho a sí mismo que no debía estar asustado. Total, estaba

muriéndose, ¿no? No faltaba mucho tiempo para que perdiera todo lo que tenía que perder. ¿Qué más daba que perdiera antes algunas partes, como los dedos? El dolor pronto quedaría atrás.

Sus esfuerzos eran inútiles, el miedo le impedía hablar.

Agradecía no llevar las gafas puestas. Solo una de las lentes seguía intacta; la otra había sido destrozada cuando le dieron la segunda paliza. Poder enfocar con un ojo, pero no con el otro, le producía un horrible dolor de cabeza. Dado que lo último que necesitaba era sentir más dolor en cualquier parte de su cuerpo, había renunciado a usar las gafas, escondiéndolas debajo del colchón. Así no podía vislumbrar los espantosos detalles en la cara de Novak: el brillo febril de aquellos ojos cónicos e hinchados no era más que un borrón malévolo.

Aunque el hedor de su aliento lo percibía demasiado bien.

—He estado pensando mucho en ti, Imre —le confió Novak como si fuera un hombre con honor—. Creo que tú y yo tenemos algo en común. —Su voz sonaba agradable, incluso locuaz.

«No lo quiera Dios», pensó él, clavando la mirada en sus dedos temblorosos. Deseaba poder dejarlos inmóviles para que no llamaran la atención.

—Es evidente por tu palidez, por tu delgadez, que te estás viendo consumido por alguna enfermedad terrible —comentó Novak—. ¿Se trata de cáncer?

La sorpresa le traicionó al hacerle alzar la vista con rapidez, buscando los ojos de Novak. Aunque la bajó casi más deprisa, el mafioso se rio, complacido.

—Me lo imaginaba. ¿Hígado? ¿Estómago? ¿Cerebro? No te queda mucho tiempo, ¿verdad? Lo puedo sentir, Imre. Vaya una ironía para Vajda, ¿no crees? Él está haciendo todo lo humanamente posible para salvar la vida de un hombre que está muriéndose. ¿Cuánto tiempo te han dado?

Intentó tragar, pero tenía la garganta demasiado seca. Tosió, y una vez que empezaba la tos, no podía parar.

—Así que no te queda mucho —dedujo Novak, riéndose—. ¿Tres meses? Les gusta mucho decir tres meses. Es la frase estándar. Es lo que me dijeron a mí hace siete, pero sigo vivo, ¿lo ves? Es cierto que estoy pudriéndome por dentro, pero aquí estoy. El placer que me proporcionará ver morir a esa mujer me alargará la vida un mes más por lo menos. Estos castigos me recargan como una batería. ¿Te gustaría participar? Quizá tengan en ti el mismo efecto.

Alzó la mirada para observarlo otra vez.

—No —aseguró con la voz rota.

Novak parpadeó y sonrió, satisfecho de haberle arrancado otra respuesta.

—Entonces podrás ser un buen espectador llegado el momento. No vamos a esperar mucho. Vajda trabaja rápido; siempre ha sido eficiente.

Se asió al borde de la cama. El horror le oscureció la mirada. La debilidad le amenazó y se tambaleó, al borde de una larga y oscura caída.

—Pobre hombre —oyó murmurar a Novak—. Lo siento por ti, yo también estoy viejo y enfermo. El dolor es algo terrible, ¿verdad? —Rebuscó en su bolsillo y sacó un bote lleno de pastillas que sacudió ruidosamente antes de abrirlo para dejar caer una en la palma de la mano—. Es un potente narcótico de liberación prolongada. ¿Quieres uno? No voy a darte el bote porque te tragarías las píldoras de golpe, mi pícaro colega. Pero te daré esta si me explicas una cosa que me intriga desde hace mucho. —Era evidente que Novak esperaba que se abalanzara sobre la pastilla, que le rogase que se la diese, que le preguntara qué le intrigaba tanto.

Pero él no podría hablar aunque quisiera; estaba paralizado. El miedo le había convertido en una estatua de sal.

Novak entornó los ojos y estos se convirtieron en dos rendijas brillantes y arrugadas.

—Me gustaría saber cómo conseguiste que, a pesar de haberlo sodomizado, siga sintiendo tal devoción por ti. Cuando era muy joven, un hombre me convirtió en su juguete a cambio de comida y refugio, igual que tú hiciste con Vajda. ¿Sabes lo que hice cuando crecí?

«Por favor, no. No me lo cuentes». Cerró los ojos para invocar una ensordecedora interpretación mental del primer *Concierto de Brandenburgo*, de Bach, en un vano intento de sofocar por completo las horribles palabras, pero la voz de Novak se filtraba entre la música como un cuchillo caliente en la mantequilla.

—Le arranqué la piel a tiras —confesó el mafioso casi con ternura—. Quizá es lo que debería hacerle a la mujer. Vamos a jugar, Imre. De ahora en adelante, por cada pregunta que no respondas le arrancaré a ella una tira de piel. Y tú lo observarás.

Novak dejó la píldora sobre la manta que cubría el catre y se puso en pie.

—Tómatela —le animó con aire magnánimo—. Incluso yo puedo ser razonable si eres razonable conmigo. Estoy tan solo como tú. Podríamos mantener conversaciones muy interesantes si te dignaras a hablar conmigo. Después de todo, solo somos dos ancianos que se ven obligados a enfrentarse

al mismo destino. Siento mucha curiosidad. Vajda cultivó su cultura, su sofisticación, gracias a ti, ¿verdad? De hecho, gracias a ti se volvió demasiado bueno para trabajar con tipos como yo. —Se rio al tiempo que le daba una palmada en el hombro.

Él se sobresaltó.

—Espero que Vajda tenga éxito, que pueda traer a la mujer —meditó Novak—. No me importará hacer que el castigo caiga sobre ti si es necesario, pero si te soy sincero, torturar a un pobre viejo desgraciado que ya está siendo atormentado por el dolor no es demasiado satisfactorio. El dolor es demasiado familiar para ti y la experiencia se convierte en algo sin sustancia. Pero no te preocupes, estoy seguro de que mi András podría exprimir una respuesta muy viva incluso a un moribundo como tú. Posee un inmenso talento en ese campo. Espera y verás.

Él cerró los ojos con fuerza. Las lágrimas se le deslizaban por las mejillas contra su voluntad.

Uno de los hombres de Novak abrió la puerta y el otro retiró la silla. Esperaron hasta que su jefe salió, arrastrando los pies.

—Disfruta de la pastilla, Imre. —La burlona voz de Novak atravesó la puerta mientras se alejaba por el pasillo.

La hoja metálica se cerró y la llave volvió a rechinar en el cerrojo. Volvía a estar solo.

El rictus se desdibujó. La larga y violenta parálisis de terror se convirtió en un temblor.

Cuando casi cesaron los estremecimientos, cogió la pastilla y la guardó bajo el colchón. Quizá más tarde la necesitara más de lo que la necesitaba ahora.

Rozó con la yema de los dedos la montura metálica de las gafas.

Las sacó de allí, aflojó el pedazo de vidrio más grande de la lente destrozada y lo desprendió con cuidado del borde. Las gafas eran viejas, pero estaban fabricadas con cristal de verdad, no con plástico moderno. El vidrio roto era grueso, un triángulo irregular que terminaba en una afilada punta dentada. Presionó contra ella la punta del pulgar hasta que brotó una oscura gota de sangre.

Permaneció allí sentado, inmóvil, durante horas, mirando aquel trozo de vidrio roto hasta que las luces se apagaron, dejándolo perdido en una negra oscuridad.



Tam estaba sentada en el borde de la cama y miraba la pared con los ojos abiertos como platos. Realmente daba lo mismo que estuvieran abiertos o cerrados, no podía bloquear las imágenes en el interior de su mente ni el estruendo de los sonidos. Lo había intentado, pero el rifle seguía resonando en la distancia una y otra vez; los gritos de horror se filtraban desde las horribles celdas de los sótanos de Sremska Mitrovica, desde los calabozos donde los torturadores estaban haciendo su trabajo.

Quería taparse los oídos con las manos, pero no serviría de nada porque el sonido salía del interior de su propia cabeza, así que clavó los dedos en la colcha hasta que se le pusieron blancos los nudillos, como si así pudiera aferrarse a la realidad. A esa carísima, limpia y segura habitación de hotel. Estaba en el Huxley, con su hija, rodeada de amigos. No se hallaba atrapada entre una multitud suplicante de cuerpos sudorosos, no se encontraba presa del sufrimiento, el hedor y los piojos. No estaba apiñada en una celda donde habían metido a tanta gente que ni siquiera se podía yacer en el suelo.

Rachel dormía en la cama, a su espalda. Había resultado muy difícil que la niña consintiera en regresar a la habitación después de haber estado jugando con Sveti y los demás niños durante toda la velada, por no hablar de la enorme

porción de tarta nupcial de chocolate que se había comido. Aun así, esa noche en concreto, ella no agradecía haberse quedado a solas con las pesadillas que poblaban sus recuerdos.

Esa noche habría intercambiado aquella inusual quietud por el ruido y la distracción; incluso los gritos enloquecidos de una rabieta habrían servido para bloquear las visiones.

Pero Rachel necesitaba dormir y ella se encontraba sola, con los ojos irritados y el estómago revuelto, volviendo a ver cómo caía la tierra sobre su madre y los enormes ojos abiertos de Irina.

Los recuerdos le provocaban la perturbadora sensación de estar viendo doble. Dos realidades superponiéndose entre sí, una más real que la otra. En aquella habitación hacía calor y, sin embargo, ella tenía la piel de gallina por culpa del frío pasado en otra habitación de hotel, en Titograd, dieciséis años atrás.

Entonces estaba sentada sobre un colchón hundido y sentía la fría colcha de brocado contra las nalgas. Solo llevaba encima un provocativo camisón de seda roja. Según había dicho Stengl, era lo único que necesitaba para lo que él quería. No disponía de ninguna otra ropa ni de zapatos o abrigo. Su aliento formaba una rítmica nube ante su boca. El gélido aire le congelaba el interior de la nariz cada vez que inhalaba.

Había deseado dejar de respirar. De hecho, lo había intentado.

La ventana estaba abierta de par en par; la había abierto ella misma. Estaba nevando y el viento impulsaba la nieve al interior.

Los segundos pasaban lentamente en el reloj dorado que había junto a la cama. La puerta estaba bloqueada; las ventanas, cubiertas por barrotes de hierro que no había podido arrancar; tenía los dedos en carne viva tras haberlo intentado. Los copos de nieve giraban sobre la alfombra, donde caían cada poco tiempo. No se derretían. Tic, tic, tic...

Siguió allí sentada, temblando, esperando que Stengl regresara e hiciera... Lo que hacía siempre.

Se preguntó si sería posible que antes de que él llegara ella se muriera de frío.

Obligó a su conciencia a regresar al mundo actual, pero seguía estremeciéndose por las sensaciones que evocaban los recuerdos. Se sentía algo enfadada consigo misma por caer en el profundo pozo sin fondo de los recuerdos. Era una estúpida irresponsabilidad por su parte, ya fuera involuntaria o no. Se levantó para acercarse al termostato y subió la

temperatura. ¡Al infierno con el frío!

Se tendió en la cama y se cubrió con la sábana antes de poner la mano sobre la delgada espalda de Rachel para sentir los movimientos de su respiración. Percibir el calor y la vida que vibraba en el pequeño cuerpo la hizo sentirse mejor.

No quería explicar a su hija que tenía que ausentarse durante algunos días. Gracias a Dios, Erin estaba dispuesta a ocuparse de ella, y Sveti también se ofreció a ayudar en todo lo posible. ¡Benditas fueran! Pero, pese a todo, sería una escena desagradable.

Se sentía exhausta, pero demasiado nerviosa para dormir. Seguramente sería un efecto secundario de la droga.

Aquel último intento por parte de Janos de llegar a un trato la había puesto nerviosa. ¿Cómo había llegado a conocer sus secretos más dolorosos y ocultos? ¿Los que siempre había guardado celosamente? Él los había expuesto sin cortapisas ante sus narices, como quien no quiere la cosa.

Hasta el más mínimo detalle de las escenas del pasado se reproducían en su mente desde que Janos había pronunciado aquel nombre, Stengl.

Volvía a tener quince años y era una víctima sin esperanza. Un desvalido juguete para el que quisiera utilizarla. Y querían, ¡claro que querían! Había regresado a los viejos y malos tiempos antes de que hubiera aprendido a devolverles la pelota.

Había recorrido el mundo en busca de Stengl, aquel cruel hijo de perra, durante años. Quería tenerlo a su merced antes de que pudiera encontrar un refugio seguro en el tribunal de los crímenes de guerra.

¡Oh, sí! Quería matarlo ella misma, con sus propias manos, a quemarropa. Sería un último intento para apaciguar los insistentes fantasmas que acechaban sus sueños.

Venganza. Era lo único a lo que no se podía resistir.

Se preguntó dónde estaría Janos. Se había abstenido de buscarlo con la mirada cuando salió del salón de baile. No había querido arriesgarse a volver a encontrarse con su mirada y sonrojarse como una idiota; o peor todavía, a verlo y echarse a llorar o a gritar. Llevar el pelo suelto y enredado, la mirada turbia y el rímel corrido eran combustible suficiente para alimentar las habladurías entre sus amigos durante meses sin necesidad de añadir nada más.

Si de algo estaba segura, era de que él no se había marchado. Estaba cerca, observándola.

Siguiendo un impulso, se levantó de la cama y caminó descalza hasta la

puerta. Puso la mano sobre el picaporte y esperó unos minutos, intentando identificar aquel lúcido y alborotado presentimiento. ¿Se trataba de miedo o de anticipación?

Abrió la puerta y no se sorprendió al encontrarlo allí mismo. Un hechicero como él podía ver a través de las puertas. Sin duda había podido hacerlo a través de los muros de su mente, y eran mucho más gruesos.

Se miraron el uno al otro.

Ella era incapaz de hablar y fue él quien rompió el silencio.

—Hace mucho frío —comentó al tiempo que miraba más allá de su espalda, al diminuto bulto que Rachel formaba en la cama gigante—. Déjame entrar, así podrás cerrar la puerta y no se enfriará la habitación. Por la niña... Tenemos que hablar.

Ella contuvo el impulso de responder algo cortante. Le permitió entrar y cerró la puerta, pero se mantuvo a contraluz de la claridad proveniente del cuarto de baño para así poder estudiar su rostro sin que ella fuera algo más que una difusa silueta para él.

Algo inútil; le resultó imposible leer su expresión. El rostro de Val Janos era una dura máscara cincelada resaltada por las sombras, que solo contribuían a definirlo.

Le hizo una seña para que la siguiera al cuarto de baño.

—Habla en voz baja —susurró—. Rachel tiene el sueño ligero. Está exhausta por haberse quedado despierta hasta tan tarde, pero te aseguro que se pondrá a gritar durante una hora si se despierta. Te seré sincera, en este momento no podría enfrentarme a eso.

Él asintió con la cabeza y entró tras ella en el lujoso cuarto de baño decorado con mármol negro. Se miraron el uno al otro sin moverse, pero la energía crepitaba entre ellos como una corriente eléctrica. Como si fueran dos duelistas estudiándose antes de un combate.

Aspiró su aroma, sintió su calor.

—Vas a acompañarme —dijo él. No fue una pregunta.

Ella cerró los ojos y tragó saliva.

—Mi más cordial enhorabuena, Janos —repuso—. Has dado con la tecla correcta para que haga lo que quieres. Sin embargo, tengo una condición.

—Pide lo que quieras.

—Antes nos encargaremos de Stengl —exigió.

Notó por la expresión de sus ojos que él iba a negarse y meneó la cabeza.

—Ese punto no es negociable, Janos. Si no nos ocupamos antes de Stengl,

puedes intentar llevarme hasta Novak, pero te prometo que me resistiré con todas las armas a mi alcance.

Él negó con la cabeza secamente.

—No. A Stengl lo podemos atrapar en cualquier otro momento, pero necesitamos liberar a Imre cuanto antes. Estoy desesperado. Novak ha establecido un horario para cortar...

—Lo lamento por Imre y por ti, pero no es problema mío —le interrumpió. Lo dijo en voz baja pero cortante como el cristal—. Las posibilidades de morir por culpa de tu descabellado plan son demasiado elevadas. Puedo aceptarlo si Stengl está muerto, pero no tengo intención de abandonar este mundo antes que él. Ni hablar. Es mi última palabra, ¿lo has entendido bien?

Vio que le palpitaba un músculo en la mandíbula y que se le ensanchaban las fosas nasales cuando emitió un largo suspiro. Murmuró algo que seguramente era una obscenidad en una lengua que ella desconocía antes de asentir con la cabeza.

—Vale.

Ella se giró y le miró directamente a los ojos en el espejo. Era más fácil enfrentarse a su reflejo que a él. De esa manera no recibía de pleno el impacto de su carisma; podía respirar.

Pensó en lo que había ocurrido en aquella cocina. En el placer abrasador que sintió. Él era lo suficientemente poderoso y salvaje como para poseerla allí, en ese mismo momento. Y, por lo menos durante el rato que tardaran en echar un polvo, podría perderse en él. No vería más aquella vieja habitación de hotel, no volvería a vestir aquel gastado camisón rojo. Stengl no la miraría con lascivia mientras se relamía los labios.

Notó el comienzo de las náuseas y cerró los ojos antes de inclinarse sobre el lavabo para mojarse la cara con agua helada.

Cuando se detuvo para respirar tenía el rostro entumecido por el frío. Él le tendió una toalla y ella se secó la cara, dejando la tela manchada por el rímel a pesar de que ya se había desmaquillado.

Se miró en el espejo. Estaba muy pálida, excepto por el salvaje sonrojo que le teñía los pómulos. Él se acercó a su espalda con expresión seria; irradiaba furia, frustración y deseo a partes iguales.

La deseaba. La intensidad de su oscura mirada le calentaba la piel haciéndola sentir ardor, anhelo, ansiedad. Al menos eso no era fingido. Daba igual qué más quisiera de ella, la lujuria estaba allí presente.

Estaba acostumbrada a notar ese impulso en los hombres, pero no en uno tan

completamente dueño de sí mismo... que no sentía miedo de ella.

El poder que él emitía era insondable e inabordable, pero la atraía. La seducía sin remedio.

Janos había abandonado su seductor encanto burlón. En ese momento era irrelevante, ya no era tiempo de bromear. Ella respiró hondo, con el corazón atronando en sus oídos junto con la monótona letanía interior. «No puedes permitirlo. No podías antes y tampoco puedes ahora, idiota».

Pero había algo voraz y necesitado en su interior que ansiaba aferrarse a él. Tenerlo cerca. Provocarlo, luchar contra él, darle patadas y golpes. Enredarse con él de cada manera que conociera.

El deseo sexual flotaba en el aire, tan pesado y ardiente que lo notaba contra la piel como una fuerza palpable. Jadeó, aterrorizada, ante aquella inexplicable excitación.

—No te hagas ilusiones —le provocó—. Los efectos de la droga ya han cesado.

—Claro —repuso él—. Me alegro de ello.

—¿De veras? Sin embargo, imagino que habías calculado la duración de los efectos hasta la última fracción de segundo —comentó.

—No, no tanto —confesó él—. Intervenían demasiadas variables. El intervalo en el que me manejaba era de quince minutos arriba o abajo. Pero ingeriste más alimento del que esperaba y eso hizo que el efecto fuera menos intenso.

—Por eso tardé tanto tiempo en ser consciente de lo que ocurría —elucubró ella.

—Seguramente.

La facilidad con que le dio la razón la enfureció. ¿Acaso estaba tratando de hacer que se sintiera mejor por haber sido tan fácil de manejar? ¡Menudo capullo condescendiente!

Ella bajó la mirada a sus puños apretados.

—Estás aquí porque todavía quieres más, ¿verdad? ¿Crees que has ganado? Es posible que hayas encontrado mi debilidad, pero ¿te da eso derecho a follarme a placer?

Él no varió de expresión.

—Estoy aquí porque tú quieres que esté aquí —repuso—, incluso aunque odies la idea. De no ser así, jamás habrías permitido que me acercara.

Aquella contundente y racional declaración decía mucho y nada a la vez. Se sonrojó por lo humillada que se sintió.

—Eres un creído.

—No —aseguró llanamente—. No lo necesito.

—¿Crees que puedes ser la respuesta a mis fantasías sin la ayuda de la droga? Pues puedes intentarlo, pero estoy al tanto de todos tus sucios trucos.

—Lo fui en el Shibumi —le recordó— y allí lo tenía todo en contra. Acabaste en el suelo, a pesar de que intentaste cortarme la garganta con un cuchillo envenenado y de que había dos guardaespaldas dispuestos a matar por ti al otro lado de la puerta. Y ni siquiera necesité quitarte la ropa.

Ella sorbió por la nariz.

—Y tú te recreas en ello, mamón.

Él se encogió de hombros.

—Si tú lo dices...

La lacónica respuesta, negándose a picar el anzuelo, la volvió loca. Tenía que callarse, pero el orgullo la impulsaba a seguir sosteniéndole la mirada. Ese contacto era suficiente desafío ante aquellos ojos oscuros que veían demasiado. Ante él se sentía transparente.

—Ahora mismo no soportas lo que sientes —aseguró él con suavidad—. Yo podría hacerte olvidar, al menos durante un rato.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Acaso guardas algún mágico remedio en el bolsillo?

—Ya sabes cómo.

Ella le miró boquiabierta ante tamaña muestra de vanidad.

—¡Oh, sí! ¡Aquí tenemos a Janos y su sorprendente polla! ¿De verdad vas a concederme un momento de olvido por ayudarte con tu descabellado plan? Qué generosidad por tu parte. Un polvo por gratitud. ¡Guau, increíble! Me abrumas, en serio.

Él estaba meneando la cabeza antes de que ella terminara.

—Sabes de sobra lo mucho que te deseo —dijo con una mirada de reprobación—. No podría ocultarlo aunque quisiera.

—Memeces. Puedes ocultar o mostrar lo que te dé la real gana —aseguró—. No intentes convencerme de lo contrario. Yo también puedo; he tenido el mismo entrenamiento que tú.

—No intento convencerte de nada —respondió él—. La verdad es la verdad.

—No me hables de la verdad —atacó con fiereza—. Es una gran ironía viniendo de un mentiroso profesional como tú.

Él ladeó la cabeza.

—De acuerdo. Si no quieres oírlo, no lo diré.

Ella apartó los ojos de su cara, sintiéndose excitada y algo tonta, pero al momento volvió a mirarle como si no pudiera evitarlo. ¡Maldito fuera! Eso no le había ocurrido nunca.

—Te deseo —confesó él, bajito—. Y tú me deseas a mí. ¿Por qué te cuesta tanto reconocerlo? ¿Por qué luchas contra ello con tanta intensidad?

Ella alzó las manos con rapidez para cubrirse las mejillas enrojecidas; un irreprimible gesto femenino que lamentó en ese mismo instante.

—Porque me usas —replicó con la voz ronca—. Me avergüenza dejar que me uses así.

Él no lo negó y se mantuvo en silencio.

—Lo siento —aseguró después de un momento eterno—. No deseo usarte.

Bueno... milagro entre los milagros. Al menos era honesto en algo.

Sin embargo, no pudo responder con un sarcasmo de los suyos. Su voz se quedó perdida tras el muro de piedra que tenía en la garganta. Le temblaban los labios y tenía la cara caliente. Él se acercó tan despacio que apenas era perceptible, pero pronto estuvo casi pegado a ella. Anhelaba el calor que generaba su cuerpo. Lo necesitaba para calentar la frialdad de sus huesos; para contrarrestar aquella fría habitación de hotel y el camisón de seda roja, los copos helados sobre la alfombra.

Eligió las palabras con mucho cuidado.

—No podemos despertar a Rachel, ¿entendido?

Él esbozó una sonrisa.

—Entonces trata de no hacer mucho ruido esta vez.

Le vio quitarse la chaqueta y colgarla en la puerta, a su espalda, antes de despojarse de la ceñida camiseta negra.

Tam no estaba dispuesta a jactarse o a comérselo con los ojos. Ya tenía un concepto demasiado elevado de sí mismo para que ella le diera munición, pero... ¡Oh, Dios! ¡Qué difícil era no caer en la tentación! ¡Guau!

Su cuerpo era asombroso; grande, ancho y con todos los músculos definidos. Pero su musculatura era resultado de duro ejercicio físico, no de levantar pesas. Ella había sentido su vibrante poder desde el momento en que le tocó y fue víctima de sus increíbles reflejos cuando forcejeó con él en el Shibumi. Eran músculos inteligentes y flexibles, preparados para todo, que sabían qué hacer sin dudar.

A ella le gustaban esa clase de cuerpos. Le gustaba ese poder.

Un triángulo de vello oscuro cubría su torso y bajaba hacia su ingle, perdiéndose por debajo de la cinturilla de los vaqueros. Él permaneció allí

quieto, esperando pacientemente, dejando que lo examinara a su antojo, desde las cejas rasgadas y los profundos hoyuelos en sus mejillas hasta el tono bronceado de la piel que cubría los abultados hombros. Los tendones se tensaban en los nervudos antebrazos, donde las venas azules formaban interesantes patrones bajo la piel dorada. Sintió el impulso de dibujarlas con la punta de los dedos, de aprendérselas de memoria.

Y tenía cicatrices. Muchas más de las que imaginó. Janos había sido víctima de mucha violencia, y además no hacía mucho. Tenía rasguños y costras; magulladuras todavía amarillentas y un vendaje manchado de sangre en lo alto del brazo. Un recordatorio de la aventura de aquella mañana, cuando había luchado para salvarlas. Su rostro era delineado por el luminoso resplandor de la lámpara del espejo del cuarto de baño, que iluminaba cada una de sus marcas. En aquel profundo silencio cayeron todas sus máscaras: la del refinado y elegante hombre de negocios y la del astuto gigoló. Ahora era un guerrero duro y poderoso, lleno de heridas y letalmente peligroso.

Sus ojos eran negros y su boca se había convertido en una línea recta. Ahora no se veía ningún hoyuelo, ningún rastro de sonrisa. Parecía que aquella era una cuestión muy seria. Y lo era, considerando lo que arriesgaba al intimar con alguien como ella.

Vio cómo él cogía un grueso mechón de su cabello para apartarlo y enterrar la nariz en su nuca. Le besó la piel con aquellos labios tan calientes y suaves.

El contacto la hizo estremecerse sin control.

Él vaciló antes de presionar el abrasador calor de su cuerpo contra ella. Ella tuvo que cerrar los ojos y respirar hondo para relajarse, aceptando aquella energía masculina, dejando que la inundara.

Val no se movió, dejándola sentir su cálido aliento contra el hombro al tiempo que mantenía las manos contra la parte superior de sus brazos. Los minutos pasaron lentamente. Ahora el tiempo era medido por los frenéticos latidos de sus corazones.

De pronto, él agarró el borde superior del vestido y bajó la tela elástica hasta que vio en el espejo que los erizados pezones detenían el avance. Se quedó mirando un buen rato antes de empujarla más abajo, hasta que la prenda formó un charco alrededor de sus pies.

Estaría desnuda si no fuera por el provocativo ligero y las medias. Ella no era una mujer pequeña, pero parecía diminuta y delicada ante él. Odiaba parecer tan frágil. Cuando miraba el espejo, le parecía ver un pálido fantasma, una mujer demasiado joven con el pelo suelto y revuelto. Una niña con los

ojos muy grandes adornada con inapropiada lencería erótica.

Él le deslizó las manos por los costados hasta ahuecarlas sobre sus pechos, y ella se estremeció bajo sus palmas. Tuvo que contener un gemido ante la inexplicable sensibilidad de su piel, que vibraba y hormigueaba bajo cada leve roce. Se sentía muy vulnerable.

—¿Por qué me hiciste eso? —preguntó con un hilo de voz.

Él le acarició el hombro con la nariz sin dejar de frotar los pulgares sobre los pezones.

—¿El qué? ¿Suministrarte esa droga?

Ella giró levemente entre sus brazos para enfrentarse a sus ojos.

—¿A qué otra cosa iba a referirme?

Él arqueó una ceja.

—¿No te atreverás a estar enfadada por eso después de lo que tú me hiciste en el hotel?

Ella hizo un gesto con la mano, molesta.

—Eso es diferente. Yo te pedí que te esfumaras. Primero lo hice con amabilidad... y después sin pizca de delicadeza. No me hiciste caso en ninguna de las dos ocasiones, así que me vi obligada a hacerlo. Una lástima, pero hay una explicación sencilla; no se trataba de nada personal. Sin embargo, drogarme para seducirme es muy distinto. Se trata de algo muy personal.

Él apartó las manos de sus pechos para sujetarla por la cintura y extender los dedos por su vientre plano. Rompió el contacto visual.

—Necesitaba llegar a ti —admitió él—. Y tenías unas defensas muy rígidas; era prácticamente imposible atravesarlas. Creo que lo hubiera conseguido sin ayuda si hubiera dispuesto de tiempo para...

—Sigo diciendo que eres un creído. Te tienes en un elevado concepto —le interrumpió, solo para provocarle.

—Si hubiera dispuesto de más tiempo —repitió él, tercamente—, lo habría logrado. De hecho lo conseguí en el Shibumi. Pero Imre no tiene tiempo y yo tampoco.

—Entonces, ¿todo esto es por Imre? Es lo que pensaba desde el principio, no es por mí. —Sintió un irracional deseo de gritar y llorar, de apartarlo a empujones.

—No. —La miró crispado, antes de rodearla con sus brazos y estrecharla contra su pecho. Ella sentía su erección clavada contra las nalgas—. Dios, no. Te deseo. Nunca lo dudes.

Ella cerró los ojos. Por supuesto, era lo que él debía decir, pero sería tonta

de remate si se permitía creerlo. Sin embargo, permaneció allí, envuelta en su calor, con el cerebro derretido. Val la hacía sentirse bien. Cada célula de su cuerpo necesitaba absorber esa cálida energía... y él tenía tanta. Era delicioso.

—Todavía no lo entiendo —insistió ella—. ¿Qué tiene que ver el sexo con Imre? Ni que hubiéramos follado dentro de la fortaleza de Novak.

Él se inclinó sobre su hombro y comenzó a lamerlo.

—Me has descubierto —confesó—. Te deseaba y no lograba seducirte. No podía esperar más. Perdóname, no soy más que un asqueroso *porcone*. Esa es la verdad.

—Deja de usar esa palabra —repuso ella con brusquedad.

Él alzó la cabeza con los ojos entrecerrados.

—¿A qué palabra te refieres?

—A la verdad —aclaró con voz afilada—. Me molesta.

Él la miró con expresión sombría.

—Por supuesto que te molesta. Es lo que necesitas por encima de todo, ¿verdad? Lo que más anhelas, lo reconozcas o no.

Ella resopló.

—¿Y por qué estás tan seguro de que tengo ese anhelo secreto?

—Porque yo también lo siento —confesó él—. Somos tal para cual. —La suave y ronca vibración de su voz era como un toque mágico que atravesaba sus defensas.

Se rindió. Dejó de luchar contra él y contra sí misma. Ansiaba su contacto y le clavó las uñas en los antebrazos cuando sus lentas y hábiles caricias comenzaron a arrancarle jadeos entrecortados.

Val deslizó la mano entre sus piernas, frotando la húmeda unión entre sus labios vaginales con la punta del dedo, sin prisa alguna por traspasarlos. Era una invitación sutil, una delicada provocación para que todas sus terminaciones nerviosas estuvieran preparadas para llevarlos a un estado de excitación absoluta. Comenzó a rozarle el clítoris, un lento giro sin exigencias que daba vueltas y vueltas... Como si quisiera recordarle lo que estaba pensando: que aquel hinchado brote era el objetivo de sus planes y... ¡Oh, Dios! Se estremeció de pies a cabeza, arqueándose hacia su mano. La tensión acumulada durante tantos años se veía liberada de manera salvaje con un leve contacto.

En el espejo vio que tenía los ojos llenos de lágrimas y los cerró con fuerza.

—Solo es necesario un pequeño roce y explotas —murmuró él—. Es hermoso.

Pero no se sentía hermosa. La hacía sentirse desnuda, sin piel que protegiera sus entrañas. Ridícula y necesitada. Jodidamente tonta. No podía soportar volver a sentirse así tan pronto, pero tampoco podía alejarlo, por lo que eligió otro camino.

El instinto encendió un interruptor en su mente; era una técnica que había aprendido cuando era muy joven y siempre le había sido de mucha utilidad. Consistía en representar el papel de sirena seductora con esa parte de ella que volvía locos a los hombres mientras en su cabeza redactaba mentalmente la lista del supermercado. Aunque se había prometido a sí misma no volver a utilizar tal táctica después de la debacle ocurrida con Novak, el personaje seguía en su interior, preparado para hacer su trabajo. Y era un bendito alivio sentir ese poder, poder confiar en su belleza y su experimentada habilidad para proporcionar placer.

Era algo que nunca le había fallado, salvo con Kurt Novak, pero él había sido un caso especial; apenas podía ser considerado humano.

Sin embargo, Janos era muy humano, así que conseguiría que se derritiera por ella igual que él había hecho con ella. Sí, casi no podía esperar.

Se dio la vuelta y le empujó contra la pared. Él pareció sorprendido ante aquella repentina brusquedad, pero ella le recorrió el torso, caliente y duro, con las manos. En sus dedos casi sintió la corriente eléctrica que crepitaba entre ellos.

Él entrecerró los ojos al notar su agresividad. Ella dibujó cada diminuto detalle de su cuerpo con las yemas antes de recorrer el mismo camino con los labios. Depositó cálidos y húmedos besos por todo su pecho, notando cómo se estremecía y jadeaba cuando lamió los apretados brotes oscuros de sus tetillas, que remataban unos pectorales perfectos y muy desarrollados. Paladeó con placer su viril sabor salado. Luego deslizó las manos hacia los músculos abdominales siguiendo la sedosa textura del vello oscuro que se perdía tras la cinturilla del pantalón. Abrió los botones para bajárselo, empujando la tela por los muslos para poder acariciar el rastro de vello con la punta de los dedos hasta donde volvía a ensancharse otra vez, rodeando la base de su pene.

Su pene... Era tan grueso y largo que le llenaba la mano. La rendija en la punta brillaba por la lubricación que hacía brotar la excitación. Recogió la cálida humedad con los dedos y la extendió por todo el glande, apretándolo y soltándolo sin cesar. Él cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás al tiempo que comenzaba a jadear.

¡Oh, sí! Eso estaba mucho mejor. Era ella la que tenía el mando. Estaba

dispuesta a hacer realidad los más salvajes sueños de ese hombre, a ser su sirena sedienta de sexo, a hacer pedazos su mente, a estremecer su mundo. Se puso de rodillas con teatral lentitud, aspirando el salado aroma de su piel y el cálido almizcle de su sexo.

Su erección sobresalía tanto que tuvo que retirarse un poco para poder acariciarla. Deslizó la lengua por toda la palpitante longitud, por el ancho y venoso tallo, hasta rodear el glande carmesí. Lo capturó dentro de la boca, creando con sus labios y lengua esa húmeda y sedosa succión que todos los hombres sueñan sentir, alternándola con sensuales y provocadores lametones tan audaces como voraces. Acarició al mismo tiempo las depresiones que formaban los huesos en las caderas.

La introdujo cada vez más profundamente en su boca, albergándolo lo más lejos que pudo contra la garganta, y lo succionó con fuerza mientras movía los dedos muy despacio por sus pesados testículos. Él enterró los dedos en su pelo para urgirla con suplicantes movimientos, aunque de vez en cuando la detenía para no eyacular y retrasar el orgasmo. Lo hizo tres veces; sin duda aquel hombre tenía un autocontrol asombroso.

¡Maldito fuera! Conseguiría hacerle perder ese control. Lo castigaría por destruir su vida, por haber conseguido que lo deseara con esa ansia. Por ser fuerte, difícil e insistente. Conseguiría que explotara, que se derramara, que le rogara... Le demostraría quién estaba al mando.

Él le encerró la cara entre las manos y la empujó con suavidad, alejándola de su miembro.

—No —dijo con voz temblorosa.

Ella le miró, confundida, y se pasó el dorso de la mano por la boca.

—¿No qué? ¿Todavía no? ¿No en mi boca? Sé un poco más específico.

—No quiero follar con un juguete sexual —aclaró—. Prefiero a la mujer de verdad.

Aquel rechazo fue como una bofetada en lo más profundo de su alma. No se lo esperaba. Se quedó mirándolo, paralizada por la conmoción. Cuando por fin pudo moverse, se levantó y retrocedió todo lo que pudo en la pequeña estancia.

—Si no te gusta, lárgate.

Él la miró.

—No, no es que no me guste, me has malinterpretado.

Ella se rio con amargura.

—De eso no tengo duda, desagradecido hijo de puta. Jamás se ha quejado

nadie.

—Estoy seguro. —Lo vio entrecerrar los ojos con esa penetrante mirada que ella había comenzado a temer. La hacía sentirse demasiado frágil—. Te has lanzado en picado a hacer lo que te hace sentir cómoda, ¿verdad? No quiero eso, no quiero ser un amante más.

Ella jadeó ante aquel ultrajante descaro.

—Un amante más... ¡Oh! ¿Es que no soy lo suficientemente buena para ti?

—No seas ridícula —le amonestó él—. Es que te prefiero a ti, tal y como eres de verdad.

Por supuesto. Quería a la chica vulnerable con el corazón en carne viva que había sido. Pero esa chica ya no existía.

—No puede ser. —Le horrorizó notar que se le quebraba la voz.

Él alargó la mano para retirarle el pelo de la cara.

—Confía en mí —la apremió con ternura—. No te haré daño.

Ella se estremeció y se alejó de su contacto mientras se cubría con la mano la boca temblorosa.

—Lo harás —repuso—. Si no me deseas así, lárgate.

Él emitió un feroz suspiro de frustración.

—Sabía que tarde o temprano harías esto. Que te esconderías en tu interior y solo quedaría una hermosa muñeca entre mis brazos.

—Quieres decir una puta, no una muñeca —siseó ella—. Venga, dilo. Es así como me haces sentir.

Él le apresó un mechón de pelo y lo llevó a sus labios antes de apretarlo contra su mejilla.

—Yo sería el último en considerarte una puta —declaró en voz baja—. Sé lo que significa tener que hacer lo necesario para sobrevivir.

Ella tiró del pelo para liberarlo de sus dedos.

—¿Por qué lo sabes? ¿Acaso sabes lo que se siente al ser utilizado y luego dejado de lado como si fueras basura? ¿En lo que tienes que convertirte para sobrevivir?

—Sí —respondió.

Ella permaneció en silencio, fascinada por el aura de poder que emitía y por la expresión inescrutable de su hermoso rostro.

—¿Tú también? —se le quebró la voz—. ¡Oh, por favor! Dame un respiro. Tu experiencia como gigoló profesional es irrelevante en ese asunto, Janos. Mírate. Eres un hombre, pasas del metro noventa, estoy segura de que pesas más de cien kilos. Nadie podría utilizarte y luego desecharte sin más. No

sabes de lo que hablo.

—Estás equivocada. —Él deslizó la mirada por su propio cuerpo antes de brindarle una sonrisa de medio lado que contenía un mundo de tristeza—. Odias demasiado a los hombres para pensar que pueden llegar a ser vulnerables, ¿verdad? Pues no siempre fui tan grande.

Ella cerró la boca y se mordió el labio.

—Ah... —susurró.

—Era un niño cuando..., cuando me ocurrió —comentó—, pero es imposible de olvidar.

Entre ellos se alargó un incómodo silencio. Él había disuelto su ira con habilidad. Tenía un aterrador talento para ello.

Podía ser mentira, pero hubo algo en la sencillez de sus palabras y en su mirada que la hizo pensar que era verdad.

«Verdad». Ahí estaba otra vez esa palabra volátil, voluble y peligrosa, acosándola una vez más. En el centro de todo.

—Y... ¿ahora estás bien? —preguntó sin poder contenerse—. ¿Ya lo has superado?

Él encogió los hombros.

—Cada cual encuentra su fórmula para volver a estar entero.

—Sí, es justo así; volver a estar entera —masculló ella—. Eso es justo lo que trataba de hacer.

Lo vio fruncir el ceño.

—No quiero andarme con juegos contigo.

—Entonces, ¿qué cojones quieres? Estaba ofreciéndote todo lo que tengo para ofrecer a un hombre, todo lo que sé, y lo has rechazado, capullo ingrato. Dime, ¿qué quieres? ¡Dímelo de una puta vez!

Él abrió las manos. Parecía desconcertado.

—Es... Es una sensación. No sé cómo explicarlo. No lo había sentido antes. Es como ver sin usar los ojos. Algo más allá de los sentidos, pero es asombrosa.

Deseó creer cada palabra que él decía, caer en aquella trampa con tan meloso cebo. El impulso de dejarse llevar era muy fuerte, casi incontenible, pero él era un hombre muy inteligente. Lo suficientemente astuto como para leer su mente y saber qué era lo que más la tentaría, lo que la conmovería.

Se limpió las lágrimas de rabia y le brindó una sonrisa vacía.

—Quieres algo que no existe, Janos. O más bien algo que está muerto desde hace mucho tiempo.

Él compuso una expresión obstinada.

—Lo sentí antes de que me tomaras con la boca. Tú estabas conmigo y, de repente, te fuiste; desapareciste. De pronto estaba haciéndome una mamada una hermosa *cortigiana* que tenía la mente y el corazón a miles de kilómetros de distancia. Lo siento. No quería herir tus sentimientos, pero me sentí solo. —La miró con cara de arrepentimiento.

Ella puso los ojos en blanco.

—¡Vaya mierda! Debes de ser el único hombre del mundo que se deprime cuando una mujer solo le hace una mamada.

—Sí, sí, ya lo sé; hay cosas peores —la interrumpió con impaciencia—. No tengo motivos de queja, casi me matas de placer, pero eso no es suficiente después de sentir lo otro.

—Ten presente que la única vez que hemos follado estaba drogada, ¿recuerdas? No permitiré que vuelvas a hacerme eso. Lo que sentiste no fue real; solo una fantasía química.

—Yo no ingerí la droga. No pudo haberme provocado nada —insistió con tozudez—. La droga solo sirvió para que bajaras tus defensas.

—Da igual —intentó zanjar el tema—. Mis defensas están alzadas y van a seguir así. Así que vuelve a vestirte y tú y tus altas expectativas podéis iros con viento fresco antes de que yo...

—No —la interrumpió.

—¿Cómo que no?

—Que yo me vista y me largue no es una de las opciones que tienes en este momento —anunció—. De hecho, te has quedado sin opciones. Solo hay una salida, así que ve resignándote.

Aquel tono implacable la puso furiosa.

—No te atrevas a darme órdenes, Janos. Sé que eres muy fuerte, pero a mí nadie me dice lo que tengo que hacer. Créeme, no te compensaría el precio que te haría pagar.

A él le brillaron los ojos.

—¿Eso significa «no»?

—¿Quieres morir? —preguntó ella—. No hablo figuradamente, Janos.

Él sonrió.

—¡Genial! —la animó—. Te prefiero sanguinaria y real que sonriente y falsa.

—Oh, estás loco. —Se lanzó hacia la puerta, pero él la agarró por la cintura desde atrás y la alzó en el aire, sosteniéndola con su duro brazo contra su

cuerpo caliente. Ella intentó apresarle con los tobillos, darle codazos en las costillas mientras se retorció como una anguila, pero él era demasiado fuerte—. ¡Maldito seas! —susurró llena de ira—. Suéltame.

—Shhh —murmuró él—. Vas a despertar a la niña.

Ella estaba a punto de sucumbir a un ataque de pánico.

—¡Suéltame! Estás vengándote por lo del collar, ¿verdad?

—Shhh. No, en absoluto —la tranquilizó—. No soy rencoroso. De eso solo tuve yo la culpa, por haber bajado la guardia. No volveré a cometer ese error.

Aquel tono tranquilo y controlado con que hablaba la volvía loca.

—¡Oh, no, claro que no! —jadeó ella—. No estás enfadado, pero no dejas que me marche y me amenazas con forzarme. ¿De verdad piensas que voy a creerme que no estás cabreado?

Él la besó en el cuello.

—No seas tonta —se burló—. Necesitas a un hombre más fuerte que tú. Ahora quiero que te tranquilices o acabarás por hacerte daño.

—No —gruñó ella, retorciéndose en sus brazos—. Te haré daño a ti.

—No lo permitiré —aseguró él sin perder la serenidad—. Hoy fuiste más rápida que yo con el collar, pero ahora te tengo y no te soltaré hasta que consiga lo que quiero.

Se le anegaron los ojos de lágrimas de frustración.

—Ya te lo he dicho, *stronzo*, lo que tú quieres ¡no existe!

—¿No? —Giró con ella entre los brazos hasta que ambos se vieron en el espejo—. Mírate —dijo él—. Por fin tienes color en la cara. Tienes los ojos brillantes. Ardes.

—Por supuesto —repuso airada—. ¡Estoy cabreada contigo!

—Bueno, pues eso está bien. Funciona —comentó—. Sé lo que quieres. Te gusta la fuerza. Debes haberte sentido desilusionada esta tarde, al ver que sucumbía con tanta facilidad como un cerdo degollado. Pero voy a compensarte. No dejaré que ganes de nuevo. Esta vez estás a salvo, confía en mí.

Que confiara en él... ¡Ja, menudo chiste! Él se inclinó hacia delante de manera que sus brazos quedaron atrapados contra la fría encimera de mármol. Sus ojos se encontraron en el espejo. Jadeaba con el aliento entrecortado por la furia y la excitación.

Él introdujo las piernas entre sus rodillas para separárselas.

Ella se mordió los labios cuando él deslizó la mano entre los muslos para tocarle la vulva. Deslizó los dedos entre sus pliegues con pausada lentitud en

una tierna caricia; de arriba abajo, de abajo arriba, demorándose para rodear el clítoris. Una y otra vez. Ella contuvo el aliento.

—Ahora estás conmigo —se jactó él—. Esto es lo que quiero. Esta sensación.

—Claro que estoy contigo. Me siento impotente. Me tienes inmovilizada, cabrón asqueroso —escupió en tono cortante—. ¿Es así como te gusta?

—¿Impotente? ¿Tú? —Se rio mordiéndole la oreja—. Eres la mujer menos impotente que haya conocido jamás. Eres una tigresa comehombres. Quizá me arranques la garganta de un bocado, pero valdrá la pena. —Arrastró los dientes con ternura por uno de los tendones del cuello mientras la estimulaba con los dos dedos que introducía entre sus resbaladizos pliegues antes de empujarlos lentamente en su interior.

Ella jadeó en silencio y contrajo sus músculos internos en torno a la intrusión.

—Me gustaría lamerte el clítoris. Llevarte al orgasmo con la boca —murmuró contra su piel—, pero ahora estás demasiado tensa, casi electrizada. Tendría que atarte de pies y manos para poder hacerlo de una manera apropiada. Lo haré algún día si disponemos de la privacidad adecuada; si llegamos a tener la oportunidad de usar una cama.

Estaba en sus manos. ¡Oh, Dios!

Sus dedos indagadores encontraron un lugar maravilloso y muy sensible en su interior, haciéndola emitir un gemido. Él se concentró en ese punto en cuanto lo percibió y le prodigó toda su atención, acariciándolo con la yema de un dedo una y otra vez hasta que el profundo y palpitante placer creció y se agudizó, comenzando a latir de una manera tan abrumadora que ella tensó cada músculo de su cuerpo.

Se relajó entre sus brazos, jadeando. Sentía los muslos húmedos y su cabello caía enredado encima del mármol. Se lamió el labio superior cuando le escuchó abrir el condón con los dientes.

¿Sería esa su oportunidad? ¿Cuando él estaba ocupado con el preservativo? Seguramente podía proporcionarle alguna desagradable sorpresa... Pero no lo hizo. Estaba temblando. Se estremecía por alcanzar lo que sabía que venía a continuación.

Cerró los ojos y casi aulló de placer cuando lo sintió en su interior. El grueso glande rozaba y estimulaba todas las terminaciones nerviosas durante el largo y estrecho recorrido hasta quedar clavado hasta la empuñadura.

Ella se arqueó hacia atrás, apretando los músculos internos en torno a la

enorme presencia que palpitaba en su interior. Se sentía caliente, llena. Repleta.

Solo fueron necesarios unos breves empujes para encontrar el ritmo que necesitaban y comenzar a moverse con un salvaje y violento movimiento. Sus ojos estaban unidos en el espejo, sus cuerpos enredados en una cadencia desenfadada.

Val la rodeó por completo con los brazos y puso sus manos sobre las de ella, encima del frío mármol, en un tenso enredo de dedos entrelazados. Sus pechos se bamboleaban con cada embestida.

Los dos tenían la respiración entrecortada y reprimían los gemidos. Ella se mordió los labios hasta hacerse sangre para contener los jadeos, los gritos. Todas aquellas cosas imposibles que él había mencionado eran verdad; habían caído por el precipicio y se acercaban a un nuevo lugar. Un lugar muy hermoso.

Habían traspasado la zona de peligro.

Ella jamás había permitido que nadie se acercara tanto. En ese punto él podría destruirla con suma facilidad, pero entre sus fuertes brazos se sentía lo bastante segura como para rendirse y permitir que el placer la llevara hacia aquella estruendosa inconsciencia que sabía que les aguardaba. Quizá fuera un error..., una mentira, una ilusión..., una trampa letal.

No le importó. Se dio por vencida, se dejó ir y él la siguió.

Explotaron juntos.

Se miraron el uno al otro en el espejo durante unos silenciosos y jadeantes minutos. Por fin, él se retiró y se deshizo del preservativo. La ayudó a incorporarse, a erguirse, y le acarició la cara cuando le retiró el pelo de la piel húmeda.

Ella se quedó allí, con los brazos caídos y la cabeza levantada. Contempló su desnudez, el profundo rubor que cubría su pecho, su cuello, su rostro. Los labios muy rojos. Y cuando él la rodeó con los brazos, dio la bienvenida al maravilloso calor de su cuerpo. Aceptó los tiernos y afectuosos besos que él iba dejando en sus hombros y su espalda. Anhelaba el lento y ardiente movimiento con que le acariciaba la cintura y el estómago con sus grandes manos. No se resistió. Era una sensación muy extraña.

Podría acostumbrarse a eso. Incluso llegar a necesitarlo. A anhelarlo. A soñar con ello cuando no lo tuviera.

«Algo que ocurriría muy pronto».

—¿Qué? ¿Me he ganado una sentencia de muerte con mi insolencia? —

preguntó él.

Ella se humedeció los labios mientras consideraba su respuesta.

—Tu sentencia queda en suspenso por ahora —respondió con languidez—. En estos momentos estoy demasiado cansada para matarte, pero no puedo asegurar lo que haré más tarde. Ve con cuidado.

Él esbozó una sonrisa y la besó en la garganta.

—¿Te duchas conmigo?

Ella meneó la cabeza.

—Ni hablar. Y menos con Rachel durmiendo ahí al lado. Yo me ducharé primero y tú esperas en la puerta. Si ella se despierta, me avisas. Y que no se te ocurra, bajo ninguna circunstancia, salir desnudo de aquí, ¿entendido? Está dormida, pero por si acaso... No necesita una lección de anatomía humana a la tierna edad de tres años.

Él asintió con la cabeza en actitud dócil. Ella entró en la ducha tras recogerse el pelo en lo alto de la cabeza y se enjabonó.

Su cuerpo le resultaba extraño. Todavía sentía la piel sensible y su sexo palpitante. Estaba irritado por el salvaje coito, excitado por el repetido placer. Lo único que tenía que hacer era contraer los músculos de los muslos y las reminiscencias del orgasmo le hacían hormiguesar las piernas, las rodillas y las pantorrillas, llegando hasta la punta de los dedos de los pies.

Janos la esperaba con una enorme y mullida toalla extendida ante ella. Dejó que la secara, levantando cada pierna y girando con la gracia de una reina que aceptara las atenciones de los sirvientes atendiendo su cuerpo. Sin embargo, si esperaba que le devolviera el favor, iba a llevarse una desagradable sorpresa.

Salió del cuarto de baño dejándolo allí y se acercó a las bolsas del centro comercial en busca del camisón que había comprado usando la tarjeta de Janos. Arrancó las etiquetas y se lo puso con rapidez. Estupendo. Se metió en la cama junto a Rachel y extendió la mano. Quería mantener la distancia pero, aun así, sentir los reconfortantes movimientos de la respiración en la espalda de la niña.

Estaba profundamente dormida. ¡Genial!

Unos minutos después se abrió la puerta del cuarto de baño. El magnífico cuerpo de Val se delineaba a contraluz en el vano de la puerta. El vapor lo rodeaba como una nube. Había vuelto a ponerse los vaqueros y tenía un vendaje limpio sobre la herida del hombro.

Le vio apagar la luz y convertirse en una sombra más oscura en medio de la penumbra.

—Quiero dormir aquí esta noche —anunció él—. Para protegeros.

Por supuesto. Y de paso se aseguraba de que a ella no le entraba un ataque de pánico y le daba por huir. La irritaba tener que tomar otra decisión de vida o muerte cuando estaba tan cansada, pero... ¿Para qué buscar tres pies al gato? Él ya había traspasado cada una de las barreras que ella había creado, tanto físicas como psicológicas.

Por lo que había comprobado, hacerles daño no formaba parte de sus prioridades; si fuera así, ya se habría encargado de eso. ¡Qué demonios! No tenía fuerzas para echarlo.

—Si quieres, puedes dormir en el suelo —le ofreció en tono gélido—. Creo que hay una almohada y más mantas en el armario. Cógelas.

Ella apenas podía vislumbrar su silenciosa silueta en la oscuridad, pero tuvo el presentimiento de que él estaba sonriendo. Se apoyó en el codo.

—Ni se te ocurra acostarte en la cama —susurró con fiereza—. Es posible que te haya dejado entrar en mi cuerpo, pero te conozco desde hace solo veinticuatro horas, y te he visto matar a tres hombres hoy. Te prometo, por lo que más quieras, que no dormirás al lado de mi hija.

—Por supuesto que no. —En su voz vibraba una profunda diversión reprimida—. Ya es un honor sin igual que me permitas estar en la misma habitación que ella; estoy muy conmovido.

Ella resopló.

—No exageres, Janos.

Él caminó hasta el armario. Tomó las mantas y la almohada y extendió una frente a la puerta. Luego lanzó encima la almohada, se envolvió en otra manta y se tendió en el suelo sin decir palabra.

Ella había esperado dormirse al momento, pero los acontecimientos del día habían hecho desaparecer cualquier rastro de somnolencia. Tenía la cabeza llena de pensamientos y preocupaciones y se hallaba demasiado desconcertada para clasificarlos.

Sin embargo, había algo que seguía dando vueltas y vueltas. La inquietaba y desvelaba. Era un detalle fortuito e irrelevante, pero la agujoneaba sin parar.

—¿Janos? —susurró.

Él bostezó.

—Ya hemos pasado muchas cosas juntos —dijo en tono somnoliento—. Y hemos hecho el amor dos veces. ¿Por qué no me llamas Val?

—Lo que hicimos no fue el amor, y si supiera tu nombre de verdad, lo usaría.

Él permaneció en silencio durante un buen rato.

—Val es tan bueno como cualquier otro, Tamar Zadro.

Escuchar su nombre real hizo que se estremeciera.

—Llámame Tam Steele, por favor —ordenó sin inflexión en la voz—. Quiero que me digas algo, Janos.

—Si está en mi mano —repuso él—, pero solo si me llamas Val.

—¿Cuántos años tenías cuando te ocurrió? —preguntó.

Él no fingió no entender a qué se refería, pero permaneció callado durante tanto tiempo que ella llegó a pensar que no iba a responderle.

—La primera vez tenía once años —se escuchó al final.

Ella se estremeció en la oscuridad.

—Ah...

Transcurrieron unos silenciosos minutos. Por fin, él se sentó en el suelo al tiempo que soltaba un fuerte suspiro de irritación.

—Deja de pensar en eso —le pidió bruscamente.

Ella jadeó.

—¿A qué te refieres? ¿Qué quieres decir?

—Casi puedo oír tus pensamientos. Por favor, basta. Intento pensar en ello lo menos posible.

Ella no pudo contener una risita.

—Perdona, intentaré no hacerlo.

Pasó un buen rato antes de que él hablara.

—¿Y tú? ¿Cuántos años tenías?

—Quince —confesó.

—Ah...

Como siguiera así, iba a ser ella la que lo increpara.

—¡Maldita sea! ¿Puedes dejar de pensar en eso?

Él se rio con suavidad.

—Eres una hipócrita.

—Sí, exactamente —reconoció con irritación—. Ahora, ¿puedes dejar de hablar para que pueda dormir un poco?

—Has empezado tú —señaló él.

—Cállate, Janos.

—Llámame Val, por Dios —reprendió en tono cansado antes de rodar para darle la espalda.

Ella se quedó mirando la oscuridad fijamente durante un buen rato, intentando no pensar en nada.



A pesar de lo agotado que estaba, a Val le resultó imposible dormir. Se sentía enardecido, excitado. La proximidad de esa mujer actuaba sobre su cerebro como un poderoso estimulante químico.

Estaba seguro de que, si la mantenía lo suficientemente cerca, no necesitaría volver a dormir.

Tamar y Rachel seguían sumidas en un profundo sueño. La mujer abrazaba a la niña con suavidad, apretando la espalda infantil contra su pecho, estrechándola con todas sus fuerzas incluso dormida. La rizada cabecita de Rachel quedaba debajo de su barbilla, haciendo que la propia Tamar pareciera una niña aferrada a su muñeca para que nadie se la quitara.

No sería él, juró para sus adentros. Antes prefería morir.

Notó que vibraba el móvil en el bolsillo. Lo sacó. Era un mensaje de texto de Donatella. Sin duda aquella mujer no se andaba con rodeos.

Encuentro con la Santarini el martes 10:30. Sueño con París. Baci e abbracci. D.

El alivio casi le hizo llorar. Respiró hondo. Uno de los flecos que más temía

estaba resuelto. La tensión se alivió un poco, aunque todavía quedaban muchos más cabos sueltos que podían dar al traste con todo.

Se fijó en la mantita rosada de Rachel, que colgaba sobre el respaldo de una silla. Aquello le dio una idea. Sacó del bolsillo de la chaqueta la caja de SafeGuard que había llevado consigo a todas partes y extrajo uno de los microlocalizadores; todos los artefactos que había en ella eran parecidos al que había puesto en el bolso de Tamar, aunque ahora eligió uno de mayor tamaño para que su batería durara más.

Según rezaba el catálogo, garantizaban que funcionaría en perfectas condiciones por lo menos tres días, quizá más.

Aquellos no eran los transmisores de PSS que acostumbraba a usar. Cuando investigó a los McCloud y a Seth MacKey, se sintió intrigado por los aparatos que ofrecía el catálogo *online* de SafeGuard, la empresa de seguridad que estos habían fundado. Había pedido por correo un montón de productos y el resultado había sido una agradable sorpresa; aquellos artículos eran buenísimos. Le gustaron mucho los diseños, sencillos y fáciles de usar. Las balizas Beacon Burrs eran localizadores GPS en miniatura, tan pequeños como una semilla. Venían con una aguja que hacía que fueran muy fáciles de colocar. Las partes electrónicas y la batería estaban comprimidas en una estrecha cápsula de plástico. Se podían deslizar entre las puntadas de cualquier costura y listo.

Clavó los ojos en Tamar durante un instante para comprobar que seguía dormida. Ella consideraría aquel gesto como una amenaza, pero si llegaba el momento en que necesitaran aquellos localizadores, lo agradecería tanto como él.

Siguió moviéndose con veloz discreción. Introdujo uno en el relleno del osito de peluche de Rachel, otro en la tapicería de la sillita de paseo de la niña y un tercero en el plumífero. Quizá estaba pasándose, pero no le importó; era culpa suya que aquella niña estuviera en peligro. Quería tener opciones de las que tirar si le ocurría cualquier cosa mientras estaban en Europa. Lo único que hacía falta era que las baterías durasen lo necesario.

Reanudó la práctica de la disciplina kung-fu que llevaba varias horas realizando en silencio. Había intentado introducir datos en la matriz, pero había renunciado a ello al comprobar que no conseguía colocarse como foco de la misma.

Tenía que reservar sus pensamientos para sí mismo, y no tanto por los enemigos que les acechaban, sino por la propia Tamar. Aquello requería de

una atención constante y cuidadosa cuando estaba cerca de ella. Era demasiado perceptiva, combativa y orgullosa... y jodidamente hermosa.

Conseguía que sus circuitos mentales se bloquearan.

En ese momento sintió los ojos de Tamar en la nuca como si fuera un tigre al acecho. Los tenía clavados en él cuando se dio la vuelta. Estaba apoyada en un codo y le miraba con una somnolienta expresión de sospecha.

Él continuó ejercitándose sin prestarle atención hasta que concluyó la secuencia.

Cuando terminó, ella se había levantado y marcaba un número en el móvil.

—¿Rosalía? —La escuchó murmurar en portugués—. Sí, soy Tam. Te llamo para saber si... ¡Oh! ¿De verdad? Sí, es genial, Rosalía. ¡Gracias a Dios! Me alegro mucho de que todo se haya resuelto tan rápido... ¡No, no es necesario! Rachel y yo estaremos de viaje algunos días... No, no sé cuántos. Vete de vacaciones y relájate. Te llamaré cuando regrese... Vale, gracias. Cuídate, Rosalía. Adiós.

Ella cerró el teléfono y le lanzó una mirada airada. Él se encogió de hombros.

—Bueno, ¿y qué? —escupió ella—. No me lances esa mirada engreída. Para empezar, haberlo hecho fue algo despreciable; a esa pobre mujer le has dado un susto de muerte, por no hablar de lo que sintieron sus hijos. Deberías darles una compensación económica por las horas de insomnio y la angustia mental a la que se han visto sometidos. Es imperdonable que les hayas hecho pasar tal vergüenza en sus lugares de trabajo, solo para joderme a mí.

Él se volvió a encoger de hombros.

—Si quieres, les pagaré los daños y perjuicios cuando todo esto haya acabado. Pero ahora ya basta. He conseguido concretar un encuentro con Ana Santarini. La cita será dentro de dos días.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué dentro de dos días? Vamos a desperdiciar un día entero y total...

—Ana está en Italia —le recordó en tono paciente—. Vamos a tardar un día en llegar a Roma, y todavía tendremos que desplazarnos en coche al lugar donde nos reuniremos con ella. ¿Llevas encima suficientes joyas de la colección como para hacer una exposición privada sin tener que ir a casa a por más? Tengo razones para pensar que volver allí sería peligroso.

—Llevo conmigo todo lo que te enseñé a ti en el Shibumi y algo más —informó ella—. Por supuesto, las armas no están cargadas, pero cuento con los medios para preparar algunas si fuera necesario.

—Muy bien. Debemos ponernos en marcha —adujo él.

—Val —canturreó con fingida dulzura—, te has olvidado de una cosa muy pequeña pero muy importante: has conseguido que mi pasaporte no valga para nada. Tengo más, por supuesto, pero imagino que habrán sufrido el mismo destino, ¿verdad?

—Tengo un pasaporte para ti —informó él sucintamente—. Hoy serás Anita Borg, de origen belga —respondió a la pregunta que ella todavía no había formulado.

—No quiero usar ningún alias que aparezca en los archivos de PSS —protestó ella.

—Este no lo conocen —aseguró—. Lo encargué en secreto, hace semanas, y lo pagué yo mismo. Siempre me gusta tener opciones.

Ella apretó los labios antes de clavar los ojos en la figura dormida de Rachel.

—No podemos acercarnos al SeaTac. —Lo ocurrido en el aeropuerto de Seattle la mañana anterior lo impedía.

—Es verdad, por eso tomaremos un avión en Portland, lo que significa que tenemos por delante dos horas de coche como mínimo. Por consiguiente, debemos ponernos ya en marcha. —Lanzó una mirada mordaz a Rachel.

La expresión de Tamar se volvió feroz.

—Necesita dormir —informó—. Anoche se acostó muy tarde y estaba agotada.

Él apretó los dientes.

—Voy al coche para reservar el vuelo con el portátil —anunció en tono seco—. Cuando regrese, deberéis estar preparadas.

—He quedado con Erin para el desayuno —comentó ella—. Quiero que estén presentes Sveti, Kev y Connor cuando les diga que me voy, para suavizar el golpe. No puedo dejarles a la niña y desaparecer sin más, Janos, así que tenlo en cuenta cuando elijas el horario de salida de los vuelos.

—Llámame Val —ordenó con los dientes apretados.

Ella no lo hizo.

Val atravesó corriendo el vivificante frío que reinaba en el bosquecillo, sorteando la salvaje maleza. Sus pies apenas tocaban el suelo. No podía identificar cuál era la fuente de su euforia, sin duda era consecuencia de aquel

intenso encuentro sexual. No lo había filmado, como el anterior, al menos ese había sido de ellos; secreto y privado. Pero debería haberlo hecho, así ganaba más días para Imre; sin embargo, no había podido.

En otra ocasión. Porque habría más, muchas más. Si iba a estar cerca de esa mujer, emplearía todo el tiempo posible en intentar seducirla. La necesidad de derribar sus defensas se había convertido en un deseo incontrolado.

Y por extraño que pudiera resultar, se había acostumbrado ya a aquella sensación de descontrol.

No era aconsejable estar tan excitado, a fin de cuentas a aquella mujer no le importaba drogarle, dispararle o dejarle paralizado ante la más leve provocación, pero lo que habían hecho la noche anterior se había grabado a fuego en su memoria. Cada palabra, cada gesto... Cada suculento, peligroso y letal detalle.

Se metió en el gélido todoterreno y se frotó las manos para que sus dedos entumecidos entraran en calor antes de encender el portátil. Encontró un vuelo con destino a Roma vía Atlanta para esa misma tarde, pero dada la manera en que ella se estaba comportando y lo renuente que parecía a dejar a su hija en manos de sus amigos, dudaba que llegaran a tiempo para embarcar. Guardó la pistola en el maletín correspondiente, debajo del asiento. Lamentaba dejarla atrás, pero si revisaban su equipaje, un arma levantaría sospechas.

Le satisfizo ver, a su regreso, que Tamar se había puesto en marcha después de que él se marchara. Rachel estaba bañada, vestida y con el abrigo puesto, y ella recogía todos los restos de la orgía consumista del día anterior metiendo todas las prendas descartadas en las bolsas. Se había vestido de manera informal: vaqueros de marca y suéter flojo de punto de color beis.

—No puedo meterme en un avión con la ropa interior y los artículos de tocador en bolsas de comprar —siseó ella.

—Ya he previsto ese problema; ayer encargué una maleta —repuso él con suavidad.

—Mmm... —La vio comenzar a lanzar todos los artículos en la maleta que él había traído consigo a su regreso. Ella no se molestó en darle las gracias.

Tamar tomó a Rachel en brazos, pero la niña se revolvió y le tendió a él sus manitas. La alzó y se la colocó sobre los hombros antes de dirigirse al edificio principal del hotel a paso vivo. Ella les siguió con expresión malhumorada.

El desayuno fue un asunto tenso a pesar de que disfrutaron de mucha compañía. Él se dedicó a sorber el café mientras miraba con impaciencia las manecillas del reloj. Presenció cómo Sveti intentaba convencer a Rachel para

que se tomara los huevos revueltos con tortitas, pero la niña era plenamente consciente de que su madre estaba a punto de marcharse y no quería colaborar. Los amigos de Tamar, que se habían sentado en la misma mesa, dirigían hacia él gélidas miradas con las que parecían decirle que, aunque Tamara no les hubiera dicho exactamente adónde iba o para qué, ellos lo sospechaban... Y también sospechaban de él.

Ella, por su parte, apabullaba a Erin y a su marido con la larga lista de indicaciones que estaba escribiendo en unas páginas con el membrete del hotel; desde las recomendaciones del pediatra para la dieta de Rachel, hasta las alergias e intolerancias alimentarias. También les explicó los ejercicios que debía realizar con la fisioterapeuta para los tobillos y caderas, cuáles eran los medicamentos para el asma y todo el arsenal de gotas; las de cortisona para el crup, las de los oídos...

Los minutos seguían transcurriendo de manera inexorable. Veinte... Treinta...

Connor McCloud había entrecerrado los ojos hacía por lo menos un cuarto de hora y Erin había entregado a su hijo a una de sus cuñadas para seguir tomando notas cuidadosamente en el margen de la lista, con el ceño fruncido. Las palabras seguían brotando de los labios de Tamar como el agua de una manguera de incendios. Tenía los puños apretados con fuerza, la voz ronca y los ojos rojos.

Era evidente que no quería marcharse; que le dolía alejarse de allí, y él odiaba hacerle daño. Desechó la sensación de culpabilidad con una letanía de pensamientos racionales. Si tenían éxito, la calidad de vida de Rachel y Tamar sería mucho mejor. De hecho, su plan era, probablemente, la única esperanza de supervivencia a largo plazo.

Si en vez de a él hubieran enviado a Hegel, o a cualquier otro agente, Tamar estaría ya en manos de Georg y Rachel se hallaría sumida en un limbo aterrador. Y si Novak llegara a saber de la existencia de la niña...

Apartó aquel pensamiento con rapidez.

No obstante, dado que Tamar y Rachel habían logrado huir el día anterior, cabía la posibilidad de que pudieran seguir luchando solas, en algún lugar del mundo, bajo una nueva identidad. Una identidad anónima.

E Imre estaría condenado a una muerte lenta y horrible.

Tomó otro trago de café negro. Era amargo como el veneno. No había dejado cabo sin atar. Había elegido y puesto en marcha cada parte del plan, ahora solo cabía esperar que funcionara.

—Tres gotas, ¿lo has anotado? El aerosol funciona con dos mililitros de

agua destilada y tienes que asegurarte de que está viendo a Elmo o a Pooh mientras se lo pones, o no conseguirás nada. ¿Lo tienes?

Rachel comenzó a gemir.

—Lo tengo —aseguró Erin en tono distraído mientras escribía—. Tres gotas... Dos mililitros... Elmo... Pooh...

—Voy a darte dinero para las medicinas. —Vio que Tamara revolvía en el bolso. Su voz era vibrante por la tensión y lo suficientemente alta para que pudieran oírla por encima de los gemidos de Rachel.

—Ni hablar —rechazó Erin, poniendo los ojos en blanco.

—Hablo en serio —insistió Tamar—. Son productos muy caros y no puedo permitir que...

—Tam, basta —intervino Connor de repente—. No nos insultes. Ahora abraza a esa niña y lárgate de una vez, antes de que nos echen a todos por alteración del orden público. ¿Es que no tienes que subirte a un avión?

Tamar emitió un sonido ronco antes de aferrar a la niña y sentarla en su regazo. Enterró la cabeza en el pelo de Rachel y comenzó a murmurar algo en el oído de su hija a pesar de los ensordecedores chillidos.

Llegados a ese punto, él huyó del comedor como alma que lleva el diablo, igual que el resto de los hombres. Pero no logró escapar por completo de los estremecedores sonidos. Eran terribles.

Las despedidas finales, trasladar la silla de seguridad y la sillita de paseo de la niña, los últimos consejos y meter el equipaje en el maletero fueron una tortura. Tras un largo intervalo apretando los dientes, por fin recorrían la interestatal en medio de una bendita paz. Notó que Tamar apretaba los puños con fuerza sobre el regazo y tenía la espalda rígida. El espeso silencio se convirtió en un peso acusador que aumentaba a cada kilómetro.

Cuando estaban a medio camino de Portland, ya no pudo soportarlo más.

—¿Podrías parar? —farfulló—. Lamento que tu hija esté tan afectada, pero no estaréis separadas para siempre. De hecho, tendremos que apresurarnos para...

—Eso será si sobrevivimos —señaló ella—. O más bien si sobrevivo. Seamos sinceros, mi cabeza es la única a la que han puesto precio.

Él contuvo el aliento.

—He intentado por todos los medios a mi alcance que el riesgo sea mínimo —aseguró él—. Y también para Rachel. No le pasará nada si no está contigo durante unos...

—Mira, tú no sabes lo que se siente, ¿vale? ¿Por qué no te dedicas a

conducir y me dejas en paz?

Cerró el pico y se mantuvo en silencio. Ella tenía razón; no sabía lo que se sentía, ni quería saberlo.

Aceleró y siguieron recorriendo aquella carretera en medio de un hostil silencio durante una hora más. Cuando tomaron la autopista 205 para enfilarse hacia el aeropuerto de Portland, se le ocurrió un pensamiento extraño e inesperado.

Lanzó una mirada de reojo a la expresión dolida y los ojos irritados de Tamar. Era posible que fuera un poco malhablada y no fuera una madre al uso, pero no cabía duda de una cosa: ningún hijo suyo se preguntaría jamás si le importaba.

Aquella niña le importaba tanto que parecía a punto de explotar.

A pesar de su comportamiento pasado, estaba preparada para defender a su cría con uñas y dientes. Pensó en su propia infancia; la conclusión era demasiado evidente.

Rachel tenía mucha suerte y lo sabía. Tras las experiencias que había pasado, sabía demasiado bien que sí había monstruos debajo de la cama y había elegido a la madre perfecta para luchar contra ellos.

Tardó unos kilómetros en decírselo.

—Eres una buena madre —aseguró.

Ella le miró con incredulidad.

—¿Cómo puede alguien como tú hacer ese juicio?

Él la observó ofendido.

—¿Qué quieres decir con «alguien como yo»? ¿Por qué no puedo tener una opinión? Soy igual que cualquier otra persona.

Ella se rio.

—No eres como los demás, Janos —adujo ella—. Y además, esa pobre niña podría haber sido secuestrada o asesinada ayer, ¿recuerdas? Podría añadir que gracias a ti.

—¿Ah, sí? —Estaba comenzando a cabrearse—. Perdona que haya evitado que la secuestraran o asesinaran...

—Adoptar a Rachel ha sido un acto muy irresponsable por mi parte considerando quién soy y lo que fui —siguió desgranando ella con cierto desagrado—. Es justo como dijiste en el Shibumi; la utilizo. Soy una zorra egoísta. —Hizo una pausa para tragar saliva antes de continuar—. Y lo que estoy haciendo ahora es la locura más egoísta que haya llevado a cabo jamás. No hay bucólicos porqués. Voy a ser brutalmente honesta, ¿vale? Estoy

acompañándote solo por venganza. No existe ninguna otra razón. —Giró la cabeza hacia la ventanilla—. De todas maneras, si no vuelvo, no pasa nada. Estoy segura de que estará mucho mejor con Erin y Connor.

En contra de su voluntad, los recuerdos afloraron en su mente: el día que encontró a su madre muerta en el suelo del cuarto de baño; Giuletta, aquella chica de Palermo, otra prostituta del antro de Kustler que compartió con él el apartamento durante un tiempo, su bebé había muerto en la cuna un gélido día de invierno, tras haberle dejado frente a la ventana abierta mientras ella flotaba en un sueño inducido por la heroína...

Todavía veía a Giuletta en su imaginación cuando bajó de la nube y miró hacia la cuna. Se había llevado las manos a la cara entre gritos de dolor y gemidos estridentes.

Gritó durante horas, o eso le pareció entonces. Aquellos aullidos seguían resonando como un eco lejano en el fondo de su mente. Alejó aquel recuerdo que todavía le revolvió el estómago.

—Estás equivocada —aseguró con terquedad—. No estará mejor sin ti. Eres una buena madre. Lo sé, créeme. He visto algunas muy malas.

Ella le lanzó una mirada penetrante antes de abrir la boca, pero la cerró sin decir nada. Al parecer, algo en su voz o en su expresión había bloqueado la sarcástica respuesta que iba a pronunciar. Él estaba más nervioso de lo habitual. Clavó los ojos en la carretera y se concentró en conducir, deseando que ella no hiciera ninguna pregunta.

Los recuerdos de su sombría infancia no eran los más indicados para aligerar el estado de ánimo de nadie.

El resto del camino al aeropuerto transcurrió con apacible calma. Poco después se hallaban recostados en los cómodos asientos abatibles de la primera clase de un Jumbo, simulando estar perfectamente relajados.

Él no podía dejar de mirar subrepticamente la mano descansando sobre su bien proporcionado muslo, embutido en los vaqueros. Parecía fuerte y capaz y, aun así, delicada; la delgadez de sus dedos acentuaba el anillo que llevaba en el pulgar, compuesto de bandas coloreadas de oro. Se preguntó qué aplicaciones defensivas tendría, pero decidió que el avión no era el mejor lugar para preguntarle.

Le gustaba su manicura francesa, pero lo que realmente le encantaba era la sombra borrosa de una calcomanía infantil que manchaba su muñeca delgada; imaginó que correspondería a algún personaje animado popular entre los niños americanos de tres años. Un detalle sensible que le hizo sonreír en secreto. Le

gustaba incluso la manera en que se había subido la manga del suéter, dejando al descubierto parte del antebrazo. Le encandilaba cada curva, cada una de sus líneas.

Tamar le enfurecía y fascinaba. Estaba obsesionado con ella. Lo había aceptado y se dejaba llevar por esa obsesión sin ofrecer resistencia. Lo había convertido como parte de la matriz para tenerlo en cuenta a la hora de tomar decisiones.

Volvería a seducirla en cuanto tuviera oportunidad. Era un hecho inevitable en la ley natural del universo. Una ley de la misma clase de las que regían la órbita que trazaban los planetas o el movimiento de las estrellas.

Ya no era solo para salvar a Imre. Ya no. ¡Que Dios le ayudara!, había triplicado sus problemas y responsabilidades: Imre, Tamar y Rachel.

Llegados a ese punto, la única manera de salvarse era salvarlos a los tres.

«Nunca más», se dijo Tam mentalmente, por encima de la cháchara frenética que formaban otros pensamientos, miedos y sentimientos. Aquel hombre se había metido en su cabeza, invadiendo sus ideas, sus sentidos; comprometiendo su capacidad para razonar. No podía permitirse el lujo de estar distraída en vísperas de la hazaña más arriesgada de su vida.

Ya hubiera sido suficientemente malo que se tratara solo de sexo, pero había más. Aquellos destellos de intensa conexión emocional la estremecían, la desarmaban, la dejaban sin palabras y apenas era capaz de tartamudear. Los sentimientos brincaban en su interior.

Sentía curiosidad por él. La fascinaba, le atraía como si fuera una adolescente encandilada por una estrella del rock. La zorra sin alma había desaparecido. Rachel fue la que inició el proceso de desintegración y Val Janos había asestado el golpe de gracia. La vida era mucho más sencilla en los viejos tiempos, cuando la zorra sin alma llevaba las riendas.

Se sentía insegura todo el tiempo, envuelta en su esencia. ¿Cómo conseguía oler tan bien un hombre con la dosis de hormonas masculinas necesarias para convertirle en un tipo tan potente y peligroso? Iba contra las leyes básicas de la naturaleza.

No dejaba de mirarle de reojo. Revisaba la longitud de sus piernas, la forma y anchura de su pecho, la forma perfecta de sus hombros. Mmm, le encantaban los hombres con los hombros tan grandes que no lograba rodearlos con los

brazos. Y aquel sombrío y hermoso rostro; sus mejillas comenzaban a estar cubiertas por una barba incipiente. Sin embargo, ella no tenía la cara irritada después de todos los besos de la noche anterior.

Quería reconocerlo de pies a cabeza, recorrer toda aquella salvaje personalidad que no figuraba en los mapas y perderse en ella, para no regresar jamás. Quería desabrocharle los pantalones y jugar con su enorme y hermoso pene. Estudiar los patrones que dibujaba el vello sobre su piel. Aprenderse de memoria cada cicatriz. Escuchar la historia que se ocultaba detrás de cada una de ellas y contarle también las suyas, si le interesaba conocerlas.

Quería conmocionarle, estremecerle, volverle loco de lujuria.

Y reírse con él. ¡Toda una sorpresa! Pero no era más que una fantasía estúpida. Un alocado sueño.

El único recurso que le quedaba era callarse, evitar sus ojos e ignorarle todo lo posible. Mantuvo la mirada clavada en las nubes iluminadas por la luna a través de la ventanilla ovalada. Habían atenuado las luces de la cabina y una cortina les separaba del pasillo, proporcionándoles cierta privacidad.

Habría sido mucho mejor que no la hubieran cerrado. Aquella cortina le estaba dando algunas ideas muy, pero que muy peligrosas.

Desdobló la manta que facilitaba la aerolínea y se cubrió con ella de pies a cabeza, decidida a fingir que dormía. No tenía intención de hacerlo de verdad, sino de sumirse en sus pensamientos, pero su cansado cuerpo la traicionó.

Cayó en su sueño inquieto.

Llevaba puesto el camisón de seda roja que Stengl le había facilitado y buscaba desesperadamente algo con que poder sustituirlo, lo que fuera menos esa odiosa seda floja. No encontraba nada. Incluso estar desnuda era mejor, pero no lograba desprenderse de la prenda. La seda roja se aferraba a ella como una mancha. Se arañó el cuerpo intentando sacársela hasta que tuvo la piel en carne viva y entonces, de repente, ya no era una mujer de carne y hueso, sino una muñeca quebradiza y frágil. Agrietada, sostenía entre las manos una pierna tesa y sin bisagra, con la forma de un zapato de tacón en el pie y las uñas pintadas de rojo como los maniqués de los escaparates. De pronto, se le soltó también la otra pierna y explotó desde dentro, rompiéndose en una nube de polvorientos pedazos de vidrio roto.

«Da igual que estés hecha pedazos o no, toda tú eres hermosa».

Conocía aquella voz aterciopelada. Reconocía la mano firme que examinaba los quebrados pedazos de vidrio, desmenuzando la seda roja hasta que encontró... su corazón.

Parecía un juguete barato, un acerico. Estaba hecho con mullido raso rojo relleno con algodón, con un ribete en las costuras. Él le quitó el polvo y lo sostuvo en su enorme mano. Y el corazón se transformó, resplandeció. La luz que emitió atravesó la mano, palpité, centelleó y titiló entre sus dedos. Estaba vivo.

Todo su cuerpo parecía arder con la cadencia de un profundo latido, de un anhelo que la hizo recuperar la consciencia muy despacio, poco a poco, como si algo en su interior supiera que no obtendría el premio si se despertaba demasiado pronto. Se dejó llevar con una majestuosa lentitud, permitiendo que las oleadas de placer se intensificaran, meciéndola cada vez más alto, hasta que llegó a la cima y se quebró, deshaciéndose en grandes y palpitantes oleadas de placer.

Abrió los ojos de golpe, sorprendida, y vio la cabina en penumbra del avión, la cortina cerrada, la manta que la cubría hasta la barbilla. Y a Val, recostado sobre ella, con los ojos brillando en la oscuridad, con la mano enterrada dentro de sus vaqueros.

¡Oh, Dios! Se los había comprado una talla más grande desde que comía más cantidad por culpa de Rachel y notó que todos aquellos hidratos de carbono extra se habían acomodado en su trasero. Sin embargo, no los rellenaba por completo y quedaba sitio para la enorme mano de Janos. Notó sus dedos sobre el clítoris palpitante, sosteniéndolo con paciencia mientras esperaba a ver cómo reaccionaba ella ante la situación, ahora que estaba despierta.

Se humedeció los labios y se aclaró la garganta. ¿Y cómo iba a reaccionar? Sabía de sobra lo que opinaba su cuerpo al respecto, pero no importaba. Él no tenía ni voz ni voto en aquello, tenía que prevalecer la razón. Reunió fuerzas para comportarse como una zorra, para apartarle de un empujón. El esfuerzo era inmenso.

—Eres un cabrón —susurró ella—. ¿Es así como acostumbras a actuar? ¿Drogando a una mujer? ¿Esperando a que esté dormida? ¿Es en ese momento cuando atacas? Debería darte vergüenza.

Él no parecía demasiado avergonzado.

—No, Tamar. Solo contigo me veo obligado a usar cada uno de los trucos que recuerdo, o no conseguiré nada.

—Eres... Eres una víbora. —Su voz temblaba, igual que sus muslos.

—*Sì, certo.* Haré cualquier cosa para ver cómo te corres otra vez. Cualquier cosa... Da igual lo desesperado que parezca, que sea un error o inmoral... No me avergonzaré de nada. Quedas advertida.

El tono ronco de su voz era como una caricia. Su aliento con olor a café le hizo cosquillas en la oreja. Su cara resplandecía como una brasa, lo que la llevó a pensar en el corazón que aparecía en su sueño y que tan mágicamente se había transformado.

La decisión se estaba tomando sola. El anhelante calor de su cuerpo ahogaba por completo el miedo, las dudas o los «nunca más».

¡Oh, demonios! ¿Por qué no? ¿Por qué privarse? La vida era dura y corta, y cada día que pasaba era más dura y más corta. Y, de todas maneras, ella no tenía demasiado talento para obtener placer, incluso aunque se pusiera a buscarlo, lo que no era el caso. Se trataba de *ahora* o de, probablemente, *nunca más*.

Después de todo, estaba atrapada en un avión sin nada mejor que hacer. No era como si fuera a desperdiciar un tiempo precioso que pudiera estar usando para solucionar los problemas que tenían Rachel y ella. Así que, ¿por qué no?

«Deja que se ocupe el hombre multitarea. Posee un verdadero talento para ello».

Él reanudó las caricias, frotando el inflamado brote y acariciándola con la yema de los dedos sin llegar a penetrarla.

—Si dispusiéramos de privacidad y de una cama, te quitaría los vaqueros y te pondría a horcajadas sobre mí —le susurró él al oído—. Te bajaría muy despacio, dejando que tu coño me aceptara poco a poco, despacio, en suspenso, hasta que apresara mi *cazzo* como un guante. Entonces, te aferraría las caderas y comenzaría a penetrarte con más fuerza mientras miraba tus pechos bamboleándose. Cada rincón de tu cuerpo ardería de deseo y podrías hacer todo ese ruido que tanto te gusta.

Ella le lamió los labios secos.

—¿Eres consciente de que en esa posición es la mujer la que controla? Esa es la verdad. Imagino que es algo que jamás se le ha ocurrido a un troglodita como tú.

—¿Quieres tener el control, Tamar? —Su sonrisa brilló durante un momento bajo la tenue luz—. Lucha por él. Me encanta la manera en que te corres a mi alrededor cuando lo pierdes.

Ella tuvo que esforzarse por recuperar sus defensas. En particular cuando él comenzó a mover el dedo justo encima del capuchón del clítoris. Un roce con el que apenas la tocaba y... ¡Oh...!, ya no podía sentir nada más.

—Te odio —dijo en tono cansado—. Necesitas recibir una buena lección.

—Estarás demasiado cansada para dármele cuando haya acabado contigo —

aseguró él—. Estarás tan exhausta que ni siquiera protestarás cuando te ate para poder lamerte el clítoris hasta llevarte a un nuevo orgasmo. Entonces te tomaré otra vez, fijándome en todos los detalles. En cómo mi *cazzo* se desliza en tu interior, en esos pliegues rosados besando toda mi longitud cuando te penetro y me retiro, una y otra vez... Ah... En la manera en que me aceptas por completo, hasta el último centímetro, hasta que mi glande choca contra lo más profundo de tu vientre, contra tu corazón, palpitando apremiante, latiendo...

—Basta —susurró ella—. No quiero que sigas hablando.

—¿No?

Ella le sostuvo la mirada mientras él desabrochaba los botones de los vaqueros y se retorció en el asiento para que llegara hasta donde quería. Separó las piernas para dejarle espacio y le empujó la mano más abajo.

—Venga, ponte a la tarea —le ordenó—. Y hazlo bien o me las pagarás.

Él aceptó la invitación, deslizándose las yemas por su hendidura. Ella estaba preparada, resbaladiza e hinchada. Se arqueó hacia los dedos casi con frenesí. Era muy placentero de esa manera, apretando los muslos en torno a su mano.

Val curvó los dedos y comenzó a girarlos alrededor de los lugares más sensibles en su interior, hasta que ella se sonrojó de expectante placer, sin dejar de rozar el pulgar contra el clítoris. La sensación era perfecta y... ¡Oh, Santo Dios! Hablando de multitareas...

Él retiró el brazo que separaba sus asientos y le cubrió la boca con la suya.

Poseía tanto talento con la boca como con las manos, pero no fue su habilidad lo que más la excitó, sino la mirada que vio en sus ojos. No era triunfante ni petulante, no parecía un hombre satisfecho consigo mismo; era un hombre desesperado.

Ella cerró los ojos y vio el pequeño corazón de su sueño resplandeciendo en su mano. Vio la luz brillando entre los dedos.

«No creas en los sueños. Te traicionarán», dijo una voz interior en tono admonitorio.

«No me arruines esto —repuso ella—. Solo quiero un poco de placer, por el amor de Dios. Un poco de placer de vez en cuando no hace daño a nadie».

Ella conocía el arte de besar tan bien como cualquier otra técnica sexual, pero jamás había sentido aquel crudo deseo, aquel profundo anhelo, por un beso. Todo su ser estaba concentrado en los labios. Como si fuera a recibir un elixir precioso de la boca de Val, como si fuera algo que si les faltaba pudiera hacerles morir y solo aquella suplicante pasión fuera capaz de impedirlo.

Ella se tensó y contorsionó, jadeando en la oscuridad. Él era muy bueno. Era

perfecto. Lo único por lo que hubiera cambiado con gusto el placer que le proporcionaban sus dedos era por aquel pene grueso y largo que tenía. Quiso rodearle las caderas con las piernas y clavarse en él hasta la empuñadura, sentir su fuerza salvaje en su interior martillando con un ritmo que le robara el aliento. Quería todo aquello en una mullida cama, en una habitación amplia donde pudiera dar rienda suelta a su escandalosa generosidad.

Sin embargo, tampoco iba a quejarse. Estaba a punto de correrse, ceñía sus dedos con cada diminuto músculo interno de su vagina. Sensaciones y emociones subían juntas cada vez más arriba.

Hasta que se derramaron en alocados remolinos, que la llevaron consigo en una suave oleada.

Él alzó la cabeza lentamente después de aquello. No era necesario decir nada. La tensión a la que estaba sometido era evidente en la mano con la que todavía acariciaba su sexo. La protuberancia que hinchaba los vaqueros en la oscuridad corroboraba lo que decían sus ardientes ojos oscuros.

Él se dejó caer pesadamente en su asiento mientras ella le abría los pantalones. Notó un resplandor rosado detrás de la ventana, lo que indicaba que estaba a punto de amanecer. Eso significaba que en cualquier momento podría aparecer una azafata ofreciéndoles café o bollos.

No le importó. Deslizó la mano bajo el elástico de los bóxers y apresó el grueso y palpitante eje con un suspiro. Era hermoso. Duro como la piedra, más largo de lo necesario y lo suficientemente grueso como para que costara un poco aceptarlo. Matador.

Ella apretó los muslos para recuperar parte del jugoso placer persistente mientras se inclinaba para lamer las gotas que brotaban en la rendija de la punta. Él respiró con fuerza, casi jadeante.

Comenzó a succionarle con la boca, apreciando el sabor fuerte, la dureza de su carne, la piel sedosa, el profundo palpitar de su pulso contra la lengua.

La noche anterior había querido avasallarle con su habilidad, pero ahora quería tenerlo tan dentro de la boca que pudiera disfrutar con él de su placer, recrearse en cada lametazo, en cada gemido. Deseó esa cercanía con todas sus fuerzas. Había estado sola demasiado tiempo.

Eran necesarias ambas manos para hacer una mamada como Dios manda a ese hombre. Resultaba muy difícil meterse el glande en la boca, igual que el resto, pero lo resolvió con la ayuda de su mano y una abundante cantidad de resbaladiza saliva.

Sentir su respuesta era la perfección absoluta. El roce tembloroso de sus

dedos en el cuero cabelludo, el cálido y sustancioso olor masculino, la tensión de sus músculos cuando se inclinaba sobre ella como si estuviera preparándose para soltar una erupción volcánica en su boca. Y así fue. Una escandalosa cantidad de fluido inundó su paladar en medio de un silencio completo y absoluto. Una increíble muestra de autocontrol.

Ella lo mantuvo en su cálido interior hasta que los rítmicos latidos bajaron en intensidad y se ablandó un poco. Luego lo retiró de sus labios y admiró la brillante longitud, exprimiendo con la mano las últimas gotas cremosas, que lamió con suaves y provocativos roces de su lengua. El sonido que él emitió fue casi un quejido. Tenía los dedos enredados en su pelo, y los notaba húmedos por el sudor.

Ella se incorporó y se acomodó en su asiento para cerrarse los pantalones. Se bajó el suéter y se cubrió con la manta. Él, por su parte, volvió a introducir el pene en los vaqueros y se arregló lo mejor que pudo antes de sacar una botella de agua mineral del bolsillo del asiento para ofrecérsela.

Un gesto tierno. Era lo mínimo que podía hacer. Ella bebió con sed y luego se volvió a cubrir con la manta hasta la barbilla, como si fuera una especie de protección ante el seductor poder que emanaba de él.

—¿Te sientes orgulloso de ti mismo? —No pudo disimular el tono agudo de su voz.

Él meneó la cabeza.

—Me siento humilde... —repuso con suavidad—, y destruido.

Era ella la que estaba avergonzada ahora, lo que siempre provocaba que reaccionara de una manera extraña.

—Necesito darme una ducha —susurró—. Nos esperan un montón de horas de viaje y ni siquiera tengo una muda limpia.

—Lo siento, Tamar —se disculpó él con falsa simpatía—. Cuando llegemos a Italia te compraré más ropa. La habitación que he reservado en San Vito tiene un cuarto de baño magnífico; una bañera con hidromasaje que es casi una piscina y una hermosa ducha de mármol, para dos...

—¿Por qué me llamas así? —exigió—. Nadie lo hace. Mi nombre es Tam, por favor.

—Me gusta llamarte de manera distinta a todo el mundo —comentó él en voz baja—. Y me gusta hacerlo por tu nombre real.

—En serio... —resopló—. ¿Qué es real?

Él alargó la mano y le recorrió el labio superior con la punta del dedo. Luego siguió por el sensible interior. Tam se estremeció, su dedo olía a ella.

—Esto ha sido real —afirmó con suavidad—. No te has reservado nada. Me ha encantado.

Se sonrojó como una colegiala.

—Mmm... Lo que tú digas. Quiero darme una ducha y tus engoladas palabras de gigoló no me la proporcionarán. Ese cuarto de baño en San Vito está todavía a cinco mil kilómetros. ¿De verdad te quedan ganas todavía de confiarme tu tarjeta de crédito?

—Joder, no —se apresuró a decir él con sentimiento—. En esta ocasión seré yo el que elija lo que compres.

Se sorprendió a sí misma soltando una carcajada. Él aprovechó el momento para tomarle la mano.

Tam se puso rígida. Su primer instinto fue apartarla, como si le quemara, pero se obligó a detenerse a pesar de que tuvo que recurrir a todas sus fuerzas.

Los dos tenían la palma un poco pegajosa, pero ninguno se quejó. Lo cierto era que ella jamás le había dado la mano a un hombre en su vida. Había sostenido otras partes de su anatomía, sí, pero no esa.

Pensó con cierta inquietud que era algo demasiado íntimo. Casi tierno y agradable. Pero de una forma mucho más peligrosa que el sexo.

De todas maneras, ¿qué importancia tenía que se permitiera por un momento disfrutar de una absurda fantasía romántica? Incluso aunque le explotara en la cara, ¿a quién lastimaría?

«A ti —se respondió para sus adentros—. Te harías daño a ti misma. Deja que este tipo te joda el cerebro y verás... El resultado no va a ser bonito».

Admitió la cruda verdad, la aceptó y tragó... Pero no le soltó la mano.



Si no hubiera estado tan preocupado por Imre, tan consciente del poco tiempo que tenían, Val estaría disfrutando a lo grande de aquellos días con Tamar. Le gustaba su cáustico ingenio, su cortante sinceridad. Ella le estimulaba a todos los niveles.

Se registraron en el hermoso hotel barroco en San Vito y él la precedió con evidente impaciencia por la monumental escalinata que ocupaba el vestíbulo hasta su habitación. Había pagado una suma indecente para reservar esa suite en concreto. Tenía mirador, terraza con tres arcos y una espectacular vista sobre la bahía desde la ladera, por encima del mar azul, dominando el panorama de la falda de la montaña y la Roccia, la enorme formación rocosa que dividía la villa en dos.

Sin embargo, no entraba en sus planes inmediatos permitir que ella admirara el paisaje. Cerró la puerta de golpe y cayó sobre ella como una bestia. Para su sorpresa, ella le apartó de un empujón, con una fuerza inusitada en una mujer tan delgada.

—¡No te tomes tantas libertades conmigo!

Él se acercó para cernirse sobre ella de manera amenazadora.

—No lo hago —aseguró—. Te tomo y punto.

—Los trogloditas no llegan demasiado lejos, Val —advirtió ella.

¡Ah, sí! Le había llamado Val. Algo en su interior dio una cabriola.

—Lo suficientemente lejos para mis propósitos. —Le apresó las muñecas sin prestar atención a sus manotazos y cayó con ella encima de la cama.

Ella intentó zafarse, pero si no fuera eso lo que quería, él estaría ahora mismo boca arriba sobre el colchón luchando para salvar su vida. Sin embargo, como en el fondo Tam estaba pasando un buen rato, lo miró con los ojos brillantes antes de empujarle y abofetearle con energía pero sin intención letal. La diferencia era notable.

Él se arriesgó a soltarle las muñecas el tiempo suficiente como para desabrocharle los vaqueros, recibiendo un par de bofetones mientras resolvía el problema. Le aseguró las manos de nuevo mientras se tendía sobre ella con la cara roja y hormigueándole a causa de los manotazos. La cama se tambaleó contra la pared cuando le alzó los brazos por encima de la cabeza, sonriendo de oreja a oreja al ver su expresión de furia.

—Por fin estamos en una cama —se regocijó—, había llegado a pensar que jamás conseguiríamos hacerlo en una.

—¿Qué te lleva a pensar que ahora lo haremos, *porco*? —replicó—. ¿De verdad crees que voy a querer hacerlo después de pasarnos veinticuatro horas viajando y sin tener tiempo para darme una ducha? ¡Tú sueñas!

—Han sido veinticuatro horas de prolegómenos —se justificó él, bajándole los vaqueros—. Y a la mierda con la ducha. Date un baño más tarde. Créeme, lo necesitarás mucho más que ahora.

Forcejearon y se contorsionaron sin dejar de luchar. Estuvo a punto de correrse en los vaqueros antes de conseguir tenerla desnuda debajo de su cuerpo. Recibió un par de impactos en la garganta cuando bajó la mano para abrir sus propios pantalones. Aunque los golpes podrían haber sido mortales si ella así lo hubiera querido, no se los tomó como algo inofensivo.

—Tenemos un problema —indicó—. Necesito las dos manos para ponerme un condón, pero si te suelto, me arrancarás la garganta.

—¡Ja! A mí me parece que eres tú el que tiene un problema, no yo —replicó.

—De eso nada. La solución es muy sencilla para mí. —Sostuvo su dolorido y palpitante miembro y lo clavó en su interior.

Ella estaba resbaladiza, hinchada y caliente. Sin preservativo que disminuyera las sensaciones, el placer era asombroso. Se deslizó en su interior una y otra vez, embistiendo sin cesar. En ese momento podría morir de puro deleite; valía la pena cada golpe, cada arañazo, cada bofetada..., hasta el

último insulto.

Ella contuvo el aliento y se quedó inmóvil.

—¡Espera! ¡Esa no es la solución!

—Estoy sano —le aseguró—, siempre tomo precauciones y me someto a análisis regularmente.

—Yo también, pero no me refiero a ese problema, sino a que no utilizo métodos anticonceptivos —confesó ella.

La miró alarmado.

—Ah, entiendo...

—Retírate. No quiero quedarme embarazada.

Él intentó hacerlo, pero su cuerpo no estaba por la labor. Acabó volviendo a sumergirse en ella, deslizándose más profundamente, rozándose y meciéndose contra ella. Se dijo que sería solo una vez, pero luego repitió el envite otra vez... y otra.

—No me correré dentro de ti —le prometió—, pero déjame hacer esto solo un poco más... —Se clavó en ella con frenesí, girando las caderas.

Ella jadeó y se arqueó hacia él, alzando la pelvis para salir a su encuentro en cada movimiento. La vio morderse los labios rojos antes de clavarle las uñas en el pecho.

—¡Solo es necesario uno! No confío en que ningún hombre tenga tanto autocontrol. No confío en vosotros nada de nada. ¡Retírate!

Él inclinó la cabeza para hablarle al oído.

—Quizá te sorprenda que te lo diga, pero ya había notado esa falta de confianza tuya —susurró con ironía.

—¿Y? ¿Qué quieres decir? —le desafió con los ojos brillantes.

—¿Qué quiero decir? Que voy a hacer lo que me pides, solo para demostrarte que no tienes razón. —Abandonó su interior, renunciando al contacto de su piel y echando ya de menos cada milímetro de conexión—. No puedes imaginarte lo que me está costando llevar a cabo esta *galanterie*.

—Pobrecito... —La vio sentarse en la cama y rodearse las rodillas con los brazos como una sirena.

Fue en busca de un condón, que se puso con concisos movimientos antes de acercarse a ella de nuevo, con su erección precediéndole amenazadoramente.

—No me digas que voy a tener que empezar de nuevo otra vez —suplicó.

La sonrisa que ella le brindó era afilada como una cuchilla.

—¿Qué te hace pensar que tienes puntos acumulados?

La frustración encendió una salvaje llamarada en su interior haciendo que le

costara respirar.

—No vas a darme ni un instante de tregua, ¿verdad? Da igual lo mucho que lo desees.

La burlona sonrisa se desvaneció y, por un breve instante, él vio en sus ojos una mirada desnuda que hablaba de miedo y soledad, como un animal atrapado.

—No puedo —la escuchó susurrar—. Sencillamente..., no puedo.

Se quedó estupefacto. Aquella confesión le emocionó, pero también le volvió loco. Sintió la necesidad y la frustración de Tamar, la dolorosa tensión que la atenazaba. Los cables de acero rígidos que le impedían soltarse.

Jamás había querido tanto ser tierno con una mujer, ni nunca había conocido a una que necesitara su suavidad como ella, pero Tamar no podía tolerarlo porque le resultaba insoportable la debilidad. De momento.

No podía esperar que cambiara ahora. Cerró los ojos y respiró hondo antes de seguir su instinto.

—Entonces, no lo hagas —dijo, abalanzándose sobre la cama.

Ella rodó por la cama para gatear hasta el borde, pero dejó escapar un jadeo de sorpresa cuando él aterrizó sobre su espalda con todo su peso. No escaparía del placer que tenía pensado infligirle.

Deslizó la mano para acariciarle las nalgas antes de seguir más abajo, jugueteando con sus tiernos pliegues, sedosos y perfectos. Se pegó a su espalda para besarla en la nuca, y notó el estremecimiento que bajó por su columna cuando comenzó a frotarle el clítoris, esparciendo los resbaladizos fluidos.

Cuando ella alcanzó el primer clímax, se recreó en las poderosas vibraciones que la recorrieron de pies a cabeza, en sus jadeos. Luego esperó los improperios, las bofetadas verbales...

No llegaron. Tamar enterró la cara en la almohada y se estremeció. Sin palabras.

Se introdujo en su interior antes de que cesaran por completo los últimos latidos del orgasmo. Cuando ella recobró el aliento y alzó la cabeza, estaba perdido por completo en su interior, meciéndose con suavidad en su funda resbaladiza y apretada, esperando una pista para continuar.

—Algún día —aseguró—, permitirás que sea tierno contigo.

El pelo de Tamar se movió cuando ella negó con la cabeza.

—Vas a tener que esperar hasta el juicio final —repuso entre jadeos—, ni siquiera consigo ser tierna conmigo misma.

—Soy un hombre paciente —informó—, no me importa esperar.

—Calla y muévete, Val —ordenó—. Hablas demasiado.

Siguió su indicación y ella le salió al encuentro para aceptarlo por completo en su interior.

Tenía intención de darle todo lo que tenía para ella, todo el poder y el control, la técnica, pero algo falló y perdieron juntos la razón, alzándose y chocando uno contra otro hasta que sus cuerpos estuvieron bañados en sudor. Sabía que la estaba sujetando con tanta fuerza que al día siguiente tendría magulladuras. Ella se aferró a las sábanas hasta que tuvo los nudillos blancos. Ya no luchaba contra él.

El peligro era inminente, salvaje... Maravilloso.

Tamar le miró por encima del hombro.

—Dame la vuelta —exigió con la respiración entrecortada—. Quiero verte la cara. Quiero saber si lo decías en serio.

—Por supuesto que hablaba en serio. —Ni siquiera se cuestionó la verdad de sus palabras antes de retirarse de su interior. Se puso de rodillas para girarla sobre la cama y la tomó por las corvas para separarle las piernas todo lo que pudo. Clavó los ojos en la perfecta flor rosada de su sexo. Tamar era elástica, flexible como una bailarina, y su piel, suave como una sábana nueva. Cada curva y cada hendidura de su cuerpo eran un placer para los sentidos.

La penetró otra vez antes de que ella cambiara de idea y comenzaron a moverse mirándose de frente. Ella clavó los ojos en los suyos sin dejar de contonearse salvajemente, clavándole las uñas en los hombros cuando la energía del clímax comenzó a ascender.

Fue en ese instante cuando a ella le dio un ataque de pánico y comenzó a abofetearle de manera desordenada y caótica, con los ojos brillantes por las lágrimas de furia.

—¡Maldito seas! —siseó—. ¡Maldito seas, cabrón!

Él intentó cogerle las manos, pero ella se zafó. Finalmente, él se rindió, dejó

que ella le golpeará con los puños mientras sus cuerpos seguían moviéndose frenéticamente, esforzándose al unísono en la misma búsqueda infinita. Ella necesitaba luchar de manera violenta por la supremacía y él sospechaba que necesitaba que peleara hasta vencerla. Pero en ese momento no existía nada en el mundo que pudiera hacerle daño; surcaba una estruendosa ola de increíble placer.

Ya encontraría fuerzas para enfrentarse a ella días después, semanas más tarde. Ahora estaban cubiertos de sudor, abrazados; las piernas de Tamar seguían envueltas en torno a sus caderas.

Intentó sujetarla con menos fuerza, pero sus temblorosos músculos no respondían. Notó que sus corazones palpitaban al unísono uno contra otro.

Deseó relajar los brazos. Sus cuerpos se despegaron con un sonido de succión y retiró la erección, ya blanda, de su interior. Se dejó caer de espaldas sobre la cama, a su lado, y se estremeció cuando el aire frío le secó el sudor.

Alguien golpeó la pared.

—*Ehi. Auguri, amico* —gritó el vecino de la habitación contigua en tono divertido. «¡Eh, amigo, felicidades!».

A ninguno de ellos le quedaba energía para reaccionar.

Cuando por fin se atrevió a girar los ojos hacia ella, Tamar no le sostuvo la mirada y rodó sobre el costado hacia el borde de la cama, dándole la espalda. Le puso la mano sobre la elegante curva del omóplato, pero ella se escapó como si la hubiera quemado y se levantó. Vio que le fallaban las piernas y tenía que apoyarse en la pared.

Se incorporó, asustado.

—¿Estás...?

—Estoy genial —le interrumpió con tono cortante—. Estoy bien.

Le tendió la mano, suplicante.

—Tamar...

—No lo hagas —le advirtió—. No digas nada. Voy a ducharme y tardaré un rato. No me molestes.

No pudo apartar la mirada de ella mientras se alejaba. Se dejó caer de nuevo sobre el colchón cuando ella cerró con un portazo. A continuación escuchó un ominoso clic, un sonido a cerrojo antiguo. En el instante en que el chorro de agua comenzó a rebotar contra el mármol, se le aceleró el corazón. Más abajo, en el estómago, notó una pesada y fría opresión; se sentía culpable por lo que tenía que hacer.

«¡Hazlo de una puta vez, maldita sea!».

 Era su única oportunidad, pero

siguió tumbado en la cama como un cobarde. Sintiéndose miserable.

«Imre». El juego de Novak iba a continuar y al día siguiente debería entregar otro nuevo trozo de metraje erótico para que no le cortara uno de sus preciosos dedos. No podía más que intranquilizarse al pensar en cómo obtenerlo. Después de todo, no es que tuviera que esforzarse demasiado para acostarse con ella, bien sabía Dios que entregaría su alma al diablo por hacerlo, jamás había sido tan honesto y franco con una mujer en su vida... Salvo por aquel pequeño detalle: estaba traicionándola.

Racionalizar los hechos no funcionó. Se vio obligado a hacer lo que aprendió siendo niño, cuando Kustler lo enviaba a determinados apartamentos, a ciertas casas. Con los clientes especiales. O cuando no tenía citas y lo mandaban a trabajar en las calles. Se metía en los coches y cumplía con su labor mientras su mente flotaba a salvo en un limbo. Entumecida.

Había sobrevivido y con el tiempo resultó más fácil. Sin embargo, en esta ocasión, por alguna extraña razón, no ocurría así.

Liberó del celofán que envolvía la planta que había encargado por Internet a un vendedor de flores local. Era un voluminoso helecho. Colocó la pequeña cámara oculta entre dos hojas. Ajustó el ángulo del objetivo para que enfocara a la cama antes de disponer las frondas de manera que ocultaran la lente pero no bloquearan la imagen. Algún día compensaría a Tamar por hacerle aquello, aunque ojalá no se enterara nunca.

Teniendo en cuenta la suerte que tenía, supo que era una esperanza vana.

Tras estar una hora en la ducha, Tam comenzó a sentirse ridícula y cobarde entre los jirones de vapor. Le consternaba sentirse así. Las emociones la inundaban y parecían bailar ante sus ojos; verdades que nunca había querido decir —ni siquiera conocer— se desataban sin avisar. No podía confiar en sí misma para hacer lo que más le convenía. Y encima estaba ese humillante fenómeno que la transformaba en una irreflexiva gata en celo cada vez que miraba aquellos ojos ardientes.

Lo peor es que sabía que lo haría nuevamente. Volvería a pasarle en ese mismo momento. Saldría allí fuera, desnuda e insinuante, y saltaría sobre él a la más leve provocación.

Cerró el grifo y se secó con la toalla. El espejo estaba cubierto de vaho; una suerte, porque no quería verse la cara. No era lo más indicado cuando estaba

tan enfadada consigo misma.

Le llevó otros veinte minutos peinar su enredado cabello. Lo llevaba demasiado largo; sabía que era una estupidez, pero no había querido perder tiempo yendo a cortárselo. Eso habría provocado que se inventara un nuevo *look*, muy austero, que satisfacía el estado de ánimo del que hacía gala esos días. Consideró volver a domarlo con gel fijador y trenzarlo para que no se soltara ni un solo mechón, pero desechó la idea. Lo dejaría secar al aire, y que quedara como quisiera. Estaba harta de intentar controlar cada diminuto detalle de su vida. ¡Ya era suficiente!

Lo mismo ocurría con sus ojos. Se los miró en el espejo; estaban enrojecidos, lo que hacía que destacara más el color topacio de sus pupilas. Odió la idea de volver a ponerse las lentes de contacto coloreadas sin poder disfrutar de los beneficios de una reparadora noche de sueño. ¿Qué más daba si Val sabía cuál era su color real? Ya había visto el resto de su cuerpo. ¿Qué importaba un poco más?

Al diablo con aquellas barreras. No servían para nada y succionaban toda su energía.

Se envolvió en la enorme toalla de ducha y abrió la puerta. Val estaba sentado en la cama, esperándola. Mejor dicho, esperando que le tocara entrar en el cuarto de baño; seguramente se moría de ganas de orinar después del viaje. No le dio pena alguna. La culpa era solo suya por no haber reservado habitaciones separadas.

Pero toda aquella insustancial y maliciosa conversación que mantenía mentalmente consigo misma desapareció de su cabeza al observar aquel magnífico cuerpo —enorme, dorado y bien esculpido— y el intenso y sombrío rostro. Su pene era impresionante incluso en estado de reposo, cuando colgaba relajado entre el vello rizado de su pubis. Sus dedos hormiguearon por el deseo de cerrarse sobre él para acariciarlo.

Como si le leyera el pensamiento, el susodicho dio un brinco y comenzó a dilatarse.

Se dio la vuelta deliberadamente y se puso a revolver en la maleta que él le había regalado. Se untó la cara con crema facial y utilizó el desodorante de *roll-on*, un capricho ridículamente caro. ¡Cómo se había divertido con aquella compra *online*! Los criterios para elegir cada uno de los artículos habían sido muy sencillos: todos eran el producto más caro en su categoría.

No creía que a él le hubiera tomado por sorpresa que se comportara como una zorra vengativa. Sin duda, no había hecho nada para ocultarlo.

—Voy a ducharme. Luego saldremos a cenar —informó él.

Sí, claro. Como si fuera una buena idea para su paz mental tener una romántica cena bajo la luz de las velas con aquel hombre. ¡Y en San Vito, de entre todos los lugares del mundo! Sería un clavo más en la tapa de su ataúd.

—No tengo hambre —afirmó—. Ve tú. Yo quiero descansar.

—*Stronzate* —repuso él bruscamente—. No comiste nada en el desayuno, en el Huxley, ni en el aeropuerto de Portland. En el avión te dedicaste a beber agua y café; tampoco tomaste nada en el aeropuerto de Roma, ni en el Autogrill. La última vez que comiste fue en el banquete de bodas, y solo cuatro bocados de nada; los conté. No puedes continuar así. Estás siendo muy irresponsable y muy poco profesional. Vas a acompañarme a cenar y punto.

Ella se puso de uñas.

—Tú no me das órdenes.

Él suspiró y ladeó la cabeza, como si estuviera rezando para que Dios le concediera paciencia e inspiración.

—Tamar, *bellissima* —la halagó—, por favor, sé razonable. Estamos en Italia; aquí no puedes tener miedo a la comida.

—No se trata de eso —escupió ella.

Él arqueó una ceja.

—Ah, entonces, ¿tienes miedo de mí?

—¡Joder, no!

—Bueno, pues ya me dirás de qué se trata. ¿Un desorden alimentario? ¿Una manera de intentar controlar tu vida? ¡Qué tristeza! ¿Quieres que hablemos ahora sobre tus sentimientos? Debemos solucionar ese problema para que puedas comer algo antes de que sufras un colapso, ¿no?

A pesar de todo, no pudo contener la risa al escuchar aquella sarta de tonterías.

—Imagínate. Liberarme de mis problemas emocionales con una sesión en el sofá del doctor Val. Puedo figurarme lo que prescribirías como tratamiento.

A él le brillaron los ojos y curvó un poco los labios. Su pene cobró vida.

Ella puso los ojos en blanco y alzó las manos en el aire.

—Muy bien, de acuerdo —claudicó—. Iré a cenar contigo si eso te hace feliz.

—Pues sí, me hace muy feliz. Dame cinco minutos para ducharme —le pidió.

Ella se puso bruscamente el suéter y los vaqueros que él le había comprado en la *boutique* de uno de los pequeños pueblos que jalonaban la sinuosa

carretera de la costa de Amalfi. Se calzó las botas negras de piel, producto de la compra *online*, antes de ponerse unos pendientes, los que contenían una aguja por la que se suministraba un potente somnífero, y el anillo multiusos que había llamado Liv Endicott, en honor a la esposa de Sean.

No era demasiada protección en términos armamentísticos, pero sí mejor que nada. Optó por no perder el tiempo maquillándose; no tenía energía para crear ilusiones. Esa noche el tema principal era la verdad, ser real.

Luego se sentó en el mirador para contemplar la puesta de sol sobre el mar Tirreno y llamó a Connor y Erin.

Fue Erin la que respondió.

—¿Diga?

Ella resopló al escuchar el ruido que hacía Rachel al fondo.

—Hola, Erin, soy yo. Acabamos de llegar a San Vito. ¿Cómo va todo?

—Va. —Su amiga sonaba resignada—. Rachel es una niña muy resistente, pero tiene que agotarse en algún momento.

Mmm.. Ella tenía ciertas dudas con respecto a eso. Conocía a Rachel mucho mejor que su amiga y sabía de lo que era capaz; sin embargo, no consideró prudente decirlo. Era preferible que Erin mantuviera la esperanza.

—¿Ha dormido algo? ¿Qué tal ha comido?

—No ha dormido ni comido nada. Está de huelga. Espera un momento, voy a preguntarle si quiere hablar contigo. Aunque tampoco tiene ganas de hablar. Cielo, tranquila, es mamá, ¿quieres hablar con ella?

Rachel se mantuvo un rato en un agobiante silencio antes de soltar un grito ensordecedor lleno de desconsolada furia.

¡Ay, joder! Se encorvó y ocultó la cara entre las manos. Sintió lástima por Rachel, por sí misma y, sobre todo, por Erin, Con y Sveti, que tenían que estar agotados en esos momentos. Nadie mejor que ella para saber la intensa tensión que podía llegar a provocar una rabieta de su hija.

Erin no tardó en regresar.

—Rachel sigue sin querer hablar con nadie. —Por su voz parecía sumamente cansada—. Sin embargo, no ha estado todo el rato así, ha habido buenos momentos. Es una niña muy cariñosa, pero te echa de menos.

—Erin, lo siento. —Se sentía indefensa y culpable. También ella echaba de menos a Rachel, tanto que le dolía el pecho.

—No es culpa tuya. Lo entiendo y sobreviviremos.

En esas circunstancias era imposible hablar, así que colgaron. Ella hundió la cara entre las manos, preguntándose durante cuánto tiempo se alargaría aquella

dramática situación. Y si Rachel podría resistirlo.

«Tenía que hacerlo —se dijo a sí misma—. Tenía que hacerlo».

Val le tocó el hombro y ella dio un brinco.

—¡Joder! ¡Menudo susto me has dado!

—*Perdonami* —murmuró él—. ¿Malas noticias?

Ella encogió los hombros, demasiado abrumada.

—Rachel está fatal —informó secamente—. Por lo que todos los que la rodean también lo están. Nada nuevo.

Él guardó silencio durante un rato.

—Lo siento.

Se levantó y le dio la espalda.

—Pero te alegras de estar a muchos kilómetros de distancia del problema, ¿verdad?

Él no quiso entrar al trapo. Se alejó para vestirse, dejándola sola. Ella no quiso observar cómo cubría su espectacular desnudez, recién duchado, afeitado y peinado. Se había rociado con perfume caro y vestido con ropa de diseño y el producto terminado era capaz de nublarle la mente y erizar todas sus terminaciones nerviosas. Desnudo la dejaba sin respiración.

La llevó a un restaurante que conocía muy bien a juzgar por la manera en que recorrió las calles y por la forma deferente en que los trataron al llegar. El lugar era pequeño pero muy bonito. La comida y el vino resultaban inmejorables, aunque él miró con desagrado su elección, consistente en ensalada y pescado a la plancha con guarnición de verduras.

—No es suficiente —gruñó, antes de intentar que comiera parte de sus *tagliolini alla boscaiola* y una enorme loncha de *tagliata di manzo*.

«Buen intento», pensó ella, mirando fijamente la maraña de pasta fresca cubierta por aceite con sabor a ajo y el gran trozo de carne que había puesto en su plato. Sin embargo, no podía obligarla a comerlo. Tuvo algo más de suerte con el vino, y se esforzó en mantener su copa constantemente llena.

—¿Estás tratando de emborracharme? —preguntó de sopetón.

Él se encogió de hombros.

—Esperaba conseguir que te relajaras un poco. ¿Crees que lo lograré?

—No —aseguró—. Jamás me relajo, así que ve acostumbrándote. También quiero advertirte otra cosa, no va a haber más sexo esta noche. ¿Entendido? Sexo, cero. Así que olvídalo, ¿de acuerdo? Y no me mires así, no quiero ver esa expresión.

Pero él no le hizo caso. Aquella sonrisa sexy, que la devastaba por

completo, no desapareció. Él cortó un bocado de *tagliata* y lo masticó mientras la estudiaba pensativamente con ojos entrecerrados. Finalmente, se limpió la boca con la servilleta.

—Ah, ¿no?

—No —repitió ella con firmeza, conteniendo el deseo de volver a decirlo. Pero eso sería como los balidos de los corderos que con cada repetición perdían credibilidad.

Él bebió un sorbo de vino.

—Pues parecía gustarte —observó.

—Si me gustó o no, no viene al caso. Estoy cansadísima; no me veo con fuerzas de enfrentarme a otra guerra sucia. Quiero dormir. Paz, silencio y privacidad.

—No tiene por qué ser siempre así —aseguró él con ternura—. Puedo ser suave, puedo ser juguetón. Puedo ser como tú quieras.

—Eso es lo que me temo —farfulló ella.

Él la contempló.

—¿Te da miedo saber qué es lo que quieres en realidad?

Aquella mirada de afable superioridad la irritó.

—Deja de intentar psicoanalizarme, Val. Eres un jodido asesino a sueldo, no un psiquiatra.

—No soy un asesino a sueldo —aseguró él con firmeza—. Ahora que hablamos sobre sexo, acabo de recordar que tengo algo que preguntarte.

Ella se preparó para cualquier cosa.

—Dispara —dijo.

—¿Por qué no estás tomando la píldora? Estaba seguro de que una mujer como tú estaría preparada para cualquier cosa.

Se le erizó el vello de la nuca.

—¿Una mujer como yo? —repitió muy despacio—. ¿Qué quieres decir?

Él agitó el brazo de esa manera desenfadada que solo los hombres de origen latino saben hacer sin parecer afeminados.

—Una profesional pragmática. Una persona que puede verse sumergida de repente en una situación arriesgada.

Ella sostuvo la copa entre los dedos mientras consideraba un nuevo concepto: decirle la pura y fea verdad. Era víctima del *jet-lag*, estaba muy cansada y demasiado confusa para esquivar la pregunta.

—Hace años que no mantengo relaciones sexuales —confesó—. De hecho, mi intención era seguir así durante el resto de mi vida, así que no veía sentido

a meterme en el cuerpo hormonas que no sirven para nada.

Él pareció realmente horrorizado.

—¿De verdad? ¿Pensabas hacer tal cosa? Menudo desperdicio. La mera idea es una barbaridad. Por el amor de Dios, ¿por qué?

Estuvo a punto de mandarlo al infierno, de decirle que metiera las narices en sus asuntos, pero las palabras murieron antes de salir de su boca y cayó sobre ellos un largo silencio.

—¿Llegaste a conocer a Kurt Novak? —preguntó.

Él hizo un gesto de repugnancia.

—Por desgracia, sí —repuso—. Era un mal bicho.

—Sí, lo era. ¿Y a Georg?

—No era mejor que Kurt —aseguró—. Solo su perrito faldero.

—Exacto. Jamás debería haberme enredado con ellos, pero lo hice. Estaba tratando de vengarme por una persona a la que Kurt había matado, pero el asunto me estalló en las narices.

—Entiendo —susurró él.

Ella no fue capaz de sostenerle la mirada.

—Esos dos hombres fueron el punto final. Con ellos terminé con el género masculino. Pensé que habían muerto los dos el día que lo hizo Kurt y debí acercarme a comprobar que Georg también lo estaba. No me habría importado hacer los honores después de lo que él hizo... Bah, da igual.

—Lo siento. —La voz de Val era suave y neutra—. Es terrible.

Ella clavó la vista en el immaculado mantel blanco y se obligó a soportar el silencio. Si él hubiera dado muestras de una simpatía mecánica, ella se la habría arrojado a la cara, pero su llaneza, su comprensión de la situación, era tolerable. Respiró hondo y aguantó el aliento durante casi un minuto. Después, aquel intenso y significativo silencio comenzó a volverla loca.

Había llegado el momento de romperlo y para ello nada mejor que cambiar de tema.

—Ahora es mi turno de hacer preguntas indiscretas —dijo sin diplomacia—. Dime, Val, ¿cómo has llegado a ser así? Me muero de curiosidad.

Él le lanzó una mirada divertida.

—¿Y cómo soy?

—Astuto, cosmopolita, encantador, culto —enumeró—. Poliglota, controlado... Tu pasado no está nada claro. Todo lo que eres no encaja en el perfil típico de un matón de la mafia.

Él enrolló los *tagliolini* en el tenedor para evitar su mirada.

—En PSS recibí un entrenamiento intensivo —confesó finalmente—. Invirtieron una fortuna en mí, pero las cosas realmente importantes son obra de Imre.

Ahora fue ella la que usó el silencio para rellenar el vaso antes de continuar.

—¿Te refieres a tu amigo? ¿Al que...? —se interrumpió, renuente a invocar al monstruo de Novak. Dejó que fuera él quien llevara el control de la conversación.

—Sí —repuso él—, al que quiero rescatar. Me acogió en su casa. *Che Cristo!*, debió de tener los nervios de acero. Aceptó a un analfabeto y violento ladronzuelo de doce años en su casa; me alimentó, tocó el piano para mí, me permitió pasar la noche en su apartamento... Yo no me hubiera arriesgado.

—Debe de ser un hombre inusual —comentó ella.

—Sí. —Esbozó una tierna sonrisa—. Me enseñó a usar la mente y a dejar fuera a todo el mundo. Consiguió que me diera cuenta de que era valioso, no solo un... —se interrumpió y meneó la cabeza bruscamente—, que servía para algo más que aligerar bolsillos, vender cigarrillos o distribuir drogas. Para algo más que hacer mamadas en el asiento trasero de un coche debajo de un puente.

Ella le miró alarmada. Era el primer vislumbre de amargura que él le mostraba, pero era una imagen que llevaba directamente al océano que ocultaba en su interior.

—Así que él fue quien consiguió que no te hundieras.

—Sí. —Val tenía la mirada clavada en su copa como si fuera una bola de cristal—. Fue mi refugio. Fue... —Hizo una mueca y apartó la vista. Su nuez osciló arriba y abajo.

Ella miró a otro lado para darle cierta privacidad. Contempló la llama vacilante de la vela y esperó a que fuera él quien rompiera el silencio.

—Tuve suerte de conocer a Imre. —Su voz era dubitativa y forzada, como si estuviera convenciéndose a sí mismo—. Pero sus esfuerzos han hecho que le arrastre conmigo, es como un ancla de diez toneladas. Si muere..., yo...

«También yo», pensó ella. Pero evitó aquel molesto pensamiento. No podía cargar también a Imre en sus hombros. Tenía sus propias losas.

—Entiendo lo que quieres decir con eso del ancla —aseguró.

La mano de Val estaba a unos centímetros sobre el mantel blanco, pero la acercó más hasta rozarle los dedos con uno de los suyos; fue un contacto apenas perceptible, que provocó en ella un escalofrío. Sin ser conscientes de lo que hacían, sus dedos fueron buscándose uno a uno hasta que sus palmas

quedaron presionadas la una contra la otra.

Una delicada conexión titiló ante ellos. No se miraron ni dijeron nada. Era como un diminuto milagro que les haría sonrojarse avergonzados si lo examinaban demasiado a fondo.

—¿Y tú? —Sus ojos buscaron los de ella con un sombrío reto—. Podría hacerte la misma pregunta sabiendo lo que sé de tu pasado. Sobre Zetrinja. ¿Qué hizo que llegaras a ser así?

Ella se rio y le respondió con sus palabras.

—¿Y cómo soy? Además de un grano en el culo, claro.

Él ignoró la broma.

—Brillante, creativa, rica, famosa... Y poderosa. No te quedas precisamente atrás, ¿sabes?

«Todavía no», pensó con desolación, recordando a Novak, Georg y Stengl. Ahuyentó esos recuerdos y consideró la pregunta como merecía tras la honradez desnuda que había mostrado él.

—Saqué fuerzas de lo que había tenido antes —confesó—. De mi familia. No era perfecta, pero... sí maravillosa. Sabía que era una persona válida porque ellos lo pensaban, incluso aunque ya no estuvieran conmigo. Me aferré a esa idea... y sobreviví.

Ahora no se miraban. Sería demasiado íntimo, pero sus dedos se entrelazaron y él sostuvo su mano. La recorrió una oleada de calor. Aquel gesto poseía una exquisita y espontánea intimidad.

—Tienes suerte —aseguró él.

Y ella se dio cuenta de que era cierto. Para su sorpresa, todo era relativo y una vez disfrutó de algo precioso; algo que él nunca había tenido.

—En lo que respecta a eso... —Meneó la cabeza—. Fue pura suerte. Nunca me he preocupado por las estafas en las que participé ni por los bancos que robé, así como tampoco me importaron nunca los hombres con los que me acostaba. No quería enriquecerme, simplemente ocurrió. Era como un juego; la zorra buscando emociones. ¿Estoy lo suficientemente hastiada? Estupendo; hago que caiga un dictador y gano veinte millones de euros solo por diversión. Sin embargo, a la larga acaba cansando y llegué a aburrirme. Entonces fue un simple «No me importa nada».

—¿Qué es lo que te preocupa? —preguntó él.

Ella lo consideró un momento.

—Rachel —comenzó—. Mis amigos. Mi libertad. Mi privacidad. Y mi trabajo. Mi trabajo me importa mucho.

—¿El arte de hacer joyas? Es una profesión extraña.

—Lo cierto es que no —repuso—. Mi padre trabajaba el metal, yo era su aprendiz. Era un artista. Debería haber llegado a ser un diseñador de renombre internacional, tenía mucho talento, pero la fama no le importaba. Amaba su oficio. Ni siquiera le importaba que le pagaran; eso volvía loca a mi madre. —Sonrió ante el recuerdo.

—¿La belleza por el placer de la belleza? —sugirió Val con amabilidad.

—Eso creo —convino ella.

Él se inclinó sobre sus manos entrelazadas y le besó los nudillos.

—Entonces, ¿tu familia era de origen musulmán?

Ella se encogió de hombros.

—Era un matrimonio mixto. Mi madre pertenecía a la iglesia ortodoxa ucraniana. Era muy religiosa; celebrábamos la Pascua, la Navidad. Mi padre solo se preocupaba de sus diseños... y de su esposa. La adoraba.

Él volvió a besarle la mano y esperó pacientemente a que continuara.

—Se conocieron en París. —Ella continuó desgranando su vida por alguna razón desconocida—. Él era un aventurero, un rebelde errante. Ella era una inmigrante ilegal que soñaba con estudiar en la Sorbona, pero se veía obligada a trabajar en una fábrica textil donde explotaban a los empleados. Él tenía veintidós años, ella diecinueve. Él era guapo, ella también...

—Eso no me extraña nada —intervino él.

—Se enamoraron locamente —continuó—. Nací yo. No tenían dinero. Fue entonces cuando mi abuelo se puso enfermo y llamó a mi padre. Nos marchamos a Zetrinja para verle y jamás regresamos. No abandonamos el lugar hasta que el coronel del Ejército Popular Yugoslavo Drago Stengl y su brigada secreta pasaron por allí.

Él le apretó la mano y ella se aferró a sus dedos.

—Resulta irónico —susurró—. Era el hombre más educado que he conocido en mi vida. Casi nunca le escuché alzar la voz a lo largo de mi infancia. Y de buenas a primeras le ejecutaron. Lo pusieron allí de pie y le dispararon solo por ser un paramilitar. ¿Te lo puedes creer? Él, un jodido paramilitar. ¡Dios mío!

El corazón se le aceleró hasta casi lo imposible mientras miraba fijamente el aceite de su plato, las briznas de perejil, el trozo de carne rojo y jugoso que Val le había puesto... Poco a poco la presión sanguínea descendió.

«¡Basta!». Nunca le había contado a nadie tanto sobre sí misma. Nunca había abierto su corazón de esa manera.

Arrancó la mano de la de él para romper el hechizo.

—Ya no quiero hablar de eso —siseó con la voz tensa—. Volvamos al hotel. ¿No sabrás, por casualidad, dónde hay una armería decente por aquí? No me gusta estar en el mismo continente que esa escoria sin un arma. O dos... O tres...

—Estoy de acuerdo contigo. Un amigo mío se ha desplazado a Salerno para arreglar ese asunto —la informó él—. Mañana nos reuniremos con él.

—Bien. Que me consiga una Glock de 9 mm, o una SIG.357, con un buen suministro de munición. Que no escatime en cargadores. Quiero un Ruger como apoyo. Una pistolera cruzada, otra para el tobillo y una correa para la cadera, si puede conseguirla. También quiero explosivo plástico para las bombas de menor tamaño. De esto no necesito mucho.

Él asintió con la cabeza antes de tomar un sorbo de vino.

—Veré lo que puedo hacer.

—Hazlo. —Aquella conversación sobre el pasado había hecho desaparecer el poco apetito que tenía. Apartó el plato todavía lleno—. He terminado.

Regresaron caminando al hotel en completo silencio. Ella se preparó por si él volvía a cogerle la mano. Lo cierto es que no pudo decidir si se sintió aliviada o desilusionada cuando no lo hizo.

De regreso en la habitación, no perdió demasiado tiempo preparándose para dormir y no tardó en deslizarse bajo las sábanas arrugadas.

—¿Qué planes tenemos para mañana?

—Lo primero es una cita con Donatella Amato y Ana Santarini a las diez y media de la mañana —informó—. Será en la casa de Ana, cerca de Positano. Después trazaremos los planes pertinentes basándonos en lo que nos diga Henry y en nuestras propias observaciones.

Se estremeció sin control; un roce frío del pasado. Como si el dedo de un cadáver le hubiera rozado la nuca. En ese momento él comenzó a quitarse la ropa y todos los pensamientos coherentes desaparecieron de su cabeza.

—¡Eh! —le llamó—. ¡Janos!

Él se quitó la camisa, deslizando las mangas por los brazos musculosos.

—Llámame Val, por Dios. *Si?*

—Quiero dormir sola —le dijo con mordacidad—. Te lo dije.

Él miró a su alrededor con fingida desilusión.

—Pero solo hay una cama.

—¿Y de quién es la culpa? No fui yo la que reservó la habitación, imbécil.

Le vio quitarse los pantalones, los calzoncillos negros remarcaban su

paquete. Le costó apartar la vista.

—Pero quería estar en esta habitación. Quería que disfrutaras de esta hermosa vista y de la terraza —adujo con descaro mientras, con una sonrisa de oreja a oreja, se metía en la cama, a su lado—. Duerme tranquila, no te haré insinuaciones amorosas. —Se tumbó con los brazos detrás de la cabeza—. Relájate y duerme —la urgió—. Mañana tienes que estar despejada para conocer a la Santarini.

Ella se irguió y apoyó la espalda en el cabecero antes de abrazarse las rodillas.

—Ya la conozco.

Él se sentó de golpe.

—¿La conoces? —parecía indignado—. *Che cazzo dici?* ¡Es terrible! ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No me preguntaste —explicó ella.

—¿Te reconocerá? —exigió él—. No podemos arriesgarnos...

—No. No lo hará. Han pasado dieciséis años desde la última vez que nos vimos. Entonces estaba más gorda, llevaba el pelo más corto y mi nariz era diferente. Me he hecho la cirugía plástica más de una vez. Incluso es diferente el color de mis ojos. Y Ana es tan ególatra que jamás se lo imaginará.

Él se inclinó hacia ella, apaciguado.

—Mmm, ¿cómo es que la conoces?

Ese tema encabezaba la lista de los temas de los que no quería hablar, pero era una estupidez negarse. Ya había compartido detalles del pasado en el restaurante y no se había derrumbado ni provocado una escena por culpa de la presión. ¡Gracias a Dios!

Se tranquilizó. Podía hacerlo. Podía desgranar una lista de acontecimientos, describir los hechos tal y como ocurrieron, sin salirse del tema ni dar detalles.

—Durante algunos meses fui la amante de Stengl —comenzó.

Val se puso rígido. Se giró lentamente y clavó la mirada en ella, horrorizado.

—¿Su amante? ¿Después de que él...? ¿Después de que tu familia...?

—Mi padre fue fusilado con el resto de hombres y niños —recitó con voz monótona—. Mi madre, mi hermana pequeña y yo fuimos trasladadas a Sremska Mitrovica. Decían que era una prisión, pero era un campo de concentración. Un sucio agujero. Irina fue la primera en morir. Primero pilló una gripe y la diarrea acabó con ella. Luego fue mi madre, aunque no estoy segura de que fuera por culpa de ninguna enfermedad; creo que simplemente no lo resistió más.

—Oh, Tamar... —susurró—. No lo sabía. Lo siento.

—No sé cómo, capté su atención —continuó, impertérrita—. No sé cómo alguien tan sucio como estaba yo en ese momento pudo atraerle. Jamás nos dejaron bañarnos. Ni una sola vez. Sin embargo, se fijó en mí. Me sacó de allí y me llevó a Titogrado. Me instaló en una habitación de hotel; solo era alguien con quien jugar en las horas muertas. Nadie notó mi falta, a nadie le importó lo que me ocurría. Todos estaban muertos. —Se miró las manos, con las que retorció la sábana—. Estuve encerrada en esa habitación durante semanas... Meses, quizá. Era una especie de limbo. Perdí la noción del tiempo.

Val rodó sobre la cama para acercarse a ella, y se apoyó en un codo.

—Venga, sigue —la apremió.

—Cuando terminó lo que estaba haciendo allí, todavía no había acabado conmigo —explicó—. Me llevó con él a su casa en Belgrado. Ana vivía allí. Tenía diecinueve años y me odió desde el primer momento en que me vio. Actuaba como una esposa celosa. Creo que es probable que él también se divirtiera con ella, era un perverso. Ella emitía esa vibración que emiten las chicas de las que han abusado. La esposa de Stengl llevaba años muerta y él era esa clase de hombre.

—*Che schifo* —murmuró Val.

Ella apartó la mirada.

—Está bien. De hecho, tengo que agradecerle algo a Ana; gracias a ella nació el concepto de Belleza Mortal. Fue quien me dio la idea.

La mirada en la cara de Val fue casi de temor.

—¿Eh? ¿Cómo fue?

—Ella urdió un estúpido complot para deshacerse de mí —dijo—. Convenció a uno de sus novios para que entrara en mi cuarto y mantuviera relaciones sexuales conmigo mientras ella nos fotografiaba. Quería enseñar las instantáneas a su padre, mostrarle lo sucia que era. No era un plan demasiado bueno y ella tampoco era demasiado creativa. De hecho, todo se volvió en su contra.

Val cambió de posición sin perder palabra, fascinado.

—*Si?* ¿Cómo?

—Tenía un broche que había pertenecido a mi madre con una aguja muy afilada —explicó—. Era una pieza barata, de circonitas. Cuando me encerraban, solía sentarme con el broche en la mano. Lo tenía entre los dedos cuando entraron Ana y su amigo. En el momento en que él intentó violarme, le atacé. Le clavé la aguja en el escroto. No te imaginas los chillidos que

emitió.

Pudo sentir la horrorizada mueca de desagrado de Val a través de la cama.

—Tuvo una infección de la sangre —finalizó con oscura fascinación.

Él silbó por lo bajo.

—¿Perdió sus...?

—Jamás lo supe. Espero que sí —se rio—. Se lo merecía. Ana no volvió a molestarme. Poco después, Stengl se cansó de mí.

—¿Qué ocurrió entonces?

—No haces más que preguntas —se quejó—. ¿No podrías callarte y dejarme dormir? Mañana va a ser un día duro.

—Por favor, Tamar, cuéntamelo —le pidió con suavidad.

Ella suspiró.

—Me cedió a uno de sus subordinados. Toda esa época fue como un borrón para mí. Pero reaccioné, comencé a pensar. Me di cuenta de que tenía que elegir a mis amantes. Que debía jugar con ventaja en lugar de ser la víctima. Si no lograba subir, me quedaría siempre abajo y pasaría por toda la jerarquía de mandos hasta que perdiera todo mi estatus como mujer objeto. Y eso sería malo; primero te usan y luego te tiran a la basura.

Él asintió con la cabeza en perfecta comprensión.

—¿Eso fue lo que hiciste? ¿Comenzar a escoger?

—Por supuesto. Todo era cuestión de actitud. Aprendí con rapidez. Los hombres son criaturas muy simples, banales. No resultó difícil usar la cabeza. —Se interrumpió para mirarle durante un momento y corrigió su declaración—. Por lo menos en la mayoría de los casos. Cállate ya, me duele la garganta de tanto hablar.

Apagó la lámpara de la mesilla de noche. El silencio flotó en la oscuridad y Val se acercó a ella. Para su completo horror, la rodeó con los brazos. Ella se puso rígida a pesar de lo agradable que resultaba su calor. Su calor y su fuerza.

—¡Maldita sea, Janos! —gruñó—. Estás presionándome. Te he dicho que...

—Lo has dicho —convino—. Y llámame Val.

—No quiero.

—Lo sé. Te oí la primera vez. No estoy tratando de seducirte, pero después de lo que me has contado, quiero abrazarte. No lo puedo evitar.

—Gracias por pensar en mí, pero no me siento muy cómoda con...

—Dame una oportunidad —le suplicó—. Sé que puedes hacerlo. Te he visto. Imagínate que soy Rachel.

Ella se rio.

—¿Qué? ¡Por el amor de Dios, Val! Entre tú y Rachel hay un par de diferencias muy notables. Sois difíciles de confundir.

—Quizá, pero los principios básicos son los mismos. —La estrechó con más fuerza, masajeándole los hombros—. Limitate a abrazarme —la camelo con voz incitadora—. Pon mi cabeza debajo de tu barbilla y frótame la espalda. Será muy dulce para mí cuando me despierte por la noche, asustado.

Esta vez soltó una risita tonta.

—Más quisieras. He tenido un día muy largo y mi sentido del humor no está muy despierto. Ser maltratada por un espía desnudo que huele como una fulana francesa no es mi idea de...

—Shhh. Déjame abrazarte. Piensa en Rachel. No es difícil abrazarla a ella, ¿verdad?

—Eso es diferente —protestó—. A ella la quiero.

Sintió una opresión en el estómago, como si aquella repentina revelación pudiera poner a Rachel en peligro. Se reprendió para sus adentros. ¡Santo Dios! Estaba tan jodida que resultaba humillante.

—Ese es el truco —la animó él—. Imagina que me quieres.

Aquellas palabras penetraron hasta lo más hondo de su alma como si fueran un punzón afilado. Se puso rígida y se contrajo para soportar el horrible dolor.

—¡Joder, no! —susurró—. Nada de juegos. No voy a fingir nada. Eso sería peor y tú lo sabes tan bien como yo, gran hijo de puta. —Le temblaba la voz. Volvía a ocurrirle.

Enterró la cara en la almohada e intentó controlarse en vano. Era como intentar detener una avalancha.

Él se curvó alrededor de ella como una enorme bestia caliente, le acarició la espalda y la besó en la nuca cuando ella cedió a la tormenta con un silencioso llanto.

—Perdona —murmuró—. Lo he dicho sin pensar. Lo siento. Lo siento mucho.

—No lloro por eso —gruñó, pero las palabras resultaron confusas. Se quedó consternada al constatar que así era como se sentía. Como estaba realmente. Y eso no era bueno. Era algo para echarse a temblar. No podía enfrentarse ahora a eso, tenían demasiado trabajo por delante.

¡Oh, Dios! Quizá le asustara y pudiera conseguir que saliera de la cama, pensó con cierta diversión mordaz. Se había servido de él para superar el pasado. La había estimulado con todo su frenesí. Imbécil metomentodo.

Pero él no se fue. Siguió abrazándola con suavidad. Le colocó la cabeza debajo de su barbilla y le acarició la espalda de arriba abajo mientras murmuraba dulces palabras sin sentido, tiernas expresiones en una desordenada cadencia de diferentes idiomas.

Cuando el diluvio pasó, la dejó aniquilada, devastada por completo. Estaba demasiado exhausta como para desaprobar que incluso a pesar de las lágrimas, de la tragedia, aquel mentiroso bastardo todavía pretendiera hacerla creer que la amaba.



Cuando abrió los ojos, Tam se encontró ante una escena perfecta, hermosa. Parpadeó, desorientada. Estaba inmersa en una pintura barroca; arcos, cielo y unas resplandecientes nubes rosadas, iluminadas por el sol naciente. La matutina estrella brillaba con intensidad en aquella bóveda azul y dorada. Lo único que faltaba eran unos querubines haciendo cabriolas.

Se sentía suave, caliente y... ¡Oh! Eso tenía una explicación. Bajo las cálidas mantas, estaba envuelta por los brazos de Val.

Era la primera vez en su vida que despertaba entre los brazos de un hombre

sin ponerse rígida, que no intentaba recuperar su espacio personal en cuanto era posible.

Aquella mañana no tenía prisa, sería feliz si pudiera quedarse así para siempre. Era un momento de paz robada. Quería que durara y durara.

Contempló la dormida cara de Val. El sueño atenuaba las arrugas, las tensas líneas de expresión. Parecía casi vulnerable.

Pero ella no quería que fuera vulnerable. Ya tenía suficientes problemas; quería que él fuera punzante como un alambre de espino, duro como el acero, rudo como las botas de cuero. ¡Por Dios!, no quería un lastre, sino un hombre que pudiera cuidar de sí mismo.

Dirigió la mano a los contornos de su cara, percibiendo cada detalle. Cada una de sus cicatrices, la forma de sus huesos, la fuerza de su mandíbula. Cada línea y cada pelo. Casi le rozó la mejilla con un dedo, lo acercó lo suficiente como para sentir la áspera superficie sin tocarle, para percibir su calor.

La expresión relajada le hacía parecer más joven. Pensó en su desolada infancia. Le había llegado al corazón lo fuerte, lo resignado... Lo frágil que era.

«No siempre fui tan grande».

Apretó los dientes al pensar en alguien tan despiadado como para lastimar al niño vulnerable que había sido entonces.

Se acurrucó contra él. Tenía la piel tan sensible que cada roce, cada contacto era tan placentero como un beso, como una caricia deliberada. Notó un palpitante resplandor en el vientre y el corazón. Un nudo tembloroso en la garganta. Le picaban los ojos. Estaba segura de que su cara jamás había mostrado una expresión de ternura semejante a la que lucía en ese momento y se preguntó si se reconocería en el espejo; le daba miedo mirar.

No quería llamarlo felicidad, implicaría demasiada idiotez por su parte. Lo consideraba más bien un tipo de locura. Una preciosa y tierna locura.

Debería aplastarla. Sabía cómo suprimir emociones dolorosas, así que deshacerse de otras, más hermosas, debería ser todavía más fácil. Eran más delicadas. La necesidad de hacerlo resultó casi automática..., pero la contuvo. Respiró hondo y se recreó en él como en el olor volátil de una violeta, que tan fácil era de desterrar o perder.

Por fin, cedió a la tentación y lo rozó con la punta de los dedos. Le tocó la mejilla, disfrutando de su flexible y cálida piel. Estudió el nicho en la base de la garganta, los tendones del cuello, el dramático trazado de sus cejas, cada oscuro mechón de cabello que enfatizaba aquella increíble belleza masculina.

Había una fea cicatriz bastante reciente sobre el hombro. Una herida de bala distinta de la que le había alcanzado en el autobús. Acercó los dedos sin tocarle; el tejido cicatricial podía ser muy sensible.

Pero él ya había abierto los ojos. Ella se estremeció, alarmada como si la hubieran atrapado haciendo algo que mereciera un castigo.

Sin embargo, no vio burla en sus pupilas, eran el fiel reflejo de las de ella. Transmitían una admiración completa y absoluta.

Lo vio respirar hondo. Sin querer, le puso un dedo en los labios para que permaneciera en silencio; lo que dijera podía arruinar aquel momento. Era un instante tan frágil como un copo de nieve o una voluta de humo. Algo que no volvería jamás; que era muy improbable que se repitiera.

«Déjalo respirar, revelarse. Déjalo existir durante un rato antes de que lo destruyan palabras incisivas y duras realidades. Por favor. Deja que este rosado y resplandeciente amanecer se convierta en una fantasía». No había nada que hablar, continuó diciéndose a sí misma. Jamás volvería a sentirse así en su vida. De hecho, quizá ni siquiera tuviera vida. No, ¡maldita fuera!, no había nada que decir.

Se conformaría con ese pequeño instante y jamás volvería a quejarse.

Notó la suavidad de los labios de Val contra los dedos. El roce tierno en sus yemas era casi un milagro de la naturaleza. Él le acunó la mano con la suya y le besó los dedos. Luego pegó la boca a su palma y la besó también, de una manera casi reverencial, como si su mano fuera un precioso relicario sagrado. Como si al besarla encontrara fuerzas para redimirse.

Notó el roce de sus labios; un contacto tan suave que fue casi un suspiro. El beso se intensificó poco a poco, mientras sus cuerpos se enredaban.

El miedo intentó hacer mella en ella, pero salió perdiendo. Quería ser parte de él, que él fuera parte de ella. Quería sentirlo y conocerlo, saberse apreciada y conocida. Todo lo que ella era, todo lo que era él. Lo dulce y lo amargo.

Se subió encima de él al tiempo que se despojaba del camisón. Agradeció el frío aire del amanecer contra la piel caliente. Su cuerpo recibió el frescor como si fuera otra caricia y Val tenía calor de sobra, lo irradiaba desde debajo de ella. Era grande y poderoso. Se puso a horcajadas sobre sus caderas y situó su erección con cuidado, ajustando el ángulo adecuado. Luego cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás con un suspiro de deleite al hundirse en él, acogiendo aquel hermoso y enorme pene en su interior. Se sintió repleta y dilatada. A principio apenas podía moverse, pero se dejó llevar y encontró la

manera de hacerlo.

No hubo torpeza ni ira. Entrelazaron las manos para mantener el equilibrio y buscaron el ángulo perfecto, la cadencia más placentera... Se movieron al unísono. El placer estimuló cada una de sus terminaciones nerviosas cuando las llamas subieron y crecieron, envolviéndolos. Ella le rozó los rasgos, explorándolos con los dedos, y él alzó la mano para tocar su cara. No dejaron de mirarse a los ojos ni un solo instante, anonadados por la sorprendente perfección. Por aquel regalo inesperado.

Ella alcanzó el clímax en varias ocasiones; largos y preciosos orgasmos antes de darse cuenta de que él estaba conteniendo el suyo. No se había puesto un condón.

La satisfacía con su enorme cuerpo, con su hermosa y cálida virilidad, durante todo el tiempo que ella quisiera, de cualquier forma que le pidiera. Agradeció tal muestra de control. Por fin, deslizó el rígido eje fuera de su cuerpo y se contoneó más abajo, frotándose contra aquel torso sensacional, antes de capturar la erección en su boca, dispuesta a devolverle parte del placer que le había dado.

Él no tardó, estaba a punto. Notó que se estremecía con fuerza al alcanzar el clímax y se derramaba en su boca. Siguió lamiéndolo hasta que el placer decreció y él convulsionó desfallecido.

Se alzó y gateó para dejarse caer sobre él, pecho contra pecho.

Él fue el primero en hablar.

—Tamar, yo...

—No —lo interrumpió al instante.

Él la miró con expresión de frustración.

—Pero no esperaba...

—Ni yo. Pero no podemos hablar de ello. No hay nada que decir, Val. No podemos hacernos ninguna promesa, no podemos hacer planes. Así que no digas nada. No lo pienses siquiera.

Él apretó los labios, pero no parecía conforme.

—Pero nosotros...

—No. —Le puso el dedo en la boca y se recreó en la sensación que provocaban sus labios. Lo conservó allí disfrutando de su suavidad y su calor mientras continuaba hablando—. Te voy a decir lo que haremos ahora. Vamos a guardar esto que ha surgido entre nosotros, sea lo que sea, en una caja con una cerradura encriptada. Luego esconderemos esa caja y la pondremos a buen recaudo mientras salimos ahí fuera a hacer nuestra labor. Si los dos

sobrevivimos y regresamos, comprobaremos si dentro de esa caja hay algo vivo. Entonces nos ocuparemos de ello.

Él frunció el ceño.

—Nada puede permanecer con vida en una caja cerrada.

—Lo más poderoso puede hacerlo. —Ladeó la cabeza y le brindó una sonrisa ladina—. Esto te dará algo de tiempo para pensar en lo que realmente quieres. Rachel viene conmigo, somos dos y sabes bien cómo nos las gastamos. Somos chicas complicadas. En realidad somos un auténtico coñazo; difíciles y caras. Conllevamos muchos gastos y problemas. Piénsalo antes de decir nada, gran hombre. Piénsatelo muy bien.

Él entrecerró los ojos y la traspasó con su mirada.

—No lograrás intimidarme —aseguró—. No lo intentes siquiera, me aburre.

¡Qué Dios les ayudara! Chasqueó la lengua, pero sonreía para sus adentros. Le encantaba no conseguir intimidarle.

Se alejó de él y se levantó de la cama.

—De todas maneras, es hora de prepararnos —informó, dándole la espalda—. La caja está cerrada. Tema zanjado.

Apretó los labios al mirar las limitadas elecciones de su guardarropa mientras buscaba la prenda adecuada para enfrentarse a la zorra de Ana. Porque imaginaba que seguiría siendo una zorra a pesar de los dieciséis años transcurridos. El tiempo no acostumbraba a hacer que la gente fuera mejor persona. En particular las que eran malas como el demonio.

Concluyó que su mejor elección era mostrarse chic y segura, pero no demasiado sexy. Decidió ponerse la impecable chaqueta del traje sastre gris con unos pantalones negros y una blusa de seda negra. Luego saqueó su arsenal; la afilada hoja envenenada de la torques, el anillo multiusos de Liv y los pendientes con somnífero. También podía llevar un arma debajo de la chaqueta, si tenía la suerte de conseguir una. Se puso las lentes de contacto para que sus ojos fueran grises. Un poco de maquillaje en polvo para cubrir su palidez y rímel y lápiz negro en los ojos, para acentuar el aire peligroso y letal que tan bien venía en una presentación. Completó el atuendo con las botas negras de media caña y se miró en el espejo, satisfecha de lo que había conseguido con el material del que disponía.

Había fingido ignorar a Val mientras se preparaba; ni siquiera se permitió mirarle mientras se afeitaba, aunque él había dejado abierta la puerta del cuarto de baño, y lo había hecho desnudo. No era más que un desvergonzado exhibicionista.

Esperó a mirarle hasta que estuvo cubierto por su uniforme habitual negro de pies a cabeza: camisa, vaqueros y botas de motero. Como siempre, su aroma era increíble. Su firme mandíbula se veía ahora suave como la piel de un bebé. Tuvo que contenerse para no obligarle a bajar la cabeza y poder acariciar sus labios y olfatearle. Si lo hacía, seguramente acabarían retozando otra vez en la cama, y no tenían tiempo para jugar.

Se detuvieron en el restaurante ante la insistencia de Val. Ella tomó un *espresso* mientras él daba cuenta de varios sándwiches de *cornetti*, *salami* y queso, huevos duros, bizcocho de café y solo Dios sabía qué más. Puso los ojos en blanco al recibir el inevitable sermón sobre lo poco que comía, pero el discurso se vio interrumpido por el pitido del móvil. Él leyó el mensaje.

—Henry nos recogerá en la *stazione di servizio* de la *Autostrada* —la informó—. A treinta kilómetros de aquí.

No hablaron demasiado en el trayecto hasta allí, dirigiéndose solamente las frases necesarias sobre cuestiones prácticas. Actuaban como compañeros de trabajo, no como amantes. El tono de Val fue educado y distante; su provocativo encanto había desaparecido. Justo lo que ella necesitaba.

Sin embargo, era culpa suya. Era ella quien le había pedido que guardaran las emociones en una caja, aunque no era para matarlas. ¡Oh, Dios, no! Era para protegerlas; para mantenerlas fuera de su alcance tanto como fuera posible; para darles una oportunidad de sobrevivir.

Pensó con cierta desolación que podían morir de todas maneras. Era lo que ocurría casi siempre.

Henry Berne, el amigo de Val, les esperaba en el comedor del Autogrill, degustando un *cappuccino*. Se levantó en cuanto se acercaron y abrió los ojos como platos al examinarla de pies a cabeza. Era un hombre atractivo, grande y musculoso; mandíbula cuadrada, pecho ancho y ojos azules; el típico jugador de fútbol americano. Incluso era un par de centímetros más alto que Val. Los vio darse la mano. Cuando murmuró las frases de rigor, le dio la impresión de que era americano, concretamente del medio oeste, aunque, como muy bien sabía, los acentos podían ser fingidos.

Se sentaron en una mesa. Berne la estudió de pies a cabeza sin decir palabra antes de ponerse manos a la obra. Tras dirigirle una mirada especulativa, el agente se concentró en Val.

—Podíamos habernos encontrado en vuestro hotel, en el desayuno —dijo Berne con voz neutra—. ¿Estás poniéndote nervioso, Val? ¿No quieres que tus amigos sepan dónde estás durmiendo? ¿Ya no confías en mí?

Val se encogió de hombros sin dar mucha importancia a sus palabras.

—Solo estoy siendo precavido. No te lo tomes como algo personal; estoy seguro de que tus sentimientos no se han visto afectados.

—¿Mis sentimientos? ¡Joder, no!

—Bien —repuso Val con seriedad—. ¿Qué tienes para mí?

—No es suficiente. Un par de días no llegan para nada. Pero he escuchado rumores que indican que Stengl está desintegrándose en una clínica de lujo. Tiene sentido que esté cerca de su hija, y este lugar cumple todas las condiciones.

Berne sacó un dossier de un maletín muy gastado y lo empujó hacia ellos. Lo abrió y señaló una dirección escrita en un papel sujeto a varias fotos con un clip.

—Ayer y anteayer Ana fue a esta dirección, en las afueras de Nocer, en torno a las cinco —explicó—. Se trata de una clínica privada. Máxima seguridad, nada de publicidad ni información en Internet. —Soltó una de las fotos y la señaló—. Esta es la entrada. Dispone de seguridad biométrica. He visto una máquina de reconocimiento de retina y otra para las manos en vez de cerrojo. Solo podréis acceder acompañando a Ana, a menos que le arranquéis un ojo y le cortéis una mano.

—Demasiado complicado —observó Val.

—Bueno, un poco. Ninguno de los dos días se quedó allí más de una hora.

Ella clavó los ojos en la foto. A tanta distancia era difícil tener la certeza de que la mujer de la fotografía que presentaba su mano al detector fuera Ana; pero tampoco podía descartarlo.

Allí estaba, un enlace directo con las peores pesadillas de su pasado. Se sintió vacía mientras clavaba los ojos en aquella imagen congelada. Era extraño.

Se concentró de nuevo en la conversación que mantenían ambos hombres.

—Ten cuidado —aconsejaba Berne por lo bajo—. Corren rumores de que ya no eres una persona grata. Han ofrecido dinero para quien comunique tu paradero. No te quedes por aquí mucho tiempo.

Val tenía una expresión neutra.

—Solo el tiempo suficiente para hacer lo que necesito.

Berne pasó a Val otro papel por encima de la mesa.

—Acércate esta tarde a esta dirección en Salerno; tendré algunos juguetitos para ti. Espero que dispongas de un buen presupuesto, porque no son precisamente baratos.

—Eso no es un problema. —Val guardó la nota en el bolsillo interior de la chaqueta—. Gracias. En cuanto acabemos aquí, me pondré en contacto contigo para concretar los detalles de la próxima aventura.

—Apenas puedo contener la impaciencia.

Berne clavó en ella sus ojos al tiempo que esbozaba una sonrisa que hizo que se sintiera irritada. ¿Quién coño se pensaba este tipo que era? ¿Creía que podía saberlo todo de ella con solo mirarla? Le brindó una sonrisa deslumbrante y notó que palidecía.

Ese tipo no le gustaba, lo que no significaba gran cosa. No acostumbraba a gustarle ningún hombre, salvo los pertenecientes al clan McCloud. Aunque quizá «gustar» no era la palabra más adecuada, teniendo en cuenta lo mucho que la irritaban. Más bien confiaba en ellos; imaginó que eso implicaba que sí le gustaban.

Quien realmente le gustaba era Val. Lo que, a su vez, implicaba que confiaba en él.

¡Qué Dios la ayudara!, pero comenzaba a confiar en él de verdad. Aquello le daba cierto repelús. Los sentimientos y las emociones eran demasiado complicados para una zorra fría como ella.

—¿...irnos? —decía Val—. Tenemos que movernos, Tamar.

Ella se obligó a concentrarse en los dos hombres, que la miraban fijamente. Berne se puso en pie y dio a Val una palmada en el hombro al tiempo que la señalaba con la barbilla.

—Quién te ha visto y quién te ve, colega —le dijo en voz baja.

«Quién te ha visto a ti, gilipollas. ¿Qué quieres de él?», pensó mientras observaba cómo se alejaba el amigo de Val.

—¿Confías en él? —murmuró.

Él ladeó la cabeza al tiempo que le lanzaba una mirada irónica.

—Sí. Me ha salvado la vida más de una vez... y le he devuelto el favor. Hace años que somos amigos.

—Pero no le has dicho en qué hotel nos alojamos.

—No le interesa. Y no es por él. —Le vio encoger los hombros—. La cautela se ha convertido en un hábito. Me gusta que todo sea tan sencillo como sea posible, simplifica el proceso de eliminación. Además, para él también es mejor. PSS es su vida.

—¿Y no es la tuya? —preguntó ella.

Él la miró directamente.

—Ya no —afirmó muy serio.

Hacia el día perfecto para recorrer en coche la carretera de la costa de Amalfi. Tam sintió en su interior el extraño deseo de olvidarse de todo, de estar disfrutando de unas vacaciones. Quería tener la oportunidad de aspirar profundamente y disfrutar de ese hombre, de ese lugar. A pesar de ser invierno, había algo brillante en el aire. El lugar parecía empapado en luz: las escarpadas rocas del acantilado, el plateado follaje verde formado por matorrales que se aferraba a ellas, las parcelas cultivadas en terrazas escalonadas, los viejos pueblecitos blancos que colgaban sobre el mar.

Pero el tiempo no se detenía, transcurría a una velocidad imparable. Antes de que se dieran cuenta estaban frente al acceso a la casa de Ana Santarini. Era una *masseria* de la *Renaissance* que había sufrido una exquisita restauración. Se hallaba situada en lo alto de una colina, con vistas al mar. La valla emitió un zumbido para dejarles entrar. Recorrieron un camino de grava hasta una antigua construcción en piedra. A un lado caía el acantilado hasta el mar azul, al otro había un viejo jardín de olivos antiquísimos a cual más retorcido, como nudosas estatuas de duendes.

Aquella zorra se había cuidado bien, pensó para sus adentros. Aunque habría que echar una ojeada a su marido mafioso para saber si había valido la pena.

Un hombre grande con la cara muy seria que les esperaba al final del camino de acceso los examinó meticulosamente antes de mostrarles dónde debían aparcar. Luego les condujo hasta la casa, donde les llevó a un salón enorme con los techos decorados con pinturas originales al fresco, que estaba repleto de antigüedades de valor incalculable, y en el que había un gran porche con vistas al mar.

Junto a la ventana se encontraba una mujer apoyada en una dramática pose, haciendo que su trasero resaltara. La vio darse la vuelta y mirarla de arriba abajo antes de estampar una deslumbrante sonrisa en la cara. Esa no era Ana, aquella mujer estaba en la treintena. Estudió su pelo teñido de rojo, la gruesa capa de maquillaje, las tetas de silicona y los grandes y redondos ojos verdes. Debía de ser Donatella.

La odió nada más verla. Y tuvo la certeza de que el sentimiento era mutuo.

La criatura se arrojó sobre Val.

—¡Valerio! *Amore*, por fin —ronroneó—. Tienes un aspecto maravilloso, *tesoro*. —La miró de reojo antes de concentrarse en él—. Y hueles... tan bien como siempre. Mmm, *delizioso*.

Observó cómo Donatella seguía la coreografía italiana de dar dos besos antes de ahuecar las manos sobre la cara de Val, mirándole con adoración.

Entonces le dio otros tres besos más. «Muac, muac, muac».

Ver aquello le puso la piel de gallina. ¡Santo Dios!, Val y Donatella parecían muy, muy amigos. Viejos amigos con derecho a roce. Aquello la habría cabreado mucho si no hubiera tenido que concentrarse en la segunda mujer que apareció en ese momento en la puerta. Se le revolvió el estómago de golpe.

¡Oh, sí! Esa sí era Ana. Su aspecto era mucho mejor de lo que ella esperaba. El pelo negro estaba recogido en un apretado moño y su figura exuberante, embutida en un sencillo vestido negro. Para su gusto tenía demasiado culo, pero lo compensaba con las impecables tetas, producto de la cirugía estética. También su frente y su cuello habían sido tratados artificialmente, algo que hacía que su piel pareciera suave y firme bajo el maquillaje, como si fuera una presentadora de televisión.

Ana la ignoró por completo para observar cómo Donatella manoseaba a Val a placer. Su expresión decía que estaba acostumbrada a ser el centro de atención y, por ello, Donatella no era su persona favorita.

Mmm, la entendía. Ver las largas uñas rojas que Donatella deslizaba posesivamente por el torso de Val hizo que se clavara las suyas en las palmas.

Bueno, bueno... Val no había mencionado que se había tirado a la tal Donatella. No es que ella tuviera razones o derecho a estar molesta si lo había hecho, pero lo estaba. Apretó los labios sin poder evitarlo. ¿Con aquella petulante y engreída mujer de plástico? ¿Cómo había sido capaz de hacerlo sin morir de aburrimiento?

Sin duda los hombres eran auténticos cerdos a los que no les importaba dónde metían la polla, pensó antes de concentrarse en el ritual de la presentación. Estrechó las frías manos con las uñas bien arregladas y dedos cargados de diamantes de ambas mujeres con una máscara en la cara. Forzó una sonrisa a pesar del «Muérete, zorra» que resonaba en la estancia.

—... permíteme que te presente a la señora Steele, la artista que diseña las joyas —estaba diciendo Val, sin hacer ningún esfuerzo por liberarse de los tentáculos de Donatella.

Ambas mujeres clavaron sus ojos, perfectamente maquillados, con idénticas miradas gélidas sobre ella.

—¡Oh, sí, por supuesto! —intervino Ana—. Donatella me ha hablado mucho sobre sus diseños. Son muy intrigantes, pero debo decir que usted no es, en absoluto, como la imaginaba.

Ella sonrió con fingida dulzura al tiempo que abría mucho los ojos, conteniendo el deseo de preguntar qué era lo que había imaginado. Sin duda no

le interesaba qué contenía la vacía cabeza de Ana.

De pronto, la mujer la sorprendió frunciendo el ceño para estudiarla con atención.

—¿Nos conocemos? —preguntó.

A Val se le congeló la sonrisa en la cara y clavó los ojos en ella, alarmado. Ella meneó la cabeza.

—Estoy segura de que la recordaría —mintió.

Ana se irguió.

—Por supuesto —convino, descartando el asunto con un gesto de sus garras rojas.

Pero Donatella había dejado de ser el centro de atención durante demasiados segundos.

—Valerio, eres un cielo por haber logrado arreglar este encuentro —intervino—. Me moría por disfrutar de una sesión privada; por poner las manos en estas joyas.

—Lo cierto es que el portador no es quien debe morir —señaló ella, Tam—, aunque es un riesgo que debe tenerse en cuenta.

La tajante mirada de Donatella se volvió irritante cuando sonrió.

—Por supuesto.

—¿Dónde puedo mostrárselas? —preguntó.

A partir de ese momento todo discurrió con facilidad. A pesar de los deslumbrantes defectos de Ana como ser humano y de que Donatella no apartaba las manos de Val, las dos mujeres eran las clientas perfectas. No les importaba vaciar los bolsillos y no controlaban los gastos. Entre ellas existía cierta competencia añadida que incrementaba las ventas. No dominar el sutil arte de conseguir parecer superior a su adversaria fue lo que aguijoneó a ambas mujeres a comprar el triple de piezas de las que podrían llevar puestas. Era una eficaz técnica de venta que jamás había considerado.

Tampoco era su intención servirse de ella, las mujeres de ese tipo la irritaban demasiado. Si se veía forzada a pasar más tiempo con ellas, acabaría matándolas. Y asesinar a sus clientes supondría un grave problema; ese tipo de cosas alimentaban malos rumores para el negocio.

Aquella era una de las razones por las que apreciaba tanto a las mujeres del clan McCloud, ninguna de ellas era una zorra, a pesar de que no tenían nada que envidiar a aquellas en belleza.

Se preguntó si esas ventas llegarían a consumarse. Imaginó que dependería de la oportunidad y del momento. Podría hacerse con doscientos mil pavos, y

en esos días tan complicados le vendría bien disponer de dinero en efectivo. Pero, bueno, tenía una fecha tope para cargarse al padre de esa mujer, tampoco había que ponerse en plan avaro.

—Por lo general suelo dejar las instrucciones para armar las joyas en un enlace de Internet protegido con contraseña —explicó—, pero como son clientas especiales, haré algo inusual. Todavía tengo que conseguir los explosivos y los venenos, pero me comprometo a regresar otro día y mostrarles personalmente cómo hacerlo.

—¿Cuándo? —Los ojos de Ana brillaron de interés, consiguiendo que ella se preguntara sobre la relación que mantenía aquella mujer con su marido.

—¿Qué tal mañana? —sugirió Val—. ¿A las cuatro?

Ana frunció el ceño.

—Las cuatro no es una buena hora para mí —explicó—. Tengo una cita a las cinco. ¿Podrían venir antes?

—¿A las tres? —preguntó ella.

—De acuerdo, les espero mañana a las tres —convino con una sonrisa almibarada—. No le importa que pague al contado, ¿verdad?

—En absoluto. ¿Y podría considerar la idea de dar permiso al personal durante todo el día? —propuso ella—. Así tendremos la oportunidad de hablar libremente.

—Me ocuparé de ello —se avino Ana.

Volvieron a intercambiar unas sonrisas, tan brillantes como falsas.

Donatella intervino en ese momento, sintiéndose olvidada.

—¿Cuándo podremos quedar para armar las mías? —exigió con aire petulante—. Es importante que sea pronto —bajó la voz y clavó los ojos en Val—, las necesito por si cierto amante alto, moreno y muy atractivo no aparece en París.

¿En París? ¿De qué cojones hablaba?

Concertó una cita con la mujer para la semana próxima, pero era tal su sensación de irrealidad que ni siquiera anotó la fecha y hora en la que habían quedado. La información salió de su boca y flotó alrededor de su cabeza, ¿llegaría a tener lugar esa cita? Lo cierto es que podía morir ese mismo día.

Pero ¿había alguien que supiera un minuto antes que iba a morir? Siempre era una sorpresa. Nadie podía haberlo adivinado aquel agosto ardiente en que detuvieron a su familia. Había sido una mañana como cualquier otra. Un desayuno cualquiera. Habían reído, bromeado, discutido...

Pero había sido el último. El último día. La última mañana. El último

desayuno. ¿Quién sabía cuándo serían los suyos?

La afilada conversación de ambas mujeres se desvaneció de su mente. Eran como gallinas cloqueando, como perras ladrándose... La distancia entre ella misma y el resto del mundo se hizo más grande en un vasto y horrible silencio. Estaba completamente sola, perdida.

Al día siguiente se enteraría de una vez por todas si la venganza la hacía sentir diferente. Los fantasmas la envolvían: su madre, su padre e Irina la rodeaban. Su hermanita se sujetaba a su rodilla con aquella mano regordeta. Sus oscuros ojos la miraban con el mismo misterio que los de Rachel; apenas tenía dos años cuando murió.

«No». Ahora no. No podía perder la cabeza ahora, frente a Ana y Donatella.

Cerró los ojos y vio cómo caía la tierra sobre los ojos abiertos de su hermana. Aquel ruido atronador comenzó a retumbar en sus oídos, se le desbocó el corazón...

Intentó concentrarse en el cloqueo de las gallinas, en el ladrido de aquellas perras. Agarrarse a un clavo ardiendo para enfocar la atención en algo, lo que fuera.

—... así podremos cenar después —canturreaba Donatella en el oído de Val en un tono que ella no quería oír ni de casualidad—. El cocinero de La Cantinola estará encantado de cocinar para nosotros, aunque pasen de las once. Soy una cliente especial y encima de las cocinas hay una habitación preciosa con vistas al mar que...

Lo que tenía que oír. Aquella descarada zorra estaba intentando tentar a Val para cenar y echar un polvo rapidito.

Él, todo había que decirlo, se escurría como una anguila entre los cumplidos con cuidadosas excusas, pero aquella cerda no le quitaba las manos de encima... Y él tampoco las apartaba.

La cólera le vino bien. Hizo que saliera de aquel pozo de inmundicia y se concentrara en la realidad.

Bien, la ira funcionaba, así que se revolcó en ella. Capullo, perro. *Porcone*.

Val pagaría por ello más tarde, con su propia sangre.

La temperatura que reinó en el coche durante el regreso a San Vito descendió bajo cero. Tam ni siquiera le miró. Observaba el paisaje a través del parabrisas mientras irradiaba una frialdad como Val jamás había sentido en

una mujer. Al menos en una que le importara.

—¿Puedes decirme cuál ha sido mi crimen? —exigió él finalmente, cuando estaban ya cerca de San Vito.

—No has cometido crimen alguno —aseguró ella con voz neutra—. Es que no soy capaz de imaginar cómo lograste hacerlo.

—¿El qué? —preguntó, aunque lo sabía.

Ella le lanzó una mirada que indicaba que sabía que él conocía la respuesta y no le gustaba que hubiera preguntado.

Suspiró antes de responder.

—Fue hace muchos años. Trabajaba infiltrado, investigando una red de contrabando. Su marido estaba involucrado y ella estaba cabreada con él. Necesitaba alguna información y resultó inevitable.

—¿Oh, sí? ¿De veras? Imagino que luchaste con uñas y dientes —se burló ella.

—No. Hice mi trabajo —informó él con rigidez—. Igual que habrías hecho tú.

—Oh, oh... Así que ahora nos lanzamos dardos envenenados a ver quién ha sido más puta, ¿verdad?

Él meneó la cabeza.

—No resultó demasiado memorable —afirmó—, aunque tampoco desagradable. Sin embargo, no tengo demasiadas ganas de repetir la experiencia. Solo fue algo que me facilitó la labor.

—¿También funcionó conmigo? Pobre Val, tirándose a sus objetivos para ganarse su confianza. ¡Qué truco más bueno!

—No digas memeces —gritó él—. Después de lo que ha ocurrido esta mañana sabes que eso no es cierto.

—¿Cómo puedo estar segura? Siendo como eres un hombre tan educado y guapo, ¿cómo voy a estar segura? Janos, el gigoló. Así que tienes una cita con ella en París, ¿no? Si quieres regresar con ella esta noche para cenar y que te la chupe en La Cantinola, no vayas a dejar de ir por mi culpa.

Él aparcó frente al hotel en medio de un montón de obscenidades y agarró el maletín con las joyas.

—Vamos —gruñó—, te acompañaré al hotel. Luego debo ir a Salerno. —Su intención había sido no alejarse de ella, pero dado su estado de ánimo, acabarían matándose el uno al otro.

Ella le arrancó el maletín de la mano.

—¿Recuerdas la lista que te di?

—Por supuesto.

—Entonces no es necesario que me escoltes a través de una calle repleta de gente. Puedo cuidarme sola. —Salió del coche y cerró de golpe.

Él la siguió y le puso el brazo sobre los hombros.

—No me trates como a un idiota.

—¿Por qué no? No veo que seas otra cosa.

Él la retuvo apretando las manos con las que la sujetaba.

—Déjate de juegos, Tamar. Basta.

—No me jodas, imbécil.

—Estás siendo muy obtusa. No es normal que te cabrees tanto por algo del pasado como eso. Lo estás usando como excusa, ¿verdad? Estás exagerando tu enfado conmigo y los celos por Donatella para ocultar otra emoción, ¿no? ¿Es sobre tu pasado? ¿Tu familia? ¿Ana? ¿Stengl?

Notó que ella perdía cualquier ánimo combativo y palidecía.

—No —susurró ella—. No intentes psicoanalizarme.

—Entonces no te comportes como si necesitaras que lo hiciera. Estás siendo una cría. Si necesitas distraerte, olvidar lo que ocupa tu cabeza, te acompañaré a la habitación y te daré algo que no olvidarás.

Ella se tropezó y se agarró a él hasta la entrada del hotel.

—No —dijo Tam con la voz entrecortada—. Tenemos trabajo que hacer.

—Entonces hazlo —la invitó—. Nos distraeremos cuando regrese. De una manera exhaustiva, te lo aseguro.

Ella subió la escalinata de entrada, ligera como la brisa, y desapareció en el vestíbulo. Él la siguió con la mirada, excitado. Estuvo tentado de seguirla arriba y cumplir su promesa sin esperas. Ella protestaría, lucharía con todas sus fuerzas, arañándole y mordiéndole, como siempre, pero luego... ¡Ah, *Dio!*

Regresó al coche abriendo y cerrando las manos para descargar la tensión... y la sensación de culpa.

Tenía que editar y enviar otro trozo de filmación a Novak. Solo tenía el de esa mañana y eso le mataba. Aquello le resultaba más difícil cada día que pasaba.

Se metió en el coche, encendió el ordenador y conectó el cable. Descargó el vídeo. Lo observó, volviendo a vivir las sensaciones. Se recreó en la manera en que ella se movía, en su cuerpo iluminado por la luz, en sus manos cuando le recorrió con ellas el pelo y la cara. Tamar daba la espalda a la cámara, flexible y delgada como un junco, exhibiendo la curva perfecta de sus caderas cuando lo montó.

Vio su propia cara en la pantalla, todos sus sentimientos quedaban al descubierto; parecía impactado por la belleza de esa mujer.

Cortó todo lo que pudo de aquella intimidad, aunque tenía que dejar suficiente para que aquel viejo y sucio sátiro se sintiera satisfecho. Estaba conectándose a Internet cuando percibió un movimiento en el aire. Se había desplazado de una manera en que no debía. Eran diminutas percepciones, unos juegos de luces y sombras fuera de lugar. Se quedó paralizado.

Un leve sonido. «No». Intentó sacar el arma, aunque no llevaba ninguna encima.

Demasiado tarde. Notó el frío círculo de metal apretado contra la nuca.

—Hola, Janos —dijo Hegel.



Tam se detuvo junto a la puerta, con la gente arremolinándose alrededor y observó las largas zancadas que llevaban a Val de regreso al coche.

Sintió una intensa ansiedad, una especie de irreprimible presentimiento. Quiso correr tras él, tomarle de la mano y rogarle que se quedara con ella.

«Madura de una puta vez». Val tenía razón al decir que sufrir aquella rabieta

por culpa de Donatella era absurdo. Él se la había tirado, por supuesto, era su especialidad.

Bien sabía Dios que lo que él había hecho con Donatella no era nada que no hubiera hecho ella misma; utilizar el sexo para obtener lo que fuera que necesitara. Algo como, por ejemplo, seguir con vida.

Ahora tenía que recobrar la compostura y regresar al trabajo. Necesitaba organizar y clasificar los venenos y las drogas para la charada del día siguiente con Ana. Debía idear un plan que le permitiera meterse en la clínica y decidir lo que haría una vez que lograra llegar. Tenía que ser inteligente, cruel; concentrarse en su objetivo.

Subió corriendo las escaleras. En cuanto dejó atrás el último escalón, vio que dos hombres la esperaban en el pasillo, apuntándola con sus armas.

—Quieta —ordenó uno de ellos.

Se acercaron y la sujetaron por los brazos. Notó el cañón de una pistola apretando duramente en el hueco de la espalda. Se negó a jadear de dolor. Las expresiones de los hombres eran impenetrables.

—¿Quién...?

—Silencio —siseó uno de ellos.

La arrastraron hasta el final del pasillo y la sacaron por la salida de emergencia hacia la escalera de incendios, por donde la subieron dos pisos. Se detuvieron ante la primera puerta. Uno de ellos golpeó con el puño.

—Adelante —dijo una voz familiar.

Abrieron la puerta.

Georg estaba sentado en la cama, de cara a ella, con las piernas abiertas y las manos en las rodillas. Los dientes destrozados habían sido sustituidos por fundas. Ahora lucía una dentadura blanca y antinatural que daba a su amplia sonrisa depredadora un efecto surrealista.

Georg comenzó a dar órdenes en húngaro, diciendo a sus hombres que se marcharan. Tam se quedó de pie frente a él, con el bolso en una mano y el maletín en la otra. Ella se obligó a sonreír y ocultó el miedo con la facilidad que daba la costumbre.

Tenía mejor aspecto que cuatro años antes. Cuando estaba con Kurt Novak, él era un monstruo calvo y lleno de cicatrices. Desde entonces, el tiempo y la cirugía habían alisado las cicatrices de su cara. En lugar de viscosos y rojos gusanos serpenteando por su cara, las marcas se habían convertido en ralas irregularidades que cubrían su pálida piel con líneas plateadas. Parecía un hombre al que hubieran dado una paliza y estuviera recuperándose. Una de las

comisuras de sus labios estaba permanentemente alzada en una afectada sonrisa; la órbita de un ojo era más pequeña que la otra y tenía el párpado demasiado estirado. Llevaba el pelo al rape y se mantenía delgado, casi escuálido. Sus eléctricos ojos azules resplandecían en aquellas cuencas hundidas como los focos de un coche en la oscuridad.

Un coche que estaba a punto de atropellarla.

Sintió el cruel poder de su locura. Lo vio en sus ojos, en su sonrisa. Había comenzado antes de que ella le conociera, y había madurado hasta alcanzar la plenitud desde entonces. Se le erizó la piel y se le secó la boca.

—Georg —dijo con fingida calidez—. ¡Qué inesperado placer! No sabía que seguías vivo.

Exacto, una deliciosa sorpresa. Como si no la hubieran conducido hasta él a punta de pistola.

—Casi no lo conté —le confesó él—. Estuve recluido en el hospital de la prisión durante un año. Fue el viejo Novak quien me sacó de allí.

—Qué detalle por su parte —intervino ella—. No lo sabía.

Él esbozó una amplia sonrisa.

—Imaginaba que no estabas enterada. De otro modo, habrías encontrado la manera de reunirte conmigo. Después de lo que compartimos estaba seguro de ello.

Ella disimuló expertamente el escalofrío de repugnancia con otra pregunta.

—¿Y por qué estabas tan seguro?

—Por lo que hiciste por mí. —Georg pronunció las palabras como si fueran una obviedad.

Mmm.. Aquello era todo un acertijo. Ella había intentado por todos los medios eliminar de la faz de la tierra su flaco y huesudo culo blanco. Sin embargo, y dadas las circunstancias, no le pareció apropiado decírselo. Romper su burbuja de fantasía podía sellar su destino y eso era algo que no tenía prisa por que pasara.

—¿Y qué fue exactamente lo que hice? —se aventuró a preguntarle, con una sonrisa confiada, como si estuviera coqueteando con él.

Georg sonrió.

—Hiciste lo que yo era demasiado débil para hacer. Kurt era fuerte y su fuerza me impedía ver la mía. Pero tú sí la viste; fuiste consciente de mi potencial.

—En efecto —aseveró ella, alucinada—. Eso hice.

—¡Significó muchísimo para mí! —Georg señaló con el brazo a su

alrededor—. Ahora tengo dinero, poder, todo un imperio, pero jamás habría sido más que el secuaz de Kurt si tú no me hubieras liberado.

Ella respiró hondo y decidió echarse flores.

—Corrí un riesgo enorme —le aseguró lentamente—, pero ha valido la pena. Mira en qué te has convertido.

—Te lo agradezco enormemente —garantizó él con aire solemne—. Estuve a punto de morir, pero gracias a ti, fue Kurt quien perdió la vida. Y tú eres como su viuda. Naciste para ocupar un lugar junto al emperador, pero en lugar de la consorte de Kurt, serás la mía, Tamara. ¿Te das cuenta? ¿No te gusta la idea?

Ella abrió mucho los ojos, como si acabara de ver claro su destino.

—Ah..., sí, ahora lo entiendo todo.

Él se levantó y se acercó muy despacio, rodeándola poco a poco.

—Tú no lo sabes, pero llevo años protegiéndote —confesó.

Ella sintió debilidad en las rodillas al pensar en Rachel.

—¿A mí? ¿De veras?

—Le dije al viejo Novak que habías muerto. Que vi tu cuerpo desangrándose.

Ella le miró boquiabierta en un gesto de teatral asombro. Aquella era la explicación de por qué había sobrevivido durante tanto tiempo; algo que nunca había acabado de creerse. Era demasiado bueno pensar que Papá Novak la hubiera ignorado durante años.

—No lo sabía —susurró—. Pensaba que nadie conocía mi paradero. Pero debería haber imaginado que jamás podría esconderme de ti.

—He oído que has adoptado a una cría —comentó él—. Este tema me preocupa. Espero que comprendas qué compromiso estoy pidiéndote, tanto de tiempo como de energía. Tu cometido será estar a mi lado y ayudarme a administrar el imperio que tengo en mis manos. No es necesario que te diga que está a punto de expandirse todavía más.

Ella encogió los hombros de manera casual.

—No te preocupes —le tranquilizó—. Haré algunos arreglos con la niña. No se convertirá en un problema.

La sonrisa de Georg se hizo más amplia.

—Sabía que lo entenderías. Y ahora, Tamara, dame lo que llevo años esperando.

—¿Eh? ¿A qué te refieres? —se preparó para lo que se avecinaba.

Él estiró los labios en una grotesca mueca sobre los dientes postizos.

—A ti.

Tam sintió náuseas. Dejó el maletín en el suelo con una brillante sonrisa mientras analizaba la situación con la rapidez mental que la caracterizaba. Estaba sola con él, lo que suponía una ventaja, pero no le cabía duda de que estaría armado hasta los dientes. Era un adversario letal y veloz. A pesar de lo delgado que estaba, pesaría un tercio más que ella y sus brazos y piernas eran más largos. Era un hombre alto, más de uno ochenta y cinco. Estaba loco, pero no era tonto; estaría en guardia.

La mejor opción eran los pendientes, pero no hasta que estuviera contorsionándose sobre ella, distraído por el paroxismo sexual. Entonces, una vez que lo hubiera dejado fuera de combate, podría matarlo de la manera en que le diera la gana.

El truco consistía en no vomitar ni desmayarse al encontrarse en una situación íntima con él. Había perdido su famosa calma profesional, algo que tenía que agradecer a Val Janos y a su... habilidad. Era mucho más fácil contemplar lo peor del infierno cuando todavía no se tenía un brillante paraíso con el que compararlo. ¡Joder!

Ahuyentó aquellos pensamientos. Ahora era un tema de supervivencia; ya se ocuparía de esa parte más tarde.

Georg le tendió la mano imperativamente.

—¿Y bien? Acércate.

Ella se tambaleó hacia él como si alguien la estuviera empujando desde atrás. Cuando cerró los dedos sobre su muñeca, estaban húmedos, pegajosos, y resultaban muy fuertes; como los músculos constrictores de una boa.

—¿Qué..., er..., quieres? —preguntó con cierta debilidad.

Él sonrió de oreja a oreja como si fuera un dinosaurio carnívoro.

—Desnúdate.

—Qué vídeo más interesante tienes ahí. —Hegel emitió una empalagosa risita—. Ya entiendo por qué le has dado largas al asunto. No querías dejar de tirártela, ¿verdad? Me encanta que te haya dado por immortalizar la experiencia. Dale para atrás, pon de nuevo el último trozo; me encanta la forma de su culo cuando se monta sobre ti. Y me pongo a cien cuando veo su coño depilado. Sedoso y suave, estoy seguro. Mmm... Vuelve a ponerlo.

—Vete a la mierda —dijo Val.

Hegel apretó más fuerte el arma contra su nuca.

—Vuelve a ponerlo —repitió.

Él cerró la pantalla.

—No.

Hegel se inclinó hacia él hasta que pudo sentir su cálido aliento en la nuca.

—No me jodas, Janos. ¿Sabes que tu mal comportamiento me ha manchado también a mí? ¿Te haces una idea de lo cabreado que estoy contigo? Estás a punto de descubrirlo.

Él se giró, pero su jefe le clavó el arma en el cuello con más fuerza.

—No des un paso en falso, Janos —escuchó mascullar a Hegel—. Sería un placer apretar el gatillo.

«Retrocede tres pasos». Puso en marcha su mecanismo y permitió que la matriz se ocupara de los procesos mentales, lo borró todo salvo a ella. Mejor dicho, lo intentó, porque realmente en su cabeza resonaba una ansiosa pregunta.

—¿Dónde está ella? ¿Qué le ha pasado?

—Imagino que estará en el hotel, con Georg. Aunque ese tipo asustaría a cualquiera, necesita cierta ayuda para poder follar. ¿Sabes?, te apuesto lo que quieras a que al final ella me dará las gracias por forzar la situación.

Él imaginaba perfectamente lo que diría Tamar si le hubiera oído.

—¿Lo crees de verdad? —inquirió con aire ausente.

—¡Oh, sí! Hay cosas mucho peores que estar liada con uno de los tipos más ricos del mundo, incluso aunque esté como una puta cabra. Y esa mujer es inteligente, se dará cuenta enseguida. Lo has hecho bien, Janos, pero no puedes competir con los cientos de millones que le proporcionan la droga, la prostitución y el contrabando de armas. Y si sus movimientos salen bien, su imperio se incrementará todavía un poco más. Yo mismo haré todo lo posible para que eso ocurra. Es un tipo al que hay que besar el culo, Janos. Y tú has metido tu mecha en su pozo sagrado, has sido muy malo. A Georg no le gustará nada, a pesar de sus peculiaridades sexuales.

Odiaba darle a Hegel alguna satisfacción, pero el miedo era cada vez mayor y la pregunta se le escapó.

—¿A qué peculiaridades sexuales te refieres?

—Oh, a nada demasiado pervertido, no creas —le explicó con ligereza Hegel—. Le gusta que le miren, eso es todo. No importa lo que le hagan, incluso aunque sea una simple mamada, tiene que haber alguien mirándole o no se le levanta. No me importa verle follar, en particular si luego se siente generoso. No me importa nada tirarme a la chica después que él.

Aquellas confidencias sexuales de Hegel le sobraban. Agg..., le revolvían el estómago. Cambió de tema.

—¿Quiénes eran los tipos del aeropuerto de Seattle?

—Ah, ¿te refieres a los que mataste? Eran una póliza de seguro. Un equipo local con base en Olympia. Los puse en movimiento cuando me di cuenta de que no podía contar contigo. Eran hombres incompetentes, pero, para mi sorpresa, has terminado cumpliendo con tu parte, Janos. Todo un éxito, has conseguido traerla a Europa sin utilizar a la cría. Hubiera sido un estorbo. ¿Te imaginas tener que lidiar con una criatura de tres años? Pon el coche en marcha.

—¿Cómo me has encontrado?

—Tengo mis métodos —dijo Hegel de manera misteriosa—. No eres tan inteligente como crees, Janos. Necesitamos aclarar algo. No tengo problema alguno en matarte. ¿Sabes eso que te digo siempre de que es peligroso encariñarse? Pues practico lo que predico.

—No lo dudo —masculló él.

—No siento apego por ti. Es cierto que hemos invertido millones en tu entrenamiento, pero a estas alturas ya están amortizados. Incluso la máquina más valiosa puede estropearse y, cuando las reparaciones cuestan cada vez más, se llega a un punto en que los rendimientos que se obtienen no compensan el arreglo, así que se renuncia a la máquina. Pon en marcha el coche, pedazo de mierda, o te meto una bala en la nuca. Nadie está mirándonos. A nadie le importa. Ahora ya tenemos a la mujer. Enhorabuena, gilipollas; ya eres oficialmente prescindible.

Él agudizó los sentidos al máximo; los puso alerta para que no se le escapara ninguna oportunidad, aunque fuera de solo un segundo, para hacer algo; lo que fuera. Puso el coche en marcha.

Hegel le dio indicaciones para que atravesara el pueblo y tomara una sinuosa carretera llena de baches que subía por la falda de la montaña. Llegaron a un pequeño mirador que no era más que un punto más ancho del camino, con un acantilado a sus pies. Un profundo y rocoso desfiladero que la lluvia había desgastado.

Era el tipo de lugar remoto y olvidado por todos, menos por los amantes que venían a darse el lote y los drogadictos que deseaban alcanzar su nirvana particular; el suelo estaba lleno de jeringuillas y condones usados.

—Detente aquí —ordenó Hegel— y tiéndeme la mano derecha.

Él vaciló. Era evidente que su jefe tenía intención de hacerlo caer por el

acantilado junto con el coche. Tenía que intentar ganar tiempo. Por suerte el coche tenía cambio de marchas.

—¿Y cómo voy a meter las marchas?

—Cállate y dame la mano. Deja la izquierda sobre el volante, donde pueda verla, o te volaré la tapa de los sesos.

Él se hizo el remolón. Hegel le puso una esposa con una mano mientras con la otra seguía sosteniendo el cañón del arma contra su nuca.

Se escuchó el pitido de un móvil. Era un mensaje de texto, pero no era en su teléfono.

—Ese tipo trabaja rápido —se rio Hegel.

—¿Qué quieres decir? —Tenía una profunda sensación de aprensión en las entrañas.

—Quiere decir que Georg quiere tirársela ahora. ¿Estás celoso, Janos? —Hegel se rio entre dientes—. Jodido cabrón. Acaba de enviarme el número de su habitación. Quiere tener audiencia y yo soy el afortunado. Un premio por cazaros. Quizá incluso me deje catarla cuando termine. Le gusta tanto observar como ser observado, y estará de buen humor una vez que se la folle. Y, la verdad, me encantaría conseguir que...

Lanzó la esposa que colgaba de su muñeca contra la cara de Hegel con un movimiento rápido como un relámpago, una explosión de energía más allá de su mente consciente. Se dejó caer a un lado sin pensar, antes de que el arma detonara.

No le dejó tiempo a reaccionar. El parabrisas estalló, dio la vuelta al coche y aceleró a tope hacia la profunda brecha rocosa que tenían a su espalda. El tiempo se eternizó mientras Hegel bramaba. Él se estremeció cuando el arma volvió a rugir, haciendo aparecer un agujero en el salpicadero. El relleno de su asiento salpicó sobre su hombro. El coche traqueteó, chocaron, aceleraron...

Y volcaron.

Crash, el coche aterrizó de culo en el barranco. Cayó sobre un costado rebotando una y otra vez. El cristal desapareció, el metal crujió... Él notó que sus huesos se agitaban sin control.

En cuanto estuvo seguro de que seguía vivo, abrió la maltrecha puerta del conductor y salió a gatas, arrastrándose sobre las rocas. Tenía las piernas débiles y temblorosas. Se parapetó detrás de una enorme roca redondeada, asegurándose de que si venía alguna bala del coche no le diera. Notaba la sangre goteando por su cara.

Silencio.

El portátil. El vídeo. Imre. ¡Oh, mierda, no!

Se volvió a arrastrar hacia el coche. De allí no salía ningún movimiento, ningún sonido. Miró al interior con atención; Hegel estaba tirado, inconsciente. La sangre le resbalaba por la cara y el cuello desde la sien.

Respiró hondo. Sintió un profundo alivio durante un breve instante antes de reprochárselo. Tamar. Tenía que salvar a Tamar.

Se subió encima del coche y se inclinó sobre la puerta abierta. Lo primero que hizo fue recoger el portátil; gracias a Dios, parecía intacto. Luego se arrastró hacia el asiento trasero para buscar la H&K y el móvil de Hegel. Ambos artículos estaban resbaladizos por la sangre de su jefe. Metió la mano en el bolsillo del hombre hasta dar con el cargador. Se guardó el arma en la cinturilla de los pantalones y activó el móvil, buscando el mensaje de texto.

348. Era el número de la habitación, a menos que fuera un código, en cuyo caso arrancarían cada una de las puertas del hotel de sus goznes hasta dar con ella.

Miró la cara ensangrentada de Hegel y puso un dedo en la base del grueso cuello del hombre. El pulso era fuerte. Lo habría matado sin el menor reparo en una pelea limpia, pero se resistía a acabar con un hombre inconsciente.

¡Joder! Lo dejaría con vida hasta encontrar la oportunidad. Imre diría que su conciencia estaba saliendo a la luz a través del par de toneladas bajo las que la había sepultado. Se impulsó hacia arriba y saltó del coche destrozado. El vehículo se deslizó más abajo. Clavó los ojos en él mientras sujetaba con firmeza el portátil bajo el brazo.

Necesitaba hacerse con un medio de transporte.

Como respondiendo a su llamada, un jovencito con acné apareció sobre una motocicleta por la curva del camino. El chico vio el coche y a él lleno de sangre y tambaleante sobre la carretera. Frenó en seco.

—*Hai bisogno di aiuto?* —jadeó con los ojos muy abiertos.

Sí, sin duda necesitaba ayuda.

—*Sì*. Tu moto —le dijo—. Bájate.

El muchacho le miró boquiabierto.

—*Come? Scusa?*

—El Vespino. Ahora. —Sacó un buen fajo de billetes del bolsillo; fácilmente cinco veces el valor del vehículo—. Ten, considéralo un regalo. Espera a mañana para denunciar el robo. Lo recuperarás.

—Pero yo no...

Él metió el dinero en el bolsillo de la camisa del chico y lo arrancó del asiento de la motocicleta. Puso el portátil en el *portapacchi* que había detrás y se largó.

El chico corrió tras él, gritando. El diminuto motor protestó cuando lo puso a la máxima velocidad, que no era mucha.

¿Así que el imbécil de Georg necesitaba que alguien le mirara? Excelente. Estaba a punto de tener un espectador que jamás olvidaría.



Tam vio cómo Georg colgaba la pistolera en el espejo antiguo antes de acercarse a ella.

—Date la vuelta muy despacio —ordenó él.

Ella compuso una sonrisa seductora y se giró de manera sensual con una graciosa pirueta.

Georg alargó los brazos hacia ella y sus manos, húmedas y pegajosas, se aferraron a su piel desnuda, manoseando sus pechos y apretándole las nalgas. Sintió náuseas.

—Quiero que vuelvas a cambiarte el pelo —comentó Georg frunciendo el

ceño—. Me gustaba más como lo llevabas antes. Más corto y rizado. Y rojo; me gustas de pelirroja.

—Por supuesto —murmuró—. Lo que deseas.

Vio que él se quitaba la camisa, exhibiendo un pecho duro y musculoso, blanco como la leche y lleno de cicatrices retorcidas.

—Tócame —le ordenó él.

Ella se acercó para deslizar los dedos por sus costillas. Intentó que resultara un movimiento sensual, pero sus dedos temblorosos se quedaron pegados a la piel húmeda.

«Piensa en metal, en piedras, en gemas —se dijo a sí misma—. Son fríos y duros. Piensa en agujas, en veneno. En pendientes».

Como siempre, actuar en la fracción de segundo adecuada sería lo que haría que su plan tuviera éxito. Estrechó su cuerpo desnudo contra aquel torso sudoroso, sintiendo su asfixiante aliento en la cara. Había restos de saliva espumosa entre los labios apretados y temblorosos de él. Intentó no mirarlos. Pensar que ese hombre había sido atractivo...

Le vio deshacerse de los zapatos y el cinturón antes de bajarse los pantalones con un jadeo.

Su pene rosado estaba medio erecto. Él bajó la mano y se acarició, consiguiendo que se engrosara un poco, pero en cuanto se detuvo, el miembro volvió a su estado original.

Qué interesante. Aquello podía salvar la virtud de una mujer o ser su perdición; dependía de cómo soplara el viento. Tragó saliva y tensó los músculos del vientre para enfrentarse a la realidad. Sabía muy bien lo que se esperaba en esas circunstancias de una buena puta.

Se dispuso a ponerse de rodillas mientras ensayaba una tentadora sonrisa a pesar del nudo que tenía en la garganta.

—¿Puedo...?

—No. —Él la obligó a quedarse en pie, tirándole del brazo—. No, siempre me pasa esto. Necesito que me miren, así que debemos esperar a que regrese.

—¿Qué te miren? ¿A que regrese? ¿Quién?

—Hegel. —Georg se acercó a sus pantalones y sacó un móvil del bolsillo. Ella le observó mientras tecleaba un breve mensaje de texto—. El agente de PSS. El jefe de Janos, el tipo que ha provocado todos estos problemas. Quería mirar hoy y he decidido que este sea el premio por localizarte.

—¿Qué es lo que quiere mirar? —preguntó alarmada.

—A nosotros —explicó con impaciencia, como si ella estuviera haciéndose

la tonta solo para molestarle—. Necesito que me miren para excitarme. Me gusta que me observen, de la misma manera que Kurt nos miraba. Solo tardará un par de minutos; ten paciencia. Si tarda más, llamaré a uno de mis hombres, no te preocupes.

Ella se sintió consternada. Lanzó una discreta mirada a la ingle de Georg y apartó la vista con rapidez. Había perdido cualquier rastro de excitación; su pene se encogía nervioso en un nido de vello púbico rubio. Por una parte, quiso aplaudir.

«Sí, ponte a cubierto, mi pequeño amigo —quiso cacarear—. Escóndete de mí. Tienes motivos para hacerlo, soy muy peligrosa».

Pero los hombres suelen comportarse de maneras extrañas cuando no les funciona la polla. Hace que sea mucho más difícil predecir su actitud y, por tanto, camelarlos.

—¿Estás seguro de que no quieres que te haga una...?

—Cállate —gritó él.

Ella se dejó caer en la cama y ensayó una postura erótica mientras su mente daba vueltas y vueltas, pasmada. Aquello era malo. Ya no podía esperar a un momento de languidez sexual para clavarle el pendiente, y menos mientras un agente de PSS, armado, observaba cada uno de sus movimientos con una pistola en la mano. ¡Ah, mierda!

Incluso ella tenía sus limitaciones. Tenía que matarle en ese momento; no le quedaba elección.

—Por cierto, luego follarás con él. —Los ojos de Georg se habían convertido en duros abalorios—. Se merece pasarlo bien después de haberte encontrado.

Se le congeló toda la sangre del cuerpo.

—Pero... yo quiero acostarme solo contigo —explicó con una mirada implorante—. ¿De verdad tengo que...?

—Tú tienes que hacer lo que yo te diga —la interrumpió con falsa suavidad—. Dominarás el mundo a mi lado, Tamara, pero no debes olvidarte de quién manda de verdad. Me gusta mirar, y me gusta mirarte a ti. —Le vio curvar los labios en una media sonrisa en la que vislumbró un destello de odio—. Sé lo que te gusta. Me aseguraré de que te satisfagan todos los días. Por supuesto, eso será después de que tú me satisfagas a mí.

Tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para que la sonrisa no se convirtiera en una mueca de repugnancia. Siempre había pensado que su relación con Kurt había sido mala, pero al parecer se podía caer más bajo.

Tenía que matarle antes de que llegara Hegel.

Se obligó a sonreír y le tendió la mano.

—Nadie me comprende tan bien como tú —aseguró con insinuante voz gutural—. Casi todos los hombres se sienten intimidados, salvo tú. Es un placer estar con un hombre que no teme enfrentarse a los deseos reales de una mujer.

Georg hinchó el pecho al tiempo que sus ojos resplandecían de vanidad satisfecha.

—Sí. He logrado tener completo control de mí mismo, Tamara. Y te domaré a ti también.

Ella le tendió la mano parpadeando.

—Siiii —susurró—. Ven a la cama, hace mucho tiempo que espero esto. — Le tendió los brazos, suplicante, como si deseara ser dominada.

Él entrecerró los ojos como si la parte más primitiva de su cerebro detectara una trampa, pero su vanidad y su locura fueron más fuertes.

Se sentó en la cama y ella se enroscó alrededor de él, rodeándole con las piernas, y apoyó la cabeza en su hombro al tiempo que le envolvía el cuello con los brazos. Georg emitía un olor extraño, tan amargo como la textura de su piel. El roce de su pelo era igual de desagradable que el de su cuerpo húmedo.

—Has tenido suerte de que te encontrara ahora —comentó él.

—Ojalá lo hubieras hecho antes —murmuró con suavidad—. He estado sola demasiado tiempo.

—Te busqué con más empeño cuando Novak se enteró de que estabas viva. Se ha enfadado conmigo. Me devolvió la cabeza de mi emisario en una caja. Tampoco fue tan sorprendente, es algo muy propio de él.

—Qué horror —se compadeció en voz baja.

—No fue un problema, era inevitable —le aseguró él—. Solo apresuré algo que iba a pasar de todas maneras.

Ella alzó la cabeza para indagar en su cara y, al mismo tiempo, asir el pendiente que ocultaba con el pelo.

—¿Qué era inevitable? —preguntó automáticamente, para que él siguiera hablando mientras ella oprimía la gema para que la aguja estuviera en la posición correcta y poder clavarla en su garganta.

—El viejo es un cadáver andante —informó Georg con satisfacción—. Está podrido de cáncer, pero se aferra a la vida. Da igual, tengo mis planes.

A ella se le congelaron los dedos y detuvo la minúscula aguja a unos milímetros de su garganta.

—¿De veras? —preguntó como quien no quiere la cosa—. ¿Y qué planes son esos?

Georg se rio.

—Podría esperar lo inevitable, pero reclamaré antes sus intereses comerciales si le asesino. Además, ahora amenaza a mi mujer; así que no me queda más remedio que demostrar al mundo quién es el nuevo jefe.

«Imre». El pensamiento llegó acompañado por una puñalada de desesperación al darse cuenta de lo que eso significaba para sí misma. Era la oportunidad de Imre.

—¿Cuándo? ¿Pronto?

Él curvó los labios en una indulgente sonrisa.

—¿A qué viene tanta curiosidad?

Ella le dirigió una pícaro sonrisa desde detrás de las pestañas.

—Ese tipo quiere matarme.

Georg le acarició el pelo antes de apresarle con el puño, enrollándolo alrededor de su mano y tiró hasta que a ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ahora no tienes nada que temer de él —le aseguró—. Estás conmigo y nada te podrá tocar. Nadie podrá acercarse; eres mía.

—Por supuesto que lo soy, pero, venga, dímelo —le rogó—. ¿Vas a matarlo pronto? ¿Puedo verlo? ¿Ayudarte? Por favor, dime que me incluirás en esa aventura. Ya sabes que no soy, precisamente, una mujer hogareña.

Él se rio.

—Esa es una de las cosas que me gustan de ti, reina mía. Estás más sedienta de sangre que los vampiros. Pronto. Lo haré muy pronto si así lo quieres.

—¡Oh, sí! —jadeó ella, excitada—. Es lo que quiero.

En su interior escuchó un grito de protesta por lo que estaba a punto de hacer. Soltó la aguja y deslizó el diminuto dispositivo en su lugar.

«No, no, no —sollozó la niña de quince años que habitaba en su interior—. No me hagas volver a hacer eso otra vez».

Pero tenía que hacerlo, era la ocasión perfecta. Un regalo del destino para Val y para Imre de su parte. Pero tener que soportar a un apesadumado capullo de fétido aliento retorciéndose sobre ella mientras otro hombre babeante esperaba su turno... no era demasiado agradable.

¡Oh, Dios, no! No podría hacerlo. Llevarlo a cabo otra vez, no. No en ese momento.

«Es algo temporal», se dijo a sí misma, y no por primera vez.

Bah, el tiempo era algo relativo. No era una magnitud lineal, y ella no estaba hecha de metal o piedras preciosas por mucho que quisiera. Kurt, Georg, Drago Stengl..., todos habían sido algo pasajero y, sin embargo, la habían corrompido casi más allá de la redención.

¿Sería capaz de hacerlo por amor? Pensó en la mirada de Val cuando le habló de Imre.

«¿Amor? Como si él fuera a amarte después de hacer eso. Como si fuera a amarte en realidad. Es solo un hombre. No puedes hacerlo por él, es mucho más de lo que una mujer puede soportar».

Pero era la única manera. Si quería que Rachel tuviera una madre —incluso aunque no fuera ella—, esa era la mejor forma de conseguirlo. Formar parte de las fuerzas atacantes, suministrar información a Val desde el interior, crear un rescate alternativo; algo adaptable y perfecto. Tenía sentido. Consideró que era la solución más inteligente y práctica. Y si conseguía matar a Georg durante el proceso, tanto mejor.

Lo apretó entre sus brazos.

—¿Por qué tarda tanto? —murmuró ella.

—Pronto estará aquí. Está ocupándose de ese agente. Quizá Janos sea más difícil de eliminar de lo que Hegel prev...

Plaf. La puerta se abrió de golpe y Val, al ver la escena que se desarrollaba sobre la cama, se dirigió hacia Georg. La mueca de furia hacía su rostro casi irreconocible.

Georg la empujó, alejándola, con un grito ronco. Ella rodó sobre la cama y se tiró al suelo.

Val se abalanzó sobre el mafioso. Paf, le golpeó la cara con la culata del arma. La sangre manchó la sábana blanca junto con un par de dientes, que cayeron sobre la colcha. Georg alzó la pierna para dar una patada a Val en la mandíbula, que giró, rebotó contra la pared y se tiró sobre él con un rugido. Los dos hombres cayeron de la cama y lucharon cuerpo a cuerpo en el suelo. Val estaba encima.

Por fin, Georg recibió un golpe encima del labio superior y cerró los ojos mientras la sangre que fluía por su boca y nariz le manchaba la barbilla. Ella vio que Val alzaba la mano para acabar con él.

—¡No! —Corrió hacia él y le sujetó el brazo para impedir que lo aniquilara—. ¡Detente! ¡No seas idiota!

Él la miró fijamente.

—¿Cómo puedes querer que me detenga! ¿No quieres que lo mate? ¿No era

ese el plan?

—¡No! ¡Va a matar a Novak! —susurró con ferocidad—. ¡Pronto! ¡En los próximos días! Es nuestra oportunidad, Val. ¡Podremos salvar a Imre! ¡Escúchame, joder!

Él la miró jadeante. Luchaba contra el poderoso instinto que le impulsaba a matar y tenía los ojos llenos de confusión.

—No le mates —dijo ella muy despacio, con voz clara—. Todavía no. ¡Utilízalo, jodido idiota! ¿Por qué crees que todavía no lo he matado yo? ¿Por qué piensas que estoy aquí, desnuda, con esta bazofia? ¿Acaso piensas que esto es bueno para mi salud?

Val clavó los ojos en el hombre inconsciente y le temblaron los puños.

—¿Novak? —repitió él, impotente. Parecía que eso era todo lo que su mente lograba procesar.

—Georg tiene un plan para matarlo. Lo hará muy pronto. Podemos utilizarlo —explicó ella—. Yo me quedaré con Georg y te diré cuando...

—No. —La tomó por el antebrazo—. No vas a quedarte aquí.

—Tranquilízate, Val —le susurró—. Comportate como un profesional. Aprovéchate de la situación. Madura. Será la mejor manera de obtener información para...

—No. Cállate y vístete de una puta vez.

La furia que contenía su voz hizo que se estremeciera de pies a cabeza. Miró su rostro. Se sentía como si acabara de abofetearla. Conocía esa mirada; estaba juzgándola y considerándola una puta.

No se había acostado con aquel horrible baboso, pero pagaría el precio por estar dispuesta a hacerlo. Y lo hubiera hecho por el bien de Imre. Era tonta. Tonta del culo.

Pues bien, que se fuera a la mierda él también. Que se fueran todos a la mierda.

Se levantó haciendo deliberadamente alarde de su cuerpo desnudo y recogió la ropa que Georg le había hecho quitarse. Se hizo con la automática del hombre inconsciente y con la pistolera colgada en el espejo del tocador. Revisó el cargador. Estaba lleno, quince balas, mejor que mejor. Lo metió en el bolso.

En cuanto ella estuvo decente, con el bolso en una mano y el maletín en la otra, él la guio fuera de la habitación. Había tres hombres fuera de combate en el suelo del pasillo. Observó sin ayudar como él los metía en la estancia y los dejaba en el suelo, formando un enorme montón de masa ensangrentada.

Val la empujó hacia las escaleras de servicio y la arrastró con él hacia abajo, sin dejar que apenas tocara los escalones con los pies. Ya en la planta baja se dirigió a una puerta que conducía a una calle lateral, donde les esperaba... un Vespino azul. Val pasó la pierna por encima del sillín y esperó a que ella se subiera detrás, desafiándola con la mirada a que se le ocurriera hacer un comentario sarcástico.

Ella tuvo que contener una carcajada. Después de toda aquella sangre, de toda la función..., ¿un Vespino azul? Sería un auténtico anticlímax recorrer las colinas de San Vito en una motocicleta como un par de *innamorati* de trece años buscando un lugar donde darse el lote.

Pero la expresión furiosa de Val le advirtió que no se le pasara por la cabeza reírse.

András se inclinó sobre la puerta de la habitación del hotel ocultando el cerrojo con la mano. Las cerraduras antiguas del viejo hotel era muy fáciles de abrir.

Acababa de llegar a San Vito. Como era lógico, el viejo Novak se había puesto nervioso y le había enviado a hacerse cargo de la situación. El trabajo comenzaría con una fluida conversación con Ferenc, el espía infiltrado en la organización de Georg. La utilidad del hombre comenzaba a ser cuestionada a pesar de las enormes sumas que le pagaban. Que entregaran la cabeza ensangrentada de Jakab en una caja le había puesto nervioso. Estaba claro que Ferenc necesitaba ser reasignado a otro puesto, pero todavía no.

Encontró a Ferenc tumbado en la cama con una bolsa de hielo en la cara. Le vio dar un brinco cuando abrió la puerta. Notó que tenía la cara amoratada e hinchada cuando abrió los ojos como platos al verle.

—¡Oh, joder! —gimió—. Tú, no.

—Sí, soy yo —convino András, paseándose por la estancia.

—¿Te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurre venir aquí? —susurró Ferenc con la voz ronca—. ¡Podía haber estado acompañado! Los demás llegarán en cualquier momento. ¿Te haces una idea de lo que me ocurriría si Luksch se enterara de que soy yo quien...?

—Pero todavía no lo sabe. —Como si le importara que se enterara.

—No lo entiendes —explicó Ferenc con apremio—. ¡Luksch sospecha de todos desde que matasteis a Jakab! Desde que Novak se enteró de lo de PSS y

de que la mujer sigue viva, sabe que uno de nosotros...

—¿Por qué no te mostraste tan cauto cuando hiciste efectivo el cheque? —preguntó él con suavidad—. ¿Cuándo cobraste todos los cheques?

—Pero... me matará —gimió Ferenc—. Lo hará.

—¡Silencio! —Cogió la silla que había junto al escritorio y se sentó a horcajadas, apoyando los brazos en el respaldo—. Dada la condición en que está tu cara, deduzco que has conocido a Janos.

La expresión de Ferenc se hizo más sombría y se levantó de la cama con cierta dificultad.

—Nos pilló por sorpresa —confesó de mal humor—. Deberías ver cómo han quedado los demás. Iwan tiene las costillas y la clavícula rotas; Miklós está en el hospital con una contusión cerebral, lo mismo que Hegel. Bueno, Hegel tiene suerte de estar vivo.

—¿Está en el hospital? —se alarmó. Ese dato fue suficiente para no acabar con aquel charloteo inútil de un puñetazo. Conocía al agente de PSS de las negociaciones que Novak había mantenido con la organización. Se requería algo más que fuerza para dejarlo fuera de combate—. ¿En qué hospital?

Ferenc frunció el ceño mientras intentaba recordar.

—I Santi Medici —dijo tras una larga pausa—. Creo.

—¿En qué habitación está?

—¿Cómo cojones quieres que lo sepa? —protestó Ferenc—. No pienso enviarle flores. Deberías largarte inmediatamente, antes de que Luksch...

—¿Bajo qué nombre se oculta?

Ferenc lo miró estúpidamente, con la boca abierta.

—¿Quién?

—Hegel. ¿Eres idiota o qué? —Se le estaba acabando la paciencia.

Ferenc se escondió detrás de la bolsa de hielo.

—Es un nombre americano. Mike algo... Fowler, creo. Mike Fowler.

Tomó nota mental de todo mientras daba golpecitos con el pie en la alfombra.

—¿Cómo logró localizar a la mujer y a Janos?

—Ha implantado un localizador GPS en uno de los dos. No sé en cuál. ¡Dios, cómo duele esto! Ese bastardo me ha roto la nariz. Ví a Hegel utilizando el portátil para localizarlos.

—¿En qué habitación del hotel se alojaba? —Se levantó y se acercó a la cama.

—En el piso de arriba —explicó Ferenc de mal humor, bajando la cabeza—. Creo que justo al lado de la escalera de servicio. Tienes que largarte, como

Luksch...

Paf. Le dio un puñetazo sobre la nariz ya rota y el hombre cayó al suelo. Ferenc se hizo un ovillo, gimiendo y respirando con dificultad. Él lo miró pensativamente mientras se frotaba los nudillos, observando la sangre que resbalaba entre los dedos del hombre cuando se tapó la nariz.

—Si vuelvo a oírte lloriquear, yo mismo llamaré a Luksch y le diré quién es el espía infiltrado —amenazó—. Agradece que no te mate.

Cerró la puerta al salir y se dirigió a la escalera de servicio en busca de la habitación de Hegel, esperando que el hombre no estuviera en coma cuando llegara al hospital. Necesitaba que estuviera consciente, al menos durante unos minutos. Con eso bastaría para sus propósitos. Después de hablar con él... Bueno, ¿por qué no? A fin de cuentas, Hegel había mostrado su mal gusto y falta de juicio al tomar partido por Georg.

Podría darse el gusto. Hacía mucho tiempo que le tenía ganas.

La única cosa buena de ir en el Vespino era que no permitía conversar. Cualquier cosa que Val le hubiera dicho a Tamar en ese momento solo habría valido para empeorar las cosas.

Estaba seguro de que no era culpa suya, de que se había visto obligada a... ¡Oh, Santo Dios! Eso no ayudaba. Quería matar a Georg y punto.

Y no solo a Georg. No era suficiente con que él muriera. Los demás también deberían morir. Todos los que la habían conducido a eso. Los culpables de todos aquellos años de crueldad y desgracia, de obligarla a hacer lo que había tenido que hacer para sobrevivir.

Y a pesar de ello, Tamar era fuerte... Brillante y hermosa.

El viento le secó las lágrimas de furia que se le formaron en las comisuras de los párpados. Quería matarlos a todos. Empezando por Stengl; el cabrón psicópata que había asesinado a su familia y la utilizó como un juguete para abandonarla a su suerte cuando solo era una niña.

Justo como le había pasado a él.

¡Dios! Siempre se había dicho que era una suerte ser capaz de dejar atrás el pasado, que le hubiera afectado tan poco, pero los días que estaba pasando con Tamar habían arrancado la costra para revelar una enconada herida en carne viva que ni siquiera sabía que existía.

Nunca le había dolido, pero ahora sí. ¡Y cómo! Ahora lo sentía en lo más

hondo. Por ella, no por él, pero apenas tenía importancia.

Era el mismo jodido dolor.

El sexo con Tamar no se parecía a nada que hubiese experimentado. Sin duda conocía la técnica, era un artista del placer, pero con ella había descubierto que la técnica no era más que eso; trucos vacíos, prestidigitación. Algo que olvidaba, que se evaporaba en el ardor de las llamas que ella provocaba en él.

El mero pensamiento le enardecía. Estaba empalmado con solo sentir su largo pelo arremolinándose por el viento ante su cara mientras aceleraba. Las gotas de lluvia también impactaban sobre su rostro casi al mismo ritmo que sus cabellos. Ella se agarraba a su cintura con precaución, como si le diera miedo tocarle.

Tamar se inclinó hacia delante para hablarle al oído.

—¿Adónde vamos?

Él encogió los hombros.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —gritó mientras el viento se llevaba sus palabras—. Estoy abierto a cualquier sugerencia que quieras hacer.

Eso le cerró la boca. Las nubes se volvieron más oscuras y amenazadoras y se puso a llover con fuerza.

Ambos vieron la oxidada señal al mismo tiempo. Estaba llena de lo que parecían impactos de bala. Anunciaba una casa rural; una granja en la que se vendían productos locales y también proporcionaban alojamiento. Le Cinque Querce. «Cinco robles» estaba a algo más de cinco kilómetros, según indicaba el letrero.

Él asintió con la cabeza y giró el manillar del Vespino hacia un estrecho camino de tierra que estaba cubierto por un espeso dosel formado por las copas de los árboles. Conducía a una profunda cañada.

Bajaron el sendero traqueteando sobre el asiento y buscando las desgastadas señales rotuladas a mano cada vez que el camino se bifurcaba entre las parcelas, hasta que llegaron a una senda más ancha que podía considerarse el acceso, aunque solo en el sentido más amplio de la palabra; se trataba de un kilómetro casi en roca viva, por el medio de una plantación de olivos entre los que destacaba ocasionalmente un limonero o naranjo.

Al final del mismo había un *casale* antiguo de un moteado color rosa salmón con algunas manchas amarillas y grises, producto del deterioro de cientos de años. A su alrededor había una *fattoria* de donde salía un vigoroso aroma a excrementos de animales. Ovejas, cabras y gallinas vagaban a su antojo

mientras las gotas de lluvia golpeaban el polvo, que les hacía cosquillas en la nariz. En el aire flotaba también el olor a pino y a las hierbas aromáticas que jalonaban el sendero. La explanada de losas de piedra ante el *casale* estaba llena de maquinaria agrícola con algunas zonas manchadas de gasolina y cubiertas de piezas oxidadas de coches.

Aquello no parecía una casa rural.

Se miraron el uno al otro con aire de duda mientras se abría una puerta con un chirrido. Salió a recibirlos una mujer; era tan ancha como una nevera y tenía las piernas gruesas e hinchadas como postes. Parecía arrancada de otro siglo, con un moño lleno de canas y las mejillas rojas como manzanas. El vestido, que le llegaba hasta los tobillos, estaba cubierto con un delantal lleno de sangre y una pesada cruz. En su mano colgaba un pollo muerto.

—*Sì?* —preguntó en un tono de profunda sospecha.

—¿Estamos en la casa de turismo rural Cinco Robles? —Él echó un vistazo a su alrededor buscando los robles. No vio ninguno. La lluvia se hacía más fuerte a cada segundo y les mojaba los hombros, pegándoles el pelo a la cara.

—*Sì* —afirmó la mujer lentamente. El ceño se hizo más profundo al fijarse en la esposa que colgaba de su mano ensangrentada.

—¿Tiene alguna habitación disponible? —continuó él.

La mujer lanzó un gruñido mientras sus ojos se perdían entre profundas arrugas.

—Tendría que limpiarla —informó, alzando la barbilla—. Hace años que no duerme nadie allí. Deberán esperar a que la prepare.

Él alzó la mirada al cielo, a la lluvia y al viento.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—De algunas horas —comunicó la formidable mujer, encogiéndose de hombros.

¿Horas? ¡Que Dios les ayudara!

—No nos importa si está limpio o no —le rogó—. Por favor, *signora*, no se apure.

Ella gruñó de nuevo al tiempo que ponía los ojos en blanco y sacudía con fuerza su barbilla barbuda para que la siguieran.

Rodearon el *casale*. La maleza crecía entre las losas y el camino estaba alfombrado con hojas muertas a medio descomponer y bolsas de lona llenas de detritus sin identificar. En la parte de atrás quedaba la estructura de lo que podía haber sido un invernadero y que ahora era un corral, al lado de un huerto lleno de malas hierbas y una puerta arqueada de madera vieja que colgaba

sobre unos pesados goznes oxidados que parecían medievales. La portilla apenas le llegaba al hombro.

La *signora* se secó la mano llena de sangre de pollo en el delantal y tiró del picaporte. La portezuela se abrió con un chirrido de goznes oxidados y madera hinchada. Una lluvia de astillas y fragmentos de cal cayó al suelo. No había cerradura, solo un picaporte y pestillos.

La dueña del lugar les precedió hasta una estancia abovedada y abrió dos contraventanas de madera. El olor a moho era apabullante. Diminutos escorpiones transparentes corrieron a esconderse por la repisa de la ventana, presas del pánico provocado por el repentino flujo de luz. Una de las contraventanas colgaba de una bisagra rota.

Había una ruinoso cama de hierro forjado en una esquina que, en algún momento, debió tener un dosel. Una lúgubre copia de la *Madonna Addolorata* estaba pintada en la parte central del cabecero. La cara de la *Madonna* era pálida y tenía oscuras ojeras bajo los ojos. Estaba envuelta en un encaje negro y parecía mirar al cielo, vestida de luto por su hijo crucificado. Las otras tres paredes estaban cubiertas por un variado surtido de tocadores con la parte superior de mármol desgastado y la madera roída por las termitas. También había una mesa antigua, desvencijada, y dos sillas plegables de madera. Por supuesto, la televisión y el teléfono brillaban por su ausencia. Sacó el móvil de Hegel. No había cobertura.

—*Questo è tutto* —dijo la mujer con marcado acento. «Esto es todo».

Él miró a Tamar. Ella se encogió de hombros.

—He pasado la noche en sitios peores.

Se volvió hacia la *signora*.

—*Va bene* —aceptó—. ¿Dónde podemos cenar?

—Pueden cenar con la familia, a las ocho —anunció la mujer.

Él captó un destello de miedo feroz en los ojos de Tamar y esbozó una sonrisa encantadora.

—¿No podríamos tomar algo aquí mismo? No es necesario nada elaborado, nos llegará con pan, queso y vino.

La mujer se aclaró la garganta antes de chasquear la lengua con desaprobación.

—Me las arreglaré. —Señaló con el pollo un armario antiguo con la fuerza suficiente como para que cayeran algunas plumas sobre el agrietado suelo de baldosas—. Ahí dentro hay más almohadas y mantas. Les traeré algo de comida más tarde. Soy la *signora* Concetta.

Tras soltar toda esa información, renqueó hacia la salida, dejando la puerta abierta.

El olor a lluvia y a excrementos de oveja se coló, empujado por el viento; una bienvenida nota de frescor que hizo desaparecer el húmedo aire que llenaba la mohosa semioscuridad de la estancia.

Ellos se miraron durante un buen rato.

—Bien —dijo Tamar con energía—, dudo mucho que alguien nos busque aquí. —Dejó el bolso y el maletín con la colección de Belleza Mortal en el suelo y abrió una pequeña puerta para estudiar con atención lo que resultó ser un diminuto cuarto de baño con azulejos de porcelana color café con leche que parecían tener más de un siglo—. Tenemos toallas —comentó ella—, ¿para qué necesitamos papel higiénico?

Aquel intento de tomarse la situación con cierta ligereza por parte de Tamar empeoró las cosas. Él se sentó en la cama, levantando una nube de polvo que bailó ante la puerta abierta, y clavó los ojos en ella; Tamar le sostuvo la mirada. La luz que entraba por las diminutas ventanas estaba teñida por el follaje exterior, de un profundo color verde oscuro, haciendo que pareciera casi sobrenatural.

El fuerte viento soplaba alrededor del *casale* golpeó la pequeña hoja de madera contra la pared exterior. La lluvia se había convertido en un precipitado diluvio y su dulce e intoxicante perfume se hacía más intenso a cada minuto que pasaba.

Tamar dio un paso adelante y cruzó los brazos.

—Venga, no te cortes —le increpó—. Dilo. De todas maneras, lo leo en tu cara.

—¿Qué es lo que lees en mi cara? —preguntó él—. ¿Qué esperas que te diga?

—Putá.

Él se quedó mirando sus nudillos ensangrentados y jugó con las esposas que colgaban de su muñeca mientras escuchaba la lluvia caer. Pasó un buen rato.

—No es lo que pienso. No lo voy a decir.

—No lo empeores mintiendo. —Vio que a ella le brillaban los ojos con lágrimas no derramadas.

—Esperas mucho de mí —aseguró él—. Me encuentro a mi mujer desnuda entre los brazos de un traficante de drogas y ¿te molesta que esté enfadado?

Ella se rio.

—¿Tu mujer? ¡Ja! Me pertenezco a mí misma, Janos. Tenía dos opciones,

matarle o tirármelo... Estuve a un tris de asesinarlo, pero me detuve cuando escuché sus planes.

Él se tragó la bilis.

—¿Y? —Se forzó a decir la palabra a pesar del nudo que tenía en la garganta.

—Me di cuenta de que, si le mataba, sería la muerte de Imre —explicó ella con voz forzada—. O al menos echaría a perder la mejor posibilidad de salvarle.

La cólera irracional que sentía creció con cada una de aquellas palabras.

—Ah, entiendo... ¿Quieres decir que estabas desnuda entre sus brazos por mí?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, por ti... y por Imre.

Él cerró los puños y apretó los dientes. Notó que el corazón le daba un vuelco.

—¿Esperas que te dé las gracias por ello?

Ella le miró con los ojos llenos de ira.

—¡Sí! ¡Lo espero! ¡Espero que te arrodilles ante mí y me beses el culo! ¿Por qué si no, Val? ¿Por qué otra razón en la tierra haría eso voluntariamente? No tenía nada que ganar. ¡Nada! Podría haberle matado sin tu ayuda, podría haberme largado y encargarme de Stengl por mi cuenta, sin perder más tiempo contigo; sin enredarme en tus complicados y peligrosos problemas otra vez. Pero no lo hice. ¡Que Dios me ayude! No lo hice...

—¿Y qué me dices de todos los millones que tiene ese tipo? —preguntó—. ¿No vale la pena por eso?

Ella se acercó con los ojos muy abiertos a causa del dolor.

—¿Te tirarías a Georg Luksch por un millón de dólares? —preguntó—. ¿Por cinco millones?

Él negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué piensas que yo sí lo haría?

Meneó la cabeza negando todo lo que ella decía, todo lo que estaba ocurriendo, pero ella continuó con la voz apremiante.

—No te haces una idea de lo que él pretendía. Me habría cedido a sus hombres para que se entretuvieran conmigo, y para castigarme por ser mujer, por supuesto.

Él escondió la cara entre las manos.

—Por favor, cállate. Ya basta.

—¿Te lo puedes creer? Una zorra egoísta como yo, representando el papel de sacrificada mártir. Lo cierto es que pensé que valdría la pena para que tu amigo no muriera... Pensé que lo entenderías. Que apreciarías mi regalo.

—Tamar...

—Es un error que no volveré a cometer. —Se echó el bolso al hombro y cogió el asa del maletín—. En este mismo momento nuestro acuerdo queda roto. Salva a tu amigo como puedas, no mereces mi ayuda. Adiós.

Él se levantó y la rodeó con los brazos antes de que llegara a la puerta.

—No te atrevas. —Ella se giró entre sus brazos y, de repente, él sintió el cañón de una automática bajo la barbilla. El arma de Georg.

—Tamar. No. No lo hagas —se forzó a decir a pesar de la pesada presión de la pistola contra la garganta.

—Intenta detenerme y te mataré. Suéltame, Janos.

Él deslizó los brazos más abajo hasta abrazarla, pero estaba tiesa como una estatua de madera.

—No.

Ella le clavó el arma con más fuerza.

—No quiero repetirlo —le tembló la voz.

—Pues dispárame —la animó—. Venga. Pon fin a todo.

Ella entrecerró los ojos.

—Ese truco ya lo has usado antes.

—Y funcionó —se jactó él.

—Ahora te conozco mejor —aseguró ella—. No volverá a funcionar.

—Sí funcionará —repitió él—, porque esta vez no es un truco. Ahora yo también te conozco mejor, Tamar. No me dispararás. Aparta el arma.

Los segundos pasaron lentamente, casi opresivos en su espera. La lluvia caía con más fuerza, produciendo un enorme ruido a su alrededor. Los truenos retumbaban a lo lejos.

Vio como a ella se le llenaban los ojos de lágrimas, que brillaban en la oscuridad.

—Maldito seas —susurró.

Él apartó el cañón del arma, le quitó la automática de la mano sin encontrar resistencia y volvió a guardársela en el bolso.

Dejó este en el suelo y la abrazó.



Tam luchó contra él, por supuesto. No pudo evitarlo, fue una respuesta automática. Pero la pelea no era más que la búsqueda frenética de canalizar aquella desesperada energía que bullía en su interior. Combatió con fuerza porque lo deseaba, porque comenzaba a necesitarle. Intentó resolver a golpes aquella amarga certeza, que le daba un miedo cerval.

No era solo por su impresionante físico, por su pasión o su fabuloso pene. Ella quería disfrutar del vivificante elixir de sus besos, quería perderse con él en aquella pasión salvaje. Quería devorarlo, absorberle, beberle... Necesitaba que él también la devorara.

Capullo obstinado. Estaba furiosa con él por haber sido tan terco con el tema de Georg, pero, al mismo tiempo, patéticamente agradecida por haber impedido que tuviera que tragarse aquella venenosa y amarga píldora.

La había salvado. De Georg y de sí misma. ¿Cómo se había atrevido?

Val la empujó contra la pared tras llevarle los brazos a la espalda. Por alguna extraña razón, aquella furiosa muestra de salvajismo no la cabreó por completo. Algunos de sus amantes anteriores ya se habían puesto así, en plan guerrero, y siempre se había sentido secretamente atraída por ello. Pero nunca se había dejado conmovir. Era solo otra debilidad que podía explotar, otro

punto del que sacar ventaja. Había jugado con la vanidad de los hombres, con sus ilusiones sobre sí mismos. Les había hecho bailar al son que ella tocaba cuando se molestaba en perder el tiempo con ellos. Títeres. Payasos... Aburrimiento total.

Pero Val no era un payaso. No tenía ilusiones ni era vanidoso. No bailaba al son de ninguna melodía, solo de la suya propia. Y ella se sentía de cualquier manera menos aburrida.

Estaba a punto de arrojarla sobre la cama para follarla, y ella apenas lograba contener la impaciencia. Iba a entrar en combustión espontánea, a arder sin remedio. Necesitaba que el cálido y delicioso aroma de Val ahuyentara el poso del olor amargo, del agrio aliento de Georg, de su húmeda piel y sus sudadas manos. Tras la pesadilla que había sufrido unas horas antes, estaba ansiosa por perder de vista esos recuerdos, pero no podía... parar... de luchar. Le temblaban los músculos por culpa de la vívida compulsión que la acicateaba.

Él la inmovilizó con su enorme brazo y se apoyó contra ella, apresándola contra la pared.

—Dime que me deseas —pidió él.

Ella entrecerró los ojos, desorientada.

—¿Cómo?

—Que me digas que me deseas —repitió impaciente—. No confío en mí mismo en este momento para saber lo que quieres.

Ella retorció sus muñecas presas.

—¿Por qué?

Él lanzó un sonido de frustración.

—Te deseo demasiado —confesó precipitadamente—. Te necesito demasiado. No quiero... ¿Cómo fue que me dijiste? ¿Proyectar mis sórdidas fantasías sobre ti?

Ella se estremeció con una carcajada entrecortada, notando cada tenso centímetro de aquel cuerpo contra el suyo.

—¿Cuál es la razón de esta repentina inseguridad?

Él mostraba una expresión tensa, una rígida máscara de autocontrol en la penumbra de la estancia.

—No quiero ser como él —soltó de pronto.

Ella contuvo el aliento ante la idea. Era algo tan inconcebible que le resultaba imposible digerirlo.

—¿Como él? ¿Como Georg? ¡Ja! —Tenía la voz rota—. ¡Tú no eres como

él! Figúrate... —Le empujó con las caderas para dar más énfasis a sus palabras—. ¡Eres lo opuesto!

Él le brindó una amplia sonrisa.

—Ah, bueno. Eso me anima.

Ella ensayó unos frenéticos gruñidos antes de abalanzarse sobre él y clavarle los dientes en el cuello, mordiéndole con la fuerza suficiente como para que le doliera.

—¡Maldición, Val! —siseó cuando le soltó—. No seas tierno en este momento. Vas a arruinar el rollo de conquistador bárbaro. Mantén tu fuerza o voy a tener que tumbarte en el suelo.

Él se rio; un sonido libre y feliz. Láminas de yeso y pintura cayeron al viejo suelo de baldosas cuando volvió a lanzarla contra la pared. Le bajó la chaqueta por los hombros antes de caer sobre los botones de la blusa.

Ella le dio un empujón que dejó unos cuantos centímetros entre ellos.

—¡Cuidado! Como rompas la única ropa que me queda, juro por Dios que te mataré. Y lo haré de una manera muy lenta y dolorosa.

Él aflojó los dedos y soltó la seda, pero no retrocedió.

—Desnúdate tú misma —le ordenó.

Ella se desabrochó la blusa y fue todo lo que él pudo esperar. Perdió la paciencia y le bajó las mangas bruscamente antes de descartar la prenda.

Al instante, Val clavó los ojos en sus pechos. Su mirada se deslizó al mismo tiempo que la yema de sus dedos alrededor de los pezones. Tiernos y lentos movimientos que dejaban a su paso resplandecientes surcos de luz y calor erizando cada rincón de su piel. Ella necesitaba más. Le palpitaban los pechos. Él se inclinó y ella jadeó cuando sintió el roce de sus ásperas mejillas en la sensible piel, seguida por la suavidad de sus labios. Por su lengua envolvente y el húmedo contacto de su cálida boca. La mantuvo allí, desnuda de cintura para arriba, temblando contra la pared mientras hacía el amor a sus senos hasta lograr que la tensión se derritiera y desapareciera.

Entonces la tomó en brazos y la lanzó sobre la cama. Ella vio el contorno de sus enormes hombros perfilarse contra la tenue luz que se filtraba por la puerta cuando se inclinó sobre ella. Su rostro era una sombra amenazadora. Le observó mientras se quitaba las botas y los pantalones para tirarlos al suelo. El resto de su ropa siguió el mismo camino.

Se quedó desnudo. Fuerte, poderoso y cálido contra su piel. Las esposas colgaban de su muñeca como si fueran una pulsera de diseño a la última moda, brillando en la oscuridad.

Él le proporcionaba algo contra lo que luchar, eso le había propuesto la noche que se conocieron. Y eso era justo lo que ella necesitaba, seguir luchando y peleando, hasta que por fin se abriera una fisura en el parapeto que usaba como coraza y pudiera alcanzar la posibilidad de ser ella misma. De no dejarse arrastrar por el pánico loco que la envolvía a cada paso. De relajarse y sentir.

Val podía ofrecerle todo eso. Era lo suficientemente fuerte, lo bastante valiente.

Él se puso encima de ella y le subió las piernas hasta apoyárselas sobre sus hombros. Deslizó las manos por la sensible piel del interior del muslo antes de cubrirla con su cuerpo, frotándose contra su sexo resbaladizo y mojado.

Pero no estaba tan mojada como para aceptar aquel primer y profundo empuje implacable sin que le doliera.

Gritó y le arañó el pecho, haciéndole sangre. Él bajó la mirada hacia ella y la inmovilizó bajo su cuerpo en la cama.

—No vuelvas a hacerlo —le dijo.

Ella le sostuvo la mirada con dureza.

—No creo que esa polla tan grande que te gastas te dé derecho a darme órdenes, gran hombre. —Escupió cada palabra.

Él le apresó las manos y las sostuvo por encima de la cabeza.

—No. Vuelvas. A. Hacerlo —repitió con la voz ronca, marcando cada palabra con una profunda y dolorosa estocada de su cuerpo.

Ella se contorsionó, se contoneó, ciñendo su grueso miembro con los músculos internos.

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad? ¡Es la única manera de salvarlo!

Él seguía tumbado sobre ella, reteniéndole las muñecas dolorosamente con una mano.

—No pienso aceptarlo —aseguró—. Es demasiado. No vuelvas a pedírmelo.

Tam le rodeó las caderas con las piernas y apresó su erección con todas sus fuerzas. Se alzó contra él para sentir el cálido grosor acariciándola más adentro.

—Yo solo te pido esto —adujo con ferocidad—, ¿por qué no cierras el pico y me lo das de una puta vez?

Él lo hizo. La embistió con fuerza y dureza. Y cada envite la trasladaba un poco más cerca del lugar en que ella necesitaba estar. Con cada estocada ella se excitaba y ambicionaba la siguiente, desesperada por perderse entre las

llamas ardientes, en la insoportable dulzura, cada vez más feliz y receptiva. Cada vez más satisfecha.

La cama rechinó. Val jadeaba con fuerza. Ella no se quedaba atrás. Los sonidos flotaban en el aire y se perdían entre los que provocaba el azote de la lluvia al otro lado de la puerta abierta; los truenos distantes, el batir de las hojas de los árboles. El frío traía consigo el perfume de la tormenta. Sus cuerpos se agitaron, trenzados y fundidos en un torbellino de sensaciones. Hasta que estalló.

Una dulzura envolvente la atravesó de manera interminable. Flotó en dirección a ese reino infinito, donde todo era perfecto.

Él tardó más en correrse. Le apresó los cabellos con los puños y enterró la cara en su hombro. El clímax hizo que se estremeciera de manera violenta sin dejar de estrellar las caderas contra ella.

Yacieron allí juntos, flácidos y húmedos. Sus cuerpos seguían entrelazados en una figura sensual, en un apacible calor en medio de la frialdad de la estancia. El día había desaparecido por completo. Descansaron mientras las nubes se alejaban dejando el cielo estrellado a su paso, como si se llevaran consigo a otro mundo todo el dolor, la confusión y el peligro.

Tam deseó que pudieran quedarse allí para siempre. No quería que se rompiera aquella frágil burbuja de paz..., pero tenía que hacerlo.

Giró la cara y alzó la barbilla para obligarlo a mirarla a los ojos. Tenía que decirle algo.

—No follé con él —confesó—. Lo hubiera hecho, sí, pero no lo hice. Lo sabes, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza.

—Sí, lo sé.

—De todas maneras, a él no se le levanta si no hay alguien mirándole. Es su cruz.

—Lo sé. Hegel me lo dijo —explicó él.

—Es algo que aprendió de Kurt —dijo ella—. A Kurt le gustaba, así que, por supuesto, Georg se obsesionó con la idea. Kurt era Dios para él. A veces creo que Georg solo ha amado realmente una única cosa: a Kurt. Y que esa es su manera de estar más cerca.

Notó que Val se estremecía y se retiraba de su interior.

—Por favor, ahórrate los detalles. No puedo soportarlos.

Aquello la enfureció como ninguna otra cosa. Se sintió traicionada.

—¿Por qué? ¿Así que no puedes soportarlos, Val? ¿Te molestan?

Él giró la cara.

—¡Cállate! —repuso con ferocidad.

Su dureza la hizo estremecer. Se encogió, rodeándose las rodillas con los brazos.

—Genial —aceptó con voz neutra—. No quieres hablar, pues no hablaremos.

Él la apresó por los hombros y la sacudió una vez, con fuerza.

—No puedo soportar pensar que alguien te haga daño —gritó—. Ni ahora, ni antes, ni en el futuro. ¿Es eso inconcebible para ti, Tamar? —Sus ojos taladraron los de ella, desafiándola a que dijera algo.

Ella le miró boquiabierta, desarmada por completo.

—Mmm... Ya entiendo. —Carraspeó y dijo lo primero que le pasó por la cabeza—. ¿Val? ¿Podrías quitarte las esposas? Me molestan. Es algo parecido a andar con la bragueta abierta.

Él emitió un sonido de frustración y se levantó. Buscó a su alrededor la chaqueta que había tirado antes al suelo y sacó una caja del bolsillo. Era más pequeña que una pitillera y estaba llena de pequeñas herramientas.

Regresó junto a la cama y encendió la luz fluorescente sobre sus cabezas para elegir la apropiada y forzar el mecanismo del cerrojo. Luego se concentró en las esposas con el ceño fruncido.

Ella se acercó y dibujó la forma de los músculos de su espalda con la yema del dedo. A él no le llevó ni un minuto abrir la cerradura y cerrar la esposa alrededor de uno de los barrotos de hierro forjado del cabecero de la cama, justo encima de la imagen.

—Parece un pecado que cuelgue sobre la *Madonna Addolorata* —comentó ella—. Casi un sacrilegio.

Él apagó la luz. La oscuridad parecía ahora mucho más profunda.

—A mí me parece muy apropiado, dadas las circunstancias —adujo él.

Ella no quería tocarlas ni con un palo de cinco metros. Se levantó de la cama y se quedó paralizada al notar cómo el semen caliente se le deslizaba por el interior del muslo.

Se puso rígida.

—No hemos tomado... —Se quedó sin voz.

En la mirada de Val no había ni pizca de arrepentimiento ni de sorpresa.

—No —aseveró—. No las hemos tomado.

Ella permaneció quieta como una estatua antes de llevarse las manos al vientre plano. No había nada que decir. No podía culparle a pesar de la

agresividad de su voz. Aquella falta de previsión había sido mutua y los dos lo sabían. Si no hubiera saltado él sobre ella, lo habría hecho ella sobre él. Ninguno había pensado en tomar medidas anticonceptivas.

El miedo la atravesó como un viento helado y le debilitó las extremidades. La penumbra pareció perder bruscamente la poca luminosidad que tenía y el aire que entraba en forma de remolinos por la puerta azotó su piel, ya enfriada por el sudor.

Se sintió jodidamente vulnerable.

—¿Estás en los días más peligrosos? —preguntó él con la voz neutra.

Ella carraspeó.

—¿Quién cojones lo sabe? Soy yo, Val; Tam. ¿Parezco una mujer con ciclos ordenados y previsibles? ¿Tengo alguna cualidad que haga que me cataloguen como *regular*? Por favor, piensa un poco.

Él se sacudió de la risa.

—Ah, *si*? ¿Y qué aspecto tiene una mujer regular?

Ella encogió los hombros.

—Te aseguro que distinto al mío —masculló—. Si ni siquiera como cuando debo. Me paso meses sin tener el período. Nada en mí es normal.

—Sí, es cierto —convino él con demasiada facilidad.

Ella le lanzó una mirada gélida antes de apresurarse a entrar en el cuarto de baño.

El agua del bidé estaba congelada y no había jabón, pero no importaba. Se enjuagó hasta que sus partes privadas estuvieron heladas, consciente de la futilidad del gesto. Se secó y se envolvió en la toalla. Cuando salió, Val estaba tumbado en la cama.

—Quiero que me prometas algo —le pidió él.

—Nunca hago promesas —replicó ella—. A nadie.

—Te lo exijo —la presionó con dureza.

—Exige todo lo que quieras —repuso—. Eres libre de hacer lo que te dé la gana, pero no cambiará los hechos.

—No vuelvas a hacerme esto, Tamar —continuó él, impasible.

—¿A hacer el qué? —inyectó su tono de fingida ligereza—. Últimamente he hecho una buena cantidad de cosas imperdonables, así que ayúdame a elegir.

—No vuelvas a usar tu cuerpo como moneda de cambio.

Ella sintió que le hervía la sangre en las venas como si fuera lava ardiente. ¡Cómo se atrevía...! Él, precisamente él de entre todas las personas, debería comprenderla.

—¿Piensas de verdad que alguna vez quise hacerlo? —exigió con expresión incrédula—. ¿Quisiste tú alguna vez, Val? ¿Qué estás insinuando? ¿Acaso puedes protegerme de la avaricia, la lujuria y la crueldad del resto de los hombres para siempre jamás? ¿Crees que no volveré a verme implicada en una situación en la que tenga que intercambiar sexo por otros diez minutos más de vida? ¿Hoy, por ejemplo? ¡No seas imbécil! ¡Es superior a mis fuerzas!

—Solo quiero que me lo prometas —repitió él lentamente.

—No —repuso.

Él le arrancó la toalla del cuerpo. Ella notó que su erección despertaba, que sus ojos brillaban en la oscuridad con intensidad. ¡Oh, Dios! ¡Hombres! Como si aquel enorme pene tuviera algo que ver en aquello.

Apretó los dientes con fuerza.

—No pienso mentirte —explicó.

—No estoy pidiéndote que mientas —la voz de Val vibró con intensidad—. Te pido que me digas la verdad.

Ella se estremeció. Un leve temblor provocado por la risa, aunque estaba mucho más cerca del llanto.

—¿Ah, sí? ¿Crees que es tan fácil? La verdad es la verdad, Val. No la puedes cambiar ni controlar, ¡joder! No hay límite, las cosas pueden ser cada vez peores. Una vez que aceptas eso, eres más fuerte; solo entonces es posible que sobrevivas. Es lo mejor que uno puede hacer.

—Amo tu fuerza —confesó él—. Tu fuerza me excita, pero tu crueldad me vacía.

Ella negó con la cabeza.

—Sería fácil mentirte. —Le tembló la voz a pesar de lo mucho que intentó evitarlo—. Podría haber dicho: «¡Oh, sí, cariño! Claro que sí. Te lo prometo. Te lo juro». Pero no lo he hecho. A ti no puedo mentirte, Val. Te he dado más de lo que le he dado a cualquier otro hombre en mi vida, estúpido ingrato. De lo que imaginé dar a nadie. Y ¿qué consigo? Que me llames cruel.

Él la retuvo poniéndole las manos en las caderas cuando ella comenzó a darse la vuelta y la atrajo hacia su cara, que presionó contra su monte de Venus. Comenzó a mover la boca, cálida y ávida sobre su clítoris. Lo buscó con su lengua indagadora.

La sensación hizo temblar sus rodillas, era a la vez extraña y maravillosa. Pero estaba demasiado tensa para soportarlo y le apartó la cara.

—No.

La expresión de Val fue imposible de discernir en la oscuridad.

—Ese «No» no tiene sentido —aseguró en un susurro, suave como la seda. Parecía poseer un conocimiento secreto sobre ella. Un poder misterioso.

Ella se estremeció ante la promesa contenida.

—Estás fatal. Déjame.

—No, no lo haré. —La arrojó sobre la cama y le alzó el brazo bruscamente hacia el cabecero.

Ella se dio cuenta demasiado tarde de lo que planeaba, pero para entonces ya tenía la muñeca apresada por las esposas. Agitó el brazo con todas sus fuerzas al tiempo que le golpeaba con la mano libre, pero él se deslizó hacia abajo y la colocó de tal manera que quedó acostada boca arriba, excitada y tensa. Lo único que ella podía hacer era tirarle del pelo, y lo hizo a conciencia... Sin resultados.

Él acercó la boca a su sexo y comenzó a amarla con los labios de una manera desesperada. La chupó, lamió y agujoneó, hasta que ella estuvo resbaladiza; hasta que se estremeció presa de incontrollados escalofríos, intentando no gemir ni implorar.

Y por perverso que resultara, las esposas ayudaban. Siempre había tenido que fingir que le gustaba el sexo oral con los amantes que habían insistido en ello. Le parecía demasiado íntimo y expuesto; y resultaba difícil disimular.

Ahora no fingía. Se contorsionaba envuelta en trémulas convulsiones cuando él azotaba su clítoris, cuando succionaba los pliegues internos, cuando sumergía la lengua en su vagina. Él buscó los lugares más dulces y los exploró a placer, estimulándolos sin descanso.

El tiempo se alargó y curvó. Ella alcanzó el éxtasis varias veces hasta que dejó de luchar y permaneció allí, mojada y exhausta; vibrante.

Val encendió la horrible lámpara de la mesilla de noche para abrir las esposas, y luego mimó y besó las marcas rojas de su muñeca.

Ella lanzó una mirada a la enorme erección que tenía ante los ojos y carraspeó.

—Eh... ¿Piensas hacer algo con eso?

—Si tú quieres —repuso bajito—. Ya me he cansado de escuchar solo «No».

—No lo escucharás esta vez. —Le acarició el pene con una mano y le ahuecó los testículos con la otra, masajeando los pesados y calientes globos con los dedos. Tiró de él y lo guio entre sus piernas, contoneándose y retorciéndose hasta que consiguió que se perdiera en su interior.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al sentir la perfección de aquel acto

cuando él se sumergió hasta el fondo. Se mecieron perezosamente en la cama, que rechinaba entre sus suspiros y gemidos, cabalgando las suaves y altas olas. Sin prisa, recreándose. Fue perfecto. Él era perfecto.

Y si no estuviera tan cansada, estaría aterrada.

Cuando estuvieron demasiado cansados para moverse, él rodó con ella encima y la miró fijamente, como si pudiera ver sus pupilas a pesar de la oscuridad.

—Algún día me harás esa promesa —aseguró él.

Ella le encerró la cara entre las manos, acariciando con los pulgares los huesos prominentes de sus pómulos y la piel, áspera por la barba incipiente.

—No te haré promesas falsas —juró con suavidad—. A ti no, Val.

Él giró la cabeza y la besó en la palma de la mano con aquellos labios tan suaves, calientes y tiernos.

—No —replicó con terquedad—. Cuando me lo prometas, será verdad.

—Val, eres un hombre muy romántico, ¿lo sabías? —comentó, moviendo la cabeza.

—Supongo que sí. Así es como me siento desde que te conocí.

—Odio tener que decirte esto, pero soy la persona menos romántica del planeta. Lo que no quiere decir que no me importe. Hice lo que hice porque me importas. Me gustaría que lo comprendieras.

—Comprender, lo comprendo. —Él le agarró la mano y la frotó contra su mejilla—. Pero lo rechazo olímpicamente. No pienso tolerarlo en la mujer que amo. No lo toleraría en mí mismo. Tema zanjado.

Amor. La palabra la hizo estremecer de placer a pesar del terror que le provocaba. Se unió a otra sensación en su interior, algo anónimo, dulce y peligroso que llegaba a su propia alma y la agitaba con un susurro, como una rama a la merced del viento.

La apartó a un lado instintivamente.

—Madura, Val.

—He dicho que el tema está zanjado —gruñó él—. Ahora es irrelevante. Hemos quemado ese puente y debemos agradecerlo.

—De eso nada —aseguró ella—. Por lo que Georg sabe, tú entraste en tromba y me secuestraste. Podría ponerme en contacto con él, alimentar su vanidad...

—¡No!

Suspiró.

—¡Maldito seas, Val! ¿Quieres salvar a Imre o no?

—No puedes plantearlo de esa manera, es intolerable. Este asunto se reduce solamente a que debes dejar que te proteja. Por favor, solo una vez.

Ella le miró alarmada.

—No necesito que me protejas —protestó.

—Por supuesto que no —convino él en tono hastiado—. Pero a mí me importa muy poco si necesitas que te proteja o no. Quiero protegerte y punto.

Ella meneó la cabeza.

Él le agarró los hombros con fuerza y la sacudió.

—Tamar, cariño —parecía exhausto—. Si alguien se ofreciera para protegerme, no le escupiría en la cara. Me sentiría halagado. Quizá incluso... emocionado.

—Oh, creo que la parte de la emoción ya la hemos cubierto por hoy —murmuró ella, sonriendo en la oscuridad—. ¿Necesitas que alguien te proteja, Val?

—No. Pero sería bonito importarle tanto a alguien como para que quisiera hacerlo.

Ella hundió la cara contra su hombro y se lo lamió, saboreando el profundo sabor a sal del sudor seco. Se relajó sobre él, contra su calor y su fuerza. Inhaló por la nariz y se dio cuenta de que había desaparecido la opresión que le atenazaba el pecho.

Podía respirar profundamente sin jadear.

Era cierto lo que él decía, y también que resultaba trágicamente inútil proteger a alguien como ella.

Pero sin duda era agradable saber que le importaba lo suficiente como para intentarlo.

La luz del techo se encendió sin previo aviso. Tam y Val se incorporaron de golpe, Tam se abalanzó sobre el bolso, a por la pistola...

Ah. Daba igual. Se trataba solamente de la *signora* Concetta, que todavía tenía la mano en el interruptor y les miraba con los ojos muy abiertos y sorprendidos. La buena mujer se santiguó apresuradamente.

Tam agarró la toalla que había dejado caer al suelo y se envolvió en ella. Val no tuvo tanta suerte. Se levantó, recogió los pantalones y se los puso con toda su parsimonia. Perezoso, relajado.

La *signora* se recreó en una larga mirada que deslizó por el cuerpo de Val

antes de soltar un enorme carraspeo. Parecía como si estuviera intentando no sonreír, aunque su expresión se notaba un tanto oxidada.

—*Scusatemi*. Querían cenar —se justificó con rigidez.

—En efecto —repuso Val—. Todavía queremos. Sobre todo ahora.

La buena mujer había tomado la sugerencia de Val de que les sirviera pan, queso y vino como un reto personal, y se había esforzado por superarlo. El asalto comenzaba con una jarra de vino casero y dos tazas de loza para beberlo; una crujiente barra de pan y una cuña de queso, de corteza tan verde que parecía haber estado envuelto en hierba, con el interior cremoso, de tono amarillento, como si estuviera hecho con leche de oveja. Aquellos manjares venían acompañados de un enorme y fálico *salami* casero.

—*Cinghiale* —informó la *signora* con aire altanero—. Es de jabalí. Lo mataron mis hijos.

Entonces la vieron salir al patio e inclinarse sobre lo que descubrieron que era una enorme carretilla, para comenzar a llevar fuentes de barro, cada una de ellas envuelta en un gastado paño de cocina. De todas ellas salía un sustancioso olor a plato casero, estofado o asado.

Cubrió la desvencijada mesa con ellas y salió de nuevo. La siguiente brazada era de botes de cristal que contenían verduras en conserva, maceradas en vinagre, aceite y ajo; tomates secados al sol, berenjenas, pimientos y aceitunas. Una cesta de naranjas frescas fue el toque final, o eso pensaron hasta que vieron que la mujer metía la mano en el bolsillo del delantal y sacaba una botella de largo cuello llena de un pálido licor amarillo.

—*Limoncello* —anunció con aire orgulloso—. Es de mis limones. Muy bueno.

Val sostuvo la mano de la mujer, que afortunadamente ya no estaba cubierta de sangre de pollo y la besó con fervor.

—*Signora*, es usted un ángel enviado del cielo —declaró—. Gracias desde el fondo de mi corazón.

Ella arrancó la mano de las suyas con una sonrisa afectada y lanzó una larga y apreciativa mirada al torso desnudo de Val y a los pantalones desabrochados. Gruñó aprobando lo que veía.

—Lo necesitará —aseguró—. *Buon appetito*.

—Dios mío, sí —susurró él con sentimiento.

La *signora* la miró a ella con el ceño fruncido y le pellizcó la parte superior del brazo.

—Coma un poco de mis *braciole* —la invitó—. Está muy flaca. Este hombre

acabará con usted.

Después de que la mujer desapareciera, se sentaron en las desvencijadas sillas agujereadas por las termitas, a ambos lados de la mesa, y se concentraron en el festín.

Tam descubrió con sorpresa que la comida se hacía un hueco en el espacio que se había abierto en su interior. Por lo general, cuando intentaba comer, los alimentos parecían impactar contra un muro de piedra que no dejaba pasar nada.

Pero esa noche no ocurría eso. Ahora era accesible, estaba abierto y hambriento.

Casi siempre le repelían los olores fuertes; sin embargo, esa noche le parecían maravillosos. Comió el triple de lo que acostumbraba, sin atragantarse, y Val engulló por lo menos diez veces más que ella.

Cuando por fin se detuvo, ahíta, se recostó en el respaldo de la silla y observó con cierto asombro cómo él continuaba comiendo sin parar.

—Arriesgas tu vida comiendo así, ¿sabes? —le informó. Él atacaba ahora los tomates secados al sol junto con el salami de jabalí, el queso y unas gruesas láminas de pimiento, dispuesto todo ello sobre una rebanada de pan crujiente empapado en aceite—. Salmonelosis, botulismo y podría nombrar hasta diez bacterias letales más.

—No lo hagas. —Cerró los dientes blancos sobre aquel manjar y entornó los ojos para concentrarse en el sabor—. ¿Y eso me lo dice una mujer que viaja al menos con veinte diseños letales en su maletín?

Ella tomó una naranja y comenzó a pelarla. Al menos el contenido de la fruta podía considerarse casi estéril.

—Eso es distinto. Esos compuestos están realizados en un laboratorio en condiciones controladas por personas que poseen un doctorado en química, en el Instituto Tecnológico de Massachusetts o en Stanford.

Val cortó el pan para prepararse otra tostada.

—Pero no saben tan bien —señaló él.

Ella mordió la naranja. El explosivo dulzor del cítrico inundó su boca y se recreó en él.

—La sangre de pollo podría sentarte mal —advirtió ella.

Val clavó el tenedor en el interior de una de las fuentes de barro y pinchó una rodaja de carne oscura macerada en salsa de tomate y queso, en la que flotaban trozos de chile, perejil y ajo. Él tomó un bocado con osadía mientras la miraba con un sugestivo brillo en los ojos.

—Ni se te pase por la cabeza que vas a besarme después de haberte comido todo ese ajo —avisó.

—Ni se te pase por la cabeza que vas a poder impedirlo —replicó él sin inmutarse—. Soy mucho más grande que tú. Y también más rápido.

—Ah, pero yo soy más traicionera —se rio ella.

Él la miró con seriedad. Luego clavó los ojos en su propia mano como si se hubiera olvidado lo que iba a hacer con la comida.

—No me gustaría poner eso a prueba.

Ella echó de menos la ligereza anterior. Era raro que se riera y bromeara, que lanzara pullas a un hombre y él se las devolviera. Que se divirtiera. Típico de ella; echar a perder el instante sin querer.

Solía echar a perder las cosas. De hecho, se odiaba a sí misma por hacerlo.

—Jamás te traicionaré si puedo evitarlo —dijo, intentando salvar el momento sin mucha convicción.

—Ni yo —repuso él—. Te lo prometo.

Ella perdió el apetito de golpe sin haber acabado la deliciosa naranja. Se la tendió a él.

—Refréscate el aliento con esto —ordenó—, y luego vuelve a la cama.

El sexo siempre funcionaba con los hombres. A Val se le iluminó la cara.

Devoró la naranja y se quitó los pantalones, revelando su ya excitado miembro, antes de meterse en la cama, separando las sábanas para ella. Por extraño que resultara, haber previsto lo que haría un hombre le molestó en ese momento menos de lo habitual. Se introdujo entre las mantas, acurrucándose contra el cálido cuerpo masculino.

Por supuesto, él estaba completamente empalmado. Aquello era ridículo, pero se sentía demasiado bien para decir nada al respecto, incluso cuando él giró y se colocó encima de ella.

Estaba mojada y resbaladiza después de la última vez, y también muy sensible. Él impulsó su enorme falo en su interior. Ella le rodeó los hombros con los brazos y se retorció, buscando el ángulo perfecto.

—No vuelvas a correrte dentro —le advirtió.

—No me correré —le aseguró él—. Ya me he corrido suficiente.

Ella hizo un sonido de duda que hizo que él le encerrara la cara entre las manos y la mirara a los ojos.

—Confía en mí —le pidió—. Por favor.

Tenía una respuesta sarcástica en la punta de la lengua, pero la contuvo por la intensidad que brillaba en sus ojos detrás de aquellas palabras.

Él no estaba intentando camelarla con su fuerza, aquello era una súplica que surgía del fondo de su ser. Ni siquiera hablaba de sexo.

Ella tragó saliva, reprimiendo aquel temor de ser una tonta crédula. Podía arriesgarse. Aunque solo fuera una vez.

—Lo haré... Lo haré... —repuso, vacilante.

Él inclinó la cabeza y la besó en la frente.

—Gracias. Intentaré ser digno de tu confianza.

Aquello fue demasiado para ella.

—¡Oh, basta ya! No seas tan dramático —le riñó—. No seas tierno conmigo, Val, no sé cómo responder.

Él la envolvió en un apretado, cálido y maravilloso abrazo que resultó mucho más elocuente y satisfactorio que cualquier palabra que dijera.

Andrés se paseó por el pasillo en penumbra del I Santi Medici. Aquel lugar carecía de medidas de seguridad. Se había colado por una puerta que alguien había dejado abierta; recorrió relajadamente varios corredores y vestíbulos desiertos, subió escaleras y las bajó. Hasta el momento no había tenido que matar a nadie. Las enfermeras y los médicos de guardia brillaban por su ausencia a aquella hora indecente, charlaban en los puestos de control o dormitaban en las camas vacías. Nadie le vio deslizarse como un fantasma por el hospital.

Sabía adónde debía ir; había enviado flores antes, por la tarde. El musculoso jovencito al que pagó para entregarlas había averiguado el número de la habitación para él. ¡Ah, sí!, allí estaba, un enorme ramo de lirios y flores del paraíso. Las enfermeras las habían colocado junto con otras alrededor de la estatua de escayola azul y blanca de la *Madonna* que presidía el fondo del pasillo, con su corona luminosa brillando misteriosamente en la oscuridad.

Un anciano de cara adusta, en pijama y bata verde, estaba sentado junto a la puerta de la habitación con una vía en el brazo, agarrando la percha del suero con el puño. Sin duda intentaba evitar los gemidos y las flatulencias de sus compañeros de habitación. Le dirigió una mirada turbia. Un testigo. ¡Qué lástima! Tomó nota del número de la habitación. Pobre viejo, pero aparentaba más de ochenta años y era evidente que no disfrutaba demasiado de la vida. Seguramente le haría un favor si le apretaba la nariz y la boca durante unos minutos después de que terminara con Hegel.

Le irritó comprobar que Hegel tampoco estaba solo. No quería hacer una masacre a gran escala esa noche. Al menos el compañero del agente estaba durmiendo. Era una criatura fibrosa y gris con el cuello corto, que roncaba con la boca abierta y desdentada.

Hegel tenía los ojos cerrados, la cabeza vendada y el brazo en cabestrillo. Lo primero que hizo, por precaución, fue retirar el botón para llamar a la enfermera y enrollar el cordón del que colgaba en la percha de la vía, junto a la puerta. Fuera del alcance del agente. Después, tomó una silla y se sentó.

El hombre despertó de pronto y emitió un sonido de sorpresa al verle en la silla. Abrió los ojos como platos al reconocerlo. Él tenía preparada una pelota de caucho, que metió en la boca de Hegel antes de ponerle una mordaza que anudó en la nuca. Luego, ató la mano sana a la armadura metálica de la cama con un cable, apretándola con la fuerza suficiente como para cortarle la circulación.

Entonces cubrió la garganta del hombre con la mano e imprimió una implacable presión en la laringe.

—Tenemos que hablar —dijo—. Mi plan original era descuartizarte o ir quemándote poco a poco, pero debes de estar hasta arriba de analgésicos y sería desperdiciar mis habilidades; sin embargo, podría, por ejemplo, perforarte un globo ocular con esto. —Sostuvo en alto una aguja larga y brillante—. O cortarte las orejas con esto otro. —Le mostró la hoja serrada de una navaja multiusos.

Hegel tenía la mirada desenfocada y él notó un burbujeo en la garganta.

—O podríamos saltarnos esa parte de la conversación, y que me hables de Tamara Steele y Val Janos —propuso amigablemente.

El agente asintió frenéticamente.

—Te quitaré la mordaza —le indicó—. Como levantes la voz, te cortaré una oreja y te pincharé un ojo. ¿Me has comprendido?

Otra frenética inclinación de cabeza. Le aflojó la mordaza y le quitó la pelota de la boca, limpiándola de saliva en las sábanas de la cama.

Hegel tosió antes de mirarle con los ojos muy abiertos. Su cara estaba sudorosa y brillaba, no supo si de dolor o de miedo.

András metió la mano en el maletín y sacó el ordenador portátil que había robado en el hotel, de la habitación de Hegel, después de hablar con Ferenc. Lo encendió y lo puso sobre el pecho del agente, luego le soltó el brazo atado a la cama.

—Escribe la contraseña, por favor.

Observó con atención cómo el dedo gordo y tembloroso del hombre presionaba una secuencia de letras y números, aprendiéndose de memoria la contraseña.

—Y ahora, enséñame cómo has estado siguiendo la pista a Janos y Steele — dijo.

Hegel se aclaró la voz.

—Janos tiene implantado un localizador GPS en su cuerpo —informó con la voz ronca—. Él no lo sabe.

András se rio entre dientes.

—Qué despreciable eres, Hegel, has hecho trampa. Explícame cómo es el aparato y cómo funciona el programa con el que haces el seguimiento.

Hegel tragó saliva y se humedeció los labios.

—No puedo.

Volvió a meterle de golpe la pelota en la boca y le aplastó la mano sobre los labios.

—No quiero volver a escuchar esas palabras. Primero iré a por tus ojos, y luego a por las orejas. ¿Se merece ese chalado de Luksch esta clase de lealtad?

Hegel cerró los ojos y negó con la cabeza.

András levantó la mano y dejó que Hegel empujara la pelotita con la lengua entre toses. Le señaló el ordenador.

—Cuéntame todo —ordenó con suavidad.

Le llevó veinte minutos extraer toda la información técnica al hombre: la frecuencia de la señal, cómo se usaba el programa, cómo acceder a los datos archivados, cómo seguirlo en tiempo real. A él le resultó bastante sencillo de asimilar, puesto que había utilizado tecnología similar en muchas ocasiones.

Clavó los ojos en la pantalla, intentando memorizar el lugar exacto donde dormía Janos esa noche. Un punto escondido en las montañas, a varios kilómetros de la carretera de la costa. Debía de pensar que estaba a salvo. Aquella certeza le proporcionó una apacible sensación de poder.

Bien, todo iba muy bien. Aquello estaba resultando tan fácil que ni siquiera suponía un reto digno, reflexionó con diversión. Pero con gusto cambiaría reto por velocidad. Sin duda era mejor para la misión y su trabajo allí había concluido.

Cogió el portátil, lo apagó y lo guardó. Bajó la mirada hacia Hegel, intentando pensar si había alguna razón en la tierra para no matarle. El tipo vio la muerte en sus ojos y alzó la mano para protegerse. Él había visto ese gesto

muchas veces.

—Hay más —aseguró Hegel precipitadamente.

András acarició con el dedo el filo del cuchillo que guardaba en el bolsillo.

—¿Más? ¿Qué más?

—No me mates. Ayúdame a salir de aquí, a escapar de Georg, y te lo contaré todo.

—No intentes negociar conmigo, idiota —le dijo—. Me dirás todo lo que sabes o te cortaré la polla y te la meteré en la boca hasta que te ahogues con ella. ¿Qué más sabes? Hegel tragó saliva varias veces.

—La niña... —confesó con la voz ronca.

András frunció el ceño.

—¿Qué niña?

—Steele tiene una hija. Adoptó a una cría de tres años.

Sonrió de oreja a oreja. ¡Ah, sí! Eso iba a alegrarle el día a Novak.

—¿Y dónde está?

—No lo sé con exactitud. Hace tres días, Steele la llevaba con ella en el aeropuerto de Seattle. Yo había puesto tras Janos a una patrulla de tres hombres, quería localizarlas a ellas. Él mató a los agentes y se llevó consigo a la cría y a Steele. Después de eso, todo lo que sé es que se subió a un avión en Portland con Steele y la criatura había desaparecido. Entre lo que ocurrió en el SeaTac y su llegada al aeropuerto de Portland, dejaron a la niña con alguien. Tengo una filmación de la noche en cuestión, y sé que la pasaron en un complejo turístico entre Tacoma y Seattle —parloteó Hegel sin cesar—. Un lugar llamado Huxley. Imagino que allí se reunieron con alguien al que confiaron el cuidado de la cría, pero no hice más averiguaciones porque Luksch solo quería a Steele. Nada más.

András se sentó en la silla y meditó mientras se mordisqueaba el interior del labio.

—La niña tiene..., er..., el pelo oscuro y rizado —añadió Hegel, con una nota de desesperación en la voz. Era el tono de un hombre que ya lo había perdido todo—. Es pequeña y delgada para su edad. Y es muy...

Shhhh. La Glock con silenciador metió una bala entre sus ojos. El hombre cayó sobre la almohada y miró sin ver el techo.

—Gracias —le dijo con suavidad.

Contempló su trabajo durante un momento. Al cuerpo sin vida de la cama le faltaba un toque dramático. Quizá debía de dejar allí un poco de arte. No tenía tiempo para ponerse realmente creativo, pero el jefe siempre apreciaba una

nota personal.

No se preocupó por las manchas de sangre en la chaqueta, abrió su caja de herramientas y sacó una pequeña sierra y los guantes de plástico. Unos minutos después, estaba bastante conforme con el efecto artístico conseguido en la cabeza de Hegel, anidada en el centro de la colcha, empapada en sangre, y las manos cortadas unidas en un gesto pío debajo de la barbilla. Sacó una foto con el móvil, la encriptó y se la envió a su jefe. El viejo necesitaba un aliciente; esperar le ponía frenético.

Escuchó un sonido apenas perceptible y se dio la vuelta. Se encontró con que el compañero de habitación de Hegel había despertado y le miraba fijamente con ojos desorbitados.

Sin pensar, le apuntó a la frente con la pistola... Pero se detuvo al tomar nota de la boca torcida, los balbuceantes intentos de hablar. Estaba sufriendo una embolia. Su propio abuelo había muerto de eso cuando él era un niño. Todavía recordaba la horrorizada fascinación que había sentido al ver su cara deformada, al notar su indefensa frustración. Sus vanos intentos por comunicarse.

Le hizo sentir casi nostálgico. Su pobre abuelo...

No había necesidad de arriesgarse con un nuevo disparo. El silenciador era cada vez menos efectivo y aquel pobre viejo jamás podría describirle. Guardó la pistola, se inclinó sobre el hombre con el dedo sobre sus labios sonrientes.

—Shhh —murmuró—. Ni una palabra, ¿eh? Será nuestro secreto.

Los ojos y la boca del tipo estaban cada vez más abiertos. Le estalló una vena en el cristalino y el punto rojo comenzó a crecer y crecer. Se le llenó de sangre el párpado y un hilillo acabó resbalando por su pálida mejilla, como si fuera una estatua de la Virgen llorando; un milagro. Estaba sufriendo una embolia letal ante sus propios ojos.

No pudo evitar sonreír ante la ironía de todo aquello. Era uno de esos días en los que iba en un coche, seguro, sobre la agitada ola de la muerte. ¡Muy estimulante!

¡Ah, sí!, recordó al tipo de la bata verde. Detalles, detalles...

Se dirigió a la habitación 14. Bata Verde estaba dormido, igual que sus compañeros de estancia. Tomó una almohada de una cama vacía y la apretó contra la cara del hombre. Comenzó a contar muy despacio con mortífera paciencia mientras repasaba mentalmente una lista de profesionales en la zona de Seattle.

Alguien tenía que localizar y secuestrar a la niña de Tamara. El jefe quería

tenerla, era igual que un diablillo ávido de juguetes y chocolate.

No tenía tiempo que perder con juegos.

Y era él quien debía proporcionárselos. Ya retorcería el cuchillo para hacerle pagar el error de haber favorecido a Georg en vez de a él tras la muerte de Kurt, a pesar de sus años de leales servicios.

Algunos silenciosos momentos después, los demás ocupantes de la habitación seguían durmiendo y el pulso de Bata Verde se había detenido.

Regresó al pasillo y se deslizó de nuevo como una sombra, con la mano cerrada sobre la culata de su arma, sin atreverse a respirar tranquilo. Ojalá saliera alguien del puesto de guardia de las enfermeras y le obligara a disparar de nuevo. Necesitaba dejar tras de sí un enorme reguero de cuerpos ensangrentados.

Una vez que comenzaba a surcar esa ola, no quería detenerse.



Harry Whelan estaba teniendo un día de perros. El subdirector del Huxley se ponía de los nervios las jornadas en que, como aquella, se enfrentaba a dos bodas y un banquete. Cuando Nancy, una de las recepcionistas, le preguntó si

podía atender a un oficial de policía que se interesaba por unos clientes, la tomó con ella.

—Dile que no damos información sobre los clientes —repuso de malas maneras—. Son las normas que seguimos en el Huxley sobre protección de datos. Ya lo sabes.

—Ya se lo he dicho, pero sigue insistiendo.

—¿Tiene ese tipo una orden judicial? Dile que la pida.

—Por favor, Harry, ya lo he hecho, pero no me escucha. ¿Puedes hablar tú con él? A ti te hará caso.

Gimió para sus adentros, pero Nancy era una chica muy guapa con grandes ojos azules y unos pechos impresionantes que rellenaban el chaleco verde del uniforme de una manera muy poco profesional. Lo cierto era que estaba sopesando saltarse sus propias normas sobre salir con las empleadas para invitarla a cenar. Por fin abandonó su despacho y recorrió el corredor hasta recepción, echando chispas.

Le esperaba un hombre corpulento, con barba, que le recibió con una sonrisa a la que él no correspondió. Aquel tipo estaba haciéndole perder un tiempo precioso.

—¿En qué puedo ayudarle?

El hombre le tendió la mano y él se la estrechó.

—Raymond Clive, FBI —informó—. ¿Es usted el director, señor Whelan?

La tarjeta identificativa que llevaba en la solapa decía claramente qué puesto ocupaba.

—Subdirector —corrigió.

—¿Puedo hablar con usted en privado? —preguntó Clive.

—No es necesario que nos entrevistemos en privado para informarle de que nuestra política interna nos impide compartir información sobre nuestros clientes.

—Por favor, señor Whelan, hablemos en privado. —El hombre se inclinó por encima del mostrador y bajó la voz—. Se trata de un asunto muy delicado.

Suspiró. ¿Y ese asunto delicado no podía esperar? Tenían el hotel lleno, el chef de baja y una alcantarilla atascada en una de las zonas de cabañas.

—Por favor, acompáñeme —accedió de mala gana.

Ya en su despacho, se sentó detrás del escritorio e invitó a Clive a hacerlo enfrente. El hombre, sin embargo, tomó la silla y la colocó a su lado. Se sentó muy cerca de él, tanto que sus rodillas se rozaron, haciendo que se apartara.

—Aquí hay muy poco sitio —dijo con rigidez—. Es preferible que ponga la

silla en el otro lado del escritorio.

—Tenemos un problema y el tiempo es de vital importancia. Hay una cría en peligro; ha sido secuestrada —informó Clive—. En situaciones como esta, a cualquiera se le disculpa el saltarse las reglas... Incluso las que son tan rígidas como las del Huxley.

—¿Tiene autorización? Si no trae una, poco puedo hacer.

—Puedo conseguirla, pero desperdiciaríamos un tiempo precioso. En los asuntos en los que están niños implicados, no se puede andar perdiendo tiempo.

Lo único bueno de ser el subdirector era que no podía tomar ese tipo de decisiones. Aunque a su jefe no le gustaba que le molestaran, a él no le pagaban para cargar con esas responsabilidades.

—Hablaré con mi superior —informó, alargando el brazo hasta el teléfono—. ¿Es esto entonces una alerta naranja? No debería haber...

Para su sorpresa, Clive le tomó la mano y apretó. Apretó tanto que le crujieron los huesos.

—Espere un momento, señor Whelan —le pidió zalamero—. Espere un poco.

Él intentó zafarse, pero los enormes dedos peludos del hombre estrujaron los suyos con más fuerza. Jadeó.

—Eh... Por favor... Me hace daño.

—Claro, claro. —Clive tiró de su mano y su silla rodó hacia él, hasta que sus rodillas chocaron con las del hombre. Para su completo horror, el tipo le agarró la entrepierna con una mano brutal y poderosa. Estaba sufriendo un nivel de dolor que jamás había imaginado; estaba seguro de que le había destrozado los testículos—. Ni un sonido o se los retorceré todavía más. —Vio brillar los dientes del hombre entre la barba oscura—. Mantenga las manos donde pueda verlas.

Vio que en su mano aparecía un cuchillo, en realidad era un utensilio negro con el filo serrado y la punta afilada como una navaja.

—Escúcheme bien, señor Whelan —murmuró Clive con suavidad—. Si no cambia de actitud con rapidez, voy a tener que cortarle los pantalones con este cuchillo para castrarle aquí mismo. Una incisión limpia en el escroto y le despojaré de sus testículos con precisión quirúrgica, un corte aquí, un corte allá, y *voilà*, los lanzaré al suelo sin apenas hacerle sangrar. No me gustan nada los estropicios.

—No —jadeó él—. No, no, no...

—¿No? Nos entendemos entonces. Por suerte existen alternativas. Vamos a hablar otra vez sobre las normas que siguen en el Huxley.

Harry le miró fijamente con la respiración entrecortada. El dolor era tan intenso que estaba a punto de desmayarse.

—Usted no pertenece al FBI —jadeó.

—Eso no es asunto suyo. Ni un sonido, señor Whelan. Sea valiente. —Clive hundió la punta del cuchillo en su entrepierna y él ahogó un gemido, similar al silbido de un globo en el aire—. Anteayer, estuvo en este establecimiento una niña de tres años con el pelo oscuro y rizado —continuó el hombre—. Quiero saber con quién salió de aquí.

Él intentó tomar aire, pero sus pulmones no funcionaban bien. Tenía las costillas paralizadas. Se agarró con firmeza al escritorio como si se ahogara.

—Er...

—Piénselo bien, señor Whelan —le animó Clive—. Piense.

—A-anteayer tuvimos la celebración de una boda —se forzó a decir—. Una fiesta enorme con muchos invitados.

—Bueno, pues la lista de invitados será un sitio excelente para empezar a buscar. Vuélvase hacia el ordenador, ponga la mano sobre el ratón. Dígame quién estuvo de guardia esa tarde y la lista de las habitaciones reservadas en las que estuvieron alojados niños o bebés.

Buscó toda la información y el hombre se inclinó para estudiar la pantalla, presionando más con el cuchillo mientras tanto. Intentó no gritar.

—Calladito, señor Whelan —comentó Clive, casi distraídamente—. Mmm... Cuatro habitaciones con niños y seis matrimonios. ¿Vio a alguno de ellos?

—N-no —jadeó él—. No estaba en recepción. No trabajo en el mostrador, sino aquí.

—¡Oh, qué mala suerte para usted! —clavó el cuchillo un poco más—. ¿Quizá alguno de sus compañeros? Si apartase el cuchillo, podría consultarles. ¿Se comportaría bien si lo hiciera, señor Whelan? ¿Sería un buen chico? ¿Puedo contar con usted?

Él asintió enfáticamente con la cabeza.

—Porque si me da problemas, lo lamentará. Y también su compañero. ¿Ha quedado claro?

—Sí. —Tenía la respiración entrecortada—. Sí, por favor. Llamaré a alguien. Por favor.

Clive retiró la aplastante presión de sus dedos. Harry notó que le caían lágrimas de alivio que le atascaban la nariz. Se pasó la manga por la cara y

trató de recordar quién estaba en el mostrador ese día. Estaba seguro de que había sido Nancy. Presionó el botón del interfono.

—¿Nancy? ¿Puedes venir un momento? —pidió con voz nasal.

—Claro que sí, Harry. Dame un segundo, que estoy terminando de registrar a un cliente.

Tardó dos interminables minutos antes de aparecer con una expresión de curiosidad pintada en la cara. Él hizo un esfuerzo enorme por controlar su cara, su voz y sus intestinos. El cuchillo de Clive no se había alejado demasiado de su entrepierna, debajo del escritorio, y pendía sobre sus genitales, amenazador.

—Nancy, ¿recuerdas el convite nupcial que celebramos hace dos días?

—Claro —aseguró ella—. El de Becca Cattrell y Nick Ward. ¿Harry? ¿Estás bien? Parece como si te ocurriera algo. —Miró de reojo al barbudo.

Notó la punta del cuchillo presionar sus partes nobles. Cogió aire y forzó una sonrisa.

—Estoy bien, tranquila. Solo tengo un pequeño dolor de cabeza. ¿Recuerdas entre los invitados a alguna niña? ¿Alrededor de tres años, con el cabello rizado y oscuro?

Nancy abrió mucho los ojos.

—¡Oh, Dios mío, sí! Esa niña estuvo gritando al día siguiente en el comedor. Jamás había oído cosa igual, y eso que trabajé de canguro cuando era adolescente. Sin duda ese tipo de gritos son más efectivos que cualquier otro método anticonceptivo.

—¿Recuerdas el nombre de sus padres?

Nancy frunció el ceño.

—Recuerdo que estaba con su madre. Una mujer impresionante, parecía una top-model. No fui yo la que registré su entrada, sino Charlie, pero hoy está enferma. Esta mujer se fue del hotel con un tipo extranjero muy guapo. Lo sé porque la niña se volvió loca al ver que su madre se marchaba sin ella.

—¿Qué tipo? ¿Cómo se llamaba? —imploró Harry.

Ella encogió los hombros.

—No lo sé. Creo que no se alojó aquí. Cualquiera lo recordaría. Parecía un actor de cine. Formaban una pareja fantástica, todo el mundo les miraba.

Él no era capaz de pensar algo relacionado con esa respuesta, aunque sabía que debía hacerlo, la presión candente de la punta del cuchillo era cada vez mayor.

—¿Con quién se fue la niña? —preguntó el propio Clive.

Ella le miró con una sonrisa.

—Eso sí lo sé. Fue con uno de esos McCloud. Recuerdo el nombre porque eran tres y las chicas de recepción no hacían más que hablar de ellos. Unos hombres impresionantes, al parecer. Supongo que son hermanos; de los que dejan sin respiración.

—¿Con cuál de ellos? —prorrumpió él precipitadamente—. ¡Dime con cuál!
Ella le miró sorprendida ante su tono.

—Uno de los que tiene un bebé —repuso con timidez—. Dos de ellos tenían bebés. ¡Unas criaturas preciosas! Sin embargo, no recuerdo cuál. Harry, ¿quieres una pastilla de ibuprofeno? ¿Un café? No tienes buen aspecto.

—No. Estoy bien —aseguró.

Clive alejó el cuchillo y él tuvo que contenerse para no romper a sollozar.

—¿Es suficiente? —preguntó a Clive con una mirada suplicante.

El hombre esbozó una sonrisa y asintió con la cabeza.

—Sí, muy bien.

—Gracias por tu ayuda, Nancy. Puedes marcharte.

Ella le miró por encima del hombro con preocupación antes de salir.

—Si cambias de idea sobre el ibuprofeno, dímelo —repitió.

En cuanto la puerta se cerró con un sonoro clic, él se puso a sollozar en silencio.

—Todavía no puede tener un ataque de nervios, señor Whelan —le reprendió Clive—. Necesito que me imprima una copia de las facturas que emitió para esa gente, por favor.

Harry logró llevar a cabo la tarea sin saber cómo, y Clive guardó las hojas en el mismo bolsillo que el cuchillo, con un rápido y ágil movimiento, como si fuera una batuta.

—Gracias, señor Whelan. Ha sido de una ayuda inestimable. Y por si acaso se siente tentado de compartir información sobre lo que acaba de suceder con alguien, por ejemplo, su jefe, la policía o estos McCloud...

—No lo haré —aseguró con la voz rota—. Lo prometo.

—Su madre —continuó Clive— o esa preciosa recepcionista que tanto se preocupa por usted podrían sufrir las consecuencias. Mis compañeros y yo hemos hecho los deberes antes de venir. Por ejemplo, sabemos su dirección; vive con su madre en Tacoma, en una casa de estilo victoriano. Es una lástima, pero esas casas antiguas de madera son propensas a incendiarse. Sería una tragedia que viniera al trabajo y se encontrara con que su madre ha muerto quemada en un incendio, ¿verdad? Las baterías de las alarmas suelen gastarse

tan rápido... —Chasqueó la lengua—. Es una vergüenza.

—Lo prometo, no...

—Por no hablar de Nancy, esa preciosa chica que quiere jugar a los médicos con usted. ¡Qué tierno! Vive en ese edificio de apartamentos al otro lado del parque, sola con su gato, en el piso 8D. Son tantas las cosas que les pueden ocurrir por las noches a las mujeres jóvenes que viven solas... Terribles, sin duda. No le gustaría ser el responsable de ello, ¿verdad?

Negó con la cabeza y se dio cuenta, con horror, que no parecía capaz de dejar de moverla. Seguía meneándola... No. No. No...

Clive sonrió y se la detuvo a la fuerza.

—Muy bien, parece que nos entendemos. —Le tendió la mano como si acabaran de poner fin a una reunión de negocios.

Él se sintió horrorizado al ver que el estado de obediencia servil en que se encontraba le llevaba a aceptar automáticamente la mano, ofreciendo la suya temblorosa. Clive se la agarró y le dio un último apretón doloroso. Él se encogió de miedo y aulló como un perro apaleado.

—Que tenga un buen día, señor Whelan. Ya sabe cuánto agradezco su ayuda.

Cuando la puerta se cerró, Harry se derrumbó sobre el escritorio. Sentía la garganta en carne viva, le latía la ingle. Se sentía violado, destrozado, como si tuviera una hemorragia interna. Nunca había supuesto que era tan fácil ser dañado letalmente.

Entonces brilló en su mente, como un anuncio de neón, un pensamiento abrumador.

¿Qué sería capaz de hacerle un hombre así a una criatura de tres años?

Ahuyentó el pensamiento como si le hubiera electrocutado. Ya tenía demasiado con lo suyo, no podía asumir eso también. Esa niña no era responsabilidad suya. No era culpa suya; no era el causante de esa situación.

Escuchó un tímido golpe en la puerta y sacó un pañuelo de papel del bolsillo para secarse los ojos y la nariz.

—¿Qué pasa? —gritó.

Nancy asomó la cabeza por la puerta.

—¿Harry? Es solo que... Mmm... Acabo de acompañar a la salida a ese tipo y he pensado que sería mejor que viniera a ver qué tal estás. Me preguntaba que...

Durante un alocado instante, estuvo tentado de contárselo todo. Qué dulce alivio sería poder compartir con alguien el horrible peso de lo ocurrido durante los últimos diez minutos. Pero luego pensó en ella, sola por la noche,

con su gato, en el apartamento número 8D.

«No, no lo hagas».

Se sonó otra vez.

—Es una de esas situaciones violentas —comentó, odiando el tono engolado y artificial de su voz—. Algunas veces, solo es cuestión de hacer lo que dicta la conciencia.

—Ah. Mmm... De acuerdo. Harry, ¿estás seguro de que estás...?

—¡Sí! ¡Estoy bien! Solo tengo atascada la nariz. Es por una alergia, nada importante. No te preocupes por mí.

—De acuerdo. —Nancy se había ruborizado.

La puerta comenzó a cerrarse.

—¿Nancy? —Su voz era inestable y suplicante. Respiró hondo para controlarse cuando ella se asomó de nuevo—. Eh... No le cuentes nada de todo esto a nadie..., ¿vale? —imploró—. A nadie.

Ella pareció casi asustada.

—Estate tranquilo —repuso con suavidad.

Cuando la puerta se cerró de nuevo, hubo un extraño matiz definitivo en el sonido. Como si estuviera dejando atrás a la persona que creía ser.

Era como si hubiera muerto una parte de sí mismo y ahora se sintiera mucho más pequeño. Alguien que nunca se desharía de su barriga por mucho que corriera; que jamás invitaría a Nancy Ware a acompañarle a un concierto de *blues* en el parque; que no dejaría nunca la casa de su madre; que no llegaría a ser director por mucho que se esforzara...

Tomó la papelera y vomitó el contenido de su estómago hasta que colgó un largo hilo de saliva desde su boca a la bolsa de plástico. Se limpió y se tocó los genitales, preguntándose si no estarían irreparablemente dañados.

Se preguntó también si se atrevería a tirarse al río con el coche esa noche, cuando saliera del trabajo. Si lograría que desapareciera aquella terrible sensación.

—Impúlsate con las piernas. Venga, súbelas y bájalas. Puedes subir más alto tú sola.

Sveti animaba a Rachel, pero aunque la pequeña lo intentaba con valentía, no tuvo suerte al coordinar el frenético movimiento de sus flacas piernas con el ritmo del columpio. Aún así, la niña lo intentó con todas sus fuerzas,

fracasando como un pez atrapado en el columpio de seguridad mientras se reía locamente.

El cielo estaba poniéndose muy oscuro y las nubes grises se confundían con la noche a lo lejos. Hacía mucho frío, pero estaban pasándolo tan bien en el parque que no querían marcharse. Después de todo, podían ver las ventanas iluminadas de la casa de Connor y Erin al otro lado de la calle, como si fueran un faro de seguridad. Después de haberse pasado días llorando por su madre, Rachel por fin se había calmado. Todavía no comía y, cuando intentaba hablar, tartamudeaba, pero todo comenzaba a marchar mejor. Ahora mismo se reía, sonreía, y a ella le gustaba verla tan contenta. Se resistía a perder ese momento.

La tarde había resultado bastante fluida. Rachel se lo había pasado bien durante la sesión con el cuentacuentos en la biblioteca local y el nivel de inglés había resultado adecuado también para su dominio de ese idioma. De hecho, había usado el carné de la biblioteca de Erin para hacerse con una bolsa de libros infantiles para estudiar. Tenía que darse prisa en aprender.

«Y no solo por Josh —se advirtió con severidad para sus adentros—. Olvídate del estúpido de Josh». Pero seguía pensando en sus ojos verdes y su amplia sonrisa.

Eso lo hacía por ella. Solo por ella. Quería estudiar allí; ir a la universidad. Quería trabajar con algo relacionado con niños pequeños. Quizá dedicarse a la enseñanza o la psicología, o tal vez debía ser más ambiciosa y pensar en ir a la Facultad de Medicina para convertirse en pediatra.

Se sentía contenta al ver lo mucho que había crecido Rachel y lo bien que caminaba. Le alegraba verle las mejillas sonrojadas; tan rojas como el brillante tono de su plumífero encarnado. Nunca sería una niña gorda, pero estaba mucho mejor que antes, cuando parecía un pequeño gnomo arrugado.

Todo lo que habían vivido juntas le parecía absolutamente irreal. Algo alejado de la vida normal. Algunas veces la existencia que llevaba ahora le parecía un sueño... Ser libre otra vez, ver el cielo, los árboles, las flores. Ver a Rachel feliz y con alguien que la quería. Volver a estar con su madre...

Pero aquella espantosa y apestosa habitación la acosaba. Los colchones manchados de pis, los niños con los ojos hundidos. Con un funesto destino pendiendo sobre ellos, siempre temerosos y aterrorizados. Se preguntaba a veces si esa sería la realidad y lo que vivía ahora, solo un sueño. Temía despertarse en cualquier momento y encontrarse con que se lo había imaginado.

Era una pesadilla que no la abandonaba. Saber que existían lugares así, tan completa crueldad... Aquel monstruoso egoísmo... Era algo que una vez que se conocía no se podía olvidar; resultaba muy difícil no pensar en ello.

Lo único que podía hacer era disfrutar de la risita nerviosa de Rachel en el columpio, del brillante plumífero rojo e intentar mantener a raya la oscuridad.

Aquellos amargos y sombríos pensamientos la habían desanimado y enfriado lo suficiente como para desear buscar la seguridad que les ofrecía a ambas la casa de los McCloud. Ese hogar estaba lleno de gente, voces y risas aquella noche. Los hermanos de Connor habían acudido con sus esposas a cenar. Todos eran muy amables con ella, pero su sonoridad y exuberancia americana hacía que le resultara complicado entender su inglés. Aquello la acobardaba.

Eso conseguía que hiciera lo mismo de siempre; retraerse. Quedarse al margen, con los niños. Era algo que le gustaba y que todo el mundo agradecía.

Rachel comenzó a pedirle que la ayudara a salir del columpio y ella se acercó. La montó luego en el tiovivo; las vueltas hicieron que la niña chillara de deleite. Después subieron a las cuerdas, antes de que se dieran cuenta de que había anochecido por completo.

Notó una punzada en la nuca. Se le puso el vello de punta.

Estaban entre los árboles. De repente fue presa de una intensa sensación de ansiedad y apuró el paso. El ritmo fue demasiado rápido para los delicados tobillos de Rachel, que protestó y comenzó a llorar.

Entonces la tomó en brazos y comenzó a trotar hacia la salida del parque sin perder las iluminadas ventanas de vista. Sin embargo, correr fue un error; hizo que se dejara llevar por el pánico y amplió las zancadas hasta que la suya fue una carrera frenética. Los pies volaban sobre el camino, pero sentía las piernas inestables por el miedo.

Cuando un sedán negro se detuvo en el camino, frente a ella, se paró en seco con un grito y cayó de rodillas, y tuvo que retorcerse para no aplastar a Rachel. Aterrizó sobre una muñeca y los libros de la biblioteca se desparramaron sobre la hierba escarchada.

Vio cómo se abrían las puertas del coche y salían unos hombres con la cara cubierta por pasamontañas y chaquetas negras. ¡Oh, Dios! ¡Iban a por ella! Eso no podía estar ocurriendo. No, no podía pasar otra vez...

Uno le arrancó a Rachel de los brazos, pero ella se aferró al pie del hombre y esperó. Él giró al tiempo que sacudía la bota que ella agarraba, antes de patearla con la otra.

El dolor en las costillas fue enorme. Se quedó sin respiración y no pudo

evitar aflojar el agarre. El hombre le dio otra patada, que impactó en su pierna. Vio cómo Rachel se agitaba debajo del brazo del secuestrador y gritaba de puro terror. Las puertas del coche se cerraron con fuerza. Sveti se puso en pie y se lanzó tras el brillante coche negro, gritando en ucraniano las palabras más feas que conocía. Las que había aprendido de Yuri y Martina, sus carceleros. Palabras feas, sucias y feroces que había jurado que nunca diría. El coche giró en redondo con un agudo chirrido de llantas, haciendo que diera vueltas como una peonza y que volviera a caer sobre sus rodillas ensangrentadas.

Solo entonces se le ocurrió mirar la matrícula, cuando el vehículo se alejaba a toda velocidad; pero estaba cubierta de lodo y ella tenía los ojos llenos de lágrimas. Entornó los ojos para mirar con desesperada atención, pero solo pudo distinguir la primera A y la forma del monte Rainier que aparecía en las chapas del estado de Washington.

Las luces traseras se convirtieron en dos malvados ojos rojos que la miraban burlones y lascivos. Después, el sedán giró en una esquina y desapareció.



Val abrió los ojos y pensó que disfrutar de aquella sensación de paz tras la asombrosa noche de pasión era un milagro. No había nada que planificar ni que esperar.

Tamara llevaba tiempo levantada. Silenciosa como un fantasma, había logrado no despertarle. Se había aseado y vestido antes de ponerse a trenzar el cabello. Ahora estaba sentada con las piernas cruzadas sobre una gastada manta de cuadros con todo su arsenal de Belleza Mortal expuesto ante ella en el maletín abierto, examinando ampollas, polvos y pociones.

Tenía una expresión relajada en su hermoso rostro. Parecía absolutamente concentrada. Una alquimista aburrida... Su peligrosa bruja.

Ella sintió el peso de su mirada y alzó la vista. Para su sorpresa, la vio esbozar una fugaz sonrisa, casi tímida, antes de envolverse de nuevo en el manto de sarcasmo con el que mantenía alejado al mundo.

Suspiró. En su ingenuidad, se había quedado colgado de la potente y salvaje magia que ocultaba en su interior el más complicado mecanismo de defensa emocional que hubiera encontrado nunca —salvo la locura, por supuesto, o las drogas—.

Su vida no volvería a ser sencilla. Pero bueno, la sencillez era una mierda y de todas maneras, jamás había disfrutado de ella desde que puso los pies en la tierra. *Evviva le complicazioni.*

Sonó un golpe en la puerta.

—*Ehi, ragazzi.* Su desayuno espera aquí fuera —gritó la *signora* Concetta—. El café está *bello caldo caldo, sì?* Tómenlo antes de que se enfríe.

—*Grazie mille* —repuso él—. Lo tendremos en cuenta.

Tam le brindó una amplia sonrisa burlona.

—Oh, venga. Sal a por el desayuno. Ya sabes lo que quiere; está ahí fuera esperando poder echarle otro vistazo a ese aparato tuyo. Y, ¿quién puede echárselo en cara?

Él apartó las sábanas y se levantó, dejando que el aparato en cuestión se bamboleara como un estandarte ante él.

—No quiero asustar a nadie.

Notó que ella curvaba los labios en una veloz sonrisa apreciativa antes de que pudiera impedirlo.

—Mmm —murmuró ella para sí misma—. Sin duda a mí no me asusta, gran hombre. Por desgracia, estoy ocupada; no me distraigas con él. Y la *signora* está acostumbrada a enfrentarse a las dificultades. Venga, recoge el desayuno.

Alégrale el día; se lo merece. Trabaja muy duro.

Él recogió la toalla del poste de la cama donde la había dejado ella la noche anterior, haciendo traquetear las esposas, y se rodeó con ella la cintura. La tela se abultó sobre su erección como si esta fuera el asta de una bandera. Ella se rio entre dientes.

—Cobarde...

Él la ignoró y abrió el picaporte de la puerta. Tuvo que agacharse para atravesarla sin darse un golpe en la cabeza con el marco.

Un pálido rayo de sol invernal y el dulce aroma a hierba del aire matutino asaltaron sus ojos y fosas nasales. Los pájaros cantaban en los árboles.

La *signora* había retirado la carretilla con los platos de la noche anterior y barría afanosamente las hojas caídas en el patio.

Se detuvo para echarle un vistazo y se santiguó cuando clavó los ojos en su entrepierna.

—*Madonna santissima* —la escuchó murmurar.

Él se inclinó para recoger la bandeja, brindando a la mujer una amplia sonrisa.

—*Buon giorno, signora*. La cena estaba magnífica. *Grazie di nuovo*.

—Le gustará mi *pastiera* —aseguró la buena mujer—. Mi *pastiera* es la mejor de Campania.

—Me encanta la *pastiera* —afirmó él—. *A dopo, signora*. —Se agachó para regresar a la privacidad de la habitación con el premio entre las manos.

El olor a café expreso que salía de la cazuela oscura consiguió que Tamara se levantara del suelo y se acercara a la mesa. La bandeja contenía también un plato de loza gruesa, mellado en el borde, por donde asomaba el tono rojizo del barro, sobre el que la *signora* había colocado varias cuñas grandes y jugosas de *pastiera*, la tarta de arroz y huevo con fruta confitada, gachas y agua de azahar. La imagen le alegró el corazón después de la energía sexual derrochada la noche anterior. No perdió el tiempo y tomó un trozo de *pastiera*.

Tam dio un sorbo a su café sin azúcar mientras le observaba con los ojos abiertos de fascinación.

—Es probable que llegues a engullir más de mil calorías con solo ese pedazo —comentó ella, anonadada.

Él tomó otro.

—*Oh, sí!* —suspiró.

En la bandeja también había una botella de vidrio llena de leche. Tam quitó el corcho y olisqueó el contenido. Se le iluminaron los ojos y, para su sorpresa, la vio servirse un poco en un vaso.

—Es auténtica leche fresca —comentó ella antes de beberla—. Tienen una vaca.

Él se rio en cuanto tragó el dulce.

—¿Leche sin pasteurizar? ¿Estás bebiendo leche sin controlar? Jamás pensé que te vería arriesgar la vida de esa manera.

Ella tomó otro sorbo y se relamió.

—Cuando era niña, teníamos una vaca —le confió con satisfacción—. Jamás había vuelto a beber leche como esa hasta ahora. Es más dulce y sabe a flores.

—Lo mismo que esto —aseguró—. Es dulce y con aroma a flores. —Rompió con los dedos un poco de pastel y lo sostuvo ante sus labios.

Ella lo miró con recelo.

—Yo no soy del tipo florido —advirtió.

—Tómalo —imploró él—. Por favor, Tamar. Deja que te cuide. Me gusta verte comer.

Pareció que ella iba a negarse, pero finalmente aceptó su ofrecimiento. Aunque él no fue capaz de saber lo que estaba pensando; era algo que quedaba oculto en la fortaleza impenetrable de su mente. La vio sonreír y abrir los labios antes de que se lo metiera en la boca.

—Está bastante bueno —dijo ella con la boca llena—. Quizá tome un poco más, pero tengo que seguir trabajando, así que deja de tentarme con ese aparato masculino tuyo. Esa táctica no funciona conmigo.

La toalla con la que había cubierto su erección se había desprendido, permitiendo que el pene le rozara la cadera con cierta esperanza.

—Lo compensaré comiendo —suspiró él con tristeza.

—Hazlo. Yo estoy planeando cómo voy a abordar a Ana. —Mordisqueó delicadamente el pequeño trozo de *pastiera* y volvió a colocarse sobre la manta.

—Iremos a reunirnos con ella en cuanto esté de vuelta —la informó—. Tengo que ir a alquilar un coche.

Ella no levantó la mirada de sus pócimas.

—No, no lo haremos —dijo ella en voz baja—. No vas a venir conmigo, Val. Iré sola.

Algo duro y frío se filtró en su interior.

—De eso nada —protestó—. Estamos juntos en esto.

—En lo que respecta a Georg y Novak, sin duda —aceptó ella—. Pero cuando se trata de Stengl y Ana, no. Es un asunto mío, es mi pasado, mi pesadilla. Tú te mantendrás al margen. Es lo más sensato.

—Ni hablar. Además no puedes irte de aquí hasta que regrese con un vehículo decente. No puedes llegar a la puerta de los Santarini en un Vespino. Incluso Ana posee el suficiente cerebro como para darse cuenta de que ocurre algo extraño.

—Mmm... —Ella dejó de mirarlo y se concentró en sus mezclas.

Aquello le puso nervioso. Ella parecía mucho más peligrosa cuando se perdía en ese estado de apatía pasiva que no lograba controlar. Cuando Tamar planeaba algo, no importaba lo que él dijera o pensara al respecto.

Se sintió frenético.

Reprimió el deseo de arrastrarla con él a San Vito. No podía, todavía tenía que enviar el puto vídeo.

—Que no se te ocurra salir de aquí sin mí —repitió con voz aguda—. Todavía no entiendo cómo lograron localizarnos ayer o en el aeropuerto de Seattle. Y hasta que no lo sepa...

—Sí, ya. ¿De verdad crees que lo mejor es que me quede aquí sentada esperándote? ¿No piensas que seré una presa fácil?

—¿Quieres que consiga un coche o no? —gruñó él.

—Por supuesto que quiero un coche. —La voz de Tam era fría y remota.

Por tácito acuerdo, dejaron así las cosas, pero él seguía sintiéndose nervioso cuando se alejaba en el Vespino, veinte minutos después. El ciclomotor se ahogaba, zumbando como un mosquito a cincuenta enloquecedores kilómetros por hora, sesenta cuando el camino era cuesta abajo. La primera parada la realizó en la agencia de alquiler de coches de San Vito. Cada vez disponía de menos identidades falsas; solo habían pasado tres días y dos ya estaban comprometidas. Le irritaba que hubieran dado con ellos en San Vito cuando ni siquiera Henry sabía en qué hotel se alojaban.

Se demoró antes de entrar en la agencia, estudiando la larga fila de coches aparcados; nadie parecía estar vigilándole. Después de esperar media hora, apretó los dientes y se decidió a actuar.

Eligió un Opel Tigra deportivo de color plateado. No era el coche apropiado para una mujer fatal como Tamara Steele, pero sí más adecuado que un Vespino.

Su siguiente tarea era enviar el vídeo a Novak. Aquel era el día tope; el

momento concreto sería esa tarde, pero lo recibiría antes; solo Dios sabía lo que podía ocurrir hasta entonces y no quería arriesgarse a que le hicieran algo a Imre. Encontró un lugar para aparcar cerca de la playa desierta que había en el lado norte de La Roccia, la enorme formación rocosa que dividía San Vito en dos partes: San Vito Norte y San Vito Sur. En aquella piedra existían cuevas donde operaban los contrabandistas.

Estaba lo suficientemente cerca de algunos hoteles turísticos como para poder piratear la señal *wifi*. Encendió el portátil y se conectó a una red.

Envió el vídeo ignorando la pesadez que le oprimía el pecho y se quedó allí sentado, helado y sombrío. Se forzó a esperar el tiempo suficiente para que aquellos sucios cerdos pudieran tener su rato de lasciva diversión antes de conectarse a Skype.

En esa ocasión no quería tener que escuchar sus comentarios.

Imre miró sus manos, que colgaban ante él entre los dos hombres que le arrastraban por el largo corredor. Había aprendido por las malas que no tenía sentido intentar andar. El esfuerzo parecía irritarles todavía más. Sus dedos casi rozaban la alfombra.

No le habían dicho nada, pero había imaginado que había llegado el momento de asistir a otra videoconferencia con Vajda. Debía de haber obtenido más filmación erótica con la que saciar la perversa maquinaria de Novak. Qué estafalaria moneda tenía que pagar el pobre chico por la satisfacción de ver a su padre adoptivo con vida. Y lo más irónico es que apenas estaba vivo, por lo que Vajda pronto sería libre y podría salvar su alma.

No es que a él le interesara pensar en almas, o en salvarlas o perderlas. No estaba preparado para hacer aquella desesperada acción a pesar de haberse pasado todas aquellas oscuras horas convenciéndose a sí mismo de que era lo adecuado. Se lo había repetido una y otra vez, pero sus dudas se habían repetido al mismo ritmo.

Había descosido la costura interior de los pantalones y había definido con claridad la posición exacta de su arteria femoral, marcando con una pequeña punción el punto exacto donde tenía que incidir. Por suerte, estaba tan flaco que sus venas y arterias eran fáciles de encontrar. De hecho, su esquelético cuerpo podría servir como modelo en una clase de anatomía sobre huesos y

sistema circulatorio, aunque no sobre músculos.

Era consciente de que había más maneras de conseguirlo, pero atacar la arteria femoral era la más rápida; desgarrándola estaría muerto en menos de dos minutos. No recordaba dónde lo había aprendido, sin duda en alguna estúpida novela negra que habría leído en algún momento de debilidad, pero se le había quedado grabado en el cerebro. Esperaba que fuera cierto.

Sintió una oleada de debilidad que le hizo combarse bajo la sujeción de los dos gorilas que le arrastraban. Estaba a punto de desfallecer de dolor y del miedo que le producía que aquello fuera un pecado mortal que le hiciera perder la oportunidad de unirse con Ilona y Tina en el Cielo.

Por supuesto, en la amarga oscuridad de aquella celda apestosa, incluso pensar en unirse con Ilona y Tina le había parecido una ingenua estupidez. El Cielo no podía ser tan fácil de alcanzar.

Pero, aun así, en su soledad, esperaba que fuera real.

Su presión sanguínea era baja, lo que impediría que sangrara con rapidez. Tenía la impresión de que ni siquiera tenía sangre en las venas. Se sentía como una naranja seca, como un limón ya exprimido; todo pulpa fibrosa, sin jugo.

«Perdonadme, Ilona y Tina», repitió con los ojos cerrados. Llevaba el pedazo de vidrio roto de las gafas en el interior de la boca, contra el interior de la mejilla. Lo tocaba de vez en cuando con la lengua, sintiendo su borde cortante y saboreando la sangre. «No hago esto por mí, sino por Vajda», imploraba a los demonios que parecían rodearle como insectos zumbando. Después de todo, solo estaba anticipando una muerte inevitable, ¿no?

¿De verdad lo quería hacer realmente por Vajda o era por el miedo al dolor? ¿Podía culparse a un hombre de cometer un pecado mortal en tales circunstancias? En sus divagadoras conversaciones unilaterales, Novak le había detallado cuáles eran sus técnicas favoritas para infligirle la mayor agonía. Saber aquello hacía que la muerte fuera preferible. Sintió náuseas; no podía desmayarse. No podía. Solo tenía una posibilidad; solo una.

Lo llevaron hasta la biblioteca de Novak, donde la vidriera de colores en medio de un panel de madera dotaba a la atmósfera de colores espeluznantes. Lo arrojaron sobre la silla, delante del portátil, con una fuerza que sacudió sus gastados huesos de tal manera que tuvo que contener un jadeo de dolor.

Novak estaba allí, esperándole con una amplia sonrisa. Se sentó junto a él.

—Tenemos otro jugoso regalo de tu pequeño amigo. ¿Te apetece verle en acción otra vez, por los viejos tiempos? Todo un talento, el de nuestro Vajda. Mira esto, amigo mío, obsérvalo bien. Gregor, pónselo en grande.

Gregor puso el puntero del ratón en el icono y consiguió que la imagen del vídeo ocupara toda la pantalla.

Él observó las imágenes con los dientes apretados; ya había aprendido la última vez que era inútil intentar no mirar. Todavía tenía hematomas en el brazo provocados por los odiosos y firmes dedos de Novak, por sus uñas amarillentas.

El escenario era un dormitorio débilmente iluminado por la pálida luz del amanecer. Había un hombre y una mujer que se movían juntos en la cama con el ancestral ritmo del amor; ella, a horcajadas sobre él. La cámara mostraba el perfecto perfil de la mujer, su elegante espalda, la suavidad con la que acariciaba la delgada cara de Vajda.

En el rostro de su chico había una expresión al mirarla que él jamás había esperado ver. Observó cómo tomaba las manos de la mujer y se las llevaba a los labios.

Imre observó la escena con sorpresa. Aquello no era pornografía.

Siendo sincero, el otro vídeo tampoco lo había sido, pero este todavía lo era menos. Rezumaba ternura. Era palpable en cada gesto. A lo largo de su carrera como pianista había entrenado duramente el arte de transmitir emociones auténticas, de irradiar ternura con cada gesto, con cada frase. Reconocía la autenticidad cuando la veía. La sentía en su pecho, en sus entrañas. Lo que estaba presenciando era intimidad de verdad. Intimidad robada y cedida como rescate.

Sintió un profundo deseo de llorar ante la horrible ironía. Su Vajda amaba a esa mujer; a esa de entre todas las mujeres. Aquella era la posibilidad de que Vajda disfrutara lo mismo que él había tenido durante aquellos breves y maravillosos años con Ilona. Siete años nada más antes de que ella muriera, pero toda una vida de gratitud por haber podido disfrutarlos a pesar del silencio y la soledad. De la espera.

No permitiría que aquel pobre chico fuera despojado de nada más. Ya le habían robado más de la cuenta.

Todas sus dudas desaparecieron. Se enfrentaría a aquello con amor, no con miedo.

Eso era lo que le ofrecería a Vajda; el hijo de su corazón. Las lágrimas le inundaron los ojos y se deslizaron por sus mejillas. Era una ruina tan patética que sus captores ni siquiera se fijaron y él no se molestó en enjugarlas.

Alzó la mirada y vio a Ilona sonriéndole desde el otro lado de la mesa donde estaba el ordenador. Un ángel puro en aquel lugar inmundo. Llevaba

puesta su vieja bata azul y un suéter. Su dulce rostro brillaba de orgullo y a él le dio un vuelco el corazón al verla. Ya no era difícil seguir adelante.

Respiró hondo. Que Dios tuviera piedad de su alma.

Val observó que Novak se sentaba frente a la pantalla del portátil y esbozaba una sonrisa tan amplia que los píxeles se tensaron.

—¿Has recibido el vídeo? —preguntó.

—Sí, por supuesto. Más romance en movimiento, aunque personalmente me gustó más el dinamismo del encuentro anterior —comentó Novak—. ¿Podrías variar un poco el guion la próxima vez?

Él mantuvo los ojos clavados en su antiguo jefe, la impotente furia hacía que permaneciera en silencio. Novak esperaba que se disculpara por no haber resultado entretenido. Mantuvo una mirada glacial en el oscuro ojo de la cámara.

Novak soltó un sonido de impaciencia.

—Bueno, te dejo hablar con tu amigo. Ese tipo me intriga, ¿sabes? A pesar de que parece odiar la conversación. Ven aquí —le dijo a Imre—, mueve la silla. Yo ya me voy.

Vio que Novak gesticulaba y que movían el ordenador de manera que el ángulo incluyera a Imre, sentado a su lado.

Se le veía en peor estado que la última vez. Más pequeño y encogido, como un fantasma marchito. Solo sus ojos parecían vivos. Estaban brillantes por las lágrimas.

Sus propios ojos se empañaron en respuesta y se le puso un nudo en la garganta que bloqueó las preguntas sin sentido que vibraban en la punta de su lengua. «¿Estás bien? ¿Te han hecho daño? ¿Puedes resistir un poco más?».

—Vajda, atiende —se apresuró a decir Imre en francés—. Estoy a punto de darte un regalo, hijo mío. Acéptalo y serás libre.

Le vio llevarse la mano a la boca y sacar algo que parecía un pequeño trozo de cristal roto.

Un horrorizado presentimiento le inundó.

—¡No, Imre! ¿Qué vas a...?

—Adiós. —Imre bajó bruscamente la mano. Alguien gritó. Un montón de gente corrió hacia el anciano, tirando de la silla. Vio un gran chorro de sangre y que los dedos de su viejo amigo ondeaban en el aire, empapados de rojo

brillante. Novak bramaba incoherencias. La pared blanca del fondo quedó salpicada de gotas carmín.

Alguien aporreó el teclado con un puño y la imagen desapareció.



Andrés estaba sentado en la playa, en el chiringuito, disfrutando del sexto café *espresso* del día mientras estudiaba el monitor que revelaba la posición de Janos, que había estado dando tumbos de un lado para otro por la playa sin rumbo fijo después de alquilar un coche. Con aquel portátil le tenía bajo vigilancia a distancia. Todo estaba bajo control.

Por desgracia, Janos no había llevado consigo a Tamara en esa excursión a la playa. Había esperado dejar finiquitado aquel asunto esa misma mañana y ponerse en camino. Se preguntó si Janos habría establecido algún tipo de lazo con Steele. Tirarse a una mujer hermosa podía tener ese efecto en un hombre incauto. Sin embargo, Janos era cualquier cosa menos incauto; era un profesional con mucha experiencia y Novak le tenía bien pillado por las pelotas.

Le gustaría ordenarle que se la entregara ese mismo día y poner fin a ese

asunto. Culminar todo aquello de una manera rápida y profesional.

Sin embargo, tenía el presentimiento de que el tema requeriría de una tortura prolongada y sofisticada; sospechaba que Janos acabaría haciéndole perder el tiempo y una gran cantidad de esfuerzo antes de terminar. Pero él era más que capaz de enfrentarse a la tarea.

Le vibró el móvil en el bolsillo. Lanzó una mirada a la pantalla y le sorprendió comprobar que era el jefe en persona.

—¿Sí? —respondió con prontitud.

—¿Los tienes?

Él permaneció un rato en silencio, sorprendido por el tono de urgencia del viejo.

—Ahora mismo estoy viendo a Janos con mis propios ojos, pero no a Steele.

—Tráelos —ordenó Novak—. Hoy mismo. De inmediato. Haz lo que sea necesario. Hay cambio de planes.

—¿Qué ha ocurrido?

—Hemos perdido el poder que teníamos sobre Janos —explicó Novak—. El viejo se suicidó. Se clavó un cristal en la femoral justo encima de mi alfombra turca favorita mientras hablaba con Janos por videoconferencia.

Él se reclinó en la silla y agradeció que su jefe no pudiera ver la sonrisa de satisfacción que asomó a su cara.

—No se preocupe. Los llevaré. A los dos. Y tengo un regalito para usted.

—¿Qué? —Novak parecía de mal humor.

Él saboreó el momento.

—La hija de Steele. Tiene tres años. Una preciosa flor que le encantará arrancar. Ya está en camino desde Seattle.

Hubo una sorprendida pausa y, al instante, una jadeante y ruda carcajada.

—András, eres un genio.

«Lo sé, viejo cabrón egoísta, lo sé. Pero ¿por qué favoreció a ese adulator de Luksch por encima de mí?».

—Vivo para servirle, jefe —repuso.

—Llámame cuando los tengas —ordenó Novak.

Él consideró sus opciones. No tenía ni idea de cuándo se encontraría Janos con la mujer. Y tampoco sabía lo que estaba haciendo ella en ese momento. Eran demasiadas incógnitas. De hecho, ella podía haber desaparecido y joderles a todos.

Sería mejor que se ocupara ahora de Janos, que redujera al máximo el número de variables. Avisó con un mensaje de texto al resto del equipo local

provisional para que se concentraran en la playa, en Janos. Si al tipo le daba por ponerse difícil, tenía que saber dónde había un almacén o garaje abandonado en las proximidades en el que pudiera poner en práctica sus aptitudes especiales.

Val dejó el portátil en el asiento del pasajero muy despacio. Como si fuera una persona herida que no pudiera sufrir una sacudida. Sentía las manos adormecidas.

Sin pensar lo que hacía, cogió las llaves y abrió la puerta del coche. Se tambaleó sobre la playa rocosa y siguió caminando sobre los guijarros.

Cayó de rodillas. No podía pensar, no podía moverse. Estaba perdido, daba vueltas en el espacio.

Los recuerdos inundaron su mente. Las partidas de ajedrez al crepúsculo frente a una taza de té; charlas sobre filosofía, conferencias y discusiones, enseñanzas desfilaron burlonas ante sus ojos, disfrutando en secreto de su atención. Bach y Chopin, Dante y Sócrates, Galileo, Van Gogh, Picasso, Rembrandt; el mundo que Imre le había mostrado. Aquel universo hermoso que le descubrió cuando estaba hundido en un jodido pozo de alquitrán. Sí, era hermoso aunque él jamás había podido llegar a alcanzarlo. Era un espejismo en el desierto que siempre le eludía burlonamente.

Los guijarros chasquearon arrastrados por las olas. Se dio cuenta de que había ido al lugar al que le había llevado Domenico cuando estaba infiltrado en la red de contrabando y se tiraba a Donatella.

Al panal que formaban las cavernas de los contrabandistas.

Los turistas acudían desde todas las partes del mundo para pasear por esa playa, tomar un *cappuccino* y recorrer la costa en pequeñas embarcaciones, visitando los lagos que se habían formado a lo largo de los siglos en esas misteriosas grutas. No tenían ni idea de la crueldad, violencia y avaricia que acechaban detrás de la belleza.

«Imre». Comenzó a llorar, cubriéndose la cara con las manos mientras los hombros se le estremecían violentamente. Sintió como si volviera a tener los doce años que tenía cuando Imre se hizo su amigo y le enseñó lo que era la confianza. La bondad.

Había sido la primera vez que comprendió lo que significaba la bondad. No la había sentido hasta ese momento. Su madre no había sido una mujer cruel,

pero estaba devastada y débil; demasiado enganchada a las drogas como para poder enseñarle lo que eran la confianza y la bondad. Demasiado perdida en su desesperación para tener buen corazón.

Él la había amado igual, desesperadamente, pero incluso el niño que era supo que estaba hundida. La bondad requería fuerza y coraje. Coherencia.

Aquellos pensamientos eran poco familiares para su mente, casi resultaban dolorosos. Como unos ojos que se abrieran por primera vez y se entrecerraran llorosos, incapaces de soportar la luz brillante.

Tamar era la mujer más fuerte y valiente que había conocido nunca. Lo suficientemente fuerte como para confiar en ella; para tener buen corazón, lo quisiera creer ella o no. La bondad era algo innato en su manera de ser. Algo que él podía tocar, a lo que podía aferrarse. Algo que le daba una razón para vivir.

Tenía la vertiginosa sensación de ir a la deriva; de que había sido capturado por un remolino; de que iba en una barca sin remos y había perdido el sentido de la orientación. Tenía que encontrar el rumbo cuanto antes. Debía aprovechar la última oportunidad que tenía de vivir una auténtica existencia. Tamar, Rachel y él. Podrían recorrer el mundo juntos. Desaparecer como el humo.

Hacer lo que fuera para que la última y desesperada maniobra de Imre no hubiera sido en vano.

Debía llevarse a Tamar de allí. Lejos. Daba igual los recursos que tuviera, si no movía el culo... Pero tenía débiles las rodillas, le flaqueaban, sentía las piernas temblorosas como si fueran de gelatina. Ojalá pudiera detener las lágrimas.

Ya podría llorar más tarde en ese refugio en el fin del mundo. Cuando estuviera con su familia.

«Su familia». Sintió como si fuera a explotarle el corazón. Ay, Imre...

Volvió a secarse las lágrimas y fue cuando los vio, brillando ante su cara. Unos elegantes zapatos italianos de punta afilada, centelleantes como si acabaran de ser abrillantados. Pantalones de buen corte sobre ellos. Un abrigo de cachemira negro, que se ondulaba por efecto de la brisa marina.

Siguió subiendo la vista hasta que vio la enorme pistola con silenciador. Unos hombros anchos, cuello grueso. Boca apretada y dura. Escurridizos ojos negros.

Andrés. Había cinco hombres más con él. Unos tipos grandes y corpulentos. Todos ellos parecían italianos; secuaces de la localidad. Se movieron hasta rodearlo.

—Te hemos pillado —dijo Andrés—. ¿Dónde está la mujer?

Él comenzó a ponerse en pie. La pistola siguió su movimiento, hasta apuntarle a la cara. Volvió a dejarse caer. Por el rabillo del ojo, vio a los turistas que vagaban por la playa, demasiado lejos como para darse cuenta de lo que pasaba allí y ayudarlo. Uno de los hombres de Andrés sostenía un localizador.

¿Un localizador? ¿Cómo le habían rastreado? «¿Cómo?».

Dos pensamientos parpadearon en su mente. Ideas contradictorias. La primera era que, por fin, era libre de morir tras el regalo de Imre. Tamar era lo suficientemente lista, tenía la experiencia necesaria como para esfumarse y ponerse a salvo.

La segunda era que no podían matarle... todavía. No lo harían sin que les

dijera dónde estaba Tamar.

Entonces, a la mierda las armas. Se había entrenado durante años en el arte de pelear de cuclillas o arrodillado. Luchar contra seis hombres desde esa posición no era fácil, pero qué más daba. No tenía nada mejor que hacer. Tenía libertad para morir, así que le importaba un bledo.

«No». Pensó en Tamar y, de repente, no tuvo ganas de morir.

Se aplastó contra el suelo antes de comenzar la acción. Se balanceó sobre las manos y logró golpear con el talón la barbilla del hombre más cercano. *Zas*. El tipo se balanceó hacia atrás y cayó al suelo redondo. Lanzó la otra pierna, trazando un arco como si fuera un látigo y apresó las del siguiente hombre, arrastrándolo al suelo con un duro tirón.

La acción desencadenó algo en su interior; la cólera, el miedo y la humillación de los últimos días se canalizaron hasta convertirse en una locura imparable. Asestó una cruel patada en la nariz del individuo, que soltó el arma. Él se la arrancó de las manos, la alzó y le disparó en el vientre.

Otro hombre se lanzaba hacia él. *Zas*, apuntó al muslo al tiempo que barría sus piernas. Su adversario perdió el equilibrio, cayendo en su dirección. Dos pesados cuerpos oprimiéndole contra las afiladas rocas.

Luchó, respirando, alejándose a tiempo de una patada de Andrés que le habría partido la columna. Le atrapó por las caderas, dejando que su propia energía le mantuviera en pie.

Contuvo el dolor cuando Andrés se abalanzó con un gruñido. Esquivó un golpe en el cuello y atrapó la muñeca del jefe con un doloroso apretón del tendón que le hizo girar sobre sí mismo y caer sobre otro de sus atacantes, que acabó en el suelo.

Andrés se lanzó sobre él rugiendo.

«Corre». Era el momento de huir y comprobar la esperanzadora teoría de que no podían dispararle si no tenían a Tamar. Al menos no podían disparar a matar.

Se escucharon dos disparos. No le alcanzaron. Andrés aulló en italiano con mucho acento.

—¡No, jodido idiota! ¡No disparéis! ¡Le necesitamos vivo!

Resbaló, rodó, se deslizó por las rocas escarpadas que bajaban hasta la pequeña playa que ocupaba un lado de la cala donde Domenico le había enseñado que estaba la entrada a la gruta... y se detuvo, balanceándose sobre el borde.

Aquella entrada era accesible con la marea baja. Con ella alta, un frío día de

invierno con el mar agitado, la pequeña cala se transformaba en un profundo hervidero en el que solo se veía espuma muy fría.

Saltó.

La salita estaba llena de gente, pero nadie parecía capaz de hablar. Todas las palabras habían sido dichas y repetidas. Repetidas hasta la saciedad. Ahora las habían vuelto a encerrar mientras se mordían las uñas y sorbían café en medio de un miserable silencio.

Sveti miró fijamente la taza, el té frío de hierbas daba vueltas en el interior. Le habían vendado las costillas con cinta adhesiva, pero le dolían cada vez que respiraba; la muñeca le palpitaba dentro de la férula; la rodilla y las manos le ardían y escocían, pero era lo que se merecía. Se merecía algo mucho peor por haber permitido que le pasara eso a Rachel otra vez.

—¿Habéis vuelto a llamarla? —preguntó.

Connor negó con la cabeza.

—Ya la he llamado diez veces. Es imposible localizarla.

No pudo evitar fruncir los labios y cubrirse la cara con las manos.

—Va a odiarme —susurró.

—¡Mierda! ¡Joder, no! —intervino Sean—. Nadie te echa a ti la culpa, Sveti. Y Tam tampoco lo hará. En todo caso la culpa es nuestra, por no haber tenido cuidado. No nos tomamos el peligro lo suficientemente en serio. Hemos sido descuidados. Tú solo estabas en el parque, por el amor de Dios.

Ella negó con la cabeza.

—Ni siquiera me fijé en el número de la matrícula.

—Olvidalo —dijo Sean en tono rotundo—. Habría sido falsa y no nos valdría para nada. El que anda buscando a Tam es un profesional.

—¡Davy! —le riñó su esposa—. ¿No ves que Sveti está fatal?

—Lo siento —se disculpó, contrito.

La policía ya estaba avisada y se había puesto en marcha una Alerta Naranja, pero nadie se hacía ilusiones: no encontrarían a los secuestradores de Rachel. Todos los McCloud y sus amigos estaban allí, hacinados en la sala de Connor y Erin. Todos salvo Nick y Becca, que estaban de luna de miel bajo el sol de una playa mexicana. A Sveti le gustaría que también estuvieran allí.

Se frotó los ojos hinchados e intentó respirar hondo a pesar del miedo y la tristeza. ¡Qué asustada debía de estar Rachel al verse sola con esos hombres!

Le dolía pensar en ello; era mucho peor que cualquier dolor físico que hubiera padecido. Sería más fácil si pudiera no pensar esas cosas, pero jamás se le había dado bien. Ya lo intentó cuando estaba secuestrada por los ladrones de órganos sin resultado.

Aquella era la pesadilla que la acechaba. La crueldad que acosaba su mente era realidad. La libertad, las flores y el cielo azul eran solo parte de un sueño inalcanzable. Lo que había ocurrido era la respuesta a su dilema.

Ahora sabía la verdad y su único refugio era la cólera.

—Jamás volverán a hacerme esto —se escuchó decir en voz alta.

Todos los presentes la miraron como si temieran que su mente hubiera cedido a la presión. Miró a su alrededor llena de furia. Tenía que hacerles entender lo que pensaba con su limitado uso del inglés.

—No volverán a hacerme esto esos imbéciles —declaró—. No se lo permitiré. Quiero ser igual que Tam. Quiero poder ganarles. Y cuando alguno le haga daño a un niño, quiero... cortarles los huevos. Sacarles los ojos. Arrancarles las tripas.

La estaban mirando fijamente y ella sabía muy bien lo que veían. Sus apenas cincuenta kilos; sus flacas muñecas; lo etérea, débil e insignificante que era. La furia la hizo estremecer y cerró los puños. Estos eran tan duros como diamantes diminutos.

—No importa si soy pequeña —gritó—. No soy tonta. Eso es más importante. Puedo hacerme fuerte. Puedo usar armas, bombas, lanzacohetes... Haré que esos imbéciles me las paguen todas juntas.

Margot se sentó junto a ella y le envolvió la cintura con un brazo.

—No lo dudo ni por un segundo, cielo —dijo ella—, pero tenemos que resolver este asunto. Comprendo que estés enfadada... y asustada. Eres muy joven todavía.

Todos los hombres se miraron con evidente alarma. Sus mujeres les observaron con cierto rechazo. Fue un momento en el que flotó en el aire una extraña tensión.

Sean hizo una mueca.

—Bueno..., er..., entonces, imagino que deberías dedicarte a algo relacionado con vigilar que se cumpla la ley, cariño, igual que tu padre —dijo—, cuando seas mayor.

Connor hundió los hombros.

—No puedo creerlo —repitió por décima vez—. Justo delante de la puerta de casa. Deberíamos haber mandado a Rachel a Stone Island con...

—Con guardaespaldas y un vehículo acorazado. Y no haberla perdido de vista ni un momento. Asúmelo de una vez —le reprendió Sean en tono severo.

—¡Dios! —masculló Con—. Tam confió en mí. Pensó que yo podría proteger a su hija. Y van y se la llevan. Soy un detective de mierda que solo sabe darse con la cabeza en la pared.

—¡Ya basta, hermano! —gritó Davy—. No sigas haciendo eso. No sirve para nada.

Connor alzó la cabeza; sus ojos brillaban como faros.

—Pudo haber sido Kev —adujo—. Hubiera sido muy fácil. O Jeannie. Ese tipo nos odia tanto a Erin y a mí como a Tam. Tiene que morir para que cualquiera de las personas que amo pueda dormir tranquila.

—Por supuesto —convino Sean—. Y eso haremos. Lo mataremos.

—¿Por dónde empezamos? —Nunca había percibido aquel tono cruel en la voz de Con—. No tenemos pistas que seguir. Solo sabemos que un par de capullos de Europa del Este tienen un móvil y medios para hacerlo. Pero ¿dónde encontrarlos? ¿Cuál de los dos está detrás de esto?

—Quizá se pongan en contacto con nosotros, aunque solo sea para burlarse —sugirió Sean—. O quizá Tam tenga alguna pista. Seguro que ella sabe algo más. Vuelve a llamarla...

Connor tomó el teléfono, apretó un botón y esperó. Al cabo de un rato meneó la cabeza y colgó. Sobre ellos cayó un silencio frío y pesado como el plomo.

«¿Cómo cojones le habían encontrado?».

Aquella era la pregunta que resonaba en la mente de Val mientras surcaba el agua helada. Las afiladas rocas le arañaban y desgarraban las manos y las rodillas. Por suerte se hallaba demasiado entumecido para que le doliera.

La última vez que estuvo allí con Domenico, había marea baja y estaban equipados con trajes y guantes de neopreno, además de linternas en la cabeza. Fue en pleno verano, hacía ya cinco años.

Se concentró lo mejor que pudo en recordar todos los recovecos del camino, las desviaciones y las rutas sin salida. Solo uno de los accesos a las grutas era lo suficientemente atractivo como para estar preparado para los turistas. El resto era un húmedo e insalubre laberinto lleno de agua, en el que la mayor parte del tiempo tenía que ir en cuclillas para no darse con la cabeza en el techo.

¿Cómo habían dado con él? Cada una de las prendas que llevaba puestas había sido adquirida dos días antes en Sorrento, al salir del aeropuerto.

La horrorosa verdad reptaba poco a poco por su mente, comenzaba en su vientre y subía lenta e implacablemente hasta su mente consciente.

El localizador no estaba en su ropa, ni en su equipo. Estaba en él. En su cuerpo. El propio Val Janos tenía instalado un rastreador GPS en algún lugar.

Por eso el equipo de Hegel había localizado a Tam y a Rachel en el aeropuerto de Seattle... porque le habían seguido a él. Por eso habían logrado dar con ellos en el hotel. Y esa era también la razón de que Andrés le hubiera encontrado. Lo que significaba que Hegel estaba muerto.

Se sintió avergonzado. Le faltaba la flexibilidad mental para que se le ocurriera aquel inconcebible pensamiento. Había sido un jodido imbécil.

Bueno, estar en el interior de aquellas grutas solucionaba el problema del alcance. En ese momento no podían rastrearle ni en broma, pero a menos que tuviera intención de mudarse allí, comer peces y mierda de murciélago, tenía que actuar. Si sabían dónde estaba ahora, también sabían dónde había estado. Y eso sería lo que haría Andrés en cuanto se cansara de buscarlo allí.

Tam estaba esperándole en uno de esos lugares que, sin duda, tenían archivados en el historial del rastreador, a menos que, pasando por alto sus órdenes, se hubiera largado ya. Conociéndola, era una posibilidad a tener en cuenta. De hecho, era lo que esperaba que hubiera hecho. Anhelaba que en esa ocasión ella hubiera actuado con la independencia que la caracterizaba y hubiera levantado el vuelo.

Llegó a la playa subterránea de cantos rodados que tan bien recordaba. Sintió la suave superficie deslizándose bajo sus pies. Seguía bajo el agua, por supuesto, pero aquel lugar se le había quedado grabado en la cabeza porque en él había algo de luz. Una profunda grieta en La Rocca había creado un estrecho cañón por el que penetraba el brillo del exterior. A cierta distancia se escuchaba romper las olas y se filtraba un resplandor más oscuro. Lo que en marea baja habían sido tres metros de playa de cantos rodados era ahora apenas una estrecha franja de un metro y medio de roca dentada sobre la que colgaban estalactitas contra las que era fácil golpearse. No quedaba sitio ni para sentarse.

Se estremeció de frío. Tenía las rodillas y las manos desolladas, escocidas por la sal marina. Le hormigueaban también la cara y la cadera, además de sentir un fuerte latido en los lugares donde le habían golpeado durante la pelea y que, hasta ahora, le habían pasado desapercibidos.

Y el hombro...

«Su hombro». Notaba un hormigueo en la cicatriz que había dejado una bala el año anterior. Le habían atendido los médicos de PSS después de que Hegel y los demás se hubieran cabreado con él ante sus escrúpulos por no haber querido matar a la niña. Aquellos profesionales fueron los que le cosieron la herida en una remota clínica de Bogotá.

El hombro siempre había estado algo inflamado desde entonces y no sintió nada fuera de lo normal al palparlo, aunque tenía los dedos entumecidos. Había pensado que el dolor crónico en la cicatriz era normal; no era la única marca que le dolía o latía. Ya no sanaba con la misma rapidez que diez años antes.

Por lo que lo había aceptado, sin más.

Pero no podía salir así de la gruta. No podía acercarse a Tam con aquel dispositivo en el interior de su cuerpo. Desde luego, podía alejarse todo lo que quisiera de ella, pero acabarían alcanzándola. Sus recursos no eran ilimitados y los de Novak sí.

Por desgracia para él, había presenciado lo que podía hacer Andrés para extraer información. Era una experiencia que jamás había olvidado. Ni siquiera él era capaz de mantenerse firme frente a eso.

Pensar que llevaba el localizador en el hombro era su mejor opción. Tenía que hacerlo allí y ahora. No se le ocurría ningún lugar donde pudiera estar más a solas que en la Grotta. Sería todo un espectáculo para los turistas ingleses y alemanes que llegaban allí en sus barcos de recreo.

No era algo que le gustaría hacer sumergido en agua helada y salada como aquella, pero no tenía más alternativa. Sacó el cuchillo de la funda en el tobillo. No le resultó fácil; tenía las manos entumecidas y apenas respondían. Quitarse la chaqueta empapada y desabrochar la camisa fue el siguiente reto. Sus dedos parecían más gruesos y flojos. Por suerte, la herida estaba en la parte delantera del hombro.

«¿Suerte?». ¡Ja! Era el único tonto del mundo que podía considerar que ese detalle fuera tener suerte. Apuntó la temblorosa punta del cuchillo sobre la piel cicatrizada del hombro y respiró hondo, buscando coraje. ¿No era esa la jodida historia de su vida? ¿Enfrentarse a un cuchillo que tenía que clavarse él mismo?

Sentir lástima por sí mismo no ayudaría. Ni tampoco tendría menos frío si esperaba. Al contrario, aquel ambiente gélido le haría alcanzar la hipotermia.

«Hazlo ya, *testa di cazzo*. Corta. Ya».

Tenía los músculos tensos y le tembló la mano cuando condujo el cuchillo en lo que esperaba que fuera el lugar correcto; donde se concentraba todo el dolor. Reprimió un grito de agonía, pero no pudo contener las lágrimas que resbalaron por sus mejillas. Apretó los dientes con tanta fuerza que casi se le aflojaron y pensó en Imre. Lo vio empuñando aquel pedazo de vidrio roto y clavándolo con determinación. El coraje de Imre era un regalo.

«Otra vez». Volvió a clavarlo y la sangre le salpicó antes de deslizarse resbaladiza y caliente por su brazo. La sal hacía que la herida ardiera. Hincó el cuchillo más profundamente con un gemido ronco y contenido en el fondo de su garganta.

«Otra vez». Abrió la boca para coger aire al tiempo que ahogaba un sollozo y cambió el ángulo del filo. Lo volvió a hundir.

En esta ocasión no pudo contener el grito de dolor. Una inmensa debilidad le invadió. Giró la punta del cuchillo y presionó alrededor, deseando dejar de sangrar... Entonces lo sintió. Sí. Un bulto que no formaba parte de él. Algo que no era músculo, tendón, cartílago o hueso.

Tanteó con los dedos y sintió la punta de aquello. Era duro y liso, por lo que pudo percibir antes de que el objeto se deslizara lejos de la punta de su dedo. Necesitaba unas pinzas, necesitaba luz. Volvió a intentarlo y apretó la carne dolorida y atormentada, decidido a extraer el localizador de su cuerpo.

Salió de golpe y casi se le cayó de los dedos. Su mano temblorosa lo agarró en el aire, donde rebotó cuatro veces antes de atraparlo casi milagrosamente.

Se abrazó a sí mismo y se meció, jadeando con desesperación durante varios minutos antes de ser capaz de abrir los ojos y examinar el artefacto.

Era una pequeña capsula manchada de sangre, no más grande que una píldora; de pequeño tamaño, parecía estar hecha de plástico o cerámica. Deseó saber cómo funcionaba; de dónde obtenía la energía para funcionar. Quizá del propio campo electromagnético que generaba su cuerpo.

No tenía energía mental para seguir haciéndose preguntas, estaba a punto de vomitar o desmayarse. Pero si perdía el conocimiento, se ahogaría.

Y debía tomar más decisiones... Podía dejar caer aquella cápsula en el agua y que se perdiera en la inmensidad del mar. Sin embargo, eso encallaría la búsqueda, pero no la detendría. Necesitaba ganar tiempo y el transmisor era su único as en la manga.

Se lo guardó en el bolsillo.

No tenía nada con lo que vendar la herida y atravesó las grutas de cualquier manera, con la chaqueta y la camisa empapadas apretadas contra su

tembloroso torso, ahogando los gritos ante el roce de la tela empapada y salada contra la herida. Mientras daba bandazos contra las paredes rocosas, confió en que la sal sirviera de desinfectante.

Continuó adelante durante lo que le parecieron siglos de errores y sufrimiento. Por fin, de pura casualidad, vio el oscilante resplandor de la luz en una de las cavernas de mayor tamaño, titilando detrás de una enorme formación rocosa. Nadó fuera del lago y se encontró frente a uno de los botes que trasladaba a los grupos de turistas que visitaban la Grotta. El bote se deslizaba suavemente por el agua mientras sus ocupantes tenían la vista clavada en el fondo. «La cámara de la mariposa, así llamada por la forma que presentan los minerales en medio de...», canturreaba la guía.

—¡Mira eso, Rhonda! —gritó en inglés un hombre orondo de mediana edad—. ¡En pleno enero! Seguro que es alemán o sueco.

La guía miró en su dirección y se quedó boquiabierta.

—*Ehi! Tu!* —gritó la joven—. ¡No se permite nadar en el interior de la Grotta!

A él le costó un tremendo esfuerzo hablar por lo fuerte que temblaba.

—*Va benissimo* —balbuceó—. Créame, *signorina*. Ya me marchaba.

Se sintió agradecido cuando por fin logró subirse a las rocas de la entrada. Apenas podía moverse, pero no podía quedarse allí. Sin embargo, solo temblaba y se estremecía de frío mientras los pasajeros le miraban con los ojos muy abiertos y el transmisor le traicionaba con sus ondas de radiofrecuencia. Se obligó a quedarse detrás del grupo que se marchaba, siguiéndolos por el puerto abarrotado. Intentó no tambalearse como un zombi, pero apenas lo consiguió.

San Vito era un destino turístico incluso durante el invierno para ingleses, alemanes y escandinavos, para los que aquella temperatura era casi benigna y el brillo acuoso del sol, prácticamente tropical. Comenzó a moverse con más rapidez a través del gentío, aunque no se permitió correr. Si actuaba como una presa, era hombre muerto. No podía mirar por encima del hombro a la elevación que formaba La Roccia por mucho que deseara hacerlo. Estaba seguro de que Andrés o uno de sus hombres vigilaba atentamente con unos prismáticos.

El transbordador que comunicaba San Vito con las islas cercanas estaba atracado en el muelle; una larga fila de vehículos esperaba para bajar por la rampa. Él se agachó tras la línea que formaban los coches y la siguió, tambaleándose, con los hombros encorvados. Intentar parecer invisible cuando

se estaba chorreando agua y sangre, cuando se le veía golpeado y a punto de sufrir una hipotermia, era bastante difícil.

Por fin, surgió la oportunidad que buscaba en forma de un vehículo pequeño, de tres ruedas, utilizado para labores agrícolas y que iba conducido por un viejo con el pelo blanco. Por el hedor que despedía, había transportado pescado ese mismo día. Era evidente que el conductor se había trasladado al continente esa mañana para vender su mercancía y ahora regresaba a casa, en alguna isla.

Sacó la cápsula ensangrentada del bolsillo y la lanzó al destartado volquete del coche antes de alejarse con rapidez.

Pronto llegó a lo alto del acantilado siguiendo cada atajo que atravesaba aquellas serpenteantes montañas rusas de paredes encaladas. Si podía llegar al coche sin que le vieran, tendría el doble de posibilidades de escapar.

Finalmente, cedió al deseo de correr a pesar de la agonía que suponía aquel traqueteo para su hombro. De todas maneras, todo el mundo le miraba.



Andrés estaba muy enfadado y aquella larga y dura caminata hasta la parte

superior de La Roccia no ayudó a que mejorara su humor. Aquel puto traidor había desaparecido en el mar y ahora estaba escondido en las grutas, fuera de su alcance. Sabía que Janos no podía quedarse allí mucho tiempo; estaba empapado y tendría que salir antes de morir de frío. Pero el cabrón era resistente y ese proceso podía alargarse casi indefinidamente.

Entretanto, su reputación estaba en entredicho. El viejo Novak esperaba, mordiéndose sus uñas amarillentas.

Ninguno de los hombres del equipo local había estado dispuesto a seguir a Janos al interior de las cavernas de los contrabandistas, aunque todos habían confesado haber estado allí dentro alguna que otra vez. A dos los había mandado para vigilar otras salidas, en el lado norte; otro había recibido un disparo en el intestino y había quedado tendido en la playa; el que faltaba, la última vez que lo vio, sangraba como un cerdo por el muslo, sobre las rocas, lo que atraería demasiada atención. Con un poco de suerte estaría en estado comatoso o, por lo menos, inconsciente.

Él se había ocupado de describir a fondo lo que le ocurriría al que tuviera la desgracia de resultar herido o hablar con la policía. Esperaba que aquellos retrasados mentales supieran lo sincero que había sido.

Lo que le dejaba solo con aquel mono sin cerebro que respondía al nombre de Angelo. Subieron la ladera de La Roccia para vigilar la otra salida de la Grotta, la que usaban los turistas. Si aquellos dos tipos no hubieran resultado heridos, habría matado él mismo al que le acompañaba en ese momento. Hacía falta ser muy tonto para disparar a Janos después de que le hubiera puesto al tanto sobre la necesidad de mantenerlo con vida. Claro que el muy idiota era el hermano de Massimo, que ahora estaba herido, pero aun así... Aquella no era excusa para un comportamiento tan poco profesional. Las órdenes eran órdenes.

Angelo alcanzó por fin la cresta de La Roccia entre resoplidos y jadeos y se dejó caer sobre una roca con la respiración entrecortada, protestando en silencio por el ritmo que él había impuesto. Sostenía en una mano el monitor que habían robado en la habitación de Hegel.

—Levántate —gruñó—. Es posible que haya salido ya de las grutas. Venga, vamos.

Angelo movió su enorme masa musculosa y le siguió por el sendero que bajaba al otro lado arrastrando los pies. Él se detuvo en un promontorio para observar lo que ocurría en la base de la formación rocosa y encendió el portátil para localizar la señal. Se le aceleró el corazón al ver que por fin

aparecía un icono parpadeante. Amplió la imagen hasta que apareció en pantalla un callejero detallado de la zona portuaria de San Vito.

Allí estaba el muy hijo de perra, acechando al borde del agua y a no más de trescientos metros en línea recta de su posición. Debería estar viéndolo. Se le llenó la boca de saliva al ver que el puerto estaba repleto de turistas. De pronto, un leve movimiento en la pantalla captó su atención.

Lanzó una mirada al icono, alarmado, y lo observó alejarse de la costa, moviéndose sobre el agua. ¿Qué coño...?

Se protegió los ojos del sol y entornó los párpados. La sirena del transbordador resonó en el aire. ¡Oh, joder, no! Aquel capullo se había subido al ferry y se alejaba en dirección a alguna roca dejada de la mano de Dios en mitad del Mediterráneo.

—Levántate —ordenó al mono que le acompañaba, que había vuelto a dejarse caer sobre su perezoso trasero sin dejar de jadear—. Tenemos que encontrar a alguien con una barca que nos lleve de inmediato adondequiera que vaya el transbordador.

Para su sorpresa, Angelo se mostró útil por una vez y logró localizar a un tipo que poseía una lancha a motor lo suficientemente veloz como para llegar a la isla antes que el ferry. Sin duda era un contrabandista. Llegaron con él rápidamente a un acuerdo; apartó varios billetes de cien euros del rollo que llevaba en el bolsillo y los depositó en la mugrienta palma del hombre antes de subir a bordo. Ya había pasado una pierna por el borde cuando se detuvo de golpe.

Se quedó inmóvil y respiró profundamente por la nariz mientras le bajaba un escalofrío por la espalda, medio dentro, medio fuera de la barca. Angelo y el codicioso contrabandista esperaban, mirándole con sus estúpidas caras campesinas.

Después de todo él era el único que tenía prisa. Pero saber que podía seguir al transbordador cada vez más lejano no le tranquilizaba, nadaba en un mar de dudas.

¿Sería un truco de Janos?

Sin embargo, el localizador estaba en el interior de su cuerpo, ¿cómo podría intentar engañarle?

Dio un paso atrás y puso los dos pies en el embarcadero.

—Serás tú quien lo siga —ordenó—. Quiero que alcancéis la isla antes que el ferry y que espiéis quién se baja. Llévate el monitor. Llámame en cuanto le localices.

—*Sì, sì, certo* —murmuró Angelo de mal humor.

—Si le matas, te arrancaré el hígado con mis propias manos y se lo entregaré a un perro callejero mientras tú miras, ¿lo has entendido bien?

El contrabandista parpadeó. Paseó la mirada entre él y Angelo.

—¿Adónde va usted? —preguntó el gorila, tras asentir con la cabeza.

—A asegurarme de que no me quiere joder yéndose en dirección opuesta —repuso de malos modos—. Lárgate.

Vio que un taxi acababa de dejar a un montón de turistas holandeses delante del hotel más cercano y se deslizó en su interior.

—Lléveme a la playa del lado norte de La Roccia —ordenó—. Le daré cien euros más si consigue dejarme allí en menos de diez minutos.

Al hombre se le iluminaron los ojos. Aceleró de golpe y comenzó a recorrer las calles de casas encaladas.

Tardaron once minutos en llegar a su destino, pero él no estaba para pararse en nimiedades. Le ordenó que se detuviera junto al puesto de helados, cerca del lugar en el que había aparcado Janos el Opel Tigra de alquiler. El coche había desaparecido. Así que su instinto no le había engañado, a menos, claro estaba, que alguien hubiera robado el coche; una posibilidad que siempre había que considerar en el sur de Italia. Puso los cien euros en la mano del taxista y se bajó.

Una chica delgada con los ojos oscuros y no más de diecisiete años atendía un puesto de helados. Tenía unos pechos bonitos, de los que hacía ostentación con un escotado top bajo un jersey todavía más descocado. Sus pezones oscuros eran apreciables bajo la tela. Ella habría visto quién se subió al coche. Le ofreció su sonrisa más agradable, pero la joven dio un paso atrás.

—Ahí había un Opel Tigra hace un rato, ¿has visto quién se subió en él? —preguntó.

—Sí... —La joven abrió y cerró la boca rosada—. Un hombre.

—¿Qué aspecto tenía?

La vio parpadear una y otra vez.

—N-no lo recuerdo.

—Ajá. —Se metió una mano en el bolsillo y sacó un billete de veinte euros, que deslizó sobre el mostrador.

—Era un tipo alto —repuso ella servicialmente—. Moreno.

Esperó a que añadiera algo más, pero la muchacha se encogió de hombros. Sacó otro billete.

Ella le miró con coquetería mientras lo hacía desaparecer.

—Estaba mojado —añadió—. Mojado y muerto de frío. Además tenía una hemorragia en el hombro y la sangre resbalaba por el brazo.

Confirmado. Janos había adivinado lo del dispositivo de radiofrecuencia y se lo había quitado. Le había vencido, aunque no por mucho tiempo. Sabía dónde había pasado la noche, y ¿adónde podía ir un hombre herido, helado y mojado? Con Steele. Estaba de nuevo sobre la pista correcta. Todo controlado.

Lanzó a la jovencita una mirada asesina y la vio palidecer. Había obtenido los datos que necesitaba de ella, pero aquella zorrita no le había facilitado la labor. Y eso no le gustaba. Se acercó al mostrador y le pellizcó un pezón con una saña cruel que le produciría molestias durante los siguientes diez días.

Ella gritó y se sujetó el pecho al tiempo que le miraba con terror.

—Gracias por su ayuda, *signorina* —se despidió con educación.

Mientras se dirigía a su coche, reflexionó sobre la suerte que había tenido la fulana de los helados de que él estuviera con el agua al cuello. De no ser así, habría hecho que se ganara hasta el último céntimo.

A cuatro patas.

—¿Esto es lo único que tienen? —repitió Tam por tercera vez.

Pantaleo, el hijo menor de la *signora* Concetta, lanzó un gruñido que ella interpretó como un sí, dado que no fue seguido por ninguna palabra más.

Ella clavó los ojos en el oxidado Fiat 500 del 65. En el interior, la tapicería se había transformado en un apestoso polvo gris. De la tela que cubría el techo colgaban telarañas. El color original era imposible de adivinar y el relleno de espuma de los asientos se había decolorado hasta adquirir un profundo tono naranja con trozos granate; el salpicadero estaba cubierto de grasa y polvo. El asiento de atrás había sido arrancado para dejar sitio a las herramientas agrícolas. Tres ventanas estaban aseguradas con cinta aislante y el parabrisas, agrietado y turbio. El espejo retrovisor interior estaba sujeto al techo también con cinta y los laterales habían desaparecido. Se podía ver la tierra a través de los agujeros del suelo.

Hubiera sido mejor el Vespino. Al menos el ciclomotor poseía cierto encanto kitsch, mientras que esa cosa parecía una pieza digna de un mundo postapocalíptico, un vehículo para el final de los tiempos. Se sintió tentada una vez más a ofrecer cincuenta euros y pedirle a algún miembro de la familia

de la *signora* Concetta que la llevara a la agencia de alquiler de vehículos más cercana, pero no tenía ganas de que supieran adónde iba. No era bueno para ellos saber detalles de su vida. De hecho, que Val y ella hubieran aparecido por allí no era seguro para esa gente. Había llegado el momento de seguir adelante y buscar otro escondite.

—No se preocupe —la animó Pantaleo—. *Camminare, cammina*. Funcionar, funciona. Incluso tiene un litro de gasolina por lo menos. Seiscientos euros. Por setecientos incluso sacaré fuera las herramientas.

Ajá, ya entendía. Ella iba a ser la benefactora de las próximas plantaciones de olivos. Lanzó al muchacho una penetrante mirada, que él respondió con una amplia sonrisa en la que brillaban sus dientes separados, que resultó muy difícil de resistir.

Alargó el brazo hacia el bolso.

—Trescientos —ofreció con severidad—. Aunque sé que es un robo. Y por favor, saca todos esos trastos viejos de ahí dentro. Ahora.

La ya amplia sonrisa de Pantaleo se hizo más grande. Él abrió bruscamente la puerta trasera y comenzó a sacar brazadas de trastos viejos que dejó caer al suelo. Recogió el dinero que ella le tendió y metió la mano en el bolsillo para darle la llave.

—Tenemos que ir al notario para hacer el *passaggio di proprietà* —comentó él.

¿Por ese pedazo de mierda? Esbozó una sonrisa cameladora.

—¿Podemos ocuparnos de eso otro día? Hasta entonces, finge que te lo he pedido prestado, ¿de acuerdo? —Iba a abandonar aquel miserable artefacto a la primera oportunidad. En el mismo momento en que alquilara uno en condiciones.

Pantaleo pareció vacilar, pero no protestó cuando ella le arrancó la llave de los dedos sucios y se la metió en el bolsillo.

Aquella situación la ponía muy nerviosa. Alquilar un coche suponía un nivel que no deseaba de exposición pública. Georg tenía que haber supuesto ya que Val y ella necesitarían uno, y en aquella zona tampoco había tantos lugares en los que conseguirlo. Y todos estarían, por supuesto, vigilados.

Pero, por otro lado, nadie esperaría verla detrás del volante de un Fiat 500 del 65 que solo seguía en pie por la capa de óxido que le cubría. Aunque también debía tener en cuenta que un vehículo así atraería todas las miradas.

«Deja de elucubrar y ponte en marcha», se dijo a sí misma.

Si era sincera, parecía aletargada. Se sentía perpleja y enfadada consigo

misma; ni siquiera parecía ella.

Le había llevado mucho más tiempo del esperado esbozar el plan con el que aproximarse a Ana y armar las joyas necesarias. Después, había necesitado otro intervalo de tiempo innecesariamente largo para bañarse, asearse, maquillarse y arreglarse a su entera satisfacción. Se puso con inquietud los *piercings* para la lengua que había elegido para la ocasión. No le gustaba tener agujeros en el cuerpo por seguir una moda, pero aquella era el arma perfecta para un trabajo tan personal como aquel.

Pertenecían a una categoría secreta de diseños personales de Belleza Mortal llamadas Armas Definitivas, pero solo recibían ese nombre en su mente porque no le había hablado de ellas a nadie. Eran ideas que no había desarrollado comercialmente porque resultaban demasiado peligrosas y no tenían ningún tipo de componente estético.

Eran solo para ella. Para su yo más jodido y paranoico.

Con cada arma que diseñaba había formulado un algoritmo para estimar el factor de riesgo que revestía. Cualquier arma que superara el cincuenta por ciento de riesgo de muerte accidental alcanzaba la categoría de Definitiva y, como tal, no era comercializable.

Los *piercings* para el interior de la boca habían obtenido un factor riesgo del setenta y cinco por ciento.

Ahora debía relajar la lengua y dejar de preocuparse por todo aquello o las cápsulas podían romperse accidentalmente. Eso sería desastroso.

«Contrólate, Steele».

Uff, nunca le había resultado tan difícil.

Después de vestirse y prepararse, había tardado un rato en alcanzar cierto grado de concentración para llegar a ser la profesional tranquila y fría de costumbre.

La zorra sin sentimientos, ¿vale? Ese era el punto en el que todo se jodía. Porque esa zorra no aparecía por ningún lado y, sin ella, se sentía perdida y muy nerviosa. No sabía cómo explicar lo que le ocurría.

No quería que Val regresara y viera que se había largado. Hacerle eso la hacía sentir realmente mal. No quería rechazar su ayuda ni lastimar sus sentimientos... ¡Una locura absoluta! No quería que se enfadara con ella. ¡Santo Dios! ¿Desde cuándo le preocupaba una mierda que un hombre se cabreara con ella?

Salvo que el tipo en cuestión estuviera apuntando con una pistola a su cabeza o amenazando su garganta con un cuchillo, claro estaba. Esas situaciones

quedaban excluidas.

Y esto era otra excepción, ¡que Dios la ayudara! Val le importaba lo suficiente como para no largarse y malgastar un tiempo precioso esperando a que él regresara. Y solo para que tuvieran una discusión bestial, para prolongar innecesariamente una pelea que ella iba a ganar, para obligarlo a admitir que ese asunto se resolvería mejor si acudía sola.

¡Ja! Tenía que dejar de soñar. La discusión que se avecinaba provocaría problemas. Val era más grande, más fuerte y más rápido, por mucho que odiara admitirlo. Y además era muy terco y no había forma de que entrara en razón. Se tomaba muy en serio la labor de protegerla, lo que resultaba conmovedor y dulce en un hombre como él, pero, ¡por Dios!, tan inconveniente como un grano en el culo.

La única manera de ganar una cuestión como aquella frente a un hombre tan fuerte era tener el valor de esfumarse y hacer lo que quería mientras él estaba ocupándose de sus asuntos. Ya harían las paces más tarde. Esa había sido su política hasta ese momento, ¿por qué había cambiado?

No importaba. Le daba miedo responder a esa pregunta.

Después de todo, ella era una calculadora asesina a sangre fría. Si Janos no formaba parte de su plan, no tendría que enfrentarse a Ana, Donatella, sus mafiosos maridos y las autoridades italianas.

Su plan más directo era invadir la clínica. Y para él también sería lo mejor. Comprendía que Val deseara controlar la situación con la finalidad de mantenerla sana y salva para poder salvar a Imre, pero si actuaba sola podría manejar la situación con mucha más soltura.

Además, Val era demasiado atractivo. Atraía las miradas femeninas allá donde fuera. Era como ir acompañada de un elefante rosa cubierto de joyas. La gente le miraba, se fijaba en él y le recordaba. En especial, el género femenino. Era un accesorio muy poco práctico, sobre todo para cometer un asesinato.

Ella misma presentaba un aspecto pálido y algo desaliñado con la ropa arrugada y el pelo trenzado. Apenas se había maquillado. No pensaba que fuera a atraer una atención indebida. Ana se daría cuenta, sin lugar a dudas, de que llevaba puesta la misma ropa que el día anterior, y le fastidiaba, pero eso era algo que solo se podía remediar yendo de compras y no tenía tiempo que perder en frivolidades o dejaría escapar cualquier ventaja que pudiera tener. Debía actuar ahora o nunca.

¿Entonces? ¿Qué? «Mueve el culo, Steele». Se obligó a ponerse en marcha y

regresó a la habitación con olor a moho para recoger una manta con la que cubrir el sucio asiento y proteger su ropa. Tomó el maletín y el bolso y salió dispuesta a buscar un coche más decente y lograr terminar el trabajo.

Si todo iba bien, pronto estaría de regreso y podría enfrentarse a la furia de Val con su descaro habitual. Después de eso se marcharía con él a Hungría y cumpliría su promesa.

Además, la furia de ese hombre se traducían siempre en sexo espectacular. Todavía se sentía dolorida y escocida por las grandes dosis recibidas durante la noche anterior.

Casi derribó a Val al doblar la esquina del *casale*. Él se tambaleó por el impacto. Su aspecto era horrible; estaba pálido y ensangrentado, tenía los ojos hundidos y la cara llena de magulladuras. Él tuvo que alargar una mano y apoyarse en el edificio para no caerse. Aún así acabó con una rodilla en el suelo.

Era impactante verle así. Se quedó sin respiración.

—¡Santo Dios, Janos! ¿Qué te ha sucedido? —exigió.

Él se estremeció mientras intentaba levantarse; le castañeaban los dientes. Olía a mar. Se había dado un baño en el mar, por el amor de Dios. La fría brisa de la montaña los envolvía. Ella se inclinó y le puso las manos por debajo de las axilas para levantarlo. La tela mojada de la chaqueta estaba pegajosa y más oscura en un lado. Sangre.

—¡Oh, *merde!* —masculló ella—. Estás herido. ¿Qué coño te ha ocurrido?

—András —susurró él—. Novak.

¡Genial! Simplemente genial. Los malos caían sobre ellos como chinches, y el día acababa de empezar.

—Ven, déjame que te ayude a cambiarte de sitio. Aquí te da de pleno el viento. Estás hecho una mierda, Janos. No debería haber permitido que te fueras solo; debería haber imaginado que lo joderías todo. ¡Hombres!

Sus labios pálidos y temblorosos se curvaron levemente, pero él tropezó y se desplomó con pesadez contra la fachada del edificio con un jadeo de dolor. Ella cargó su peso como pudo sobre el hombro, del lado que no sangraba; tampoco era cuestión de destrozar un traje si podía evitarlo.

Una vez dentro de la habitación, lo primero que hizo fue quitarse la chaqueta y remangarse la blusa, luego lo empujó hasta que consiguió sentarlo sobre la cama. Comenzó por quitarle los zapatos, los empapados pantalones y los calzoncillos. Lo escuchó gemir cuando le despojó de la chaqueta, así que lo hizo poco a poco, deslizándola primero por el brazo bueno y luego, muy

despacio, la manga empapada en sangre. Después se concentró en la camisa.

Contuvo el aire al ver la horrible herida en carne viva que tenía en el hombro, y corrió al cuarto de baño para coger la toalla más limpia que pudo encontrar. Le puso la mano en el medio del torso para tumbarlo en la cama, luego sacó la manta más gruesa del armario y la extendió sobre él.

—Quédate ahí a ver si entras en calor —le dijo—. Voy a ver si la *signora* puede darme algo para desinfectarte.

Unos jadeantes segundos después, estaba echándole un vistazo al pequeño Opel que había aparcado en el *uliveto* mientras golpeaba la puerta de la *signora*. Era agradable. Por lo menos Val había conseguido un vehículo decente antes de que le atraparan.

Pidió a la mujer algún desinfectante, vendas y ropa seca en cuanto esta le abrió la puerta, y se dio cuenta de repente de que su voz era aguda y estremecedora, como la de una niña. Guau. «Respira, Steele. Respira».

La *signora* la miró con el ceño fruncido.

—¿Él se ha metido en problemas?

Ella encogió los hombros expresivamente.

—È un tipo focoso—le confió. «Es un tipo fogoso». Esperaba que la mujer asumiera que Val se había visto envuelto en una estúpida pelea.

La mujer agitó la cabeza.

—Hombres... —masculló casi para sus adentros. Abrió la puerta para que ella entrara en la cocina y le hizo gestos para que la esperara allí.

La estancia era enorme y estaba inmaculada. Los fogones parecían de la época barroca y los electrodomésticos, de la década de los cincuenta. Vio que la *signora* desaparecía en una de las habitaciones del fondo. Tardó unos momentos en regresar con una botella de alcohol, vendas y —milagro milagroso— tiritas quirúrgicas, de las que se podían adquirir en América. ¿Se las habrían olvidado algunos turistas? No podía saberlo, pero sin duda servirían para cerrar la herida.

La mujer le tendió también ropa de caballero.

—Le quedará pequeña —advirtió—. No tengo ningún pantalón suficientemente largo para él.

Le dio las gracias efusivamente y corrió a la parte trasera con el corazón palpitando de manera alocada, como si Val pudiera morir o desaparecer si no lo tenía a la vista.

Él seguía temblando de forma incontrolada incluso debajo de la pesada manta de lana. Encendió la luz y se apresuró a ocuparse del hombro

malherido.

Al examinarlo más detenidamente se alarmó. La herida era profunda, dentada y desigual; parecía como si fuera necesario que un profesional de Urgencias le diera algunas puntadas internas y otras externas, no una simple cura de sus inexpertas manos. Limpió la zona lo mejor que pudo y se estremeció cuando él jadeó al sentir el escozor del alcohol.

Utilizó las tiritas quirúrgicas sobre la incisión siguiendo las indicaciones de la caja para cerrar la herida. Solo le llevó unos segundos y no supo si las había colocado bien. Aunque el hombro se había llevado la peor parte, le curó también las manos y rodillas. Luego rebuscó entre sus pociones, donde guardaba los fármacos para emergencias. No tenía anestésico, pero sí un antibiótico intramuscular de amplio espectro. Cargó la jeringuilla y la aproximó a su brazo.

—¿Eres alérgico a los antibióticos? —preguntó—. No me gustaría encontrarme con un shock anafiláctico, gran hombre. Ya he tenido suficiente por hoy.

Él meneó la cabeza con los ojos entrecerrados. Ella clavó la aguja.

Val seguía estremeciéndose de frío y, a falta de un baño caliente, solo se le ocurrió una solución. Se desnudó, alzó la manta y se acomodó sobre él.

Estaba preparada para soportar sus temblores, pero ¡oh, Dios!, estaba helado. Tembloroso, húmedo y pegajoso por la sal marina. Lo rodeó con sus brazos e intentó darle todo el calor posible. Deseó poder ofrecerle más. Quiso cubrir cada centímetro de su cuerpo con el suyo; ser más grande, más ancha, más carnosa. Una mujer voluptuosa, no una hembra flacucha llena de huesos punzantes.

Sin embargo, y gracias a Dios, el contacto pareció ayudar. Los temblores comenzaron a disminuir y su respiración se sosegó. Ella le pasó los dedos por el pelo, rígido por la sal, que se había convertido en un peinado casi punk, de los que a ella le gustaban. Un niño malo de Hollywood.

—Val, cuéntame ¿qué te ha pasado? —preguntó.

Él abrió los ojos. Alarmada, vio que los tenía llenos de lágrimas.

—Imre ha muerto —susurró él con la voz rota—. Se mató frente a mí, en la videoconferencia. Se clavó un cristal roto en la femoral. —Le temblaba la voz como a un adolescente—. Lo hizo para que yo fuera libre.

Ella respiró hondo y contuvo el aliento.

—Oh, pobrecito mío —susurró ella—. Lo siento muchísimo.

No supo si había dicho o no lo adecuado, pero sus palabras parecieron

conmoverlo profundamente y, para su absoluto horror, aquello la conmovió también a ella.

Los dos sollozaron rodeándose con los brazos temblorosos, como si la pena y la pérdida de Val fueran también suyas.

Y así era, pensó, mientras lloraba contra su pecho. Ella era suya, y él de ella. Y así había sido desde el principio, aunque se había negado a aceptarlo. Debería haberlo entendido cuando él la hizo llorar dos noches antes al pedirle que fingiera que le amaba. Debería haberlo sabido después de aquel sueño en el que él recogía su corazón enamorado y le limpiaba el polvo y los fragmentos de muñeca hecha pedazos para devolverlo a la vida milagrosamente.

Cuando la tormenta emocional se apaciguó, ella se secó la cara y apoyó los antebrazos en su pecho para sostener la barbilla con las manos. Los dos parecían avergonzados y algo tímidos.

Ella sorbió por la nariz y pasó al ataque, como siempre.

—¿Y qué más ocurrió? ¿Cómo has llegado a tener las magulladuras, la herida en el hombro? ¿Por qué has acabado en el mar?

—András —dijo él concisamente.

Ella asintió con la cabeza. Conocía bien a ese hombre, aunque hubiera preferido que no fuera así. No era bueno estar en el punto de mira de aquel tipo. Estaba en la misma onda de locura de Kurt o Georg.

—¿Cómo dio contigo András?

—Al parecer seguía la señal de un localizador que yo llevaba implantado. Debí de ponérmelo Hegel.

Aquella era toda una sorpresa.

—¿Un qué? —chilló.

Él señaló el hombro con la barbilla.

—Ahí. Debieron ponérmelo cuando me trataron esa herida de bala el año pasado. Parece que los jefazos de PSS dejaron de confiar en mí y querían tenerme controlado. Dadas las circunstancias, imagino que Hegel está muerto.

—Esa es la razón por la que nos encontraron en el hotel. Y también en el aeropuerto.

—Sí —convino él en voz baja—. Siguiéndome. Debería haberme dado cuenta antes. Lo siento.

—No es culpa tuya —se escuchó decir, aunque por supuesto sí lo era. No pudo evitar que se le escaparan aquellas palabras sin sentido. «Quién te ha visto y quién te ve», pensó. Allí estaba, intentando que Val se sintiera mejor a

pesar de casi haber conseguido que la mataran a ella y a su hija. ¡Ja! Qué cursi y alocada se estaba volviendo. Casi daba miedo pensarlo.

Él comenzó a desgranar la historia con frases cortas y titubeantes. Se había lanzado al mar tempestuoso, surcado el agua helada hasta las grutas bajo La Rocca, donde, rodeado de la oscuridad, se arrancó el transmisor que llevaba en el hombro con la punta de un cuchillo. ¿No podía haberlo hecho ella?

—¿Por qué no esperaste a que yo...?

Lo vio menear la cabeza.

—No podía llamarte —la interrumpió— y no podía conducirlo hasta ti. No había tiempo para recurrir a un médico. András me habría capturado de nuevo y eso habría sido el final.

—Entiendo. —Fue lo único que dijo.

Él comenzó a encogerse de hombros como hacía habitualmente, pero se detuvo a medio movimiento y frunció la cara con expresión de dolor.

Ella se negó a dejarse llevar por la lástima. Aquella muestra de caballerosidad no tenía sentido. Si Val sufría sin necesidad, ella también lo hacía. La vida ya encerraba demasiado sufrimiento sin tener que buscar más. Sí, verle sufrir innecesariamente le cabreaba mucho.

Pero al parecer no todo era dolor. Para su sorpresa, el cuerpo de Val revivía debajo de ella. Notó que su cálido miembro estaba endureciéndose contra su vientre. Se contoneó contra él, sin poder creerse lo que le decían sus sentidos. Sí, no había duda alguna: duro como una roca, preparado para ella, incluso en ese momento.

—Val —le reconvino con severidad—. Debes estar de broma.

—Lo siento —repuso con aire inocente.

—Sabes de sobra que estar desnudos y abrazados es una necesidad estrictamente terapéutica, ¿verdad? Me preocupaba que sufieras una hipotermia y no dejabas de temblar. No pensaba masturbarme con tu amiguito. No tenemos tiempo.

—¿No? Pero eres tan hermosa, tan cálida... estás tan llena de vida... —La estrechó entre sus brazos, apretándola contra su cuerpo—. Y te amo tanto...

Ella se puso rígida.

—No se te ocurra ponerte romántico, Val —le advirtió—. No puedo responder ahora. Lo sabes, así que no lo hagas.

—Te amo —repitió él con terquedad—. He estado a punto de morir y habría perdido la oportunidad de decírtelo, aunque tengo la certeza de que ya lo sabes. Así que si me sale de las narices lo diré y tú escucharás. Te amo.

Quiero decir cada una de esas palabras. Te amo... a ti, Tamar.

Ella sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, que se ruborizaba. No era justo. No en ese momento. Quería responderle que también le amaba, pero las palabras no eran capaces de atravesar el nudo ardiente que tenía en la garganta.

Apretó la cara contra el hombro sano. Esperó hasta que desapareció la quemazón en la garganta y pudo estar segura de que no balbucearía.

—Bueno —masculló—, no debes de estar tan mal si estás totalmente empalmado y me juras amor eterno. Imagino que hay que ver la parte positiva. Y ahora, ¿qué?

Él sonrió. Fue una sonrisa tan brillante y hermosa que prácticamente la rompió en mil pedazos.

—Mi valiente guerrera —murmuró él—. Odio decir esto, cariño, porque no hay lugar en la tierra en el que desee estar más que debajo de tu cuerpo desnudo, pero debemos largarnos... Lo más lejos que podamos.

—Pero ya no llevas el localizador, ¿verdad?

—Estuve en esta cama durante dieciséis horas mientras ese chisme emitía mi posición —explicó él—. Vendrá aquí. Quizá ya esté en camino. Espero haber ganado algo de tiempo con el truco del transbordador, pero no cuento con ello.

Ella le miró a los ojos mientras su mente trabajaba a toda máquina.

—Tienes el coche —meditó—. Tenemos que encontrar un lugar en el que puedas descansar mientras yo pongo fin a esa cuestión con Ana y Stengl. Tengo que hacerlo, lo sabes. Luego soy toda tuya. Huiremos a donde tú quieras.

Él la contempló con expresión sombría durante un buen rato.

—Creo que no lo has entendido —repuso finalmente—. Nuestros planes han cambiado. Debemos dejarlos atrás, Tamar. Todos, incluido el tema de Stengl.

Ella notó como si la envolviera una manta gélida, como si estuviera de nuevo en el *salone* de Ana y la puerta se cerrara de golpe. Un portazo que resonó con el afligido eco de quince años de distancia. No. Respiró hondo.

—No, Val —contradijo—. Esta es la razón por la que estoy aquí. No me largaré hasta que lo consiga. No intentes detenerme.

Pero ya sabía que él no estaría de acuerdo. No podía. ¿Cómo iba a estarlo? Su realidad había cambiado y Stengl no formaba parte de ella; solo de la suya. Aquella pesadilla del pasado era solo suya y siempre sería así.

Intentó durante unos breves segundos dejarle ir. Lo intentó de verdad. Pensó en marcharse, pero ya había llegado demasiado lejos para hacerlo. Se había pasado años imaginando la cara que pondría Drago Stengl cuando la tuviera

delante y supiera que iba a matarle.

Cuando por fin aquel cerdo comprendiera lo que le había hecho a ella, a todos. Cuando tuviera la certeza de que iba a pagar por sus pecados.

No podía abandonar la idea. O mejor dicho, era la idea la que no la abandonaba a ella. La había aferrado como una zarpa esquelética durante casi toda su vida adulta y ahora no era diferente. La retenía con un agarre letal, aplastándola. No podía aguantarlo más, y menos si la libertad estaba al alcance de su mano.

Él le encerró la cara entre las manos y la miró a los ojos.

—Imre se suicidó para que yo fuera libre —explicó con urgencia—. No puedo desperdiciar su regalo. No puedo tirar por la borda lo que hizo. Quiero vivir contigo. Tener una vida plena. Jamás había soñado con ello, pero tú has conseguido que quiera tenerla, que la anhele.

—¿Y Rachel? —preguntó.

Él hizo un elocuente gesto con la mano.

—Por supuesto, iremos a buscarla —aseguró sin dudar—. No soy estúpido; sé que ella está incluida en el lote.

Val debió de sentir su rigidez y apatía porque la sacudió con impaciencia.

—Déjalo estar por Rachel, Tamar. Por nosotros. Piénsalo. Estás contemplando el asesinato. La policía italiana te perseguirá, no importará lo que ese hombre haya hecho. La mafia te perseguirá también, inducida por Santarini, que no puede permitir que mates a su suegro y te vayas de rositas. Tus problemas se multiplicarán. No intentes hacerlo ahora. Yo lo impediré; no puedo permitir que jodas la única oportunidad que tenemos. No dejaré que la echas a perder, ¿lo entiendes? No es una opción.

Ella absorbió sus palabras, lo que implicaban, pero solo pudo pensar en lo que tenía que hacer. Era como un cuchillo que girara lentamente en el interior de su pecho.

—Para ti es fácil decirlo, Janos —susurró—. Tú eres libre. Yo no.

Él frunció el ceño y alzó la cabeza de la almohada.

—Acabo de presenciar cómo la única persona de la tierra a la que consideraba mi familia moría desangrado ante mis ojos. No me digas que es fácil.

Se alejó de él para levantarse de la cama, le dio la espalda para coger fuerzas para hacer lo que debía.

—Lo siento —susurró—, no era mi intención decir que había resultado una mañana fácil para ti.

Él se estiró hacia ella y le acarició el brazo.

—Tamar, cariño, por favor...

Ella se giró y bajó la mirada a su mano. La del hombro sano. Tan fuerte y elegante a pesar de los nudillos despellejados y rojos. Tan hábil y tierna como letal.

La tomó con la suya para llevarla a los labios y besarla. Despidiéndose en silencio.

Con una rapidez increíble le puso la esposa que colgaba del cabecero de hierro forjado y la cerró en torno a su muñeca.

—Lo siento —susurró.

Él clavó los ojos en ella boquiabierto y luego se arqueó hacia arriba al tiempo que soltaba un caudal de maldiciones en una lengua que parecía rumano. Lo vio sacudir ruidosa y violentamente la muñeca, retorciéndola y moviéndola con una fuerza salvaje. En la gasa blanca que le cubría el hombro comenzó a aparecer una mancha roja, que se extendía sin control. Las tiritas quirúrgicas que cubrían el vendaje se habían soltado.

—¡Oh, Dios! ¡Detente! No te muevas —le imploró—. Te harás daño.

—¿Y qué coño crees que me estás haciendo tú, zorra traidora?

Ella se estremeció. Tenía todas las defensas bajas y su cólera dolía más de lo que nunca había soñado.

—Lo siento —repitió, levantándose y alejándose con torpeza de la mano que él movía en el aire.

—¡Vuelve aquí! —gruñó él—. ¡Abre esta maldita cosa! ¡Hazlo ya!

Ella negó con la cabeza.

—No puedo —susurró—. Lo siento. —Se agachó para recoger la ropa con rapidez y se alejó de nuevo de su alcance antes de comenzar a vestirse—. No quiero hacerte daño.

—*Ah, sí?* —gritó él con crueldad—. ¿Por eso me atas desnudo a una cama? ¿Para que sea presa fácil de Andrés cuando venga? Claro que sí, Tamar. Ya veo lo mucho que te importo.

—Cuando vuelva...

—Cuando vuelvas me habrá cortado las pelotas y me las habrá hecho tragar —gruñó él—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Lo que no tienes valor de hacer tú misma?

Ella se dio cuenta de que estaba llorando cuando sintió las lágrimas en las mejillas al negar con la cabeza.

—No. No pienso dejarte así mucho tiempo...

—Entonces, ¡suéltame! —bramó él—. ¡Dame alguna posibilidad!

—Por favor, cállate un segundo y escúchame —imploró ella—. Ahí fuera hay un desvencijado Fiat 500, en el *uliveto*. Me pertenece. —Se sacó la llave del bolsillo—. Se lo he comprado a Pantaleo, el hijo de la *signora*. Aquí tienes las llaves, así que podrás largarte...

—¡Puto coche! —rugió—. Abre las esposas, maldita *puttana*...

—¡He dicho que te calles y me escuches! —gritó ella. Se agachó y cogió las llaves del Opel de los empapados pantalones tirados en el suelo.

Él emitió un sonido burlón.

—Ah, ya veo. ¿Vas a llevarte mi coche?

—Te dejo el Fiat, no seas capullo. —Lanzó las llaves que le había dado Pantaleo encima de la cama—. Ahí tienes ropa seca y te dejaré también mi móvil, así que no...

—¡Llévate el puto móvil! ¡Suéltame! —La cama traqueteó hasta que las patas cedieron y se desplomó pesadamente en el suelo. Él se retorció sobre el colchón, enloquecido.

Ella se estremeció otra vez, ahora de miedo. Había llegado el momento de largarse.

—Te dejaré el juego de ganzúas al alcance de la mano —continuó ella desesperada—. Y también el arma de Georg. No quiero que te pase nada. Al contrario. Por favor, créeme.

Él le tendió la mano.

—Dame el arma.

—Sí, ahora —masculló ella. Tomó aire lentamente y alzó el brazo con rapidez para pulverizar el narcótico del pasador del pelo por su cara—. Cuando te haga efecto te daré el arma, gran hombre. No soy tan estúpida.

Fue una pulsación diminuta, lo único que su dedo parecía capaz de hacer.

—El efecto se irá enseguida —aseguró precipitadamente—. Un cuarto de hora a lo sumo. Quizá menos, debido a tu tamaño. Luego podrás soltarte.

Él clavó los ojos en ella en silencio, aturdido; parecía como si se hubiera quedado sin aire. Se desplomó en la cama de golpe y parpadeó.

Su mirada era desoladora; era evidente que se sentía traicionado.

—Lo siento —susurró ella otra vez, con la voz quebrada—. Solo necesito una pequeña ventaja. Solo eso.

Él abrió la boca e intentó hablar, pareció perplejo al ver que no podía.

—Compraré un móvil cuando termine —continuó ella—. Me pondré en contacto contigo por si todavía quieres tener algo que ver conmigo. Si no es

así, dímelo también. No me hagas esperar.

Él se movió vacilante. Ella se inclinó para acariciarle la cara, preocupada por el doloroso ángulo en que había quedado su brazo.

Le colocó también las piernas, estirándoselas para aliviar la posición. Luego lo cubrió con la manta de lana y puso al alcance de su mano el arma, el móvil y el juego de ganzúas.

Le besó en la frente, en el pómulo, en la mandíbula. En los labios. Seguramente sería la última oportunidad que tenía de tocarle sin que la matara. Ahora la odiaría.

Val sabía a mar. Su piel estaba salada. Como la vida. Y eso le rompía el corazón.

Sorprendentemente, seguía teniendo los ojos abiertos. Todavía le dirigía aquella penetrante mirada acusadora. Seguía combatiendo contra todo. Era demasiado fuerte.

¡Dios! ¡Cómo amaba eso de él! ¡Cómo le amaba!

Le acarició la cara y le besó con avidez.

—Yo también te amo —dijo. Resultaba sorprendente comprobar que era mucho más fácil decirlo cuando él no podía responder. Sin duda era una mujer muy retorcida—. Te amo, Val Janos —repitió con más fuerza—. De verdad. Espero que puedas perdonarme algún día.

Siguiendo un impulso, se quitó el anillo multiusos del pulgar y se lo puso en el dedo anular.

Recogió todas sus cosas y escapó, con las cálidas lágrimas resbalando sobre sus mejillas.



Andrés salió al camino de tierra. El sedán se deslizó sobre el áspero suelo haciendo crujir la grava y las ramas secas de olivo. Aquel olivar era perfecto para ocultar el vehículo a cualquier persona que pasara por la carretera y le permitía acercarse a pie todo lo posible al lugar en el que se había alojado Janos durante los últimos días. El sitio donde había pasado la noche. No lamentaba no tener a alguien de respaldo porque Janos estaba herido y exhausto y Steele era, después de todo, una mujer. Una muy capaz, cierto, pero él podía ocuparse de cualquier mujer.

De hecho, estaba deseándolo desde que vio el primer vídeo enviado por Janos. Observar cómo ella se movía sensualmente le había encendido la sangre y quería disfrutar de su parte.

Una vez que hubiera capturado a Steele, podría acabar con Janos, lo que resultaría muy satisfactorio. Aquel hombre le había cabreado hasta límites insospechados.

Todo eso ocurriría si estaban allí, claro estaba. Y tenía la certeza de que estaban. Los sentía muy cerca; se le había acelerado al máximo el corazón y agudizado los sentidos, incluso sentía un hormigueo en la polla. Se relamió.

Escuchó la puerta de un coche al cerrarse y agachó la cabeza para mirar con

atención entre los gruesos troncos retorcidos de los antiguos olivos.

El Opel de Janos apareció en su campo de visión. Solo había una persona dentro, pero hasta que pasó justo por delante no pudo vislumbrar el delicado y femenino perfil de Steele. Bien... Había llegado justo a tiempo. Observó cómo el coche rebotaba en la carretera polvorienta y llena de baches hasta tomar el camino asfaltado que llevaba de regreso a la carretera principal.

Regresó con rapidez a su coche. Sería difícil seguirla hasta la carretera de la costa sin que le viera, pero aquel tipo de cosas se le daban muy bien.

A la mierda con Janos. Iría a por Steele, la atraparía y la llevaría junto a Novak. Estaba seguro de que a su jefe no le molestaría en absoluto darle como recompensa a esa mujer, siempre y cuando el viejo estuviera presente, mirándolo. Y eso formaría parte de la diversión.

—El efecto del Amplix 15 es instantáneo, en particular si se trata de una dosis concentrada. —Tam rellenó la minúscula jeringuilla con diez gotas de la solución que acababa de mezclar para enseñar a Ana cómo hacerlo—. Y muy intenso. La persona que administra el veneno se arriesga a sufrir también las convulsiones que padezca su objetivo. Son tan violentas que pueden incluso llevar a la fractura de algún hueso. Si cuando terminen el blanco todavía está vivo, comenzarán las hemorragias internas. Si no se le detiene antes el corazón, prepárese para un desastre.

—¿Y el antídoto? —Ana tenía los ojos muy abiertos. Parecía impresionada a pesar de sí misma.

Ella la miró.

—No existe antídoto —la informó—. No habría tiempo para suministrarlo. Estamos hablando de que la muerte sobreviene en solo cuarenta segundos. —Situó la punta de la aguja encima del resalte y la aseguró con un clic en su lugar antes de deslizarla en el cilindro de oro del pendiente que se introducía en el agujero de la oreja. Luego atornilló el cuerpo de la joya, adornado con piedras preciosas.

Se lo tendió a Ana y notó la leve mueca de desagrado con la que esta lo aceptó. Bah, era una cobarde, no era digna de usar un diseño de Belleza Mortal.

—Soy de la opinión de que se deben llevar cargados ambos pendientes —explicó—. Nunca se sabe qué mano se tendrá libre, ni lo que deparará el resto

de la noche.

—¿Y cómo se preparan las cuchillas? ¿Actúan con la misma rapidez? —Ana tomó con cuidado una horquilla de clip para el pelo, presionó el botón y observó la afilada hoja que se deslizó hacia fuera. Vio que la examinaba desde todos los ángulos, seguramente estaría imaginando cómo usarla, como un niño probando una espada de juguete.

Se contuvo para no poner los ojos en blanco y escribió las proporciones de la mezcla para el Amplix 15.

—Son algo más lentas —explicó a la mujer—. Se trata de un compuesto diferente, TR-8321, y tarda en torno a un minuto y medio.

—¿Y el antídoto?

Tam la observó durante un buen rato antes de esbozar una sonrisa enigmática.

—No hay antídoto —repitió—. Va en contra de mi filosofía. Ninguna mujer debería armarse con piezas de Belleza Mortal a menos que esté muy segura de lo que está haciendo. Si siente la necesidad de tener a mano un antídoto porque tiene miedo a cambiar de idea en el último momento, entonces quizá debería plantearse pagar a un profesional para que le haga el trabajo sucio, y ponerse joyas un poco más clásicas y seguras. Como, por ejemplo, piezas de Cartier.

Ana entrecerró los ojos, mostrando las secas y diminutas patas de gallo que tenía alrededor, endurecidas por la gruesa capa de maquillaje.

—Sé muy bien lo que hago —aseguró.

Ella asintió con la cabeza.

—Perfecto. Me encanta ver a una mujer tan segura de sí misma. Aquí están las instrucciones para armar las granadas del colgante. Lamento no haber podido adquirir los materiales; sé que no es fácil obtener discretamente los productos necesarios.

—Para mí no será problema —dijo Ana—. Tengo mis fuentes.

—Bien. Incluir los compuestos necesarios para armar cada pieza acostumbra a incrementar el precio en un quince por ciento, pero en su caso no le cobraré esta retribución —dijo ella, tendiéndole la cuartilla con las instrucciones—. Ahí tiene los enlaces necesarios para obtener los ingredientes de las recetas, así como instrucciones precisas de cómo utilizarlas si se ve en la necesidad. Y recuerde, señora Santarini, no se salte ningún paso, no olvide nada ni sustituya ninguna sustancia. Las recetas son precisas y específicas.

—Entiendo —repuso Ana con impaciencia—. Mucho me temo que tenemos que despedirnos ya, señora Steele. Tengo una cita ineludible y usted ha llegado

más tarde de lo que convinimos ayer, ¡me ha hecho cambiar todos los planes!

El agudo tono de la mujer en la parte final de la frase la puso de los nervios. Intentó parecer arrepentida.

—Lo lamento. He tenido una mañana muy complicada.

—Cualquier otro día le ofrecería un café, pero dado que le he dado permiso al personal de servicio, siguiendo sus indicaciones, no queda nadie que pueda prepararlo —adujo la mujer—. Ni siquiera he comido.

«¡Ohhh! Pobre Ana, hambrienta y desesperada». Quizá así conseguiría que aquel inmenso culo bajara de talla. Intentó parecer horrorizada.

—Es terrible —murmuró—. Lamento haber causado tantos inconvenientes.

—Aquí tengo su dinero. —Ana abrió un cajón y sacó varios fajos de billetes—. Como acordamos ayer, ciento diez mil euros. Son billetes de cincuenta y de cien no consecutivos.

Ella guardó el dinero en el bolso. Era algo que jamás sobraba. Después de todo, tuviera o no éxito con aquel plan, había ayudado realmente a aquella mujer, así que no estaba robándole. Y tener efectivo al alcance de la mano siempre venía bien si una quería desaparecer.

Con o sin Val.

Ignoró la puñalada de dolor y se obligó a concentrarse.

Ana se puso el abrigo.

—Menos mal que le pedí a Giancarlo que trajera el coche antes de marcharse —masculló—. De verdad, voy muy justa de tiempo, señora Steele. ¿Nos vamos, por favor?

—Solo un último detalle. —Cogió el pendiente de oro que acababa de enseñarle cómo se armaba con Amplix 15, y lo cambió por el duplicado que había escondido en el bolsillo—. Déjeme mostrarle algo. Es solo una pequeñez.

Ana se ajustó el cuello de piel del abrigo y emitió un sonido de impaciencia al tiempo que daba unos toquitos con el zapato en el suelo de mármol.

—¿De qué se trata?

—Será solo un momento, y es importante. —Tam desatornilló el pendiente y soltó la palanca que sostenía la aguja, apretándola hasta que una temblorosa gota de fluido apareció en la punta. Brilló como un diamante bajo la luz vespertina que entraba por las ventanas del *salone*—. Es un ejemplo práctico de cómo se pueden utilizar estas armas.

Ana resopló.

—No es necesario. Y no aprecio que... ¡Ay!

Tam la había sujetado por el codo y presionaba la punta de la aguja en la muñeca.

Ana se quedó paralizada.

—Ah..., quite eso de mi brazo —ordenó con la voz tensa—. Inmediatamente.

—Me temo que no —repuso ella—. Andando, por favor. Diríjase a la puerta. Primero un pie y luego el otro. Así, muy bien. La llevaré a Nocera en mi coche.

Observó que a Ana se le dilataban las pupilas y que palidecía debajo del maquillaje.

—¿Cómo sabe adónde...? ¡Oh, Dios mío! ¿Quién es usted?

—Pues ya que lo pregunta, estoy demasiado aburrida de su estúpido egocentrismo para molestarme en explicárselo. —Empujó a la mujer hacia delante dejando que sintiera contra la piel la punta de la aguja—. Imagínese. Rebusque en su memoria. Estoy segura de que dará con algo que nos relacione.

Ana comenzó a llorar con grandes hipidos mientras ella la arrastraba hasta el Opel.

—No lo entiendo —gimió—. Por favor, no me haga daño.

Ella apretó los dientes. Todos aquellos ruidosos sollozos, húmedos y gangosos, eran muy desagradables de escuchar.

«Tienes que ser una zorra sin sentimientos —se recordó a sí misma—. O no lograrás terminar el trabajo».

—Abra la puerta del coche y entre.

Ana se introdujo en el automóvil con rapidez; sus ojos se habían convertido en unos borrones negros que dejaban regueros por sus mejillas.

—¿Tiene en el bolso un mando a distancia de la puerta de la finca? —exigió—. Por su bien espero que sí.

Ana asintió, hipando lastimeramente.

—Sáquelo y láncelo al asiento del conductor.

La mujer la obedeció y ella contuvo un suspiro de alivio. Se sacó la horquilla del pelo y roció la cara de Ana con el somnífero.

Vio que la cabeza de la otra mujer caía hacia un lado casi al instante. Los mocos, brotando como una cascada desde la nariz a la boca. Apartó la mirada, agradeciendo el silencio. Aquello la dejaría noqueada al menos durante los veinte minutos que llevaría llegar a la clínica. Por el momento, todo iba sobre ruedas.

Se sentó detrás del volante. Ana se había medio caído hacia un lado, lo que hacía que su cuerpo quedara desagradablemente cerca del suyo. La empujó

para colocarla en posición vertical y le puso el cinturón de seguridad.

El mando a distancia funcionó a la perfección. ¿No habría sido toda una ironía que no lo hiciera?

Se sintió mejor una vez que estuvo recorriendo las curvas de la carretera. Conducir a gran velocidad le daba algo en qué concentrarse y no pensar en lo despreciable que se sentía.

Se suponía que una zorra sin sentimientos no podía sentirse despreciable. En realidad se suponía que no debía poseer sentimientos, punto. Tenía que acabar aquel trabajo, *boom, boom, boom...*

Se recordó a sí misma lo mal que se lo había hecho pasar Ana. Lo mala y rencorosa que había sido. Pensó en el momento en que había clavado la aguja del broche de su madre en el escroto de su novio. Fue su primera toma de contacto con la libertad, con su recompensa.

Había logrado muchos progresos desde entonces, pero tenía la impresión de que estaba de regreso en una celda y que la puerta se cerraba a su espalda.

Siempre había pensado que aquella sería una experiencia purificadora, purgante... Pero no era así. Al mirar a aquella mujer inconsciente y babeante, no se sentía limpia. Se sentía, por paradójico que resultara, sucia. Y haber esposado a Val a la cama la había hecho sentir del mismo modo. Solo que mucho, mucho peor.

Un ambiguo y deforme temor la inundó. Comenzaba a pensar que había llegado demasiado lejos, que estaba tomando un camino que no tenía vuelta atrás. Que estaba condenándose.

Tenía que detenerse. Aquella mierda era su destino. No podía permitirse el lujo de dudar. No era parte de su filosofía personal.

El problema era que últimamente acostumbraba a sentirse así; como si llevara unos zapatos demasiado pequeños.

El decrepito Fiat se estremecía y amenazaba con explotar si subía la velocidad por encima de cuarenta y cinco kilómetros por hora. Por sorprendente que resultara, el Vespino, con su motor de cincuenta centímetros cúbicos, había sido más rápido. No era de extrañar que Tamar hubiera considerado que los diez minutos que había estado inconsciente fueran una ventaja suficiente. El dato clave era la velocidad punta que alcanzaba aquel puto cacharro de juguete.

Conducía con sombría determinación, inclinado hacia delante con los ojos entrecerrados para ver a través del agrietado parabrisas sucio en un desesperado intento por distinguir la carretera y no matarse. Sopesó con cuidado cuánto tiempo perdería procurándose otro coche, ya fuera alquilándolo o comprándolo, pero no se le ocurría nada útil. San Vito era el lugar más cercano, pero no podía regresar allí para adquirirlo, y acudir a cualquier otra población le llevaría todavía más tiempo. Y dado lo atontado y confundido que se encontraba, no estaba en su mejor momento para robar un coche. Seguramente le atraparían e incluso un hombre de ochenta años sería capaz de darle una paliza de muerte. Una auténtica ignominia.

Por no hablar de la ropa que llevaba y que estaba en consonancia con el coche: un harapiento jersey de lana, con agujeros producidos por quemaduras de cigarrillo, lamparones y las axilas amarillentas de numerosas manchas de sudor y unos pantalones raídos que no le cubrían los tobillos y amenazaban con dejarle el culo al aire. Lo único bueno que podía decir de aquellas prendas es que estaban secas.

La *signora* debía de haberse reído mucho cuando las eligió de su bolsa de harapos. Y él se habría divertido con la broma, si no estuviera tan enfadado y mareado.

Y luego aquel dolor. Lo envolvía de pies a cabeza. Era más intenso en el hombro, pero no había un solo centímetro de su cuerpo —por dentro y por fuera— que no le escociera, doliera o ardiera en sintonía con el resto. Y la cabeza le palpitaba como un diente cariado, sin duda por la droga que le había suministrado Tamar; solo Dios sabía lo que era.

Se sentía avergonzado. Traicionado. Después de haber confesado su amor, ella le jodía vivo en recompensa por su idiotez. Le estaba bien empleado por ser un crédulo gilipollas.

¿Por qué estaba siguiéndola en vez de darse la vuelta y largarse?

No era capaz de responder a esa pregunta, pero tampoco podía detenerse. Su maldita terquedad, eso era lo que le impulsaba. Odiaba que le superaran.

Clavó los ojos en el anillo que llevaba en el dedo. El anillo de Tamar. ¿Qué demonios significaba que se lo hubiera dejado? No se atrevía a imaginarlo.

Pero no se lo había quitado.

El móvil de Tamar vibró en su bolsillo cuando por fin alcanzó un área con cobertura. Lo sacó y miró la pantalla.

Estudió la larga lista. Había veinte *chiamate non risposte*. Veinte llamadas perdidas. Deslizó la mirada por los números visibles. Eran el mismo, con un

prefijo de la zona de Seattle. Alguien de allí estaba desesperado y llevaba toda la noche intentando localizarla.

Tal despliegue no auguraba nada bueno. Pensó de repente en Rachel. Los barrotes de la prisión de la que Imre había intentado liberarlo se cerraron de nuevo sobre él con un gélido escalofrío de terror.

«No, por favor. Eso no. La niña no».

Estaba deslizando el pulgar por la pantalla para devolver la llamada cuando el aparato comenzó a sonar. El teléfono mostraba un número desconocido y, por un momento de esperanza irracional, pensó que podía tratarse de Tamar.

—*Si?* —respondió.

Hubo una pausa llena de sospecha antes de que la voz de Connor McCloud llenara la línea.

—¿Quién coño eres?

—Soy Val Janos —repuso—. ¿Qué ha sucedido?

—Es Rachel —dijo Connor—. Se han llevado a Rachel.

El creciente temor se solidificó al instante, convirtiéndose en horror. Al instante paralizó la emoción y la apartó a un lado. No tenía tiempo para eso; era el momento de ponerse en marcha.

—¿Quién? —preguntó—. ¿Cuándo?

—¿Cómo cojones quieres que lo sepamos? Estaba con Sveti en el parque que hay delante de casa cuando un sedán negro con tres hombres se detuvo ante ellas. Golpearon a Sveti, agarraron a Rachel y se largaron. Eran las seis de la tarde.

—*Cazzo* —susurró él.

—Sí —convino Connor—. ¿Dónde está Tam? ¿Por qué no ha respondido ella al teléfono?

Él dejó salir parte de la tensión con el aire que retenía.

—Se ha largado a asesinar a alguien —repuso de mal humor—. Discutimos al respecto y me esposó a la cama antes de drogarme. Acabo de liberarme. Espero poder alcanzarla antes de que la arresten... O la maten.

—Ah. —Hubo una incómoda pausa—. Bueno, pues nada, a por ella. Esa es nuestra Tam, siempre proporcionando diversión.

—Vete a la mierda —refunfuñó.

—Sí, claro. Lo que tú digas. Ponte manos a la obra. Esperaba que alguno de vosotros pudiera saber algo...

—Ha sido Novak —le interrumpió—. Revisa las emisiones de radiofrecuencia para encontrar la posición de Rachel.

Connor contuvo el aliento.

—¡Joder! No puedo creerlo. ¿Le has puesto a Rachel un localizador? ¿Cuál?

—En realidad he puesto varios —confesó él—. Son de SafeGuard. Puse uno en su osito, otro en la silla de paseo, otro en la manta y otro en su plumífero. En uno rojo.

—Es posible que todavía lleve puesto el anorak. —La voz de Connor vibraba de excitación—. ¿En qué frecuencias emitía el localizador?

—No las tengo aquí conmigo —repuso—. Perdí todos esos datos hace un par de días, cuando tuvimos que salir pitando del hotel, pero puedes obtenerlas en la base de datos de SafeGuard. Compré esos localizadores hace un par de semanas bajo el nombre de Robert Perkins. Me los enviaron a una dirección en Tacoma. Con ella utilicé el segundo tamaño: las balizas Beacon Burrs.

—Eres mi ídolo, Janos. Te llamaré desde el aeropuerto. Hemos comprado billetes a París; era el primer vuelo que salía con destino a Europa, pero no sabíamos hacia dónde dirigirnos desde allí.

—Estoy seguro de que será a Hungría. Vuelve a llamarme si encuentras alguna señal de Rachel —le pidió—. Yo intentaré dar con Tamar. Nos veremos en Budapest.

Colgó y apretó el acelerador a fondo, ignorando los extraños quejidos, los temblores y petardeos del vehículo.

Aquel jodido coche iba a tener que hacer un último esfuerzo por el bien de Rachel.

Su don de la oportunidad era increíble. Ana comenzó a mover los párpados cuando Tam aparcó el Opel delante de la clínica. Se giró hacia el lado del copiloto y abrió la puerta antes de soltar el cinturón de Ana. Le palmeó las pegajosas mejillas.

—Despierte —dijo sucintamente—. Llegó la hora del espectáculo.

Ana gimió y la miró con los ojos nublados.

—¿Qué?

Le ofreció un puñado de toallitas desmaquillantes y un espejo compacto que llevaba en el bolso.

—Arréglese el maquillaje.

Ana se miró en el espejo y contuvo el aliento, horrorizada, despertándose de

golpe. Se pasó los siguientes minutos reparando el desastre. Cuando ella sospechó que comenzaba a perder el tiempo, la sujetó bruscamente por el codo y la obligó a salir del coche.

La mujer intentó zafarse.

—¿Qué pretende...? ¡Ay!

Tam perforó con la aguja la manga del abrigo de Ana, llegando hasta la piel del antebrazo de manera que pudieran caminar con los brazos enlazados y parecer buenas amigas. Ana chilló y se retorció.

—Muévase con cuidado —le aconsejó ella—. Escúcheme atentamente: soy la *dottoressa* Tiziana Gadaleta. Especialista en... ¿Qué enfermedad tiene él?

—N-no están seguros —repuso Ana con voz aguda—. Creen que es una especie de parásito tropical. Ataca al sistema nervioso. Está paralizado, pero, aun así, padece horribles dolores. Es... ¡Es terrible! Por favor, no los empeore. Está sufriendo mucho.

—Perfecto, seré especialista en parásitos tropicales.

«Qué apropiado —pensó—. Lo peor de ambos mundos. Paralizado y, sin embargo, dolorido». Era irónico, así se había sentido ella cuando tenía dieciséis años.

Ana arrastró los pies.

—¿Q-qué va a hacerle?

—Cállese y ande —repuso bruscamente mientras se acercaban a la puerta.

La mujer comenzó a gemir y ella se inclinó hacia su oído.

—Un movimiento equivocado y le clavo la aguja —murmuró—. No lo dude; no tengo nada que perder. —En cuanto lo dijo, se dio cuenta de que aquella declaración era mentira. No era lo que sentía. De hecho, se sentía muy vulnerable.

¡Oh! ¿Qué había sido de la zorra sin sentimientos?

Ana se tambaleó a su lado como un zombi. El hombre que ocupaba la cabina del guardia corrió un panel de vidrio y asomó la cabeza.

—*Buona sera, signora* Santarini —la saludó—. ¿Cómo se llama su acompañante?

—*D-dottoressa* Tiziana Gadaleta —repuso con la voz aguda.

El hombre no levantó la vista mientras escribía en el libro de registro. Quizá por falta de sensibilidad, o quizá porque estaba acostumbrado a que los elegantes visitantes de esa clínica de lujo presentaran un cierto e inestable estado emocional. Ana se acercó para que le escanearan la retina y puso la mano en la cerradura. La puerta mecánica se abrió con un suspiro.

La clínica resultaba un lugar frío e impersonal. Parecía diseñada para hacer que los visitantes se sintieran importantes y, al mismo tiempo, vagamente tranquilizados. Se cruzaron con médicos de bata blanca que se dirigían de un lado a otro perdidos en los importantes asuntos que les ocupaban. Nadie se fijó en ellas. Excelente.

Ana vaciló. Ella esbozó una sonrisa y la apremió con la punta de la aguja.

—Lléveme junto a él. Venga.

Ana sorbió las lágrimas por la nariz con un violento esfuerzo y la condujo por una serie de pasillos y escaleras hasta que se detuvo frente a la puerta de una habitación. En ese momento ya tenía las mejillas empapadas.

—Papá... —La escuchó decir—. Oh, por favor. No le haga nada. Por favor.

¡Dios, qué tortura! Maldijo a la zorra sin sentimientos que la había dejado plantada en ese momento de necesidad.

—Abra la puerta —la urgió con los dientes apretados.

Ana empujó la hoja y ella la obligó a entrar al tiempo que lanzaba una mirada al hombre que ocupaba la cama para asegurarse de que era la persona que esperaba.

Lo era. Clavó los ojos en la larga figura; los ojos oscuros y hundidos se aferraron a ella. Notó que se abrían un poco.

Clavó la aguja en el brazo de Ana y la mujer jadeó horrorizada al verla apretar el émbolo.

—No se preocupe, he cambiado los pendientes. Es solo un sedante —le aseguró en su último segundo de lucidez. La sujetó mientras caía para depositarla suavemente en el suelo, donde quedó oculta por el montón de lana y pieles que la cubría, junto a la puerta.

Se acercó a la cama. Stengl la miraba fijamente. Le costaba respirar y llevaba puesta una máscara de oxígeno sobre la nariz y la boca.

Aquello resultaba muy extraño. Había imaginado tantas veces aquel momento crucial de su vida que no sintió nada. Su mente era un espacio en blanco, como si él fuera un desconocido.

Parecía un ente insustancial. Seguía siendo un hombre alto, pero ahora estaba esquelético. Lo recordaba gigantesco. Un hombre enorme, maloliente y abrumador, con la piel pálida y apergaminada y los labios pelados e incoloros.

No era necesario hablar. Al menos él, a diferencia de Ana, la reconocía. Un poco de satisfacción. No había sorpresa en sus ojos, más que nada, la suya era una mirada de alivio. Sabía que estaba allí para matarle; que rozaba el fin de

su sufrimiento con los dedos.

Se acercó más y se inclinó sobre él. Miró aquellos ojos, sanguinolentos y acuosos, preguntándose quién estaba allí. Cómo lo podía haber hecho. El rifle resonó en su mente... y los gritos. Y vio la tierra caer sobre los ojos de su madre e Irina. Se clavó las uñas en las palmas.

Sus ojos mostraban un enorme anhelo por que le liberara.

Las imágenes se superpusieron sobre la cara del hombre. Su padre, sonriendo sobre la mesa de trabajo mientras le enseñaba el oficio que ambos amaban, jugando con la pequeña Irina. Su madre, preocupándose de que tuviera una buena pronunciación en francés, ruso, italiano o ucraniano. Hablándole de política, filosofía y buenos modales. Diciéndole que le encantaría que estudiara en la Sorbona algún día, como ella había deseado tanto hacer.

La vida que habría tenido, la que habría tenido su hermanita Irina en vez de ser solamente huesos y polvo.

Lo miró, pero la cólera no la inundó como siempre. El lugar donde se originaba había cambiado. Su corazón ya no era un órgano vacío, ahora estaba ocupado por Rachel, y todavía quedaba sitio para Val. Se había transformado, transfigurado.

Se sentía como si tuviera el cielo allí dentro.

Y fuera no había ningún monstruo que vencer. Ya no necesitaba lastimar a la criatura que ocupaba la cama. Él era una batería agotada y ella no iba a obtener nada matándole..., pero podía perderlo todo. Ya no era una mujer sin nada que perder. Tenía algo precioso. Algo que quería proteger y atesorar.

«Él no vale la pena».

Aquella extraña sensación le marcaba nuevas direcciones: luz, calor, música. Dulces y envolventes sonidos de niños de coro.

Si lo mataba, se vería atada a él. Sería algo que llevaría consigo para siempre. Toda la fuerza que necesitaba para las personas que amaba tendría que entregársela a Drago Stengl hasta el día que muriera.

Ella le había llevado consigo durante demasiado tiempo. Había permitido que el dolor del pasado aplastara su existencia con paso firme, pero ¿por qué debía dejar que siguiera haciéndolo?

Podía darse la vuelta. Dejarle atrás. Realmente, podría.

Él sintió que la liberación que ya saboreaba se alejaba de manera inexorable y abrió los ojos con alarma. Intentó hablar.

Ella negó con la cabeza.

—No —le dijo ella con suavidad, en croata—. Hoy no es tu día de suerte. —Incluso ese idioma parecía sin sentido en sus labios.

Le dio la espalda y se alejó. Se detuvo junto a la puerta y echó un vistazo a Ana. Se inclinó sobre ella y le miró el pulso.

Fuerte y firme. Se despertaría al cabo de unos minutos y estaría bien.

Tam salió de la habitación y recorrió el pasillo. Sus pies se movieron cada vez más deprisa hasta que prácticamente se puso a correr.

Se obligó a reducir la velocidad.

«Un poco de control, por favor. Mantén la calma».

Aun así, le resultó difícil andar más despacio. Quería correr, lanzarse de cabeza hacia su nueva vida; darle una oportunidad si no era demasiado tarde. Quiso correr hacia esa existencia deseada con los brazos abiertos. Se había convertido en una mujer menos desesperada, menos venenosa.

Aquella nueva Tam incluso podía regocijarse en la felicidad. Quizá en el amor eterno, si los cerdos volaran, si el cielo se cayera sobre ellos, si tuviera suerte.

O, como mínimo, alcanzaría paz. Aunque solo fuera eso.

«Paz». Algo que nunca se había atrevido a esperar. Que nunca pensó que mereciera. Les pidió a los fantasmas de su corazón que la perdonaran por no vengarlos y sintió su alma más ligera al saber que lo habían hecho.

Los niños del coro seguían cantando en su cabeza. Se sentía eufórica. Loca.

«Mantén la calma, Steele —se recordó a sí misma—. Vigila. Todavía no eres libre. No te dejes llevar por el entusiasmo. Estás siendo una irresponsable».

Nadie la detuvo en la salida. Salió tranquilamente bajo la brillante claridad invernal. El sol poniente hacía que el mar resplandeciera; el viento soplaba entre los pinos, sacudiéndolos y alborotando sus ramas.

Le sorprendió ver la belleza que la esperaba allí fuera. Las lágrimas le nublaban los ojos. Sus pensamientos desaparecieron ante tal grandiosidad. Dolía, pero le gustaba ese dolor.

Podía aceptarlo. Ahora era más madura. Podía digerirlo.

Lo primero: quitarse los *piercings* de la lengua. Ahora no los necesitaba. Luego correría a una tienda de móviles, compraría uno y llamaría para preguntar por Rachel y se pondría en contacto con Val. Le diría que él tenía razón, que ella estaba equivocada y que lamentaba lo ocurrido. Que le amaba. Que le perseguiría hasta que él se rindiera, aunque solo fuera de puro aburrimiento. Quizá la cólera de Val fuera enorme, pero también lo era el amor

que ella sentía por él.

Sería fuerte. Dejaría que él gritara, que se enfadara con ella. Le dejaría desahogarse. Que Stengl se descompusiera solo. Que Novak y Georg se aniquilaran.

Que se jodieran. Jodería a todos aquellos bastardos que deseaban su mal, iba a vivir. Con su hija... Con su hombre. Lo iba a hacer de verdad. ¡Oh, Dios!

La urgencia que sentía por salir de allí estaba alcanzando un nivel frenético. Abrió bruscamente la puerta del Opel... y oyó el sordo sonido de la de atrás. «No».

Se giró con el brazo levantado para bloquear el golpe que sabía instintivamente que caería sobre su cabeza. Recibió el impacto en el antebrazo. Un ardiente dolor subió hasta el hombro.

Se lo había roto. Joder, tenía el brazo derecho inservible.

Salió del coche y comenzó a darle patadas. Retuvo el aire para intentar contener aquel horrible dolor. Se lo había buscado ella sola al perderse en aquella nube, al emborracharse con la belleza y las esperanzas de amor.

Y ahora iba a pagarlo. Andrés surgió a su lado, amenazador, con una amplia y salvaje sonrisa en la cara. Se fijó en sus labios húmedos y sus dientes afilados, como si fuera un duende malvado de una de las historias más espeluznantes de su abuela.

Alzó la rodilla con fuerza para golpearle en la ingle. Sí. Él soltó el aire con un gruñido. Ella se alejó deprisa, pero la hizo caer con una patada al nivel de la rodilla; perdió el equilibrio y se balanceó sobre los altos tacones de aguja de los Manolos... ¡Mierda! Traicionada por la vanidad y la moda...

Cayó de nuevo sobre el Opel, contra el brazo roto, y casi gritó. Aquello le costó la fracción de segundo que necesitaba para esquivar otro golpe. El peso de Andrés se abalanzó sobre ella y la aplastó contra el vehículo, arrastrándola al suelo, primero sobre las rodillas y luego sobre la cara.

Él se sentó sobre su espalda, dejándola sin respiración mientras tenía el rostro pegado al asfalto. Las pequeñas piedras negras le arañaban la mejilla.

—Zorra —jadeó él—. Me las pagarás. A gritos. —Su voz ronca y anodina chirrió en sus oídos—. De hecho, comenzarás a pagar ahora mismo —susurró, metiéndole la lengua carnosa y mojada en la oreja mientras se contoneaba sobre ella—. Adivina qué niñita está a punto de hacerle una visita al viejo y benevolente Papá Novak mientras nosotros hablamos.

—¡No! —El horror estalló en su interior. Intentó moverse de un lado a otro para negar sus palabras, pero el peso de Andrés apenas permitía un contoneo.

Le escuchó soltar una risotada llena de maldad.

—Ah, sí. Creo que llegaremos más o menos a la vez que ella. Será una conmovedora reunión familiar. Apenas logro contener la impaciencia. —Él le cubrió la boca y la nariz con una gasa húmeda de la que emanaba un olor acre y penetrante—. Los pequeños nunca duran mucho...

Ella notó que la sangre se le detenía en las venas, y que se veía arrastrada a un agujero de desesperación. Un cohete *express* a un infierno oscuro y tenebroso.



La puerta del conductor del Opel estaba abierta cuando Val detuvo el Fiat a su lado. Se hizo un ominoso silencio después de que el cacharro muriera con una especie de tos temblorosa.

Con el corazón en la garganta, abrió la rígida y chirriante puerta del coche antes de clavar los ojos en la escena. La llave de contacto del vehículo estaba tirada junto a la rueda izquierda y había un zapato en el asfalto, entre los dos automóviles. Una femenina obra de ingeniería con altísimos tacones de aguja. Era uno de los Manolos.

Salió y se agachó para recoger el zapato. Odió imaginarla con el pie descalzo; sería demasiado vulnerable.

Se dejó caer pesadamente sobre las rodillas. Respiró hondo, intentando pensar. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué podía hacer ahora? ¡Oh, santo Dios!

«Ponte en pie, Janos, tienes un trabajo que hacer. No vayas a derrumbarte ahora como un jodido llorón», escuchó la voz despiadada y ronca de Tam en su mente.

Aquello le consoló. Le dio el ímpetu que necesitaba para tomar las llaves de detrás de la rueda, incorporarse y meterse en el Opel. Su portátil y el móvil de Hegel todavía estaban en el suelo, delante del asiento del copiloto, olvidados desde aquella mañana.

Cogió el teléfono. Todavía le quedaba un poco de batería. Clavó los ojos en la pantalla durante un largo y hostil momento hasta que meneó la cabeza para salir de la parálisis. Buscó los mensajes de texto almacenados.

348. El número de su habitación. Era el último mensaje que Georg había enviado a Hegel.

«Retrocede tres pasos». Su mantra habitual sonaba ridículo, casi cruel. No podía retroceder tres pasos. Estaba demasiado confuso, demasiado cansado... Demasiado aterrado.

«Tendrás que esforzarte al máximo para salir de esta», resonó en su cabeza la voz seca de Imre.

Se le retorcieron las entrañas al pensar en Imre. Esforzarse al máximo podía no ser suficiente. No lo había sido hasta entonces, o no habría ocurrido nada de eso: Imre, muerto; Tamar y Rachel, secuestradas.

Incluso Georg podía hacerlo mejor. Cualquier variable podía dar a Tamar una oportunidad de luchar y tenía que seguir intentándolo mientras pudiera. Mientras ella siguiera con vida. Presionó el botón de llamada.

La señal sonó ocho veces. Alguien respondió. Hubo un largo silencio en el otro extremo de la línea, aunque era evidente que habían descolgado.

Intentó hablar, pero no le salía la voz.

Georg se cansó del juego.

—Mi curiosidad no puede resistirse a la llamada de un «muerto» —dijo en inglés—. ¿Hablo con un espíritu del más allá?

Él se aclaró la voz con una tos.

—No —respondió—. Soy Janos.

—Oh, tú... —Georg cambió al húngaro—. Te mataré en cuanto te vea, lo sabes, ¿verdad?

—Bien. Cuando quieras —convino lentamente—. Solo quiero proporcionarte información de primera mano sobre Tamara Steele.

—¿Ah, sí?

Se tomó un último y frenético momento de duda, reconsiderando si estaba salvándola o condenándola a una muerte en vida.

No. Su Tamar jamás languidecería mucho tiempo en una jaula. Eso no iba con su tigresa comehombres. No.

—Estoy esperando, Janos —le apremió Georg—. No soy un hombre paciente. ¿Qué quieres contarme? Déjame hablar con ella.

Val cerró los ojos y lanzó los dados.

—No puedo —susurró—. Está en manos de Novak. Andrés la ha secuestrado hace una hora.

Georg contuvo el aliento.

—Eres un jodido idiota —siseó—. ¿Cómo has permitido que ocurriera eso?

—Se puso en peligro ella sola al escapar de mí —explicó muy despacio—. Trataba de regresar a tu lado. Ella... te quiere a ti.

Georg guardó silencio.

—Dentro de más o menos ocho horas estará en manos de Novak —agregó, después de que pasara un minuto más—. Y no creo que viva más de veinticuatro horas... Probablemente menos.

—Si eso ocurre..., ¿sabes lo que te pasará a ti, Janos?

Él clavó los ojos, desolado, en el horizonte.

—Sí —respondió bajito. ¡Que Dios le ayudara!

—Dolor —dijo Georg con suavidad—. Todo el que te pueda infligir. Un dolor inimaginable. Piénsalo.

Val interrumpió la conexión. No iba a pensar en esa amenaza. Ni siquiera le afectaba.

Si Novak mataba a Rachel y a Tamar, se merecería cualquier cosa que Georg le hiciera. Ni siquiera le afectaría.

De hecho, se aseguraría de estar muerto.

Georg cerró el móvil con una mano mientras se apoderaba de él un hormigueo de excitación. Su corazón se aceleró a tope por culpa de la furia... y la lujuria.

Ella le quería. Siempre le había querido. Él supo desde el principio, en lo

más profundo de su corazón, que estaban destinados a estar juntos. Era el único que podía aceptar y comprender el lado oscuro de Tamara, sus secretos y vergonzosos deseos; y era la única que podía comprender los suyos.

La recompensaría por su lealtad y la salvaría de ese monstruo ávido de sangre que era Novak. Ella le debería la vida. Le gustó cómo sonaba eso.

Pero tenía que ser muy rápido, actuar con lucidez y crueldad.

Caminó hasta la pequeña escalera de caracol que conducía a la salita del apartamento de lujo que había alquilado en San Vito. Paseó la mirada por los cinco hombres que había allí. Uno de ellos le había traicionado. Le había vendido a Novak. Había informado al viejo de que Tamara seguía viva y que él llevaba años buscándola... Y era uno de los hombres allí presentes.

Le irritaba cobijar bajo su ala a un traidor, pero ahora iba a utilizarlo para que transmitiera información falsa.

Y después, cuando lo identificara, moriría de una manera lenta y horrible.

—Volvemos a Budapest de inmediato —anunció—. Novak me ha desafiado abiertamente. Mañana por la noche planearemos nuestro ataque. —Miró a Ferenc—. Llama a los demás. Tenemos que organizar una estrategia por videoconferencia. De prisa. Hay mucho trabajo que hacer.

Ferenc sacó el móvil y se puso a trabajar.

Georg se dirigió a la amplia terraza del apartamento, que se elevaba al borde de aquel turbio mar. Subió el volumen del teléfono. El susurro del mar servía para cubrir el sonido de su voz. Buscó en la agenda y marcó el número del agente de PSS con el que trataba ahora. El segundo de a bordo del fallecido Hegel.

—¿Sí? —respondió el hombre.

—Será mañana —dijo sin preámbulos.

Hubo una pausa sorprendida.

—¿Mañana? ¿Tan pronto?

—Mis hombres no pueden saberlo —advirtió—. Serán un cebo. Tu equipo lo organizará todo. Te llamaré dentro de dos horas para ponerte al tanto de los detalles. Necesitaremos que mañana haya en Budapest un equipo de ocho hombres.

Interrumpió la llamada y miró fijamente las olas. Había muchas decisiones que tomar. La mayoría de sus hombres estarían muertos al cabo de veinticuatro horas. Tenía que sacrificarlos para desenmascarar al traidor y no sería fácil reemplazarlos. Le costaría mucho dinero.

Pero su mente estaba demasiado ocupada para planear nada. Estaba llena de

fantasías sucias y sudorosas que hacían que la entrepierna le palpitara con fuerza.

Fantasías en las que se tiraba a Tamara una y otra vez mientras todo el mundo observaba.

La primera vez que Andrea vio a la niña del pelo rizado, esta tenía el pulgar metido en la boca y dormía como un angelito junto a su padre. Se fijó en ella al repartir los auriculares en primera clase. Era del mismo tamaño que su hija Liliana, de dos años, que en esos momentos se encontraba en casa de su abuela recibiendo mimos sin parar. Los vuelos de larga distancia hasta Frankfurt eran los más duros y, cuando regresaba a casa, se moría por ver a su Lili.

¡Qué graciosa! Aquella pequeña ya estaba dormida incluso antes de que despegaran. Por lo general, el ruido y la actividad febril del embarque aceleraban a los niños y no lograban calmarse hasta que había pasado ya medio vuelo. La distancia entre Portland y Frankfurt era demasiado larga para un niño de esa edad, pero ella tenía varios trucos para usar con ellos, cosas que iban más allá de los consabidos lápices de colores que proporcionaba la propia aerolínea. Estaba preparada para cuando despertara.

Brindó una sonrisa a su padre cuando pasó junto a ellos. Era un hombre grande y moreno, con una barba poblada.

—¡Qué niña más bonita! —le dijo con entusiasmo—. ¿Qué edad tiene?

El tipo parpadeó un par de veces antes de responder.

—Dos.

—Mi hija tiene los mismos años —confió—. Es una edad muy graciosa, le pese a quien le pese.

El hombre curvó levemente los labios y tomó la cerveza que ella acababa de servirle, apartando la mirada mientras bebía. No parecía que le gustara conversar.

Ella volvió a mirar a la niña cada vez que pasaba por sus asientos. Dormía como un tronco, en la misma posición exacta, con las flacas piernas encogidas, los dedos en la boca y el brazo sobre la cabeza.

Horas más tarde la criatura seguía sin moverse. El padre tenía la mirada ausente o leía el periódico. Le sirvió la comida. Él dio buena cuenta de ella, cruzó los brazos y dormitó, sin tocar ni mirar a la niña.

Siete horas de vuelo después, llevó al hombre una bebida y señaló a la niña

con la cabeza.

—Sin duda su hija duerme a pierna suelta —comentó—. Es una suerte que sea así en los vuelos largos.

Él la miró brevemente antes de apartar la vista.

—Imagino que sí —repuso.

—Avíseme si se despierta y le traeré un yogur y un zumo —se ofreció.

El hombre masculló por lo bajo y volvió a leer el periódico.

Diez horas después de haber despegado comenzó a sentirse nerviosa. Miró la lista de pasajeros sin saber por qué. John y Melissa Esposito. Bien, sí era su padre. ¿Satisfecha?

Quizá a aquella criatura le hubieran administrado algún medicamento con antihistamínicos para que durmiera durante el vuelo. Algunos padres lo hacían cuando querían tener un vuelo libre de problemas, pero esa niña era muy pequeña todavía. O tal vez tuviera un sueño profundo y ese lapso era como una noche para ella. Tal vez había pasado la noche en vela antes del viaje o quizá ella no tuviera que meter las narices en asuntos que no le incumbían.

A pesar de decirse todo eso, cuando una hora después el hombre se levantó para estirar las piernas e ir al cuarto de baño, ella se inclinó sobre el asiento de la niña para examinarla de cerca.

Seguía en la misma posición. Aquella cría no estaba bien. De hecho, la hizo recordar un virus que había pillado Lili el Día de Acción de Gracias, cuando tuvieron que ingresarla en la sección infantil del hospital y ponerle una vía. Tenía la mirada perdida, estaba pálida, ojerosa, los ojos hundidos y los labios resecos sin color. Parecía deshidratada. Le tocó la mejilla; estaba fría, igual que las manos. Le llegó olor a orina y deslizó la mano por debajo del cuerpo de la niña.

Sí, estaba húmeda. Incluso el asiento estaba mojado. No era de extrañar que estuviera fría. Pero eso quería decir que el nivel de deshidratación no había alcanzado un punto crítico. Estuvo tentada a comprobar el pulso, solo para asegurarse que seguía viva.

—¿Qué está haciendo?

La voz del hombre la hizo jadear. Se dio la vuelta para enfrentarse a él.

—Ah, lo siento. Solo estaba interesándome..., eh..., por su hija.

—No es necesario —repuso el tipo.

—Pero está mojada —protestó—. Le cogerá el frío y...

—Su madre le cambiará el pañal cuando lleguemos a Frankfurt.

¿A Frankfurt? Andrea le miró fijamente. Para aterrizar faltaban todavía tres

horas. El aeropuerto de Frankfurt era enorme, cuando hubiera desembarcado y pasado la aduana, habrían pasado cuatro.

Lanzó una mirada a la pobre criatura y rompió todas las reglas de la aerolínea con sus palabras.

—Si me proporciona un pañal y ropa limpia, yo misma la cambiaré —se ofreció.

—No, gracias. No se moleste —gruñó el desagradable individuo.

—No es molestia. Esta niña debería despertar y beber algo —le informó seriamente—. El aire del interior de la cabina puede resecarle las mucosas y...

—¿Señorita? —El hombre se inclinó hacia su oreja—. ¿Por qué no se va a joder a otra persona? —murmuró—. Déjenos en paz, así no tendré que hacer una protesta formal ante la compañía por todas sus preguntas impropias, ni decir que la pillé con la mano en las partes más privadas de mi hija cuando regresé del baño. ¿Qué le parece?

Andrea dio un paso atrás. Notó una opresión en el corazón y que se le ruborizaban las mejillas. Huyó conteniendo las lágrimas de sorpresa e indignación que pugnaban en su garganta.

Habló con sus compañeros, pero era casi el momento de servir el desayuno. La gente comenzaba a despertarse y a estirar las piernas, y ningún miembro de la tripulación quería tener un lío con un loco. Y menos cuando el avión estaba a punto de aterrizar y ya no sería su problema.

Durante las siguientes dos horas y media, ignoró al hombre, pero sintió sus ojos sobre ella. Eran ardientes y sucios alfilerazos que le quemaban la piel. La niña no se movió siquiera con los traqueteos y los rugidos de la maniobra de aterrizaje. Cuando se abrieron las puertas, John Esposito se puso la niña al hombro de manera que la cabeza y los brazos de la pequeña colgaron sobre su espalda y esperó la fila para salir, impasible. Solo llevaba una maleta.

¿Una maleta de mano? Ni siquiera llevaba bolsa de pañales. ¿Qué clase de padre se subía a un vuelo de quince horas sin llevar bolsa para su hija? Ni un libro, ni un juguete, ni un tentempié. No llevaba toallitas, agua, ningún vaso especial o pañuelos de papel. Ni siquiera pañales, mudas... ¿Qué demonios pasaba?

Algo le olía mal. Muy mal.

Se le revolvió el estómago. Se puso junto a sus compañeros mientras los pasajeros salían.

—Adiós, hasta luego —repitió una y otra vez como un loro adiestrado. No miró a John Esposito cuando pasó a su lado con la niña, pero sí le observó de

rejojo cuando abrió la sillita de la cría en el *finger* y la depositó allí. Ni siquiera se molestó en atarla. Ni en cubrirla con una manta.

En ese momento, él se dio la vuelta y la pilló mirándole. El tipo sabía que lo haría porque le dirigió una sonrisa triunfal que decía: «He ganado, y tú eres una zorra cobarde e ineficaz».

—*Bye, bye* —se burló él con un gesto de los dedos.

Le vio desaparecer al doblar la esquina. Ella esbozó una sonrisa titubeante para despedirse del pasajero que pasaba en ese momento mientras echaba de menos a Lili con tanta fuerza que casi le dolió.

Necesitaba abrazar a su hija. Abrazarla y acunarla en ese mismo momento. Pero Lili estaba en el otro lado del mundo y en Portland era de noche, ni siquiera podía llamarla por teléfono. Pasarían horas antes de que se despertara.

Hasta entonces, iba a tener los ojos clavados en el techo de la habitación del hotel próximo al aeropuerto, y esperaría, asustada.

«Tam puede estar muerta».

Val se obligó a no pensar en eso mientras anclaba la pequeña Zodiac a motor a una enorme vid que crecía junto al antiguo puente de piedra. La carretera que cruzaba sobre él conducía al palacio del siglo XVIII que Novak poseía junto al río. Los McCloud le habían comunicado la radiofrecuencia del localizador que llevaba Rachel y el icono se había detenido allí algunas horas antes. A él no le sorprendió que Novak pretendiera llevar a cabo la orgía de venganza en su residencia favorita. Allí, el viejo se sentía un aristócrata, a la vez que satisfacía su vanidad.

Él conocía muy bien ese lugar. Antaño, después de que descubrieran que poseía un talento natural para los ordenadores y dispositivos tecnológicos, había pasado allí muchos años solitarios. De hecho, se había tomado como un reto personal conocer cada detalle de aquel antiguo palacio, puesto que no tenía nada mejor que hacer en su tiempo libre. Los sótanos estaban llenos de mazmorras, pozos, cisternas y alcantarillas, y él había encontrado en la biblioteca planos antiguos dibujados a mano con elegantes anotaciones con letra inclinada que se dedicó a estudiar durante largas horas. Había recorrido las alcantarillas, túneles y demás pasadizos húmedos solo por curiosidad.

Nadie se lo había impedido ni preguntado al respecto.

Esperaba que nadie hubiera realizado un estudio tan exhaustivo de la finca desde entonces. Sin duda era improbable. Gatear por pasadizos dieciochescos, malsanos y húmedos, infestados de ratas, era algo que solo hacía voluntariamente un adolescente desquiciado.

O un desafortunado cabrón desesperado como él mismo, por supuesto.

Abrió el portátil y volvió a mirar el icono que indicaba la posición de Rachel. Seguía inmóvil. La imagen del satélite de la pantalla mostraba una vista del lugar que él recordaba muy bien. El icono parpadeaba en lo que parecía uno de los edificios anexos, en el garaje que ocupaba lo que antes eran los establos. Metió el ordenador en la bolsa y abandonó el bote en silencio.

Mantuvo la mente centrada en la tarea, sin permitir que vagara por lo que podía estar pasando.

«¡No!». Caminó con cuidado sobre las rocas cubiertas de musgo mientras se obligaba a poner en blanco su cerebro.

En la oscilante semioscuridad del crepúsculo que había bajo el puente, iluminó con la linterna la reja de hierro oxidado que cerraba la boca de la alcantarilla existente en la pared. Databa de la Primera Guerra Mundial, o eso parecía. La sacudió con un sonoro ruido y examinó las corroídas bisagras. Ni siquiera precisaría del equipo de soldadura, bastaba con algunas ganzúas y movimientos. —«Este por Rachel. Poff. Este otro por Tam..»—. ¡Mierda! Notó una zona húmeda y caliente en el hombro; se le había vuelto a abrir la herida, pero la reja estaba suelta.

«Tam puede estar muerta... O algo peor».

Esquivó el pensamiento con valentía. Tenía que centrarse; no hacerlo no resultaba productivo. No era útil para nadie.

«Sí, tampoco para ti, *testa di cazzo*». Había estado dándole vueltas a ese problema durante casi veinticuatro horas, como si fuera una mosca cojonera alrededor de una bosta. Preciosas horas desperdiciadas de manera ineficaz en el viaje. No tenía tiempo de reunir un equipo, de aprovisionarse o planificar algo brillante. Andrés habría dispuesto de un avión privado, que le esperaba en el aeropuerto de Nápoles. Seguramente llegó a Budapest por la noche y de madrugada estaba ya en la hacienda de Novak con el premio. Habían dispuesto de horas para jugar con ella si habían querido. Si Novak tenía prisa...

Mientras, él mismo se había forzado a conducir como un poseso hasta el aeropuerto de Fiumicino, en Roma, y abandonar el coche de alquiler en la parada de taxis, junto a la puerta, dejando las llaves puestas. Había corrido a toda velocidad hasta la zona de mostradores, esperando en cada aerolínea

hasta poder comprar un billete.

Hasta ese momento había sido un niño mimado de los altísimos presupuestos de PSS y las corporaciones obscenamente ricas que les contrataban, disponiendo de todos los operativos militares necesarios. ¡Dios! ¿Cómo eran capaces de sobrevivir a esa pesadilla las personas normales?

«Porque las personas normales no tienen a sus amantes encadenadas a merced del cuchillo de un torturador».

Utilizó otra ganzúa y liberó su mente de la agonía que suponían todos esos problemas soltando la reja que cerraba la alcantarilla. Un par de movimientos más y la reja cayó al agua con una brusca salpicadura.

Sostuvo la linterna con los dientes y apartó las ramas, basura, hojas y fango que el agua de lluvia había acumulado allí durante décadas y se agolpaban contra la reja consiguiendo que la abertura fuera demasiado pequeña para que pudiera traspasarla un hombre.

Deseó tener un equipo de apoyo, pero no había tenido tiempo para organizarlo. Los McCloud eran valientes, feroces y competentes, pero estaban a horas de distancia; tenían que cruzar dos continentes y un océano. No podía esperar ayuda por su parte. Para cuando iluminaran con sus faros aquel edificio, lo que fuera a ocurrir haría mucho tiempo que habría ocurrido. Eso seguro.

Apretó los dientes sobre el mango de la linterna y se lanzó de cabeza al oscuro y mojado hueco. Era como avanzar por una tumba.

No le molestaba. No le daba miedo la muerte. No se veía capaz de enfrentarse a la vida sin Tamar. A lo inexpresiva que resultaría, a la aburrida y lacónica vacuidad que había confundido con calma hasta ese momento. A la soledad.

El barro, frío y resbaladizo, se escurrió entre sus dedos. Debería haber pensado en adquirir también unos guantes, pero estaba demasiado frenético para pensar en nada que no fueran las cosas básicas: una mochila, una Zodiac, una palanca, un equipo de soldadura, un arma y munición. Su ropa negra estaba ahora cubierta de lodo maloliente. Al menos ya no estaba sumergido en agua helada, pero la noche era joven.

Doscientos metros después llegó al túnel principal, más grande y antiguo. Allí ya no tenía que gatear, solo agachar la cabeza. Comenzó a correr, chapoteando en el agua que cubría el suelo, con la linterna oscilando de arriba abajo entre sus dientes.

El túnel era largo, con bifurcaciones y zonas muertas. Los rebosaderos de

las viejas cisternas de lluvia que había en diversos puntos de la propiedad desaguaban por allí y tuvo que exprimir al máximo su memoria y concentrarse a fondo para recordar cuál era el camino que debía seguir. Dio gracias a Dios por el riguroso entrenamiento de Imre.

Gateó durante los últimos cien metros del pasaje. Apenas cabía por allí. Sus hombros se habían ensanchado desde la última vez que recorrió aquel pasadizo, años atrás.

El espacio ante él se abrió de pronto, creando un enorme agujero negro. Alzó la cabeza y la sacó por el hueco para mirar con atención a su alrededor. Aquella cisterna llevaba por lo menos cien años sin usarse y el espacio que ocupaba se había visto convertido en un invernadero en algún momento del siglo XIX. Esa edificación todavía existía sobre la superficie, pero en la época en que él trabajó allí había sido abandonada y se usaba casi siempre como almacén de armas. Gabor Novak no era un hombre interesado en alimentar la vida, ya fuera animal o vegetal.

Pero aquel invernadero era su oportunidad, porque se encontraba en el interior del perímetro vigilado.

El rebosadero se encontraba en la parte superior del pozo y la abertura, a unos tres metros por encima de su cabeza. Recordaba haber visto un poco de luz brillando dentro del pozo tras los pequeños orificios de la chapa de hierro que cubría la salida.

Ahora apenas se percibían los pequeños huecos. La luz mortecina de la tarde no los traspasaba. Bajo él, el estrecho tubo de piedra se ampliaba hasta llegar a la enorme y antigua cisterna. Diez, quizá doce metros de caída. Hundirse allí sería una muerte lenta y solitaria si uno no tenía la suerte de desnucarse al precipitarse al fondo.

Tanteó la pared a oscuras, buscando los oxidados peldaños de la escalera de mano —formada por tubos de hierro empotrados en el muro—, y rezó para reunir la fuerza suficiente para poder levantar lo que hubiera encima de la chapa de cierre. Esperaba que Tamar no estuviera...

«¡No! Venga, sigue, muévete».

Apretó los dientes en torno a la linterna y se retorció contra el muro para alcanzar el primer peldaño.

Este se desprendió de la pared, y en su frenético manoteo por encontrar un punto de apoyo, la linterna se deslizó de su boca. Se agarró con firmeza al siguiente tubo de hierro con dedos temblorosos y rígidos, y tanteó con las piernas, buscando el próximo peldaño, mientras notaba que el hombro

comenzaba a palpar. Una parte de su cerebro le animó a seguir adelante y contó los segundos. Un peldaño de hierro, plof. La linterna, plof.

Así siguió. Caía agua en la cisterna, aunque no podía saber cuánta ni por qué razón. Quizá se ahogaría en vez de acabar con el cuello roto. No le importaba, no tenía preferencias.

Alcanzó el siguiente escalón. Tenía que sacar la parte superior del cuerpo por la trampilla del rebosadero para probarlo. Ya no había manera de impedir la caída si este cedía. No tenía ninguna razón para pensar que sería más fuerte que el de debajo.

Ni tampoco tenía una razón para darse la vuelta.

Se dio cuenta con cierto desconcierto de que estaba mascullando por lo bajo. Era una vieja oración que había aprendido de su abuela cuando era un niño pequeño, en Rumanía, antes de que su madre se aburriera del hombre al que consideraba su padre y del diminuto pueblo donde vivían, para trasladarse con un nuevo y elegante novio a Budapest, llevando con ella a su desafortunado hijo.

La oración estaba en un dialecto que apenas recordaba. Era algo que había recitado al acostarse, que hablaba de detener monstruos, bestias, vampiros.

Cargó el peso sobre el escalón. Este se arqueó un poco..., pero aguantó.

Se alzó para que todo su cuerpo quedara allí colgado mientras apretaba los dientes, esperando con estoicismo caer y morir.

No ocurrió. Todavía no. No era su momento. Quizá un poco más tarde.

Se arrastró más arriba y comenzó a trepar.



Has retirado de su cuerpo hasta la última joya, Andrés?

Aquella voz fría y resbaladiza siempre estaba presente en los más horribles sueños de Tam. Tomó conciencia del dolor que resonaba en su palpitante cabeza y de la voz, que parecía alejarse y acercarse por efecto de los narcóticos. Rebobinó las palabras, intentando buscarles algún significado. Lo consiguió poco a poco.

Hablaban en húngaro. No era el idioma que mejor dominaba, pero se las arreglaría.

—Por supuesto, jefe. Está atada de pies y manos. No hay que preocuparse. Además, he registrado cada centímetro de su cuerpo... Varias veces. —Una risa—. Está desnuda como Dios la trajo al mundo.

—No subestimes a esta mujer. —Tam intentó no temblar al volver a escuchar aquella voz, pero le producía el mismo efecto que una venenosa serpiente rozando sus frías y secas escamas por su piel—. Es muy peligrosa.

—Lo sé. —La voz de Andrés era resignada—. Todavía tengo las pelotas doloridas, pero le prometo que no nos causará problemas una vez que haga esto.

Notó una cuerda apretándole las muñecas; la derecha estaba hinchada y caliente. El repentino dolor fue casi imposible de soportar. Mantuvo los ojos cerrados, fingiéndose inconsciente mientras trataba de recordar cómo se había roto el brazo.

De pronto todo lo ocurrido inundó su mente. Andrés. Novak. *Rachel*.

Abrió los ojos de golpe con un gemido a tiempo de ver cómo Andrés pasaba la cuerda por un enorme gancho de hierro que estaba empotrado en el techo.

Él bajó la mirada y sonrió al ver sus ojos abiertos, y tiró bruscamente de sus brazos.

Ella gritó cuando la cuerda subió con fuerza hasta dejarla colgada por las muñecas, obligándola a estar de puntillas, con los dedos de los pies apenas rozando el suelo. Fue una agonía. Tenía los tobillos atados, por lo que no podía separar las piernas para mantener el equilibrio y descargar el peso de su brazo roto. Apretó los dientes y se retorció hasta que logró agarrarse a la cuerda con la mano izquierda. Comenzaba a oscurecersele la vista; las fauces de la inconsciencia la llamaban y estuvo tentada de dejarse caer en ellas.

Pero no sería tan fácil. Sabía que la revivirían. Después de todo, Andrés era un profesional y además... estaba *Rachel*.

¿Dónde estaba Rachel? Tenía que saberlo.

Los dos hombres flotaron ante su vista. Se le cerraban los ojos. Parpadeó, respiró por la nariz y sintió el sabor de la sangre en la boca. Tenía la cara hinchada por un golpe que no recordaba haber recibido. Los tejidos inflamados le palpitaban con fuerza a cada latido de su corazón, incrementando el dolor.

El cabronazo de Andrés estaba vestido de negro, como el ejecutor que era. Él sostenía la cuerda sin expresión en la cara, con los ojos muertos y vacíos. Papá Novak seguía siendo tan horroroso como recordaba y la miraba con una sonrisa en la cara.

Su hijo Kurt, que llevaba cuatro años muerto pudriéndose en su ataúd, debía de mostrar en ese momento un aspecto muy parecido al del hombre esquelético que tenía delante. Parecía el rey de los zombis. Su ojos, pálidos y brillantes, eran idénticos a los de su hijo muerto; poseían el mismo tono verde y venenoso.

Lanzó una mirada a su alrededor, al barroco y recargado salón. Las ventanas daban a un enorme jardín y, más allá, se veían las sinuosas curvas de un río, que se desvanecía en el crepúsculo. Había un candelabro con velas encendidas sobre la mesa y las opulentas molduras doradas y todos los demás

adornos brillaban bajo la oscilante luz de las llamas. Los modernos y diminutos focos que punteaban el carril instalado en el techo abovedado iluminaban las pinturas al fresco de las paredes: sonrientes figuras de Cupido flanqueadas por horribles esbozos de santos martirizados. Había uno con multitud de flechas clavadas en su cuerpo; otro había sido desollado vivo; una portaba sus pechos cortados en pedacitos sobre un plato, como si estuviera ofreciéndolos en una degustación. Otra desafortunada santa mostraba los ojos en las palmas con la boca abierta en un grito silencioso y las órbitas sangrantes mientras las pupilas que sostenía en las manos parecían sorprendidas y aterradas, como si todavía pudieran ver.

Apartó la mirada antes de llegar al resto de los paneles. Novak siguió la dirección de sus ojos y se rio entre dientes.

—Bonitos, ¿verdad? —preguntó, cambiando a un inglés con marcado acento—. Me encantan estos frescos. Son del siglo XVII. Desde mi punto de vista el artista anónimo que los pintó estaba muy dotado.

«En cambio yo estoy muy jodida», pensó Tam. Percibió que había dos pantallas enormes sobre dos mesas situadas frente a ella. En ese momento no mostraban imagen alguna, pero seguían pareciendo incompatibles con aquella sombría estancia repleta de mobiliario y arte barroco. De pronto el aire que sintió en su piel y un enorme espejo con el marco dorado que había a la derecha hicieron que se diera cuenta de otro hecho desagradable.

Estaba desnuda.

No le sorprendía. Había aprendido muy joven lo vulnerable que dejaba la desnudez a cualquier persona, lo sometida y controlada que te hacía sentir. En manos de sádicos y matones resultaba un arma rápida y cruel, y la había sufrido durante muchas veces a lo largo de su vida. Pero también estaba curtida como una bota vieja. La desnudez no era un problema. Su mayor problema en ese momento era tener el brazo roto.

Novak hizo crujir los huesos de los nudillos.

—Comenzaba a preguntarme si despertarías en algún momento. Estaba impaciente por saludarte, Tamara Steele. Qué placer.

Él hizo una pausa. No estaría esperando que le dijera que el placer era de ella, ¿verdad? Incluso aunque estuviera dispuesta a jugar a eso con él, temblaba demasiado como para poder hablar. Lo único que podía hacer era contenerse para no chillar.

Novak la estudió durante un rato con los ojos entrecerrados.

—András, deja que apoye los pies —ordenó.

El hombre lo miró con el ceño fruncido y volvió a tirar de la cuerda dolorosamente.

—Pero ella...

—Está a punto de desmayarse —explicó el anciano con severidad—. Quiero que esté consciente. Quiero que lo esté hasta el final.

András aflojó la tensión tan bruscamente que ella cayó sobre los pies de golpe y las piernas se le doblaron. Se tambaleó hacia un lado, pero se vio detenida bruscamente por el tirón en las muñecas.

—¿Mejor, cariño? —La fingida solicitud en la voz de Novak cayó sobre su piel como si fuera lodo.

Tenía la boca tan seca que casi se atragantó. Intentó tragar. Luego probó a toser y se arrepintió. Cuando tosía, le dolía todo el cuerpo como si hubiera caído en un auténtico y llameante infierno.

—¿Qué quiere de mí? —susurró.

Novak apenas curvó los labios.

—Algo especial e íntimo. Algo que solo tú puedes darme.

Se puso rígida ante las implicaciones de esas palabras.

—Sea más específico —graznó.

Él se inclinó hacia ella, lo suficientemente cerca para que su fétido aliento la hiciera contener la respiración.

—Dolor —siseó él.

Ah, vaya, estupendo. ¿Por qué no se sorprendía? Casi puso los ojos en blanco, pero aquel tipo de respuesta solo empeoraría su destino.

Mejor dicho, el de Rachel. Ahora se trataba de Rachel.

—No solía tener inclinación por la tortura —confió Novak—, solo era un medio para conseguir un fin. No soy como András, que es un obseso del dolor; un artista del sufrimiento. Pero un día descubrí que tenía una enfermedad que los médicos llaman terminal y de repente, castigando a un tipo que me había irritado, noté algo extraño. Me sentí vivificado con la experiencia. Me dio energía, literalmente hablando. Lo comprobé una segunda vez y el fenómeno se repitió. El dolor ajeno resultaba terapéutico. Alucinante, ¿verdad?

Ella le miró sin poder hablar aunque no estaba sorprendida por aquel grado de ensimismamiento, no era más que la prueba de que era un auténtico psicópata.

—De veras —continuó él con seriedad, como si ella le hubiera llevado la contraria—. Absorbo la fuerza vital de la persona que castigo. En particular si

me ha robado o insultado, como tú, cariño mío. Eres perfecta, apropiada para ello. Has sido la responsable de la muerte de mi hijo, y ahora tengo a tu hija en mi poder. Es justicia poética, ¿no crees?

El corazón se le desbocó y sintió revuelto el estómago. Le palparon los oídos con un rugido ensordecedor. Los disparos de rifle resonaron a lo lejos; los gritos de los prisioneros torturados en las celdas del sótano. La muerte se cernía sobre ella.

Él pareció dolido al ver que ella no lograba responder.

—Lo digo en serio —protestó Novak—. Cada vez que cedo al castigo, los resultados de mis pruebas muestran una gran mejoría. Los médicos quieren conocer mi secreto, pero si se lo contara no me entenderían. Me intriga saber qué efecto tendrá sobre mi salud jugar con una niña de tres años. Sospecho que será un potente tónico.

La miró fijamente a los ojos mientras lo decía, ávido por conocer su reacción. Pero estaba demasiado sometida al dolor y al miedo para ocultarla. Arrugó la cara, para deleite de Novak.

—Ah, sí —masculló él entre risas jadeantes—. Esto va a ser bueno, me proporcionará meses de vida. Quizá un año. Delicioso.

Ella vibró de miedo. Las bravatas en su cara estaban fuera de cuestión. La tenía en su poder y los dos lo sabían. Ni siquiera los *piercings* de su lengua le servirían de nada. Jamás se acercaría lo suficiente como para usarlos, no hasta que hubiera acabado con Rachel. Llegados a ese punto, si vivía o moría no sería importante.

Quizá romper la cápsula y ser la primera en morir haría que dejaran a un lado la diversión de torturar a Rachel, pero ni siquiera estaba segura de ello. No podía abandonar a su niña querida mientras todavía estuviera con vida.

Además, él podría acercarse lo suficiente antes de comenzar a ensañarse con la niña. Sí, era posible que se aproximara para regodearse y ella estaría esperándole.

—¿Dónde está Rachel? —se obligó a preguntar, a pesar de lo mucho que le temblaban los labios.

—Cerca, muy cerca —le aseguró Novak—. Estamos esperando a que se despierte. El idiota que la trajo le administró una dosis demasiado alta de sedante para el vuelo. No está acostumbrado a tratar con niños tan pequeños, es evidente. La cría estaba casi en coma cuando llegó, pero mi gente me ha dicho hace un par de horas que ya está casi recuperada. De hecho, apenas deja de gritar. Andrés irá a buscarla dentro de unos minutos y podremos comenzar.

La presión que sentía en el pecho se incrementó; era como si una enorme garra de hierro le oprimiera los pulmones y el corazón para aplastarlos sin cesar. Siempre pensó que había pasado ya lo peor, que no sentiría nada más cruel que lo que ya había sentido...

¡Qué inocente! ¡Qué ingenua! ¡Qué poca imaginación!

—Te mantendremos atada durante ese tiempo —continuó Novak—. Sobre todo porque te precede tu reputación para escapar, tu inteligencia. Deberías sentirte halagada.

Parecía que le estaba haciendo un cumplido, y la parte de su mente capaz de esbozar algún pensamiento racional se maravilló de aquella muestra de salvajismo. Halagaba a una mujer que retenía colgada por las muñecas. ¿Se suponía que debía agradecerse con una sonrisa afectada?

Tenía que conseguir tenerlo lo suficientemente cerca como para escupirle. Lo mejor sería besarlo e introducirle el veneno en la boca, pero incluso rociárselo por la cara podría ser suficiente dado su estado físico.

Respiró hondo para darse valor y energía. Le temblaban los labios. Tenía que controlarlos. Tenía que conseguir tener algo de saliva en la boca para poder escupir. Y él tenía que moverse más cerca. Solo un poco más cerca. Por favor...

—Por suerte no tengo que preocuparme de que quieras follarme conmigo —se burló ella—. Tu aliento es appestoso; huele tan mal como si se te hubiera metido un bicho en la garganta y se hubiera muerto allí. Por favor, no respire cerca de mí, por Dios. Me ahogas.

Novak abrió los ojos como platos, a pesar de lo cual su expresión siguió siendo vacía.

—Ah, sí —susurró—. Eres fuerte. Durarás mucho. Los fuertes son los mejores. ¿Quién sabe? Quizá lo que vea hacer a tu hija me reviva hasta el punto de lograr excitarme sexualmente. Sí, solo Dios lo sabe.

Pero no dio un paso más, a pesar de la desesperación con que ella rezaba para que lo hiciera. Era demasiado listo para acercarse, aunque la considerase que estaba indefensa. Demasiado resistente para dejarse manipular.

Sin duda él no sentía ningún deseo sexual. Si lo tuviera, habría podido sacar ventaja a otro nivel. ¡Joder! Había recurrido al sexo por la fuerza de la costumbre, porque era lo que funcionaba con la mayoría de los hombres, pero no con él. Ahora lo había jodido todo y su dulce niña pagaría por su error.

Él estaba hablando otra vez.

«Presta atención. Concéntrate. Resiste todo el tiempo que puedas. Piensa en

Rachel».

—... esperaba que Janos te trajera —decía Novak—. Pero estaba tardando tanto tiempo que envié a Andrés para apresurar las cosas. Aun así, he pensado que quizá te gustaría disfrutar del recuerdo de vuestra alocada aventura amorosa.

Aquello la confundió al instante. ¿Estaba hablando de Val? Sí. Había enviado a Val para llevarla allí. Imre había sido su rehén... Y ahora que el anciano amigo de Val estaba muerto, había cambiado de táctica. Sí, eso intentaba.

¿Recuerdo de su alocada aventura amorosa? ¿A qué se referiría? Unas imágenes comenzaron a brillar en las pantallas de plasma. Apenas podía verlas por las lágrimas que le nublaban sus ojos. Ambos monitores estaban oscuros y parecía que aquellos movimientos frenéticos y rítmicos... ¡Oh, por el amor de Dios! ¿Será posible? ¿Iban a poner porno de fondo como acompañamiento a la tortura? ¡Qué estupidez! De tan banal resultaba ofensivo. Incluso haciendo frente al dolor, al miedo...

¡Joder! El brazo le dolía demasiado para molestarse en contemplar las asquerosas imágenes que poblaban la mente de aquel hombre. Era mucho mejor que se concentrara en calcular cuál era el mejor momento para poner en práctica aquel asesinato suicida.

«¡Steele, concéntrate!».

—¡No! ¡Mira la pantalla! —insistía Novak—. ¿No te reconoces? Presta atención, Tamara.

¿Qué insinuaba ese loco? Apretó los párpados para aclararse la vista y miró de nuevo.

Miró... y miró... ¡Oh, Dios, no! No era posible.

Estaba viendo la que era su habitación en el hotel, en San Vito. El encantador mirador con vistas al mar, la tenue luz del amanecer, el sensible resplandor rosado.

Y en la cama, tras las frondosas hojas de la planta que había en primer plano, estaban Val y ella. Se había montado a horcajadas sobre él y se contoneaba al tiempo que emitía suaves gemidos de placer.

¿Cómo era posible? ¿Cómo les habían encontrado tan poco tiempo después de que llegaran? ¿Cuándo habían instalado la cámara? ¿Mientras cenaban?

Miró la otra pantalla y tardó medio horrorizado minuto en visualizar acertadamente las oscuras y movidas imágenes eróticas. Sobre todo porque no quería comprenderlas. Su mente se resistía a ello con desesperación.

Era ella misma, contra la puerta de aquella diminuta cocina de servicio del Huxley, gimiendo como una gata en celo mientras se dejaba follar por Val Janos. La cámara estaba por encima de ellos, como si fuera un Dios en las alturas, juzgándola por ser tan estúpida. La imagen estaba concentrada en su cara, sonrojada de placer y excitación. Y la droga, se recordó. Había volado como una cometa gracias a la misteriosa droga y al Chianti.

Aquel pensamiento fue una cruel y helada puñalada. Se estremeció una y otra vez e intentó razonar. Se forzó a pensar en aquello paso a paso.

No había manera de que alguien pudiera haber imaginado que iban a hacer aquello en ese lugar. Nadie podía haber puesto allí esa cámara sin que lo supiera uno de ellos. Nadie hubiera podido prever que ella iba a estar en la boda de Nick y Becca, así que la única persona que había podido poner esa cámara era el propio Val.

Él había elegido el lugar, lo había preparado y, antes de arrastrarla allí, la había drogado para que estuviera excitada y se mostrara complaciente. Entonces se la había tirado para entretener a la bestia. Esa era la verdad, la única explicación posible.

Novak siguió sus pensamientos paso a paso, con ojos ávidos.

—Sí, veo que lo entiendes. ¿Te sientes horrorizada? Janos lo hizo porque le pagué para que lo hiciera. Te conquistó, hizo que te enamoraras de él. Es su especialidad, por lo que me ha informado el propio PSS. He recurrido a ellos en el pasado y, según dicen, Val Janos es la mejor elección cuando hay que follar para llegar a obtener la confianza del objetivo. Es el punto fuerte de su currículum. Puede convencer a cualquier mujer de que siente por ella una pasión imperecedera; incluso a una zorra fría como tú.

—No —susurró ella.

—Oh, sí. Dijeron que eras desconfiada, inteligente..., pero caíste en sus redes igual que las demás. Te abriste de piernas. Pura magia —cacareó, jadeante. La sangre le oscureció los labios y la barbilla.

Tam no había pensado que fuera posible sentirse peor de lo que se sentía, pero no era cierto. Aquella era otra puñalada más, otra herida sangrante. Y se sintió sola, más sola que nunca. Abandonada en el infierno.

«Imre». La parte más tonta e inocente de su mente se aferró a la vana esperanza de que quizá, solo quizá, aquellas filmaciones eran parte de un trato para mantener a Imre con vida. Un trato que Val se vio obligado a hacer. Ojalá...

Pero Novak ya negaba con la cabeza al tiempo que meneaba ante ella un

dedo admonitorio.

—Sé lo que estás pensando —dijo desde detrás de un pañuelo empapado en sangre—. Olvídate de todas esas ideas románticas. ¿Te contó por casualidad que retenía a su viejo maestro y que le amenacé con matarle si no te entregaba?

Ella no dijo nada.

—Elaboramos juntos esa estrategia. ¿Y ayer? ¿Hizo lo que le ordené y te contó el valiente sacrificio de Imre? ¿Te rogó que te escaparas con él para vivir ese esplendor romántico en alguna isla del Egeo? Mmm.. Ya veo que sí. Qué malo es... En definitiva, va a obtener la suma que le prometí. Se ha ganado hasta el último penique. —Se acercó a ella un paso y la miró como si quisiera comérsela de un bocado—. Deja que te demuestre lo mucho que te ama Vajda, Tamara. —Lanzó una mirada a Andrés—. Tira de la cuerda —le ordenó—. Déjala en el aire durante diez segundos.

Andrés obedeció ansiosamente. La alzó por los aires bruscamente.

Ella se odió por el agudo chillido que salió de su garganta. Y por ser tan vulnerable. Y por haber amado a Val incluso un instante, por haberle creído. Por haberse visto atrapada en todo eso. Por Rachel. ¡Oh, Rachel!

Intentó agarrarse con todas sus fuerzas con la mano izquierda. Serían solo diez segundos. Diez siglos de sufrimiento que le destrozaban los nervios.

Sollozó y esperó, delirante de dolor.

Con un ruido sordo, volvió a encontrarse con los pies apoyados en el suelo. Intentó no perder la conciencia, concentrándose en la atormentadora tarea de no caerse.

—Basta de cháchara. —De pronto, el anciano parecía irritado y exhausto—. Andrés, ve a por la niña. Quiero comenzar.

Andrés sujetó la cuerda en un gancho colocado a media altura en la pared, anudándola bruscamente. Ella se vio obligada a contener el aliento ante una nueva agonía mientras el secuaz salía a grandes zancadas de la estancia, dejándola sola con Novak.

—La estupidez femenina siempre supone una sorpresa —le escuchó filosofar—. Eres muy hermosa, cierto, pero incluso así es evidente lo que eres; para lo que has sido creada. Solo eres un juguete desechable, Tamara. ¿Cómo podría amar un hombre algo así? Los hombres no aman a las mujeres como tú. Las usan y las descartan como la basura que son. —Se acercó un paso más a ella—. Y todavía sigo sorprendido de que te dejaras engañar con tanta facilidad.

Una parte de ella quería arrodillarse. No, tirarse al suelo y retorcerse

mientras gemía «Sí, es cierto, sí, mátame, por favor, y acabemos de una vez».

Otra susurraba: «Acércate un poco más y verás lo que te espera, jodido hijo de puta».

Movió la lengua para notar los *piercings*, situando la cápsula venenosa entre las muelas e intentando formar la saliva suficiente para escupir. Era muy difícil con la boca tan seca. Tendría que conseguirlo en el momento preciso. Intentó inhalar por la nariz las inútiles lágrimas de terror y agonía, hacer que sirvieran para algo.

«Venga, viejo, da dos pasos más. Solo dos y te derretiré todos esos órganos putrefactos como si fueran agua».

Más rápido. Resopló para inhalar por la nariz. Novak se detuvo, y el tiempo con él. Estaba sintonizada con él, sentía cada diminuto movimiento como si lo hiciera su propio cuerpo.

Por fin. La mezcla de lágrimas y saliva en su boca estaba lista para salir disparada cuando él se acercara un poco más... Dientes preparados para triturar la cápsula, pulmones listos para soltar el aire y proyectar el líquido... Más cerca...

Ding, ding... Un suave campanilleo musical hizo pedazos el momento. Novak rompió el contacto visual y miró el interfono en la mesa.

Ella casi gritó de desesperación. ¡Había estado a punto!

Novak apretó el botón.

—¡He dicho que no me molesten!

—Han traído a Luksch —informó una voz masculina.

A Novak le cambió la expresión.

—Oh, excelente. Entonces, traedle.

Se volvió hacia ella, frotándose las manos. Ya no estaban sintonizados; el momento había pasado. Quiso gemir, gritar.

—Georg ha sido muy malo —le confió Novak—. Te quería para él a pesar de saber cómo me has atacado. Quería asesinarme y asumir el control de mis negocios. ¿Te lo imaginas? ¡Tantos millones gastados para que fuera capaz de ocupar el lugar de Kurt! ¡Qué hombre más ingrato! Pues ahora verá a su juguete hecho pedazos. Eso es lo que les ocurre a los niños que se rebelan. También le enseñé a Kurt esta lección; lo aprendió muy pronto. Eso es lo que le hizo tan fuerte. ¿Recuerdas lo fuerte que era, Tamara? Ah, Georg, querido. Ya estás aquí.

Dos hombres de gran tamaño escoltaban a Luksch en su entrada. La cara del hombre estaba lastimada y le sangraba el labio. Había más magulladuras en su

cuerpo, reliquias de la pelea con Val en el hotel, como los dos ojos morados. Se notaba que apretaba los dientes, salvo el hueco que habían dejado los que le cayeron en la pelea. En sus ojos había un brillo asesino.

Tam estaba segura de que podría sacar cierta ventaja de la nueva situación, pero si era así, no lograba verla. Estaba demasiado asustada, demasiado envuelta en el dolor para procesar los datos.

—Ahí la tienes, Georg —canturreó el viejo—. La deseada de tu corazón. La mujer que planeó el asesinato de tu mejor amigo. Pero quizá no erais tan amigos como todos pensábamos, ¿verdad?

Los finos labios de Georg, deformados por las costras, se afinaron todavía más cuando él gruñó como un perro.

No. Era imposible obtener alguna ventaja de aquello, pensó con desolación. A Georg lo tenían inmovilizado sujetándole por los brazos y le apuntaban a la cabeza con un arma. Se hallaba en una situación tan mala como la suya. Necesitaba un milagro. Algo de la misma magnitud que un terremoto, que una erupción volcánica, que un tornado, una bomba o un meteoro...

—¡Ya! —gritó Georg, y se dejó caer al suelo entre los hombres que le sujetaban de los brazos... La habitación explotó.

Las ventanas se hicieron pedazos con aquel enorme estallido y los cristales volaron en todas direcciones, impactando en su cara y su cuerpo desnudo. Estalló también el espejo, que cayó al suelo. Uno de los hombres que había estado sujetando a Georg se desplomó de espaldas. Tenía la mandíbula arrancada; la parte inferior de su cara era un crudo caos rojo de carne desgarrada, destellos de dientes rotos y huesos destrozados. Vio que el gorila se pasaba la mano por la cara con los ojos desorbitados por el pánico.

Pum. El otro hombre que sostenía a Georg se llevó la mano a la garganta. La sangre salía a chorros, negra bajo la luz de la vela. Se le escapaba entre los dedos y el arma cayó pesadamente en la alfombra. Le observó perder el equilibrio, dando tumbos contra las paredes hasta quedarse inmóvil.

El repentino silencio resultó ensordecedor. Georg se incorporó de manera pausada y relajada. Se apoderó del arma más cercana y miró a su alrededor con los ojos entrecerrados. El aire frío se filtraba entre los marcos ahora vacíos de la ventana. Las llamas de las velas del candelabro crecieron de manera diabólica. Ella observó la escena con el alma estremecida, llena de sorprendida esperanza.

Novak estaba en el suelo, donde se agitaba sin parar. La sangre se extendía con rapidez bajo su cuerpo. Tenía la mano apretada contra el diafragma y el

abdomen, perforados por las balas.

«Bien —pensó ella con crueldad—. Retuércete de agonía, escoria».

Georg apuntaba al hombre que tenía la mandíbula destrozada.

—Así que eras tú —dijo—. El espía traidor. Tuve que dejar que muriera el resto de mis hombres para identificarte, Ferenc. Y eso me ha afligido mucho.

El hombre gorjeó, con los ojos muy abiertos sobre la cara destrozada.

—Le dije al francotirador que apuntara a tu boca —explicó Georg—. Pensé que era lo más apropiado, ¿no estás de acuerdo conmigo?

La sangre salió despedida cuando el hombre negó con la cabeza. Intentó aferrarse a la pierna de Georg, pero este le alejó de una patada.

—El auténtico castigo sería dejarte vivo con esa cara —meditó Georg—, pero no sería nada práctico.

Apretó el gatillo. Pum. Los sesos del hombre salpicaron la alfombra y la pared formando un abanico.

Varios hombres vestidos de negro, provistos de cascos, chalecos antibalas Kevlar y equipados con toda clase de armas se deslizaron en la estancia como sombras. Uno atravesó la puerta y el otro, el espacio que ocupaban las ventanas. Los cristales rotos brillaban por todas partes.

Georg se inclinó sobre la forma marchita de Novak. Introdujo el cañón del arma en la boca del anciano y la sacudió para que separara más los labios.

—No eras el único que tenía a un hombre infiltrado —le informó—. Yo también tenía uno. Alguien que me ayudó a saltarme tu dispositivo de seguridad cuando llegó el momento adecuado. Viejo, te has ablandado; pasado por alto tus propios errores. Ahora morirás y yo recuperaré mi juguete... y todo lo demás, claro está. Ahora es mío. Todo es mío.

Novak intentó hablar, pero Georg movió el arma, lanzando a su antiguo jefe al suelo. De pronto, Georg se giró y la miró. Una persistente espuma blanca le resbaló por los labios cuando hizo una mueca. Deslizó los ojos sobre ella con maligna lujuria.

Lo vio humedecerse los labios espumosos antes de acercarse.



El primer centinela apenas tuvo tiempo de abrir los ojos antes de que Val le sujetara la cabeza, la bajara bruscamente y la destrozara golpeándole la sien contra su rodilla doblada. El hombre cayó pesadamente al suelo. Una veloz patada a su nariz le aseguró que estaba fuera de combate antes de seguir adelante.

Al recorrer de nuevo los laberínticos pasillos de aquel lugar infernal se sintió fuera de la realidad. En el palacio hacía frío y había corrientes de aire, junto con un penetrante olor a humedad y moho. Cuando trabajó allí, durante su juventud, encontró el lugar muy deprimente y abrumador, como el sombrío castillo de un vampiro. De hecho, cada día esperaba toparse con uno mientras se dirigía silenciosamente a la húmeda biblioteca para disfrutar de su recién descubierto tesoro de libros antiguos.

Se detuvo y escuchó. El latido de su corazón había disminuido el ritmo y el tiempo pareció detenerse. Todo estaba preparado para la batalla final.

Uno de los guardias dobló la esquina en ese momento y él le golpeó en la cara con el puño antes de sujetarlo por el cuello. Un cabezazo, el codo clavado en la garganta, un rodillazo en la ingle... y otro tipo fuera de combate. Y todo en un relativo silencio, solo roto por gruñidos y gemidos sordos.

Se quedó paralizado en agónica indecisión en lo alto de la escalera.

En ese momento llegó hasta él un ruido de impactos, disparos y cristales rotos. El estruendo le arrancó de la parálisis; bajó las escaleras corriendo hacia el salón de los santos. Era la estancia favorita de Novak por el esplendor barroco y sus espeluznantes pinturas al fresco. Previsible.

Supuso que Georg ya había llegado y estaba en plena actuación. Jodidamente a tiempo. Experimentó un destello de algo casi cercano al cariño, aunque eso no impediría que matara a ese tipo en cuanto se le presentara la primera oportunidad.

Avanzó por encima de cuerpos y charcos de sangre. Imaginó que eran hombres de Novak a los que el ataque de Georg había tomado por sorpresa. Las húmedas paredes salpicadas de sangre habían formado oscuros riachuelos en las antiguas y agrietadas baldosas.

Así que se había perdido el primer combate. Daba igual; esa no era su pelea.

En cuanto doblase la siguiente esquina, estaría junto al salón de los santos. Con todos los sentidos alerta, escuchó el susurro que provocaba la ropa de alguien y los golpeteos de unas botas sobre las baldosas. Un hombre apareció de pronto con un arma en la mano.

Con un golpe seco, lanzó su cuchillo al ojo de aquel tipo, sin darle tiempo siquiera a que su cerebro transmitiera a su garganta la orden de gritar.

Vio cómo se tambaleaba y corrió para sujetarle por debajo de las axilas, apartándolo de la vista de cualquiera que estuviera más allá, en el pasillo.

El hombre estaba vestido de negro y cargaba un pesado chaleco con equipación para el ataque. Era más bajo y delgado que él, pero la voluminosa prenda de camuflaje podría servirle por el momento. Quitó el casco al cadáver y... contuvo el aliento, horrorizado.

¡Oh, Dios! Conocía a ese hombre. Sabía su nombre. Era un agente de PSS, uno muy joven. Apenas llevaba cinco años en la agencia. Un tipo eficiente y capaz. Muy profesional.

Apartó los ojos de la muda mirada acusadora que aparecía en la pupila azul del único ojo intacto. Un pobre desgraciado, pero era ese tipo o él. Y Tamar no disponía de tiempo para que él se anduviera con ambigüedades morales.

Cuando hizo su elección, aquel hombre conocía los riesgos.

Los cierres del chaleco Kevlar resonaron cuando los abrió. Se quedó quieto, esperando que le disparara cualquiera que asomara la cabeza por la esquina para investigar la procedencia del sonido.

Pasaron algunos segundos. Nada... Nadie...

Se puso el chaleco, ignorando las manchas de sangre que tenía, y el casco, que aseguró debajo de la barbilla. Lo colocó de manera que le ocultara los rasgos lo máximo posible y caminó hacia otro hombre vestido de negro que había ante el salón de los santos.

En el interior resonó el disparo de un arma y el tipo miró hacia dentro, distraído.

Aprovechó el momento para caer sobre él, sujetarlo y romperle el cuello. Cuando lo soltó, el guardia se desplomó, muerto, al suelo.

Gracias a Dios a ese no lo conocía.

La puerta del salón de santos estaba entreabierta. La empujó con el cañón del fusil para abrirla un poco más y asomó la cabeza.

El aire se le congeló en los pulmones. Tamar colgaba de una cuerda atada a sus muñecas en un rincón de la estancia, el pelo enredado caía como una oscura cortina ante su hermosa cara lastimada, desfigurada en una sombría máscara de dolor y muda resistencia. Todavía viva.

Algo se desató en su interior; pena, furia y aterrada esperanza. Había estado intentando prepararse para encontrarla muerta. Intentándolo y fallando estrepitosamente. Pero la esperanza era más cruel todavía que la desesperación.

Había tres hombres tendidos en el suelo, fuera de combate, y cuatro aún en pie; uno de ellos era Luksch. Val lanzó el cuchillo a la garganta del que quedaba más próximo, que giró sobre sí mismo soltando el arma. Pedazos de vidrio roto crujieron bajo sus botas antes de que se desplomara en el suelo.

Se inclinó sobre sí mismo y rodó por el suelo para esquivar las balas, pero cuando dio un salto mortal para levantarse y quedarse en cuclillas, más balas impactaron con fuerza en su pecho, bang, bang, arrojándole hacia atrás como enormes puños perforadores. Se dejó caer al suelo, sin aliento, y giró sobre sí mismo hasta ponerse de rodillas, jadeante, boqueando por oxígeno. Alzó al arma, apuntó al blanco...

«Henry». Sus ojos azules y su mandíbula cuadrada. ¡Henry! Apuntándole con una pistola. Como si no pudiera aceptarlo, sus músculos se agarrotaron por una fracción de segundo.

Bang. El arma salió despedida de su mano. Surcó el aire trazando una alta parábola hasta rebotar sobre la alfombra.

Después, una fría y entumecida quemadura. El goteo de la sangre. Le había disparado al brazo. ¡Putá mierda! ¡Henry le había disparado! Su amigo.

—Valery... —La cara de Henry mostraba una expresión distante y amarga.

Val se concentró en el cañón del arma que le apuntaba, en primer plano, y la cara de su amigo se convirtió en un borrón.

—¿Tú? —susurró.

—Se suponía que no estarías aquí —dijo Henry lentamente—. No imaginaba que tuviera que... enfrentarme a ti, amigo. No había razón para ello. —Henry alzó la mirada y la clavó en alguien a su espalda, que permaneció en silencio—. Pero no puedo cambiar las cosas.

—¿Por qué lo haces? —exigió con la voz firme.

—Dinero —repuso Henry como si eso fuera lo único importante—. Un montón de dinero. Hegel te lo dijo. Nos habría encantado repartirlo contigo, pero no será posible porque has pensado con la polla. Ninguna mujer vale tanto.

Él alzó los ojos hasta la brillante mirada de Tamar. Sus pupilas ardían con un fuego inextinguible. Súbitamente, una repentina inyección de pasión, de fuerza, inundó cada una de sus fibras musculares y terminaciones nerviosas y se apoderó de su mente.

Era bella. Hermosa. La inteligencia, el coraje, el firme corazón que se ocultaba bajo las suaves y seductoras curvas de su cuerpo eran únicos.

Notó que tenía las mejillas llenas de lágrimas y que las frotaba con rabia contra los brazos estirados. Era siempre tan difícil llegar a la secreta ternura que encerraba su corazón.

¡Valía millones! ¡Ella lo valía todo! Su vida, su alma, su corazón... Pero Henry jamás lo comprendería.

Por lo menos no lo haría ese Henry, al que en realidad jamás había conocido.

—Te habría ayudado a salvar a Imre —aseguraba Henry.

—Imre ha muerto —le informó—. Solo estoy aquí por ella.

Henry meneó la cabeza.

—No puedes salvar a todo el mundo, Val. Lo siento. Esperaba que te largaras muy lejos de aquí, pero tenías que meter las narices. Es un asunto de negocios. Mi amistad contigo era real.

Él lanzó una mordaz mirada al arma de Henry.

—No me hables de amistad mientras me apuntas a la cabeza con una pistola.

Henry apretó los labios hasta que formaron una línea incolora.

—Son negocios —repitió con dureza—. Adiós, Val.

Él volvió a mirar a Tamar, buscando sus ojos. Jamás había temido a la muerte y tampoco la temía ahora. Lo que sentía era un hondo pesar por perder

esa vida que había imaginado vivir con ella. Una improbable fantasía destinada a terminar con una bala en su cerebro, pero aun así... Aquella fantasía fugaz, esa breve esperanza había sido la parte más dulce y maravillosa de su existencia. Y a pesar de todo, estaba agradecido.

Se preparó mentalmente. Esperó la muerte sin apartar los ojos de ella.

—No —detuvo Georg a Henry de repente. El cristal roto crujió bajo sus pies cuando se dirigió hacia ellos.

Su antiguo amigo lanzó una mirada de alarma al mafioso.

—¿Qué?

—No dispares —aclaró Georg lentamente mientras le miraba con una expresión de fascinación en la cara—. Todavía no. Quiero que primero me mire.

Henry frunció el ceño.

—¿Que te mire? Quieres decir que... ¡Oh, no! Por el amor de Dios, no puedes hablar en serio. ¿Ahora?

—Sí. Será perfecto. —En los ojos de Georg brillaba una salvaje excitación—. Es la audiencia perfecta. Será la experiencia sexual de mi vida. Venga, acércalo un poco más para que pueda verlo todo. Sujétale. Quiero que él lo vea todo y que lo mates cuando me corra. Justo en el mismo momento en que me corra.

Henry hizo una mueca de aversión antes de hacerle un gesto con la barbilla a otro hombre vestido de negro.

—Apúntale a la cabeza —ordenó al tipo lacónicamente—. Si se mueve, vuélale la tapa de los sesos.

El hombre sostuvo el arma ante su sien mientras Henry se ponía a su espalda para doblarle el brazo herido primero y luego el otro, tirando de él hasta que se le resintió el hombro; entonces lo dobló con fuerza, en una estremecedora llave que envió un ramalazo de insoportable dolor a su cuerpo.

Él hinchó los pulmones con duros y trémulos jadeos. Sangraba mucho más, gruesas rojas gotas caían desde las puntas de sus dedos. La herida del hombro se había vuelto a abrir y sintió el cálido líquido esparcirse por su pecho.

Henry le arrastró hasta la esquina donde Tamar colgaba de la cuerda. El hombre que le apuntaba a la cabeza les acompañó paso a paso.

Se detuvieron a un par de metros de ella. Henry seguía detrás, el pistolero a un lado y Tamar delante, mirándolo fijamente con los ojos brillantes.

—Así será tu vida de ahora en adelante —le dijo a su viejo amigo—. Una marioneta ante los antojos de este sádico loco. Tendrás que arrodillarte para

besar su apestoso culo solo por dinero. Ya lo sabes, Henry. Te lo mereces.

—No te metas conmigo —siseó Henry—. Yo no elegí que las cosas salieran así.

—Sí, lo hiciste —aseguró—. Te has dejado comprar y pagarás por ello.

Pero cualquier pensamiento que Henry inspirara en su mente dejó de existir en el momento en el que Georg se acercó a Tamar tocándose la entrepierna.

Como si Tam necesitara un jodido reto más. Como si la situación no fuera ya demasiado complicada, tenía que aparecer Val y poner en peligro su vida.

Maldito fuera por ello. Tam habría muerto feliz con los sentimientos malheridos, odiándole con toda su alma, pensando que era un traidor sin escrúpulos, pero iba a verse forzada a observar cómo moría intentando salvarla. Era demasiado.

¿Cuántos pedazos más de su corazón iban a ser arrancados de su pecho y aplastados ante sus ojos? ¿Es que aquello no terminaría nunca?

Al menos Novak estaba fuera de combate. Quizá Rachel hubiera conseguido su milagro. O puede que no. Estaba en manos de Andrés, y era un tipo cruel al que le gustaba provocar dolor. Y Georg se dirigía hacia ella con la cara transformada en una máscara de lujuria. Se echó hacia atrás sin darse cuenta. Todavía quedaba lo peor.

«Figúrate... Un hombre que se ponía cachondo al ver a una mujer colgando de un gancho, una mujer con un brazo roto».

Ella se estremeció con una mezcla de sollozos e histéricas carcajadas. ¿Qué le pasaba con los psicópatas sádicos? ¿Por qué se sentían atraídos por ella? Debía de haber sido muy mala en otra vida para merecer esa locura. No una ni dos, sino muchas veces.

Cuando Andrés regresara con Rachel, las balas comenzarían a silbar otra vez, solo que entonces, su preciosa niña estaría a merced del fuego cruzado. Val estaba inmovilizado con un hombre apuntándole a la cabeza y ella colgaba de un gancho como una vaca en el matadero... Absolutamente indefensa.

Salvo una cosa. Hizo rodar los *piercings* con la lengua cuando Georg comenzó a tocarle los pechos, con los ojos brillantes y obnubilados de excitación. Notó sus dedos húmedos y resbaladizos cuando le estrujó los senos. Luego los bajó a su entrepierna. Aquello era dolorosamente difícil.

Tuvo que recurrir a todo su autocontrol para componer una mirada de

anhelo.

—Bésame —susurró—. Por favor. Me has salvado. Bésame antes de nada. Llevo mucho tiempo soñando con tus besos.

Él la atrajo con fuerza, haciéndola perder de nuevo el equilibrio. «¡Mi brazo, oh, Dios, mi brazo!», contuvo un chillido de dolor para no desperdiciar saliva.

Él acercó la cara, llenando su campo visual; deforme, grotesca en cada espeluznante detalle. Su aliento era agrio y húmedo, pensó cuando le mojó la cara y le robó el aire.

Puso la cápsula venenosa entre las muelas mientras calculaba la distancia, la velocidad apropiadas, contando los segundos, recabando datos. Fría y perspicaz. La zorra sin sentimientos. Todavía no... Todavía no... Tres..., dos..., uno... *Crunch*.

Rompió la cápsula.

Su boca se llenó de un amargor metálico. Los labios asquerosamente resbaladizos de Georg tocaron los suyos. Él abrió la boca.

Ella le escupió el veneno en el interior.

Georg se tambaleó hacia atrás, tosiendo, escupiendo y sacando fuera la lengua cuando el corrosivo veneno comenzó a esparcirse. Se abalanzó sobre ella y la abofeteó, pero ella no sintió nada. La golpeó una y otra vez. Notó la mejilla entumecida. Él gritaba, bramaba, pero no podía escuchar su voz.

La calculadora mental que tenía en la cabeza le recordó que solo le quedaban quince segundos... ,trece..., doce... Tenía que tragar el antídoto antes de que fuera demasiado tarde, pero no lograba coordinar los músculos de la mandíbula para morder otra vez. Se notaba floja, había gastado sus fuerzas..., nueve..., ocho..., siete... Un hormigueo helado, el entumecimiento de la muerte la recorría inexorable..., cinco..., cuatro..., mientras la sangre goteaba por su nariz...

«Rachel».

Mordió la otra cápsula. El antídoto también era amargo. Necesitaba líquido para tragarlo, pero tenía la boca tan seca como si la tuviera llena de arena y polvo. Lanzó la cabeza hacia atrás para que la sangre que le caía de la nariz resbalara hacia la garganta por el interior.

«¡Vamos, Steele! Siempre se te ha dado bien tragar píldoras amargas».

Vio que Georg caía al suelo, contorsionándose, presa de violentos espasmos. Lo vio como a través de un telescopio. No podía disfrutar de la victoria. Era demasiado tarde, estaba demasiado lejos; como si le hubiera ocurrido a otra

persona.

Tragó su propia sangre y luchó contra la oscuridad.

Fue Imre quien salvó a Val. Imre, que le había enseñado a usar su cerebro como la máquina de alta precisión que era.

Val actuó con sangre fría a pesar del miedo que le azotaba como un viento huracanado. Retrocedió tres pasos y flotó libre. Todavía olía el sudor de Henry, todavía sentía el frío círculo del cañón del arma del otro tipo presionando contra su sien; todavía sentía aquel agónico dolor en el hombro.

Todavía veía a Georg babear mientras toqueteaba a la mujer que amaba...

Pero flotaba sobre toda la escena. Esperaba en la vasta quietud de su mente a que surgiera una oportunidad. Siempre había una fracción de segundo previa, como si la mente estuviera totalmente abierta y él pudiera detectar lo que fuera, como si fuera flexible y presintiera lo que iba a ocurrir y pudiera actuar con la rapidez necesaria para aprovecharlo.

«Georg estaba besándola. Aquel puto violador estaba...».

¡No! Aquel pensamiento le desconcentraría. Lo ignoró, volvió a la matriz. «Espera... solo espera...».

Vio que, de repente, Georg se alejaba y comenzaba un extraño baile, gritando y escupiendo. Que abofeteaba a Tamar varias veces.

—¿Qué es eso? ¿Qué es? —gritó Georg—. ¿Dónde está el antídoto? —bramó—. ¿Dónde está el jodido antídoto, zorra?

¿Antídoto? ¿Veneno? ¡Oh, Dios, no! ¡Tamar, no!

La mirada conmocionada del hombre que le apuntaba se desplazó ligeramente ante el dantesco espectáculo. Él notó que la implacable presión del cañón contra su sien vacilaba durante un instante.

Se impulsó hacia atrás, contra Henry, ignorando la punzada de dolor, obligando al hombre a trastabillar...

«¡Ahora!».

Se alzó y corrió tres pasos hacia la pared, lanzando su cuerpo sobre la cabeza de Henry. Este gritó y cayó. Tocaron el suelo a la vez. El impacto hizo que Henry le soltara.

Sin embargo, al instante fue a por él con un rugido de furia y Val se encontró debajo de su enorme y musculoso cuerpo. Exhaló al tiempo que luchaba y empujó la piedra del anillo de Tamar con el pulgar, soltando la hoja. Era

pequeña, sí, pero estaba muy afilada.

Henry aferró con rapidez su muñeca ensangrentada, él se retorció, soltándose con un grito y... le clavó el anillo en la carótida.

Gotas de sangre caliente le salpicaron rítmicamente. Henry tosió, atragantándose, convulsionó y le miró fijamente con una expresión de traición.

Él se deslizó de debajo de él, le quitó el arma y se puso de pie, empapado en sangre y tambaleante.

Apuntó al hombre que le había encañonado y le hizo una silenciosa pregunta con la mirada.

El pistolero negó con la cabeza. Sus dilatadas pupilas viajaron del cadáver de Georg al de Henry, a Tamar y de nuevo al arma que él sostenía en la mano. El lugar había quedado en silencio salvo por el jadeante sonido de su respiración y el gimiente susurro del viento. Las pesadas cortinas de brocado formaban oleadas y remolinos. Las llamas de la vela brincaban, aumentando y disminuyendo de tamaño.

Vio que el tipo alzaba las manos, apuntando al aire con el arma, y que comenzaba a retroceder hacia la puerta, haciendo crujir ruidosamente los trozos de vidrio roto. Tropezó con el ensangrentado cuerpo sin vida de su colega. Le esquivó sin bajar la mirada.

—Me largo —dijo el hombre que quedaba en pie—. Ya no estoy. Jamás he estado aquí.

Val asintió con la cabeza y esperó a que el hombre se escabullera por la puerta. En el pasillo resonaron sus pasos hasta que el silencio fue absoluto.

Miró a Tamar. Ella colgaba floja de las cuerdas con los ojos cerrados, mortalmente pálida. Sangraba por la nariz. Había más sangre en la comisura de la boca. Georg estaba inmóvil aunque todavía tenía convulsiones en los pies. De entre sus labios salía una espuma sanguinolenta, tenía la cara azul y la lengua fuera.

Ella se había sacado del sombrero algún truco venenoso. Una maniobra en plan kamikaze. ¡Oh, Dios!

Durante toda su vida se había entrenado para resistir cualquier barbaridad, pero nada le había preparado para eso. Volvía a ser un niño indefenso que clavaba los ojos en el fin del mundo, derribado en el suelo del cuarto de baño.

Entonces, para su sorpresa, Tamar entornó los ojos. Los enfocó en alguna parte a su espalda, y los abrió de par en par. La vio tomar aliento.

—¡Cuidado! —gritó.

Él saltó a un lado y una bala pasó rozándole la cadera, provocando un

profundo surco que se sumó a sus otras heridas. Novak sonrió con maldad desde la piscina de sangre que se formaba bajo su cuerpo, en el suelo, con el esquelético cuello arqueado, y alzó la Walther PPK para volver a intentarlo.

Antes de que pudiera hacerlo, él vació el cargador de la Taurus de Henry en el anciano y siguió apretando el gatillo compulsivamente aun después de que el arma estuviera vacía.

Lanzó una salvaje mirada a su alrededor.

—¿Alguien más? ¿Alguien?

Nadie se movió. Nadie habló.

Se abalanzó sobre uno de los cadáveres, el joven al que había clavado el cuchillo en la garganta. Se lo arrancó bruscamente y corrió hacia Tamar.

Rodeó su delgado cuerpo mientras serraba la cuerda. No pasó mucho tiempo antes de que lo consiguiera y ella cayera entre sus brazos. Estaba cubierta de diminutos regueros de sangre. Pequeñas heridas, provocadas por los fragmentos de vidrio roto de las ventanas.

La alzó y miró a su alrededor en busca de un lugar que no estuviera lleno de cristales. No vio ninguno.

Se dejó caer de rodillas y la acunó.

Ella abrió los ojos; su mirada era tan penetrante como siempre.

—No me b-beses —graznó ella con un tembloroso susurro—. Soy venenosa.

Él se sintió desesperado.

—¡Joder! —gritó con la voz entrecortada—. Me matas igual, Tamar.

Ella curvó ligeramente los labios.

—No seas melodramático —susurró—, idiota.

Sus ojos se encontraron, llenos de dolor y deseo. La vio respirar hondo antes de decir el nombre de su hija con un suspiro.

—Rachel... La tiene Andrés...

Le ordenaba sin palabras que se pusiera en marcha.

—Sí —convino con la voz ronca, apartándole el pelo de la cara empapada de sudor—. Entiendo. —La besó en la frente húmeda y fría—. Hay cristales por todas partes —explicó, indefenso—. No sé dónde ponerte.

—A la mierda los cristales —graznó ella—. Rachel te necesita... Mueve el culo...

La depositó en medio de la alfombra, en un lugar que limpió con la bota lo mejor que pudo. Luego se obligó a mover las piernas temblorosas y a examinar la cruel carnicería que cubría el suelo en busca de armas cargadas.

«Rachel». Sería lo último que podría hacer por ella.



Connor miró fijamente a través del parabrisas. Los ojos le ardían como carbones. La atmósfera en el taxi estaba impregnada de la misma tensión que si hubiera una bomba a punto de explotar.

No había nada que decir. Ya se había hablado hasta la saciedad. Habían diseccionado, desmenuzado, afrontado la cuestión... y después habían revuelto los pedazos. Estaban a punto de soltar cualquier barbaridad que podía hacer que los demás estallaran, así que ahora habían adoptado un silencio sombrío y protector.

Él iba sentado en el asiento del copiloto, con el monitor del localizador sujeto firmemente entre las manos. El conductor sentía el enrarecimiento que flotaba en el aire a pesar de la barrera idiomática y los miraba con nerviosismo por el retrovisor. Seth, Sean y Davy se apretujaban en el asiento trasero, con los ojos rojos y sombríos; tensos, obligados a contener los pensamientos de lo que podría haberle ocurrido ya a Rachel, sobre todo considerando que sus captores les llevaban una ventaja de diez horas.

Lo único que podían hacer en ese momento era alcanzar la posición desde la

que el plumífero rojo de Rachel emitía la señal y ver qué había ocurrido. Él había llamado al enlace del FBI en Budapest en cuanto pisaron suelo húngaro para ponerle al tanto de lo que estaba ocurriendo. Este le aseguró que alguien se enteraría de lo que pasaba al tiempo que le prohibía acercarse a Novak.

¡Qué cojones! Ninguno de ellos había aprendido todavía a hacer lo que les ordenaban y su única preocupación en ese momento era Rachel. Tenían que ser los primeros en llegar.

Estaban ya en la recta final. Cruzaban un antiguo y estrecho puente de piedra que salvaba un riachuelo, antes de que el camino se convirtiera en una larga avenida junto a un alto muro de piedra. Todos percibieron las cámaras que jalonaban la parte superior a intervalos regulares. El taxista se detuvo ante una enorme verja. Estaba abierta... Aquello era muy extraño.

—Ya hemos llegado —aventuró el hombre con timidez.

Mientras observaban el entorno, aparecieron corriendo dos hombres que atravesaron el portón a toda velocidad. Ni siquiera miraron al interior del vehículo, huyeron hacia el puente como si les persiguiera el propio diablo.

Aquello era extrañísimo.

El taxímetro marcaba ciento cincuenta y cinco euros. Tendió al conductor dos billetes de cien euros antes de bajarse del taxi atropelladamente. El coche arrancó haciendo rechinar las ruedas. No culpó a aquel tipo; sin duda aquello no pintaba nada bien.

En ese momento apareció otro hombre corriendo. Davy le agarró y le inmovilizó, poniéndole uno de sus gruesos antebrazos en la garganta.

—¿Qué ocurre ahí dentro? —exigió.

El tipo farfulló algo en húngaro. Davy le sacudió y probó a repetir la pregunta en francés y en alemán. El hombre se retorció, luchando y graznando, presa de la histeria. Por fin, su hermano le soltó, empujándole con repugnancia.

—Lárgate de aquí —le oyó mascullar.

El muy cobarde comenzó a correr, trastabillando, y huyó lo más rápido que podía.

—Las ratas abandonan el barco —comentó Sean—. ¿Dónde está Rachel?

Él miró el pequeño monitor del localizador que sostenía en la mano.

—Localizada. Debemos ir a por ella. Las cámaras ya no tienen importancia. Aquí ha ocurrido algo y cada uno está intentando salvar su vida.

Comenzaron a trotar en silencio por la larga avenida cubierta por las copas de los árboles. Nadie los detuvo; nadie les disparó. Al poco rato apareció ante

sus ojos un enorme y decadente palacio dieciochesco.

Lo rodearon siguiendo la señal y se encontraron delante de una construcción de menor altura que en tiempos debió corresponder a los establos. Se acercaron. Cuarenta metros. Treinta. El icono parpadeaba en la pantalla, llamándolos.

Entraron en el cobertizo y miraron, alertas, a su alrededor empuñando las pistolas.

Allí no había nadie, solo una larga fila de plazas de aparcamiento. Quince metros..., diez..., ocho... Un silencio sepulcral.

La señal provenía del interior de uno de los coches. El corazón se le aceleró por el temor. Cinco metros..., cuatro..., tres..., ya estaban. Un Mercedes *coupé*.

Allí dentro no había nadie. Dirigieron la luz de las linternas al interior... Nadie. Las puertas estaban cerradas con llave.

Se apiñaron alrededor del capó y clavaron los ojos en el maletero. El localizador estaba allí dentro. Intentó abrirlo, pero, por supuesto, estaba cerrado.

Tragó saliva y dio algunos golpes.

—¿Rachel? ¿Cariño?

No respondió nadie. Seth se abrió paso con una enorme y oxidada herramienta de jardinería que parecían unas tenazas para cortar setos.

—Todo el mundo fuera.

Ellos se alejaron y Seth pareció volverse loco. Comenzó a aporrear el capó entre golpes y maldiciones hasta que el vehículo fue irreconocible.

Por fin, cedió la cerradura y abrieron el maletero.

El plumífero rojo de la niña estaba allí, pero Rachel no. Les llegó olor a orina. Puso la mano debajo del anorak, tanteando.

Sí, allí estaba. Humedad. Orina.

—Se hizo pis —comentó—. La metieron en el maletero. Dejaron a una criatura de tres años en el puto maletero de un jodido coche.

Hubo tres segundos de horrorizado silencio. Fue Sean el que lo rompió.

—Pongámonos en movimiento —dijo con severidad—. Vayamos de caza. Necesito asesinar a alguien ya.

—Vamos —gruñó Seth.

El sonido de un disparo llegó repentinamente desde la mansión.

Comenzaron a correr a la vez.

Val reconocería los gritos de Rachel en cualquier sitio, ahogaban cualquier otro ruido: el disparo de un arma, un ataque aéreo, incluso el incontenible palpitante de su corazón que resonaba en sus oídos. Siguió el sonido tambaleándose en una carrera insegura, impulsado tan solo por la adrenalina. Dejaba tras de sí un rastro de sangre, pero no le importaba. Si la que todavía conservaba en las venas era suficiente para matar a Andrés, sería bastante.

Dejó de escuchar el sonido y se detuvo intentando oírlo de nuevo. Las heridas latían y ardían; todas, las viejas y las nuevas. Tenía un agujero que le quemaba en el pecho. Le dolía respirar. Sin duda tenía las costillas rotas por las balas que había detenido el Kevlar.

Dobló una esquina y percibió de nuevo el agudo chillido, esta vez con más nitidez. Se obligó a avanzar. La sangre manaba sin parar de la herida de la cadera, resbalando por la pierna hasta el pie. La bota chapoteaba a cada paso.

La distribución del lugar volvió a su memoria. El sonido parecía provenir de algún punto en el piso superior, aunque también podía tratarse de una ilusión auditiva. Corrió hacia la grandiosa escalera y subió los escalones de tres en tres, presa del terror. Podía intentar conseguir lo que Tamar le había ordenado, pero sabía muy bien hasta dónde era capaz de llegar un cuerpo humano herido, como el suyo. Y conocía de sobra aquella sensación de debilidad... El frío que le inundaba, el desagradable cosquilleo...

Solo le quedaban unos minutos antes de que su cuerpo se colapsara.

Se detuvo en la parte superior de la escalera para escuchar en medio del silencio. Allí estaba, un chillido; giró con rapidez hacia la izquierda. Siguió el pasillo hacia el sonido, prescindiendo ya de cualquier atisbo de sigilo.

Andrés apareció en ese momento en la esquina con una indomable Rachel retorciéndose y contorsionándose bajo su brazo. Con la otra mano empuñaba un arma.

El psicópata se detuvo en seco al verlo y alzó a Rachel para cubrirse con el pequeño cuerpo el pecho, el cuello y la cabeza.

Val se lanzó contra la puerta más cercana cuando Andrés abrió fuego. La embestida arrancó la podrida madera de las antiguas y oxidadas bisagras y cayó de bruces en una sofocante oscuridad mientras las balas impactaban violentamente contra las paredes y el suelo, haciendo que volaran por encima de su cabeza pedazos de vidrio, astillas de madera y partículas de estuco.

—Se acabó, Andrés —gritó en cuanto se hizo el silencio—. Todos han muerto. Déjala en el suelo.

—¿Quién ha muerto? —exigió Andrés.

—Todos —repitió—. O están muertos o están huyendo. ¿No has escuchado los disparos?

Andrés permaneció en silencio. Evidentemente, los había oído y no sabía qué hacer al respecto.

—Yo juzgaré cuándo ha acabado todo, gilipollas —gruñó, pero había duda en su voz.

Rachel soltó otro de esos agudos chillidos que hacían vibrar dolorosamente cada célula del cuerpo. Se escuchó un cachete y una maldición ahogada.

—Cállate de una puta vez, demonio, o yo te haré callar.

Las palabras se vieron amortiguadas por otro chillido, todavía más fuerte que el anterior. Él se abalanzó hacia la puerta y asomó la cabeza.

Shssss.

Una bala cruzó por encima de su oreja, agitándole el pelo. Se retiró de un brinco, pero había averiguado que Rachel seguía retorciéndose y todavía le servía de escudo a Andrés, impidiendo que pudiera hacer un buen disparo. *Merde!* Estaba atrapado, como una jodida rata en una jaula. No podía responder al ataque de su enemigo ni perseguirle. Era inútil.

—Estoy apuntándole a la cabeza —dijo Andrés en tono burlón—. Tira tus armas al pasillo y sal con las manos en alto. Vamos a hablar con el jefe.

—Está muerto —repuso en tono cansino.

—Por supuesto que sí —canturreó Andrés con fingida dulzura—. Y esta pequeña gritona también lo estará. Apenas puedo esperar a verlo.

—Se acabó. Novak está muerto. Todos han muerto —repitió.

—¿De veras? Si el jefe está muerto, cuéntame, ¿por qué no la mato ahora mismo? O mejor todavía, podría dispararle a una mano, a un pie. Será un placer después de todos los problemas que me ha causado. Ya puestos, podría dispararle directamente a la rodilla, ¿qué te parece la idea? ¿Pruebo?

—No —se apresuró a decir él—. No lo hagas.

—¿No? ¿No te gusta la idea? Pues tira el arma, cabrón. Hazlo ya.

Las culatas de las armas se habían vuelto pegajosas al secarse la sangre. Tuvo que despegarlas de la mano; la Beretta y la SIG que había obtenido de los agentes muertos de PSS.

—¿No me has oído, jodido hijo de puta? —La tensión hacía que la voz de Andrés resultara más aguda—. Voy a contar hasta cinco, y si no las tiras al pasillo, perderá un pie. Uno..., dos..., tres...

Dejó caer las armas. Las arrojó ruidosamente sobre las baldosas.

—Lánzalas de una patada al pasillo —ordenó Andrés, alzando la voz por encima de los chillidos de Rachel—. Luego sal con las manos en alto.

Pateó las armas.

Tenía las manos cubiertas de sangre cuando las hizo asomar por la puerta con los dedos abiertos y las palmas hacia arriba, para demostrar que estaban vacías.

—Sal de ahí. Los brazos en alto.

Caminó lentamente hacia el pasillo con las manos por encima de la cabeza.

Andrés sostenía a Rachel con un brazo alrededor de la cintura, una cruel y firme tenaza. La niña seguía luchando contra él, sin aflojar en ningún momento.

Él quiso aplaudir, Tamar estaría orgullosa de su hija. Clavó los ojos en Andrés, balanceándose como un equilibrista suspendido ante un agujero lleno de lava hirviendo. La sangre le goteaba por el brazo, lenta, caliente y resbaladiza.

Jaque mate. «Retrocede tres pasos. Desvincúlate de la acción. Flota. Espera el momento».

Rachel se agitó, intentando liberarse, fracasó y volvió a gritar. Andrés tuvo que esforzarse al máximo para sujetarla.

—De rodillas —gruñó—. Y tú, pequeña mierda, estate quieta o te arrancaré la piel a tiras.

Val se dejó caer sobre las rodillas. Esperó, con los sentidos alerta y la mente abierta. «Espera la oportunidad... Espera...».

Andrés intentó sujetar mejor a la niña, alzándola más arriba. Rachel se precipitó contra su cara como si fuera a besarle. De pronto, Andrés la apartó bruscamente de su cara y la arrojó al suelo. Tenía un mordisco en la mejilla. Una herida abierta en la piel...

«¡Ahora!».

Deslizó hasta su mano la Walther PPK que ocultaba en la manga de la chaqueta mientras Rachel gateaba con agilidad hacia la puerta por la que él había salido. Andrés disparó a la niña mientras gritaba algo ininteligible, con la cara deformada cubierta por una mano.

Él comenzó a dispararle. Bang, bang, bang... Cabeza, garganta, pecho...

Andrés cayó hacia atrás con una estúpida mirada de sorpresa en la cara. Había un agujero en el centro de su frente.

El repentino silencio desorientó a Val. El frío distanciamiento que lo envolvía se evaporó en el mismo momento en que no lo necesitó. Comenzó a temblar sin control. Estaba casi al límite y tuvo que obligarse a levantarse.

Caminó tambaleándose, cojeando, hasta Andrés. Se arrodilló a su lado para asegurarse de que estaba muerto. Le movió con el cañón del arma; solo le convenció el estado del cráneo. Allí dentro había muy poca cosa ya. Bien.

Se dirigió a la habitación, tropezando dolorosamente con diversos obstáculos mientras intentaba adivinar dónde podía encontrar un interruptor de luz, pero la oscuridad era muy densa. La estancia parecía ser un almacén de mobiliario antiguo, bastante voluminoso, que se hallaba cubierto con lonas.

Incluso podría no haber instalación eléctrica. Las alas posteriores de aquel viejo palacio estaban en el mismo estado en que se encontraban en el siglo XVIII. Allí no había electricidad, fontanería o saneamiento.

—¿Rachel?

Se arrodilló con un gruñido de dolor, dejando que le iluminara el tenue resplandor que entraba por la puerta para que ella pudiera verle desde cualquier punto que estuviera. Si estaba viva. Si Andrés no la había alcanzado.

—¿Rachel? —repitió, intentando que su voz sonara normal, pero le salió aguda y temblorosa, apenas reconocible—. Soy Val, ¿te acuerdas de mí? El amigo de mamá. Ya acabó todo. Sal, por favor. Ven conmigo.

Y para su sorpresa, ella lo hizo. Escuchó un susurro, un chirrido y el diminuto cuerpo reptó por el suelo hacia él. Rachel se abalanzó sobre él haciéndole caer de culo y le rodeó el cuello con los brazos. Él la abrazó con fuerza, temblando sin control. Estaba viva.

¡Ah, no! Todavía no, por favor. No podía derrumbarse ahora. Todavía no.

Se levantó con ella en brazos. No le quedaba mucho tiempo. Tenía que encontrar a alguien que se ocupara de ella, hacer una llamada, disponerlo todo... No podía desmayarse y dejar a Rachel sola en aquel matadero, solo porque estuviera quedándose sin sangre.

Esa no era una excusa. Se lo había prometido a Tamar.

Se dirigió al corredor, tropezando contra las paredes y respirando con mucha dificultad.

—¿Mamá? —preguntó Rachel con un hilo de voz.

Él sintió como si un puño le oprimiera el corazón.

—Lo siento, cariño. No sé cómo está mamá —susurró—. Ahora iremos a buscarla.

Rachel apretó los ojos con fuerza y clavó los dedos en la tela empapada de sangre de su chaqueta.

—Mamá, mamá, mamá —repitió como un mantra, bloqueando el mundo con aquella palabra mágica.

Él le envidió el truco.

Recogió sus armas y tomó rumbo al salón de los santos, siguiendo su propio rastro de sangre. No sabía qué hacer ahora. Sin duda no podía llevar a Rachel al lugar donde su madre yacía, desnuda y cubierta de sangre, y menos si había ocurrido lo indecible. Pero la vibración de Tamar le arrastraba como si tuviera un cable de acero anclado en su interior y alguien estuviera tirando de él sin piedad.

El peor momento fue cuando dobló la última esquina hacia el salón de los santos y vio a dos hombres. Sin embargo, en cuanto pudo enfocar la vista, reconoció al instante aquel pelo rubio.

Connor McCloud, Seth Mackey. Se sintió tan aliviado que podría haber llorado... y no le hubiera importado quién le viera.

Connor corrió hacia ellos al verlos, con la cara pálida por la tensión.

—¡Oh, gracias a Dios! ¡Gracias a Dios! —masculló—. ¿Rachel? ¿Cariño? ¿Estás bien? ¡Santo Dios, Janos! ¿De dónde ha salido toda esta sangre? Rachel está...

—No es suya —jadeó—. Ella está bien.

Connor tendió los brazos. La niña soltó a Val y se aferró al otro hombre.

—¿Mamá? —preguntó.

—¡Oh, cariño, no sé dónde está! —repuso Connor, impotente.

Rachel comenzó a sollozar. Él les dio la espalda y, arrastrando los pies como un muerto viviente, entró en el salón de los santos.

El lugar estaba frío y oscuro. El viento susurraba por las ventanas rotas. Davy y Sean se inclinaban sobre la figura inmóvil de Tamar, hablando en susurros el uno con el otro. La habían cubierto con una manta térmica y Davy le bombeaba el pecho con un masaje cardíaco.

Él se dejó caer de rodillas junto a ellos, apenas consciente de los trozos de vidrio roto que se clavaron en su carne.

—¿Cómo está?

—Viva —dijo Sean—. No sé cómo ni por cuánto tiempo, considerando eso. —Señaló el horripilante cadáver de Georg, arqueado en un arco retorcido. De la boca, la nariz y los ojos desorbitados fluía un reguero de sangre—. Ella ha debido ingerir el mismo veneno que tomó él.

—Lo besó y él murió —comentó.

—Eso es lo que he deducido. —La voz de Sean era fúnebre—. Tiene un *piercing* en la lengua en cuyo interior había una cápsula venenosa. Esta chica está como una puta cabra. Comienza a hartarme.

Él ahuecó la mano sobre su barbilla e intentó abrirle la boca. Sean se la apartó de un manotazo.

—¡No la toques, por Dios! Algunos de los venenos que ella usa se absorben por la piel. Ni siquiera podemos hacerle el boca a boca.

—A mí me da igual el veneno —dijo él—. Yo le haré el boca a boca.

Davy le miró con dureza.

—Ni hablar. Las cosas ya están bastante jodidas sin que tú también estés a punto de palmarla. Inténtalo y te dejaré fuera de combate.

No le costaría mucho, pensó él, arrodillándose en el suelo y mirando a Tamar, todavía viva.

Su rostro parecía una delicada y pálida máscara de cera.

—Tengo que hacer algo —dijo, estremeciéndose—. Llamar a un médico. Y también deben examinar a Rachel. Dadme un móvil... Llamaré a una ambulancia...

—Ya se ha ocupado Connor —le interrumpió Davy—. El enlace del FBI se ocupa de todo. Hay cuerpos por todas partes. Dinos, Janos..., er..., ¿qué cojones ha pasado aquí? ¿Te los has cargado tú?

—No. Solo he matado a algunos —repuso vagamente—. No sé, siete u ocho. La mayoría se aniquilaron entre sí. ¿Qué estás haciéndole en el brazo?

—Lo tiene roto —musitó Sean—. Esos cabrones hijos de puta la han tenido colgando de una cuerda por un brazo roto. No puedo hacer nada con respecto a sus venenos, pero al menos puedo inmovilizarle el brazo.

Los cristales rotos se le clavaron en el trasero cuando se cayó a un lado; se sostuvo con una mano ensangrentada. La habitación comenzaba a desvanecerse.

Se empeñó en seguir despierto, alerta. No quería dejar a Tamar mientras todavía respirara. Sería desperdiciar un tiempo precioso con ella.

Pero ya no soportaba por más tiempo el peso que suponía permanecer consciente. Se desvanecía. Se deslizaba irremisiblemente hacia la oscuridad.

«¡Oh, joder! ¡Está herido!», escuchó que decía alguien en tono de exasperación antes de que se perdiera en la nada.



Cray's Cove, cinco semanas después...

Val detuvo la moto ante una señal de stop antes de tomar el desvío hacia casa de Tamar. El lugar era muy diferente a la última vez que lo vio. Ahora era un camino en condiciones, no una senda de ciervos camuflada. El acceso estaba recién asfaltado y había un poste blanco que sostenía un buzón grande y brillante con una placa en la que ponía «STEELE» en grandes letras negras. Observó que había una ranura para el *Washingtonian* y otra para el periódico local.

Aquello le desorientó. Por un momento dudó de su prodigiosa memoria, pero fue solo durante un instante. Se había preocupado de conocer las coordenadas exactas de la presencia física de Tamar en la tierra desde que supo de su existencia. No se había equivocado sobre eso. Aceleró el motor con un rugido, que ahogó la maldición que masculló en voz baja.

Tenía miedo tras aquellas interminables semanas de enigmático silencio. Temía lo que aquel mutismo podía significar. Estaba tan jodidamente asustado

que apenas podía comer y, si fuera sincero consigo mismo, reconocería que tampoco respiraba con demasiada fluidez.

Típico de Tamar hacer sudar a un hombre, pero le parecía que con él estaba siendo demasiado cruel. Tras permanecer algunas semanas al borde de la muerte, solo le quedaban dudas y preguntas. ¿Debía ir a buscarla? ¿Sería mejor que esperara?

Pero no podía pasarse la vida esperando. Era una lenta agonía que le mataba poco a poco. Tenía que saberlo ya.

Además, conocía a Tamar. A ella le gustaba la fuerza; la necesitaba. Tenía que ser fuerte por ella. El miedo le debilitaba, así que debía ser valiente.

¡Ja! Sin duda era un gran desafío, pero se enfrentaría a él con todo su ser.

Las dudas siguieron irritándole y aguijoneándole. Era cierto que ella jamás le había dicho que le amaba, salvo aquella vez que recordaba como un sueño nebuloso, en la casa rural, cuando lo había esposado a la cama y drogado. Pero eso podía ser producto de su fantasía. Algo cuestionable a todos los niveles.

Había esperado que intentar salvarla a ella y rescatar a Rachel fuera un punto a su favor. Sin embargo, resultaba evidente que no era así; ella ignoraba su existencia desde entonces.

Se detuvo de nuevo, ahora ante un portón automático. Había una cámara enfocándole por encima de la cabeza. Apretó el botón del videoportero y esperó a que respondieran.

Aquel sencillo portón no poseía ni pizca de la sofisticada tecnología camuflada que había contenido el falso granero que había allí antes. Ella se había deshecho de toda aquella seguridad de última tecnología y la había sustituido por medidas más básicas y evidentes. En otras palabras, había bajado las defensas.

Se preguntó si eso daba alguna pista sobre su estado de ánimo actual. Esperaba que fuera positivo para él, pero le daba miedo especular al respecto.

Nadie respondió al zumbido. Daba lo mismo, iba a entrar igual.

Estaba preparado para enfrentarse a cualquier cosa, incluso a un arma cargada. Nada podía ser peor que aquella vacuidad eterna. Primero fue el aburrimiento y el dolor sufridos durante la convalecencia, luego el intensivo interrogatorio y las sucesivas negociaciones posteriores con PSS. Después llegaron todos aquellos días tranquilos e interminables en los que permaneció solo y aturdido en su apartamento en Roma, sentado en una silla y mirando fijamente, durante horas, las sombras en la pared. Incapaz de comer, dormir o

moverse.

Todo lo que intentaba hacer parecía una inútil comedia, vacía de cualquier significado. Sin relación con nada que pudiera importarle. ¿Qué podía hacer? Todo lo que contaba le había sido arrebatado.

Lo único que hacía era pasear, vivir y respirar a medias. Le habían arrancado el corazón.

El interfono emitió por fin un *pip*.

—¿Quién es? —contestó una voz femenina que no era la de Tamar.

—¿Es la casa de Tamara Steele? —preguntó.

Una larga pausa.

—¿Quién lo pregunta? —respondió la mujer finalmente.

—Valery Janos. ¿Está ella en casa? —Se aproximó y miró a la cámara para permitir que quienquiera que estuviera observando le echara un largo y exhaustivo vistazo.

El portón hizo clic y se abrió con una tenue vibración. Aceleró la moto para atravesarlo y recorrió la larga y sinuosa senda que llevaba a la cresta de la montaña que por un lado caía en picado sobre el océano Pacífico. La ladera estaba salpicada de pinos de gran altura y cubierta por un espeso manto de niebla. La playa, ancha y brillante, aparecía azotada por olas de espuma blanca. Era un paisaje dramáticamente hermoso, muy apropiado para una mujer como Tamar.

Cuanto más cerca estaba de ella, más le dolía el pecho.

¿Se habría esfumado la anhelada fantasía que había proyectado en ella aquel amanecer en la habitación del hotel en San Vito? Entonces había visto algo en los ojos de Tamar que cambió la naturaleza de su existencia. Su alma se despertó, así como también su corazón, su cerebro y otras partes de su cuerpo que no sabía nombrar. Todas y cada una de ellas habían abandonado la muerte en vida en que se encontraban. Pero ahora no hallaba paz.

¿Habría ocurrido en realidad aquel nebuloso recuerdo? ¿Realmente Tamar le había dicho que le amaba?

Cuando se detuvo en el camino, vio que el garaje estaba abierto. Una joven con una salvaje cabellera roja y rizada se encontraba en el quicio de la puerta, con un bebé retorciéndose entre sus brazos. Margot McCloud, recordó. La esposa de Davy. Y no sonreía.

Él, que podía entablar una conversación en diez idiomas diferentes, se quedó callado, intentando tragar el seco nudo que había aparecido en su garganta.

—¿Está Tamar aquí? —preguntó cuando por fin recuperó el habla.

Margot recolocó al bebé mientras le estudiaba con solemnidad.

—Sí. Está trabajando en el estudio.

Le dio un vuelco el corazón.

—¿Todavía no sabe que estoy aquí?

La mujer de Davy meneó la cabeza y sus rizos rojos flotaron en el aire, formando remolinos.

—No, todavía no lo sabe. Mientras trabaja, tiene puestos unos auriculares con música a todo volumen. Pasa.

La siguió a un cuarto de seguridad, donde había un equipo de vigilancia muy sofisticado que parecía desactivado. Por lo menos los cables no estaban conectados a ningún enchufe.

Una vez en lo alto de las escaleras, miró a su alrededor, fascinado. El espacio donde vivía Tamar era justo cómo había esperado; minimalista, austero y, aun así, sutilmente opulento. Las líneas eran limpias y las vetas de los claros paneles de madera parecían formar voluptuosos remolinos. Por cada una de las enormes ventanas triangulares podía apreciarse una vista magnífica. Aunque nunca había estado allí, sintió como si reconociera el lugar. Lo mismo que ella, era inflexible, sombrío y hermoso.

Pasó ante una estancia caótica y desordenada con una nota de color: juguetes, libros, puzles, móviles, pinturas... De pronto, una pequeña forma salió por aquella puerta y se aferró a sus piernas.

—¡Val! ¡Val! —canturreó Rachel, pegada a su muslo.

Se sintió conmovido ante la cálida bienvenida, pero le pilló por sorpresa la repentina oleada de ternura que sintió por la niña. La tomó en brazos y ocultó la cara contra su rizado cabello durante unos breves segundos, hasta que aquel brumoso y tembloroso sentimiento desapareció.

—Hola, cariño —susurró.

Una mujer madura, entrada en carnes y con un moño lleno de canas se detuvo en el umbral para clavar en él una mirada llena de curiosidad. Tenía que ser Rosalía.

—Rachel y yo somos viejos amigos, *senhora* —le explicó en portugués al notar que ella tenía los ojos abiertos como platos, mientras besaba la coronilla de la niña.

Rosalía pareció encantada.

—¡Ah! Así que usted es el famoso Val, ¿eh? —Lanzó una feliz mirada a Margot y le guiñó el ojo—. ¡Qué bien! Venga, suba y hable con ella. La señora Steele está también muy triste. Le animará ver a un joven atractivo como usted.

Eso estaba por ver, reflexionó con desolación. Dejó a Rachel en brazos de la mujer, prometiéndole que regresaría luego a jugar con ella para apaciguar sus protestas. Era una desesperada promesa que esperaba poder cumplir.

—Ven conmigo —dijo Margot—. Te mostraré el camino.

Siguió a Margot por el pasillo, alejándose de los fuertes aullidos desaprobatorios de Rachel. Subieron una escalera de caracol. Todas las células de su cuerpo se estremecían de miedo y habló, solo para distraerse de tal sensación.

—¿Qué tal está Tam?

Margot le miró por encima del hombro.

—Mmm...En mi opinión, no muy bien. Pero será mejor que le preguntes a ella. Hemos hecho turnos para venir aquí y vigilarla, y ni siquiera ha tenido energía para echarnos. Sin embargo, está en ello. —Margot se detuvo ante una puerta de madera labrada y le lanzó una mirada especulativa por encima de los rojos rizos de su hija.

—No la sobresaltes si puedes evitarlo —le aconsejó—. Estos días está muy nerviosa. No duerme demasiado.

—¿Quieres decir que podría matarme *sin querer*?

Ella sonrió mientras abría la puerta.

—Tú lo has dicho, no yo.

Tamar tenía puestos unos auriculares y estaba inclinada sobre un banco de joyero, de espaldas a ellos. Vestía unos pantalones flojos, caídos por las caderas y una diminuta camiseta negra que no le cubría el ombligo ni sus curvas femeninas. Estaba descalza y llevaba el pelo recogido en una gruesa trenza color caoba.

Estaba ensimismada en su trabajo y se contoneaba sinuosamente al ritmo de una música que solo ella podía escuchar. Había adelgazado; sus brazos parecían más finos. Percibió cicatrices de una operación quirúrgica en el derecho. Los McCloud le habían informado de que había tenido que entrar en quirófano para reparar los huesos rotos y los tendones desgarrados.

Clavó los ojos en aquellas cicatrices y guardó silencio. Le dolía la garganta.

Margot se aclaró la voz.

—Creo que os dejaré solos. Estoy segura de que querréis hablar en privado.

—Sí, será lo más conveniente —aseveró él—. De esa manera no moriremos los dos.

Ella se atragantó con la risa.

—Buena suerte.

La puerta se cerró con un clic.

Él la observó con avidez. Tras tantas semanas lejos de ella, estaba hambriento de su imagen. Cada detalle era perfecto. La esbeltez de su espalda, la cremosa textura de su piel, las líneas marcadas de sus pómulos, los pantalones que dejaban a la vista las gráciles curvas de sus caderas.

Se sintió indefenso, perdido. No tenía ningún plan, solo una necesidad y un anhelo incoherentes. No se le ocurría ninguna manera de reclamar su atención que no supusiera una desagradable inyección de adrenalina, así que esperó. Ella poseía un sexto sentido, igual que él. Pronto sentiría su mirada y se daría la vuelta.

Y él sabría si la vida le ofrecía alguna esperanza de felicidad o no.

No..., No era cuestión de esperanza, se dijo a sí mismo con decisión, era una batalla de voluntades. Ella podía aceptar su amor o podía matarle. Asesinarlo era la única manera en que podría quitárselo de encima. Aquellas eran las opciones... y eran muy sencillas.

No pensaba marcharse insatisfecho de ese lugar.

«¿Cómo podría amar un hombre algo así? Los hombres no aman a las mujeres como tú. Las usan y las descartan como la basura que son».

Tam ignoró la insidiosa voz fantasmal que traspasaba sus defensas mentales.

«Vete a la mierda, Novak —susurró para sus adentros—. Estás muerto. Has perdido».

Jodido viejo. Ya estaba otra vez taladrándole la mente. «Nada de eso es cierto», se recordó a sí misma. «No te dejes engañar. No piques el anzuelo. No le dejes ganar». No permitiría que la arrastrara con él al infierno ahora, cuando ya estaba a salvo en casa.

Por lo menos allí estaba físicamente, aunque su mente era un caos absoluto.

Se concentró en la música que resonaba en los auriculares y enfocó la atención en la pulsera en la que estaba trabajando. Aquella cruel vocecita que susurraba en su mente acabaría por desaparecer con el tiempo, pero... sería un proceso lento. Muy lento. Cada vez que se quedaba ensimismada con la mirada perdida en el aire —algo que ocurría a menudo—, la sibilante voz de Novak estaba allí para llenar el vacío, susurrando su constante sarta de crueldades y mentiras.

¡Joder! Tenía que superar eso de una vez. Rachel también tenía sus fantasmas

y tenía que ser fuerte por ella. No podía permitirse el lujo de lloriquear y compadecerse.

Pero, ¡oh, Dios!, era muy duro. Se sentía como si pesara dos toneladas. Estaba cansada, triste y vacía. Tenía el brazo jodido y la dosis de veneno había resultado casi letal. Suspiraba por Val. No pasaban veinte segundos sin que pensara en él, sin que soñara con él. Ahora que las toxinas habían abandonado su cuerpo, le ansiaba. Comenzaba a sentirse casi humana otra vez, incluso se sentía mujer; lo que quería decir que, además de las horribles pesadillas, la atormentaban intensos sueños eróticos en los que él era el principal protagonista. La angustia era tan intensa que le resultaba difícil elegir qué clase de pesadillas eran más agobiantes.

Él no la había llamado por teléfono ni se había puesto en contacto por correo, ya fuera el habitual o su variante electrónica. De acuerdo, ella tampoco lo había hecho. En cuanto fue capaz de mantenerse en pie, había tomado a Rachel y se había largado, atravesando océanos y continentes, incluso mucho antes de lo que los médicos le habían recomendado.

No hubiera podido soportar verle. Estaba sobrepasada. «Y también envenenada, contaminada y hecha una mierda», añadió para sus adentros. Agotada. Todo había contribuido a ello: el veneno que tragó, ser babeada por Georg, la preocupación que sentía por Rachel, las ponzoñosas palabras que Novak había desgranado en sus oídos, los vídeos, que daban vueltas y vueltas en su mente...

Y también influía la dura conversación que había mantenido con Val cuando este estaba esposado a la cama, furioso por su traición, tras haberle rociado con una droga para poder huir a asesinar a Stengl.

Teniendo en cuenta todo eso, tenían mucho que discutir.

No podía soportar la idea de que él la mirara y que la viera tal y como ella se veía. De hecho, no quería ver a nadie. Resultaba doloroso, punzante. La única razón por la que transigía era por el bien de Rachel.

Por eso continuaba permitiendo que el clan McCloud siguiera yendo por allí, aunque andaban de puntillas a su alrededor como si ella fuera un jodido peligro. Pero lo toleraba por el bienestar de su hija, para que esta tuviera una referencia sana y cuerda en su vida, además de la sufrida Rosalía. No podía confiar en sí misma para ello. Más bien al contrario.

Había pensado en ponerse en contacto con Val por correo electrónico, utilizando la distancia que proporcionaba la Red para asegurarse cierta protección emocional. Incluso había llegado a buscar la página de Capriccio

Consulting en Internet y escrito algunas palabras en el contacto. Pero siempre había habido algo que le paralizaba la mano en cada intento. Y ese algo era lo mismo que hacía que las escenas eróticas rodadas en aquel hotel de San Vito y en el Huxley dieran vueltas en su cabeza. Imágenes transformadas por el frío ojo de la cámara en actos pornográficos.

Veía sanguinolentos y malvados ojos verdes acechándola en la oscuridad cuando yacía en la cama, sin dormir. En el momento en que por fin conciliaba el sueño, se veía a sí misma, pálida como la leche, con la piel de gallina por el frío, cubierta por sucia lencería de seda roja. Sola, temblorosa, con todos los monstruos de su vida girando a su alrededor y relamiéndose los labios.

Y luego las palabras que inundaban su mente. Las voces malas... «Los hombres no aman a las mujeres como tú. Las usan y las descartan como la basura que son».

Aquellos no eran sus horrores habituales, eran peores. Las espadas estaban mucho más afiladas. Si llamaba por teléfono, si se ofrecía a Val y él la rechazaba, no solo se sentiría tonta... No en esta ocasión.

Se moriría. Sería su destrucción. Su fin. No tenía valor para arriesgarse. Sus reservas de coraje se habían agotado.

¡Ja! ¿Quién estaba siendo ahora melodramática? Deslizó los dedos bajo las gafas para borrar las lágrimas. Además, ¿qué podía decirle en un correo electrónico? «Hola, ¿qué tal? ¿Cómo estás?».

¡Qué Dios la ayudara! ¿Quería realmente saberlo?

Incluso en ese momento era como si presintiera su presencia. Su piel hormigueaba sin control como si, al darse la vuelta, fuera a encontrarle observándola con aquellos ojos oscuros y abrasadores, llenos de un anhelo mudo.

Pero no pensaba ceder al deseo de girarse. El vacío que sentía cuando no había nada donde debería estar él era demasiado agobiante. Tenía que dejar de hacerse eso.

Sin embargo, la nuca le ardía, le picaba el cuero cabelludo. Se quitó los auriculares y vaciló durante un momento. El corazón se le aceleró sin control.

¡Ah, qué demonios! ¿Por qué no poner fin a aquel sufrimiento?

Se dio la vuelta, miró... y se quedó sin respiración.

El mundo giró sobre su eje. Se ruborizó de pies a cabeza... y más allá. Se sintió perdida en alguna otra dimensión; quizá en el fondo de su derretido corazón, tal vez en lo más profundo de su alma.

Se sintió desnuda. Expuesta. Su cuerpo se estremeció por dulces e

incontrolables escalofríos, en parte eran provocados por el terror y en parte por una anonadada alegría.

Él no decía nada, solo la observaba. Tenía el pelo más largo, demasiado informal para el severo corte que llevaba antes. Le caía sobre los ojos y las orejas en ondas despeinadas surcadas con hilos plateados.

Estaba más delgado, más compacto que antes. Ojeroso y pálido, con la mandíbula más prominente. Los pómulos sobresalían más, como si hubieran sido esculpidos con un cuchillo afilado. Pero era él.

¡Dios, llenaba todo el espacio! Lo dominaba. Tomaba el lugar que ocupaba y lo reclamaba por completo, lo hacía suyo.

De la misma manera en que la reclamaba a ella. ¡La reclamaba! Por imposible que pudiera parecer.

Carraspeó.

—¿No vas a decir nada? —Las palabras explotaron desde su dolorida garganta.

Él hizo una mueca.

—Estaba esperando a que empezaras tú.

Ella resopló, a fuerza de costumbre.

—Qué típico... Los hombres nunca asumen sus responsabilidades.

—No, Tamar, eres tú quien está haciendo lo típico —replicó él con serenidad—. Estás ocultándote detrás de la ironía, igual que un niño se esconde tras las piernas de su madre. Recorrer medio mundo para llegar a ti es una declaración en sí misma. Espero una respuesta.

Ella se sonrojó todavía más. No sabía adónde mirar ni qué hacer con las manos, con la boca. Se sintió... halagada. Se había quedado sin palabras.

—Mi respuesta... —repitió—. ¿Qué se supone que debo responder?

Él curvó los labios. Algo en su sonrisa sugería lo mucho que estaba disfrutando al saber que la había puesto nerviosa. Quiso abofetearle por ello. ¡Estúpido capullo, estaba siendo condescendiente con ella!

—Lo que quieras —repuso él sin inflexión en la voz—. Pero si necesitas sugerencias, te las haré gustoso.

Ella apretó los dientes, prohibiéndose llorar.

—Nadie va a decirme lo que tengo que decir o pensar —aclaró estúpidamente. ¡Ja! Como si necesitara decírselo...

La cegadora y hermosa sonrisa que Val esbozó de oreja a oreja la hizo estremecer, jadear sin aliento.

—Claro que no —convino él—. Era solo una sugerencia.

—¿Qué quieres de mí, Janos? —exigió.

—Todo —repuso con sencillez—. Y llámame Val; me lo he ganado a pulso.

Ella cerró los ojos con fuerza.

—No tan rápido. Es demasiado..., demasiado pronto.

Él permaneció en silencio durante un buen rato.

—Lo que tú desees. No tengo prisa, no voy a irme a ningún lado. Podemos ir tan despacio como quieras.

—Esta es mi casa —advirtió—. Soy yo quien dice quién viene y quién va.

—Por supuesto, por supuesto —la tranquilizó él—. Hablemos de cosas que no te agobien. De temas neutrales.

Se sintió irritada de nuevo; él volvía a mostrarse condescendiente.

—Entre nosotros no existen temas neutrales —espetó.

Él suspiró.

—Eres una mujer muy difícil —se quejó en tono lastimero.

Le brindó una sonrisa forzada, fingiendo dulzura.

—¿De veras? ¿Eso piensas?

Él alzó la mirada al cielo como si suplicara un poco de paciencia. Sí, sin duda...

—¿Qué tal si hablamos del clima? —sugirió en un murmullo.

Ella señaló la ventana con la mano.

—Míralo tú mismo —le invitó—. Cielo gris. Niebla. Esto es lo habitual en la costa de Washington. No hay más que hablar. Ha sido un buen intento, pero no ha funcionado.

—Está bien, volvamos a intentarlo —murmuró él—. ¿Qué tal está Rachel?

Aquello distaba mucho de ser un tema neutral.

—Está mejor —repuso con cautela—. Todavía tiene pesadillas, se despierta gritando todas las noches, pero ya vuelve a hablar, come mejor y se atreve a salir de casa; al menos cuando voy con ella.

Val asintió con la cabeza.

—Entonces bien. Me alegro. Y tú, ¿qué tal estás tú?

Ella encogió los hombros.

—Genial.

Él esperó un rato, en silencio, antes de insistir.

—De verdad —repitió ella en tono impaciente y brusco—. No miento. La última vez que me hicieron las pruebas hepáticas los resultados mostraban una mejora importante. El hígado está recuperándose; todavía hay algún daño, por supuesto, pero ya no es nada grave. Total, no entraba en mis planes escalar el

Everest, correr una maratón ni nada por el estilo. Es como si hubiera tenido la madre de todas las resacas.

—¿Y el brazo? —siguió indagando Val—. Los McCloud me dijeron que tuvieron que operarte.

—Los McCloud hablan demasiado —masculló—. Y uno de ellos en concreto abre mi puerta a visitantes no deseados, así que esa McCloud va a escuchar unas cuantas cosas de mi parte.

Él apretó los labios.

—Ah. ¿Es eso todo lo que soy para ti, Tamar? ¿Un visitante no deseado?

—No conseguirás nada haciéndome sentir culpable, Janos —aseguró cruzando los brazos.

—¿Por qué no? —dijo—. No tengo nada que perder. Y estoy seguro de que si hacerte sentir culpable no funciona, nada más lo hará. Ví lo que el veneno le hizo a Georg. Pensé que tú también estabas muriéndote. ¿Por qué no me dijiste que habías tomado el antídoto?

Ella le miró de reojo.

—Estaba pensando en otras cosas.

—Realmente eres una mala pécora, Tamar —aseguró él, apretando todavía más los labios.

—¿Y eso te sorprende? No voy a cambiar, Janos. Si te repele...

—No me repele —la interrumpió—. Al contrario.

Ella titubeó con torpeza durante un momento.

—Eh... Ya... En efecto...

—Ahora te conozco bien, Tamar —afirmó él—. Cuanto más ácida eres, más ternura estás sintiendo en tu interior. Cuanto más cruel eres conmigo, más motivos me das para tener esperanzas.

«Tener esperanzas». Aquellas palabras hicieron que le diera un vuelco el corazón.

—Te dije en una ocasión que no buscaras suavidad en mí —le recordó, pero su voz temblorosa la traicionó.

Él dejó que fuera el silencio el que hablara por los dos... durante tanto tiempo que ella comenzó a sentirse nerviosa.

—Mientes porque tienes miedo —aseguró Val—. Pero no necesitas tener miedo de mí.

—Mmm. —Decidió ignorar aquella intencionada declaración y cambió a un tema más neutral—. ¿Qué tal estás tú, Janos?

El muy capullo tuvo el descaro de contener una sonrisa.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó él en tono ligero—. ¿Qué te importa? No soy nadie para ti, solo un visitante no deseado, ¿recuerdas? Ni siquiera merezco que me llames por mi nombre.

—Déjate de memeces y responde a la pregunta —insistió ella.

Lo vio encogerse de hombros.

—Había muchos agujeros que reparar —comentó él como si no tuviera importancia—. Perdí mucha sangre, pero mi convalecencia hubiera sido mucho más corta si hubieras estado a mi lado.

—Me alegra ver que te recuperaste de todas maneras —repuso sin dar mayor relevancia a sus palabras.

El silencio se alargó. Ella estaba a punto de arrojarse a sus brazos cuando lo vio mirar a su alrededor con una sonrisa de pesar.

—Apenas he reconocido el camino a tu casa —comentó.

Ella inhaló por la nariz.

—Ah, sí, eso... He cambiado el aspecto del acceso a ver si así supero esa paranoia estúpida que parecía haberse apoderado de mí. De todas maneras, me había pasado un poco y comencé a avergonzarme por ello.

—Ahora tienes menos motivos para tener miedo —convino él—. Georg y Novak están muertos y los informáticos de PSS han hecho desaparecer tu nombre de la lista de las personas más buscadas del mundo.

—¿De veras? —Parecía alarmada—. ¿Por qué han hecho eso?

Él se encogió de hombros.

—Porque yo se lo pedí.

El tono de su voz hizo que le mirara con más atención.

—No sabía que tenías tanta influencia sobre ellos —comentó.

Val hizo un gesto despectivo con la mano.

—Estaban avergonzados por la actuación de Hegel y Berne. No les gustó nada que se dejaran comprar por la mafia —explicó—. Es malo para la imagen de la agencia. Les aseguré que mantendría la boca cerrada... si hacían eso por ti.

Ella parpadeó.

—Ah. ¿Así que los has amenazado? Me sorprende que no te mataran.

—Deja que lo intenten...

Tragó saliva.

—No —dijo bajito—, prefiero que no lo hagan.

—¿De verdad? Qué detalle por tu parte —comentó él con ironía—. Sea como sea, no tendrás problemas con nadie.

—Es mi esperanza —repuso con rigidez—. He dejado de encontrar el atractivo a los problemas.

—Yo no —aseguró él con los ojos brillantes—. Hay un problema al que daría la bienvenida con gusto.

Ella rompió el contacto visual con rapidez y clavó los ojos en la pieza de joyería en la que estaba trabajando. No podía soportar mirarle. Los sentimientos vibraban en su interior a una frecuencia muy alta.

El ruido de sus pasos, acercándose, resultó suave y deliberado.

—¿Qué has diseñado últimamente? —preguntó él en voz baja.

Ella le invitó con la mano a echar un vistazo.

—Ven, míralo por ti mismo.

Val observó los artículos que había sobre la mesa de trabajo y tomó uno de los anillos con cuidado. Era una aleación de oro blanco labrado, con un sol resplandeciente en el centro: un diamante amarillo con un brillo extraordinario.

—Es precioso —aseguró él—. Pero parece muy grande para una mano femenina.

—No es una joya para una mujer —explicó.

Él la miró con sorpresa y estudió más a fondo el aro que sostenía en la mano.

—¿No? Pero ¿no me dijiste que solo diseñabas joyas para mujeres? ¿No formaba parte de tu filosofía?

—Lo hice, y es cierto —admitió—, pero este anillo no es para una mujer.

Él se lo puso en el dedo anular de la mano izquierda y lo admiró alejándolo.

—Me queda perfecto.

—Forma parte de una pareja. —Se encogió de hombros.

—¿Ah, sí? Enséñame el otro.

Ella tomó el otro anillo, más pequeño.

—Este es para una mujer —explicó, poniéndoselo en la mano abierta. También este era de oro blanco repujado, con diminutas aplicaciones de oro amarillo y una luna creciente alrededor de un pequeño diamante blanco.

Val miró fijamente ambas piezas, con el ceño fruncido.

—Son perfectos —aseguró con expresión de concentración—. ¿Cuáles son sus aplicaciones de defensa?

Ella volvió a ruborizarse.

—No tienen ninguna.

Él giró la cabeza bruscamente hacia ella, sorprendido.

—¿Ninguna?

Meneó la cabeza.

Val cerró el puño sobre el anillo femenino.

—Los quiero. —Su voz resonó feroz—. Estos anillos son míos.

Se mordió los labios, todavía incapaz de mirarle a la cara.

—Van a costarte una pasta.

—Te ofrezco todo lo que tengo —repuso él al instante.

Ella arqueó una ceja.

—No sabes regatear, Janos.

—No juegues conmigo. No seas mala. Esto es demasiado importante —susurró él—. Quédate callada si no puedes controlar esa lengua afilada que tienes.

Él le tomó la mano izquierda y le puso el anillo más pequeño en el dedo anular. Le quedaba perfecto, por supuesto. Luego se llevó la mano a los labios y la besó.

—¿Belleza y solo belleza?

Ella se cubrió los labios temblorosos, avergonzada.

—Supongo que sí.

—¿No más secretos letales?

Ella no pudo contener una risita silenciosa e indefensa.

—No tengo ningún secreto para ti —repuso finalmente—. He intentado retenerlos, pero parece que no soy capaz, así que he decidido dejar de esforzarme. Venga, Val, te mostraré todos mis secretos ofensivos, letales y peligrosos si estás de humor para ello. Aunque si accedes, serás un inconsciente.

Él volvió a besarle la mano.

—Será un honor conocerlos.

—Genial, maravilloso —se burló ella—. Eres muy hábil para dar un giro bonito a cualquier cosa, Janos. ¿Te lo enseñaron en la escuela de gigolós?

Él hizo una mueca.

—Ay, ¿tienes que humillarme siempre?

—Siempre —le advirtió—. Estoy programada así. No te engañes a ti mismo pensando que el amor me va a cambiar.

La amplia sonrisa de Val se volvió incandescente.

—Podría llorar de alegría al haberte oído mencionar la palabra amor, pero estoy seguro de que te asustarías si lo hiciera.

—¿Asustarme? ¿Yo? —le dirigió una mirada airada, pero no fue capaz de

mantener la expresión cuando él le pasó la punta del dedo por la cara como si ella fuera una flor rara, preciosa y delicada.

Luego apoyó la frente en la de ella y el cálido punto de contacto resultó tan dulce e íntimo como un beso, pero más evasivo, más secreto. Ella no se amedrentó ante ello, sino que se transformó, ablandándose.

Val deslizó las manos hacia abajo, desde sus hombros a sus costillas, hasta acariciarle la caliente piel desnuda de la cintura, y luego volvió a subirlas, llevándose consigo la camiseta. Ella alzó los brazos y dejó que se la sacara por la cabeza. Luego le soltó el pelo y se lo colocó alrededor de la cara.

Ella le miró, desnuda de cintura para arriba.

—No es la primera vez que lo digo —confesó—. Te lo dije antes, una vez.

Él se quedó paralizado, solo se movía un músculo en su mandíbula.

—¿Después de que me drogaras? Entonces, ¿no fue solo un sueño?

—No. No fue un sueño. Lo dije. —Se estremeció, sintiéndose expuesta. Los pantalones colgaban a la altura de sus caderas. Val tiró del cordón que los sujetaba lenta y deliberadamente. La suave prenda de lino cayó y formó un charco a sus pies, dejándola desnuda por completo—. Y era cierto —terminó con un susurro.

—Ah, Tamar —musitó él.

Ella se estremeció con violencia ante el suave contacto de sus manos en la cintura. Por un momento, todo fue como había temido que fuera.

Se encogió de miedo. Se puso rígida y odió el roce de sus dedos mientras escuchaba la ronca y áspera voz que canturreaba de manera implacable. «Los hombres no aman a las mujeres como tú. Las usan y las descartan como la basura que son».

Pero cerró los ojos y respiró hondo. Cubrió sus manos con las suyas y las mantuvo inmóviles en su cintura, esperando que ocurriera un milagro.

El propio Val fue el milagro. Magia viva que respiraba. Su suavidad, su sensible paciencia la conmovían, la sanaban al instante.

Aquel sentimiento floreció profundamente en su interior, tierno, dulce y lleno de vida. Se movió, sorprendida. Cada momento suponía una revelación más profunda, un nuevo nivel de ternura, de deseo. Su cuerpo se suavizó, se sentía caliente y muy sensible. Cada diminuto contacto de Val provocaba pequeños fuegos artificiales y ella notaba el hormigueo a través de sus terminaciones nerviosas. Cuando él la abrazó y la estrechó contra su pecho, un terremoto de tensión acumulada la recorrió.

Él estaba más delgado, más duro; sus brazos eran fuertes e inflexibles como

un alambre. Val vibraba de emoción, de deseo. Estaba rígido por la tensión que le suponía contenerse, esperar a que ella le necesitara como él esperaba.

Por sorprendente que resultara, se sentía segura entre sus brazos. Apretó la cara contra él y aspiró su delicioso aroma. Escuchó su corazón; un latido fuerte y rápido.

«Segura». La sensación era tan poco familiar que se asustó. Era ridículo pensar que podía sentirse segura después de todo lo que había ocurrido entre ellos. De toda la fealdad, de toda la violencia y la traición.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó en un impulso, con la cara escondida contra su torso, temerosa de escuchar la respuesta.

Val le acarició el pelo antes de apresarle el pelo para tirar de él y obligarla a mirarle a los ojos otra vez.

—¿Estás refiriéndote a los vídeos?

Ella esperó, sosteniéndole la mirada.

Val emitió un largo suspiro.

—Fue el trato al que llegué con Novak —explicó—. O, mejor dicho, el trato que me impuso. Debía facilitarle un vídeo de ese tipo cada tres días y, a cambio, él se contendría y no cortaría algún miembro de Imre mientras hablaba con él por videoconferencia.

Ella jadeó.

—¡Oh, Dios mío!

—Estaba desesperado —continuó él—. Me odié a mí mismo cada vez que envié uno. Jamás habría elegido filmar a nadie en esas circunstancias, y menos a nosotros. Lo siento. Se acabó. ¿Podemos olvidarlo? ¿Podrás perdonarme?

Ella asintió con la cabeza.

Lo vio cerrar los ojos y relajarse con evidente alivio.

—Novak quería motivarme —aseguró—, pero no esperaba que me enamorara de ti. Tampoco yo lo esperaba, aunque ocurrió antes de que nos conociéramos.

Ella alzó la cabeza, sorprendida.

—¿Cómo es posible?

—Estuve vigilándoos a ti y a Rachel durante diez días. Eso fue suficiente —confesó—. Eras tan tierna con ella, tan paciente. Eres muy fuerte. Mi *bella maledetta*. Mi más salvaje fantasía en carne y hueso. Ni siquiera sabía que tenía un ideal de mujer, pero sin duda... tú lo eres.

Val curvó las manos sobre sus nalgas y la subió a la mesa de trabajo.

—Es mi turno, Tamar. ¿Cómo pudiste hacerme eso?

Ella le clavó los dedos en los hombros antes de recordar su herida, entonces le soltó como si se hubiera quemado.

—¿A qué te refieres?

—Mmm, ¿por dónde empiezo? ¿Las esposas o las drogas? —La rabia endurecía su voz—. ¿Escaparte cuando estaba en un estado prácticamente comatoso como si no te importara? ¿Como si no hubiera nada entre nosotros?

El impulso de negar sus acusaciones fue casi automático, pero lo contuvo. Respiró hondo, de una manera lenta y pausada, y se tragó todas las palabras malsonantes.

En todo caso no eran ciertas, y no quería decirlas en realidad. Eran solo un acto reflejo. Un tic.

Lo que realmente quería era que él la entendiera. Se concentró en los botones que cerraban su camisa negra y los desabotonó uno a uno mientras hablaba, manteniendo sus manos ocupadas y dando a sus ojos un lugar al que mirar.

—Sabes el porqué —replicó con ferocidad—. Tenía que ajustar cuentas con Stengl. Él asesinó a mi familia, destruyó mi pueblo, mi casa. Me arrebató la infancia, me violó, me convirtió en algo que nunca debería haber sido. Llevaba toda mi vida esperando poder devolverle lo que me hizo.

Él entrecerró los ojos.

—¿Por qué no lo mataste, entonces? Sé que no lo hiciste. Santarini hubiera enviado a la Camorra a por mí si lo hubieras hecho, y no hubiera podido defenderme demasiado bien. ¿No lograste acercarte lo suficiente? Ana impidió que...

—No. Yo... Cambié de idea... —confesó con voz aguda. Le desabrochó el último botón y le deslizó la camisa del pecho.

Val frunció el ceño.

—¿Cambiaste de idea? —repitió—. ¿Cuándo?

—Cuando entré en su habitación, en la clínica —explicó—. Cuando le miré a los ojos. Entonces me di cuenta de que...

—¿De qué? —la apremió con impaciencia.

—De que tú tenías razón —admitió—. No valía la pena. Él no era nada al lado de todo lo que podía perder. Aunque también es cierto que pensé que ya te había perdido por lo que te había hecho. Pensé que no querías volver a verme.

Val le levantó el brazo derecho y le dio un beso suave en la cicatriz. Y otro... Y otro más.

Ella tomó coraje para seguir.

—Abandonaba la clínica para ir en tu busca cuando me topé con Andrés. — Cerró los ojos con fuerza para sentir más profundamente cada tierno beso, suaves como alas de mariposa rozándole la piel—. Debes de pensar que soy estúpida.

—De eso nada —aseguró él—. Pero explícame una cosa; una vez que todo terminó, ¿por qué cambiaste de idea sobre nosotros y me dejaste solo? ¿Disfrutar de un paraíso tropical conmigo no era lo suficientemente atractivo para ti?

Ella meneó la cabeza. No soportaba hablar de eso. Era el quid de la cuestión. Su vergüenza secreta, la debilidad que tan violentamente despreciaba. No estaba hecha de piedras preciosas o metal. No podía limpiar las manchas con agua. Ya no.

Él le encerró la cara entre las manos.

—Contéstame, Tamar.

Tragó saliva, saboreando la amargura del veneno. Una amargura que todavía saboreaba un poco cada día.

—No puedo —susurró.

—¿Por qué? —exigió él, imparable.

Cerró los ojos con fuerza y rebuscó cada pizca de coraje que poseía para decirlo.

—Me sentía... sucia —murmuró—. Envenenada, dañada. Sentía como si fuera un agujero negro que no merecía... ¡Oh, Dios mío! Pensé que era mejor escapar, quedarme al margen. No quería imponerme a nadie, y menos a ti.

Él estaba pálido por la sorpresa.

—¡Oh, Dios mío, Tamar! —dijo, impotente.

—Lo siento. —Su voz estaba ahogada por las lágrimas, por el desasosiego—. No podía superarlo. No soy tan fuerte como crees.

Él la sacudió una vez con fuerza.

—Qué tontería —murmuró—. No deberías haber pensado eso.

—Bueno, pues lo hice —intentó zafarse—. Quizá nunca sea capaz de pensar mejor de mí misma.

—Oh, claro que lo harás. Deberías haber corrido a mi lado, Tamar. Yo te habría convencido de que eres una reina. Una diosa. Un ser brillante y perfecto.

Ella resopló.

—Oh, por favor. No exageres, Janos —le cortó con acritud.

—No puedo evitarlo —confesó él—. Está en mi naturaleza. Me inspiras para ser excesivo y florido.

—¡Oh, Dios mío! —masculló—. No sé si lo soportaré. No puedo aguantar las ñoñerías.

—Aprenderás —le prometió él con solemnidad.

—¿De verdad? —Le despojó bruscamente de la camisa y se la deslizó por los hombros y los brazos, deteniéndose para clavar los ojos en las cicatrices.

Se detuvo a besar cada una de ellas. Luego siguió con las más antiguas. Había muchas, así que cuando besó todas las que quedaban a la vista, él estaba muy excitado. Le tiró del cinturón hasta que pudo bajarle los vaqueros. Le tomó entre sus manos y lo apretó con un trémulo suspiro de satisfacción. ¡Ah, sí!

—Entonces, ¿esta entrevista conmigo ha resultado a tu entera satisfacción? —preguntó jadeante.

Él la besó en la garganta mientras la obligaba a separar los muslos. Jugueteeó con su clítoris con suavidad, rodeándolo con la punta del dedo.

—Oh, sí. Pero jamás tuve ninguna duda al respecto.

Ella le miró de soslayo.

—¿De veras?

Él le acarició la oreja con la nariz.

—Ya estaba todo decidido. O me amabas o hubieras tenido que matarme para deshacerte de mí. De una manera u otra, yo ganaba.

—¿Eh? —contuvo una risita—. ¿No eres un poco creído, chico guapo?

—Matarme hubiera sido un proceso largo y difícil —la informó con solemnidad—. Soy muy difícil de asesinar. Te hubiera podido llevar toda una vida, y mientras tramabas y elaborabas planes secretos para intentar liquidarme, yo estaría contigo, ¿no? Así que ganaba.

Ella soltó una carcajada antes de besarle el pecho.

—Mira que eres idiota.

—Admítelo —dijo él—, te gusta que sea así.

—Me encanta todo lo tuyo —aceptó impulsivamente—. Te amo, por eso ha sido tan difícil. Pero recuérdame por qué, Val. Venga, haz que me olvide de todo. Tómame. Demuéstrame por qué te amo tanto.

Y él esbozó aquella amplia y radiante sonrisa que conseguía que su corazón retozara de incrédula alegría, y se puso manos a la obra.

Sobre la autora

Shannon McKenna es autora *best seller* de *The New York Times* y de *USA Today*. Tras una trayectoria profesional muy variada —desde barman hasta secretaria de una consulta médica pasando por cantante callejera—, decidió dedicarse por completo a escribir novelas eróticas y de suspense. Vive con su marido y con su familia en un pequeño pueblo al sur de Italia.



Título original: *Ultimate Weapon* © 2008, Shannon McKenna Edición original en inglés por Kensington Publishing Corp. © 2013, de la traducción, María José Losada

© De esta edición:

2014, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos — Madrid

TELÉFONO 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.pasionmanderley.com

ISBN ebook: 978-84-8365-654-9

Diseño de cubierta: Raquel Cané Fotografía de cubierta: Getty Images

Conversión ebook: Arca Edinet, S. L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)



Suma de Letras es un sello editorial del Grupo Santillana
www.sumadeletras.com

Argentina www.sumadeletras.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720

C 1001 AAP Buenos Aires Tel. (54 11) 41 19 50 00

Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia www.sumadeletras.com/bo

Calacoto, calle 13, n° 8078

La Paz

Tel. (591 2) 277 42 42

Fax (591 2) 277 10 56

Chile www.sumadeletras.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444

Providencia

Santiago de Chile

Tel. (56 2) 384 30 00

Fax (56 2) 384 30 60

Colombia www.sumadeletras.com/co

Carrera 11A, n° 98-50, oficina 501

Bogotá DC

Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica www.sumadeletras.com/cas

La Uruca

Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05

Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador www.sumadeletras.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre Quito

Tel. (593 2) 244 66 56

Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador www.sumadeletras.com/can

Siemens, 51

Zona Industrial Santa Elena Antiguo Cuscatlán — La Libertad Tel. (503) 2
505 89 y 2 289 89 20

Fax (503) 2 278 60 66

España www.sumadeletras.com/es

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos — Madrid

TEL. (34 91) 744 90 60

Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos www.sumadeletras.com/us

2023 N.W. 84th Avenue Miami, FL 33122

Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32

Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala www.sumadeletras.com/can

26 avenida 2-20

ZONA n° 14

Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00

Fax (502) 24 29 43 03

Honduras www.sumadeletras.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626

Boulevard Juan Pablo Segundo Tegucigalpa, M. D. C.

Tel. (504) 239 98 84

México www.sumadeletras.com/mx

Avenida Río Mixcoac, 274

Colonia Acacias

03240 Benito Juárez

México D. F.

Tel. (52 5) 554 20 75 30

Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá www.sumadeletras.com/cas

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac, Calle segunda, local 9

Ciudad de Panamá

Tel. (507) 261 29 95

Paraguay www.sumadeletras.com/py

Avda. Venezuela, 276, entre Mariscal López y España Asunción

Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú www.sumadeletras.com/pe

Avda. Primavera 2160

Santiago de Surco

Lima 33

Tel. (51 1) 313 40 00

Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico www.sumadeletras.com/mx

Avda. Roosevelt, 1506

Guaynabo 00968

Tel. (1 787) 781 98 00

Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana www.sumadeletras.com/do

Juan Sánchez Ramírez, 9

Gazcue

Santo Domingo R.D.

Tel. (1809) 682 13 82

Fax (1809) 689 10 22

Uruguay www.sumadeletras.com/uy

Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo

TEL. (598 2) 410 73 42

Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela www.sumadeletras.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos Edificio Zulia, 1º

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51